

EL HOMBRE DE LA LEICA

FERMÍN GOÑI

© Fermín Goñi
Enero 2016

Esta es una publicación de Para Leer en Libertad AC.

brigadaparaleerenlibertad@gmail.com
www.brigadaparaleerenlibertad.com

Cuidado de la edición: Ezra Alcázar y Alicia Rodríguez.

Diseño de interiores y portada: Daniela Campero.

1

EL CUBANO SERÁ EL GERENTE

— Consuelo, — dice.

Ella está perdida en sus quimeras por la habitación de la plancha, ajena al manojito de documentos en papel cebolla que se enmascaraban sobre los anaqueles de la estancia bajo sábanas plegadas con ramitas de menta y romero, separadas entre sí por membrillos tostados por la falta de luz. Ignora que en las copias amarillas que habían estado escondidas bajo el ajuar se agazapan órdenes, instrucciones, proclamas, bandos, claves cifradas, listas de afectos, de desafectos, de enemigos a eliminar en las primeras veinticuatro horas, movimientos de tropas...; en fin, la intendencia programática de una asonada militar que va a poner fin al estado calamitoso en el que se encuentra España. Eso filosofan ellos. Rumian que las gentes de bien y de orden, los patriotas, los que fueron arrojados por la turbamulta de izquierdas, por los socialcomunistas, fuera del parnaso en las elecciones de febrero están en posición de espera, el cogote bien alto y firme el talle, a la expectativa de recibir la instructa que ha de liberar las amarras que amordazan la patria. Es la hora del salvar a España, dijo en abril el capitán Carlos Moscoso del Prado durante una de las reuniones conspiratorias celebradas en un piso de Pamplona, y a ese afán están dedicados desde entonces.

Consuelo sabe pero no sabe. Ha escuchado conversaciones que de haberse conocido en tiempo y forma hubiesen hecho acabar a su marido, el general de brigada Emilio

El hombre de la Leica

Mola Vidal, comandante militar de la plaza de Pamplona, y a otros como él, frente al pelotón de fusilamiento. Por eso es que sabe pero no sabe: en realidad no quiere saber porque vislumbra el albur, los peligros y el riesgo de quedarse viuda, frizando los cuarenta, con cuatro niños –María Ángela, Emilio Joaquín, *Emilín*, María Dolores y la mayor, María Consuelo, de doce años– todavía amarrados a los pliegues de su falda. Ella, María de la Consolación Bascón y Franco, jamás preguntó por nada, no comentó nada; incluso pasó gran parte de las comidas preparatorias de la conspiración mirando hacia otra parte, hacia aquella zona donde su vista no podía cruzarse con la vista de alguien. Ni siquiera la de su marido, el Director. Lo distingue porque ha avistado su firma al pie de los documentos que se escondían entre las sábanas plegadas, bajo ramitas de menta y romero, a la vera de membrillos listos para hacer compota. Ninguno lleva el nombre ni las iniciales de su marido pero sí su firma intelectual que se agachapa bajo un eufemismo sincrético: el Director.

Aquel director de los años veinte, Miguel Primo de Rivera, capitán general y marqués de Estella, en su delirio de la Dictadura, llamó al Papa vicegerente de Dios en la tierra; ahora, julio de 1936, los suyos han decidido que Mola, el cubano, sea el gerente, el Director de lo que está por venir y de lo que Dios mande. Todavía, a poco más de cuarenta y ocho horas para que la Legión y los Regulares se levanten en África contra el orden establecido y corren los preparativos de una asonada que consume hasta lo más profundo los nervios de sus padrinos, no hay un solo conspirador que sea capaz de explicar el orden de los acontecimientos a partir del 17 de julio. Es la llamada de la

patria, dicen al unísono, sin precisar una sílaba más. En los militares que conspiran, la patria es lo primero, luego está el honor disciplinario, Dios y el resto.

Para la carlistada –convertida por méritos propios en el soporte humano, en la coraza de la cambalada que está por llegar– tres parcas palabras resumen el porvenir: Dios, Patria, Rey. En esta república dicen Rey, sí, rey: llevan siglo y pico luchando a tiros por instaurar una monarquía que, aunque la historia descolgó en la primera mitad del diecinueve, tiene todavía arrestos para reinar en España porque se reclama legítima, y la legitimidad es circunstancia que ni se extingue ni prescribe. Así lo piensan ellos. Para más inri, Alfonso XIII, el hijo póstumo de María Cristina, el mismo que a los dieciséis años fue declarado mayor de edad –contraviniendo la norma– para que pudiera reinar, está desde el 15 de abril en el exilio, en Roma, el destierro, purgando su debilidad de borbón frente a la clase política. No merece reinar, dicen que ha dicho con desdén el conde de Rodezno, jefe carlistón. Sus acólitos creen, definitivamente, que es la hora del rey Alfonso Carlos Fernando José Juan Pío de Borbón y Austria-Este, Alfonso Carlos I de España –último descendiente directo de Carlos María Isidro de Borbón, Carlos V en el lenguaje carlista–, duque de San Jaime y de Anjou, teniente de los Zuavos Pontificios, general en jefe de los ejércitos sediciosos en 1873, un ilustre exiliado londinense casi nonagenario –desterrado, apuntan sus gentes– que parece estar la fecha apropiada en el lugar preciso, algo que el carlismo no ha sido capaz de urdir desde hace más de cien años.

A estas postreras horas, con las cartas echadas y los hados favorables como nunca antes en más de un siglo, el

carlismo ya ha hecho suya la profecía del marqués de Valdegamas, José Donoso, aunque todavía no lo barrunta: el destino de los borbones parece ser alentar la revolución y morir a sus manos. Habrá tiempo, muertos, calamidades y mucha inquina hasta comprobar que las profecías de este tipo son las que se cumplen, incluso cuando sus protagonistas resignan la vida para tratar de evitarlas.

Consuelo conoce casi todo y lo que ignora, si es que hubiera algo que desconoce, está en la mente poliédrica de su marido para consultarlo más adelante. No hay más que decir y por eso, al fin, ha llegado la hora, más exactamente el momento, de salir de naja, escapar del cuadro, romper el marco, y ver lo que está por venir desde un mirador de la costa vasca, en Biarritz, o en San Juan de Luz, que todavía no está clara la cosa. Lo ha decidido su marido, el general Emilio Mola Vidal, *Molita* para sus íntimos y el Cubano para los demás, que no quiere asumir más riesgos para su familia que el suyo propio: si las cosas salen bien, si tomamos Madrid en una o dos semanas, no habrá Cristo que nos detenga y el resto será imparabile, ha dicho con firmeza cuartelera no exenta de una parte de lógica. Pero si el azar –porque esta conspiración apoya una de sus patas en la suerte o la fatalidad– le vuelve la espalda, terminará sus días en una prisión militar y luego frente a un pelotón de fusileros como el militar que se sublevó contra el mandamiento constitucional para subvertir el orden de las cosas. Ya no hay vuelta atrás entre el martirio o la gloria; lo que está por llegar es imparabile y así lo reconoce el Director a su piélagos de colaboradores cuando, alguno de ellos, se esfuerza en dorarle la píldora.

—Consuelo —confiesa Mola— ha llegado el momento.

— ¿Ha dicho Franco que sí?, demanda ella con la sorpresa que se refleja en el arco de sus cejas.

— Con Franco o sin él nos echamos a la calle. Se han acabado las vacilaciones porque el tiempo se ha agotado.

Doña Consolación, Consuelo, no pregunta a humo de pajas. En esa misma habitación, el cuarto de la plancha —que los confabulados han decidido llamar planchatorio—, donde han estado escondidos los documentos que inspiran la asonada y se han celebrado reuniones secretas de importancia extrema para los fines que persiguen, escuchó decir hace cuatro días que Franco duda. Vamos, que se cae del cartel. Incluso a finales del mes pasado habló con su marido —insoportable por aquellos días como no lo había visto jamás en los catorce años de matrimonio— del porvenir y, después de insistir hasta el desaliento, sólo obtuvo esta rala respuesta que Mola dejó caer entre dientes:

— Me encuentro solo y luchando contra los de mi propio bando. Quizá, lo mejor para todos sea que yo me retire.

Por ese motivo, y porque su intuición le pide a gritos que salga de dudas, ella insiste sin bajar la muela de sospecha que retumba en cada palabra que pronuncia.

— ¿Ha dicho Franco que sí?

El general no se asombra y suelta de corrido:

— Franco ha dicho que sí y ya está en marcha. Su mujer y la niña salen mañana o pasado desde Las Palmas en el paquebote alemán *Waldi* con destino a Le Havre. Pensamos que para vosotras y los niños es mejor que no permanezcáis en España en esta hora trágica.

Consuelo trasluce la angustia acumulada desde que llegó a Pamplona.

El hombre de la Leica

—Qué miedo me da todo esto, Emilio. Y Franco, lo sabes a la perfección, no me gusta. No es santo de mi devoción.

Mola se pone ufano.

—No se trata de intimidarte, no lo debes ver de esa manera porque no es cierto y cometerías un gran error, Consuelo. Vuestro viaje, enténdelo así ya que no se puede concebir de modo distinto, es un puro movimiento estratégico, otro más de los que forman esta gran partida que estamos poniendo en marcha. Fuera estaréis mejor y nosotros más tranquilos, añade el general con aplomo, eludiendo cualquier referencia a Franco.

Para quitar hierro a la conversación, el más seco de los generales españoles añade con un mohín:

—Te cambiaba en este instante los papeles: tú, con mis compañeros de milicia y yo, a Biarritz, a bañarme, pasear por el monte, hacer fotos del paisaje...

—Si crees que es lo mejor para todos, así se hará, —dice finalmente ella acogotada por el peso repentino que ha de cargar, que carga ya, a sus espaldas. —¿Para cuándo debo preparar las maletas?

—Para ahora mismo, Consuelo, porque no hay tiempo que esperar, y te ruego que la impedimenta no sea excesiva ni voluminosa para que pase inadvertida. Fernández Cerdón os acompañará en un segundo coche, con dos policías de su confianza, por si hubiera algún contratiempo en el camino hacia Hendaya. Los niños y tú lleváis identificaciones falsas y marcharéis a la frontera en el automóvil de Eúsa, ya sabes, el arquitecto que me ha hecho en algunas ocasiones de chofer. Una vez que estéis en Francia personas de la más absoluta lealtad se ocuparán de vosotros: ni yo

mismo conozco si será en San Juan de Luz o Biarritz donde quedaréis instalados, aunque en las dos ciudades estaréis bien y muy atendidos. Si todo sale conforme a lo previsto, Dios así lo quiera, a primeros de mes nos juntaremos todos en Madrid. Confía en mí y reza, que es lo que conviene en estos momentos.

— Hace meses, desde que llegamos a Pamplona, que no hago otra cosa que rezar.

— Eso no hace mal a nadie, cariño.

Mola es hombre de expresión parca y gesto severo pero, en esta hora que todos consideran histórica, abraza a su mujer acordonados ambos por las sábanas blancas que escondían las claves de una conspiración, en la confianza de que nadie, ni sus más íntimos, puede captar una escena de tamaña emotividad. La habitación es ciega y de tabiques tan consistentes que ni siquiera pudieron oírse fueramuros los gritos que el propio general fue soltando en algunas de las reuniones que mantuvo con muchos colaboradores, cuando las cosas empezaban a torcer el rumbo por las vacilaciones que comunicaban sus conmlitones, Franco el primero. Apretados en silencio de sepulcro, al resguardo de una luz amarilla que oscila y tintinea, Mola contempla los techos y deja caer un comentario insulso para descoser la agitación que huele en su esposa.

— Este palacio en el que nos encontramos ha sido residencia de reyes. Fue mandado edificar en 1190 por Sancho VI el Sabio, — dice con los ojos cerrados, sin soltar las amarras que lo unen a su mujer. — Aquí murió Carlos II el Malo, aquí pasó su última noche como rey de España José Bonaparte, y aquí hemos vivido nosotros, Consuelo, estos días... (a la memoria del general llega el recuerdo del asesinato el

día anterior del diputado del Bloque Nacional y jurisconsulto José Calvo Sotelo, la gota que ha rebotado el vaso), días trágicos en la historia de nuestra patria.

Mola respira profundo y continúa; pretende insuflar voluntad y temple.

—De aquí, de este palacio de reyes y virreyes, Consuelo, partimos los dos para la gloria.

—Deseo que Dios te oiga, Emilio, y que a todos nos proteja— responde antes de besar a su marido en la mejilla, sudorosa, con la mirada perdida y los ojos, saltones, brillantes de lágrima.

No hay un adiós para la familia porque no hay que dar tres cuartos al pregonero, cree el general. Consuelo se ha despedido de su marido pero éste no lo ha hecho de los niños —ajenos a la martingala que se trae su padre— que marchan del palacio felices porque viajan en coche y vuelven a ver una playa, las olas, el mar. La única explicación que han recibido, y que es la oficial a todos los efectos, es que van de fin de semana a la costa, aunque hoy, quince de julio de mil novecientos treinta y seis, festividad de san Buenaventura, es miércoles.

Las celebraciones de San Fermín acabaron antesdeayer para todos y la ciudad está todavía en letargo y semidesierta, asimilando de manera cansina siete días de bullicio con trombas de agua y granizo, calor y mucho alcohol. Finalizó la huelga de los obreros de la construcción, pero continúa la de los ebanistas y, entre medias, al gitano Jesús Jiménez, vecino de Corella, que es un detenido reincidente, la autoridad gubernativa le ha impuesto una multa de 250 pesetas por llevar camuflada en el refajo una navaja con veintitrés centímetros de hoja; lo han dicho los periódicos

porque así lo ha contado en conversación con los plumillas el gobernador civil, Mariano Menor Poblador, un recién llegado de Zaragoza sin méritos especiales para ocupar el cargo. No hay más información del orden público, ha añadido el poncio, perspicaz como político que lo es, cuando sólo faltan horas para que se arme la de Dios es Cristo y comience a correr la sangre.

2

MI MUERTE

No quiero que estas páginas sean tomadas como memorias: son reflexiones *calamo corrente* ahora que todavía estoy vivo, si es que así puede considerárase porque a los efectos, desde septiembre de 1924 (en este momento no recuerdo el día exacto), soy un militar que rindió sus servicios a España en primera línea y murió en Dar Akobba, de acuerdo a lo que publicó *La Unión Mercantil*, de Málaga. Soy un muerto viviente, un interfecto, aunque no se por cuanto tiempo más.

De *mi muerte*, recuerdo algunas cosas. Nos encontramos en Tetuán, en la Alta Comisaría, invitados a comer por don Miguel Primo de Rivera, jefe del Gobierno, al que había saludado esa mañana en el poblado de Ben Karrich. El presidente insistió tanto en que asistiera al almuerzo que no tuve tiempo de buscar entre mis pertenencias en el hotel Alfonso alguna que pudiera suplir los andrajos militares que llevaba puestos: estábamos en guerra y yo iba con ropa de faena, apoderado por la mugre. Así que me presenté con la gorra descolorida, sucia, la guerrera sin apenas botones y deshilachada, los calzones remendados y los quevedos ali-

ñados con cordel y alambre de paca. Primo me saludó con la efusividad que le caracterizaba (obviando el aire de pordiosero que llevaba), organizó en un santiamén una mesa ovalada y comenzó la comida con un brindis por España. Entre plato y plato el presidente iba exponiendo machacadamente sus ideas sobre Marruecos y otros temas militares, en el modo y la forma que tanto le gustaba hacer. «Cuanto se ha hecho hasta ahora ha sido un soberano disparate», aseguró sin soltar los cubiertos ni levantar la vista de un plato de pargo a la plancha aliñado con ajonjolí, y volvió a repetir su tesis más conocida entre los militares: «Gibraltar para España, y lo de más abajo para quien lo quiera».

El almuerzo estaba resultando muy ameno hasta que un camarero de librea oscura, al momento de los postres, entró taconeando en la sala llevando una bandeja que portaba los periódicos llegados de la península esa misma mañana. El ayudante de servicio, que no participaba del almuerzo, los ojeó con avidez buscando alguna nueva que comentar con don Miguel y, sin quererlo, soltó una exclamación de asombro que provocó un silencio en el comedor. Luego, por órdenes de Primo, dio lectura a la información que tanto había llamado su atención. La publicaba *La Unión Mercantil*, de Málaga, y bajo el epígrafe «Víctimas de la guerra» aparecían dos fotografías un tanto borrosas, pero reconocibles: la del comandante Frías, del Grupo de Alhucemas, que había fallecido en combate hacía pocos días, y la mía. Por debajo de los retratos, un titular afirmaba: «Mola ha muerto». A continuación, un artículo extenso, un panegírico digno de los dioses del olimpo, del farmacéutico malagueño Juan Vázquez del Río, compañero de estudios y fervoroso admirador mío, glosaba en términos

extremadamente laudatorios mi persona, mis supuestos méritos y la irreparable pérdida que suponía mi muerte no sólo para la familia sino para el Ejército de España.

Leer este responso en vida produjo en mí una mezcla de satisfacción y enojo, difícil de explicar, que dio paso a una reflexión algo más sosegada sobre el alcance que el bulo podía tener en la familia, en mis padres sobre todo. Por esta circunstancia pedí permiso para ausentarme del almuerzo e ir a Telégrafos para enviar un recado a la parentela pero el bueno de don Miguel, que estaba en todo, me alargó una cuartilla acompañada de su estilográfica y dijo:

—Redacte ahora mismo, en mi nombre, un telegrama para su señor padre, que ordenaré sea transmitido inmediatamente por el hilo directo. Antes de una hora lo tendrá en su poder.

Escribí: «Presidente del Directorio a General Mola. Diputación, 369. Barcelona. Ha llegado de Dar Akobba su hijo Emilio sin novedad alguna. No haga caso noticias de prensa. Hoy ha almorzado conmigo y dentro de dos días saldrá para Larache. Saludos. Miguel Primo de Rivera. Tetuán».

No obstante, tan pronto como finalizó el almuerzo me dirigí a la oficina de Telégrafos para enviar yo mismo un nuevo telegrama de confirmación porque podría haberse dado el caso de que el remitido por Primo no hubiese llegado a destino. En la dependencia, el muchacho que atendía el servicio de ventanilla, al reconocerme, me enseñó el texto que el periodista Raimundo García, del *Diario de Navarra*, acababa de enviar a Málaga de manera apócrifa.

Decía así: «Vázquez del Río. Unión Mercantil. Málaga. Los muertos que vos matáis gozan de buena salud». Al leer

aquello la risa se me apoderó, contagié al mancebo y así estuvimos casi un largo minuto. Cuando abandonaba la estafeta, ya más ancho que largo, parafraseando a Cervantes, pensé para mis adentros: «Y luego, incontinentemente, caló el chapeo, requirió la espada, miró al soslayo, fuese, y no hubo nada».

Es verdad que no hubo nada porque vivo seguía pero siempre recordaré lo que dijo uno de mis superiores, en conversación informal, cuando fui nombrado jefe de la mehalla jalifiana de Xauen: «Las balas son como las cartas. Cuando escriban el nombre en la mía... tendré que recibirla». Son palabras que hice propias entonces y que mantengo ahora, máxime cuando antes de partir para Pamplona una gitana que se me acercó en Madrid, en el portal de nuestra casa, calle Miguel Ángel número 14, me leyó la mano a pesar de mi insistencia para que no lo hiciera y dijo en voz baja con una media sonrisa: «*Usté*, señorito, va a *famarse* porque es *mu* valiente. Pero le veo que va a morir con las botas puestas. No sé cuándo, pero con las botas bien puestas». Ahora pienso que la carta que lleva mi bala puede estar circulando aunque no tenga, por el momento, dirección ni destino.

Decía con anterioridad que no son estas mis memorias; tan sólo simples reflexiones sobre la hora difícil que nos ha tocado vivir. En épocas pretéritas escribí sobre mis batallas en África (es lo último que he redactado), mi paso por la Dirección General de Seguridad, la monarquía y el sectario Azaña. No hay una tilde que añadir a aquello porque quedó negro sobre blanco mi pensamiento sobre la posición de España en África, nuestro glorioso Ejército y la función de los directores de la cosa pública. Algunos de estos relatos no han visto la luz todavía por lo que mantienen íntegro el mensaje que pretendo transmitir: no es un pliego

de descargos sino el testimonio de una persona que sirve a la patria allí donde la superioridad lo considera. Son textos –algunos– redactados mientras estuve preso o en arresto domiciliario, porque a mí la izquierda republicana, sus dirigentes, me difamaron hasta conseguir expulsarme del Ejército y privarme de cualquier ingreso.

Para ganar un sustento he fabricado juguetes, arreglado relojes y escrito cuentos semanales, artículos bajo seudónimo (utilicé un sobrenombre, Antonio del Amo, y como tal publiqué algunos textos para la Unión Nacional Económica sobre la defensa militar), he vivido oculto en casa de familiares y amigos, he tenido que doblar la rodilla y pedir a Azaña (bajo palabra de honor del militar que soy que jamás intentaría una fuga) que, por el bien de mi familia –mi mujer estaba a punto de dar a luz– y de unos hijos todavía con babero, sustituyera la prisión por un arresto en domicilio; eso sí, después de hacer depósitos por valor de diez mil duros para garantía de no se qué responsabilidades civiles. El veintiuno de abril de mil novecientos treinta y uno, tras entrevistarme con Azaña, ministro de la Guerra, éste ordenó de manera artera que ingresara en las prisiones militares de San Francisco, un antiguo cuartel, sin que se me comunicaran los cargos concretos por los que se me acusaba.

Tardaron tres días en presentar un escrito en el que se me daba a conocer mi procesamiento, el sumario 295/31, por haber autorizado que la Guardia Civil disparase contra la Facultad de Medicina, en lo que la prensa denominó los sucesos de San Carlos, un veinticinco de marzo, fiesta nacional en Grecia, cuando todos los que tienen dos dedos de frente y estaban conmigo saben de sobra que nada tuve que ver en esa decisión (en cualquier caso, los guardias dispara-

ron en defensa propia y, para eso, no es necesaria autorización alguna. Algunos murieron por las descargas que recibieron desde la Facultad de Medicina y siempre recordaré aquella portada del *ABC* en la que se publicó a toda plana una fotografía de la madre del guardia Hermógenes Domínguez, asesinado por los disparos de los rebeldes, con este titular: «También los guardias civiles tienen madre». Esto no lo olvidaré jamás).

Por fortuna para mi familia una ley de amnistía del Gobierno que presidía Lerroux me permitió en 1934 reintegrarme en el Ejército y al año siguiente Gil Robles, ministro de la Guerra, me nombró jefe de las tropas españolas en África. Ahora, el Frente Popular que nos gobierna –es una manera de hablar– acaba de revocar el nombramiento y me ha designado comandante militar de Pamplona, Jefe de la XII Brigada de Infantería, que pertenece a la VI División. Quiero mencionar con todo lo anterior que, en el filo de la cincuentena, no hay nada que pueda sorprenderme ni me haga arrodillar. Sigo vivo y al servicio de la patria, que es mi sitio. Dirán algunos que Pamplona es plaza de segunda para quien ha ostentado responsabilidades superiores, pero debo afirmar ahora que en el servicio a la patria no hay escalafón y que no hay labor pequeña cuando se trabaja para el bien común, como se hace en el Ejército. Hoy es Pamplona, buena plaza válgame el cielo, mañana... mañana será otro día y Dios dirá.

De mi último destino traigo el cariño de mis ayudantes y dos recuerdos entrañables, obsequio de los compañeros de armas en África. Resulta que, una vez comunicada mi destitución como jefe de la Circunscripción Militar de la Región

Occidental del Protectorado de España en Marruecos, con residencia en Melilla, hube de preparar el recibimiento de mi sucesor, el general Gómez Morato, según se me ordenó desde el ministerio, con la mayor pompa posible. No era partidario del bombo y platillo pero cumplí las indicaciones y el 5 de marzo, en el muelle de Ceuta, di la bienvenida al sucesor, aguanté con estoicismo gritos injuriosos de la chusma que rodeaba la tribuna de autoridades y a continuación opté por la retirada para despedirme de los más allegados.

Fue una tarde triste y hermosa. Triste por abandonar aquella tierra y los amigos, hermosa por las muestras de cariño que recibí y que, a la postre, se concretaron en dos recuerdos bien útiles: una máquina de escribir portátil Remington de cinta bicolor y una cámara de fotos, una Leica I, con un objetivo Hektor de 50 mm, una lente de alta velocidad. Desde que, a los 14 años, mi padre me regaló una Kodak, tengo pasión por la fotografía, como ya la tenía por la lectura y la escritura. Los dos regalos que recibí, aparte de llegarme al fondo de lo más sensible, no pueden ser más prácticos. Ahora mismo, a las diez de la noche del diecisiete de marzo de mil novecientos treinta y seis, San Patricio, fiesta en Irlanda, estas cuartillas las estoy escribiendo con la Remington cuando en este caserón duerme todo el mundo, a excepción mía y del telefonista, un chico natural de un pueblo cercano a Pamplona que desde nuestra llegada me ha resultado muy simpático: habla el castellano como los apaches de la películas porque su lengua nativa dice que es el vasco. Se esfuerza tanto por expresarse bien, porque se le entienda, que a veces me ha parecido grotesco. En esta comandancia todos los que me han hablado de él refieren que tiene un corazón sin límites y que es leal hasta la muerte. No hay duda: con gentes como él vamos a levantar España.

Ayer por la mañana hice fotografías de los exteriores de este palacio de los Reyes, o de Capitanía, que de ambas maneras le llaman, y en algunas aparecen los niños, que están muy contentos de vivir en este extremo de la ciudad, rodeados por plataneros frondosos que ahora despuntan las hojas, sobre el río Arga y sus huertas, junto a un convento de monjas adoratrices que pasan una buena porción de su tiempo cantando alabanzas al Señor (las puedo oír en las mañanas con toda claridad, como si yo mismo estuviera en el refectorio acompañándolas en su colación; por la tardes entonan los salmos custodiadas por un órgano).

Al presente que escribo esto de los niños me vienen a la memoria algunos recuerdos, ya muy lejanos, de la ciudad donde nací, Placetas, provincia de Santa Clara, en la entonces española isla de Cuba, y de la primera vez que mi padre, Joaquín Mola López, capitán de la Guardia Civil y comandante de una compañía montada que tenía su sede en la casa cuartel de aquella plaza, me llevó a ver el mar (Placetas está en el interior de la isla, casi en su mitad longitudinal, y empleamos un día en la excursión). También recuerdo la primera vez que monté a caballo y anuncio que mi afición a estos animales permanece intacta desde entonces. Aprendí a distinguirlos por sus capas y diferencio plenamente un ove-ro de un ruano, por qué no decirlo.

Del mar sólo quiero añadir que, desde que mi padre me regaló en Placetas una goleta en miniatura (todavía soy capaz de ver su cara estupefacta cuando la eché a navegar por el abrevadero del cuartel), he sentido fascinación por todo aquello que sobrevuela las olas. Es más: el año pasado solicité, y obtuve, tarjeta de investigador en el Museo Naval de Madrid, y a este menester pienso dedicar mi tiempo libre

en el futuro. Cuando abandonamos Cuba –tenía ocho años– hice la travesía del Atlántico mayormente en la cubierta del buque mirando siempre al horizonte con mi madre pegada a la espalda porque creía que, en una de esas, me iba al mar por la borda en un golpe de mala fortuna. Mi madre, Ramona Vidal y Caro, era criolla y, a pesar de su condición de isleña, se mareaba con solo mirar las olas. Qué paradoja.

3

LA REUNIÓN EN MADRID

– Informo a los presentes que he decidido enviar al general Mola a la plaza de Pamplona como comandante militar, comunica el general Carlos Masquelet, titular del Ministerio de la Guerra, en la mesa del consejo de ministros.

– Me parece oportuno. Prefiero a esta gente en la periferia, alejados de Madrid – dice el presidente del Gobierno, Manuel Azaña, refiriéndose a Franco, Goded y al mismo Mola y midiendo con estrictez el alcance de sus palabras.

Hace seis días –el veintidós de febrero, a menos de una semana de haberse celebrado las elecciones al Parlamento– que el Gobierno ha nombrado veintisiete nuevos gobernadores civiles y designado a Franco para la comandancia militar de Canarias. En el mismo número del diario oficial aparece el estrenado destino que el general Manuel Goded, nacido en Puerto Rico y ministro de todas las conspiraciones, un hombre con aspecto facial de boxeador, tiene en la periferia insular: Baleares. Ahora le ha tocado a Mola, que está en Madrid a la espera de cumplir su nuevo empleo participando en conciliábulos con sus connilitones donde

se juntan para hablar de los males que aquejan a España y la manera de poner remedio a tanto desmán.

Por primera vez desde hace muchos meses pueden reunirse en la capital de España, entre otros, los generales Franco, Mola, Varela y el teniente coronel Valentín Galarza, una sabandija que va a desempeñar el papel de *correveidile* con precisión matemática. La última cita antes de que cada quisque salga para el nuevo destino es en casa del diputado José Delgado y Hernández de Tejada, calle del general Arrando 19, cerca de la plaza de Chamberí, y no ha sido convocada por nadie en concreto: Fanjul se encontró con él por la calle, comentaron que sería interesante tomar un café y que podía avisar a Rodríguez del Barrio, inspector general del Ejército. Éste aseguró que llamaría a Saliquet, alguien descuidadamente avisó a Franco, Delgado hizo lo propio con Mola, luego el cubano llamó a Varela... así hasta liar el ovillo de la madeja y juntarse en el salón del diputado de la Confederación Española de Derechas Autónomas, la CEDA, y agente de Bolsa casi una docena: Saliquet, González Carrasco, Villegas, Fanjul, Orgaz, Ponte, Varela, Franco, García de la Herrán y Mola. Es éste, que acaba de poner los pies en la capital, a donde ha llegado desde Ceuta, quien propone que la charla, aunque informal, tenga su turno de intervenciones y que sea moderada por el militar con más antigüedad: Rodríguez del Barrio que, además, dice ostentar la representación de un ilustre *bon vivant*, el general José Sanjurjo, el más laureado de toda la milicia española, que vive en el exilio portugués de Estoril (se ha librado de ser pasado por las armas, pese a haber sido condenado a muerte por sublevarse contra el Gobierno, gracias a la misma amnistía que salvó a Mola de la cárcel) a la espera de que cambien las tornas.

Entre cafés negros, copitas de aguardiente y el humo del tabaco, que todos fuman sin consuelo, la habitación tiene aire de partida de póquer y los militares, que visten de paisano en masa, de fulleros sin remedio. Hay un barullo fenomenal porque las libaciones están haciendo mella en el cerebro de alguno de los presentes y Mola, impaciente como de habitual en él, al cabo de una hora de escuchar comentarios sin fuste propone que quien tenga algo que decir en orden a solventar los problemas que carcomen la patria (ha repetido por dos veces, para que lo oyeran todos los contertulios, una idea que la lleva grabada a fuego: «En este país, ya no hay nada que hacer por las buenas») pida turno de palabra y lo exponga de manera sintetizada. José Enrique Varela, general y el más bajito de la reunión –también el más locuaz–, se pone en pie y comienza una arenga para llevar a su terreno a los compañeros de armas: «En nuestras conciencias está», – dice –, «dar un golpe de mano rápido y cambiar el orden de las cosas, todo ello a fecha fija».

Para ello propone un plan que a Mola y Franco, que sólo han cruzado miradas, les sonroja: Rodríguez del Barrio debería facilitar una entrevista de Varela con el ministro de la Guerra, Carlos Masquelet, y una vez que estuvieran cara a cara, el general, pistola en mano, lo encarcelaría en la caja fuerte del ministerio, tras reducirlo. Entonces Varela daría órdenes a las divisiones utilizando el teléfono del despacho para que movilizaran los efectivos mientras el general Orgaz tomaba Capitanía en nombre de los conjurados. Todo esto para el 14 de abril, fecha simbólica para las izquierdas, dice vehemente, y con un desarrollo que no sobrepasará el cuarto de hora.

Tras la arenga de Varela toma la palabra Franco y, poniéndose también en pie, dice que no participa de nada que

no esté maduro y bien filtrado, y que abandona la reunión porque le espera un coche para salir hacia la estación y de allí a Sevilla y Cádiz: mañana, nueve de marzo, parte en el buque correo *Dómine* hacia su nuevo destino en Tenerife para dar cumplimiento a las instrucciones recibidas. Sin bajar un músculo la media sonrisa de sapo que preside el bigotín de su boca, pide que se le informe de cualquier propuesta por el método más seguro. Mola conviene en la misma solicitud y sale de casa de Delgado con Franco tras estrechar la mano, uno a uno, a todos los congregados. En el portal comenta sin interés aparente:

— Presuponía que esta reunión era para tratar de temas más serios.

A lo que Franco contesta:

— Serios o no, ya ves cómo está el Ejército.

Mola, cuajado por la respuesta, consulta:

— Y tú, ¿qué piensas?

— Que está todo muy verde, Emilio. Tiempo habrá para seguir hablando — afina. En cualquier caso, te informo que he convenido con Varela y Galarza para establecer un sistema de comunicación absolutamente discreto entre la península y mi nuevo destino.

— Enterado. De todos modos, si hay que arar con estos bueyes... — comenta Mola ladeando la cabeza.

Ya en la calle se dicen adiós con alguna campechanía y parten en direcciones contrarias. A Franco, que tiene prisa y destino, le espera un coche oficial en la esquina. Mola, todavía sin decidir cuándo viaja a Pamplona porque antes quiere despedirse del presidente de la República, camuflado tras un abrigo tres cuartos, bufanda marrón por el cuello y sombrero de fieltro gris, regresa a casa andando. Antes ha de

pasar por una librería en la calle Mesonero Romanos donde compra diez cuadernos en los que piensa ir anotando, para sus futuras memorias, los avatares que Pamplona depare. No volverán a encontrarse hasta el trece de agosto, San Graciliano, en Sevilla, en plena metástasis de sangre, cuando Francisco Franco Bahamonde, el general de división menos laureado de los levantados en armas contra la República (ocupa el puesto número veintitrés en el escalafón, por detrás de Saliquet, Cabanellas o Queipo de Llano, entre otros), era ya el flamante zahorí de la guerra.

En la vivienda de Delgado se van despidiendo unos de otros, abandonando el piso cada diez minutos (algunos van tras Franco, a la estación de Atocha, para despedirlo ahora que marcha camino de su nuevo destino). Joaquín Fanjul Goñi es el último que sale del salón, apurando un café, y tiene aspecto apesadumbrado. «Mañana informaré a Gil Robles de lo que aquí hemos tratado», le dice Delgado en el descansillo de la puerta de entrada. «Puedes comentarle a José María de mi parte», contesta Fanjul, «que la cosa en Madrid está verde y nos faltan apoyos. Él, que puede, que se mueva. Díselo así, Pepe».

Semanas después, un doce de abril, el general Varela, que continúa pergeñando su plan para tomar el despacho del ministro de la Guerra, recibe una llamada para que visite en su domicilio a Rodríguez del Barrio, inspector general del Ejército. Al llegar a la casa se encuentra a su compañero de armas en la cama, enfebrecido, macilento, sin fuerzas para ponerse en pie. «Lo que vayas a hacer, hazlo sin mí», dice el enfermo. Varela, que conoce los problemas intestinales de su compañero, no insiste y acierta: Rodríguez del Barrio fallece al poco de un tumor maligno que le ha producido una metás-

tasis generalizada contra la que nada pudieron hacer los cirujanos militares ni la farmacoterapia que llegó de Alemania.

La primera tentativa tumultuaria del generalato para sentar las bases de una sublevación queda para el recuerdo porque el Gobierno decide confinar a Orgaz en Canarias y Varela en Cádiz, éste en situación de disponible, tras recibir un informe del director de la seguridad del Estado, Alfonso Mallol, en el que se indica que ambos, junto a otros generales todavía no identificados, están maquinando contra el orden constitucional. No habrá más reuniones colectivas del generalato en Madrid ni más conspiraciones de café, aunque no varía la dirección del viento: el instinto de los salvadores de la patria sigue en pie y se mantendrá a pesar la distancia porque así lo ha determinado la voluntad centrífuga del Gobierno colocando a sus cabecillas en la periferia. Creen los conspiradores que la asonada militar que está por llegar puede ser la definitiva porque la fruta, aunque no ha llegado todavía la primavera y llueve a diario, está casi madura sin florecer.

4

ESTO COMIENZA BIEN

La chimenea de la locomotora pegó un silbido y lanzó una bocanada de vapor –blanca y tan densa que semejava una nube de lluvia fina– antes de que el tren se detuviera en el andén al filo de las diez de la noche del catorce de marzo de mil novecientos treinta y seis, santa Matilde, reina. Del vagón de primera clase bajaron dos jóvenes con aspecto de señoritos, una señora enlutada de pies a cabeza y un militar

con prisa que hace gestos levantando la mano derecha cuando se abre paso entre la chusma que ha viajado en segunda y tercera. En la estación, junto a la cantina, otro grupo de militares se pone en movimiento tras esperar una hora bajo un frío glacial. A la cabeza de la comitiva va el coronel José Solchaga, jefe del Regimiento de Infantería América 23, comandante militar interino de la plaza de Pamplona, frotándose las manos. Cuando están frente a frente se reconocen:

— A sus órdenes, mi coronel, — dice el comandante Emiliano Fernández Córdón, sorprendido por el frío que abate la ciudad.

— ¿Viene con Ud. el general?, — pregunta Solchaga.

— Está esperando en la puerta de su compartimento, junto a la plataforma. El ferrocarril se ha retrasado porque ha estado detenido en Alsasua esperando a un mercancías.

— No se preocupe, comandante. Dígale al general que puede bajar.

— A sus órdenes, mi coronel.

Fernández Córdón regresa al tren aterido de frío y recomienda al general que se calce el abrigo porque afuera hace un frío de bigotes. El general se arropa y da instrucciones para que los niños hagan lo mismo; su esposa se enrosca la bufanda por el cuello hasta la altura de los labios y abotona el abrigo. Así descienden al andén.

El general es Emilio Mola Vidal, algo más de ciento ochenta centímetros de altura, cuarenta y ocho años, delgado, muy moreno, ojos saltones, el gesto invariablemente serio, el paso algo desgarrado, gafas de miope con armadura de varilla metálica marrón, irreconocible en la estación porque va vestido de paisano: lleva abrigo azul cruzado, traje gris, camisa blanca, corbata oscura y un sombrero de fieltro

de ala ancha que lo emboza como una máscara. Ayer estaba con uniforme de gala en el Palacio Real, despidiéndose del presidente de la República, don Niceto Alcalá Zamora (que insiste en su deseo, como ya le ha comentado a Alejandro Lerroux, de abandonar la política y optar a un sillón de los vacantes en la Real Academia Española), y hoy, de noche, acaba de llegar a su nuevo destino. A su espalda va doña María de la Consolación Bascón y Franco, rodeada por cuatro niños, seguida por el ayudante de su marido, comandante Fernández Córdón. En el andén recibe el saludo de su subordinado.

— A las órdenes de usía, mi general. Bienvenido a la plaza de Pamplona.

— Bien hallado, coronel. ¿Este frío es normal en la ciudad?, — pregunta Mola, recordando que siete días atrás estaba en África con la camisa remangada hasta los codos.

— Este y otros peores, mi general. Esta es una ciudad donde hace mucho frío en invierno. ¿Vamos hacia los coches?

— Como usted lo haya previsto, coronel.

Camino de la entrada a la estación Mola presenta su esposa al coronel Solchaga y trata de que los niños no se vayan por su pie fuera del itinerario previsto. «Llevan casi diez horas en el tren y ya sabe usted que los niños no soportan estar encerrados», explica. «Hemos tenido una parada no prevista en Alsasua. Supongo que se lo habrá comentado mi ayudante». «Sí, sí, mi general. Por nosotros no se preocupe: nuestra misión era esperarle en el andén hasta que usted llegara. Conocíamos del retraso», aclara el coronel.

— ¿Cuál es el programa para hoy?, pregunta Mola.

Solchaga se queda fuera de juego porque, de acuerdo a lo previsto y siendo como son más de las diez de la noche de

un día cabrón que ha dejado los termómetros temblando, el programa se termina dejando a los recién llegados, junto con la impedimenta, en su vivienda del palacio de Capitanía.

—Había previsto conducirles hasta su nueva residencia, —contesta.

—¿Y la toma de posesión?

—Para mañana, mi general. Está prevista para mañana.

—Entonces —responde Mola—, tenemos cambio de planes. Esta noche toma de posesión y mañana revista general.

—A sus órdenes mi general, responde Solchaga sin vacilar y con todo el aplomo que le sale de los pulmones, a pesar del contratiempo. —Si le parece, vaya usted en el segundo coche, con su señora y los niños. Yo voy por delante: nos dirigimos al edificio de la antigua comandancia militar.

El coronel Solchaga tiene una información sobre su nuevo jefe bastante parcial, si bien es lo suficientemente precisa como para saber que Mola es persona que gasta bastante mala uva cuando no se cumplen sus órdenes, que quiere las cosas al momento, que no admite excusas, que tiene una frase —aprendida de un coronel cuando estuvo en la academia militar de Toledo— que ha hecho fortuna entre sus subordinados: «Un minuto antes de la hora, no es la hora. Un minuto después de la hora, no es la hora. La hora es la hora». Por eso el coronel ordena a su chófer que encamine el vehículo hacia los cuarteles y avise a la oficialidad para que esté formada en el salón de actos en menos de cinco minutos; es el tiempo que necesita para entretener a Mola y su familia con algún refrigerio, sobre todo a los niños. Para fortuna de Solchaga la ceremonia del traspaso de poderes se celebra en tiempo y forma, lo cual satisface al general que, complacido por la rapidez, comenta en voz baja a su ayudante:

— Esto comienza bien, Emiliano.

En capitanía, que será su nueva residencia por tiempo indefinido, los soldados llevan formados cerca de tres horas a la espera de que aparezca el nuevo gobernador militar, tiritando sin que nadie lo remedie. Cuando llega el general Mola y pasa revista a la tropa es casi media noche y parece que comienzan a caer unas chispas de nieve sobre la ciudad. Mola saluda a los oficiales y, aunque cansado, tiene el tiempo necesario para contar algo que a los militares que le rodean les hace mucha gracia porque ríen a mandíbula batiente. Posiblemente sea una broma sobre el Gobierno o el último chiste contra Azaña.

— Señores, — se despide con las manos — hasta mañana. Mañana será otro día.

— Hasta mañana, mi general — contestan a coro.

Enfilando las escaleras que dan acceso a la primera planta, un soldado se acerca a Mola, se cuadra, saluda y sin el menor reparo se atreve a comentar:

— ¿Espera alguna llamada mi general?

Mola lo mira de abajo arriba, incrédulo por el atrevimiento del recluta.

— Perdone vucencia, mi general. Se presenta el soldado Domingo Mariezcurrena, aquí conocido por Chomin, y soy el telefonista del palacio. Si usted no espera llamadas, me retiro a descansar para estar mañana al teléfono con las primeras luces.

El gobernador militar lo vuelve a mirar de abajo arriba porque le llama la atención que el telefonista vista unas botas tan lustrosas a esas horas de la noche.

— Soldado Maies... ¿cómo ha dicho que es su apellido?

—Ma-ri-ez-cu-rre-na, mi general. Es apellido vasco, como yo, que soy de Ezcurra, al norte de Navarra.

—Soldado Mariezcurrena —Mola es de los que no olvida jamás un nombre, un apellido o una cara—, puede usted descansar. Mañana, a las siete y cuarto, preséntese usted en mi despacho.

—A sus órdenes, mi general. Siete y cuarto.

Esa noche el general Mola la pasa prácticamente en blanco porque son tantos los datos que su cerebro quiere procesar, y en tan corto espacio de tiempo, que la proverbial impaciencia del militar no puede soportar estar en la cama, mirando al techo, sin reconcomerse los hígados. A las cinco de la mañana, afeitado y aseado, se presenta en la garita de guardia y sorprende al soldado dormido en lo más profundo.

—Si yo fuera el enemigo, estaba usted muerto, —le dice mientras enciende un pitillo que ilumina su cara y las estrellas de la bocamanga.

—No volverá a ocurrir, mi general, —responde el vigía acongojado y con los ojos apergaminados.

—Por su bien, y el de todos nosotros, así lo espero, soldado. En el Ejército español no está permitida la narcolepsia.

El general regresa a su dormitorio y espera que vayan pasando los minutos mientras lee uno de los volúmenes de las *Memorias de un hombre de acción*, de Pío Baroja: tiene fascinación por la vida de Aviraneta, el conspirador pizpireta del siglo anterior, y por su autor, a quien le gustaría visitar cuando lleguen los calores en su caserío de Itzea, en Vera de Bidasoa, al norte de la capital navarra. Mientras va haciendo tiempo y ordena los destornilladores, la lima, una garlopa y el cincel que va a utilizar para construir una maqueta naval,

llegan las siete y suenan dos golpecitos en la puerta de la antecámara; Consuelo está dormida profundamente, al igual que los niños.

—Mi general, soy Emiliano, —dice el comandante silbando las palabras. —Vengo con el servicio.

—Si sabe hacer café —bromea Mola— que pase, responde sin abrir la puerta del todo.

—Café y otras cosas, mi general.

Desayunado y con dos pitillos en el cuerpo Mola se sienta por vez primera en su despacho del palacio de los Reyes, situado en el ángulo sur del caserón, que tiene un pequeño vestíbulo con una mesa cuadrada donde estoicamente hace guardia de manera cansina un soldado. La estancia es grande, como corresponde a un edificio histórico militar, y está decorada con muebles de cerezo teñido, barrocos, cortinas (tiene dos puertas de entrada) y un espejo que corona el reloj isabelino que, dicen, siempre va a la hora. Mola se ha fijado en él y su subconsciente acaba de señalarlo como nuevo material que ha de revisar; su pasión por los relojes viene de antiguo y se incrementa cada año.

El despacho tiene, en un lateral de la dependencia, plantado sin criterio estético alguno, un biombo oscuro de proporciones notables que esconde malamente un sofá de dos plazas y tres sillones de cretona vieja, ajada y azulada. Sobre la mesa que preside el salón, protegida por un vidrio rayado en los bordes, está un teléfono de baquelita, a la espalda de la silla del despacho otro teléfono de madera, luego un higrómetro, un barómetro y un cuadro mal encajado a la pared, algo descolorido y cursi, que representa a la República.

En una esquina, junto a la mesa de trabajo, a su derecha según se entra, cinco baldas pequeñas en madera de ce-

rezo con el barniz desgastado donde se apilan sin orden papeles, folletos, libros de ordenanzas militares y una máquina de escribir Underwood de carro alto. La estancia tiene luz natural que se oscurece al contacto con un suelo de baldosa desgastada blanca y gris; nada que se parezca al despacho que ocupaba hace quince días en Melilla. Tampoco hay concordancia con su anterior destino: del mando de un ejército de 20,000 hombres en Marruecos al de una brigada de la VI División integrada mayormente por una leva de asturianos sin interés alguno por la milicia.

Para su reconforte el palacio es un edificio con soleira acrisolada que exhibe en el frontispicio, tallada en una laja blanquecina, el águila bicéfala de los Austrias entre dos columnas y, tras un portal ancho y hondo, un gran patio algo deslucido y triste, con pozo y soportales, pavimentado con piedra de río sin canto, que también sirve como garaje del parque móvil oficial. El casón, que guarda otras sorpresas que Mola irá descubriendo al paso de las semanas, está en un altozano, sobre el río Arga, divisando la parte norte de la ciudad y las murallas que circunvalan los límites de Pamplona.

— Así que es usted el encargado del teléfono — comenta Mola a las siete y cuarto de la mañana cuando el soldado que vigila su despacho le anuncia la llegada del recluta Mariezcurrena.

— A sus órdenes, mi general. Soy el telefonista y estoy aquí para lo que usted mande.

Mola no se anda con rodeos, no es su estilo.

— Soldado, quiero decirle tres cosas: la primera es que su puesto es clave en este edificio y espero que esto no lo olvide mientras esté en el Ejército; la segunda es que ha

de ser usted el más discreto de todos nosotros y la tercera es que, mientras vea usted una luz en esta planta, no se puede ir a la cama. Mi ayudante, el comandante Fernández Cordón, es mi alter ego. ¿Queda entendido?

— Mi general, la última parte no la comprendo. Yo soy euskaldun, de hablar el vasco siempre..., y hay palabras del castellano que no entiendo.

— ¿Qué es lo que no entiende?

— Lo que ha dicho de su ayudante, el comandante.

— Se lo repito, Mariezcurrena: es mi alter ego...

— Eso es lo que no entiendo, mi general — interrumpe el telefonista encogiendo los hombros.

— Quiero decir, soldado, que el comandante Fernández Cordón es como yo mismo, mi alter ego, que son dos palabras en latín que significan lo que acabo de referir. Lo que hable usted con él, recuérdelo, es como si lo hiciera conmigo. Nada más. Buenos días.

— A sus órdenes, mi general.

— Una última cuestión, soldado. El horario es de siete y cuarto de la mañana hasta que se acabe el día. Y ahora, a otra cosa.

— Entendido. A sus órdenes, mi general.

La primera jornada en su nuevo destino la empleó el general en visitar acuartelamientos, instalaciones, establos, almacenes y oficinas sin dar un respiro a su equipo de ayudantes, de manera que no atendió una sola llamada de teléfono. Por la noche, después de haber despedido a los niños, ojeó los periódicos de la ciudad y comprobó que su flamante cargo no despertaba gran entusiasmo entre la prensa local. «Desde anoche se encuentra en Pamplona el nuevo comandante militar de la plaza, Sr. D. Emilio Mola. Dámosle nuestra bienveni-

da», decía *El Pensamiento Navarro* en página par, sección «Ecos de Sociedad», apartado «Varios». — Prefiero que sea así, que pase inadvertido, — comenta Mola a su esposa.

— Pues el telefonista ha venido tres veces porque el director del *Diario de Navarra* quiere pasar por aquí para saludarte, — explica Consuelo.

— ¡Ah!, nos conocemos desde hace años. Estuvo siguiendo para su periódico algunas batallas en Marruecos y coincidimos allí. Es un hombre muy locuaz, — comenta el general sin mayor interés. Creo que en esta ciudad tiene mando y lo ejerce. Además de periodista es diputado a Cortes. Puede resultar interesante que lo conozcas.

— Como te parezca, — responde Consuelo—. ¿Has tratado a su esposa?

— No. Creo que está soltero.

5

DEMOCRATIZAR AL EJÉRCITO

La máquina de escribir portátil que me regalaron los compañeros en África es un gran invento porque, debido a su tamaño y peso, me permite usarla en cualquier parte, incluso en el campo. Ahora tengo claro que el libro que estoy acabando de pulir sobre mis andanzas en Marruecos y todo lo que hace referencia a Dar Akkoba se lo voy a deber a esta maquinita de tan poco lastre y tan práctica; lástima que haya descubierto este invento un poco tarde. Estos primeros días de estancia en Pamplona los estoy dedicando a ordenar papeles y a conocer un poco a los mandos de esta brigada porque continúa el frío intenso con el que nos recibió la ciu-

dad; cuando remita, tengo previsto viajar por la provincia y relacionarme con las fuerzas vivas.

Mientras llega el calor de la primavera –si es que llega alguna vez a esta ciudad; cómo añoro Melilla, climatológicamente hablando– estoy dedicando la última hora de las tardes y buena parte de la noche al libro y, cuando me canso de escribir o corregir, desmonto la tensión y los nervios dando los últimos retoques a la goleta que he construido y que en breve voy a regalar a mi hermano Ramón, que vive en Barcelona y es juez militar. También he comenzado a cepillar con la garlopa el maderamen que me gestioné en Ceuta para el acorazado que voy fabricar y ya he dado cuatro voces en el mercado para procurarme los motores de explosión que necesita este barco. No es tarea sencilla –y, menos, desde Pamplona– pero confío en llegar a buen puerto con el proyecto (valga la redundancia fácil).

He dicho en alguna ocasión que los trabajos manuales son para mí una válvula de escape y, a veces, una necesidad. Me relajo de esta manera tan poco aparente como otros lo hacen jugando a las cartas o atracados a la barra de un bar sosteniendo un vaso de vino. Creo que mi auténtica vocación, además de la milicia, hubiera estado en la medicina, más en concreto en la cirugía. Sí, continúo pensando que yo podía haber sido un buen cirujano.

Desde que estuve en Logroño, en el Regimiento de Cantabria, al poco de casarme con Consuelo en Ceuta, el uno de enero de mil novecientos veintidós, y aprendí el oficio de ebanista con un sargento viejo que estaba en intendencia (hice varios muebles para casa), sigo perfeccionando el arte de las manualidades porque considero que me ayuda a la templanza.

Ya me han visitado todos los jefes de la guarnición, así como mi viejo conocido don Raimundo García, un madrileño que es el director del *Diario de Navarra*, donde es conocido bajo los seudónimos de Garcilaso y Ameztiá. Entre los oficiales me han llamado la atención los capitanes Moscoso, Lastra y Vicario. Son gente muy joven e impulsiva, y se traen alguna martingala entre manos de la que quieren hacerme partícipe. Quieren reunirse de nuevo conmigo tan pronto como regrese a Pamplona el capitán Barreda, que está en Madrid en comisión de servicio, de quien me han hablado maravillas. Emiliano predica de estos oficiales con auténtica pasión y dice que son el motor para cambiar España. Veremos.

En cualquier caso todos los oficiales con los que he hablado refieren que los soldados a sus órdenes ni prestan gran interés a la preparación táctica ni son especialmente afectos a la institución militar. Parece ser que son asturianos en su mayoría, gentes de izquierdas muy dadas al proselitismo antes que al estudio de las armas. Creo que estas observaciones las voy a tener en cuenta para el futuro.

Don Raimundo García, desde su posición de periodista y diputado, me ha puesto al día de la situación en Navarra. Parece que hay mucha preocupación en la Diputación Foral y Provincial de Navarra porque el Gobierno de Madrid pretende sustituir, a través de una ley votada en las Cortes, a los actuales diputados, que son católicos, fueristas y de derechas, por otros más afines a sus intereses mediante el nombramiento de una comisión gestora. No seré yo quien intervenga en estas peleas pero García advierte de que si esto sucede, si el Gobierno del Frente Popular acaba llevando adelante sus intenciones y revoca el mandato de los actuales diputados

provinciales, la gente en Navarra se echará a la calle. Me ha contado todo esto, de lo que informan a diario los periódicos, para que tenga una dimensión más exacta de lo que este problema puede representar en la provincia.

También me ha dicho el diputado señor García que los ánimos están muy exaltados y que las fuerzas tradicionalistas, los carlistas, con un gran peso en esta región, no van a permitir por más tiempo el actual estado de las cosas en España. La quema de conventos, que tanta gracia les hace a algunos en Madrid, es vista aquí como una gangrena que corroe las esencias más sagradas de la patria. Comenta el periodista y político que el carlismo tiene preparada en toda España, pero sobre todo en Navarra, Álava y Guipúzcoa, una fuerza de choque, el requeté, armada en algunos casos, que es un auténtico ejército que estará a las órdenes de quien decida imponer el orden. Ahí se ha quedado la cosa.

Hablando de la milicia me viene ahora a la memoria la sandez que dijo Manuel Azaña, siendo ministro de la Guerra: «Hay que democratizar el Ejército». Este señor, que podrá ser un gran intelectual, un riguroso pensador pero que de temas militares no conoce nada (de ahí el gran daño que hizo a toda la institución cuando fue ministro), debería de saber que la milicia, por definición, es todo lo contrario: antide-mocrática. Es una institución donde la soberanía se ejerce por orden jerárquico. ¿Se imagina alguien a Napoleón Bonaparte, en vísperas de Waterloo, sometiendo a votación por qué flanco atacaba a las tropas de Wellington? ¿Alguien cree, en su sano juicio, que el Ejército, sus generales, sus oficiales, han de acordar con la tropa los planes? He escuchado muchas sandeces desde que ingresé en la milicia pero jamás

una tan grande como ésta, y menos de un premio nacional de Literatura como es el señor Azaña. Debió de ganarlo en una tómbola.

Recordaba el señor García cómo nos conocimos. Era septiembre de mil novecientos veinticuatro, en Dar Akkoba, y hago memoria de un detalle: al entrar en la tienda una tarde encontré sobre la mesa una nota de cuaderno escrita con una caligrafía primorosa que venía a decir: «Se siente orgullo de ser español cuando hay quien hace lo que usted ha hecho en esta posición. Garcilaso. Director del *Diario de Navarra*, que ha venido a estrechar su mano». Eso fue un veintitrés de septiembre y nos conocimos un par de días después. Lo que sí recordaba con precisión es lo que aconteció el día treinta de ese mismo mes. Estábamos en la tienda del puesto de mando y Garcilaso propuso que nos hiciéramos juntos una foto todos los oficiales y jefes que habíamos participado en las operaciones de aquellos días. Yo me opuse, como me he opuesto siempre a que me tomen fotografías.

Les dije:

—No, no, eso no, nunca. Retratar a quien quiera y le de la gana, pero a mí de ninguna manera. Soy supersticioso, no lo niego. Tengo la preocupación de que, a retrato publicado, balazo seguro: el fotografiado es gafe para mí.

El caso es que los oficiales se pusieron en grupo para ser retratados y cuando estaba todo dispuesto sonó un gran estruendo y cayeron cantidad de cascotes sobre la tienda. Hubo un momento de gran confusión porque pensamos que era un ataque de los moros y se movilizaron los soldados por todas partes. Al poco, una patrulla descubrió que no era un proyectil enemigo sino que un pobre camillero, en una zanja, había manipulado imprudentemente una granada de mano. Cuando volvió la paz aseguré en tono solemne:

– Ahora queda claro lo de las fotos, ¿no les parece?

Nos habíamos reunido después de una batalla tremendamente áspera en la barrancada de Xeruta, cerca de Dar Akkoba, que luego fue bautizada como el «Barranco de la Muerte». Resonando estas viejas historias Garcilaso ha aprovechado para proponerme una *interview* con fotos incluidas, que se publicaría no sólo en su periódico sino en otros de distintas capitales. Le he contestado que, de momento, prefiero no hablar y que de las fotos nada de nada. Ha insistido recordando mi gran afición a la fotografía pero he tenido que cortar la conversación porque retratarme a mí es cuestión perdida. Hemos quedado para almorzar este fin de semana porque el señor García quiere comentarme algo, pero fuera de los cuarteles.

Me ha hablado también de la decisión del Gobierno de ordenar la clausura de todos los centros de Falange Española, tras la detención de su fundador, José Antonio Primo de Rivera, y de sus máximos dirigentes, Julio Ruiz de Alda, que es navarro, entre ellos (tenía cumplida información de todo ello, antes de que trascendiera a la prensa, por el comisario Santiago Martín Bágüenas, antiguo colaborador mío de la época en la que fui Director General de la Seguridad del Estado y actual jefe superior de policía de Madrid; de todos modos, he dejado que García creyera que era la primera noticia que recibía sobre esta cuestión).

El gobernador civil de Pamplona, a quien no conozco todavía, ha debido cerrar los centros falangistas en Navarra y eso, dice Garcilaso, ha soliviantado todavía más a sus militantes. Como la prensa está sometida a censura, los periódicos locales no han podido comentar el tema como quisieran, dice. Cuando la censura les suprime algunos textos que ya

están montados en el periódico, los noticieros de Pamplona no se preocupan de recomponer los espacios: rellenan los huecos con líneas que dicen «Lea V. Diario de Navarra», «Lea V. El Pensamiento Navarro», y así sus lectores comprenden que había más información pero que los censores la han suprimido (eso mismo lo hacen también otros diarios). Es muy difícil el periodismo independiente en estas fechas, ha comentado Garcilaso, porque el Gobierno no permite la crítica. Aunque, añade: «Si la censura es necesaria al mejor servicio de España, venga la censura. Si para tan elevados fines se necesitara de la dictadura, digamos también con toda lealtad: Venga la dictadura». «Son reflexiones», dice bajando la voz, «que tengo escritas en mi periódico hace años y que ahora vienen al pelo».

Al finalizar la reunión he recordado al señor García que creía haber leído en el *ABC* que José Antonio Primo de Rivera, en las pasadas elecciones de febrero, obtuvo algo menos de 5,000 votos, cifra muy escasa para las aspiraciones de su partido. A este respecto Garcilaso me ha comentado lo siguiente: «El dieciséis de junio de mil novecientos treinta y cinco, en el parador de Gredos, hubo una reunión de la junta política de Falange Española en la que, después de debatir mucho sobre el bien y el mal, llegaron a la convicción de que nunca llegarían al poder a través de unas elecciones y de que estaba en peligro su propia existencia como grupo político. En Gredos tomaron la decisión de conquistar el poder y restablecer el orden utilizando las armas (tenía alguna información con anterioridad sobre esta cuestión, creo, a través de Báguenas). Por eso el Gobierno ha detenido a Primo de Rivera y la cúpula de Falange, y por eso va a clausurar todas sus sedes. En Navarra, ha remachado el señor García,

está pasando algo similar: muchas personas no creen que las cosas puedan cambiar porque trueque un gobierno tras las elecciones. La situación mudará porque habrá un movimiento salvador que reintegrará los valores de la patria, piensan cada día más las gentes de bien. Me temo que con sangre», ha dicho.

Dos días después de esta entrevista he comenzado a cumplimentar a las autoridades. Primeramente vino a verme el gobernador civil, don Mariano Menor Poblador. Luego, el día 22, fui yo quien devolvió el cumplido pasando por su despacho. Me ha contado que lleva en el cargo algo menos de un mes, que es de Zaragoza y de natural tranquilo. Hemos hablado, a iniciativa suya, de una orden que dio su antecesor en el cargo, el señor Mato Leal, la última semana de febrero, en la que ordenaba a la Guardia de Asalto que procediera a la recogida de todas las armas y municiones que hubiese en las armerías de Pamplona como «medida de precaución», según informó a la prensa.

Abundando en esta directriz el señor Menor, a su vez, hizo pública el pasado día dos una circular del Gobierno Civil por la que se suspenden las licencias de armas a particulares en toda Navarra: aquellos que tengan armamento de cualquier tipo deben pasar por los cuarteles de la Guardia Civil y entregarlo para que se proceda a elaborar un censo. «Las licencias las vamos a revisar una a una», me ha dicho el gobernador, que ha recibido órdenes desde Madrid. Le he preguntado si advierte en Pamplona algún síntoma de trifulca, si piensa que hay demasiada arma suelta en manos de particulares sin derecho a ello. Me ha contestado lo siguiente:

—Son órdenes que he recibido de la Dirección de la Seguridad del Estado que voy a cumplir a rajatabla. Aprecio en Pamplona, por parte de algunas organizaciones, mucho interés por lo militar y las armas en particular. Y ya sabe usted, general, ha reseñado, que las armas las carga el diablo.

Sinceramente, no se qué ha querido decir con esta última frase.

Del alcalde, don Tomás Mata, poco que decir. Lo visité en el ayuntamiento y, al día siguiente, él hizo lo propio llegándose hasta Capitanía. Me ha dado la impresión de ser una persona normal; es carlista.

Por la prensa me he enterado de que el aviador Ansaldo ha quedado en libertad. Este tipo, que parece un poco chisgarabís, es muy conocido en Pamplona.

6

TRATAR DE OBTENER INFORMACIÓN

El requeté, la milicia carlista dotada de estructura militar cuyos cuadros han recibido instrucción con armas de fuego llegadas, mayormente, desde Francia y Eibar (unas compradas en el mercado negro, las otras sustraídas de una fábrica de armamento), presenta sus cartas de batalla a finales de marzo de mil novecientos treinta y seis durante el entierro en Pamplona de un falangista asesinado en Mendavia, el día veintinueve, Martín Martínez Espronceda, y ha pretendido dejar claro que contra ellos no hay solución posible, si es que todavía la hubiera en esta fría primavera.

En Mendavia, localidad pimentonera de la ribera navarra donde las desigualdades sociales han llegado al

punto extremo de que unos feligreses, los ricos, entran por una puerta a la iglesia y otros, los pobres, lo hacen por otra, diferente y más pequeña, hay hambre a causa de una mala gestión de las tierras comunales, algunas en barbecho permanente porque están administradas, desde siempre dicen, por gentes que no las necesitan para vivir. En este pueblo muere un falangista cuando se enfrenta pistola en mano al alcalde y dos alguaciles que hacían ronda de noche, sin otro motivo aparente que no fuera la demostración de que las izquierdas gobiernan en el ayuntamiento pero los otros, un batiburrillo de caciques, carlistas y falangistas, son los que tienen las tierras, el poder y las armas, como van a poder comprobar los habitantes de Mendavia en sus carnes cuatro meses después.

El hecho es que, sin que quedara aclarado por las fuerzas del orden en todos sus extremos cómo se había producido el asesinato ni quiénes eran el autor o los autores, el cuerpo del falangista tiroteado fue conducido a Pamplona expeditivamente, en menos de veinticuatro horas, escoltado por coches de sus correligionarios que además exhibieron, desafiantes y pendencieros, banderas en los automóviles, alguna pistola y mucha parafernalia guerrera. Al día siguiente el féretro era trasladado desde la morgue del hospital provincial hasta el cementerio de la ciudad, rodeado de sus camaradas y de un piquete del requeté que comandaba un carlista apellidado Elizalde, alférez en el argot propio del ejército tradicionalista.

En el osario capitalino, apostados junto a los soberbios cedros de Líbano que protegen la entrada, esperaba a la comitiva una sección de la Guardia de Asalto que había enviado el gobernador civil, don Mariano Menor, con la ins-

trucción severa de que ni se iban a permitir manifestaciones de fuerza ni formaciones de carácter militar. Estaba el féretro del falangista reposando en el carro metálico que el enterrador había dispuesto en la entrada del camposanto, rodeado por jóvenes uniformados como si de una guardia pretoriana se tratase, cuando el oficial que mandaba las fuerzas del orden, de viva voz, requirió a los carlistas para que rompieran la formación y se retirasen por donde habían venido.

—Honramos hoy la memoria de un camarada que ha dado su vida por España y, ante este servicio, no hay nada ni nadie que nos detenga, —respondió el vozarrón del alférez Luis Elizalde calándose la boina roja que llevaba recogida en la solapa de la hombrera.

—Si no se dispersan en el acto, —insistió el oficial de la Guardia de Asalto, —los mando detener por la fuerza.

—Actúe usted como le convenga. El requeté no se mueve, —replicó Elizalde.

A una señal de la superioridad los guardias avanzaron con los fusiles amartillados mientras el enterrador retiraba el féretro de la entrada sin que el cura que había llegado de Mendavia, y vestía ornamentos de liturgia, siquiera pudiera rezar un responso. Se escucharon varios disparos de arma corta y larga y, entre la confusión general, algunos se tiraron al suelo, otros corrieron hacia el río Arga y los más entraron de estampida en el cementerio, literalmente muertos de miedo; tal fue el barullo y el estrépito que la intervención de las fuerzas de orden produjo.

A resultas de esta actuación quedaron en la puerta, molidos a culatazos por los guardias, los restos del piquete carlista, veinticuatro de cuyos miembros (así como un falangista) acabaron detenidos y trasladados al cuartel de las

fuerzas de orden en dos camiones con techo de lona, espasados por los tobillos. Fueron interrogados durante casi dos días para conocer el alcance de la misión que les había llevado hasta el camposanto, pero ninguno dijo ni media palabra. A lo más, que estaban allí despidiendo como se merecía a un luchador por España que había sido asesinado por la chusma de izquierdas.

Entre los prohombres del carlismo la gesta de sus milicias haciendo frente a la guardia republicana se comenta como una acción de guerra y todos los detenidos son puestos de ejemplo: refieren que ellos son los héroes que la delicada situación política requiere. En anteriores ocasiones el requeté ha hecho demostraciones de similar carácter no sólo en Pamplona (la última, sin uniformes visibles, el día de las elecciones del pasado mes de febrero y sus jefes la consideraron un éxito rotundo) sino en otros lugares de España, aunque sin tanta alharaca. Esta vez, además, se han resistido contra las órdenes emanadas de lo que ellos consideran un lacayo del Frente Popular -como es el nuevo gobernador civil- dando la imagen ante quienes se encontraban a las puertas del cementerio que sus superiores pretenden: el requeté es una fuerza militar lista para intervenir y que no se rinde.

En esa misma labor de enaltecer al héroe va a colaborar el semanario comunista *Mundo Obrero* al advertir en su número de abril, unos días después del incidente en Pamplona, que los requetés son un ejército equipado a la moderna y «armado hasta los dientes», al que hay que eliminar por el bien de la democracia. Para las izquierdas locales -que son conscientes del peligro real pero confían en que el Gobierno meta pronto en cintura a tanto meapilas con pistola

amartillada; los temores parece que, a día de hoy, no pasan de ahí- el carlismo es una antigualla y su fuerza de choque una banda de matones, razón por la cual un semanario local socialista titula la información sobre el incidente de esta manera: «Para acompañar a un cadáver se disfrazan de requetés y se arman hasta los dientes».

En páginas interiores lo ridiculiza todavía más: «Según nuestras noticias, el punto de concentración era el Hospital Provincial, y allí se reunieron animosos requetés y falangistas, aquellos uniformados con boina roja, camisa aceituna y corraje; y los falangistas, más modestos pues, por lo visto no da para más «La Perla», de vulgar americana y gabardina. No sabemos qué pretendía esta gente con este simulacro de concentración fascista. Para acompañar a un muerto no hacen falta pistolas, ni porras, ni uniformes».

El general Mola, que en el octavario que lleva en Pamplona ya ha establecido contacto con sus compañeros en Marruecos, Madrid y Canarias (y que revive las emociones de poder salvar a la patria de la revolución comunista), carga tras este incidente con dos peticiones de visita simultáneas: Garcilaso, de un lado, y los tenientes Moscoso, Lastra y Vicario, por otro. Su posición jerárquica le obliga a recibir primero a los capitanes aunque la intuición le sugiere que lo conveniente es hablar primero con el diputado y periodista local, quizá dueño de alguna información de importancia sobre lo que ha pasado en Mendavia, u otras cuestiones todavía ajenas a los militares.

Guiado por el olfato que nunca le falla Mola descuelga el teléfono de la pared y ordena al telefonista que marque el 1334, redacción de *Diario de Navarra*, para que informe a su director de que el general le espera en su despacho de Capitán a no más tardar en un cuarto de hora; a fin de cuentas,

son diez minutos andando desde la calle Zapatería, sede del periódico. Finalizado este encargo dispone que el comandante Fernández Cerdón, su ayudante, se dirija en un vehículo al cuartel e indague qué es lo que pretenden los capitanes que tanto interés tienen en volver a dialogar con él.

Mola, aunque atento a todo lo que le rodea, ignora que su ayudante conoce a la perfección el mensaje que los capitanes van a transmitirle y que no es otro que, con Barreda ya reincorporado a la brigada desde el veinticuatro de marzo tras su destino temporal en Madrid, los oficiales de Pamplona se ponen a las órdenes de su general para que conozca el estado de sus contactos en todas las plazas militares de las principales capitales y su voluntad vehemente de poner fin al calamitoso estado en el que se encuentra España. O se pone en marcha un movimiento salvador encabezado por los oficiales más preclaros del Ejército o la revolución comunista nos arrastra a todos y viene el acabóse, van decirle.

Entre una cosa y otra, el telefonista avisa a su modo que está al aparato el gobernador civil, señor Menor Poblador.

— Póngame al habla, — ordena el general.

— ¿Don Emilio?, — escucha por el auricular.

— Al aparato, — contesta Mola.

— Quería comentarle, general, que tengo órdenes estrictas de Madrid de no permitir que nadie desfile en Pamplona bajo formación militar que no sea el propio ejército nacional. Le supongo enterado de la que armaron los carlistas en el cementerio de la ciudad, de la carga que tuvo que efectuar la Guardia de Asalto y quisiera saber su opinión.

— ¿Sobre qué punto quiere conocer mi criterio, señor gobernador? — pregunta Mola, que es un experto en hacerse el lila ante cualquier situación que le desborde.

—En relación con las formaciones militares que no son tal. Estoy hablando de los que desfilaron por el cementerio como si fueran una unidad de infantería de la brigada militar que usted manda.

—Mire usted, señor gobernador...

Mola duda el tono que debe de adoptar para responder a la cuestión porque no quiere compromiso alguno ni que se puedan tergiversar sus palabras. Desde que pasó por la dirección de la Seguridad del Estado se la coge con papel de fumar, como él mismo dice, cada vez que ha de hacer una manifestación que finalice siendo pública porque cualquier frase, por muy bienintencionada que sea, puede acabar volviéndose en su contra.

—Mire usted. Los desfiles en formación que se los dejen los civiles a los militares, que es parte de nuestro oficio y sabemos hacerlo bien; todas las semanas hay un par de horas en cada uno de los cuarteles españoles para ensayar las paradas. El orden público se lo cedo a usted, que es su trabajo, don Mariano, según tengo entendido —comentan con un retintín que a su interlocutor no le alcanza—. ¿He aclarado sus dudas?

—No son dudas lo que tengo, general Mola. Es que me llegan confidencias de que los carlistas preparan algo más fuerte que un simple desfile y que lo de ayer no es sino una palmaria demostración de fuerza, un desafío al legítimo Gobierno. Acabo de informar telefónicamente al señor director general de la Seguridad del Estado, que se encuentra de viaje por España, y me anuncia que van a estudiar alguna medida al respecto. Esto, —y saber su opinión, era lo que quería comentar con usted.

—Por la parte que me corresponde, puede estar usted tranquilo. El Ejército está en los cuarteles dedicado a

la instrucción de los reclutas y su general no tiene motivos para la preocupación... más allá de la falta de presupuesto que padece.

—Ésa es ya otra cuestión que ni usted ni yo la vamos a poder solucionar, y menos de hoy para mañana. De todos modos, muchas gracias por su tiempo, general Mola.

—Ha sido un placer, gobernador.

Mola es fumador y al acabar la conversación enciende un pitillo mientras ordena descuidadamente papeles sobre la mesa. Sin apenas tiempo para disfrutar del tabaco recibe un aviso desde la garita de guardia en el que comunican que una persona que dice llamarse don Raimundo García está en la puerta y desea verle.

—Que suba a mi despacho con el cabo de guardia—, ordena el general.

Es casi mediodía y Mola sale al encuentro del periodista porque tiene la necesidad de estirar las piernas: lleva casi un mes sin montar a caballo (el tiempo en Pamplona no ha dado tregua desde que llegó; el día que no nieva diluvia o sopla un viento ártico) y semejante trastorno le encoge el cuerpo entero más que las malas temperaturas. Por si no fuera suficiente lo anterior este contratiempo climatológico le arrastra a fumar más de lo que quisiera y aumenta su ansiedad, ya de por si notable en el militar.

Durante los primeros años en Marruecos su pasión de tabaquero la tuvo que controlar, a falta de auténticas hebras, con el fumaque: le llamaban así a una planta con el tallo en forma de cigarro cuya hoja se troceaba para fumarla envuelta en recortes de papel de periódico. Eran los primeros años, los de más miseria, porque siendo ya coronel, a mediados de los veinte, los militares destinados en África

tenían derecho a un paquete de cuarterón los domingos y a una cajetilla o dos –el resto de la semana– de Ideales extra, el reconocido caldo de gallina. Mola ha probado también las hebras británicas pero presupone que son propias de gente afeminada y sin gusto porque carecen de la fuerza del tabaco picado. Pensando en estas menudencias se encuentra al pie de la escalera con su visita.

–Mi general, –comenta Garcilaso– a la vista del mal tiempo que lleva usted padeciendo desde que llegó a Pamplona, me gustaría convidarle al almuerzo en una casa de comidas que está junto al palacio de la Diputación. Carnes, pescados y guisos excelentes. La fonda, que se llama Casa Cuevas, se acaba de vender a los hermanos Guerendiáin, muy conocidos en la ciudad, y está en reformas para abrir al público antes de las fiestas de San Fermín, pero atienden a los clientes de siempre. Tengo reservada una mesa para hoy.

–¿Tan importante es lo que me quiere comentar que trata usted de sobornarme con un almuerzo? ¿No será que requiere usted de alguna información que yo puedo proporcionarle? –pregunta Mola con una mueca que parece sonrisa.

–Usted lo ha dicho, general. Trato de obtener información que sólo usted puede facilitarla.

–Si es así, si usted reconoce el delito, adelante con el almuerzo. Voy a pedir mi coche.

–Pídale para la vuelta, mi general, porque ahora que ha dejado de llover podemos ir a pie y le voy enseñando la ciudad.

–Como usted guste, Garcilaso.

Mientras Mola y el periodista diputado recorren la ciudad a pie, sin escolta, el comandante Fernández Cordón está en la cantina del acuartelamiento tratando de fijar una

posición con sus interlocutores, los capitanes Vicario, Lastra, Moscoso y Barreda, previa a la entrevista que ha acordado para última hora de esa tarde con su jefe. Entre colegas han descubierto sus posiciones y varios de ellos han reconocido formar parte de la UME, la Unión Militar Española, que está en pleno proceso de impulsar una asonada militar pero carece de generales en activo para llevarla a cabo; el mayor número de sus adeptos está fuera de servicio por jubilación de la milicia. Barreda acaba de llegar de Madrid y está al cabo de la calle de lo que se está cociendo cuando dice que la fruta está madura, que Mola prepara algo y que Franco, Goded, Varela, además del laureado Sanjurjo, apoyan la rebelión. Fernández Cordón, que conoce bien el carácter extremadamente agrio que puede llegar a tener el general cuando algún subordinado sobrepasa un centímetro el límite de sus atribuciones, pide a los capitanes que sean precisos en lo que quieren plantear.

— Manolo, habla tú, — dice Carlos Moscoso mirando a Barreda. — Hablas tú solo y explicas todos los movimientos que hemos tenido hasta la fecha de hoy y con qué fuerzas contamos.

— Tengo preparado el *speech*, — comenta Barreda. — Está todo muy claro.

— Si es así, a las siete en Capitanía, — ordena el comandante.

— A sus órdenes, — responden al unísono.

En el restaurante casa Cuevas no hay clientes aunque sí movimiento de albañiles, pintores, plomeros y un artista llamado Montes Iturrioz que prepara los frescos que han de adornar los paños del nuevo comedor. La comida que ha en-

cargado Garcilaso tendrá lugar en un anexo a la cocina que a veces se utiliza como despensa y presenta un menú fijo: alubias rojas con berza y chungur, y merluza en salsa verde.

— He elegido las alubias, mi general, — dice el periodista — porque con este tiempo no hay nada mejor para entrar en calor y, además, en esta casa las cocinan de maravilla. La merluza en salsa también es exquisita.

— Vamos a ver cuánto de verdad hay en sus palabras —, responde Mola sentado a la mesa.

— ¿Algún vino en especial?, pregunta Garcilaso.

— Eso se lo dejo a usted, señor García, que será buen conocedor del producto local. Aunque tratándose de Navarra, tengo entendido, cualquier vino es bueno. Recio, pero bueno.

— Así es.

— Si así es, vayamos al grano, señor García. Si hemos venido a comer a esta casa tan recoleta es porque usted quiere comentar alguna cuestión de su interés, o de mutuo interés, vaya usted a saber.

Mola es de natural impaciente, poco amigo de los circunloquios y rápido con el condumio. Conoce y recuerda la tendencia de su interlocutor para irse por las ramas, incluso por el monte, antes de llegar al meollo de la cuestión, actitud propia del político pero nunca del militar, que es hombre de acción (el presidente Manuel Azaña llegará a escribir de Raimundo García que era persona que hablaba hasta por los codos y de una manera algo incoherente).

Desde el comienzo del almuerzo observa que su compañero de mesa toma las cucharadas de las alubias como si lo hiciera con el servicio de postre y estuviera vertiendo azúcar en una tacita de café negro después de la pitanza. Semejante pachorra le incomoda porque, a estas alturas, lleva a su contertuliano un par de cazos de alubias de ventaja (el

general ha repetido y se dispone a pedir más pan) y todavía no han hecho sino hablar de épocas pretéritas en Marruecos, cuestión que a Mola, aunque le halaguen los oídos, termina por aburrirle. Haciendo un alto en el camino Emilio Mola se incorpora sobre la mesa, extiende la servilleta, la dobla en cuatro partes, resopla y se pimpla un vasito de vino de la tierra que acaba por entonarle los sentidos.

—De modo que tenía usted interés en que habláramos de algo en concreto, ¿no? Pues ya estamos en faena, amigo García. Puede usted disparar con bala cuando guste.

Garcilaso no se da por enterado y pretende finalizar la historia que está contando, aquella que hace referencia a la forma rocambolesca que tenía de enviar las crónicas para su periódico cuando ambos estaban en el norte de África, allá por los años veinte.

—Si le parece, amigo García, hablemos ahora del motivo de este almuerzo. Ya sabe usted que a mí, más o menos, me gusta ir directo a la cuestión. Y que me entiendan lo más posible cuando hablo.

—A la cuestión vamos, —responde Garcilaso limpiando la comisura de sus labios con la servilleta.

En el rito de preparar la intervención el periodista político todavía ha de dar dos sorbitos más a la copa de tinto antes de carraspear, respirar con cierta profundidad y mirar la cara de su interlocutor con ojos de besugo. Mola, a su vez, espera con la vista inquieta.

—Quería hablarle de lo que supone el incidente de la Guardia de Asalto con los carlistas anteayer en el cementerio.

—Sea.

—Mi general, voy a ir por derecho, como a usted le gusta: yo conozco algunos de los movimientos que usted, y otros generales como usted, han tenido y tienen en orden

a conseguir impulsar un pronunciamiento que ponga a fin al estado calamitoso que padece España. Conozco las dificultades para organizar una maniobra que haga cambiar el curso de esta penosa historia que nos está tocando vivir. Lo conozco, lo comparto y lo apoyo. Por eso es que quiero referirme a una cuestión central. Está usted en Navarra, general, y aquí existe una organización que tiene perfectamente (Garcilaso hace un esfuerzo al deletrear la palabra que apoya moviendo con energía su dedo índice de la mano derecha) estructurada una fuerza de choque, que dispone de armas, municiones, que está siendo entrenada desde hace años para intervenir en el caso de que la patria lo demande, que cuenta con un gran apoyo por parte de la población y que extiende sus tentáculos no sólo a esta tierra sino a las provincias hermanas de Álava, Guipúzcoa y Vizcaya; también a Cataluña, el Levante, Andalucía, Madrid etcétera. El carlismo, porque del carlismo hablamos, cuenta con un ejército popular capaz de iniciar una movilización que, dirigida por el Ejército nacional, ponga freno a la dictadura comunista y bolchevique que nos viene. Estamos ya en el punto de que o nosotros o ellos. Orden o dictadura del proletariado, comunismo, estado ateo, caos. Y ahora vamos al meollo, mi general: tengo entendido que, en los días que lleva usted entre nosotros, no ha tenido contacto alguno con dirigentes del carlismo, ni local ni nacional.

— Así es.

— Yo le quiero proponer, y ése es el motivo de este almuerzo, que se reúna usted, de una forma absolutamente discreta, con los prohombres del carlismo local, la fuerza más importante en esta provincia. Que los conozca, que se conozcan, para que puedan avanzar juntos en la idea de re-

conquistar España. Un patriota como usted no debe continuar una hora más sin relacionarse con estas gentes que son de una raza excepcional. Hora es de que confluyan en una sola dirección las fuerzas liberadoras de la patria.

—¿Piensa usted, señor García, que este general que le habla no tiene un conocimiento específico de lo que es y ha sido el carlismo en la historia reciente de España?

—En absoluto, mi general. Lo que estoy proponiendo es que conozca, aquí y ahora, a ese ramillete de españoles que están en la vanguardia de la defensa patria, a la espera de dar el primer paso que nos libere del yugo y las amarras.

Garcilaso, con cierto grado de exaltación patriótica recorriendo su epidermis, toma un nuevo sorbo de vino y resopla.

—General, don Emilio, quiero que usted mantenga una conversación con la cúpula carlista porque es mi obligación proponérselo, y mi deseo. En este momento estoy actuando por mi cuenta y a mi riesgo; ellos ignoran esta iniciativa, que sale exclusivamente de mi coletito.

—Si su deseo es, señor García, dé usted por hecho que va a ser cumplido. En la tarea de ayudar a la patria todos somos necesarios y no sobra nadie. Ahora bien, tengo que dejar sentada una premisa extremadamente clara: en este país no hay más ejército que el Ejército de España, el que lleva el uniforme que yo visto en este almuerzo y eso debe quedar claro hoy y para siempre. Patriotas, no lo pongo en duda, serán de los primeros, como el que más. Pero uniformados al servicio de España, armados por mandato legal, únicamente están las fuerzas del orden y el Ejército. Y nadie más. Así se lo he dicho también al gobernador civil, con quien he conferenciado por teléfono esta mañana.

— Agradecido por su postura y por la aclaración, que comparto, mi general. Ejército, obvio resulta decirlo, no hay más que uno, el Ejército nacional. Pero el carlismo es una fuerza bien estructurada que dispone de un procedimiento propio de sistematizar a sus gentes, de tenerlas preparadas para intervenir en un caso de fuerza mayor. Sí, a su modo, son algo parecido a un ejército. Dicho esto, no obstante, y aceptadas sus premisas, en el lapso de tiempo más breve posible le haré llegar un aviso para la reunión. ¿En Capitanía o fuera?

— Por simple prudencia, fuera. En lugar discreto que debo conocer con antelación.

— Así se hará, — responde Garcilaso, vehemente, antes de pasar al postre.

El almuerzo, tras muchos vericuetos verbales en los que el periodista trata de poner a prueba sin mayor éxito la memoria africana del general, finaliza con un brindis: «¡Por España!», dicen en voz baja, frente a sendas copas de champán Ezcaba que un camarero sin librea sirve con la botella enroscada en una servilleta de hilo blanca, chorreando gotas de agua helada. Ambos ignoran que los vivos a España ya han sonado en esa misma estancia desde finales del año pasado porque el restaurante es la posada elegida por el grupo de capitanes del regimiento —Moscoso, Lastra, Vicario y Barreda, entre otros— para repasar mensualmente los planes del conciliábulo salvador que llevan a espaldas de sus jefes. Sucede que ellos todavía no brindan con champán sino con vino tinto y seltz, que es más barato.

En la calle ha vuelto la lluvia pero Mola no se incomoda porque ha ordenado a su ayudante al abandonar el despacho que le espere en la esquina del paseo de Sarasate más próxima al

restaurante –desde las cuatro de la tarde– con coche, chófer y un escolta. Ahora son ya las cinco y el general está con cierta euforia que se refleja en el rostro, especialmente en los ojos, más fulgurantes que en días pasados. El comandante Fernández Cordón, que lo conoce bien, no sabe si el contento de su jefe se debe al resultado de la conversación, al condumio o a la ingesta de alcoholes. Cree, no obstante, observando al general, que lo más probable sea una combinación de los tres elementos porque, definitivamente, el general está contento; es algo que no tiene duda porque es visible.

– Venga, Emiliano, – le dice al montarse en el coche, vamos a Capitanía que esto empieza a pitar. – ¿A qué hora están citados los capitanes?

– A las siete, mi general.

– En ese caso los recibiré en el salón de la casa, no en el despacho. Estaremos más cómodos y es más discreto. ¿Dispone usted de algún adelanto sobre lo que me quieren comunicar?

– Cuestiones importantes en torno a contactos que mantienen con sus compañeros de armas. Mejor que yo, se lo comunicarán ellos. Son gente muy sana y muy patriota.

– Perfecto. Y, ahora, a casa, a trabajar, a otra cosa, que hoy es día de escuela, Emiliano.

– A sus órdenes, mi general.

En su despacho Mola lee las notas que ha dejado su esposa, repasa el listado de llamadas que le acaba de facilitar el soldado Mariezcurrena y toma asiento frente a la mesa. De un cajón extrae una libreta con tapas de hule y escribe varias notas con la pluma americana de tajo de oro reforzado que le regaló su padre cuando accedió al generalato, nueve años atrás. Su caligrafía no es tan mala como cree pero sí

el orden de transcripción, algo que le consume porque es vicio viejo que empeora con el paso del tiempo. He de buscar un secretario que me alivie de esta labor, piensa mientras repasa malamente las notas caligráficas de días anteriores que viene apuntado en la libreta y que a duras penas puede interpretar: su letra cada día es más estrecha. Cuando finaliza esta ocupación llama al telefonista para indicarle que se dirige a la vivienda y que no espera llamadas.

Al momento que usted vea que se apaga la luz en el salón — comenta Mola — retírese a dormir.

Leyendo la prensa del día escucha cómo las campanas de una iglesia cercana marcan las siete y oye, de fondo, unos pasos. Al poco, dos golpes en la puerta de la antesala piden paso y el general Mola contesta:

— Adelante.

Cinco militares esperan. Uno de ellos, el de aspecto más juvenil, se adelanta con un paso al frente.

— Se presenta el capitán del Regimiento de Zapadores Manuel Barreda, mi general, — dice el militar, cuando entra en el salón seguido por el comandante Fernández Cordón—. Me reincorporo a mi puesto en esta comandancia, expone en posición de firmes, — después de haber estado dos meses en comisión de servicio en Madrid. Estoy aquí en compañía de los capitanes Lastra, Vicario y Moscoso, que esperan afuera

— Emiliano, — dice Mola mirando a su ayudante desde el zaguán de la sala, — hágales pasar.

— A sus órdenes, mi general.

Mola ha dispuesto, en torno a una mesa baja de roble y tapa de cuero, cinco tazas de café, el mismo número de vasos, una jarra con agua y una fuente de plata lustrosa repleta de bizcochos que ha hecho la cocinera. Ha recibido a los

cuatro capitanes fumando y da permiso a sus subordinados para que hagan lo propio, si les place. Piensa que el hecho de fumar alivia alguna tensión, sobre todo a quien tiene esa dependencia con el tabaco.

— ¿Tomarán café? — pregunta Mola.

— Con gusto, mi general — responde Barreda observando a sus compañeros.

— Entonces, sírvanse café y vayamos a lo que nos ocupa. Les escucho.

El capitán Manuel Barreda, Manolo para los de su quinta, se pone en pie.

— Mi general — dice — en primer lugar manifestarle la alegría y satisfacción que a los oficiales de esta duodécima brigada nos produce que sea usted nuestro jefe. Es un honor que...

— Creo que puede usted ahorrarse todos los adjetivos, — interrumpe Mola —, incluso los calificativos, por lo que a mí respecta. Supongo que no han pedido ustedes reunirse conmigo para hablar de mis méritos en la carrera, ¿no?

Carlos Moscoso del Prado, intranquilo desde que ha llegado, también se pone en pie.

— Mi general — proclama — recordará que al poco de su toma de posesión estuvimos en este palacio los capitanes Lastra, Vicario y yo mismo, y que excusamos la ausencia del capitán Barreda, por aquellos días en Madrid.

— Perfectamente.

— Entonces como ahora vinimos para manifestar la total lealtad que su persona nos merece...

Barreda le interrumpe porque cree que, obviando el toreo de salón, hay que entrar a matar.

— Mi general: vengo de Madrid, donde la situación es insufrible para un patriota. Lo que queremos decirle, sin

más preámbulos, es que por todas las guarniciones de España estamos un grupo de oficiales que actuamos en forma coordinada a la espera de recibir la orden de levantar España. Algunos, como yo mismo, formamos parte de la UME, otros no. A todos nos une un deseo infinito de ayudar a nuestro país para que no caiga en manos del comunismo y reine la anarquía. Sabemos que usted, mi general, ha tenido contactos con otros miembros de la cadena de mando y que, entre todos, se está trabajando en la organización de un movimiento salvador. Mi general -Barreda levanta un poquito la voz y mira de nuevo a sus compañeros- nosotros estamos al servicio de la misma idea y queremos contribuir con nuestra modesta organización al buen fin que a todos nos ocupa. En esta plaza, además, hemos mantenido reuniones con destacados miembros de la comunión tradicionalista que, le informo, disponen de un ejército en embrión que cuenta con más de 5,000 hombres, según propia expresión, buena parte de ellos con armas y materiales de guerra.

—Lo conozco, lo conozco, —dice Mola sin aparente interés.

—Mi general: somos muchos los oficiales que estamos dispuestos a sacar nuestras compañías a la calle por el bien de España si nuestros jefes así nos lo ordenan. No queremos estar ni un minuto más en esta pasividad que nos corroe, que corroe a la sociedad y que gangrena España. Mientras nosotros dudamos el enemigo comunista, que no descansa nunca, prepara ya su revolución y con ella el fin de la patria. Ahora o nunca, mi general.

—Dice usted que mantiene reuniones con oficiales de otras guarniciones. ¿Desde cuándo, dónde, con quiénes? —, pregunta Mola sirviéndose otro café.

—Mi general: desde hace años estamos tratando de organizar grupos que actúen de manera coordinada en caso de necesidad. Nuestras vacaciones, los festivos, los domingos, cualquier día fuera de servicio lo empleamos hace meses en recorrer guarniciones, no sólo de los alrededores sino de lugares bien lejanos a Pamplona, y palpar el sentimiento de los oficiales. Ahora estamos convencidos de que, a una sola indicación de nuestros jefes, el Ejército de España se moviliza contra el caos y la anarquía como un solo hombre.

Mola ya ha escuchado lo que quería escuchar y los capitanes están pletóricos por lo que querían —y acaban— de decir. No hay mucho más que comentar sobre el particular, de manera que Mola gira la conversa sobre un tema que ha dejado caer al soslayo: los carlistas y su fuerza de choque, el requeté.

—¿Alguno de ustedes ha visto en formación estas unidades de los carlistas? ¿Conocen sus campos de tiro, sus armas, su equipamiento?

—Ninguno de los que aquí estamos, por un sentido mínimo de la prudencia, hemos estado en maniobra alguna de los carlistas. Pero tienen un ejército en permanente progresión, no sólo en Navarra sino en otras provincias de España. Cuentan con sus propios instructores militares y mantienen una disciplina que es modélica.

—¿Quiénes son los instructores?, —pregunta Mola con una mirada fulminadora. —¿Son militares en activo?

—No sé..., —responde Moscoso observando a sus compañeros en ademán de pedir permiso para desgranar la información.

—Adelante, Carlos, este es el momento, —comenta el capitán Gerardo Díez de la Lastra extendiendo las manos—. .

Si no lo decimos aquí, que estamos entre patriotas y ante nuestro general, dónde vamos a comentar esta situación.

—Que yo sepa —aclara Moscoso— están en Navarra, aunque de manera semiclandestina, el teniente coronel Ricardo Rada y el teniente coronel Alejandro Utrilla, ambos en el retiro por la Ley Azaña. Los carlistas llevan años, mi general, procurándose los pertrechos de un ejército moderno. Tienen pistolas españolas, alemanas, belgas, algunas con culatín, cierto número de fusiles, granadas de mano, explosivos que ellos mismos fabrican en un pueblo de la parte baja de la provincia...La falta de instrucción o de armas, porque todo lo realizan de manera clandestina para no ser sorprendidos por las fuerzas de orden que controla el Gobierno, la suplen con el entusiasmo que predicán, capaz de contagiar al más timorato. Ellos están preparando su propia revolución, si es que antes no se produce una convergencia entre las fuerzas patriotas y anticomunistas. Mi general, es la hora del salvar España y en esa tarea todos somos necesarios.

—Caballeros, gracias.

Mola se pone en pie y sus oficiales —ciertamente sorprendidos por la manera abrupta con la que se acaba la conversación— le acompañan en la postura de manera algo remolona.

—Ha sido muy interesante esta charla que hemos mantenido y de la que les ruego, es más, les ordeno, una discreción total, un mutismo absoluto, aunque resulte obvio decirlo. En su debido momento volveré a reunirme con ustedes para tratar de estos temas que tanto nos preocupan a los españoles. Hasta entonces, cada uno en su puesto desarrollando la labor que se le encomiende con el mayor empeño. Nada de capillitas ni de reuniones secretas: lo que tenga que

pasar pasará y lo hará cuando proceda. Ni ustedes me han visto ni yo les he convocado, ni nada de nada. Tendrán noticias mías. Nada más. A otra cosa y buenas noches.

— Buenas noches, mi general — responde el coro de capitanes.

El general los acompaña hasta las escaleras: allí estrecha sus manos y se vuelve para el despacho. En el día de hoy ha escuchado lo que quería escuchar, y ya es bastante. En su cuaderno de tapas de hule anota cuatro o cinco frases que le salen sin mayor agobio y llama a su ayudante.

— Emiliano, creo que ha llegado la hora de que me busques un asistente entre los paisanos de tu confianza. Son requisitos fundamentales: memoria, caligrafía y, también resulta palmario hacer esta observación, aunque lo hago para que no haya dudas de ningún estilo, discreción. Vamos a entrar en una fase en la que conviene anotar las fechas, lo que se diga, lo que nos digan y lo que se acuerde. Resultaría enormemente interesante que disponga de automóvil para poder movernos sin levantar la mínima sospecha; usted ya me entiende.

— Déjelo usted de mi cuenta, general. ¿Manda algo más?

— Nada más, que descansas.

— Hasta mañana, mi general.

— Hasta mañana, Emiliano, — contesta Mola, con el gesto animado, apagando la luz del despacho.

Son casi las nueve de la noche y le esperan para cenar Consuelo y los niños. Desde que llegó a Pamplona hace casi un mes nadie hasta hoy ha podido ver radiante al general, días atrás tan taciturno. Su esposa también percibe el aroma de algazara silente que desprende su marido y, al menos hoy, no sufre.

—Se te ve contento, Emilio — afirma con alivio.

—Cosas del trabajo — responde Mola sin dar mayor importancia. —Hoy hemos adelantado más de lo que esperaba. ¿Qué hay para cenar?

—Ensalada y carne guisada con patatas. Y de postre, arroz con leche. Ya sabes que a los niños les encanta

—Y a nosotros, Consuelo. Nos cuidas muy requete muy bien.

—Como a ti te gusta repetir, cada uno debe ser el mejor en su puesto. Lo mío son las comidas y la intendencia doméstica. Lo tuyo... lo tuyo, Emilio, poner orden en España.

—En esas estamos, en esas estamos — responde Mola rascándose la sien con las yemas de la mano izquierda, como hace cada vez que está a punto de conseguir lo que desea.

7

SE ACABARON LAS REVOLUCIONES COMUNISTAS

Desde que en Madrid los anarcocomunistas quemaron las iglesias de San Luis y San Ignacio, jaleados con gasolina y ovaciones por sus satélites incondicionales, aquí no hay vuelta atrás posible. Esto es algo que, al día de hoy, todos tenemos claro. Me cuentan que la quema de iglesias y conventos se ha convertido en un espectáculo en sí mismo y que las gentes de Madrid —mejor dicho: algunas gentes de Madrid— están pasando por las zonas devastadas en tan grande proporción que hay ladinos que colocan carritos con porras, agua fría azucarada, gaseosas y cacahuets que van vendiendo a la chusma curiosa, como si aquello fuera los arrabales del circo romano. No me tengo por meapilas ni siquiera devoto, pero

hay cuestiones (como ésta de la religión, que mueve las conciencias a medio mundo) en torno a las cuales una persona con un palmo de dignidad no debe de quedar en la indiferencia. A causa de mirar en repetidas ocasiones hacia otro lado y no ejercer la crítica o, más claramente, la condena, hemos llegado a donde hemos llegado.

Por todo lo anterior y con el objetivo de romper de una vez y para siempre con el silencio cómplice que tanto daño nos ha hecho afirmo ahora, en abril de este desgraciado año de mil novecientos treinta y seis, que se acabó la condescendencia, se acabó el compadreo y se acabaron las revoluciones comunistas que están matando la patria. Tardará más o menos, seremos más o menos, concitaremos más o menos adhesiones, todo eso se verá más adelante, pero ya se puede asegurar que está en marcha un gran movimiento salvador sobre el que cimentar las bases de una nueva España. Estoy decidido a trabajar en la única dirección posible, que es la que demanda nuestra responsabilidad: levantar España. Romper las amarras, el yugo que nos asfixia, acabar de una vez y para siempre con este estado de ruindad que nos quiere imponer el comunismo.

En esta hora delicada que, por desgracia, nos ha tocado vivir, quienes tenemos el peso de la púrpura y el sacrosanto deber de defender la patria con las armas si así se necesitara, estoy seguro, sabremos estar a la altura de las circunstancias y acabar con este caos, con esta anarquía que nos asfixia y nos aniquila. Hace tiempo que escribí lo siguiente (que ahora suscribo con más entusiasmo, si posible fuera): «Tengo confianza ciega en esa juventud impetuosa que hoy nos aparta de su camino como trastos inútiles, persuadida de que no somos capaces de emprender la obra de

reconstrucción nacional que ella se ha propuesto realizar y realizará». Juventud, juventudes, éste es el secreto.

Sabido es que no soy un entusiasta de la guerra –como he manifestado también por escrito– ni creo que nadie pueda serlo, sobre todo quienes la conocemos. La guerra es un azote de la humanidad que acabará cuando el hombre deje de habitar la tierra y por tal razón creo que es un soberano disparate educar a las generaciones futuras en una engañosa teoría pacifista, como dicen los prohombres de la izquierda de nuestro país, absolutos ignorantes de la historia. Añado: de todas formas, si para salvar la patria es necesaria la guerra, haremos la guerra nos guste o no porque la responsabilidad y el deber están por encima de las apetencias personales, aunque sea lo último que hagamos en vida. Que no haya dudas sobre esto porque cuando se trata de la patria todo interés personal desaparece y queda subsumido en el destino colectivo, al que se subordina todo lo demás, la vida inclusive.

Durante estos primeros días de abril estoy en un sin vivir porque casi todo el que tiene algo que decir en esta ciudad, sea civil o militar, quiere conferenciar conmigo. Por fortuna acabo de finalizar la última corrección de lo que fue mi experiencia africana al comienzo de los años veinte, y ya dispongo de más tiempo para mis cosas. Va a titularse: «*Dar Akkoba. Páginas de sangre, de dolor y de gloria*» y tengo previsto enviarlo a Juan Bautista Bergua en los próximos días porque mi intención es que se publique en su editorial antes de que acabe el año (Bergua es de izquierdas, incluso creo que comunista, pero es persona íntegra y confío en él).

Hoy, ahora, mis cosas están claras: poner orden en este barullo de intentonas aisladas que muchos compañeros de armas pretenden llevar a cabo para arreglar España;

alguien debe de hacerlo y no seré yo quien se quede atrás si mi concurso resulta necesario. Además, en unos días llega a Pamplona un viejo conocido de Marruecos, el coronel Francisco García Escámez, para hacerse cargo de la jefatura de la IV Media Brigada de Montaña de esta comandancia, lo cual es una garantía de éxito en todo lo que vayamos a programar porque este hombre es de una eficacia y una lealtad a prueba de bombas. Con su concurso, y la ayuda de todos los patriotas que hay en esta comandancia, y en la ciudad de Pamplona, espero que lleguemos a la meta que nos proponemos, que no es otra que devolver a España el lugar que le corresponde en la historia.

En Capitanía se han presentado, sin previo aviso, don Joaquín Baleztena y don Luis Martínez Berasáin, ambos dirigentes de la Junta Regional de Navarra de la Comunción Tradicionalista. Mi ayudante, que les atendió en primera instancia al no tener convocada la cita, les dio hora para el día siguiente a las ocho de la noche, sin consultármelo porque estaba en el acuartelamiento. Cuando supe de su visita pensé que venían por indicación de nuestro amigo Garcilaso, pero no era así: simplemente se habían adelantado a conocerme y querían hacerme partícipe de la grave situación que, en su opinión, está atravesando la más alta institución provincial, su Diputación, por el intento del Gobierno central de sustituir a los actuales diputados forales por una comisión gestora.

La conversación, en cuanto me he percatado de que venían por libre, ha sido rápida. Les he dejado hablar durante casi media hora, en la que me han expuesto su malestar y cómo los carlistas están dispuestos a defender, por todos los medios, han recalcado, las instituciones forales si

se produce el ataque del Gobierno. No es cuestión que atañe a mis atribuciones por lo que he tenido que manifestar que el Ejército está para lo que está, y creo que ellos me han entendido. Cuando nos despedíamos el señor Martínez Berasáin me ha dicho:

—General: quisiéramos volver a entrevistarnos con usted sin las rigideces de una cita oficial, tan pronto como lo estime oportuno.

—¿Con qué objeto?

—Existen otras cuestiones que el carlismo quiere darle a conocer.

—¿De qué índole?

Martínez Berasáin ha mirado a su compañero el señor Baleztena y ha contestado por ambos:

—Nos preocupa España y queremos que conozca nuestra posición de primera mano.

—Les convocaré en breve plazo —he contestado.

Al poco de marcharse he pedido que llamaran telefónicamente al director de *Diario de Navarra*, señor García.

—Acaban de abandonar capitanía los señores Martínez Berasáin y Baleztena, de la Comunión Tradicionalista. ¿Los ha enviado usted? —he preguntado.

—En absoluto, general. Creo que se han adelantado a los acontecimientos. Mi gestión con el carlismo y los requetés está sin culminar. Incluso he pensado en personas distintas a las que usted acaba de mencionar para su primer contacto.

—Quedo a la espera, entonces.

—Mañana mismo me comunicaré con usted.

—Hasta entonces.

He tenido nuevas de Franco, de Goded y del teniente coronel Yagüe, que está en África. Me las ha dado el coronel Francisco García Escámez, que va a ser –que lo es ya– mi segundo de abordo en esta plaza. Dice Escámez –para mí siempre será don Curro– que la fruta está madurando y que hemos de hacer lo posible para recogerla en verano (cuenta que esta frase le ha llegado de Goded, vía Varela). Que los compañeros que están en la periferia desean recibir un adelanto de lo que se propone y que, en resumidas, me toca el papel de coordinar todos los movimientos, habida cuenta de que estoy suelto en una esquina de España donde el ambiente es más que favorable y tengo menos vigilancia.

De esto último no estoy seguro. Es más, creo que el gobernador civil ha recibido instrucciones desde la Dirección de Seguridad para seguir mis pasos, según me ha hecho saber el comisario y jefe de Policía en Madrid, el amigo Santiago Martín Báguenas, quien se ha comprometido a informarme de todo lo que consiga saber sobre mi persona. Consecuencia de esta confianza ha sido mi decisión de no hablar por teléfono más que las cuestiones fundamentales y que hagan referencia al trabajo ordinario de la comandancia.

He pedido al telefonista que sea escrupuloso con las llamadas que se reciben en Capitanía, que apunte los nombres de los destinatarios y que exija la identificación de todos los comunicantes. A Emiliano le he dicho lo propio y se va a encargar de hablar con los capitanes de su órbita para que, al menos por el teléfono, no haya indiscreciones. Además, vamos a establecer un plan para conocer si los emisarios del gobernador civil nos siguen o no los pasos. Si yo estuviera en su pellejo lo habría hecho desde el momento mismo en que pisé el andén de la estación de Pamplona; para qué vamos a engañarnos.

Don Curro me dice: «Hay que hacer llegar a las cabeceras de las capitanías que están enteradas del asunto que llevamos entre manos un memorando, un recordatorio que active el sentimiento de movernos todos al unísono, y en la misma dirección, para acabar con la tragedia que vive la patria». Sugiere que sea yo quien tome esa tarea, que la dirija, y a eso he de comentar que he tomado ya la delantera porque tengo un borrador de proclama (de carácter puramente programático, sin entrar en detalles porque no es el momento) que acabo de escribir en la Remington y que he colocado a buen recaudo bajo cuatro candados. Puestos ya en el camino estoy preparado para que me carguen las alforjas del viaje. Incluso tengo en la cabeza el orden que han de llevar los documentos y las proclamas, aunque antes he de ordenar algunas cuestiones propias de intendencia no vaya a ser que acabe desbordado por tanta petición de ayuda moral. Ya es sabido que quien mucho abarca, poco aprieta. No quiero que éste sea mi caso en las circunstancias actuales.

He pedido a Escámez que prepare un plan para establecer comunicación, por la vía que sea, con una lista de generales y oficiales que le he facilitado y hemos comentado que es necesario conseguir un procedimiento de contacto con todos nuestros enlaces porque en ello nos va el éxito o fracaso de cualquier misión que vayamos a emprender. Me ha comentado que en el cuartel de Pamplona hay un capitán que, según le han informado, es experto en transmisiones. Seguiremos hablando en los próximos días.

Emiliano ha venido esta mañana y me asegura que, a través de sus contactos, que son directos en unos casos e indirectos en otros, aunque no menos fiables, ha sabido que el gobernador civil acaba de dar órdenes para que se vigilen

mis pasos en cuanto salga de Capitanía, y eso que llevo cuatro días mal contados en esta ciudad. Añade mi ayudante que hoy mismo tendrá adoptadas las medidas pertinentes para burlar la vigilancia policial (serán las primeras, porque esto requiere un plan en toda regla, ha dicho muy serio). También me informa de que el Inspector Jefe del Instituto de Carabineros, general don Gonzalo Queipo de Llano, pretende efectuar una vista, ignora si por sorpresa o con anuncio previo, a Pamplona.

En cualquiera de los dos supuestos Emiliano piensa que lo que pretende Queipo con este viaje es conferenciar conmigo. «No tenemos más datos», ha añadido. Esto quiere decir que hemos de estar preparados para cualquier eventualidad y que a partir de ahora mediremos los pasos con sumo cuidado. No se ha encendido la luz roja ni sonado las alarmas, pero hemos de estar prevenidos porque parece que las circunstancias pueden volverse desfavorables. Lo cree mi ayudante y yo mismo pienso algo por el estilo. Mejor estar prevenidos aunque no pase nada. Desde luego, a partir de ahora, se acabaron los cotilleos.

8

EL MIRLO BLANCO

El comandante Fernández Cerdón no ha hecho oídos sordos al comentario de su general para que se procure una persona, ajena a la milicia, que vaya haciendo de secretario personal (quiero a mi sombra, dijo Mola al despedirse) sin cargo ni remuneración; antes muerto que fallarle a su jefe. De ahí que en la última reunión con el coro de capitanes que forman Lastra, Vicario, Moscoso y Barreda, además de

comentar otras cuestiones sobre los oficiales de guarniciones próximas que se van uniendo a la yunta que va a tirar del carro cuando llegue el día, analizaran la situación en Madrid –la más endeble de todas en cuanto a apoyos para la causa, en palabras de Barreda– y dedicaran un tiempo a escrutar entre sus más fieles quién puede ser el mirlo blanco que sea la sombra de Mola, sin que nadie lo descubra.

A las ya sabidas condiciones que ha puesto el general el comandante añade que debe de ser persona con tiempo disponible, viajero por profesión (y con coche propio), de carácter afable, puntilloso, con cierto barniz cultural y conocimiento de idiomas. Patriotismo, lealtad y firmeza son cuestiones sobre las que ni se hace mención porque, como al soldado el valor, al señor equis se le suponen en grado superlativo. Tan sólo el comandante ha pedido que, entre los méritos, figure su condición de hombre íntegro: «Ha de ser integérrimo», dijo.

Los capitanes han pedido un tiempo para el conciliábulo: se marcan un plazo de dos días para dar la contestación, aunque en la mente de alguno de ellos hay una posible terna de la que debe salir el aspirante a hombre invisible. Conocido es que Mola no busca un pregonero y, también, que es capaz de ajusticiar al mensajero si en dos horas no logra congeniar con él. El cuarteto de oficiales lo sabe y trata de no errar en un disparo de tamaña precisión.

– Mi comandante, – dice Gerardo de la Lastra – quítese la preocupación de buscar al señor equis, que de esa tarea nos ocupamos nosotros a riesgo incluso de nuestra vida.

Todavía en un tono más solemne, si cabe, añade:

– Va en ello nuestro crédito y el buen fin último que todos pretendemos.

— Así sea — responde Fernández Cordon.

El general Mola ha extendido todos los tentáculos que su cargo le proporciona no sólo sobre Pamplona sino, también, sobre Madrid y las esferas que rodean al Ministerio de la Gobernación, gracias a lo cual ha tenido conocimiento de que el gobernador civil de Navarra se ha quejado en las últimas semanas ante el director de la Seguridad del Estado de la poca información que le facilita la Guardia Civil, y en especial su comandante, el teniente coronel Ignacio Gregorio Muga Díez, a quien se ha visto de paisano comiendo en dos ocasiones, en la fonda Marceliano, con capitanes que para las izquierdas locales se consideran facciosos. El confidente Martín Báguenas, desde su guarida de comisario en la dirección general de la Seguridad del Estado, donde trabaja sin fatiga para los enemigos de sus jefes, confirma esta sospecha y le anuncia al general que se va a producir un cambio en la comandancia local del benemérito instituto a no más tardar en el plazo de un mes. Nada se sabe de quién puede ser el sustituto.

Cuando Mola comenta este hecho con su ayudante, el comandante Fernández Cordon le informa de que, entre los mandos de la comandancia, al menos hay un par que están al tanto de los movimientos que preparan algunos oficiales para defender a España del oprobio que padece y que están dispuestos a todo llegado el momento, aunque añade que la Guardia Civil es el único cuerpo de carácter militar que escapa a su control. «Está bajo la égida de los esbirros del Frente Popular que controlan el gobierno civil», dice. El general reacciona días más tarde.

— Emiliano: le encargo a usted, personalmente, que siga los acontecimientos en la Guardia Civil, un cuerpo clave

para el asunto que llevamos entre manos —ordena Mola a su ayudante durante una reunión ordinaria de trabajo. —Con ellos en contra el día de autos habrá muchos tiros y mucha sangre, y no conviene perder energías de manera tan simple.

— Mi general, queda a mi cuenta esta misión. También le informo de que estoy en condiciones de proponer el nombre de una persona para que sea su memoria y su sombra, tal y como usted pidió días atrás, comenta Fernández Cordón.

— Fenomenal, —dice Mola con entusiasmo— fenomenal. ¿Cuándo puedo entrevistarme con el mirlo blanco?

— Tan pronto como usted lo ordene, mi general.

— Mañana a las ocho y media.

— Así se hará. Siempre a sus órdenes, mi general.

Los capitanes se dieron prisa. No es que hicieran las cosas de manera alocada sino que procesaron en cuestión de horas los tres nombres de candidatos que rondaban sus cabezas y, por unanimidad, estimaron que el pamplonés Bernardo Félix Maíz, un industrial prudente de mirada seráfica, católico a machamartillo, reunía los requisitos de manera sobrada. La cuestión estaba, ahora, en comunicárselo al interesado, ignorante del crédito que cuatro capitanes estaban dando a lo que consideran su bien probada fidelidad a la patria.

— En este mismo momento, y puesto que estamos de acuerdo, le voy a enviar un recado manuscrito para que esté a primera hora de la noche en su casa y mantengamos una reunión —asegura el capitán Gerardo Díez de la Lastra.

— A esa cita que propones creo que debes ir tú solo —, dice Vicario. — Es contigo con quien más confianza tiene.

—Asunto resuelto — acaba Lastra. —Mañana por la mañana, a la hora de costumbre, en la cantina del cuartel, os daré la información sobre esta cuestión.

Al decaer el día, sobre las ocho de la tarde, el capitán Gerardo Díez de la Lastra, inquieto porque le quema el mensaje que va a entregar, visita a Bernardo Félix Maíz Sarasa en su domicilio de Carlos III, esquina con la Avenida de Roncesvalles, un piso enorme y de excelente amueblamiento hecho a medida con maderas nobles, que traduce la situación económica desahogada de su propietario. Lo hace sonriente y su anfitrión percibe un aroma que no es el habitual en las últimas conversaciones. En el último año se ha visto con Maíz quizá una cincuentena de veces, casi siempre en el Casino Principal, porque es un civil que participa de sus ideas, es discreto y busca acción, como buena parte de los menores de cuarenta años que son de su ambiente. Por si esto no fuera suficiente reúne una condición que pocos en la ciudad dominan como él: es un estudioso de la masonería y viene haciéndose con documentos secretos de la secta que dejan boquiabiertos al coro de capitanes.

Sobre el general Mola ha hablado más de una vez y, aunque no acaba de convencerle su indefinición sobre la forma de Estado, que si monarquía, que si república, destaca como cualidad principal del militar el hecho de que siempre ha servido a la patria sin interés personal y es un purgado del expresidente del Gobierno, Manuel Azaña, personaje al que detesta.

—¿Estarías dispuesto a hablar con el general Mola en cuanto te avise? — espeta el capitán Lastra tras un par de comentarios insulsos, intrigantes.

—No hagamos bromas sobre temas sagrados, Gerardo.

—No estoy haciendo bromas. Repito: ¿estás dispuesto a reunirse con Mola ahora?

—¿Ahora mismo? A la perfección sabes que siempre estoy dispuesto para cuestiones importantes. Mucho más si se trata de conocer a Mola. Sería para mí una gran satisfacción.

—En ese caso, y voy a hablar sin rodeos, aunque te sorprendan mis palabras, mañana tendrás un nuevo aviso con la hora para reunirse con Mola. En el entorno del general están buscando una persona de tus características que le sirva de secretario y guía por la provincia; hemos dado tu nombre porque consideramos que ese prójimo eres tú. Él ya no puede dejarse ver ni vestido de paisano, ni vestido de uniforme, ni en coche oficial. Estamos a las puertas de una nueva aventura por España y hay que echarse el cuarto a espadas.

—Jamás hubiera pensado que pudiera tener contacto alguno con el general; menos, ser su guía.

Se produce un silencio. Maíz, digiriendo lo que acaba de escuchar, continúa:

—Desde ahora mismo estoy ansioso por conocer a Mola. En todo caso muchas gracias por la confianza que, bajo ningún concepto, defraudaré.

—Mañana te comunicaré el cuándo y el dónde —finaliza Lastra.

De vuelta al cuartel el capitán Gerardo de la Lastra recibe un aviso urgente para que pase por Capitanía, donde le está esperando el comandante Fernández Cordón. Sin ningún rodeo el ayudante del general suelta el encargo:

—La entrevista del general con el señor Maíz ha de ser mañana a las ocho y media, aquí mismo, en el despa-

cho oficial. Usted verá cómo se las apaña para conseguirlo, porque yo he dado mi palabra al general y mañana a las ocho y cuarto me gustaría ver entrando por el zaguán al señor Maíz solo. No es necesario que alguno de ustedes le acompañe.

—Ahora mismo voy de nuevo a su casa. Precisamente llegaba de allí cuando me han avisado en el cuartel que usted quería verme.

—Mañana a la ocho y cuarto, no lo olvide.

—En absoluto, mi comandante. A las ocho y cuarto.

A sus órdenes.

El capitán Lastra literalmente quiere volar. En cuanto pisa el suelo de adoquín que bordea el palacio de Capitanía acelera el paso y, ya a la altura del comedero Casa Marceliano (que los capitanes conocen al dedillo porque cenan allí una vez por semana y se calientan la cabeza de lo lindo con las futuras hazañas bélicas que van a llegar; eso es lo que creen), cuesta arriba, echa a correr en dirección a la plaza del Castillo, que es la misma del domicilio de Maíz. Tarda algo más de diez minutos en cubrir el trayecto y llega a su destino con la lengua por los talones, sudoroso, desgredado, jadeante y con los ojos a punto de reventar en las órbitas. Maíz, que le ha abierto la puerta, cree que ha debido suceder algo muy grave porque el capitán ha movido torpemente los labios, sin resuello, y únicamente ha pedido agua con gestos y una palabra.

—Vengo reventado, pero con buenas noticias, —aclara Lastra tras beber de tirón un generoso cuenco de agua.

—Mola te espera en Capitanía mañana a las ocho y cuarto en punto. La cita es quince minutos más tarde.

—¿Eso es todo? —pregunta incrédulo Maíz.

— ¿Te parece poco?

— Es que, al verte venir echando los bofes, he llegado a pensar que había pasado algo grave.

— He venido corriendo prácticamente desde Capitanía hasta tu casa y a fe que hay buena cuesta. Me acaban de comunicar que el general quiere verte mañana a primera hora, y ya sabes que a este hombre no se le puede fallar en ninguna circunstancia. Y menos, ahora. Por eso me he dejado los hígados viniendo a la carrera hasta tu casa.

— ¿Debo ir solo?

— Solo.

— No veo inconveniente alguno: estaré allí a la hora que me indicas. Cuando salga de la entrevista procuraré establecer contacto contigo para cambiar impresiones

— Estaremos esperando con el alma en un puño — responde Lastra con rostro severo, siguiendo su afición por la épica.

— Hasta mañana.

El coronel García Escámez, cuando hay público, siempre se dirige al general con una jerga que no hay cristiano que desembarace, excepto el propio Mola. Cuando están a solas se tutean, aunque Escámez lo hace de aquella manera que tienen los gaditanos: «Si uztede vozotro...». En presencia de terceros don Curro, como Mola gusta de llamarle, masculla algo así cuando su general le habla: (*Zordeneigenerá*, que en lenguaje común equivale a decir tanto como «A sus órdenes, mi general.>) Claro, Escámez es de Cádiz y la jerga que maneja tiene su perdón. Pero sólo porque es de Cádiz, según dice el general.

Esta tarde, don Curro, que es un coronel listo y luce bordada al pecho la cruz laureada de San Fernando por su

comportamiento en Kudia Tahar, la más alta condecoración para un militar, le ha dicho a Mola tomando un refrigerio que está a punto de concluir un informe sobre los métodos y sistemas de transmitir información, no sólo entre militares sino también a civiles, capaz de desquiciar al enemigo.

– Estando en esta esquina del mundo, si no establecemos un procedimiento de comunicación con las principales unidades que sea muy fiable, no tenemos nada que hacer, *igenerá*.

– Queda claro que los pasos que vayamos a dar en lo sucesivo han de ser con pies de plomo. No me cabe duda de que las comunicaciones telefónicas, y las telegráficas, las tenemos intervenidas. Supongo también que mis entradas y salidas. Con todo esto ya contaba. Por eso es tan necesario aquilatar bien las comunicaciones.

– Tenemos lo principal, que es el director de operaciones.

– ¿A quién propones?

– Al capitán Barreda.

– ¿Por qué?

– Porque domina la cuestión y es discreto hasta el aburrimiento.

– Que así sea. A partir de ahora, don Curro, esta cuestión es asunto exclusivamente tuyo. Documento que te entregue, documento que haces llegar a su destinatario. No quiero ni saber cómo: únicamente me interesa que aquellos que se envíen lleguen a destino. Te nombro responsable de los enlaces. ¿Queda entendido?

– *Zordeneigenerá*.

– En un par de días te confiaré una comunicación que debes hacer llegar a Varela, Goded, Franco, Saliquet, Fanjul, Ponte y Sanjurjo. También al coronel Yagüe.

— ¿Mando llamar al capitán Barreda?

— Para hablar de esta cuestión, en absoluto. Quede claro, — repite Mola — esto que voy a decir, don Curro: tú, y sólo tú, eres mi contacto con el mundo. Lo que hagas, asunto tuyo.

— ¿Alguna cosa más?

— Ninguna por el momento.

— *Zordeneigenerá.*

Mola se queda solo en el despacho y aprovecha el tiempo para redactar una nota a mano dirigida al director de *Diario de Navarra*, en la que anuncia una visita al periódico para el día siguiente a las diez de la mañana. «Le ruego me espere en la puerta de acceso, pues llegaré andando y de paisano. Supongo que es una buena hora para conocer las tripas del diario, pues imagino que no habrá nadie en redacción ni en talleres. Si así no fuera, por favor, hágame saber para que cambie el horario. Con un afectuoso saludo...» El general es de natural curioso y quiere echar un vistazo a los interiores de un diario, especialmente al sistema de impresión, pero busca ante todo cambiar un par de opiniones con Garcilaso ahora que hay viento en popa: en Pamplona se pueden contar con los dedos de una mano mutilada los civiles que conoce Mola y, entre todos ellos, el periodista quizá sea el que mayor confianza le merece.

Después de mandar el recado con un oficial que viste de paisano, Mola hace llamar a su ayudante para comentarle una idea que tuvo días atrás.

— A sus órdenes, mi general. Usted dirá.

— Quería indicarte que necesito una mesa pequeña, de madera, para colocar en el planchatorio. La orden es que busques una en el cuartel y la instales de manera discreta.

— Así se hará, mi general.

— ¿Te interesa saber para qué?

— Si a usted le parece bien...

— Quiero establecer en esa habitación un reducto para pensar, también para alguna reunión en petit comité. Y para escribir. Para eso necesito una mesa. He pensado llevar la máquina de escribir portátil al planchatorio y almacenar allí, entre la ropa blanca, las copias de los documentos que vayamos produciendo. Nadie, excepto el coronel Escámez, tú y yo, ha de saber que el cuarto de la plancha tiene otras utilidades.

— ¿Manda algo más, mi general?

— Nada más. Hasta mañana.

— A sus órdenes, mi general.

Bernardo Félix Maíz llegó a Capitanía andando. Un cuarto después de las ocho de la mañana apareció en la garita de guardia vestido con un traje príncipe de Gales cruzado, camisa blanca y corbata azul cielo, y de no ser por la cara de franciscano que le acompaña en sus treinta y seis años de existencia, hasta el propio comandante Fernández Córdón, que lo vio venir desde un mirador del primer piso del caserón, hubiese pensado que llegaba un enviado del general Queipo de Llano para hacer una descubierta. Pero Félix Maíz viene de su casa y, de paso, de rezar un padrenuestro en la iglesia de San Agustín, que le caía de camino en su viaje hacia el palacio, y también de mirar en el cartelón de la entrada del frontón Euskal Jai quiénes juegan esa tarde porque ha previsto apostar dos duros contra los pelotaris Bengoechea y Salsamendi, jueguen estos contra quienes jueguen.

El Euskal Jai es la válvula, la espita, por donde algunos pamploneses, a las tardes, mientras se juegan los

partidos de remonte, revientan su vomitina de resquemor y odio porque lo que de verdad, verdad les pide el cuerpo es, según dicen, salir a la calle y pegar un par de tiros bien dados a esa banda de cabrones izquierdistas, que andan a sus anchas y crecidos desde el triunfo en marzo del Frente Popular (y eso que las derechas gobiernan en Pamplona las dos instituciones de más envergadura: el ayuntamiento y la diputación). Los *cabrones* son el antiguo alcalde Mariano Ansó Zunzarren, el impresor Ramón Bengaray Zabalza, Leandro Villafranca Losarcos (al que le cuentan los días que le quedan en la tierra porque es carne de sepultura), el ex presidente de la Diputación Foral Constantino Salinas, el también socialista Tiburcio Osácar y hasta los nacionalistas vascos Manuel Aranzadi, Serafio Esparza o Manuel de Irujo, con los que coinciden en misa comulgando, pero nada más.

Maíz, en apariencia, no es de los que odian ni tampoco de ese grupo que quiere tomar su justicia pistola en mano; se considera persona de orden y es católico hasta el tuétano, sin preferencias por el carlismo, la falange, la Unión Navarra o Renovación Española. Por esta amalgama, y por su probada discreción, lo ha elegido el grupo de capitanes como candidato a ser la sombra del general. De no acertar en esta pedrea en dos semanas pueden estar todos ellos, capitanes, comandantes, tenientes coroneles, coroneles y Mola a la cabeza de la cáfila ante un tribunal militar con los huevos duros a la altura de la laringe, en vigilia de un fusilamiento por traición, recostados en el catre mugriento de alguna prisión militar del extrarradio de Madrid. Lo viene repitiendo el general cuando habla del plomo que hay que colocar en los pies antes de andar: «Hay que cogérsela con papel de fumar en todo, en todo.»

—Me llamo Félix Maíz y el general Mola me espera a las ocho y media. Vengo con tiempo, — dice al cabo de guardia. No le piden documentación ni le registran.

—Pase, por favor, que le conduzco hasta una sala. Voy a avisar al comandante Fernández Cerdón. Está esperando su llegada.

El cabo deposita a Maíz en un cuarto del patio, desde el que puede ver dos coches y cierto movimiento de uniformes que suben y bajan las escaleras. En un santiamén se abre de nuevo la puerta y un militar de edad pareja a la suya se presenta.

—Don Félix, soy el comandante Fernández Cerdón, ayudante del general Mola. Encantado de saludarlo. Y de conocerle.

—Lo mismo digo, comandante.

—El general le espera en su despacho, primera planta. Le acompaño.

Mola está de pie, junto a una ventana del despacho, y ojea un ejemplar de *ABC* que es de anteayer: la prensa de Madrid no llega a provincias en el día. Al escuchar la voz de su ayudante se gira para ver qué aspecto tiene el mirlo blanco y estira el brazo para estrechar su mano. Ambos se miran directamente a los ojos dos, tres o cuatro segundos que parecen una eternidad. Fernández Cerdón, que va a hacer mutis por el foro, observa las facciones del rostro de su general, sobre todo la mirada, y cree entender que Maíz es el hombre. Si así no fuera, Mola lo hubiese reflejado en alguno de los pliegues de su cara, como hace siempre, incluso de manera involuntaria. El general propone a su invitado que tome asiento en uno de los sofás tras el biombo y continúa radiografiando sus movimientos, la expresión de

su cara, la forma rechoncha de sus manos, el color castaño claro de su pelo.

—Don Félix, —dice— ésta es una entrevista rara y espero que no por eso menos provechosa. Supongo que está usted al tanto de lo que necesitamos, que el capitán Lastra le ha puesto al corriente...

—Así es, general.

—Vamos al grano entonces. Estamos iniciando un camino que no es ni corto ni fácil; al contrario, será largo y difícil, y debemos de conocernos para ver si lo podemos hacer juntos. La organización de un levantamiento como el que se proyecta, y las condiciones en las que se va a realizar, debe usted saber que tiene un mínimo de posibilidades éxito y un máximo de probabilidades de fracaso. Los distintos papeles a representar dentro de la obra son difíciles, cuando no francamente peligrosos. Se lo estoy advirtiendo antes de empezar. Necesito a mi lado una colaboración capaz de responder a toda clase de servicios que puedan presentarse y que hoy, ahora mismo, no puedo determinar. Esta exposición es el principal motivo de la entrevista: que usted pueda pensar, examinar, decidir, a la vista del panorama escueto que le acabo de exponer si se ve con fuerza suficiente para iniciar esta colaboración.

Maíz y Mola están mirándose a los ojos para detectar el uno del otro alguna falla en el mecanismo de comprensión. El general, de uniforme sin fajín, polainas hasta las corvas, está hablando con firmeza y sin entusiasmo quizá porque espera de la primera respuesta de su interlocutor percibir que él es el hombre, que ni Fernández Cordón ni Lastra se han equivocado al proponer su nombre. Mola, incluso, ha ido tan directamente al grano, sin dejar caer un

comentario insulso sobre la bondad de la temperatura de esa mañana o preguntar por la situación personal de su invitado, que cree advertir un grado de vértigo en la mirada de Maíz. El contratista de obras, sin embargo, ni se arredra ni se encoge.

—General: estoy a su disposición en todo lo que pueda servirle, si es que en esta acción vamos a una lucha para defender como cristianos y españoles nuestra civilización.

—Vamos contra un enemigo que no es español y que ya está incrustado en la mayor parte de los organismos vitales de nuestra patria. Es el comunismo...

—Y la masonería —repica Maíz.

—Y la masonería.

Mola hace un silencio y se mira las manos, que descansan sobre la raya de una pernera del pantalón. En el silencio del despacho se nota una vibración del vidrio de las ventanas porque entra, o sale, un coche del patio de Capitanía. Maíz está sentado en su sofá rígido, incluso algo forzado en la postura, pero no se encuentra nervioso. No es su carácter, no lo ha sido nunca y hoy tampoco.

—General, ¿no habrá otros ídolos, otras banderas que el servicio a España y a la civilización cristiana?

—No los habrá, señor Maíz.

—Si así va a ser, estoy a su disposición.

—Una cuestión más. Sería conveniente que, a partir de ahora, llevara usted un control de los pasos que vamos dando, de fechas, citas, personas etcétera. Nada complicado porque esto que le estoy proponiendo se puede contabilizar en una pequeña agenda, un cuaderno de notas o la forma que usted prefiera. El único pero es que lo deberá de ocultar en lugar seguro, absolutamente segu-

ro, porque para el enemigo, si lo descubriera, puede ser la prueba del nueve.

— Cuento con ello. Es mi costumbre llevar una agenda anual. Ahora lo haré de manera discreta y con algunas claves. Puede estar seguro de que, por mi parte, ni habrá indiscreciones ni tomaré riesgos innecesarios.

El general aprovecha la circunstancia y el contento que le produce el sí de Maíz para hacer una reflexión de carácter general sobre la unión de civiles y militares en el momento actual mientras escruta los gestos, mínimos, que su interlocutor va dejando caer, con cuenta gotas, cada vez que asiente con la cabeza. No ha dicho una palabra de más, ha preguntado con sentido común, parece un hombre de bien. Es lo que piensa Mola cuando se pone de pie para dar por finalizada la entrevista. En la puerta, sin abrir todavía, baja el tono de voz, estrecha con fuerza la mano de su visita y comenta cerrando los labios:

— Le ruego que usted comprenda lo que voy a decir: No nos hemos conocido. Ni ahora ni nunca. Así ha de ser hasta que finalice esta aventura.

— Así será, general, tiene usted mi palabra de honor.

— Nuestro contacto es el capitán Lastra. Él será quien le informe de los servicios que vayamos necesitando. No olvide nunca que esto es sumamente peligroso. Gracias y buenos días, señor Maíz.

— Buenos días, general.

El mirlo blanco ha salido del edificio de Capitanía de la misma manera que entró: solo. Mola lo ha estado observando tras los visillos de una ventana y hasta los andares le confirman que sus oficiales no se han equivocado. Es

lo que piensa y quiere creer, porque ya no hay vuelta atrás. De regreso al despacho encarga un café al soldado de la antesala y manda llamar a su ayudante.

—Emiliano, creo que Maíz puede ser nuestro hombre, por la cuenta que nos trae. Ahora me gustaría conocer algún dato más sobre su situación personal; en realidad creo que únicamente sé el nombre y los rasgos de su fisonomía. Aunque sea sucintamente, necesito un par de datos biográficos más.

—Mi general, el señor Maíz tiene treinta y seis años, está casado, padre de dos hijos, niño y niña, pequeños, es constructor y maneja la empresa familiar que heredó de su familia. Estudiaba ingeniería, creo que en Madrid, cuando tuvo que volver por enfermedad de su padre y hacerse cargo de la empresa de construcción. Es una persona que quienes le conocen refieren que es honesta a carta cabal, muy religioso, preocupado por el destino de España y sin ligazón partidaria. Tiene un coche americano de color oscuro y disfruta de una posición económica que muchos la quisieran. En la ciudad es conocido pero nadie sería capaz de vincularlo a movimiento político alguno. Añadiré, también, que es conocedor de los métodos y formas de la masonería como pocos, según cuenta el capitán Lastra.

—Está bien. Dígale al capitán, después de comer, que comunique al señor Maíz su primer servicio. Mañana a las diez de la mañana quiero que esté disponible porque salimos hacia Vera de Bidasoa. Voy a verme con un teniente coronel del regimiento de Irún.

—A sus órdenes, mi general.

Maíz se va andando y andando sale Mola de Capitanía media hora después, camino de *Diario de Navarra*,

seguido por un cabo y un sargento de confianza (le han dicho que no hay moros en la costa, después de dar una vuelta fisgona por la calle Aldapa) que marchan tres o cuatro metros detrás. El general lleva puestas gafas de sol, se ha peinado raya en la izquierda y a los cien metros de ir caminando ha ordenado al cabo que le sigue que vaya por delante, pues no está seguro de conocer el trayecto hasta el periódico. En la ciudad, muy pocas personas, quizá nadie que no sea militar, es capaz de distinguir al general de brigada que camina, las piernas algo arqueadas, con los ojos ocultos tras unas gafas de sol de pasta marrón y cristal oscuro, bajo un traje de paño gris. Incluso, la comitiva pasa por delante del cuartel de la Guardia Civil, en la calle Tecedorías, y la pareja de guardias que están en la entrada ni siquiera les mira al andar. Al contrario que en Madrid o Melilla, el general Emilio Mola se ha vuelto invisible en esta ciudad. «Qué tranquilidad», piensa para sus adentros.

En la calle Zapatería, a un metro de la entrada al edificio, Raimundo García hace tiempo en la calle hablando con un empleado del periódico hasta que ve llegar al general. Movido por un resorte invisible, se ajusta la corbata mecánicamente y saluda sombrero en mano a Mola, que corresponde alargando el brazo.

— Bienvenido a su casa, general.

— Encantado de volver a vernos, señor García.

— Por favor, sígame que vamos al segundo piso.

El despacho del director es más bien pequeño y no tiene un apartado para invitados, por lo que Mola se sienta frente a García como si fuera un redactor más del diario. Hablan del tiempo, de lo limpias que parecen estar las calles, de la comida local, incluso de mujeres. Raimundo García tiene

una oficina con un pequeño balcón mirador que da a la calle y los muebles que decoran la estancia son de tipo castellano, barrocos, hechos en madera ennegrecida –seguramente haya– por el ebanista Ángel Goñi, que es un vecino del periódico que ubica su taller en la misma calle.

El director se sienta en una butaca que llama la atención a cualquiera, más todavía al general: tiene, al término de los apoyabrazos, sendas cabezas de león labradas al borde y con media lengua fuera; en el cuero que sujeta las posaderas está la imagen repujada del testuz de Miguel de Cervantes y otra, figura entera, de don Quijote, lanza en ristre, en el apoyo del espaldar. Mola, que es ebanista frustrado, ha tomado nota de todos estos detalles –que le llaman ciertamente la atención, sobre todo el asiento, porque piensa que no debe ser muy cómodo– pero no quiere perderse en esas menudencias, habida cuenta de la facundia que habitualmente despacha su interlocutor. Tiene dispuestos treinta minutos para este encuentro y no le gustaría sobrepasar ese tiempo en un segundo.

García está que revienta las costuras de satisfacción por tener frente a él nada menos que al militar de quien cantó sus gestas cuando se abrió paso a lomos de acémila, entre disparos cruzados de la morería, por los barrancos de Dar Akkoba, una docena de años atrás. Quisiera volver a recordar los viejos tiempos que a él, como periodista, tanta fama y gloria le dieron en el ámbito local, pero percibe en su sexto sentido que la mañana está para cuestiones distintas, muy a su pesar. Otra vez será, cree.

– Don Raimundo, el motivo de esta visita no es otro que pedirle una prórroga en sus gestiones con el carlismo. Le comenté que habían venido a visitarme los señores Ba-

leztena y Martínez Berasáin y me parece prudente, a día de hoy, posponer a fechas posteriores cualquier otro contacto.

—Tal como usted quiere, general, así se hará. De todos modos, yo le estaba preparando un encuentro de... digamos otro nivel. Sin menospreciar a los señores mencionados, el carlismo tiene jefes nacionales que quizá fuese conveniente que usted conociera.

—Dejo a su criterio quiénes deben ser los interlocutores. La cuestión que me trae a este despacho es, además de conocer las máquinas y los sistemas de impresión, aspecto de gran importancia para mi curiosidad pero muy secundario en cuanto al asunto primordial, es, digo, solicitar de usted que queden en suspenso las gestiones que hemos comentado. Mi cargo y las responsabilidades que el puesto conlleva exigen de mí, en estos días, estar atento a otras ocupaciones. Creo que no son necesarias más explicaciones.

—En absoluto, general.

—Dicho esto, ¿me enseña usted cómo carajo hacen los periódicos cada día?

—Para eso estamos, general. Si le parece vamos para abajo, que es allí donde está el meollo. Las máquinas, en el sótano. El cacumen, encima, dando órdenes. ¿Empezamos por la ingeniería?

—Sea.

El capitán Gerardo Díez de la Lastra se dejó ver por el domicilio de Félix Maíz, como quien no quiere la cosa, al filo de las siete de la tarde. Vestía de uniforme y llegó a la casa en coche oficial porque tenía que entregar un mensaje verbal de su general en jefe. Una temeridad que fue censurada por Mola, cuando tuvo conocimiento, porque lo había di-

cho y repetido desde que Maíz se presentó en Capitanía: «A todos los efectos, este hombre no existe». Si Maíz no existe, ¿qué demonios anda haciendo en su casa de Carlos III, esquina avenida de Roncesvalles, el capitán Lastra, vestido de uniforme y con coche oficial? ¿Cuándo entenderán los oficiales que los tiempos no están para estas demostraciones? ¿Cuándo nos detengan a todos? El general ha dado orden a su ayudante para que, en lo sucesivo, se extremen todas las medidas de precaución, comenzando por el aspecto externo, los contactos, las visitas y los automóviles.

Bernardo Félix Maíz, que ya es invisible y no conoce a Mola ni de referencias, ha hecho pasar a su amigo el capitán Lastra hasta una esquina del salón de la casa y le pide brevedad porque está a punto de llegar el médico que ha llamado su señora para que explore a Tere, la niña pequeña.

—No ha dejado de toser y vomitar en toda la jornada, — comenta con malestar.

El capitán lo entiende pero no lo asume: aunque de uniforme y en servicio le apetece tomarse un coñá arrebujaado en un sofá hablando de los tiempos que están por venir, como ha sido costumbre los meses anteriores.

—¿Qué te ha parecido el general? — pregunta con ganas mal contenidas.

—¿Qué general? No conozco a ningún general.

La contestación le revienta como un obús pero recuerda que hoy no está en visita privada, como en todas las ocasiones anteriores, sino como mensajero de la superioridad que viene, entrega el mensaje y se va, muy a su pesar. El cotilleo, si es que llegara a producirse, está claro que será en otra oportunidad

—Si es como dices, aquí tienes un recado que me dan para ti. Mañana, sobre las diez, debes de estar en la cuesta

del portal de Francia con el coche repostado. Se trata de un viaje de unos doscientos kilómetros que hay que hacer, ida y vuelta, para la hora de comer. ¿Quieres saber a dónde?

— En absoluto.

— Tampoco podría contestar porque ni yo mismo lo sé. Mañana a las diez recoges al paquete y vas de viaje. Eso es todo.

— Hasta la próxima.

Maíz despide a la visita y se encamina nervioso hacia la habitación de los niños. Su mujer lleva casi todo el día al pie de la cama de la pequeña, tomándole el pulso y la temperatura, observando también de reojo cómo su marido ha hecho una limpieza apresurada de papeles.

— Mañana, — dice Bernardo Félix pellizcando las manos de su esposa — comienza una nueva etapa para mí de la que no te puedo dar noticia ni hoy ni, a lo mejor, nunca.

La niña, adormilada, tose y Maíz rebaja el tono de su voz.

— Te pido que no me preguntes nada, que confíes en mí como lo has hecho hasta ahora, porque es lo mejor para todos. Verás que salgo, que entro, que me reúno, que viajo, que llego tarde, que no vengo a comer, que estoy con personas que no has visto nunca, que escribo más que de costumbre, que rompo papeles, que llamo, que me llaman, que vienen, que voy, que... De nada de ello podré darte explicación. Quiera Dios que algún día puedas comprender el sacrificio que en este momento te toca.

— Hasta ahora he confiado en ti, y no hay motivos para otra cosa.

— Gracias, corazón, responde Maíz con una punta de lágrima asomando en los ojos. ¿Llaman a la puerta?

—Sí, será el médico de los niños, el pediatra. Está avisado desde la mañana. Te lo comenté antes.

Félix Maíz no se ha dado cuenta pero sí su subconsciente: ha sonado el timbre y por la piel de los brazos acaba de percibir una corriente eléctrica, tenue, suave, que le ha puesto los sentidos en estado de alerta. No hace ni doce horas que se ha comprometido con Mola, que ha dado su palabra para trabajar junto al general en una misión que acaban de definirla como peligrosa en extremo y, sin quererlo, su sistema nervioso se ha puesto en alerta ante la simple llamada a la puerta de la casa que acaba de hacer el pediatra que viene para examinar a Tere. El riesgo excita, el riesgo incomoda, colige, y esto no ha hecho sino empezar.

9

QUIEPO DE LLANO, EL GENERAL MÁS VELETA

Si hay que juzgar a las personas por sus silencios, Maíz me parece que es campeón en todos los estilos. A la hora convenida estaba en el lugar indicado he salido por detrás de Capitanía, por una compuerta que conduce al portal de Francia, porque me habían indicado que un tipo sospechoso rondaba la entrada principal; tenemos dos oficiales que hacen guardia para detectar si desde el gobierno civil han puesto a la policía para seguirnos, con la ventanilla bajada, el motor en marcha, leyendo el periódico. Me ha visto llegar y no ha cambiado de postura ni se ha alterado. Nos hemos dado los buenos días y le he indicado que nuestro destino era Vera de Bidasoa.

— ¿Cuántos kilómetros nos separan?

– Aproximadamente noventa.

– ¿En cuánto tiempo se hace el viaje?

– Depende.

– ¿De qué depende?

– De cómo esté la carretera. Esta noche ha llovido mucho.

– Hablo en circunstancias normales.

– Con este coche, una hora y cuatro, una hora y veinte.

– ¿De qué marca es este coche?

– Es un Buick 60 Club Sedan, americano. Antes, conducía un descapotable. Con los niños, lo tuve que vender.

– Tengo que decirle una cosa, señor Maíz. Hoy, y siempre, mientras dure esta experiencia, en todos los viajes que vayamos juntos, en la medida que sea posible, debemos de hacer la ida por un trayecto y la vuelta por otro, si es que hay puestos de la Guardia Civil de por medio.

– Podemos hacer los viajes por la mañana temprano y volver para el almuerzo, si le parece. A esas horas, en los puestos no hay vigilancia; lo tengo comprobado desde hace tiempo. La Guardia Civil también come, general. Aunque, si así lo desea, podemos viajar de noche.

– Sí, sí, por supuesto, de noche y de día, lo que fuera menester. Pero quería indicarle, con el comentario anterior, que no debemos dejarnos ver innecesariamente. Y usted ya me entiende lo que quiero decir.

– Queda claro, general.

Ésta ha sido toda la conversación que hemos tenido en el viaje de ida. En Vera nos esperaba un coche azul a la entrada y se lo he comentado a Maíz para que supiera ir con paso lento y no pasarnos del punto de cita. Así lo ha

hecho y no he tenido ni que cruzar la carretera. Él ha dado la vuelta al coche y se ha puesto detrás. Luego, ha comprobado cómo me bajaba, entraba en el asiento delantero del vehículo azul y se ha ido marcha atrás unos veinte metros. No llovía y he visto que estaba por el arcén haciendo como que buscaba setas con una vara, aunque ahora no sea el tiempo. Eso me ha parecido.

Mi viaje tenía como objeto conectar con un teniente coronel que está destinado en Irún: me va a servir de contacto inicial con el general de aviación Alfredo Kindelán, que es nacido en Cuba como yo. Necesito saber en qué estado se encuentra la aviación española y con qué aparatos podemos contar para el día de autos. Ésta es una gestión que voy a llevar directamente yo, porque la aviación y las comunicaciones me parece que van a ser las armas definitivas en el movimiento liberador que hemos de iniciar. De qué nos sirve movilizar tropas si no podemos transportarlas o lo hacen expuestas al albur de una *razzia* aérea.

Al final de la conversación que he mantenido con el teniente coronel dentro del coche, el compromiso ha sido que antes de dos semanas podré tener un informe detallado de lo que Kindelán piensa que podemos controlar cuando llegue la hora (y cómo debemos de hacer para que el general y yo nos veamos por aquí en veinte días, más o menos). En total, creo que no habré estado en Vera de Bidasoa ni treinta minutos y confío en que no me haya reconocido nadie.

Maíz, tan pronto como ha visto por el rabillo del ojo que la puerta del coche azul se abría, ha montado en el suyo arrancando el motor. Lo ha colocado un par de metros más atrás, dejando la portezuela de mi lado entreabierta, de modo que he salido y entrado de uno a otro coche sin

que apenas se me viera. Eso era exactamente lo que había previsto. Parece que este hombre lee mis pensamientos. Como he venido recapacitando durante la vuelta sobre las muchas cuestiones que debemos de poner en marcha, no he abierto el pico en todo el viaje. Maíz, tampoco. Podía haber preguntado sobre esto o aquello, sobre si aceleraba más para llegar antes del almuerzo, sobre el resultado de mi entrevista, qué se yo. Pero no ha dicho nada. Me ha parecido que, en algunos momentos, salía de la carretera principal y nos íbamos por otras más recoletas, pero como nada he preguntado, nada he sabido. A las dos y media, y cuando ya se avistaba Pamplona al fondo de una larga recta que me ha parecido como un tobogán, Maíz ha consultado:

– Volvemos al lugar de partida, ¿no?

– Así es.

– Estaremos allá en cinco minutos.

– Buen servicio, he contestado.

– Para eso estamos, general.

Acabo de comentar con don Curro la cuestión de la aviación y me dice que ya está en contacto directo con Kindelán. He mencionado que el viaje a Vera de Bidasoa tenía como objetivo indicar, a través del contacto, que el general se ponga en marcha; lo que vayamos a hacer, he explicado al coronel, estimo que debe de estar listo para mediados de junio, a más tardar. Si demoramos más todo este operativo el Gobierno tiene muchas posibilidades de enterarse. Don Curro cree que hay que correr más, todavía, porque al enemigo, ha dicho, si no se le sorprende durmiendo es todavía más enemigo, es más difícil derrotarlo. Haciendo un repaso hemos llegado a una conclusión: no por querer asegurar

Madrid se ha de retrasar nada. Madrid es Madrid, eso lo sabemos todos, pero no es España. Y para conquistar España hay que trabajar mucho porque nuestro país es enorme. En resumidas, que seguimos en la brecha.

También piensa don Curro que al elemento civil afecto hay que darle ya su protagonismo. Eso hemos hablado del carlismo, de la falange, de los monárquicos en general, de algunos políticos, etcétera. Ha salido el nombre de Sanjurjo y ambos creemos que debemos de establecer contacto inmediato con nuestro general en el exilio. Sanjurjo ha de ser la guía, la cabeza, tan pronto cruce la frontera de Portugal. Entre tanto, nosotros, cada uno con su responsabilidad, hemos de apechugar con todo lo que podamos. He comentado también con Escámez que tengo listo un texto programático para enviar al resto de los conjurados. Es de carácter tan generalista que no creo haya nadie que pueda oponerse o quitarle una coma. Quizá lo tachen de timorato, pero es lo que hay a día de hoy.

Emiliano, por su parte, ya ha colocado la mesa en el planchatorio y todas la noches -hoy también- estoy a la tecla: unas veces escribo las pautas y otras los contenidos. Guardo copia bajo las sábanas que nunca se utilizan, porque son de camas que se han retirado (eso es al menos lo que me ha contado mi mujer), y así tengo la seguridad de que nadie las va a tocar. Consuelo no sabe nada aunque ya ha visto la mesa en una esquina: he comentado que, dado que viene el verano y puesto que es la zona más fresca de la casa, por las noches voy a retirarme a ese cuarto para acabar el libro de Dar Akkoba. Es una mentira piadosa que no sé por cuanto tiempo más podré mantener ya que en el matrimonio, esta es mi opinión, más vale decir las cosas de

cara y una vez que ciento de espaldas y a hurtadillas. Prefiero ponerme una vez colorado que cien amarillo. En mi caso, siempre ha sido así y no veo motivos para que cambie ahora, aunque el tema que me llevo entre manos sea peliagudo. La cuestión está en encontrar el momento. Siempre pasa igual.

El doce de abril estuve en Pamplona con el general don Gonzalo Queipo de Llano, el más veleta de los veletas que haya entre todos los generales del Ejército, que se encontraba, oficialmente, revisando las instalaciones que los carabineros tienen por Navarra. Conspiró contra Primo de Rivera, contra la monarquía, casó a su hija con uno de los hijos de don Niceto Alcalá Zamora, actual presidente de la República de España, y hoy es el día que en el Ejército nadie sabe a ciencia cierta si Queipo va o viene, si sube o baja, si traga o bebe. Para mí que Queipo es republicano, pero no de esta República, y ha utilizado este viaje oficial no para inspeccionar a sus carabineros sino para escrutar mi pensamiento y mis contactos, porque se muere si no está al tanto de todo. Tiene fama de ser un poco simple en sus planteamientos, algo bocazas y optimista hasta el borde del precipicio. El día que nos vimos también me lo pareció.

El caso es que ha llegado a la Comandancia de Carabineros –como ya nos habíamos enterado de víspera– en un Hispano Suiza que para mí lo quisiera y antes de que se presentara sin avisar en Capitanía he ido yo a verle. No le ha sorprendido la visita y he notado que tenía muchas ganas de conversar conmigo sin testigos. Hemos estado a solas en un despacho al que me ha conducido del brazo y después de mucho preámbulo (ha comenzado diciendo que lo pasado, pasado está, que la época en la que yo era

director de la Seguridad del Estado y mandé seguir sus pasos porque sospechábamos que conspiraba, también pasada está) Queipo se ha decidido por entrar a matar. Ha preguntado:

— ¿Cómo llevas esto de vegetar por Navarra?

— Aburrido como más te puedas imaginar — he contestado.

— Creo que la situación se está tensando de tal forma que no va a haber vuelta atrás posible. Percibo con los compañeros con los que hablo que hay un sentimiento en el Ejército, muy generalizado, para dar un golpe de mano y poner fin a este estado calamitoso. ¿Qué se dice por aquí? ¿Qué piensan los carlistas?

— Llevo menos de un mes en la plaza y no me ha dado tiempo de conocer a todas las fuerzas vivas. Del carlismo..., bueno del carlismo los más exaltados dicen que se echan al monte como les toquen las instituciones privativas de Navarra. Parece que en el Gobierno hay intención de cambiar a la actual Diputación Provincial por una gestora. Ésa puede ser la chispa.

— Pero, a nivel general, ¿qué piensan los carlistas de cómo está España?

— Sobre esto nada te puedo decir porque nada conozco. Voy a reunirme con los carlistas, porque es su deseo y creo que mi obligación. Pero de momento...

— ¿Y de la reunión que mantuvisteis Franco y tú con varios generales en Madrid...? Porque, sabrás, que en determinados círculos no se habla de otra cosa.

— Habladurías.

— Pero tú estuviste, ¿no?

— Estuve y repasamos, de manera general, la situación de España.

— ¿Y nada más?

— Quedamos para mantenernos en vigilia. Y a ti, ¿qué te parece la situación?

— Mala, muy mala, no nos llevemos a engaño. Yo también estoy en vigilia. Y quiero que sepas que estaré siempre a las órdenes de una actuación mancomunada, si llega el caso y es necesaria. Conmigo puedes contar, amigo Mola, si se prepara algo.

— Desde esta esquina de la patria no llegan los sonidos de lo que se orquesta en Madrid. Tú tendrás más información que yo. ¿O no es así?

— La información que yo tengo es que hay malestar, inquietud y voluntad de cambiar el rumbo de las cosas. No he participado en reuniones pero te digo de nuevo que puedes contar conmigo de manera absoluta si algo se prepara. Si, a su vez, pasa por mi mano alguna información que considere sea de tu interés, te la haré llegar de manera discreta. A mí el Frente Popular no me merece confianza ni crédito. España necesita otra cosa, otras gentes.

— En eso también estoy de acuerdo.

— Mañana salgo para Barcelona y sondearé el ambiente. Te mantendré informado y espero que tú hagas lo mismo.

— Así quedamos. Por cierto, ¿el motivo de esta visita a Pamplona ha sido inspeccionar a tus carabineros o reunirte conmigo?

Queipo no ha contestado. Ha sonreído y me ha acompañado hasta la puerta. No ha sido necesario, por tanto, que dijera nada más.

Una semana después he recibido una carta manuscrita del general, sin fecha ni firma y por conducto regla-

mentario (lo cual me pareció una imprudencia), en la que me informa de su paso por Barcelona y de varias entrevistas que había mantenido con oficiales de carabineros. En síntesis, Queipo dice que en aquella ciudad también «hay ambiente» y que son varios los oficiales del cuerpo que están dispuestos para lo que sea menester. Me comunica que el comandante Álvarez Holguín, que es el jefe en Barcelona, según creo, va a hacer de enlace conmigo y que me hará llegar informes sobre cómo está la situación en la capital catalana. Lo único que espero de Queipo es que sea más discreto de lo que ha venido siendo hasta ahora y más eficaz. En la tarea de edificar de nuevo España a partir de cimientos diferentes no sobramos ninguno de los que tenemos vocación de servicio a la patria. Pero en esta hora difícil hay que andar, no me canso de repetirlo, con los pies albardados en plomo. Deseo que Queipo se aplique el cuento y responda.

En cuanto a la cadencia que llevan las cosas, en mi opinión, todo marcha según su ritmo y no seré yo quien fuerce nada. Por la comandancia hay oficiales que pretenden cambiar el paso y marchar corriendo pero, si ha de ser así, anuncio ya que no será con mi concurso. Estos oficiales impetuosos son gente joven y a veces se muestran incapaces de controlar no ya los sentimientos sino los impulsos; creen que las ganas y la valentía, o el coraje, son armas suficientes para organizar un movimiento, pero no se paran a pensar en demasía que se trata de or-ga-ni-zar, y eso supone aunar voluntades, designar cometidos, concretar los criterios, analizar los efectivos y establecer plazos. Y todo esto tiene su ritmo.

Si se fuerza existe el riesgo de que nos descubran y se vaya todo al garete. Se lo he comentado a Emiliano, que

es el portavoz de los inquietos, y hemos convenido que un día de estos quizá sea procedente mantener una reunión y dejar las cosas claras. No quiero prisas, ni presiones, ni palmadas a la espalda. Cada uno a lo suyo, que aquí hay tajo para todos. Lo que tenga que ser será, y a su debido momento. No por añadir presión a la máquina conseguiremos antes el objetivo. *Piano piano piú lontano.*

10

INSTRUCCIÓN RESERVADA NÚMERO 1

La hormiga trabajaba de noche bajo la protección de un candelero que reverbera, a la espalda de un ajuar de hilo con bordados de punto de canutillo que se alzaba sobre anaqueles de roble, entre ramitas de menta y romero, junto a membrillos que cuando maduran avientan su perfume, y la cigarra perpetuaba su canto monótono buscando atraer los últimos rezagados en la carrera para edificar la nueva patria. La hormiga tomaba notas a mano durante el con-dumio, aunque en realidad no comía ya que únicamente masticaba el tiempo y pensaba, rumiaba, sazónaba un texto con el que empezar el camino por donde transcurriesen las ansias.

En abril de mil novecientos treinta y seis, al fin, la hormiga puso orden a la maraña que tanta presión añadía a su cerebro y de las teclas de una Remington portátil salieron, una noche de primavera y viento en calma por Pamplona, dos hojas, algo amarillentas, con este epígrafe: «Instrucción Reservada Número 1». Era el primer paso del solsticio que habría de coronarse a mediados de julio, cuando emergió la

sublevación y con ella la metástasis de sangre que los que se autodenominaron salvadores de la patria airearon por doquier al paso de su gente y sus tropas.

El general Mola, que es hormiga vehemente, tiene escrito que la indisciplina en el Ejército, y en todos los órdenes de la vida, está justificada cuando los abusos de los gestores de la cosa pública constituyen vejación y oprobio, o llevan a la nación a la ruina. «La mansedumbre es en el primer caso vileza y en el segundo traición», tiene sentenciado, lo que viene a significar que los que se dicen patriotas tienen carta blanca para sacar el sable y repartir mandobles hasta que se enderece el rumbo, aunque el camino se inunde con los estragos que produce la muerte.

La Instrucción Reservada número 1 aflora de una máquina de escribir Remington y arranca con este exordio:

Las circunstancias gravísimas por que atraviesa la nación, debido a un pacto electoral que ha tenido como consecuencia que el Gobierno haya sido hecho prisionero de las organizaciones revolucionarias, lleva fatalmente a España a una situación caótica que no existe otro remedio de evitar que mediante la acción violenta. Para ello los elementos amantes de la Patria tienen, forzosamente que organizarse para la rebeldía, con el objeto de conquistar el Poder e imponer desde él el orden, la paz y la justicia.

Luego, de seguido, continúa por este veril arrancado a la épica:

Esta organización eminentemente ofensiva se ha de efectuar EN CUANTO SEA POSIBLE con arreglo a las siguientes BASES:

Base 1^a.- La conquista del Poder ha de efectuarse aprovechando el primer momento favorable y a ella han de contribuir las fuerzas armadas conjuntamente con las aportaciones que en hombres y elementos de todas clases faciliten los grupos políticos, sociedades e individuos aislados que no pertenezcan a partidos, sectas y sindicatos que reciben inspiraciones del extranjero: socialistas, masones, anarquistas, comunistas, etcétera.

Base 2^a.- Para la ejecución del plan actuarán independientemente, aunque relacionadas en la forma que más abajo se indica, dos organizaciones: civil y militar. La primera tendrá carácter provincial; la segunda, la territorial de las Divisiones orgánicas.

Base 3^a.- Dentro de cada provincia, el Comité Provincial de primer orden, compuesto por un número de miembros variable, elegidos entre los elementos de orden, milicias afectas a la causa y personas representativas de las fuerzas o entidades económicas, de composición lo más reducida posible... designará al comité de segundo orden (los órganos judiciales) y dictará las normas por las que se han de regir estos y

los ayuntamientos (tercer orden), que serán organizados por los de segundo orden..., etcétera, etcétera.

Mola es un general más leído que la inmensa mayoría de los de su casta (aficionados a la canasta en mayor medida que al interés por los libros) y por ello plúmbeo cuando asume la tarea de poner negro sobre blanco los pasos a dar para organizar un levantamiento contra el poder legalmente establecido. A cada una de las ocho bases de su proclama (algo menos de dos folios en total) les va metiendo morcillas de texto que trata de ordenar con las primeras letras del alfabeto –como si escribiera para indocumentados–, de modo que su bando inaugural quizá esté bien para la milicia y sus oficiales –necesitada de recibir la carne mastica-da– pero resulta chusco a quienes tienen algún estudio y dispensan otras atenciones. Pero ¿quién es capaz de advertírsele al general?, ¿quién le dice que no debe poner por escrito en la primera proclama aquello que aparece en la letra *i* de la Base Tercera? Porque este artículo dice así letra por letra: «Al Comité compete: Tener designada, de acuerdo con el jefe del Comité militar territorial, la persona que al producirse el Movimiento ha de encargarse del Gobierno civil de la provincia (siempre que sea posible, es preferible que de dicho Gobierno se encargue el Jefe más caracterizado de la Guardia Civil. Si no es persona de carácter, es preferible una persona civil)». ¿Quién es el guapo que le dice a Mola que en este movimiento todos son personas de carácter, de mucho carácter y muchos cojones, y más si forman parte del benemérito instituto de la Guardia Civil? ¿Quién?

Las Instrucciones Reservadas que se contemplan en el número uno de las que va a producir (y a publicar, pese a su disgusto) abarcan todas las materias previas a un desastre porque tratan de la intendencia, los auxilios a la tropa, los recursos, los bandos de guerra, la participación de los elementos civiles, los talonarios de requisa, los vehículos y sus conductores, los carburantes y lubricantes, el apoyo de la Armada; en fin, todo lo que un militar imaginar pueda en orden a conseguir las ayudas y los apoyos que hacen triunfar una asonada. Mola, por si no fuera suficiente con toda la doctrina que va dejando resbalar en cada una de las líneas de sus instrucciones, advierte con lenguaje palmario que este viaje está reservado al grupo de elegidos por Atenea, Pala, la hija de Zeus, y lo remarca con este acápite firmado:

Se tendrá en cuenta que la acción ha de ser en extremo violenta para reducir lo antes posible al enemigo, que es fuerte y bien organizado. Desde luego, serán encarcelados todos los directivos de los partidos políticos, sociedades o sindicatos no afectos al movimiento, aplicándose castigos ejemplares a dichos individuos para estrangular los movimientos de rebeldía o huelgas. Conquistado el poder, se instaurará una dictadura militar que tendrá como misión inmediata restablecer el orden público, imponer el imperio de la ley y reforzar convenientemente al Ejército para consolidar la situación de hecho, que pasará a ser de derecho [...]. La organización ha de llevarse a cabo en el plazo

máximo de treinta días, porque las circunstancias así lo exigen.

Abril, 1936

EL DIRECTOR

A partir de abril la revuelta ya tiene un director para marcar los tiempos aunque no se sabe si hay, todavía, orquesta que interprete la música que el maestro va a componer. Es cuestión de tiempo.

El capitán Carlos Moscoso del Prado, un riojano de frente ancha, es uno de los oficiales que dice tener más cojones y, también, quizá el más aburrido de esperar que alguien de la superioridad dé el paso que ponga en marcha la marcha. Lleva más de un año agarrándose los huevos porque está que se sale y no quiere consumir más tiempo en este aguardo calamitoso que no desinfla pero consume, corroe y devora. Para más *inri*, este catorce de abril, que conmemora el quinquenio del advenimiento de la República en España por segunda vez, la masa se ha echado a la calle y allí donde ha podido se esfuerza por exhibir su poderío para amedrentar al contrario, que son las gentes de orden que trabajan por el bien de España, según comenta el coro de capitanes.

Moscoso ha sabido que en Madrid un oficial del benemérito instituto, el alférez Anastasio de los Reyes, ha sido asesinado a tiros por defender de viva voz a la Guardia Civil cuando iba de paisano: un guardia de asalto le vació el cargador del revólver al confundirlo con un dinamitero, dicen las crónicas, sin precisar más detalles que ayuden a esclarecer el óbito. El guardia se encontraba cerca de la tribu-

na en la que don Niceto Alcalá Zamora presidía los desfiles que conmemoraban la fecha, donde acababan de explotar varios petardos de pólvora –colocados por un cocinero falangista que para armarse de valor se bebió una botella de anís y estaba beodo cuando lo detuvieron– que llenaron de miedo a los dirigentes que seguían las marchas desde un tablado. Otra vez, eso que los golpistas llaman «la masa comunista y vocinglera» presiona a los políticos del gobierno blandiendo unas siglas UHP, UHP, Uníos Hermanos Proletarios, que para el capitán de la comandancia militar de Pamplona tienen un significado bien diferente: UHP, UHP, Unos Hijos de Puta, eso es lo que son, unos hijos de la gran puta que están devorando España, dice Moscoso.

Al Ejército, en algunos lugares de España, lo están volteando y el capitán Moscoso cree que ya es hora de dejarse de monsergas y pasar a las armas, que es la única razón de fuste que entiende el comunismo. Éste es el argumentario que va a utilizar para convocar un presidium en su domicilio de Pamplona, en los pabellones militares, para lo cual él mismo se encarga de repartir un puñado de invitaciones selectas: Vicario, Barreda, Díez de la Lastra, por Pamplona, el capitán Ramos, de Bilbao, el teniente Leoz, de San Sebastián, los capitanes Porto, Fernández y Murga, de Burgos, y de la guarnición de Logroño, su ciudad de nacimiento, los capitanes Bellod y Chacón.

La reunión comienza con nocturnidad por razones de seguridad que a nadie se le escapan –y posiblemente también con alevosía–, es animada y de escasa enjundia porque todos saben para qué han sido convocados y ninguno de los presentes tiene una sola tilde de discrepancia en lo que debe ser el futuro movimiento que regenere España.

Los minutos van discurriendo de acuerdo al argumentario previsto y cuando Moscoso considera que la olla tiene ya suficiente presión porque se acaban de incendiar los ánimos, informa a los presentes de que, con un par de cojones, va a llamar al comandante Fernández Cerdón para que escuche lo que piensan los capitanes y cómo se lo quieren transmitir al mismísimo general Mola, a quien consideran no sólo el vigía sino el salvador emergente de la patria.

El ayudante de Mola atiende el requerimiento telefónico en su despacho del palacio de los Reyes y marcha en coche oficial -casi sobrevolando, de carreras- hasta el domicilio del capitán, donde escucha de Moscoso y de otros capitanes un discurso de timbre tan patriótico -y también tan impaciente en las formas- que acaba por producirle cierto nerviosismo. «Estos hombres están a punto de echarse a la calle», cree, y aunque conoce de las prisas que la oficialidad local pone en todos sus empeños, acepta transmitir al general que la guarnición está presta y únicamente espera la notificación con las órdenes precisas. El comandante, incluso, acepta volver a Capitanía y desbrozar a Mola el entusiasmo de sus subordinados, que quedan a la expectativa de un último mensaje esperanzador, de una prueba que muestre a Mola en cabeza de la conspiración. Al filo de la medianoche, con la tarea hecha, Fernández Cerdón vuelve al lugar de autos y desgrana de viva voz la postura que el comandante en jefe de la guarnición envía a sus gentes:

—El general Mola no solamente aprueba su decisión sino que aplaude el proyecto. Es un honor para él la confianza que depositan en su persona. Hace tiempo que el general Mola emprendió el mismo camino por el que

ustedes van, y aunque el anónimo encubra sus trabajos y sea desconocida su actuación, sepan que hace meses labora en esta dirección con toda actividad. Debo adelantarles, de su parte, que desde hoy tendrán su consejo y su dirección, pero ni su nombre ni su apellido deben de ser mencionados por nadie en parte alguna. Así lo espera de su honor el general Mola. Señores, buenas noches.

Saturado de satisfacción e inquieto porque ahora sí, ahora viene la buena, Moscoso saca un par de botellas de tinto que le han llegado de Rioja y levanta la copa –como lleva haciendo los últimos doce meses al finalizar cada comida– para rugir mirando a sus conmlitones:

– Por España, ¡Viva España!

– ¡Viva España! – atruena el coro.

Al comandante Emiliano Fernández Cordón, que también le hierva la sangre aunque sus gestos no lo trasluzcan, aún le queda tiempo para añadir una cuestión más:

– Capitán Barreda, mañana a las ocho le aguardo en mi despacho.

– A sus órdenes, mi comandante.

– Señores, repito: buenas noches.

– Buenas noches comandante – contestan los capitanes a coro.

El capitán Barreda no está extrañado de la cita que acaba de ordenarle el comandante Fernández Cordón porque barrunta que la reunión tiene que ver con la transmisión de documentos que reclama Mola, como ya le ha adelantado hace unas horas el coronel García Escámez. Don Curro le ha dicho por la mañana con su media lengua de trapo:

– Barreda, quédese usted en posición de alerta que comienzan a soplar los vientos. En cualquier momento el

general va a recabar sus servicios porque hemos entrado ya en las diez de últimas. No se pierda por otros vericuetos que tiene usted la obligación de dar el Do de pecho. No se me despiste, Barreda, siga usted aquel buen consejo: A la que estamos, tuerta.

— Ya sabe usted, mi coronel, que estoy impaciente por dar los primeros pasos.

— La impaciencia no es buena compañera, capitán Barreda. Mejor es que esté usted expectante, a la expectativa. Ya me entiende, ¿no?

— Y si no le entiendo, da igual, mi coronel. Quedo a la expectativa, pero no acabo de sacudirme la impaciencia.

— Es cuestión de días, Barreda.

— ¿A usted le parece que sí?

— Clarito, Barreda. Esto es ya imparable. Y no añado más porque, aunque puedo, no debo.

— A sus órdenes, mi coronel.

A Mola, su confidente, el comisario Bágúenas (a quien Lerroux quiso nombrar hace un año director general de la Seguridad del Estado) le tiene dicho que hay una conspiración comunista contra los militares en la que destaca su nombre y el de Franco, y que se ande con ojo, que estas gentes no se paran en ascuas. No ha añadido más porque la información es incipiente debido a que el Gobierno no hace caso de esos cantos de sirena bajo el argumento de que producen reverberación entre sus gentes. Bágúenas, sin embargo, jamás se da por vencido cuando trata de obtener confidencias para el general y llega, incluso, a rellenar con los aportes de su imaginación la información que no obtiene de los expedientes que husmea en la Dirección de la Seguridad del Estado.

Usando el conducto habitual ha escrito a Mola para contarle que por La Junquera, frontera de Gerona, han pasado agentes y agitadores rusos con la misión de establecer una base en España desde la que ejecutar las órdenes de Moscú. Entre los primeros encargos está eliminar a Mola y a Franco, que distan unos cuatro mil kilómetros entre sí, para dar un palo al Ejército que lo deje temblando. «Palo y tentetieso», dice en una carta a máquina que ni firma ni data y que Mola sería capaz de descubrir entre un millar porque, junto a cuatro iniciales de un acrónimo que el policía utiliza siempre en sus comunicaciones, PACO, en una esquina de la hoja, la hoja lleva el sello de la prosa lírica de su antiguo subordinado.

El general ya ha dado a luz su primigenio exordio, el primer parto, y ahora lo que pretende es que el texto vaya llegando por su orden a los mandos de las guarniciones sin aflojar un milímetro las medidas de seguridad que se ha impuesto. Es por esto que requiere de Barreda el procedimiento inviolable que asegure las conexiones entre los conjurados, porque los acontecimientos comienzan a ir por delante de los deseos: en Madrid ha dimitido el presidente don Niceto Alcalá Zamora, consuegro del general Queipo de Llano, se han aplazado las elecciones municipales y don Manuel Azaña reúne casi todas las papeletas para el sorteo en el que, dicen los conspiradores, se ha convertido la presidencia de la República.

Don Niceto, que fue la voz que exigió al rey Alfonso XIII salir de Madrid «antes del anochecer» cinco años atrás, se va ahora de la presidencia de la República por la puerta de atrás y apaleado por tirios y troyanos; sólo piensa en poner tierra de por medio con el palacio de Oriente

y quiere emigrar a Argentina para escribir sus memorias, despachándose a gusto contra la caterva de melifluos y aduladores que acaban de dejarle colgando de la maroma. Con estos presagios a Mola no le faltaba más que ver al contrahecho de Azaña, la bicha, la bestia, la verruga, como él lo llama, encaramado a la butaca estilo Luis XV con las posaderas tapizadas en raso de algodón color oro viejo y decoración floral multicolor en la que sienta sus reales el presidente de la maltrecha República española cuando toca presidir el consejo de ministros.

Demasiadas emociones en tan corto espacio de tiempo que el general no quiere digerir en forma alguna. Además, ya ha comunicado a las cigarras que forman el coro de capitanes que el movimiento no es que sea inevitable, es que está en marcha, como su propio nombre lo indica, y es imparable porque así lo ha querido la fortuna, el destino y, sobre todo, España. No queda sino comenzar a transmitir la doctrina sobre la que se fundamenta la asonada y a esa tarea se va a dedicar Manolo Barreda, el capitán Barreda, el puntal sobre quien apoyar las telecomunicaciones.

—Capitán — vino a decirle Mola cuando lo recibió en su despacho— queda en sus manos el procedimiento para transmitir no sólo las proclamas sino las órdenes. Estamos abroquelando España frente al comunismo internacional y debemos de tener toda la intendencia preparada antes de que el enemigo nos comience a ramonear. Usted ya me entiende.

Barreda dijo sí muy seriamente, asintió varias veces con la cabeza, aunque no había entendido una sola palabra de la jerga; todo le resultaba un galimatías inasequible a su formación de ciencias. Entre los capitanes había muchos cojones pero, ¿quién era capaz de llevar la contraria a su

general cuando Mola se ponía espeso y le tamborileaba el labio?, ¿quién cuando se le pegan, nervioso al hablar, algunas sílabas al labio? Barreda desde luego no y tampoco lo hubiera aconsejado a sus compañeros de coro, porque cree que Mola no entiende de razones cuando se le inflama la vena que recorre su frente y acaban hinchándosele los ojos. Entonces, no hay cojones. Menos ahora, cuando llega el primero de mayo, y las masas del proletariado se van a echar a la calle demandando no se sabe qué, aunque todo apunte hacia algunos generales. «¿Volverá a correr la sangre sin que el Gobierno mueva el culo de sus poltronas?», ha preguntado Moscoso.

Por fortuna para todos pasa la fiesta de los obreros sin mayor bronca que otros años, unos gritando UHP, UHP, los de la acera de enfrente contestando brazo en alto Café, Café (Camaradas: Arriba Falange Española) y algún que otro despistado Verde, Verde (Viva el Rey de España). Pasa el primero de mayo pero no así los ecos de una intervención del editor de prensa y ex ministro de Obras Públicas, Indalecio Prieto, en Cuenca, donde han de repetirse las elecciones de diputados a Cortes por tercera o cuarta vez, y donde está puesta gran parte de la atención política nacional. Cuenca viene siendo un laboratorio de la pelea a muerte que llevan derechas e izquierdas y los conservadores han intentado casi todo para atraer al máximo de votantes: desde una lista con José Antonio Primo de Rivera, fundador de Falange Española, hasta proponer que sea el general Francisco Franco quien encabece la plancha.

En esta tesitura el diputado Indalecio Prieto, don Inda, marcha a Cuenca y rompe el corsé de su partido, el socialista, que ahora no forma parte del Gobierno, cuando

dice desde la tribuna de un mitin electoral, con un trueno de voz que hace temblar el aire, que la violencia no conduce a parte alguna ni consolida nada, que la quema de iglesias y la bronca interminable que muchas ciudades españolas padecen en sus calles –cuando los adversarios dirimen sus diferencias a tiros que no dejan más que desolación y huérfanos– es la vía más segura hacia el fascismo y que Franco, el exiliado en las islas Canarias, ha de ser el candidato genuino de las derechas que tratan de implantar una nueva dictadura militar en España (Manuel Azaña, al momento de ser elegido el ocho de mayo presidente de la República, vislumbra en Prieto el dirigente que necesita su nuevo gobierno y le propone presidirlo, pero éste declina la oferta porque no cuenta con el apoyo de sus propios diputados correligionarios).

En la distancia Mola, desde el refugio del planchatorio del palacio de Capitanía en Pamplona, ha leído ya las reflexiones de Prieto en el *ABC* y, aunque no se acaba de creer lo que don Inda dijo en Cuenca sobre la violencia que descimienta España, piensa que, de todos modos, las palabras llegan tarde y que con esas gentes no se puede ir, remedando al ex ministro, a parte alguna. Tampoco el mensaje que el futuro presidente de la República ha lanzado el quince de abril desde el púlpito del viejo caserón de la carrera de San Jerónimo ha hecho mella: «Ya sé que estando arraigada como está en el carácter español la violencia, no se puede proscribir por decreto; pero es conforme a nuestros sentimientos más íntimos el desear que haya sonado la hora en que los españoles dejen de fusilarse los unos a los otros. Nadie tome estas palabras por apocamiento ni por exhalación de un ser pusilánime, que se cohíbe o encoge

delante de los peligros que pueda correr el régimen que está encomendado a su defensa. No. Nosotros no hemos venido a presidir una guerra civil; más bien, hemos venido con la intención de evitarla».

«Con Azaña hemos topado, amigo Sancho», le han escuchado decir con un desprecio no exento de la impaciencia que tan celosamente oculta. El general Director, a estas alturas, evidencia tercamente que el Gobierno está sobrepasado por los crímenes y atorado en la cacharrería de las palabras, que vienen sonando huecas en boca de un adversario tan envilecido. Eso es lo que quiere creer y por eso se ampara en su propia palabrería:

— Estamos ya por el camino de los hechos — ha comentado a su ayudante Fernández Córdón cuando va, nervioso y con las sombras de la noche, hacia el cuarto de la plancha para preparar nuevas instrucciones reservadas.

Ni siquiera le sirven las palabras que el diputado y ex ministro José Calvo Sotelo, líder parlamentario de Renovación Española y del Bloque Nacional, utilizó el mismo día para contestar a Azaña: «Si un Estado no sabe garantizar el orden, la paz, los derechos de todos los ciudadanos, ¡qué dimitan los representantes de ese Estado!... Miramos a Rusia y a Hungría, leemos y repasamos las páginas de su historia reciente y, como sabemos que aquello fue una tragedia, corta para Hungría, permanente todavía para Rusia, queremos que esa tragedia se evite en España y decimos al Gobierno que a él le incumbe esta misión y que para cumplirla no le faltarán ciertamente ni los votos ni la opinión de los que aquí estamos. ¡Ah!, pero si el Gobierno muestra flaqueza, si vacila... nosotros tenemos que levantarnos aquí a gritar que estamos dispuestos a oponernos por to-

dos los medios, diciendo que el ejemplo de exterminio, de trágica destrucción que las clases sociales conservadoras y burguesas de Rusia vivieron no se repetirá en España».

Tampoco valen ya las de José María Gil Robles, el líder de la CEDA y ex ministro de la Guerra, padrino de Mola en su último destino africano, pronunciadas el mismo día y en idéntico escenario: «Desengaños, señores diputados: una masa considerable de la opinión española que, por lo menos, es la mitad de la nación, no se resigna implacablemente a morir, yo os lo aseguro. Si no puede defenderse por un camino, se defenderá por otro. Frente a la violencia que allí se propugna surgirá la violencia por otro lado, y el poder público tendrá el triste papel de espectador de una contienda ciudadana en la que se va a arruinar, material y espiritualmente, la nación. La guerra civil la impulsan, por una parte, la violencia de aquellos que quieren ir a la conquista del Poder por el camino de la revolución; por otra, la está mimando, sosteniendo y cuidando la apatía de un Gobierno que no se atreve a volverse contra sus auxiliares, que tan cara le están pasando la factura de la ayuda que le dan».

El general Emilio Mola Vidal tiene conocimiento de todo lo que se viene diciendo en Madrid, en el Congreso de los Diputados y fuera de él, y no hay nada que le haga cambiar de opinión («Palabras de políticos», ha dicho, «palabras, palabras, sólo palabras») porque tiene una decisión tomada tras muchas horas de hablar consigo mismo: «Ya no hay solución pacífica que acabe con el caos que se está abriendo camino en España. Levantamiento o sumisión, no hay más alternativas», ha comentado al coronel García Escámez antes de ponerse a la máquina de escribir portátil para redactar una nueva orden.

Al otro lado de la península el general con más gloria del Ejército de España, José Sanjurjo Sacanell, nacido en Pamplona hace sesenta y cuatro años, dos veces cruz laureada de San Fernando, medalla militar individual, antiguo director general de la Guardia Civil y del cuerpo de Carabineros, marqués del Rif, teniente general condenado a muerte por sublevarse contra el Gobierno el diez de agosto de mil novecientos treinta y dos, malvive su tiempo en Estoril, Portugal, aislado de los cuarteles y sin dinero: está tieso como la mojama y no hay día que alguien, con descuido, le pague un café en el casino si es capaz de aguantar su charleta.

Reside allí después de salir del penal de El Dueso, donde purgaba pena de cadena perpetua, porque el presidente de la República, don Niceto Alcalá Zamora, quiso trucar su fusilamiento por esa pena menos cruel pero no más liviana. Hace dos años, empero, que fue amnistiado por un gobierno de la CEDA y radicales, junto a Mola, y desde entonces lleva el exilio a cuestas, sin un duro en el bolsillo, añorando sus tiempos de *gigoló* en Madrid a pesar de que siempre fue feo, bajito, cabezón, regordete, católico y sentimental. Y también putero, aunque para ese empeño no hace falta ni belleza ni estatura, sólo dinero.

Sanjurjo está en Estoril purgando no sólo un exilio sino también su pasión monárquica, que divide entre el desterrado Alfonso XIII y la vieja aroma carlista que heredara en la familia y que ahora representa el nonagenario Alfonso Carlos de Borbón, Alfonso Carlos I de España, rey de sus partidarios. Los carlistas lo saben y peregrinan a Estoril para lanzar cantos de sirena y edulcorar sus oídos, siempre acostumbrados al almíbar del poder, recordando que su padre, don Justo, ya fue capitán de Caballería en

el ejército de don Carlos, aunque hubiese muerto durante una emboscada en Udabe, Navarra, cuando el ilustre exiliado tenía quince meses. José Sanjurjo Sacanell es monárquico de convicción, pero a primeros de mil novecientos treinta y seis no se puede determinar de qué monarquía.

Alfonso XIII le nombró primero marqués de Monte Malmusi en mil novecientos veintiséis y, en un real decreto diecisiete meses después, dando pábulo al inmenso poder que el militar había acumulado, el monarca cambió la denominación y donde dije Monte Malmusi digo del Rif, marqués del Rif, que es lo que Sanjurjo pretendía. La Grandeza de España se quedó, a partir del real decreto de 1 de octubre de 1927, disposición 221, en el que con su real gracia Alfonso XIII viene a cambiar por la de marqués del Rif la denominación del título de marqués de Monte Malmusi que había otorgado a Sanjurjo, compuesta y sin palabras. «Hacen falta huevos para conseguir del rey un cambio así», dicen que ha dicho un duque que caza con el monarca (con esos mismos huevos Sanjurjo habría de acompañar a la reina Victoria hasta la frontera francesa, en Hendaya, cuando partió para el exilio, el destierro y la muerte después de que España, en abril de mil novecientos treinta y uno, una noche se fuera a la cama monárquica y al día siguiente amaneciera republicana).

Pero de entonces ahora han pasado muchas lluvias y Sanjurjo quiere que le quieran, y eso lo sabe hacer como nadie el dirigente de la Comunión Tradicionalista, Manuel Fal Conde, un andaluz que le baila aire y adorna los sentidos, y que es capaz de vestir a un niño de nueve años, a Pepito Sanjurjo, con el uniforme del requeté, boina roja con borla dorada, y presentarlo así a su padre, el día de San José, hasta

hacer que al general se le salten las lágrimas y llore, aunque poco, de emoción. Sanjurjo se deja querer y el carlismo en bloque lo va a adorar porque ve en él al general que puede encabezar una rebelión en España que no sólo acabe con el Frente Popular, los izquierdistas y la madre que los parió, sino que devuelva al solar patrio la estirpe de los borbones legítimos que encabeza el augusto Alfonso Carlos Fernando José Juan Pío de Borbón y Austria-Este, Alfonso Carlos I de España en cuanto las condiciones lo permitan.

Los carlistas le quieren y Sanjurjo se deja hasta el punto de establecer un lazo de unión tan estable que nadie, entre los conjurados, duda de que el general sea el hombre que dirija el alzamiento en armas para después dar paso al régimen que se designe. Los carlistas fían su apoyo a la rebelión si Sanjurjo se pone al frente, porque ver coronar al nonagenario Alfonso Carlos en Madrid es cuestión que ninguno de ellos pone en cuestión. Y dicen que Sanjurjo tampoco.

Pero el general del exilio ha pedido garantías por escrito ya que conoce el sabor del fracaso de una rebelión militar, el miedo de ser condenado a muerte y la angustia de vivir muchos meses en una prisión con el culo prieto, jodido de almorranas, esperando que un pelotón de fusileros le reviente el alma. Lo ha vivido una vez y pretende estar seguro de que no habrá una segunda ocasión, que nunca más va a vestir un ridículo jubón de rayas con el número 52 bordado en la pechera como sucediera en El Dueso, acordonado por presos comunes, cuando en la pechera del uniforme le faltaba espacio para guindar las condecoraciones ganadas en muchas y cruentas batallas por Marruecos, la mayor parte a riesgo de su vida. «Ah, no, eso sí que no, a mí no me vuelven a coger preso como si fuera un roba-

peras, no, eso sí que no», ha dicho con voz cansina. Por esta circunstancia reclama garantías a quienes le visitan en Estoril, junto al casino, para adornarle la oreja evocando sus gestas heroicas al servicio de la patria, aunque el viejo golpista sabe que en la guerra nadie en los límites de su sano juicio es capaz de firmar un documento por el que se compromete a ganarla.

La rebelión sigue su curso de Guadiana, ahora distribuyo un documento con instrucciones, ahora me callo y vuelvo a los cuarteles de invierno, pero quienes están al tanto porque son los cabecillas y viven en el extrarradio, se menean como cola de lagartija y no paran buscando apoyos. Por Pamplona acaba de aparecer en este mes de mayo, desde África, el teniente coronel de Estado Mayor y reputado políglota, Juan Seguí Almuzara, enviado por el teniente coronel Jefe de la Segunda Legión del Tercio de Extranjeros, Juan Yagüe Blanco, que no puede moverse de Ceuta porque los policías del Ministerio de la Gobernación le siguen las pisadas allí donde ven sus talones. Yagüe no es hombre libre de movimientos, él lo sabe, y por este motivo hace coincidir un viaje de Seguí a Madrid para que, de continuo, enlace con Pamplona por ferrocarril y se entreviste con Mola. La Instrucción Reservada número 1 está en su poder y lo que ahora demanda son nuevas órdenes específicas para Marruecos, que es territorio extrapeninsular y de capital importancia en la asonada que está en marcha.

Mola recibe a Seguí con el mayor de los secretos en las oficinas de la empresa El Irati, S.A., en el centro de la avenida de Carlos III, que le ha cedido su director, Hilario Etayo, y allí, sin sombras que les molesten, mientras el coche de Maíz espera en una esquina con el objetivo de

llevar al africano hasta Alsasua para tomar un nuevo tren de regreso a Madrid, hablan de la marcha de la revolución que preparan y el teniente coronel desgrana los pasos que van dando los voluntarios del alzamiento en Ceuta, Melilla, Tetuán y Larache sumando empeños y aunando esfuerzos. Seguí está acogido como tantos y tantos otros al retiro que proporcionó la llamada Ley Azaña, tiene libertad total de movimientos porque se dedica a sus negocios agrícolas, aunque él siga vistiendo en el imaginario de uniforme y hasta el momento no está bajo sospecha (pero sí en peligro de muerte porque la bala que lleva su nombre escrito en un sobre está disparada y le atravesará el corazón tres meses después, en Feria, Badajoz), lo que permite al grupo africanista valerse de sus servicios y tenerlo de *correveidile* con el mayor provecho.

El general habla con pasión cuando está frente a Seguí y dice que tiene nuevas instrucciones en marcha que el capitán Barreda remitirá al comandante de Transmisiones de la región Oriental, León Urzáiz, que a su vez las hará llegar por conducto interno al teniente coronel Gautier y éste a Yagüe, punto final de la ruta.

— En África ya hay ambiente — advierte Seguí — y todos estamos a la espera de nuevas indicaciones, mi general.

A lo que Mola contesta:

— Estando como está todo en marcha, dejemos que las cosas vayan por su orden. Yo me encuentro sólo en este trabajo de dirigir un movimiento, vigilado y a muchos kilómetros de Madrid y de nuestras tropas africanas. De manera que lo prudente, lo conveniente, lo necesario es seguir aunando voluntades, cada uno desde su responsabilidad, porque ya no hay vuelta atrás posible.

— ¿Alguna instrucción en concreto para Marruecos, mi general?

— Llegarán a ustedes en su debido momento. Trabajo en tantas direcciones que no es posible dar abasto en el plazo que me vienen requiriendo. Ganas me dan de decir: No empujen, hombre, que llegamos a tiempo.

— En lo que a nosotros respecta, los jefes y oficiales de Marruecos estamos con nuestro general y le reconocemos como jefe supremo de este alzamiento.

Mola, que no es de oído fácil para los halagos, cambia el gesto cuando escucha el nombramiento que acaba de hacerle Seguí y trata de marcar una sonrisa con la que adornar la mueca agria que casi siempre arrastra en los labios. Luego estira el cuello y comenta con brío:

— Espero mucho de nuestro Ejército en Marruecos. Es el único profesional.

— También nosotros de nuestro general en jefe, — responde Seguí poniéndose en pie.

— Transmita a nuestros jefes y oficiales de Marruecos que el general Mola no va cejar en el empeño de organizar un movimiento que cambie este estado calamitoso de cosas que nos está tocando vivir. Que cada uno esté en su puesto trabajando para este ideal, que se aúnen voluntades y no haya personalismos, que se cumplan las instrucciones que irán saliendo desde Pamplona y que tengan fe. No volverá a pasar lo que tuvo que pasar el general Sanjurjo en mil novecientos treinta y dos. Esa experiencia la tengo asumida en mis carnes y ahora no se va a dar. Somos muchos, y mejores, no lo olvide, los que oteamos ya un horizonte nuevo en España.

— A sus órdenes, mi general. Transmitiré sus palabras a mis compañeros y mantendremos los contactos.

— Con mucho sigilo —interrumpe Mola. Los esbirros del Gobierno nos siguen porque llevan una mosca detrás de la oreja y misión nuestra es que sigan así, mareados, unas semanas más. No me cansaré de repetirlo: discreción, sigilo y eficacia. Éstas son nuestras armas.

— A sus órdenes, mi general.

11

FRANCO NO PROPONE NADA

En Pamplona estamos trabajando un grupo coordinado de civiles y militares. De una parte, conmigo, García Escámez, Fernández Cordón y Barreda quien, según me dijo hace unos días, ya tiene la cifra y es capaz de enviar los mensajes que se requieran con lenguaje en clave sin que, por el momento, el enemigo pueda enterarse de algo. El capitán Barreda ha pedido una reunión con Escámez y conmigo para explicarnos cuál va ser su método de trabajo, sus procedimientos, etcétera, pero le he dicho muy solemnemente que ésa es su responsabilidad, de la que no debe hacer partícipe a nadie, ni siquiera a sus jefes; menos a mí, que soy el más vigilado de todos. Tenemos contactos con todas las capitanías y, aunque algunos mensajes no llegan en tiempo y forma, al menos llegan.

Con Franco utilizamos a los enlaces general Varela y tenientes coroneles Yagüe y Galarza, por lo que no me extrañaría que algunos heliogramas le lleguen por duplicado (aunque es mejor esto que no recibirlos). Sé que Yagüe y el ayudante de Franco, su primo Francisco Franco Salgado-Araujo, el popular Pacón, comparten dos libros de cuentos

iguales a los que han cambiado las páginas y algunas letras del comienzo de los capítulos y que por ese procedimiento tan artesano han establecido una cifra con la que se están comunicando sin mayores sobresaltos.

Franco recibe nuestros mensajes pero no contesta nada ni propone nada. El hecho de que esté en las islas Canarias, a muchas horas de la península, no significa que no pueda hacerme llegar alguna instrucción o comentario porque, si a los hechos me remito, Franquito parece sordo y, lo que es peor, mudo de solemnidad. Me hubiera gustado una palabra de ánimo, por qué no, pero a estas alturas del relato tengo bien claro que de este carro voy a tirar sólo porque si estamos esperando apoyos, consignas, sugerencias, o como se le quiera llamar, de todos los que estamos en la conspiración, nos dan las uvas. He dicho y repito que la marcha está en marcha, y aunque sé que algunos se van a subir al carricoche en el último minuto, por mí no ha de quedar sin combustible esta operación. No voy a añadir, ahora, una letra más. Otro día, quizás, seguiré hablando de esta misma cuestión.

El comité militar al que hacía referencia antes se completa con la parte civil. De momento tengo a Félix Maíz, que me hace de chofer y confidente, incluso de secretario de actas. Hace unos días, por medio de Garcilaso, he conocido a don Hilario Etayo, que es el director de la primera empresa navarra, El Irati, S.A., una sociedad que no sólo facilita la energía eléctrica a Pamplona y otras poblaciones, según me han informado, sino que es propietaria de un tren que va a San Sebastián, el Plazaola, otro que va a Aoiz, explotaciones forestales y alguna otra cosa más. Tiene sus oficinas en la avenida de Carlos III, muy céntricas, y la sala del consejo la han puesto a mi disposición.

Como quiera que por esas dependencias circulan muchas personas a lo largo del día por asuntos relacionados con los contratos, las averías, los pagos y cobros, etcétera, me parece el lugar idóneo para trabajar sin ser vistos. Cruzando el patio interior, llegado el caso, podemos abandonar el edificio y salir por otra calle. Tengo decidido que esta oficina sea la sede central de todas las reuniones de altura que vayamos a tener porque parece la más segura y la más difícil de controlar por los policías del Gobierno Civil. Y eso que están a unos setenta u ochenta metros; precisamente por ese dato lo considero lugar seguro, por estar tan cerca del centro enemigo.

Entre las personas que me ayudan están un arquitecto local, Víctor Eúsa, que ha puesto su coche a nuestra disposición y Escámez ya lo está utilizando; Javier Agudo, que vive por la misma zona y también dispone de coche, y otra persona de la que no recuerdo su nombre. A todos les he repetido la misma cantinela: discreción, discreción, discreción. Sabemos que la policía secreta, la Guardia de Asalto y la Guardia Civil trabajan para el gobernador, señor Menor, lo que equivale a decir que la información que consigán está llegando a la mesa del consejo de ministros. De nuestros movimientos no se ha de saber nada de nada. Cuestión bien distinta es lo que construyan en su imaginación ellos, los de la cosa pública en Madrid; por eso es tan importante no dar pie nunca con movimientos en falso que puedan dejar a la vista los mimbres de esta conspiración.

La Guardia Civil sí que me preocupa. Tiene en Navarra cuatro compañías en setenta y seis puestos bien distribuidos por la provincia y su papel en el futuro ha de ser primordial porque cuando llegue el momento de cam-

biar alcaldes, funcionarios, maestros o incautar bienes, su trabajo es decisivo puesto que representará la autoridad y todo se debe de hacer bajo la supervisión del comandante de cada puesto. Acabamos de saber por nuestras propias fuentes que el comandante de Navarra, el teniente coronel Muga Díez, con quien no he tenido un especial trato por falta de tiempo material, va a ser destinado a la Comandancia de Soria. Creo que es un contratiempo porque me ha parecido una persona de orden y dispuesta a trabajar por esa nueva España que todos nosotros soñamos. Martín Báguenas me ha dicho que se rumorea por Madrid que el nuevo comandante de Pamplona será el teniente coronel Torres Rigal, que ahora debe estar en Álava, u otra persona que sea afecta a los intereses del Frente Popular.

El otro día, que estuve paseando por Pamplona con Consuelo aprovechando el buen tiempo, me tomé la molestia de averiguar cuál es la distancia que separa el cuartel de la Guardia Civil del palacio de Capitanía: exactamente son cuatrocientos cuarenta y nueve pasos, unos quinientos metros más o menos. Si el cuartel está de nuestra parte, miel sobre hojuelas porque en el centro de la ciudad tenemos un aliado con efectivos y armamento. Pero si ha de enfrentarse a nosotros porque el día J mantiene su fidelidad a los actuales gestores de la cosa pública, tenemos un serio problema que hay que abordar antes de que llegue la fecha prevista. Me dice don Curro que dentro de la comandancia podemos contar con algunos oficiales que van a trabajar para nosotros. No me parece suficiente. Debemos de controlar la comandancia entera, que es la única garantía de éxito. Lo demás son pamplinas que a mí no me gustan nada. La improvisación está bien en el fútbol, no en la gue-

rra. Hay cuatrocientos cuarenta y nueve pasos de distancia entre ellos y nosotros que cuando se disparan tiros de fusil y ráfagas de ametralladora entre calles no son nada. Pero nada de nada (bueno: son un tormento).

De la situación en Madrid, si hemos de contar la verdad, no llegan noticias con esperanza. El Gobierno controla las guarniciones mucho más de lo que pensábamos y ni Fanjul, ni Villegas, ni Galarza ni sus apoyos, por más que lo intenten, pueden dominar un escenario tan vasto. Pero, claro, con Madrid o sin Madrid, tenemos una operación en marcha que se llama «Liberar España», y a ese tajo dedicamos los esfuerzos. En relación con lo anterior, y para que nadie se pueda llamar a engaño, ayer acabé de redactar una nota en mi Remington que, bajo el título «*El objetivo, los medios y los itinerarios*», dice lo siguiente:

La Capital de la Nación ejerce en nuestra Patria una influencia decisiva sobre el resto del territorio, a tal extremo que puede asegurarse que todo hecho que se realice en ella se acepta como cosa consumada por la inmensa mayoría de los españoles. Esta característica tan especial tiene forzosamente que tenerse en cuenta en todo movimiento de rebeldía contra el Poder constituido, pues el éxito es tanto más difícil cuantas menos asistencias se encuentren dentro del casco de Madrid. Es indudable que un hombre que pudiera arrastrar esta guarnición por entero, o en su mayor parte con la neutralidad efectiva del resto, sería dueño de la situación y sin grandes violencias podría asaltar el Poder e

imponer su voluntad. Esta importante preponderancia de Madrid hace que mientras unos hombres permanezcan encastillados en los ministerios serán los dueños absolutos del poder. Desgraciadamente para los patriotas que se han impuesto en estos momentos trágicos la obligación de salvar España, volviendo las cosas a su justo medio, en Madrid no se encuentran las asistencias que lógicamente eran de esperar entre quienes sufren más de cerca que nadie los efectos de una situación político social que está en trance de hacernos desaparecer como pueblo civilizado, sumiéndonos en la barbarie. Ignoramos si falta el caudillo o faltan sus huestes; quizá ambas cosas. De las consideraciones anteriormente expuestas se deducen dos hechos indiscutibles: primero, que el Poder hay que conquistarlo en Madrid; segundo, que la acción sobre este punto desde fuera es tanto más difícil cuanto mayor sea la distancia desde donde ha de iniciarse la rebelión. Es absurdo, por lo tanto, creer que la rebeldía de una población, por importante que sea, ni aún la de una provincia, es suficiente para derribar un Gobierno: los sucesos del 6 de octubre de 1934 confirman cuanto decimos. Claro es que si los movimientos de índole conservadora no hallasen como respuesta inmediata en el proletariado la huelga general revolucionaria, cabría levantar las masas patriotas de una región y lanzarlas íntegras contra la capital con razonables posibilidades de

vencer; pero la actitud de la clase obrera obliga a distraer gran número de fuerzas en el mantenimiento del orden y, como es consiguiente, para lograr unos efectivos capaces de poderlos enfrentar tanto con las fuerzas organizadas como irregulares que pueda presentar la capital, se necesita que la rebeldía, desde el primer momento, alcance una extensión considerable. A la vista del mapa de España, tomada en cuenta la distribución y capacidad ofensiva de las unidades de nuestro Ejército y el momento político, que da a las masas proletarias una moral y fuerza ofensivas considerables, se estima como imprescindible para que la rebeldía pueda alcanzar éxito completo lo siguiente: Primero, que se declaren en rebeldía la Divisiones 5^a, 6^a y 7^a con el doble objeto de asegurar el orden en el territorio que comprenden y caer sobre Madrid. Segundo: ...

Luego he seguido con más instrucciones, especialmente respecto de las Divisiones 1^a y 2^a, de quienes digo que si no se suman al movimiento «por lo menos adopten una actitud de neutralidad benévola y desde luego se opongán terminantemente a hacer frente a los que luchan por la causa de la Patria». Me temo que esta directiva va a gustar mucho en la periferia y muy poco a nuestros hombres en Madrid, pero es lo que veo y lo que hay. Engañarse con falsas expectativas sólo conduce al fracaso anticipado, y no es mi intención ahora colocar velos ante las narices de nadie. Desde Navarra, solos, no podremos, por mucho que el carlismo lo

crea y disponga de un ejército de 20,000 hombres, cuestión difícil de asumir y que está por ver. Ni yo me lo creo ni nadie en su sano juicio puede pensarlo. Además, sin la acción coordinada de las tres divisiones que he mencionado no se puede marchar sobre Madrid.

El coro de capitanes, que dicen representar a la oficialidad no sólo en Pamplona sino en otras capitales de provincias cercanas, me ha hecho saber su enorme disgusto, por llamarlo de alguna manera con palabras moderadas, ante los agravios que compañeros de armas están sufriendo en varias partes de España, en especial Zaragoza, Madrid y Barcelona, con la pasividad del Gobierno. Refieren sobre todo los desagradables incidentes acaecidos en Zaragoza, el pasado catorce de abril, cuando un grupo de oficiales tuvo que utilizar sus armas y disparar al aire tras verse cercados por la chusma de izquierdas que les apedrearon al grito de «Fuera el Ejército», y un par de días más tarde fueron sido detenidos por orden del Gobierno y reclusos en Alcalá de Henares.

Quieren estos oficiales que me dirija al general de división don Pedro de La Cerda y López Mollinedo, jefe de la VI División, en Burgos, para que le haga saber el malestar de la oficialidad, y así lo he hecho sin más dilación porque estoy completamente de acuerdo con ellos. Sobre la base de un borrador que había preparado después del almuerzo, unos garabatos sin más, he pedido al comandante Fernández Cordón que escribiera esta carta:

CONFIDENCIAL

Mi respetado general:

Creo cumplir un deber de lealtad para con su autoridad haciéndole presente el sentir de la

oficialidad de esta guarnición que, sin excepción alguna, lamenta al mismo tiempo que se siente molesta por los desagradables incidentes ocurridos en diversas poblaciones de España durante los desfiles de tropas que han tenido lugar con motivo de la celebración del 5º aniversario de la proclamación de la República, pues nadie se explica sean precisamente los cuerpos armados, apartados en absoluto de las luchas políticas, el blanco predilecto de los ataques de las gentes de ciertas ideologías. No he de ocultarle también -pues no se puede ser leal a medias- que han causado sorpresa y dolor las sanciones impuestas a varios compañeros de Zaragoza, los cuales, a juzgar por lo que se dice en la prensa llegada aquí, trataron de cortar unos sucesos realmente reprobables. Yo creo, mi general, que en bien de todos, por el prestigio de la República, a la cual todos debemos servir con lealtad, y por la propia salvación de España, urge poner coto a todo lo que está ocurriendo; de no hacerse así, mucho me temo que el día menos pensado, agotada la paciencia, el malestar se exteriorice en protesta airada y el alto mando militar quede en un completo ridículo con grave daño para la disciplina, que es base fundamental de todo Ejército:

Sin más...

Firmado, General Emilio Mola

Cuatro días más tarde, el general en jefe de la VI División me ha contestado lo siguiente:

Mi querido general:

He recibido su carta referente al estado espiritual de la oficialidad de esa guarnición, que no comprendo ni entiendo. Con el fin de penetrar en lo posible en sus intenciones, le ruego me manifieste si en esa guarnición han ocurrido hechos que ignoro, que determinen ese malestar de la oficialidad, y si las manifestaciones que hace son expresión de otras manifestaciones de esa oficialidad o conceptos suyos propios.

Suyo affmo. que le abraza...

Firmado, General La Cerda

He sabido que mi carta ha pasado por el general auditor, por la mesa del ministro de la Guerra y por la del Consejo de Ministros. Nadie ha encontrado el más mínimo reproche que hacerme, aunque ninguno ha contestado a lo que el escrito planteaba: saber qué van a hacer las autoridades para poner coto a lo que está ocurriendo en España. Tampoco he respondido yo a la carta de mi general en jefe porque dos semanas después ha aparecido en Pamplona el general García Gómez-Caminero, Inspector del Ejército en la VI División, bajo el pretexto de analizar el estado de la tropa y, con tan fausto motivo y sin ningún reparo, ha lanzado una arenga en el cuartel excitando a los oficiales para que se mantengan fieles y leales a la República, así como al gobierno del Frente Popular, por encima de cualquier otra circunstancia.

Por la tarde, estando en el hotel La Perla, donde el general se había hospedado, Escámez y yo tuvimos un pequeño agarrón con Gómez-Caminero a causa de esa pretendida

fidelidad a los gestores de la cosa pública (aunque sean unos mangantes) y, por más que nos despedimos con bastante cordialidad, sé perfectamente que va a informar a la superioridad para que me metan en cintura. Pero ya tengo previsto el golpe de mano que voy a dar: quiero pedir a Queipo de Llano que viaje otra vez a Pamplona y, del mismo modo que Gómez-Camintero lanzó una arenga a la oficialidad, lo haga él ahora, pero cambiando el sentido. Le voy a invitar para que nos apoye abiertamente en la tarea de desenmascarar a los gerentes de la cosa pública y que muestre ante la oficialidad su apoyo a un cambio en España. Va a ser la prueba del nueve para Queipo, y un gran riesgo para nosotros. Pero hay que correrlo. Así se lo voy a comunicar a su ayudante, comandante César López Guerrero, que viene a visitarme un día de estos, bajo no sé qué pretexto.

12

EL GENERAL SANJURJO ES LA PERSONA

Los dirigentes del carlismo no residen precisamente en Pamplona sino diseminados entre Madrid, Andalucía y el país vasco francés; creen en mayo de mil novecientos treinta seis, una vez ganado para la causa al general Sanjurjo, que si un ejército queda en disposición porque está entrenado, lleva asumidas las instrucciones que ha dictado la autoridad suprema y sabe de dónde le van a llegar los tiros, lo mejor que puede hacer es declarar la guerra porque, de lo contrario, acaso sucederían dos cosas: o que el enemigo se adelante y provoque una escabechina, o que la tropa, hastiada de esperar la entrada en combate, se relaje y el requeté se instale

en casa, protegido por la concha del caracol, a la espera de tiempos mejores.

José Sanjurjo Sacanell está aburrido hasta las cachas de vegetar por Estoril y la marea carlista ha conseguido que el general acepte ser el abanderado de su propia rebelión, que está en puertas y no se debe demorar más. Que siga Mola mareando la perdiz por Pamplona que nosotros hemos puesto los bueyes por delante del carro y ya no hay quien nos pare, ha proclamado Fal Conde a un grupo de correligionarios. «El Gobierno nos busca por Navarra pero las boinas rojas de los requetés van a dar la sorpresa brotando en formación, como margaritas de primavera, donde menos se espera».

José Sanjurjo ha aceptado en Estoril, con las tripas llenas de bacalao y licor dulce de Madeira, la verborrea que utiliza Manuel Fal Conde cuando trata de ganar adeptos para la sagrada causa:

— Mi general, el carlismo está impaciente por intervenir en España para acabar con el caos y la anarquía, antes de que sea demasiado tarde. Si el Ejército da un paso al frente, detrás, como un solo hombre con usted a la cabeza, se colocarán las fuerzas del Requeté con sus propias estructuras y sus propios mandos. Pero, ay general, si eso no se produce... Si eso no se produce, y Dios no lo quiera, la Junta Suprema Militar de la Comunión Tradicionalista, con su augusta majestad Don Alfonso Carlos a la cabeza y el general don José Sanjurjo de abanderado de sus tropas, si usted lo acepta, dará el primer paso y de esa manera arrastrará a los indecisos que, por lo que llevamos viendo en estos meses, son legión. Si vamos con usted, mi general, no es necesario pactar nada con nadie, ni siquiera con el Ejército, porque a

nuestra causa se han de unir todas aquellas gentes, de paisano o uniforme, que no aguantan un día más este oprobio. Somos legión, general. En el supuesto que contemplamos ahora como más plausible la Junta Suprema promulgaría el estado de guerra, su majestad don Alfonso Carlos sería proclamado rey y volvería la libertad, el orden a los buenos españoles. Está previsto que los requetés andaluces se subleven en las sierras de Huelva y Gata para provocar una reacción del Gobierno y, cuando esto suceda, cuando los esbirros del Frente Popular envíen sus tropas hacia el sur, mi general, usted con el requeté vasconavarro, y con todos los patriotas que se sumen a la movilización, marchará sobre Madrid para tomar la ciudad. Y para Madrid, tenemos otros planes que, con su permiso, voy a detallar a continuación.

Fal Conde refresca el gaznate con agua y, en el mismo viaje, se echa al colete otro vaso de *vinho* verde, bien frío. Prosigue con su cruzada:

—La previsión que han hecho los mandos del Requeté es que una unidad entrenada al efecto ha de tomar en Madrid los ministerios de Gobernación y Guerra, Correos, el edificio de la Compañía Telefónica, la estación de ferrocarril y las cocheras del Metro, que son los centros neurálgicos de la ciudad. Para llevar a cabo esta arriesgada operación vamos a movilizar una compañía de requetés que irán uniformados como miembros de la Guardia Civil y soldados de Infantería; es decir, un golpe dado por los mismos servidores del orden, aunque en este caso sean de matute. Están listos ya los uniformes, los tricornios, el correaje, los aparejos, las armas y hasta los vehículos. Todo, absolutamente todo, está a la espera de recibir la orden. Como verá usted, general, un golpe de mano con la sublevación del Requeté en

Andalucía, la toma de los centros neurálgicos de Madrid y la marcha sobre la capital de todo un ejército desde el país vasconavarro por usted comandado, es suficiente garantía de éxito en esta operación.

—Claro, claro — musitaba Sanjurjo entre vapores de alcohol que le mejoraban el contento, trasportándole hasta la barra del bar de Perico Chicote, en Madrid, donde era un asiduo antes de que le entrara la pasión golpista; épocas pretéritas.

—Además, hay otras fuerzas que desde Cataluña, Valencia, Galicia etc. van a colaborar en la buena marcha de este operativo. El requeté se va a movilizar con todos sus efectivos.

—¿Tienen armas para todos? ¿Armamento ligero, algo pesado?

—Para todos no. Pero confiamos también en arrebatar-selas al enemigo. Las unidades listas para entrar en combate disponen de armas cortas y largas, y munición en abundancia.

Sanjurjo va asimilando el discurso y, aunque con algún sopor a causa del vino dulce que trasiega, le extraña ese planteamiento que acaba de hacer Manuel Fal: ir a la guerra y combatir con las armas que vamos a arrebatar al enemigo.

—Amigo Fal: más vale retrasar la entrada en combate hasta que haya armas y municiones para el último soldado, que no fiarlo todo al arrojo y valentía de unos hombres que, en el mejor de los casos, han de enfrentarse a unidades con formación y pertrechos de guerra. Por más que todo el requeté esté formado por una peña de héroes, querido amigo, la guerra es la guerra, no lo olvide.

—General tenemos armas y municiones, y más que están en camino. No ponga en duda de que cuando suenen los clarines anunciando el nuevo día, el requeté dispondrá

de todo el armamento que una guerra moderna necesita.

—No sé, no sé, vacilaba Sanjurjo, pero si usted que es su jefe lo dice...

—Lo digo, lo mantengo y lo redigo.

Luego Fal lleva la conversación por otros vericuetos que conducen al día después, al final de la última batalla, con Alfonso Carlos reinando en España y el general Sanjurjo, sazonado de oropeles y laurel, encaramado a la cúspide del poder y recibiendo los aplausos de toda una ciudadanía que está en la calle, de pie y rebosando júbilo, viendo marchar las tropas reales con banderas, estandartes, blasones, pendones, gallardetes y trofeos camino de los cuarteles y la gloria. «Qué imagen, mi general, qué imagen», repite entusiasmado el abogado onubense Manuel José Fal Conde, delegado de su augusta majestad don Alfonso Carlos de Borbón, apoyando la mano en el hombro de Sanjurjo cuando se retiran del almuerzo, cansados de pimplar y de verborrea, y cada quisque va para su casa, el uno en Estoril y el otro a Sevilla.

Aunque la policía tiene ganado con esfuerzo un buen prestigio como lenta, ineficaz e incluso a veces torpe -pero no tonta del todo-, en una acción de vodevil se entera por confidentes del plan completo que los carlistas tienen preparado para Madrid y con un abrir y cerrar de ojos tumban el castillo de naipes que los jerifaltes de la Comución han edificado sin argamasa y cae con estrépito el plan que Fal Conde acaba de exponer al general Sanjurjo en Estoril al modo de los cantares de gesta de antaño.

La Dirección de la Seguridad del Estado ha movilizó más de cincuenta efectivos y de un tacazo descubre en

Madrid, en la calle de Tudescos, junto a la plaza del Callao, casi en plena Gran Vía, un depósito que guarda cien uniformes de la Guardia Civil, otros tantos correajes, igual número de tricornios, nuevos a estrenar, embalados en nueve fardos y once cajones. Los uniformes habían sido confeccionados en Zaragoza por la empresa Sobrinos de Juan Sarasate y Compañía, dedicada a la sastrería oficial, los correajes en Anzuola, Guipúzcoa, por Agustín Tellería Mendizábal, carlista viejo que es pieza clave de la conspiración en esa provincia, y los tricornios en Pamplona, en un pequeño taller que fabrica botas de vino y pellejos.

La policía detiene a los propietarios de los establecimientos (Tellería acaba en la Cárcel Modelo) aunque hay un elemento, Aurelio González de Gregorio, amigo de Fal, que debe de salir por piernas y montar en un tren en marcha sin conocer el destino pero apoyado por las alas que facilita la fortuna: llega a la frontera de Portugal y logra pasar la divisoria sin mayores agobios porque sus correligionarios tienen contactos en el puesto, donde lo esperan porque así se lo indica la intuición. A eso le llaman un golpe de suerte. Manuel José Fal, que es capaz de encantar serpientes silbando con las orejas si la ocasión lo requiere, preserva el desastre de la operación diciendo que González de Gregorio era el cabe-cilla, que está a salvo, y que los objetivos de tomar Madrid siguen ahora con más fuerza que antes.

En apoyo de anteriores asertos y para amarrar más si cabe el vínculo que ha establecido con el viejo general Sanjurjo, Manuel Fal, hombre clave en el carlismo de la primera mitad del siglo veinte (dicen que pinta más que su propio rey), organiza en secreto de confesión un viaje a Estoril acompañando al príncipe regente don Javier de Borbón,

que ambos realizan desde París porque creen que es el lugar más discreto para la salida. Alfonso Carlos de Borbón, el rey de sus acólitos, tiene en tan gran alta estima a Fal que hace menos de cinco meses ha hecho pública una proclama en la que dice: «Vista la brillante gestión realizada en el cargo de Secretario General de la Comunión por don Manuel Fal Conde, durante el periodo de reorganización abierto en tres de mayo de mil novecientos treinta y cuatro, fecha de su nombramiento, he creído conveniente ratificarle los poderes que le hube otorgado e investirle de la cualidad de Jefe Delegado mío en España. Y atendiendo a su propia petición, en vista de la trascendencia de los momentos actuales, que reclaman orientaciones de excepcional importancia para la Causa, instituyo el Consejo de la Comunión Tradicionalista con los señores don Esteban Bilbao y Eguía, don Lorenzo María Oller, don Manuel Senante, don Luis Hermoso de Larramendi, don José María Lamamié de Clairac, los que con la Presidencia de mi indicado Jefe Delegado constituyen, a mis órdenes, la superior categoría de la misma. Dado en el destierro a...».

Pero el rey es muy mayor, casi nonagenario, de salud delicada, y quien dirige los destinos de la Comunión es ahora el príncipe regente, don Javier de Borbón Parma, el hijo número diecinueve del último duque reinante de Parma –ha nacido en Pianoro, Italia, muy cerca de Bolonia–, al que llamaron Roberto I, y de su segunda esposa, doña María Antonia de Braganza, hermana de doña María de las Nieves, esposa de don Alfonso Carlos; porque la cuestión está en que el rey no tiene descendencia directa y para asegurar la dinastía ha tenido que echar mano de un ciudadano que es Borbón de refilón, italiano, eslavo de aspecto y que habla un español que no hay cristiano que entienda.

Ha pasado ya casi un siglo desde que el infante Carlos María Isidro lanzara a sus partidarios a la guerra por un puesto en el trono y en la historia de España, y ahora, en mil novecientos treinta y seis, es palmario que al carlismo casi no le quedan descendientes de fuste y ha de echar mano de la segunda fila, del banquillo, para seguir manteniendo encendida la llama y la bronca de las pistolas. «Derrota, tras derrota, tras derrota, hasta la victoria final», que le gusta decir a Fal, porque si algo tiene el carlismo del siglo veinte es su condición de inasequible al desaliento por más que le lluevan los mamporros (en las últimas elecciones para diputados a Cortes ha bajado sus escaños hasta un número cabalístico: trece).

Los carlistas han devenido en especie crecida en la formas, bronca en sus ideales, justiciera con la historia de España, cualidades todas ellas que conformarán un carácter que no por más acentuado va a evitar su extinción como organización de masas. La historia guarda para este movimiento medio predicante, medio matón, ingenuo hasta el paroxismo, una esquinita de armabroncas y poco más, porque poco mayor es su aportación general en el devenir de la nación (Franco lo intuyó y, mientras se fue aprovechando de sus gentes, estaba preparado para fagocitarlas con las falanges de sus manos y de las centurias con camisa negra que le preparaba su cuñado, Ramón Serrano Súñer).

En Estoril el general José Sanjurjo, marqués del Rif por gracia de Alfonso XIII, amigo de la reverencia, la pompa y el boato, guarda para don Javier de Borbón su mejor epístola:

—Alteza, — dice cuando recibe al pretendiente carlista con un bajonazo de cabeza — nada me llena de más satisfacción que la presencia en esta bella ciudad del destierro

de su augusta figura que encarna como nadie el recuerdo de las tradiciones y hace aflorar en mí sentimientos que nunca pensé recuperar. Mi benemérito padre, don Jorge Sanjurjo Somostro, que en paz descansa, luchó con las tropas del rey don Carlos como capitán de Caballería y encontró la muerte en el campo de batalla, que es el predio natural de quienes nos dedicamos a la milicia. Mi madre, doña Carlota Sacanell Desep, estuvo al lado mismo de nuestro rey, habida cuenta de que su hermano, mi tío don Jaime, fue secretario de nuestro augusto monarca. En mi casa de Pamplona me he criado viendo todos los días la imagen de don Carlos María Isidro, nuestro rey, y de don Tomás de Zumalacárregui, nuestro general más preclaro. Mi vida entera ha sido el carlismo y...

A Sanjurjo parece que se le está haciendo un nudo en la garganta porque no es capaz de pronunciar una sola palabra más. Tiene los ojos muy abultados (de natural ya le bailan fuera de las cuencas), brillantes, y los labios unidos por una nata fina, espumosa, que le pega los bordes. Así no hay manera de hablar. Fal ha captado la emoción del momento y en la habitación del hotel donde se encuentran se dirige hasta el baño para procurar agua.

El general bebe con ansia, pero no puede seguir y hace un gesto con las manos para que los invitados digan lo que han venido a decir.

—General, —expresa don Javier— estamos aquí por encargo de su augusta majestad mi tío don Alfonso Carlos, y su delegado en España, don Manuel Fal Conde, le va a hacer partícipe de la postura de la Comunion Tradicionalista. Adelante, don Manuel.

El pretendiente se calla y prácticamente no volverá a decir nada mientras la reunion (con almuerzo incluido)

dure. Para hablar ya está Manolo Fal, que lo hace hasta por los codos, si le dejan.

—General, la postura oficial de la Comunión Tradicionalista es que usted sea la persona que encabece nuestro ejército en esta transformación histórica que vamos a acometer. Quiero ser conciso, general: si nadie nos sigue, nosotros, con nuestras fuerzas de choque, daremos el golpe y proclamaremos rey de España a don Alfonso Carlos; más adelante, cuando esté implantada la paz, el rey resolverá la cuestión sucesoria en la figura de nuestro príncipe regente, aquí presente. Si, por el contrario, es el Ejército de España quien se pone al mando de la sublevación, el carlismo le seguirá como un solo hombre hasta que se nombre un gobierno provisional, que hemos dado en llamar Gobierno Provisional de Restauración Monárquica, que será presidido por usted, bajo la égida del rey, don Alfonso Carlos I de España. Queremos saber, general, si usted está de acuerdo con esta proposición que hoy venimos aquí, en el destierro, en Estoril, a presentar.

—No puede haber más satisfacción para este viejo militar que recordar la gesta de sus antepasados y dar un paso al frente por nuestro Dios, por nuestra patria y por Don Alfonso Carlos, nuestro rey. Señores, no digo más porque la emoción me impide seguir hablando. Viva España, viva nuestro rey.

—Que así sea —responde Fal.

—Dios lo quiera —acaba don Javier.

En Pamplona, la hormiga ha trasmutado en araña y despliega una malla fina sobre aquello que le rodea porque, a su natural desconfianza, se une la sospecha, avalada por una

carta que ha recibido de Martín Báguenas desde Madrid, de que el Gobierno sabe más de lo que parece y de lo que hace. En una reunión que el general Mola ha tenido con García Escámez, que es el segundo motor de la asonada que está en marcha, ha quedado de manifiesto que en el Ministerio de la Guerra no saben qué pasa en las guarniciones, qué se hace en Pamplona –porque la tela de araña lo envuelve todo con su malla protectora– pero tienen conocimiento de que algo se está cocinando. Por eso viajó hasta Pamplona el general Juan García Gómez-Caminero y parece que a esta visita le van a seguir otras de improviso.

García Escámez dice:

– *Igenerá*, Gómez-Caminero es torticero y ha pasado un informe al ministerio en el que nos pone de chupa de dómine. A usted y a mí.

– Lo sé: ha escrito textualmente que es imprescindible relevar a Mola, eso lo sé.

– Y a mí, *igenerá*, que vamos en el mismo paquete.

– También conozco que ha pedido disgregar a los oficiales por distintas guarniciones. Y que quiere reducir los efectivos de la guarnición.

– Pero todo eso no es fácil, no se hace en un día ni en tres meses. Con la parsimonia que se llevan en el ministerio con los temas importantes, como para cambiar de un plumazo una guarnición, *igenerá*.

– En resumidas, que doblamos las precauciones y también los esfuerzos. También comunicarte, don Curro, que voy a utilizar a un viejo conocido, el comandante Luis Villanova, que ha venido desde Granada para ponerse a mis órdenes. Está en el retiro, por la Ley Azaña, pero como ahora es agente de la casa Mercedes Benz y vende coches por todas

partes, se puede mover por España sin ningún problema. Estos días estará en Pamplona, en el hotel La Perla, pero va a llevar instrucciones a varios sitios que le tengo asignados. Ayer me paseó por una carretera de montaña hasta un pueblo precioso que se llama Burguete, casi en la frontera con Francia, y mantuve una reunión muy provechosa con dos oficiales que me enviaba mi hermano Ramón desde Barcelona. Me han informado de que en aquella ciudad se están produciendo traslados y destituciones en masa. Parece que la Generalitat de Cataluña quiere controlarlo todo: en la Guardia de Asalto y la Policía, según me comunican, han trasladado a 49 oficiales en menos de mes y medio. Está difícil la cosa por Barcelona...

—Más a nuestro favor, *igenerá*, con más ahínco vamos a trabajar. ¿Conoces alguna obra importante que haya sido tarea fácil? No existen.

—No te pongas a filosofar, don Curro, que lo tuyo son las estrategias.

—Por eso digo, *igenerá*, que vamos a seguir trabajando como si nada, que si nos tienen que coger que nos cojan preparados, que esto ya no hay quien lo pare.

—Por cierto, don Curro, ¿el coro de capitanes?

—Recorriendo guarniciones, *igenerá*, sin parar. Tienen turnos los fines de semana y se ven con oficiales de Logroño, San Sebastián, Jaca, Vitoria, Bilbao, Burgos, Santander, Toledo, Segovia, Oviedo, Soria, Guadalajara...

—Muy bien, muy bien, pero supongo que con absoluta discreción. ¿No?

—Es que si yo me entero de que no son discretos los mando fusilar *isofato*, *igenerá*.

—Te voy a confesar un sucedido. Volviendo de Burguete el otro día vestidos de paisano, como te he contado,

nos pararon en la carretera dos carabineros y registraron el coche, a pesar de que les dije al detenernos que no llevábamos nada que no fuera legal. Buscaban contrabando y nos hicieron bajar del automóvil a Villanova y a mí. Después de registrar todo bien, pero bien, bien, se cuadraron y no tuve más remedio que decirles: «Ya ven ustedes que el general Mola no les ha mentado». La pareja de carabineros se quedó lívida porque sabían de mi existencia pero no me conocían. Ha sido una prueba interesante comprobar que en esta tierra mi cara la conoce muy poca gente.

— El que ya sabrá de sus andanzas será su jefe, el comandante Juan Ochoa Zabalegui.

— Estos no me preocupan. Están muy lejos de la capital, son pocos y, si no luchan con nosotros, se irán por la frontera. Además, ya tenemos a Queipo para que los meta en cintura. Otra cosa es la Guardia Civil, don Curro.

— Dispongo de una información de sustancia: en menos de dos semanas tenemos nuevo jefe de los guardias en Pamplona porque el interino, comandante Espinosa Ortiz, está pendiente de recibir destino, creo que en Cataluña. Sabes que el teniente coronel Muga quería haber hablado contigo antes de abandonar la ciudad...

— Lo sé y te ruego que le envíes un mensaje a Soria proponiéndole un encuentro en lugar intermedio, si quiere este mismo mes. Me interesa hablar con este hombre.

— Así se hará, *igenerá*. Bueno, me dicen que el ministerio ha cambiado los planes iniciales y nos manda a uno de los suyos, pero de los más suyos. Lo voy a saber en cuatro o cinco días.

— Cuatrocientos cuarenta y nueve pasos entre ellos y nosotros, recuérdalo. Quiero reducir esa distancia a cero. La

Guardia Civil ha de estar con nosotros aunque sea a gorrazos.

— Si el comandante está de nuestro lado, los guardias también.

— Así lo espero. ¿Algo más, don Curro?

— Nada más. *Zordeneigenerá.*

García Escámez marcha para la puerta pero Mola le vuelve a llamar.

— Se me olvidaba una última cuestión. Quiero que hagas llegar una cita a don Raimundo García para vernos en las oficinas de la compañía eléctrica mañana a media tarde, sobre las seis. Creo que es hora ya de que pongamos en marcha nuestro propio sistema de información con Estoril y con el carlismo.

— Esto del carlismo sí que me intriga, *igenerá.* Estamos del mismo bando y no han venido todavía a presentar sus respetos.

— Han venido pero a medias. Para mí que se están dejando querer.

— Ya sabes, *igenerá,* que el carlismo lleva en Navarra preparando unas guerrillas con armas y explosivos desde hace años; no sé cuántas ni de qué clase, pero es así.

— Tienen contactos con algunos capitanes de nuestro cuartel. Les ayudan en la formación dos tenientes coroneles que están en el retiro, según me han dicho. De todos modos en pocos días tendremos la información detallada y cuáles son sus planes porque me propongo hablar con ellos sin intermediarios. Quiero decirles que, al margen del Ejército, tienen muy poco que hacer, aunque ellos no lo crean.

— Así lo pienso yo también. En torno al Ejército hay que aglutinar a toda la gente de bien; es la garantía de éxito. ¿Me puedo retirar, *igenerá?*

- Ahora mismo, don Curro, si lo deseas.
- *Zordenei generá.*

Mola pasa gran parte de las noches en su mesita del planchatorio escribiendo a máquina no sólo instrucciones sino reflexiones de carácter general, proclamas y datos minuciosos sobre las personas que son sus enlaces. En los anaqueles de la habitación están disimulados casi un centenar de documentos que, por sí mismos, no conducen a una guerra, pero hay tal cantidad de detalles, de nombres, de lugares, de situaciones que al propio general le da cierto pavor simplemente pensar qué podría pasar si en una redada quedaran al descubierto los folios que nadie más que él ha redactado. Va para tres meses el tiempo que lleva residiendo en el palacio de Capitanía y ya ha acabado su libro sobre Dar Akkoba, está tomando notas sobre temas de interés general, tiene puesto al día el archivo de sus memorias y redacta instrucciones que entrega a su ayudante para que las pase por el ciclostilo y obtenga las copias necesarias que las unidades demandan. Esta tarea la hace con una energía que nadie sabe de dónde saca porque Mola está para las siete y media de la mañana en su despacho y no deja apagar la luz de la vivienda antes de las doce de la noche ni los fines de semana.

Además, viaja con Maíz de incógnito para entrevistarse con sus connilitones porque quiere contrastar de primera mano la mayor parte de las informaciones que le filtran sus oficiales –de los que no desconfía un pelo, pero es costumbre adquirida con el paso de los años que siempre le dio buenos resultados– ya que ha llegado a decir que la misión del jefe no es dar por bueno nada que no haya podido respirar por su propia boca.

De toda la actividad, sin embargo, no obtiene el rédito que siempre espera y eso le saca de sus casillas porque el general es un hombre de escasa paciencia, y la poca que le queda se va agotando a medida que van pasando los días de este junio espléndido que ofrece la primavera. Todos excepto el fin de semana que se fue al Pirineo, a la venta Esculabolsas, cerca de Jaca, para mantener una conversación con el general Cabanellas, jefe de la Vª División, militar republicano, ex director general de la Guardia Civil, masón y de aspecto venerable, amante del orden como pocos, pero no pudo ser porque el cielo rompió a llover a mares y ninguno de los dos generales fue capaz de verse en medio del diluvio que la naturaleza descargó por la Jacetania.

Este incidente dejó muy destemplado a Mola porque la Vª División, en sus planes, representaba el granero de armas que la revolución en marcha habría de necesitar y su concurso no era baladí sino vital. Y Cabanellas todavía, en estos primeros días del mes de junio, no está ni en la conspiración ni en el camino, porque nadie se lo ha dicho. Ni de viva voz, como pretende Mola, ni por intermediarios.

En Capitanía el general rebosa de papeles y una mañana llama a su ayudante para ver de qué forma puede tener el problema remedio.

— Emiliano, ¿tenemos alguien de confianza que nos pase a limpio la documentación que vamos produciendo, que la ordene, la clasifique, en fin, que se ocupe de esta materia?

— Aquí en Capitanía, me temo que no. Es posible que en la calle algún paisano taquimecanógrafo nos haga bien este papel.

— ¿Paisano?

Mola se escandaliza.

— Sí, mi general, paisano. En esta Brigada todo el que tiene un par de dedos de frente y está al tanto de la cocina creo yo que debe de seguir con lo suyo, y sin distracciones. De los demás, no pongo la mano en el fuego por ninguno de ellos. Y no por motivos específicos, sino porque el tema que nos ocupa es de tal importancia que hasta el día final hemos de trabajar quienes estamos ya en esta salsa. No gente a la que tengamos que adoctrinar. Por eso estoy proponiendo un civil.

— ¿Está hablando de alguna persona en particular?

— Sí, mi general.

— ¿De quién?

— Del hijo de uno de los más importantes cabecillas carlistas en esta ciudad, que además dirige el Banco de Bilbao en Pamplona.

— Entonces tendré que conocer primero al padre.

— Ya lo conoce. Es el señor Martínez Berasáin y estuvo con mi general hace unas fechas en compañía del señor Baleztena, ambos de la Comunión Tradicionalista.

— ¿De dónde te viene este conocimiento?

— A través de los capitanes Barreda y Lastra. Con él, que se llama Luis Martínez Erro, he estado ya más de una decena de veces y creo que es una persona que nos puede venir muy bien hasta que se aclare el panorama. El capitán Barreda, además, lo tuvo en su compañía cuando Martínez Erro hizo el servicio militar. Es carlista como su padre y puede desempeñar un doble papel porque tiene formación para ello: lleva dedicado más de un año a la escolta de dirigentes tradicionalistas con un grupo de correligionarios. Sin ánimo de hacer una broma, que no viene al caso mi general, con

esta persona tenemos dos al precio de uno: taquimecanografía y protección. El hecho de ser militares, vivir en una fortificación como lo es Capitanía y estar rodeados de armas a todas horas no equivale a seguridad absoluta. Y menos aún cuando se está de paisano en la calle, como usted, mi general, está haciendo cada día más por razones del plan que tenemos. En mi opinión...

— Está bien, está bien, Emiliano, ya he escuchado lo que querías decir. Deja ahora que repose el asunto y en un par de días te contesto.

— ¿Alguna otra cuestión?

— ¿Cómo va a ir usted esta tarde a la entrevista con el señor García?

— Como de costumbre, andando.

— El coronel García Escámez cree que las reuniones que se mantengan fuera de este palacio han de hacerse sin luz, de noche. Dice que es más seguro.

— Y tú, ¿qué piensas?

— Lo mismo.

— Emiliano, si empezamos a salir por la noche de este caserón, entonces sí que vamos a despertar sospechas. ¿O no?

— Es posible. Pero no probable.

— Entre lo posible, lo probable y lo definitivo hay ahora mismo una separación que no excede el grosor de un papel de fumar. Lo importante es que nadie nos vea entrar en una oficina de la compañía eléctrica local, porque lo que allí se trate no tengo duda de que no trasciende más allá de los interesados. ¿Quién va a imaginar que a setenta metros del Gobierno Civil, tres edificios más allá, hay personas que están amasando un plan para cambiar el orden de las co-

sas en España? ¿Quién? De las precauciones que haya que tomar sobre mi persona me encargo yo, que tengo medio cuerpo de militar y el otro medio de policía. Catorce meses en la Dirección de la Seguridad del Estado dan para bastante, créeme Emiliano. Por cierto, ¿algún comentario sobre los cambios en la Guardia Civil?

— Tenemos información, mi general.

— Haber empezado por eso, Emiliano.

— Parece que el Gobierno ha dado marcha atrás al plan inicial y quien viene a Pamplona es el teniente coronel José Rodríguez Medel.

— ¿Rodríguez Medel? Rodríguez Medel: a este lo conozco. Coincidimos en Toledo y, si mal no recuerdo, era de un curso inferior.

— Hasta ahora estaba en Madrid, aunque sin cargo orgánico. Parece que había pedido dos meses de excedencia.

— ¿Y se viene de Madrid nada menos que a la comandancia de la Guardia Civil en Pamplona?

— Eso parece.

— Tenme al corriente del día que llegue para tomar posesión.

— A sus órdenes, mi general. Con su permiso voy a informar de esta cuestión al coronel García Escámez que también tiene un interés enorme en conocer quién viene a dirigir los guardias.

— Sea.

El general llegó a la cita antes que el director de *Diario de Navarra* porque salió con una hora de tiempo de Capitanía, fue hacia la catedral, recorrió la ronda barbazana entre matojos y seguido por dos militares de paisano, pasó por el arzobis-

pado, subió hasta las inmediaciones del frontón Euskal Jai (a esa hora animado de público hasta reventar) y apareció en la trasera de las oficinas de El Irati, S.A. con la seguridad de que nadie le había seguido. A fin de cuentas, un general vestido con un traje de franela fina también puede recorrer las murallas de la capital sin que al más avezado le llame la atención.

En las oficinas, su director había dejado organizada la cita de forma tal que, tan pronto como el general abrió la puerta, en una silla de la entrada esperaba un empleado de confianza que le llevó hasta la sala de reuniones y plantó sobre la mesa dos botellas de gaseosa Lusarreta, frescas, por si se alarga la conversación, según dijo. Mola estuvo mirando tras los visillos, por las rendijas de la persiana de madera, cómo Raimundo García llegaba en coche y cruzaba la acera en un salto.

—¿Tiene usted prisa? He visto cómo se bajaba del automóvil y sin dar un paso entraba en el portal. ¿Quemaba la acera? —pregunta el general divertido.

—Nada de eso. Es que me pareció ver en la acera del Teatro Gayarre al señor gobernador.

—Estaría bien que el propio gobernador se dedicara a seguirnos.

—De eso se encargan sus esbirros.

—Entremos en materia, don Raimundo.

—Venga.

—Creo que llegado este momento necesito de usted que viaje a Estoril para que establezca contacto con el general Sanjurjo y le ponga al día de lo que aquí se cuece. Pero más que eso, lo que de verdad quiero conocer es si tiene o no algún pacto o acuerdo con los carlistas. Los rumores, a estas alturas de la historia, créame don Raimundo que nos hacen

daño a todos. Y la rumorología en esta ciudad está adquiriendo carácter de cátedra. ¿Podría usted, valiéndose de su condición de periodista, o de diputado, llegar hasta Estoril y conversar con el general, en calidad de enviado mío, sin duda, para ver qué es lo que piensa?

— Puedo, debo y es un honor para mí. ¿Cuándo quiere que haga el viaje?

— En cuanto pueda. Hoy mejor que mañana, mañana mejor que pasado.

— Mañana estaré en Madrid y desde allí organizaré el viaje. Además, quiero pasar por el Congreso porque dejé allí unos papeles que he de recuperar. Hay también algunas citas pendientes y dos o tres informaciones para contrastar. En resumidas, que estoy ya en marcha y de regreso tan pronto como sea posible.

— Quiero que entregue usted esto... Mola saca del bolsillo interior de su americana cinco hojas escritas a máquina que lleva plegadas en cuarto y que ordena antes de entregarlas: es la proclama que titula «*El objetivo, los medios y los itinerarios*» y la *Instrucción Reservada número Uno*. Es material sensible, señor García, pero confío en su habilidad para que lleguen a destino. Se trata de instrucciones reservadas...

— Por Dios, general, no tiene usted que decirme nada sobre el contenido de estos escritos. Es más, prefiero no saber nada por lo que pudiera pasar. Pero respondo con mi vida para que estas hojas lleguen a su destino.

— Hágle saber al general Sanjurjo que el movimiento que preparamos estará a sus órdenes si él decide tomar el mando cuando llegue la fecha.

— Así lo haré, general.

— Buen viaje, señor García.

—Siempre a su servicio, general.

Mola abandona las oficinas en primer lugar y cuando llega a la calle recorre con la vista el entorno buscando la pareja de militares que le deben escolta. No los ve y con paso acelerado enfila la plaza del Castillo pensando que tiene que dejarse ver más por la ciudad, ahora que los cafés han llenado de terrazas la calle y da gusto estar a la sombra tomando un granizado de limón, como deben de estar haciendo los dos sargentos que están en el café Kutz, cuando en realidad tenían que haber estado apostados en las inmediaciones de la oficinas de El Irati, S.A. esperando su salida. Ellos ven que el general se acerca y salen de la barra escopeteados tan pronto como avistan sus andares. El general Mola ha cambiado el gesto y cuando llega a Capitanía ordena desde el zaguán que se presente el coronel García Escámez. No está para guasas porque lo que acaba de ver le parece impropio de militares y más si son su guardia personal.

—Don Curro estos dos sujetos que estaban hoy de escoltas quedan arrestados por encontrarse en un café cuando debían de encontrarse a mi servicio, de guardia y en misión de protección. Y que no se repita nunca más.

—*Zordeneigenerá.*

—Habla con el comandante Fernández Cordón y repasa los procedimientos de guardia, vigilia y custodia de todos nosotros. Y te incluyo a ti.

—Ahora mismo, *igenerá.* ¿Manda algo más?

—A las diez de la noche os quiero aquí para entregarnos nuevas directivas.

Zaragoza no es un tema baladí y Mola ha decidido enviar con Maíz, en días consecutivos, a los capitanes Lastra y Vi-

cario para que se entrevisten con el ayudante del general Cabanellas, comandante Cebollero, con el coronel Monasterio y con otros oficiales que se dicen ganados para la causa. Todo el entorno del jefe de la Vª División parece que está de este lado en la divisoria que separa los patriotas de los que denominan enemigos de España, pero nadie ha logrado hablar de la cuestión con el propio general, que une a su condición de jefe de una división clave en la estrategia diseñada por Mola para caer sobre Madrid el hecho de que conoce como pocos la Guardia Civil, porque ha poco que fue su director, y algunos entresijos de la política puesto que fue diputado en las Cortes por el Partido Radical de su amigo Alejandro Lerroux, el antiguo presidente del Consejo de Ministros al que sus adversarios atribuyen una frase que ha hecho fortuna: «Hay que capar a los curas y preñar a las monjas», dicen que dijo un día, hace algunos años, de mucha euforia laica y antimonárquica.

De Cabanellas todo el mundo sabe que es republicano, masón y militar con mano izquierda, motivos todos ellos que a Mola no le preocupan en especial porque también sabe que es un hombre de orden que se ha dejado ver por Madrid cuando era enterrado el alférez de la Guardia Civil Anastasio de los Reyes, el último asesinado en la preguerra que vive España.

Todas las gestiones que ponen cerco a Cabanellas no sólo dan resultado sino que el general jefe de la Vª División manifiesta su deseo de entrevistarse con Mola en cuanto sea posible y no hablar por intermediarios. Pero Mola quiere más y prepara un plan a espaldas de Cabanellas para que no se prolongue por más espacio la situación, porque la impaciencia le mata como persona y lo encoge como estratega. El

cinco de junio por la mañana envía una misión a Zaragoza en el coche de Maíz: el capitán Vicario ha de entrevistarse con Cabanellas para decirle que hoy mismo, pase lo que pase, tiene que verse con Mola.

El plan es el siguiente: Maíz, en su coche, llevará a Vicario hasta el cuartel de la V^a División con la orden de proponer a Cabanellas que esa tarde salga de Zaragoza en el vehículo de los enviados por Mola para reunirse con éste en un punto intermedio de la carretera hacia Pamplona, en el kilómetro noventa y cinco. Si la cita es conforme el general Mola, con su ayudante, el comandante Fernández Cordon, y el capitán Lastra saldrán de Pamplona en el coche de uno de los chóferes civiles de la conspiración, el de Javier Agudo, para estar en el kilómetro noventa y cinco, a la hora que se les indique. La consigna será una llamada telefónica a Agudo con el siguiente mensaje: «Esta tarde firmaremos la operación del seguro a las... Nosotros haremos noventa y cinco».

La entrevista con Cabanellas es antes del almuerzo. El capitán Vicario no se va por las ramas y le dice al militar masón:

— El general Mola ve la necesidad de hablar hoy mismo con vuestra excelencia.

— Eso no es posible, hombre, no. Esta tarde tengo previsto acompañar a los toros al gobernador civil. No puedo dejar de ir a la corrida, no, bajo ninguna circunstancia.

— El general Mola tiene preparada una operación, de manera que si usted está conforme, nosotros le llevaremos hasta un punto intermedio entre Zaragoza y Pamplona para que conferencien allí, dentro de un coche.

— Pero eso es imposible, capitán. Ahora tengo comprometido el almuerzo, a media tarde voy a los toros, por la

noche a una representación de teatro. ¿Cómo quieren ustedes que consiga cumplir con todo el mundo sin fallar a nadie?

— El general Mola cree que si usted sale de Zaragoza al final de los toros, sobre las siete y media, una hora después estaremos en el punto kilométrico acordado y no habrá problemas.

— Es una locura, señores. ¿Ha dicho el general Mola eso?

— Sí, mi general. Tenemos todo medido y calculado. Una hora para ir, media hora para conversar y otra para volver. Para las diez de la noche está usted de vuelta.

— ¿Tienen ustedes todo previsto? ¿Se puede confiar?

— Absolutamente, mi general. Todo está previsto y medido hasta el detalle. Falta su confirmación para que se lo comuniquemos al general Mola, que está esperando respuesta.

Cabanellas lo piensa un segundo y responde:

— En ese caso a las siete y media llegaré con mi coche hasta aquí mismo; les esperaré a la vuelta de la esquina. Viajaremos ustedes, el coronel Monasterio y yo mismo. ¿Están conformes?

— Por supuesto, mi general. A las siete y media aquí. Nosotros nos vamos hasta Teléfonos para conferenciar con Pamplona y dar la confirmación.

En su casa de Pamplona, el chófer Javier Agudo y el capitán Gerardo Díez de la Lastra esperaban la llamada.

— Hola Javier — dijo Maíz escuetamente. — Esta tarde a las siete y media firmaremos la operación del seguro. Nosotros noventa y cinco.

— Conforme. Estaré en casa por si me necesitas.

— Si hay cambios volveré a llamar.

– Adiós.

– Adiós.

La entrevista se mantuvo en un Studebacker que estaba aparcado en el arcén de la carretera, junto al mojón que indica «Tudela 10, Zaragoza 91» que consta en el Soto de los Tetones, en Murillo, a un tiro de piedra de Tudela. Conforme a su previsión el general Cabanellas estuvo en la plaza de toros, vio una corrida con bureles de Domecq en la que actuaron Luis Gómez Calleja, El Estudiante (le llamaban así porque estudiaba para Perito Mercantil), Rafael Ponce Navarro, Rafaelillo y Jaime Noáin González-Vizcaíno, Noáin, y pasó gran parte de la velada hablando con el gobernador, señor Vera Coronel, masón como él, de cuestiones ajenas a la corrida, que fue tediosa. De uniforme abandonó la plaza de toros y en una esquina del cuartel entró en el Buick de Maíz junto al coronel Monasterio, que marchó pitando camino del punto acordado con Mola.

Por avatares de la vida la salida de Zaragoza se complicó más de lo esperado y la comitiva amasó un retraso que parecía de vital importancia recuperar para no dar al traste con el plan. Yendo –como iban– tarde, Cabanellas no hacía más que preguntar mirando el reloj, pero Vicario contestaba con evasivas ya que la orden recibida de Mola era tajante:

– Ni una sola palabra hasta que no me haya reunido con el general. Ustedes no saben nada.

Cabanellas, zorro viejo, comprendió tanta respuesta fútil y dejó de preguntar.

– Entiendo capitán que usted no puede decir nada, que lo que sea lo dirá el general Mola. De todos modos – dijo mirando a Maíz – ¿cómo vamos de tiempo, pollo?

—Estamos ya llegando a Tudela, general. Supongo que el general Mola nos estará esperando en el lugar acordado.

Emilio Mola estaba dentro del coche de Agudo, con sombrero, de paisano, en el arcén de la carretera junto a Murillo de las Limas. Contaba los segundos y cada vez que adivinaba una luz en lontananza, aunque fuera tenue y sin potencia, le parecía que llegaba el enemigo y se acababa la aventura. Y eso le comía los nervios por dentro. Cuando al fin vio llegar el Buick de Maíz soltó presión por los pulmones, esperó que el coche se parase por completo y que Vicario le diera el parte:

—Mi general, el retraso se ha debido a causas ajenas a nuestra voluntad. El general Cabanellas sale mañana para Madrid y esta noche le esperan para ir al teatro, a la función que hay en el Principal para recaudar fondos con destino a los pueblos afectados por las recientes inundaciones, por lo que disponemos de tiempo escaso.

—Conforme. Voy para su coche.

Salió Mola, sombrero en mano, para entrar en el Buick. Desde afuera se vio que se saludaban con intensidad y cómo Mola arrancó a hablar y luego gesticulaba, y gesticulaba y gesticulaba; así durante más de media hora. Cabanellas hablaba -pero poco- y el capitán Lastra, que estaba de vigía en el morro del coche, observaba cómo hacía gestos de afirmación con la cabeza mientras se mesaba las barbas. Barbas blancas, como el pelo, que le daban un aspecto candoroso inconfundible.

La reunión acabó al término de treinta y cinco minutos con un apretón de manos y una frase de Mola que todos pudieron escuchar:

—Sabe mi general que yo he dado mi palabra de honor y nunca dejé de cumplirla.

Más misterio que añadir a la conspiración porque ni los chóferes, ni Fernández Cordón, ni Lastra ni Vicario se atrevieron a preguntar qué fue lo que acordaron. Ni esa noche ni nunca.

De vuelta al palacio de Capitanía Mola fue derecho al planchatorio. Pidió un café doble al cabo de guardia, besó a su mujer, bebió agua, zascandileó con un poco de jamón serrano y de media noche tiró un folio sobre la Remington portátil para escribir con un brío que emergía a borbotones de sus adentros la *Instrucción Reservada Número Dos*. Decía así:

Primero.- Las fuerzas que formen parte de las columnas de avance irán racionadas de pan para un día y de ración de dos como minimum. El ganado llevará pienso para dos días.

Segundo.- Como se tiene noticias que el Gobierno piensa utilizar los camiones blindados recientemente adquiridos para las tropas de Asalto, que según informes son 26 en toda España, y que casi en su totalidad están en Madrid, y como se carece de ametralladoras antitanques, se tendrá presente que a toda columna en Camiones que cuente con Artillería habrá de preceder un camión que lleve una pieza emplazada en la plataforma y dispuesta de tal manera que pueda disparar a vanguardia, para cual, si es necesario, se desmontará la techumbre del baquet que protege al conductor. Estas piezas irán preparadas para hacer fuego.

Tercero.- No se hará fuego sobre los aviones, nada más que en el caso que estos bombardeen las tropas propias.

Cuarto.- Las marchas por carretera en camiones deberán emprenderse en las últimas horas de la tarde, o después de media noche, con objeto de burlar la vigilancia de la Aviación, que solamente puede observar durante el día.

Quinto.- Al encontrarse una columna con fuerzas de otra cuya actitud se ignore, se hará alto y no se aproximará a ella hasta tener la seguridad que son tropas amigas. Para ello se usará de parlamentarios, a ser posible de sargentos u oficiales.

Sexto.- Se evitará durante las marchas alojar a la tropa en casas particulares. Serán preferidos locales en los cuales por lo menos pueda alojarse una Compañía o unidad análoga.

Séptimo.- Durante los estacionamientos se montará siempre el conveniente servicio de seguridad.

Dado en Madrid a siete de junio.

EL DIRECTOR

Al finalizar de escribir la instrucción guardó el original y las copias bajo sábanas, movió las ramitas de menta y romero, olisqueó los membrillos y fue para el salón dispuesto a tomar un poco de agua. Pero se recostó con la cabeza agotada, el sueño se le echó encima a horcajadas y amaneció en un sofá, con la corbata mal anudada al cuello y vestido como había salido para Zaragoza. Consuelo, su mujer, que duerme como un lirón en toda circunstancia, no lo echó en falta de noche.

De mañana, duchado y con ojeras, mandó llamar a su ayudante, a García Escámez y a Barreda y, tras poner orden a las ideas, soltó esta letanía:

— Comandante Fernández Cordon: quiero conocer al mecanógrafo tan pronto como sea posible. Coronel Escámez, tiene una semana de permiso y le ordeno que vaya a recorrer guarniciones en Andalucía y a cruzar el estrecho para visitar Ceuta, y Melilla si le da tiempo, que le tiene que dar. Viajará con un coche que le van a prestar, que ya está listo, y llévese a su mujer. Capitán Barreda: aquí tiene una nueva instrucción para hacer llegar a los destinatarios. ¿Alguna cosa más, señores?

— Mi general, comenta García Escámez, entiendo que no necesito instrucciones para esta misión que me acaba de endosar pero me gustaría saber antes de emprender el viaje si debo de estar con esta o aquella persona en concreto. Me refiero a paisanos, no a compañeros.

— Coronel, usted lo ha dicho. No necesita instrucciones porque va a visitar compañeros, no civiles. Excepto, claro está, que alguien sobre la marcha le indique lo contrario.

— ¿Alguien?

— Alguno de los compañeros, Escámez. Sobre la marcha puede haber variaciones y, si las hay, que sean para mejorar.

Escámez no ha hecho la pregunta a boleo porque sabe que Mola es de las personas que lleva planificado hasta el tiempo de mear.

— *Zordeneigenerá*, así se hará.

— Mi general, requiere el comandante Fernández Cordon, el contacto que usted me ordenó está hecho y quieren venir a conferenciar con usted el padre y el hijo.

— Que vengan.

— Mi general, dice Barreda, hay instrucciones que no han llegado todavía a sus destinos porque salieron por co-

reero ordinario. Ya sabe usted que algunos mandos las reciben en casas de sus familiares.

— Es igual. La nueva instrucción haga usted que llegue por el mismo procedimiento que las anteriores. Señores, ¿algo más?

— A sus órdenes, responden a coro.

Mola se queda en la puerta del despacho y, antes de que desaparezca de su vista el coronel García Escámez, vuelve a llamarle:

— Don Curro: aquí tienes — le entrega un paquetito envuelto en papel de periódico y dos elásticas — el dinero suficiente para el viaje. Son tres mil pesetas que has de justificar porque provienen de la caja chica de la brigada.

— No era necesario, *igenerá*,: tengo ahorrados unos duros y los puedo emplear en esta misión.

— Esta misión es de carácter oficial y no es menester sufragarla con el bolsillo de uno. Tan sólo justificar los gastos.

— Así se hará. *Zordeneigenerá*.

13

NOTICIAS DE LA FALANGE ESPAÑOLA

Mi confidente, Félix Maíz, me ha dicho muy serio que sería conveniente para los viajes que lleváramos sendas boinas en el coche porque usar sombrero (como hago de normal cuando no llevo el uniforme) no es muy usual por estas tierras. Sostiene Maíz que lo propio es viajar con una par de boinas y que él me enseñará a utilizarla porque hay personas que se la encasquetan a rosca y eso no es propio de Navarra. La boina, comenta, debe ir bien sujeta de atrás, echa-

da para adelante con forma de teja y ladeada. Clavársela hasta los ojos como quien se pone un puchero de sombrero no es de estas tierras, ha comentado de una forma que me parece sensata. Quizá le haga caso, aunque he de reconocer que este aditamento no lo he utilizado en mi vida y no me veo ahora con arrestos para cambiar. Desde luego si lo que pretendemos es que yo pase por un navarro más cuando vista de paisano y estemos en misión secreta, tendré que aplicarme en este empeño.

La cuestión de Zaragoza, ya resuelta, me deja más tranquilo y con más fuerzas para proseguir la cruzada que hemos comenzado. El general Cabanellas, de quien siempre se ha dicho que era un defensor de este gobierno por su republicanismo confeso, ha acordado conmigo que pone su División al servicio de la causa que estamos organizando porque está harto y dolido con las manifestaciones de terror que a diario se están produciendo en España. «Ya no son la quema de conventos ni los ataques a miembros del Ejército o la Guardia Civil (me contó que sufrió en Madrid hasta las lágrimas en el entierro del alférez De los Reyes y que no está dispuesto a ver otro duelo igual), es que España, la propia esencia de España», me dijo en el coche donde nos reunimos, «es la que está en grave riesgo si no cambia el curso de esta historia chabacana que estamos padeciendo».

Lo vi muy firme en su decisión y deseoso de conocer detalles sobre el orden que había previsto para el día de autos. Aunque ha comprometido su palabra y nos asegura armas, municiones y carburante para todos los vehículos que se vayan a movilizar, hemos quedado en seguir viéndonos dentro de unos días porque quiere tomar parte activa en este levantamiento. Me ha preguntado por Madrid y

Barcelona y he contestado lo que sé y lo que presupongo, porque no hay otra verdad. Ahora mismo, hoy mismo, ninguna de las dos ciudades tiene los mimbres para urdir el cesto que nuestro movimiento necesita.

En Barcelona tenemos gentes dispersas pero no contamos con quienes tienen de verdad el poder de las armas. No arrojó la toalla porque hay tiempo para que la situación dé la vuelta, sobre todo si lo que dice Queipo es verdad y si Goded es capaz, con su sola presencia, de convencer a muchos indecisos. La sorpresa también es un arma, a veces mucho más que decisiva, y es lo que vamos a intentar en la capital catalana. De Madrid me llegan siempre noticias difusas, cuando no confusas. Parece que hay ambiente, que en algunas guarniciones la suerte está de nuestro lado, que nuestros compañeros están tejiendo una red que va a dar resultados, parece... Pero el Gobierno está en Madrid y aunque débil y sobrepasado, es todavía el Gobierno y tiene poder. Además, nosotros no tenemos un mando efectivo en la ciudad y así es realmente difícil progresar. Aunque no doy, a priori, nada por vencido reconozco que la situación no es la que me gustaría tener ni la que muchos desean. Es la que es.

Nadie que no deba saber conoce algo de este viaje a Murillo para entrevistarme con el general Cabanellas, de eso estoy seguro, porque adoptamos las medidas pertinentes y si él tenía coartada yo también había preparado la mía. Resulta que esa mañana me avisó García Escámez para decirme que, si quería, podía ir al campo de fútbol para ver un encuentro del equipo local, de Osasuna (por cierto, me enteré en el partido que Osasuna es una palabra vasca que significa la salud, algo que nos viene muy bien a todos).

No es que sea gran aficionado al fútbol pero asistir a un partido de la semifinal de la Copa entre los de Pamplona y el Barcelona me pareció una excusa excelente para dejarme ver en la ciudad. De manera que después de comer me fui para el campo de San Juan, en el extrarradio de la ciudad, y asistí al choque en el palco de la presidencia. Debo decir que me lo pasé muy bien porque contemplé un bonito espectáculo y que los aficionados locales debieron disfrutar de lo lindo con su equipo, que ganó 4-2 al Barcelona, con lo que deja bastante bien encarrilado el partido de vuelta.

Una vez que finalizó el encuentro estuve departiendo con algunas personas en las inmediaciones del propio palco y luego me fui en coche para Capitanía, dejándome ver porque iba de uniforme y con banderín. Pero a las seis y media volví a salir por la puerta de atrás y en el coche de Agudo fuimos, ya de paisano, hacia Murillo para entrevistarme con el general Cabanellas. Si todas las tardes me cunden como la del otro día acabamos con todo este despropósito en menos de treinta jornadas.

Volviendo a lo que nos ocupa, de quien no obtengo información es de Franco. Tengo certeza de que está recibiendo las instrucciones y las notas que aquí vamos produciendo, existen contactos con sus gentes pero es él quien no da señales de vida. Se que no está en el entorno más favorable pero eso no es óbice para que arriesgue un poquito y veamos la fórmula de contrastar opiniones. Varela y Galarza trabajan en buscar la manera de sacarlo de Tenerife el día J, y espero que García Escámez, cuando regrese de su periplo por las tierras del sur y haya conectado en Melilla con nuestras gentes, traiga algún dato que nos permita situar a Franco en el punto exacto donde se encuentra. Las

tropas de Marruecos, las únicas que de verdad son unidades de combate, van a ser decisivas en esta batalla pero ya me gustaría saber cómo las vamos a transportar a la península, por ejemplo. Van pasando los días sin avanzar y eso desmoraliza a cualquiera. Por mi parte tengo el esquema de una directiva que voy a redactar específicamente para Marruecos y en unos días me pondré a la máquina de escribir para dar la forma definitiva. ¿Qué decir de Queipo de Llano? Que es tan impulsivo que le gustaría dar el golpe mañana, ahora que su consuegro se ha ido (o se va a ir, que no tengo certeza todavía) de viaje por Europa para aliviar las penas. Me han comentado que don Niceto Alcalá Zamora está deprimido y asqueado, que reniega de todo y de todos, que está muy solo y que quiere poner tierra de por medio antes de que esto estalle. No seré yo quien dé consejos a don Niceto pero en su culpa lleva la penitencia porque nadie más que él es responsable de que llegara el Frente Popular al Gobierno. Si no hubiera disuelto las Cortes... En fin, ya es historia pasada.

Pero Queipo, no sé si movido por esta afrenta, por su carácter veleta respecto a los gobiernos o por que de verdad quiere cambiar este estado calamitoso (o por la suma de las tres variantes), no deja de mandarme señales para que nuestro movimiento progrese. Ha movido algunas guarniciones, se ha visto con muchas personas en esta nueva misión de proselitismo que él mismo se ha otorgado y, como su cargo le permite viajar por toda España sin levantar un ápice de sospecha, está haciendo un papel de primera. Le pedí que viniera a Pamplona para obsequiar una charla a los oficiales que contrarrestara la que dio el general Gómez Caminero y vaya si la dio. Puso el salón a

cien y vino a decir que al Ejército le corresponde no sólo defender la patria del enemigo exterior usando las armas, sino también para poner orden en el interior. Que hora era ya de echar el freno a las barbaries y de decir en voz alta que España debe enderezar el rumbo, y frases semejantes que agradaron mucho entre la oficialidad. Le hubiera gustado hablar más claro pero, según él mismo contó mientras tomábamos un refresco en la terraza del café Kutz, en la plaza del Castillo, no era cuestión de poner sus cartas a la vista pública porque el Gobierno le hubiese destituido de inmediato y ahora disfruta de una situación que ninguno de nosotros tenemos: se mueve a sus anchas y nadie recela de él en las altas esferas del poder.

Por tocar otros puntos, también quiero hacer referencia a Logroño y al Regimiento Bailén, que tan bien conozco por haber estado destinado en él, primero entre 1922 y 1924, y, luego, en 1925. Y también por la posición estratégica que ostenta entre la frontera y la meseta. En Logroño tenemos un buen número de oficiales afectos a la causa que trabajan sin descanso pero nos falta la superioridad, el general Carrasco Amilibia. Reconozco que este hombre es de los que me pueden sacar de las casillas porque es tibio hasta la exasperación y no quiere compromisos con nadie. No sé si tiene algún problema de salud, de ánimo, de melancolía o que, simplemente, es un pusilánime de tomo y lomo. Pero el hecho cierto es que no hay forma de centrar una conversación con él sobre casi nada.

Maíz me ha llevado varias veces a Logroño de manera clandestina pues me he visto con oficiales que están de nuestro lado, a los que envió instrucciones y manten-

go informados de los pasos que se van dando. Otras veces he ido en coche oficial porque este regimiento está dentro de mi jurisdicción y cada vez que he tratado con Carrasco Amilibia se apoderaba de mí una sensación frustrante que no podía despegar. La última suya ha sido decirme que delega en el coronel Moltó cualquier tema de orden interno del Regimiento porque tiene que atender en Bilbao asuntos familiares. Esto me lo ha dicho en el Gobierno Militar cuando he ido a verle y me ha dejado de pie, con la palabra en la boca, sin poder responder porque se ha levantado del sillón y ha abandonado la sala donde nos reuníamos. Y lo peor de todo esto es que Moltó está pendiente de ser relevado porque tiene nuevo destino.

De quien tengo noticias es de Falange Española. Por mediación del general Fanjul se ha presentado en Pamplona el pasante de José Antonio Primero de Rivera, Rafael Garcerán. Nos hemos citado en las oficinas de El Irati, S.A. a media tarde, como de costumbre, ya que el señor Garcerán va a pasar la noche en La Perla, que es propiedad de la familia política del comandante de Caballería José Moreno, uno de los dirigentes de Falange. Parece que el Gobierno va a llevarse de Madrid a Primo de Rivera porque considera que en la capital de España, aunque esté en la cárcel, tiene cierta capacidad de movimiento y logra conectar con sus gentes. Asegura Garcerán que Primo está al corriente de lo que nosotros llevamos entre manos y que apoya lo que hagamos, siempre que vuelva el orden a España.

Me ha puesto al corriente de la organización interna de Falange, del número de sus militantes, de las armas que poseen y de cuál puede ser su papel a partir del momento en que nos levantemos contra este gobierno. También me

ha comentado que el propio José Antonio Primo de Rivera va a dirigir una carta a los dirigentes provinciales de su partido para que estén alerta ante lo que se avecina y colaboren con el Ejército.

Dice Garcerán que el hecho de trasladar a Primo hasta la prisión de Alicante –que es donde creen que lo van a llevar– no va a suponer mayor trastorno para una organización que está ya bien entrenada, aunque todas sus sedes estén clausuradas por orden del Gobierno. He escuchado al enviado de Primo con mucha atención y he informado, por mi parte, que está próximo el día en el que España vuelva a brotar de sus cenizas. «Para esa tarea de levantar la patria», he dicho, «somos necesarios todos los que en ella creemos y espero que Falange también lo entienda así». El señor Garcerán se ha mostrado totalmente de acuerdo con esta exposición y hemos convenido en mantener una línea de comunicación a través del capitán Vicario, que es correccionario.

A quien también he conocido ha sido al patrocinado por Emiliano para hacer de taquimecanógrafo, al joven Luis Martínez Erro. Se ha presentado con su padre, el dirigente carlista Martínez Berasáin, y el chico me ha parecido un tipo singular. Es buen mozo, como todos los carlistas que voy conociendo, y lleva unido el bigote a las patillas, lo que le da un aspecto de Tomás de Zumalacárregui inconfundible. Me ha comentado que lleva ese corte de barba en memoria del general carlista, que es su guía y el héroe a imitar. Hemos hecho un pequeño ejercicio a la máquina de escribir Underwood y domina las teclas mucho mejor que yo, que escribo con dos dedos y muchas faltas.

Me insiste el joven en que debemos disponer de una guardia que vigile nuestros pasos y los pasos de los que

nos vigilan porque, ha asegurado, el gobernador civil tiene media docena de agentes que están día y noche apostados siguiendo nuestras andanzas. En principio no me ha parecido mal la sugerencia porque hay ocasiones en las que uno se cree que por estar en la almena del castillo más fortificado no hay peligro, pero no es así. Peligro hay en todas partes y si con una pequeña entrega se pueden evitar males mayores, no hay que escatimar esfuerzos. Martínez Erro va últimamente armado y tiene un grupo de seis u ocho personas a sus órdenes, de quienes asegura que conocen el oficio de dar protección y vigilar. Hemos acordado que comience a venir por aquí en cuanto García Escámez regrese de su viaje.

Lo importante de esta visita ha sido lo que ha relatado su padre, a quien conocí unas semanas atrás a propósito de los movimientos del Gobierno para cambiar a la actual Diputación Foral y Provincial de Navarra, cuando se presentó con el jefe provincial de los tradicionalistas, Joaquín Baleztena Ascárate. Parece que los carlistas locales quieren conferenciar conmigo pero no acaban de recibir la orden de las altas jerarquías de su partido, que no están ni en Pamplona ni en España: en estos días andan casi todos por la parte francesa del País Vasco, según cuentan. Este pequeño problema de comunicación ha hecho que los días vayan pasando y que ambas partes, ellos y yo, trabajemos a nuestro aire en la misma dirección pero sin juntar los esfuerzos. Dice Martínez Berasáin que en el pasado (no se a cuál se refiere: si al día de ayer, hace dos años o hace diez, cuando yo empezaba a guerrear por Marruecos) ha habido ciertas suspicacias por parte de la Comunión Tradicionalista con mi persona que los hechos se han encargado de desmentir,

por lo que ahora será conveniente tener una comunicación más fluida para no solapar iniciativas. Como soy un poco torpe a veces, he tenido que preguntárselo directamente:

— ¿Me puede aclarar a qué tipo de iniciativas se refiere?

— General, el carlismo prepara desde hace tiempo un gran movimiento de masas que encabezará su fuerza armada, el Requeté, para librar a España del oprobio que padece.

— Le pido que sea más concreto, por favor.

— Nuestros jefes militares...

— ¿Tienen ustedes jefes militares? ¿Quiénes son?

— General, yo no puedo, en este momento, dar toda la información que usted demanda. Sí le puedo asegurar que el Requeté tiene su propia estructura de mando y como es una fuerza de carácter militar...

— Señor Martínez Berasáin: la única fuerza militar que hay en Pamplona es la que manda quien ahora le dirige la palabra. Todo lo demás pueden ser iniciativas y esfuerzos loables en su empeño, pero están al margen de la realidad de los hechos. Ejército en España, hoy, aquí, en esta ciudad, es el que yo tengo el honor de representar, y de mandar. Que no se olvide.

— General: no hay ninguna duda de que usted es la representación en Navarra del Ejército de España, por Dios, ninguna duda. Pero permítame que le informe de que los carlistas tenemos una fuerza de choque, estructurada militarmente, armada en gran medida, que está a la espera de recibir las órdenes para intervenir. Al lado del Ejército, si así fuera posible. Por su cuenta, y a su riesgo, si las circunstancias no lo permiten.

—Entiendo perfectamente lo que usted trata de transmitir y espero que haya quedado meridianamente claro lo que acabo de exponer, para que así lo haga usted saber a la superioridad de su partido.

—No tenga usted duda, general, que así será.

—Y bien: ¿quién es, permítame decirlo de esta manera, el Zumalacárregui local? ¿Quién encabeza la tropa en Navarra?

—General, el Delegado Regional de Requetés es don Antonio Lizarza Iribarren. El Inspector Jefe Militar es el teniente coronel don Alejandro Utrilla. Este último, a quien usted seguramente conocerá, vive prácticamente en la clandestinidad porque el Gobierno le sigue los pasos.

—¿Y el señor Lizarza?

—¿No lo conoce, general?

—No tengo el gusto.

—Permítame, entonces, que le sugiera una entrevista con él porque es persona clave en todo lo que estamos hablando.

—Me parece bien.

—Yo mismo me encargaré de avisarle.

—Mejor, deje sus datos al comandante Fernández Cordón y póngale al señor Lizarza sobre aviso. Nosotros le llamaremos cuando las circunstancias lo requieran.

—Correcto.

—¿Alguna cuestión más, señor Martínez Berasáin?

—Nada más general. Ha sido un gusto y un placer volver a saludarle. Se queda usted con mi hijo Luis que, esté seguro, sabrá estar a la altura que las circunstancias requieren.

—Así lo espero. Buenas tardes.

Garcilaso está a punto de regresar de Estoril pero ya me ha puesto en contacto con una alta jerarquía carlista: el bilbaíno José Luís Oriol, que además preside Hermandad Alavesa, la organización que aglutina a todas las derechas en Álava. Tengo entendido que ha sido diputado a Cortes por los mauristas y el carlismo, y es la persona que mayor influencia tiene en la provincia vecina. Nos hemos visto en Irurzun y la reunión ha sido provechosa en extremo porque el señor Oriol, que ha manifestado estar absolutamente de acuerdo con el movimiento que estamos poniendo en marcha, me ha garantizado el apoyo de sus gentes en Álava y sugiere que me entreviste tan pronto como pueda con el diputado por Navarra y dirigente local de la Comuñón Tradicionalista, Tomás Domínguez de Arévalo, al que todos conocen como el conde de Rodezno, o Rodezno sin más. Raimundo García me lo había comentado en un par de ocasiones y no veo inconveniente para conferenciar con él cuanto antes. Oriol también ha dicho:

—General, tiene usted mi apoyo, el de mis gentes en Álava y no dude de que todo el carlismo estará de su parte cuando llegue la hora. Esta corriente regeneradora tendrá como motor al Ejército, como usted me indica y yo también creo, pero la milicia necesita un movimiento de masas fuerte, cohesionado, capaz de poner en la calle a una sola voz varios miles de personas el primer día. Eso únicamente lo puede hacer el carlismo, general, que tiene una milicia entrenada, armada en algunos casos y dispuesta a dar su vida por Dios y por España. Y por su Rey, que no se olvide.

—Nosotros, desde las fuerzas armadas de la patria, sabemos que una acción del tipo que pretendemos necesita del apoyo civil, qué duda cabe. Pero siempre, siempre, se-

ñor Oriol, supeditada al Ejército que es quien lleva el mando de la operación.

— Estoy en total acuerdo con usted, general.

Hemos quedado en seguir conversando. Creo que ha llegado la hora de conocer de primera mano qué es lo que pretende el carlismo. En cuanto don Raimundo García regrese de Estoril y me ponga al día de las intenciones del general Sanjurjo veremos los pasos a dar. Mientras llega ese momento, he preparado la «Instrucción Reservada Número Tres», continuación de las anteriores, que dice lo siguiente:

Primero.— Tener redactado y a ser posible cifrado de antemano el telegrama ordenando a las Guarniciones de la División la declaración del estado de Guerra y movilización. Estos telegramas deben confirmarse por escrito y ser enviados mediante agentes civiles o militares de absoluta confianza.

Segundo.— No se dará cumplimiento a ninguna orden verbal, como no sea transmitida por persona conocida de antemano o debidamente autorizada por escrito, firmado por quien la remite.

Tercero.— Tener redactado y a ser posible cifrado de antemano, el telegrama dando cuenta a las demás Divisiones cómo y por qué se ha iniciado el movimiento. En estos telegramas no se detallarán los planes de movilización ni movimientos de fuerzas, pero sí el objetivo final.

En Madrid a junio de 1936.

EL DIRECTOR

EL DIRECTOR DEL *DIARIO DE NAVARRA*

El coronel García Escámez envió al ayudante de Mola, comandante Emiliano Fernández Córdón, un telegrama desde Sevilla, antes de marchar a Cádiz y embarcar para Ceuta, tras haber pulsado el ánimo de sus contactos en acuartelamientos andaluces que había visitado. Decía el texto: «Las colegialas, regular. Las profesoras, pésimamente». No era la mejor manera de dar ánimos pero no había otra cosa y don Curro, a fin de cuentas, observaba que su jefe siempre prefería conocer la verdad, por muy desagradable que fuera, a que le contaran historias sin base ni fundamento. Y así fue.

—Nada nuevo bajo el sol, comentó Mola a su ayudante cuando le dio cuenta del telegrama. Nuestro problema no está en Andalucía sino en cómo llegar a Andalucía desde el norte de África. Ése sí es el problema. Y esta cuestión la tienen que resolver desde Melilla y Madrid, que es donde pueden hacerlo. Nosotros, en esta esquina del mundo, tenemos otra misión más amplia: impulsar, organizar, coordinar. Creo, Emiliano, que este mismo mes deberás ir a Madrid para unas gestiones relativas a lo que acabo de comentar.

—Como usted mande, mi general. ¿Seguimos con el plan para mañana?

—Seguimos, Emiliano. Es de vital importancia preparar la cita en un lugar donde no se nos pueda ver, pero lo es más todavía que nadie conozca que la reunión ha existido. ¿Tienen decidido el lugar?

— Parece que va a ser después de Lecumberri, en la carretera de Pamplona a San Sebastián, y antes del puerto de Azpíroz, en una salida que da a un robledal. Hoy mismo están en San Sebastián los capitanes Lastra, Vizcaíno y Vázquez. El primero para contactar con el general Kindelán; los segundos se entrevistan con oficiales del cuartel de Loyola. Han salido todos juntos en el coche del señor Maíz.

— Únicamente quiero decir que el general Kindelán está muy vigilado y es un objetivo fácilmente identificable porque es más alto que yo. ¿A qué hora será la cita?

— A las diez de la mañana. Mañana es fiesta y no será necesario madrugar.

— ¿Está Martínez Erro en Capitanía?

— Si no ha llegado estará a punto. He habilitado una oficina en el ala oeste aunque los documentos que deban escribirse propongo que se hagan en su despacho, general, y en su máquina, la Underwood. No conviene que haya trasiego de papeles, ni siquiera entre nosotros. Cualquiera puede tener un despiste y dejar olvidado un documento donde menos se espera.

— Bien, dígame que mañana por la tarde se presente en mi despacho, sobre las seis, porque vamos a pasar a limpio un documento muy confidencial.

— A sus órdenes, mi general.

— ¿Tiene usted alguna información del nuevo jefe de la Guardia Civil?

— Que está en Pamplona desde hace tres días. Nada más.

— Según informaciones que he recibido, ya ha mantenido una reunión con izquierdistas locales en la Casa del Pueblo. ¡Y a mí que me den dos duros! Ni siquiera ha lla-

mado por teléfono para saludarme. ¿Sabes, Emiliano, que el nombramiento de Rodríguez Medel viene firmado en la Gaceta por el presidente de la República y no por el ministro de la Gobernación, como es habitual? Pues así es. En fin, ¿sabemos cuándo regresa el coronel García Escámez?

– Creo que pasado mañana, mi general.

– Déjele una nota en su domicilio para que venga a verme, sea la hora que sea.

– ¿Ordena algo más?

– Nada más. Mañana nos vemos a las nueve y cuarto en la puerta de este despacho. En media hora tengo entendido que llegamos a Lecumberri, ¿no?

– Así es, mi general, hasta mañana.

El director de *Diario de Navarra* regresó de Portugal con algún sobresalto derivado de su propia condición de diputado ya que en la frontera lusa, no contenta la policía de aquel país con el pasaporte que exhibía, todo en regla, hubo de mostrar su carné de diputado en las Cortes Españolas para conseguir traspasar la aduana porque problemas burocráticos que nunca llegaron a detallar amenazaban con retrasar *sine die* su entrada en aquel país. La cita con Sanjurjo se produjo como estaba prevista y la emoción por escuchar de viva voz al general golpista cómo estaba totalmente de acuerdo con los planes de Mola y que únicamente esperaba una indicación para ponerse en marcha, alteraron el compromiso inicial y Raimundo García, pelillos a la mar, estuvo dos días enteros por Estoril convidando a su interlocutor, y a su esposa y niños, en las mejores casas de comidas para dar más realce al encuentro. Tenía en sus manos una información que hubiera hecho temblar los

palios en cualquier catedral, pero en su doble militancia periodista-político siempre antepuso ésta última de manera que los lectores de *Diario de Navarra* no recibieron noticia de algunos de los pasos que había dado su director hasta casi quince años después, y de forma muy parcial, cuando ya había suficiente tierra sobre los muertos y el caudal de agua caída tenía emborronada la memoria frágil de sus compañeros de lucha.

Raimundo García volvió de Estoril pletórico, pasó por Madrid, conferenció con Calvo Sotelo y Gil Robles y enfiló el trayecto a Pamplona, que pasaba en primer lugar por Capitanía. Pero Mola, cuando recibió el aviso de que el director de *Diario de Navarra* estaba en camino hacia su despacho, envió al comandante Fernández Cerdón al encuentro para rogarle que la cita fuera en un lugar más discreto, quizá la fonda Otamendi, de Irurzun, ese mismo día, para almorzar. Y allí se presentó acompañado de su mujer, y de los cuatro hijos, vestido de paisano y en coche oficial. Pensó que lo prudente era no ocultar la entrevista sino airearla de manera natural: un almuerzo familiar con la presencia de un amigo de los tiempos del cuplé. La comida, con tanto niño berreando, resultó un rollo y no menos incordio por lo que, tras los cafés, Mola y Garcilaso salieron de la fonda y paseando por entre huertas, fumando cigarros habanos, buscaron un árbol de sombra y el periodista-diputado desplegó una hoja escrita a mano donde llevaba ciertos apuntes que no quería olvidar.

—General, la visita a Estoril ha sido de lo más provechosa porque si hasta ahora había nieblas en el horizonte, a partir de hoy se puede decir que luce el sol, hay visibilidad plena. El general Sanjurjo, que le manda un estre-

chísimo abrazo, me comunica que tiene conocimiento de los planes que usted ultima, de los que prepara el carlismo y de los movimientos que se están dando en casi todas las Divisiones del Ejército de España en pro de una corriente que aúne todas las voluntades que anidan los buenos españoles, los patriotas, aquellos que no pueden permanecer por más tiempo quietos sin que se les reviente el alma. Me autoriza a decirle que ha mantenido diversos contactos con las más altas jerarquías de la Comunión Tradicionalista, con el príncipe regente, don Javier de Borbón-Parma, inclusive, y que está a disposición de la causa que a todos moviliza. En su opinión la convergencia de la fuerza militar con las unidades civiles que representa el carlismo es la máxima garantía para que este movimiento triunfe, y a ese fin presta su total colaboración en la forma y modo que se estime oportuno.

Dice el general Sanjurjo que estando donde se encuentra –y en la manera en que se encuentra– únicamente puede enviar apoyo moral porque no está en su mano disponer de fuerza alguna que apoye este movimiento regenerador de nuestra patria. Pero, aún y todo, compromete su prestigio, su honor y las fuerzas que le quedan para sumar su nombre a esta campaña que usted, general Mola, dirige, en la forma que considere conveniente. De igual modo el general Sanjurjo cree que lo pertinente en estos momentos es que usted entable una relación con los dirigentes de la Comunión Tradicionalista para aunar las voluntades de las que antes hablaba y tener así las máximas garantías en orden a conseguir el triunfo final. No es tarea sencilla, cree el general, pero es la tarea que el honor y el patriotismo obligan ahora. Si dejamos que el enemigo continúe por el

camino que se inició después de las elecciones del pasado mes de febrero, España se desangra y cae en manos del comunismo internacional. Si dejamos que pasen las semanas, los agentes internacionales se instalarán en España y sabe Dios que no cejarán en su empeño para destruir nuestra civilización. Si ellos ganan, general, *vae victis*, ay de los vencidos, ay de todos nosotros, ay de nuestra patria.

Raimundo García va echando mano de los apuntes que lleva escritos en su hoja doblada pero lo hace al soslayo porque sabe muy bien qué tiene que exponer y cómo, independientemente de que su prosa se ajuste más o menos a lo que díjole Sanjurjo días atrás paseando lentamente de Estoril hacia Cascais. Mola conoce de su facundia y del arte que emplea para adornar todo tipo de cuestiones, y no muestra mayor empeño en cortar la plática que Garcilaso va dejando caer cuando el general lanza al aire volutas de humo con aire provinciano.

—General, dice el laureado Sanjurjo que usted debe proseguir con sus planes hasta el mismo día del levantamiento y que él está en posición de alerta esperando una comunicación para marchar donde le señale. Textualmente me ha comentado: «Dígale al general Mola que soy un soldado y estoy a las órdenes del Ejército y puede contar conmigo para cualquier servicio que se me encomiende». Respecto de los carlistas me ha indicado que ha dado su conformidad a encabezar las fuerzas del Requeté puesto que espera que se sumen a las del Ejército de España en la causa que usted encabeza. Me autoriza a decir que el carlismo quiere un cambio para España que sea inminente y que, si no encuentra aliados por ese camino, sus fuerzas de choque, los requetés, se alzarán en armas contra esta tiranía.

—¿Cómo?, —interrumpe Mola sin perder de vista el humo de su cigarro.

—Al parecer, está previsto un levantamiento que comience en Andalucía, siga por el Levante y se incremente en la zona vasconavarra para después, cada uno en sus columnas, marchar sobre Madrid.

—Es decir, lo que siempre han pretendido los carlistas, conquistar Madrid.

—Así es general. Pero en esta ocasión creen que los débiles y timoratos, los que dudan, se van a unir a sus filas y todos juntos conquistarán la capital.

—Y usted, señor García, usted que los conoce bien, desde luego mejor que yo, ¿qué piensa de todo esto que acaba de referir?

—Para ser sincero, general, yo creo que es el Ejército quien debe de dar el primer paso. A él se deben de subordinar las demás fuerzas.

—Eso lo dice porque usted no es carlista.

—Lo digo porque es lo que manda el sentido común. Y, estoy seguro, lo que usted piensa. Creo que ya hemos hablado sobre el particular en otra ocasión.

—Así es. Pero ni el Ejército ni yo mismo podemos obligar a nadie, como no sea con las fuerza de las armas, para que nos siga en este camino de sacrificio que estamos recorriendo. Para mí, que el carlismo está sobrevalorando su fuerza y minusvalorando la nuestra.

—No creo que sea exactamente eso, general. El carlismo lleva años preparando un alzamiento, una carlistada. No han ganado las tres guerras anteriores. Quizá sea ésta su oportunidad.

—Pero eso es reconocer que el carlismo va a la guerra no sólo por defender España sino para colar de ron-

dón su propio rey. Y eso, mi querido amigo, el Ejército de España no puede secundarlo. La cuestión no está hoy en monarquía o república. El meollo radica en patria o desgobierno, comunismo o valores tradicionales, libertad o anarquía. La cuestión dinástica, en mi opinión, es secundaria en esta obra. Ya sé que para el carlismo es esencial porque está en la raíz misma de su concepción, pero para el resto de los españoles es más importante acabar con la anarquía y el caos que instalar en Madrid un Borbón, aunque sea de rama diferente. Supongo que usted estará de acuerdo conmigo, señor García.

—Estoy de acuerdo con usted, general, pero lo que cavilemos ambos es marginal respecto de las creencias del carlismo. Ellos piensan lo que acabo de referir y el general Sanjurjo les apoya. Con matices pero les apoya. Lo importante ahora, repito, es aunar las fuerzas, concitar voluntades.

—¿Y cómo se hace eso?

—Hablando usted directamente con los jefes de la Comunión Tradicionalista.

—¿Con quién?

—Creo que habría que ir por pasos. Primero Rodezno, luego Fal Conde, más tarde Baleztena, Lizarza... incluso con el propio príncipe regente, don Javier de Borbón-Parma.

—Me temo que esto último no es posible, porque no reside en España, ni deseable. Yo represento, mejor dicho, soy una parte del Ejército de España y España, a día de hoy y desde hace cinco años, es una república. No diré más.

—En síntesis: el general Sanjurjo está a sus órdenes y parece necesario que usted contacte con el carlismo. Sabe que tiene no sólo mi apoyo entusiasta sino mi colabora-

ción más desinteresada si la necesita. De todos modos... Garcilaso echa mano al bolsillo trasero y saca una pequeña cartera de cuero oscura de la que extrae la mitad de un recordatorio fúnebre.

—Decía que, de todos modos, el general Sanjurjo me ha hecho portador de un mensaje rotundo. Esta media tarjeta que ahora le entrego, y que corresponde al recordatorio por la muerte del canciller austriaco Engelbert Dollfuss, asesinado como usted sabe hace dos años en Viena, será la prueba de que el general Sanjurjo da el paso al frente. La otra mitad queda en poder del general y así será hasta el día señalado para el comienzo de nuestra liberación; en esa fecha se la entregará en mano un representante del general. En tanto no reciba usted una carta manuscrita suya, que acompañe la otra mitad de esta tarjeta, Sanjurjo queda a la espera. No habrá confirmación de su participación en este movimiento si a la carta en la que se exprese su asentimiento no acompaña la otra mitad del recordatorio que ahora usted posee. Es la contraseña que el propio Sanjurjo me ha ordenado que le entregara.

Mola guarda la media tarjeta ribeteada de negro en su cartera sonriendo con una mueca maliciosa. Piensa que Sanjurjo, perro viejo y escaldado, ha aprendido ya el artículo primero de toda conspiración que se digne: desconfiar de todo el mundo. Aunque sigue dejando pruebas, como cree Mola después de recibir la mitad del recordatorio.

—Y por Madrid, ¿cómo ve usted la situación?

—Complicada. El Gobierno no la controla porque se le escapa de las manos. Madrid no es una ciudad segura para nadie y la gente de orden está harta de los desmanes de cada día. Las masas obreras quieren la revolución, el

comunismo mientras el presidente de la República, Manuel Azaña, y del Consejo de Ministros, su amigo Santiago Casares Quiroga, que está enfermo de tuberculosis, miran para otro lado. En las filas socialistas sigue la bronca entre Largo Caballero, nuestro Lenin, y don Indalecio Prieto. El Gobierno es muy débil no sólo por la ausencia de ministros socialistas sino por el carácter de muchos de los actuales.

—Y de lo nuestro, don Raimundo, ¿qué se dice de lo nuestro?

—He hablado con el general Fanjul y, aunque no rebosa optimismo, cree que todo es posible si interviene el factor sorpresa. Usted sabrá mejor que yo cómo se trabaja en la capital.

—Se trabaja, señor García, como en todas partes, a marchas forzadas. Unos días se avanza un kilómetro y otros se retrocede medio. En la guerra sucede lo mismo. Ahora mismo no creo en los paseos triunfales que algunos auguran; en realidad, nunca he tenido fe en esas cuestiones porque conozco bien lo duro que es abrirse paso entre posiciones enemigas. Lo que tenemos entre manos, que nadie dude, va a costar mucho sacrificio. Pero confío en que dure poco. Por cierto, comentarle que he estado con don José Luis Oriol y hemos quedado para entrevistarnos con más tiempo un día de estos. Álava es clave en lo que estamos haciendo.

—El señor Oriol, además de un caballero intachable y un patriota ejemplar, es un filántropo como pocos. De su bolsillo han salido muchos cientos de miles de duros con los que el carlismo ha comprado armas y munición.

—Seguiremos trabajando sin que nos pese el ánimo porque hoy, aunque puede que no lo parezca, estamos un poquito más cerca del final.

- ¿Volvemos para Pamplona?
— Volvemos.

El once de junio, día del Corpus Christi, amaneció radiante en Pamplona y el general Mola, muy de mañana, salió por la puerta principal de Capitanía para dar un paseo en compañía de su ayudante. Desde la parte trasera del palacio avistaron una imagen que hasta entonces no habían podido ver: un puente de fábrica con tres arcos que une las dos orillas del Arga, un río que serpentea por el norte de la ciudad, a sus pies, porque Pamplona está en un alto sin posibilidad alguna de que sus aguas lleguen a inundar las calles, excepto que llegara el fin del mundo con el diluvio universal. No ha sucedido así en la parte baja de Navarra donde, ha pocas fechas, una tromba de agua se ha llevado por delante cosechas, árboles, animales, tractores, dejando una rastro de barro y desolación, de impotencia y rabia, que dará paso a más miseria, porque no otra cosa se vive en el campo. Pero hoy, festividad del Corpus Christi, Mola no está para contemplar el paisaje sino para concretar cuestiones de vital importancia cerca de Lecumberri con otro militar en el retiro, el general de Aviación Alfredo Kindelán Duany, igualmente cubano de nacimiento.

Félix Maíz también ha madrugado. Pasó por los Redentoristas para ir a misa de ocho, comulgó, compró bollitos suizos para la familia, desayunó, leyó el periódico, cargó el depósito del automóvil, revisó las presiones de los neumáticos, limpió los cristales y cepilló las tapicerías de los asientos. A la hora convenida estaba con el motor en marcha en el portal de Francia y el coche enfilando al norte.

- Buenos días, señor Maíz.

— Buenos días, general. Buenos días, comandante.

La cita es a las diez en una vereda estrecha con forma de herradura, a la salida de Lecumberri, que entra y sale de la carretera que conduce a San Sebastián. Por el camino, a la altura de Aizcorbe, Maíz adelanta a un Fiat Balilla 508, color crema, donde viajan como piojos en costura cuatro personas y al general le cambia la cara porque, al volante, está el capitán Moscoso del Prado, a quien acompañan los capitanes Díez de la Lastra, Vicario y Vázquez.

— ¿Repiten viaje los capitanes?, —pregunta Mola, sorprendido, a su ayudante.

— Van con nosotros, mi general. Les he pedido que, dado que usted se va a encontrar fuera de la carretera principal con el general Kindelán, vigilen la zona y corten el paso a cualquiera.

— No sé si no seremos muchos en la misma posición...

— Tienen la orden de volver por otra carretera.

Eso le dejó más tranquilo porque era una instrucción que él mismo se había encargado de comentar con Maíz el primer día que se vieron viajando en su coche. Ninguna medida de precaución sobra, ninguna precaución está de más, el enemigo no descansa nunca, solía repetir Mola.

Poco antes de las diez, tras haber cruzado Lecumberri, Maíz giró en una pequeña recta a la izquierda, entró por un camino de tierra y un centenar de metros bosque adentro paró el coche. Un rato después se oyó el ruido de un motor y el comandante Fernández Cerdón aseguró que era el coche de los capitanes. «Runrunea de manera inconfundible porque tiene un golpe en el tubo de escape», dijo. «Ellos se quedan en el arcén de la carretera hasta que llegue el coche

del general; luego van a cerrar la salida por si nosotros tenemos que seguir de frente. Vicario se ha encargado de señalar la entrada al chofer y por eso va vestido de azul».

Con un pequeño retraso apareció Kindelán. Venía de San Sebastián acompañado de una de sus hijas, Lola, y con su amigo Francisco Herrera Oria en la parte trasera del automóvil que conducía Carlos de Salamanca, un Jaguar verde botella lustroso que llamaba la atención se quisiera o no. A Mola no le gustó porque era una ostentación innecesaria (ignoraba que Salamanca se dedicaba a la venta de automóviles y que Jaguar era una de sus marcas representadas para España) pero no hizo comentarios; únicamente torció el morro cuando lo vio llegar. Tampoco tuvo tiempo en exceso para contemplar la joya británica porque, mientras el automóvil verde se acercaba, sonaron unos disparos que se escucharon con total nitidez. El comandante Fernández Cerdón, con su pistola desenfundada, indicó a Mola que subiera al coche. Maíz lo puso en marcha e hizo una seña con la mano a Salamanca para que siguiera; medio centenar de metros más adelante paró el Buick y el conductor del Jaguar hizo lo propio. Kindelán bajó de la parte delantera y esgrimió una sonrisa de circunstancias ante Mola:

— Buenos días, mi general: ¿nos han detectado?

— Buenos días, general. No lo sé, me han parecido detonaciones de revólver, así que no son nuestras. Hay cuatro capitanes en el cruce y espero que sepan protegernos, dijo malicioso.

— ¿Han visto algo sospechoso en el camino? — preguntó Fernández Cerdón a Salamanca.

— Nos ha parecido que había un par de personas más allá del cruce. También estaba el Fiat que nos habían indicado.

—Maíz —ordenó Mola— vaya usted hasta la carretera y averigüe qué ha sido eso.

—Ahora mismo, general.

Los dos generales avanzaron por el camino hasta un pequeño claro. Allí, sobre un tronco cruzado, Kindelán quedó sentado y Mola en pie. Del coche de Salamanca bajó una joven de unos veinte años con un sobre blanco algo abultado, fue andando hacia donde se encontraba su padre y regresó para montar otra vez; sacó del bolso una revista y comenzó a hojearla levantando la vista de vez en cuando para seguir los pasos del general de Aviación. Herrera Oria, a su vez, hacía como si leyera un periódico. Sonaron más disparos. Por el camino llegó de nuevo Maíz, que había estado con el capitán Lastra al borde del sendero.

—Son disparos de escopeta para celebrar una procesión. Se puede ver desde la carretera.

—Pero ¿no estaban prohibidas? —preguntó Kindelán.

—Parece que, al menos las de este pueblo, no.

—Y ¿lo celebran así?

—No tendrán pólvora para cohetes, respondió Maíz. Es que hoy es Corpus Christi, día grande para la Iglesia...

—Sigamos, Kindelán.

Los generales volvieron al tronco. Sobre sus rodillas el aviador desplegó el plano que había traído en el sobre y también unas cuartillas escritas a máquina. Mola observó los movimientos con el rostro muy serio y una vez se quitó las lentes para ver de cerca el mapa. Los generales conversaron durante cuarenta minutos y al cabo de ese tiempo Mola llamó a su ayudante.

—Comandante: ¿está libre el camino de vuelta?

—Creo que sí, mi general.

—Compruébelo de nuevo, por favor.

Maíz se acercó a una indicación de Mola y recibió el sobre.

—Guárdelo en el lugar más seguro.

Y tirando una sonrisa añadió:

—Responde usted con su vida, señor Maíz.

—No es necesario. Mi coche tiene un par de compartimentos que ni su propio fabricante podría descubrir. Fernández Cordón regresó haciendo gestos cruzando las manos.

—El camino está expedito. Podemos volver.

Mola dio un paso atrás y se llevó del brazo a Kindelán. Reveló algo a su oído y se dieron un abrazo.

—Vamos para casa, señor Maíz. Nuestra procesión ha acabado.

Ya en el coche el general Kindelán hizo un comentario a Herrera Oria:

—Hay que ayudar con dinero este movimiento. Vosotros, Carlos y tú, que podéis, mover los hilos de la colecta.

En ese momento, no hubo respuesta.

El camino de vuelta lo hizo Mola en silencio, casi como de costumbre, ordenando por los archivos de su cerebro la información que acababa de obtener. Comió con su familia, jugó con los niños y echó una cabezada en el sofá. A las cinco de la tarde se fue para el despacho y en la libreta de tapas de hule fue anotando cifras y frases a la vez que consultaba un mapa de España que sacó de un cajón. Luego se encaminó hacia el planchatorio y redactó el número cuatro de las instrucciones reservadas, con tantas tachaduras y borrones, que esperó la llegada de Martínez Erro y, ya en su despacho, comenzó a dictar:

Instrucción Reservada Número Cuatro:

Para el régimen de tiempo se tendrá presente lo siguiente:

Primero.- La hora inicial será aquella en que se empiece el movimiento por la división que tome la iniciativa en el sector Valladolid, Burgos, Zaragoza. Para ello el general jefe de cualquiera de las divisiones V, VI o VII al dar cuenta con arreglo al párrafo 3º de la INSTRUCCIÓN RESERVADA NÚMERO TRES, dirá la hora en que va a declarar el estado de guerra: ÉSTA ES LA HORA INICIAL (HI).

Segundo.- La primera etapa de las fuerzas deberá estar realizada por lo tanto a la hora HI más TREINTA Y SEIS. La confronta en esta etapa debe hacerse a la hora HI más TREINTA Y SEIS más UNA.

Tercero.- La segunda etapa deberá estar realizada a la hora HI más TREINTA Y SEIS más VEINTICUATRO. La confronta de destacamentos a la hora HI más TREINTA Y SEIS más VEINTICUATRO más UNA.

Cuarto.- La tercera etapa habrá de estar realizada a la hora HI más TREINTA Y SEIS más VEINTICUATRO más VEINTICUATRO. Las confrontas de destacamento a esta hora más DOS.

En Madrid a junio de 1936.
EL DIRECTOR

— ¿Ha quedado bien?, preguntó al finalizar.

—No ha podido quedar mejor, mi general, respondió Martínez Erro tras su primer trabajo.

—A ver, a ver...

Mola tiró del carro con energía, sacó las hojas, los papeles del calco y casi la propia máquina del impulso que dio. Ojeó la página sin hacer correcciones. Luego miró a su escribiente, comenzó a recorrer el despacho en diagonal y dijo sin alterar el paso:

—Para primer día no está mal.

—Gracias, mi general. ¿Quiere usted que le pase algo más a máquina?

—No es necesario por ahora. En su debido momento le volveré a avisar.

—Si no manda más, mi general, me retiro con su permiso.

—Sea.

—Buenas tardes, mi general.

—Buenas tardes... mecanógrafo.

15

EL ORDEN PÚBLICO NO ESTÁ GARANTIZADO

Por fin recibí noticia del nuevo jefe de la comandancia de la Guardia Civil. Una llamada telefónica ha sido la presentación del teniente coronel José Rodríguez Medel, con quien había coincidido en Toledo treinta años atrás y que ahora no podría reconocer si me cruzara con él por alguna calle: el tiempo causa estragos en algunas personas, sobre todo si se les cae el pelo y vuelcan por su pechera unos kilos de más. Como digo, Rodríguez Medel me telefoneó y no

tuve otro remedio que afean su conducta por no haberse presentado de forma oficial a las cuarenta y ocho horas de haber llegado a Pamplona, como era su obligación. Nunca tuve mucho contacto con él, simplemente nos conocíamos –como sucede muy a menudo en la milicia– y quizá por eso no puse freno cuando le dije por teléfono:

–Teniente coronel Rodríguez Medel: llama usted un poquito tarde a su general. Lleva en Pamplona una semana, o más, que no lo sé con seguridad, y hora era ya de saber que había tomado usted posesión del puesto.

–No sabe cuánto siento este retraso, mi general. Han sido días de mucho barullo porque he viajado por las comandancias para que los guardias me conocieran y yo supiera de los problemas que tienen ellos.

–Hombre, Rodríguez, todo eso que me está contando está muy bien. Pero a nadie se le escapa que usted ha pasado antes por la Casa del Pueblo que por este palacio de Capitanía.

–Si usted así lo quiere, mi general, ahora mismo voy a visitarle.

–No es necesario. Soy yo quien mañana estará en la comandancia saludándole a usted.

Lo hice así porque, entre otras razones, me interesaba conocer por dentro las instalaciones y, si podía ser, ver la dotación que había en la comandancia. Para no dar mayor importancia a la visita (lo que tenía que decir, ya lo había hecho el día anterior por teléfono) fui andando con el coronel García Escámez, recién llegado de su periplo por el sur, y mi ayudante, el comandante Fernández Cordon. Cuatrocientos cuarenta y nueve pasos que me encargué de repetir machaconamente a mis acompañantes. El nuevo jefe de la

Guardia Civil nos esperaba en la puerta y había mandado formar a los guardias en el zaguán del edificio que, según me han contado, hace pared con pared junto al más antiguo de Pamplona, propiedad de la Diputación provincial.

—Celebro su visita, mi general. Creo que hace treinta años que no nos veíamos, —dijo al acabar las ceremonias de saluda.

—Si nos hubiésemos encontrado en la calle, yo no le hubiera conocido. Y no porque sea usted un año menor, o tenga yo un año más, sino porque en este tiempo que ha pasado todos cambiamos de cara.

—Todos menos usted, mi general, que continúa igual de espigado que cuando andábamos por Toledo. Siempre he tenido conocimiento de sus pasos: África, en la Dirección General de la Seguridad del Estado, en el ministerio, ahora en esta ciudad... Usted ha llegado a hombre famoso y general de brigada y, ya ve, yo soy un simple teniente coronel al que hoy le cabe el honor de mandar a los guardias de esta comandancia aunque lo que de verdad, verdad me hubiese gustado...

—No me diga usted que le hubiera gustado haberse dedicado a la política, Rodríguez; no me diga usted eso, por favor, que me hunde.

—En absoluto, mi general. Lo que a mí me hubiese gustado es dedicarme al estudio y la enseñanza. Durante los años que van de mil novecientos veintisiete a mil novecientos treinta y tres tuve la condición de supernumerario en el Ejército porque vi flaquear mi vocación militar en detrimento de la aritmética. Fíjese cómo son las cosas.

—A mí me ha ocurrido lo contrario: con el paso de los años he incrementado la pasión por la milicia después

de conocer otros campos, como usted sabe bien, que no son propios del militar. Hay ocasiones en las que uno no puede decir no, aunque se esté ahogando. Ése fue mi caso cuando estuve en Madrid dirigiendo a la policía.

La conversación siguió por esos derroteros tan insulsos porque el nuevo jefe de la benemérita por ahí quería llevarla; únicamente tenía palabras para el recuerdo y la anécdota. A la mínima insinuación mía para que hablásemos de la situación en España se tiraba por la tangente (por algo era especialista en aritmética) y no había forma humana de centrar la cuestión. Tampoco en esta inicial visita, en este primer encuentro cara a cara, quería yo dar la sensación de que estaba sometiendo a nuestro hombre a un interrogatorio de tercer grado, porque más interesante que todo eso era ganar a Rodríguez para la causa, intención que vi desvanecer en cuanto mis hombres me informaron de que por la calle Tecenderías pasaban todos los días muchos capitostes locales del Frente Popular y permanecían allí durante horas. En fin, que de manera ingenua lo había intentado y por lo menos obtuve una conclusión muy clara: el día "J" nuestras gentes deberán neutralizar la comandancia por el bien de todos nosotros y el de España.

Cuando estábamos ya de nuevo en el zaguán, a punto de despedirnos, Rodríguez Medel pidió permiso para regresar a su despacho porque había algo que quería entregarme. Era un ejemplar de su libro *Tratado de Aritmética*, que está impreso por la tipografía El Defensor, de Granada, en 1923 (dudo que sea capaz de leerlo por más que cien años viva). Se disculpó por entregarme este volumen sólo a mí y dejar en blanco a García Escámez y a mi ayudante.

—No dispongo de más ejemplares porque es obra vieja. Ahora estoy pensando en escribir otra obra didáctica

sobre matemáticas pero no sé si este destino me lo va a permitir.

— ¿Le parece a usted que esta plaza le va a dar mucho trabajo?

— Es posible. Parece que el orden público no está suficientemente garantizado, que hay gentes partidarias que marchan en formación cuasi militar por las calles de Pamplona... En fin, tengo orden de no permitir que nadie abuse de las libertades que la Constitución consagra para todos los españoles, mi general.

— Pues nada, teniente coronel Rodríguez, no seré yo quien le quite tiempo en su tarea. Vaya con Dios y espero que en fechas sucesivas nos volvamos a encontrar. Queda usted convidado a conocer el palacio de Capitanía, donde vivo y trabajo. Está a cuatro...

En ese mismo instante me di cuenta de que estaba a punto de meter la pata hasta el corvejón, porque iba a soltar la letanía de los cuatrocientos cuarenta y nueve pasos.

— Digo que está a cuatro pasos de aquí. Fíjese si está cerca que hemos venido andando. No le cuento más.

— Le aseguro, mi general, que avisaré con la antelación debida y que será un placer volver a encontrarme con usted.

Mirando hacía el lado donde se encontraban García Escámez y Emiliano añadió:

— Y con sus gentes. Somos la representación de la fuerza armada que el Estado tiene en esta provincia. Hemos de llevarnos como compañeros; a fin de cuentas, es lo que somos.

— Así lo espero.

— Yo también. A sus órdenes, mi general, y hasta pronto.

—Sea.

Por el camino de vuelta fui comentando con mis ayudantes que Rodríguez Medel me había parecido un místico, una persona más dedicada a cultivar la mente y la inteligencia que a la defensa de España frente a sus enemigos. Me temo que hemos pinchado en hueso, dijo mi ayudante. A lo que yo contesté:

—Nunca había imaginado que tuviésemos esta comandancia de nuestro lado. Mejor es no hacerse ilusiones que darse la sorpresa, así, de sopetón, el último día.

—*Igenerá*, quede usted tranquilo que en la Guardia Civil de Pamplona hay más personas que su jefe. Yo sé de lo que me hablo y le puedo asegurar que hay contactos con oficiales de la Benemérita que están absolutamente con nosotros.

Don Curro remarcó absolutamente.

—Por nuestro bien y por la suerte del proyecto que tenemos para la patria, así lo espero señores. Hay cuatrocientos cuarenta y nueve pasos entre Capitanía y el fortín de los guardias. Que nadie lo olvide.

—*Igenerá*, no sea usted pesimista que ésa es enfermedad que se contagia rápido en los humanos.

—Prefiero serlo y al final equivocarme que vivir en la confianza y darnos el morrón.

—Punto medio, *igenerá*, punto medio —decía don Curro cuando empezábamos a subir la cuesta de Capitanía. —Punto medio. Que a veces las cosas no son blancas ni negras, son grises.

—No insista Escámez, para usted la perra gorda.

El general Kindelán ha mostrado todo su apoyo a la causa que estamos enhebrando y me ha dicho que está

absolutamente a nuestro servicio no sólo en cuanto a materia aeronáutica, sino a la intendencia en general. Incluso me ha comentado algo sobre la ayuda que pueden prestar los civiles en Madrid, en su círculo de amistades, de la que él se va a encargar. En una primera aproximación parece que los aeródromos que podríamos considerar leales a la causa son pocos y diseminados, aunque Kindelán ha pedido tiempo para recorrer media docena más donde dice que tiene contactos que ha de cultivar personalmente.

— Necesito tiempo, ha dicho el aviador.

— Tiempo, precisamente tiempo, es lo que más nos falta — he respondido. — Si nuestro plan se demora más allá de treinta días, el enemigo se nos arroja encima. Y si damos el primer paso mañana, nos echamos a la calle tres y el del tambor. El tiempo que nos queda es el que resulte de acoplar las piezas de este rompecabezas: no más de treinta días. Por encima de ese plazo se nos puede ir todo al garete porque el Gobierno no está en Babia. Así que ánimo, esfuerzo y confianza.

— Ánimos y confianza no nos faltan, general. Espero que fuerzas tampoco.

De acuerdo al primer informe que Kindelán ha preparado parece que nosotros podremos disponer de 38 aparatos, de ellos 12 en perfectas condiciones de vuelo. Las fuerzas que apoyan al Gobierno cuentan con 118 aviones, casi todos utilizables desde el primer momento. Esta desigualdad numérica, cree el aviador, se aminora si en Madrid podemos controlar Cuatro Vientos, que es su objetivo. Como quiera que tenemos ya demasiados flecos encomendados al azar no me hago ilusiones de tener apoyo aéreo desde el primer día, excepto en las zonas donde nuestro dominio es muy claro.

Por ese motivo he encomendado al general Kindelán que se ocupe de las siguientes cuestiones: en primer lugar de encuadrar todos los elementos afines, a los que debe de mantener bien estimulados y ojo avizor. Sean los que sean, pocos o muchos, ese grupo ha de estar cohesionado y con los depósitos llenos de optimismo, que es la premisa primera para lanzarse al campo de batalla. En segundo lugar, que mantenga un contacto permanente con el teniente coronel de Ingenieros Álvarez Rementería, hasta ahora encargado por el general Fanjul de la parte aérea de Madrid, para que si no consiguiéramos sumar nuevos adeptos tengamos, al menos, la posibilidad de inutilizar todos los aparatos posibles que queden en manos del Gobierno. Esto se llama sabotaje y es un arma que ha de utilizarse con tino porque lo que hoy no nos sirve, por que lo vemos lejos, puede ser nuestro mañana y bueno será que tengamos la capacidad de reconstruir lo que había quedado inutilizado. Además de lo anterior he pedido al general aviador que organice una red de enlaces rápidos con transmisiones telefónicas, o por radio y vía aérea, por la que fluyan las órdenes que salgan desde Pamplona y que, hasta el momento, coordina en Madrid el teniente coronel Galarza.

Un aspecto importante que he tratado con Kindelán ha sido el aprovisionamiento de carburante para los aviones y me ha enseñado un plano de la España aérea con los emplazamientos de los depósitos más importantes. Por lo que ha explicado, las bases más importantes están en Madrid y Barcelona, además de Marruecos, y en la península estos depósitos de las grandes capitales están bajo control de gentes muy afines a los intereses del Frente Popular que nos gobierna. Sabido es que en la guerra moderna con-

trolar los carburantes es disponer de media victoria; por eso insistí tanto en esta cuestión cuando hace unos días me reuní con el general Cabanellas cerca de Tudela. Él me dijo que armas, comunicaciones, carburante, ferrocarriles y municiones están bajo su control y que cuente con ello. Ahora mismo, si movilizáramos en Navarra todas las guarniciones y un par de miles de voluntarios, creo que tendrían que marchar al frente con fusiles de madera y a golpe de alpargata porque no tenemos ni armas ni elementos de transporte suficientes.

Otra cuestión que he encargado a Kindelán es que establezca contacto inmediato con el coronel Yagüe en Marruecos para conocer los planes de desembarco en la península y la forma de hacer llegar a Franco hasta tierras africanas si es que finalmente se decide, porque pareciera que estas últimas fechas ha quedado mudo. Kindelán me ha comunicado que, según su conocimiento, un grupo civil tiene en estudio un proyecto para trasladar a Franco de Canarias pero no hay más información por el momento. He encomendado a Kindelán la transmisión de las directivas para Marruecos y la orden para el día J, misión que ha de cumplir con sus medios y su gente. Hemos quedado en que, si bien personalmente lo más probable es que no podamos vernos, los civiles que le sirven de enlaces seguirán trabajando en todo lo que se ordene desde Pamplona. Me gustaría que, llegada la fecha de la sublevación, Kindelán estuviera cerca de mi cuartel general -donde quiera que se establezca- porque su conocimiento aéreo, y sus ganas por colaborar en lo que se le ordene son de gran importancia en mis planes.

Don Curro ha estado en misión por las tierras del sur y lo ha hecho a su modo. Después de haber preparado

un coche para que viajara desde Pamplona, él creyó conveniente variar los planes porque cree que le siguen los pasos desde hace unos días y no le dejan a sol ni a sombra. Salió de Pamplona en tren con su esposa y fue a casa de unos familiares en Madrid, dejándose seguir por los esbirros del gobernador. Pero en la capital tenía un coche que le ha facilitado Agudo, con matrícula de Madrid, en el que ha hecho el viaje por Andalucía y con el que volvió al punto de partida. A Pamplona ha regresado en tren como si hubiese estado una semana con su familia disfrutando de vacaciones.

Según cuenta no ha visto mimbres para hacer el cesto en casi ninguno de los acuartelamientos y lo más que destaca es que hay oficiales que quieren un movimiento regenerador que impulse una nueva España, aunque casi ninguno tiene mando en tropa. Cuestión bien distinta es lo que pasa en Marruecos, como ya me imaginaba porque conozco bien la zona y la disposición de los jefes para no dejar pasar una oportunidad como la que ahora estamos pergeñando.

Cuenta don Curro que por poco hace el viaje en balde ya que desde el Ministerio de la Guerra habían llamado a Yagüe para que fuera a Madrid porque el ministro, Casares Quiroga, quería conferenciar con él. Parece que el Gobierno, como ya me temía, pretende quitar al teniente coronel el mando de la Legión y le ha ofrecido en Madrid el oro y el moro, pero el soriano (Yagüe ha nacido en un pueblo de Soria que se llama San Leonardo) ha dicho que no tiene interés por un cambio y menos ahora que está preparando unas maniobras de toda la tropa africana, tarea en la que ha puesto empeño y tiempo. «Quizá después del verano», dijo en Madrid.

Escámez ignoraba que el teniente coronel no estaba en la plaza y se personó en Ceuta a su aire pero con tan buena suerte que, a punto de regresar a la península, pudo conferenciar con él cuando acababa de pisar tierra africana y la impresión que ha sacado es que en Marruecos está la maquinaria engrasada y dispuesta para dar el salto. Comenta don Curro que Yagüe quiere unas instrucciones precisas para Marruecos (y así lo pienso hacer) aunque cree que el teniente coronel sabe qué es lo que ha de cumplir sin necesidad de mayores indicaciones. Cuestión bien distinta es la coordinación y en esa materia vamos a procurar desde Pamplona que no haya resquicios ni dudas. También es importante su papel junto a Falange Española, de la que don Curro dice que, con su jefe en la cárcel, quién sabe qué puede pasar porque nota a los falangistas con más ardor guerrero que nadie.

Yagüe ha preguntado por los planes para trasladar a Franquito desde las Canarias y García Escámez ha contestado que es cuestión de la que no tiene conocimiento pero que su general, por mí, lleva en la cabeza. No es así, esta gestión tiene su cerebro en Madrid y yo voy a tener conocimiento tan sólo cuando ya esté todo medido, cortado y probado, si es que se puede decir de esta manera. Con los problemas que tenemos en esta esquina del mundo no podría yo ocuparme de ese asunto, por importante que sea, que lo es. Nadie me da sugerencias sobre cómo debo ordenar a la tropa que marche sobre Madrid, si es que la capital no se subleva con nosotros, porque parece obvio que es mi misión. De igual modo espero que otros hagan su trabajo sin preguntar y que el día "J" estemos todos en la misma marcha y con la misma dirección, que no es otra que redi-

mir la patria. Ahora mismo creo que en Marruecos está el ejército que puede salvar España.

Acabo de conocer a Lizarza y, sí, es como me lo había imaginado: parece el hermano gemelo de Aviraneta. Lo mandé llamar a través de García Escámez porque en el tradicionalismo local todo el mundo le señala como el jefe de los requetés, lo que equivale a decir que es el hombre de acción en el carlismo navarro (seguramente habrá más pero él parece ser el más caracterizado). De todos los civiles que han pasado por mi despacho ha sido el único que ha saludado militarmente, después de cuadrarse; pensaba, creo yo, que estaba con un colega. Más evidente me ha parecido que tenía unas ganas locas por conocerme y hablar. Hablar de general a general, claro.

Entre las muchas cosas que ha soltado está el sistema organizativo de sus milicias que, básicamente, se trasluce así: la unidad de rango superior es el Tercio (equivalente al Batallón del Ejército) que está formado por tres requetés; son en realidad Compañías, están compuestas por tres Piquetes y suman un efectivo de 246 hombres. Los Piquetes, de 70 unidades, están formados por tres Grupos; estos, a su vez, por veinte hombres con tres Patrullas y cada una de estas escuadras por cinco soldados y un jefe, o cabo. El Requeté (al que Antonio Lizarza llama Boina Roja, que es la denominación correcta según dice, aunque popularmente se use aquel apelativo, que corresponde a una Compañía) es el soldado raso, el capitán manda una compañía en Infantería e Ingenieros, un grupo de escuadrones en Caballería y una batería en Artillería; el comandante manda un Tercio y el general es el Jefe Nacional de Requetés (el

puesto está actualmente vacante), el vértice superior del triángulo.

Lizarza me ha hecho entrega solemne de un ejemplar encuadernado en piel bermellona, con sus hierros dorados, de las *Ordenanzas y Reglamentos* de este ejército tan peculiar, que tiene ciento seis páginas y abarca todo lo abarcable. En su página 51, por ejemplo, dice lo siguiente: «Hay en el requeté un doble carácter: agrupación de hombres que profesan un Ideario y aspiran a la restauración de la Patria sobre la base de esos principios tradicionales, y actuación militar armada para ese fin». Cuatro páginas más adelante trasluce todavía más: «El requeté es una organización militar; por lo tanto, para el sostenimiento de la misma es indispensable mantener una férrea disciplina en sus cuadros, que con la conciencia del sublime Ideal que sustenta, eleve la moral de sus miembros, haciéndolos aptos para el máximo rendimiento, y exalte el sentir de la propia responsabilidad, con la inclinación espontánea a todo renunciamiento, cuando se trate de defender la gloriosa Bandera de la Tradición, simbolizada en el emblema santo de Dios, Patria y Rey». Haciendo una abstracción de la carga religiosa de este acápite he de manifestar que ni yo mismo hubiese mejorado esta definición del soldado, llámese requeté a caballo o húsar.

Pero Lizarza me ha contado muchas cosas más, unas motu proprio y algunas otras a preguntas mías. Ha hecho una pequeña historia de sus milicias refiriendo que en mil novecientos treinta y uno, al poco de proclamarse la República, hubo una organización carlista en Navarra que con el apoyo de una Junta Sacerdotal (la cita es literal porque, extrañado, se lo he preguntado dos veces y ambas ha

respondido de igual manera: los sacerdotes son muy importantes en nuestra organización), formó lo que llamaron Decurias –eran grupos de diez hombres, de ahí su nombre– para dar apoyo y custodiar edificios religiosos, los centros propios del carlismo, la sede del periódico *El Pensamiento Navarro* (que es su órgano de expresión), etcétera.

Dos años más tarde estos grupos pasaron a llamarse Patrullas y fue en mil novecientos treinta y cuatro cuando tomaron cuerpo de ejército después de una visita que el propio Lizarza y Rafael Olazábal, en nombre de la Comunidad Tradicionalista, el diputado y ex ministro Antonio Goicoechea, por Renovación Española y el teniente general Barreda, que decía representar a sectores amplios del Ejército (aunque vivía confinado en París), hicieron a Italia, donde lograron reunirse con Benito Mussolini, *Il Duce*, en Roma. De esta reunión, en la que pusieron negro sobre blanco su propósito de lograr una permutación en España que conllevara, entre otras cuestiones, el cambio de república a monarquía, Mussolini se comprometió a ayudar con armas y dinero: de las primeras nunca lograron traer a Navarra más que pequeñas cantidades y del dinero, un millón y medio de pesetas, vino a España escondido por Olazábal y sirvió para comprar en el mercado negro las primeras pistolas y fusiles.

El cambio que se produjo en mil novecientos treinta y cuatro en el seno del carlismo, cuando Manuel Fal Conde sustituyó a Tomás Domínguez de Arévalo, conde de Rodezno, en la alta jefatura del partido aceleró el embrión que eran las decurias hasta conformar un ejército en la clandestinidad que se llamó, como antaño, Requeté. A Italia, según cuenta Lizarza, han ido en los últimos años jefes de

su partido, bajo la capa falsa de militares peruanos, para recibir instrucción y adquirir pericia en el manejo de armas. Pero ha sido en los montes navarros donde se han forjado estas unidades, que entrenan todos los fines de semana y festivos con un espíritu que, según Lizarza, ningún cuerpo de ejército del mundo será capaz de lograr. Al hilo de estos temas de armamento, embalado por el ritmo que ha ido tomando su discurso, me ha hecho dos confidencias.

— Mi general, ha dicho, hace unos días el señor don José Luis Oriol, de su peculio, compró en un país que no hace al caso un cargamento compuesto por seis mil fusiles, ciento cincuenta ametralladoras pesadas, trescientas ligeras, cinco millones de cartuchos y diez mil bombas de mano. Han llegado ya las ametralladoras pero tenemos problemas con el resto del armamento porque el barco que debía hacer el transporte ha sido decomisado en Hamburgo y mucho nos tememos que nunca llegue a nuestras manos ya que el Gobierno español ha puesto en circulación sus agentes porque, aún no sabiendo quién es el destinatario final, teme que sea para armar a sus opositores. Pero disponemos de importantes cantidades de explosivos y bombas de mano que nuestra gente está fabricando en almacenes distribuidos en pueblos que nos son afines y, yo mismo, hace poco que cerré una operación con la casa Mauser en virtud de la cual tenemos ya en nuestros polvorines, a buen recaudo, mil pistolas C/96 con su funda culatín y la correspondiente munición. ¿Qué le parece, mi general?

— Muy interesante lo que relata, Lizarza. Y ¿dice usted que tienen buenos escondites para las armas?

— Los mejores, mi general. Nuestra gente, además, antes muerta que decir una palabra al enemigo. Ni de las armas, ni de nada de nada. De eso no tenga duda alguna.

— ¿Y la instrucción?

— Semanal, mi general. Entre el general Varela, el teniente coronel Rada y el teniente coronel Utrilla han dado formación militar a los cuadros y, estos, a todo el Requeté.

— Dígame, señor Lizarza, ¿con cuántos efectivos cuenta su organización?

El jefe local de los requetés dudó un segundo.

— Muy confidencial, mi general: ocho mil cuatrocientos Boinas Rojas organizados en unidades tácticas. Esta cifra se refiere sólo a Navarra; ignoro la cantidad en otras provincias. Sí le digo, porque es materia que está acordada por los órganos supremos de nuestra organización, que nuestro ejército estará a las órdenes de quien esté dispuesto a seguir la consigna eterna del carlismo: Dios, Patria, Rey. Por eso luchamos.

— Creo que seguiremos hablando sobre el particular pero hoy, me va a perdonar usted, no dispongo de más tiempo.

— Mi general: creo que lo conveniente es que usted parlamente con don José Luis Zamanillo, que es Delegado Nacional de Requetés. A fin de cuentas, yo sólo soy su jefe en Navarra.

— Tenga usted sobre aviso a su delegado porque nos pondremos en contacto con él tan pronto como sea posible.

— Permítame una última pregunta, mi general, ¿está usted en condiciones de ordenar un levantamiento contra este desgobierno que amenaza con destruir España? Para ser más concreto: ¿podemos confiar en un golpe protagonizado por los militares con usted a la cabeza?

— Señor Lizarza, puedo contestar que tiempo ha que trabajamos en silencio para restablecer en España los

valores tradicionales y el orden. Más no puedo decir. Creo que usted ya me entiende.

— Perfectamente, mi general.

— Quedamos, entonces, a la espera de nuevos contactos. ¿Conforme?

— Conforme, mi general. ¡Viva España!

Lizarza salió de mi despacho henchido, exudando inclusive por el pelo y rebosante de liturgia. Acababa de desvelar su potencial de fuerza y esperaba una palabra mía para rendir sus tropas a las del Ejército español en la tarea de romper el yugo que padece la patria. Tras despedirlo, tomé nota en mi cuaderno de las cuestiones que parecían más importantes, y mandé llamar a García Escámez y a mi ayudante. Les dije:

— Por lo que acabo de conocer, parece que en Navarra tenemos tropa y moral de victoria.

Don Curro, desde una esquina, cruzó los brazos y sonrió con malicia.

16

EN MADRID, ANTES DE DÍEZ DÍAS

Junio está siendo un mes de abrigo, aunque está a punto de llegar el verano. Mola tiene a su gente viajando de la ceca a la meca, sin tregua, porque cree que la mies es mucha y los obreros son pocos aunque el carlismo diga que tiene un ejército preparado que numéricamente es casi la mitad de las tropas que España mantiene en África (y ése, según el general, sí que es un ejército). De Barcelona llegan noticias malas, de Andalucía por un estilo, regulares de Madrid, de

Canarias... de Canarias no hay noticias. Ni buenas ni malas. Para García Escámez, no obstante, que no haya nuevas de las islas es bueno y así se lo hace saber a su general.

— *Igenerá*, las malas noticias son las que primero llegan. Si hubiese ocurrido algún desastre, Dios no lo quiera, ya nos hubiésemos enterado.

— Es posible que así sea don Curro, pero convendrás conmigo en que lo cómodo es esperar sentado a que la revolución pase por delante de la puerta de uno y sumarse entonces a la revuelta, ¿no?

— Eso es lo más cómodo, *igenerá*.

— Sabía yo que nos íbamos a entender.

— ¿Tenemos más información de los carlistas?

— Mañana recibo a su jefe de tropa, el señor Zamanillo.

— ¿Aquí?

— Aquí, en este palacio. Van a entrar con el coche hasta el patio después de comer. A esa hora, según me dice el mecanógrafo, parece que no hay vigilancia.

— Es que el gobernador ya no tiene policías suficientes para vigilarnos a todos...

— Fíate y no corras. Hasta que llegue el día "J" aquí no hay que bajar la guardia jamás. Ja-más, con jota.

— En esas estamos, *igenerá*.

Conforme a la previsión, José Luis Zamanillo hizo entrada en el palacio de Capitanía en un coche que conducía Martínez Erro sentado en el asiento trasero, con una boina generosa que llevaba enroscada hasta los ojos, tapándole por completo el rostro. Subió las escaleras con parsimonia y saludó al general sin mirarle a la cara. Mola, tras inspeccionar de arriba abajo al invitado, propuso que tomara asiento y ordenó café.

– Celebro encontrarme con usted – dijo.

– Igualmente, general.

– Entremos en materia, si le parece.

Zamanillo parecía que tuviese prisa. De un bolsillo interno de la chaqueta sacó una hoja doblada en cuatro y pidió permiso para leerla ya que, según manifestó, traía las órdenes por escrito. Mola asintió con un interés al que no le faltaba cierta dosis de escepticismo.

– La Comunción Tradicionalista que ahora represento quiere comunicarle, general Mola, su punto de vista sobre el movimiento regenerador de España que está en marcha. No es ésta que voy a leer una proclama sino la base sobre la que llegar a un entendimiento. Son nueve puntos y dice así:

Primero.– Medidas de orden público a juicio del Ejército.

Segundo.– Derogación de la Constitución, de las leyes laicas y de las atentatorias de la unidad patria y al orden social.

Tercero.– Disolución de todos los partidos políticos, incluso los que hayan cooperado.

Cuatro.– Disolución de todos los sindicatos y asociaciones sectarias. Incautación de sus fondos y bienes, y expulsión de sus dirigentes.

Quinto.– Proclamación de una Dictadura de duración temporal, con anuncio de la reconstrucción social orgánica corporativa, hasta llegar a unas Cortes de esa naturaleza.

Sexto.– Anuncio de reforma de todos los cuerpos del Estado.

Séptimo.- La suprema dirección política responderá a un Directorio, compuesto por un militar y dos Consejeros civiles designados previamente por la Comunión Tradicionalista. El primero será presidente del Directorio y del gabinete, y tomará especialmente sobre sí la Seguridad Nacional (Ejército, Marina, Orden Público, Comunicaciones y Transportes). De los otros dos, el uno se encargará del Ministerio del Interior (Ayuntamientos, Diputaciones, Preparación del régimen foral, Corporaciones y Enseñanza profesional); y el otro tomará a su cargo el Ministerio de Educación Nacional (Propaganda y Prensa, Enseñanza General -elemental y segunda- y Relaciones con la Iglesia).

Octavo.- Desarrollará las direcciones políticas del Directorio y llevará la Administración general del Estado un Gabinete de Ministros técnicos, previamente elegidos de entre las personas más capacitadas, desprovistas de prejuicios partidistas.

Noveno.- Se da por supuesto que el Movimiento será con la bandera bicolor.

Con estos puntos, general, la Comunión Tradicionalista no entrega un programa completo sino unas pautas de procedimiento; así hay que entenderlo. De cualquier modo, usted ya sabe de nuestros contactos con el general Sanjurjo y cómo él ya ha aceptado ser el Presidente del Directorio...

—Nadie duda, señor Zamanillo, de la autoridad del general Sanjurjo.

—Me alegro coincidir.

—Sin embargo proponen ustedes cuestiones que a mí, general del Ejército que representa una posición colegiada de jefes y oficiales, no me es posible ni dar contestación ni asumir. Nosotros, los militares que estamos dando este paso por la salvación de la patria, representamos un sentir general en la nación, que quiere una vuelta al orden, a los valores tradicionales, a la esencia de España. Nada podemos hacer, hoy, para contentar los deseos de este o aquel grupo político.

—General, la Comunción Tradicionalista, que no tiene interés partidista, está dispuesta para participar en este movimiento ahora mismo si así se decidiera y tiene listos miles de hombres entrenados como el mejor ejército moderno.

—Tengo conocimiento de ello, señor Zamanillo, pero nada de lo que usted dice exime al Ejército de España de su responsabilidad para hacer volver las cosas a su cauce. Hace tiempo que en el Ejército un grupo de jefes y oficiales trabajamos en silencio para lograr impulsar el movimiento que libere España del yugo que padece. Somos nosotros los que pedimos a los civiles que se sumen a esta iniciativa patriótica.

—Lo siento, general, pero nuestra implicación en esta lucha queda condicionada por los puntos que acabo de leer.

—Creo, en ese caso, señor Zamanillo, que lo prudente es dejar la conversación en este lugar. Expresé usted mi punto de vista a los responsables de su partido que yo haré lo propio con mis compañeros y mi conciencia.

—Como usted mande, general.

—Hasta otra ocasión.

— Así lo espero.

Zamanillo dejó la proclama sobre la mesa, junto a la taza de café, y se puso en pie. Estrechó la mano del general con mirada aviesa y fue derecho a la puerta sin esperar más comentarios. Mola, nervioso y molesto, mandó llamar al coronel García Escámez mientras tomaba notas en su cuaderno con tapas negras de gutapercha.

— *Zordeneignerá.*

— Don Curro, sobre la mesa del tresillo hay una nota de los carlistas. Han enviado a uno de sus jefes con la proclama lista para el día después. Ignoran que de forma previa al día después, hay un día antes, un mes antes, un año antes...

— *Igenerá,* no te pongas pesimista que lo acabas de arreglar. Mira que decir un año antes...

— Claro, Escámez, claro.

Mola cambió la expresión y el tono. García Escámez leyó la nota.

— En este momento nadie en sus cabales puede predecir cómo se va a desarrollar lo que llevamos entre manos, afirmó el general. No pienso en una lucha que dure un año porque, entonces, acabamos todos o tuertos o ciegos. O muertos. Pero no hay que dejar de contemplar esa posibilidad.

— *Igenerá:* con la tropa que tiene el carlismo y nuestras fuerzas, estamos en Madrid antes de diez días.

— Don Curro, eres un optimista sin remedio. Ahora mismo tenemos todos los planes sujetos con hilvanes. Ya me dirás qué garantías tenemos para Madrid, por ejemplo.

— Más de las que teníamos ayer, *igenerá.* Más.

— No tienes remedio, don Curro. En fin, creo que por el bien de lo que estamos haciendo habrá que organi-

zar otro encuentro con los carlistas porque el documento que me han entregado esta tarde es inaceptable, se mire por donde se mire. Ningún oficial de ejército alguno, en sus cabales, puede comprometerse con un texto como el que han traído esta tarde los carlistas.

— Espera unos días, *igenerá*, que esta gente tiene que reunirse en Francia, según he sabido en fuentes fiables. Quizá convenga hablar con Fal Conde, que es la persona que representa al carlismo en su conjunto.

— Quizá.

Los obreros de la aurora, que así se han llamado a sí mismos los carlistas en panfletos, aceptaron una entrevista de su máximo dirigente con el general hormiga; no debía ser de otra manera entre conspiradores. Enlaces del general concertaron una reunión con Manuel Fal Conde para el dieciséis de junio, día de san Juan Francisco de Régis, jesuita, a expensas de que pudiera llegar a Pamplona, puesto que el dirigente carlista, que sentía con escalofríos en su cogote el aliento de la policía persiguiendo sus pisadas, estaba en la clandestinidad y residía más tiempo en la vascofrancesa San Juan de Luz que en España. Pero la entrevista no podía ser en un lugar común, ni oculto ni menor porque a un encuentro histórico debía corresponder un edificio que representara para el tradicionalismo mucho más que la epopeya de su propia historia.

Por eso propusieron el monasterio de santa María la Real de Irache, en Ayegui, a media docena de kilómetros de Estella, la ciudad sagrada. Irache, en el basamento de Montejurra, era para el carlismo no sólo el hospital de guerra de hazañas pasadas sino la magia que llevó a los ejércitos del rey Carlos VII, el nueve de noviembre de mil ochocientos

setenta y tres, a derrotar a las tropas del general Moriones, un alfonsino que no pudo reconquistar Estella. «¿Dónde mejor que Irache, ahora bajo la administración escolapia, para sellar un acuerdo entre el Ejército y el carlismo?», preguntó Lizarza en San Juan de Luz ante la Junta Suprema Militar Carlista. ¿Dónde? Mola no quería tentar la suerte aceptando una entrevista con un proscrito en Pamplona y aceptó que el encuentro fuese a cincuenta kilómetros de la capital, en la falda de un monte que le traía recuerdos familiares.

— Con la tabarra que los carlistas han dado a mi familia, — se le oyó decir el día anterior en su despacho cuando clasificaba papeles — y ahora me tengo que ver con ellos para aunar esfuerzos en defender España... Cosas veredes, amigo Sancho.

Mola quería llegar primero pero lo hizo segundo. Unos pocos minutos después de las cuatro montó en el coche de Maíz con su ayudante el comandante Fernández Córdón y salieron del centro de Pamplona rumbo a Estella con el sol, molesto, de medio lado. Por delante, en el Fiat que tanta fama habría de darle, el capitán Barreda abría la comitiva escrutando siempre el horizonte acompañado por el comandante Luis Villanova, amigo del general. Sin que dieran las cinco el Buick de Maíz llegó a la explanada del monasterio; en su puerta, grande, robusta, oscura, estaba esperando el singular Lizarza acompañado de un fraile. Mola bajó del coche y saludó por su orden: primero al escolapio y luego al carlista. Siguiendo a ambos subió al primer piso del caserón que en el siglo diecisiete fue universidad y marchó al claustro nuevo.

En una esquina había una habitación con la puerta entreabierta. Tras ella, la sonrisa impenitente enganchada

a un bigote espeso de un conspirador novelístico, el abogado onubense Manuel Fal Conde, que cinco horas antes había cruzado la frontera francesa de manera clandestina, con pasaporte falso de vendedor de aceites, en el vehículo de un correligionario de Irún, antes de aposentarse en el coche de Lizarza para marchar hacia Estella por caminos y vericuetos.

— Mi general: nos contemplan nueve siglos de historia en este cenobio y espero que estemos a la altura de las circunstancias.

— Por mí no ha de quedar, señor Fal.

Durante casi dos horas el general escuchó argumentos históricos, reproches históricos y anécdotas históricas. Fal no dejó de utilizar su perfume de seductor como ya lo había hecho con anterioridad en Estoril frente a Sanjurjo y arrancó la conversación con un alegato sobre el carlismo que hubiese dejado sin aire a cualquier persona con menos fuelle que Mola. Repasó argumentos, distribuyó reproches y animó la tarde con anécdotas mientras Lizarza esperaba fuera, junto al edificio de la granja, con una pistola al cinto, observando con atención una sequoia gigante. Pero el objetivo de Fal no estaba en la facundia ni en la historia porque era más prosaico: debía de entregar al general Mola un documento que ni siquiera pudo palpar en su bolsillo porque el militar se adelantó en el lance.

— Señor Fal: días atrás mantuve una cordial reunión con su correligionario don José Luis Zamanillo. Me hizo entrega de un pequeño documento al que, ahora, quiero responder con este texto que resume la visión que el Ejército tiene sobre el problema que nos atañe. Antes de entregárselo, voy a dar lectura. Dice así:

«EL DIRECTORIO Y SU OBRA INICIAL

Tan pronto tenga éxito el movimiento nacional, se constituirá un directorio que lo integrarán un Presidente y cuatro vocales militares. Estos últimos se encargarán personalmente de los Ministerios de Guerra, Marina, Gobernación y Comunicaciones. El Directorio ejercerá el poder con toda amplitud, tendrá la iniciativa de los decretos-leyes que se dicten, los cuales serán refrendados por todos sus miembros. Dichos decretos-leyes serán revisados en su día por el Parlamento constituyente elegido por sufragio, en la forma que oportunamente se determine. Al frente de los ministerios no consignados anteriormente figurarán unos consejeros técnicos, quienes asumirán las funciones que en la actualidad ejercen los ministros. Los consejos que celebre el directorio podrán ser ordinarios y plenos. Los primeros los integrará el presidente y los vocales; los segundos, los citados y los consejeros técnicos.

— Hecho este preámbulo, señor Fal, permítame que desbroce los trabajos iniciales del Directorio, que se han de concretar con los primeros decretos-leyes y que, a nuestro juicio, serán los dieciocho siguientes:

- a) Suspensión de la Constitución de 1931.
- b) Cese del presidente de la República y miembros del Gobierno.

- c) Atribuirse todos los poderes del estado, salvo el judicial, que actuará con arreglo a las Leyes y reglamentos preestablecidos que no sean derogados o modificados por otras disposiciones.
- d) Defensa de la Dictadura republicana. Las sanciones de carácter dictatorial serán aplicadas por el Directorio sin intervención de los Tribunales de Justicia.
- e) Derogación de las leyes, reglamentos y disposiciones que no estén de acuerdo con el nuevo sistema orgánico del Estado.
- f) Disolución de las actuales cortes.
- g) Exigencias de responsabilidades por los abusos cometidos desde el poder por los actuales gobernantes y los que les han precedido.
- h) Disolución del tribunal de garantías.
- i) Declarar fuera de la Ley a todas las sectas y organizaciones políticas o sociales que reciben inspiración del extranjero.
- j) Separación de la Iglesia y el Estado; libertad de cultos y respeto para todas las religiones.
- k) Absorción del paro y subsidios a los obreros en paro forzoso comprobado.
- l) Extinción del analfabetismo.
- m) Creación de un carnet electoral. En un principio no tendrán derecho a él los analfabetos y quienes hayan sido condenados por delito contra la propiedad y las personas.
- n) Plan de obras públicas y riegos de carácter remunerador.
- o) Creación de comisiones regionales para la resolución de los problemas de la tierra sobre la base del fomento de la pequeña propiedad y de la explotación

colectiva, donde ello fuera posible.

p) Saneamiento de la Hacienda.

q) Ordenación de las industrias de guerra.

r) Restablecimiento de la pena de muerte en los delitos contra las personas, siempre que produzcan la muerte o lesiones que ocasionen inutilidad para el ejercicio de la profesión, industria o trabajo de las víctimas.

El Directorio se comprometerá durante su gestión a no cambiar en la nación el régimen republicano, mantener en un todo las reivindicaciones obreras legalmente logradas, reformar el prestigio de la autoridad y los órganos de defensa del Estado, dotar convenientemente al Ejército y a la Marina, para que tanto uno como otra sean eficientes, creación de milicias nacionales, organizar la instrucción premilitar desde la escuela y adoptar cuantas medidas se juzguen necesarias para crear un Estado fuerte y disciplinado.

Esta nota va firmada, señor Fal, en Madrid por el Director, a cinco de junio de mil novecientos treinta y seis.

Mola hizo una mueca (su labio superior le traicionó porque el escrito que acababa de leer había salido la tarde-noche anterior de su Remington portátil, nunca el día cinco) y dejó responder a su contertulio. Para Fal escuchar que España podía seguir siendo una república era tragar un sapo imposible de digerir, incluso con la infusión de manzanilla que habían preparado los padres escolapios para hacer más llevadera la tarde.

—General, —dijo sin perder el aire dicharachero que arpillaba su rostro— me temo que no es posible unir el

carlismo a la proclama que usted acaba de enunciar. Lleva más de un siglo la Comunion Tradicionalista luchando por los mismos ideales, bajo la misma bandera y con idéntica entrega. No voy a ser yo, aquí y ahora, quien rinda a la falda de Montejurra cien años de tradición y renuncie a la defensa de nuestro lema inmortal: Dios, Patria, Rey. Tendremos que hablar de otras cuestiones porque sobre lo anterior no hay acuerdo posible.

—No se conquistó Zamora en una hora, señor Fal. Habrá tiempo de acercar posiciones porque defendemos una misma idea final: la salvación de la patria. Ustedes me entregaron una nota hace cinco días y una nota entrego yo ahora. Ninguna de las dos cierra posturas, a mi entender.

—Así lo creo yo también, general.

Entonces, si a usted le parece bien, dejamos la conversación sobre el tema que aquí nos ha traído y nos despedimos porque el mundo no para de girar sobre sí mismo y hay otras cuestiones importantes para resolver.

—Deseo, general, que nos volvamos a encontrar y busquemos entre tanto la fórmula para el acuerdo.

—Por mí no ha de quedar.

—Por mí tampoco.

Mola y Fal Conde se despidieron dándose un abrazo que cogió por sorpresa al general (el carlista se le echó encima cuando estaba para alargar la mano), parco como siempre en exteriorizar un ápice de sentimientos. Félix Maíz lo vio llegar con la cabeza algo baja y un rictus que semejaba la pérdida de Cuba; Fernández Córdón todavía fue más lejos y creyó que su jefe había abroncado al carlistón como último recurso antes de mandarlo a paseo.

Pero nada era lo que parecía cuando vieron el rostro de Fal Conde, sonriente, satisfecho, pletórico, saludando al

coche de Mola como si fuera un artista, aunque se iba para el destierro sin haber podido confiar una nota en la que el carlismo no entregaba la espada, no, pero dejaba caer por el barranco de la historia algunos de sus estigmas. Fal veía el final cerca y prefirió mantener el tipo y no arriesgar, aunque en su fuero interno advertía de que muchos de los ideales que se habían forjado en el tradicionalismo carlista habrían de quedar para una segunda ocasión; o para nunca.

El general, de vuelta para Capitanía por un recorrido diferente, recuperó la expresión habitual de su rostro hablando del tiempo, de los viñedos que tapizaban los campos de verde esperanza y de los cinco días que quedaban para que llegara el verano. Así hasta que, al paso por Eunate, preguntó con interés por una edificación circular, parecía que románica, apostada al pie de la carretera, bordeando campiñas de trigo a punto de reventar, sin ninguna otra edificación por los alrededores. Maíz paró el coche frente al monumento y, tirando de su memoria, ofreció esta explicación a los militares:

—Mi general, esta obra diminuta y grandiosa es la iglesia de Santa María de Eunate, una curiosa edificación románica de planta octogonal irregular. Durante siglos fue iglesia sepulcral, al igual que la de Roncesvalles, y refugio de peregrinos que marchaban hacia Santiago andando. Hay muchas incógnitas sobre ella, la primera su nombre: Eunate significa en vasco ‘cien puertas’, eun ate. Quizá fuera por el pórtico que originariamente debía rodear la iglesia. No lo sé. Lo que resulta evidente es que los arcos octogonales actuales no suman, ni mucho menos, cien.

—¡Ah, querido Maíz! Misterios de la nigromancia
—dijo Mola bajando del coche para aliviar la vejiga junto

a unos arbustos. —Sigamos para Pamplona, por favor, comentó tras aliviarse de vareta.

17

**ALGUNOS DIRIGENTES POLÍTICOS
NO SON PRUDENTES CON SUS PALABRAS**

A estas alturas de junio algunas cuestiones comienzan a estar claras. Por ejemplo, no se hacen tortillas sin romper huevos. Quiero decir que vamos a tener que esforzarnos todavía más en el acercamiento que estamos llevando con los carlistas aunque haya cuestiones que para mí no tengan discusión. Plantean asuntos que escapan al nudo gordiano; ahora el quid está en anarquía u orden, comunismo o patria, caos o civilización. No cabe, en mi modesto entender, hablar de república o monarquía, religión o laicismo, cuando los problemas son de mayor calado, como acabo de indicar.

Para el carlismo, el movimiento salvador que está ya en marcha hay que encuadrarlo con los símbolos, las esencias y las creencias. El símbolo es la bandera (su bandera), la esencia es España (su monarquía) y las creencias son la religión católica: Dios. Nada de lo anterior me es extraño pero, aquí y ahora, no es lo decisivo. Quizá sea más profundo o, quizá, está tan en la superficie que no lo vemos: comunismo o libertad. Ellos o nosotros. Lo demás puede entrar de rondón, pero no es materia principal, a mi entender.

Conocer a los dirigentes carlistas ha sido —está siendo— una experiencia que no se olvida fácil. A la fe de carbo-

nero que ponen en los trabajos añaden su fidelidad al rey y juntando ambos elementos forman una capa de barniz grueso con la que colorean España. Uniendo estos mimbres han hecho un cesto que viene durando más de un siglo y siguen en la pelea porque si hay algo de lo que no carecen es de fe. Fe para el proselitismo, fe para sus símbolos, fe para perpetuar eso que llaman tradición. La historia no ha sido generosa con ellos porque tampoco ellos han aprendido con las lecciones de las derrotas. De ahí su empeño por modificar retazos del pasado sin hacer concesiones al futuro; a eso le llaman constancia, aunque también se puede denominar como empecinamiento.

Los encuentros que he tenido con los carlistas me han servido, de momento, para comprobar varias cuestiones. La primera, que van en serio. La segunda, que están con la sangre hirviendo y los ánimos por encima de la coronilla. La tercera, que son más de los que parecen y menos de los que se creen. La cuarta, que les va la cera. Puedo seguir con más comprobaciones, pero no hacen al caso. Las posturas que han mantenido en las entrevistas conmigo han sido cordiales aunque aprovechadas; no estoy diciendo que no sean legítimas si por tal se tienen las creencias que sustentan los partidos, no. Pero en este movimiento patriótico que estamos promoviendo, y que nadie ya puede parar, es el Ejército quien determina la dirección a seguir sople por donde sople el viento. Lo vengo repitiendo como una cantinela para ver si llega a oídos de quienes más interesa, pero con escasa fortuna por lo que se puede ver. En fin, a esperar tocan.

Mis capitanes, aquí en Pamplona, están al corriente de la situación, de quién llega, quién va, con quién hablo.

No conocen en su integridad los documentos que han circulado entre los carlistas y yo mismo, pero tienen cumplida información que les llega a través de don Curro o de mi ayudante. En su empeño por unificar fuerzas el capitán Barreda ha sugerido que mantenga una conversación, de patriota a patriota (ha querido indicar que su general no puede hablar, ya, con todo el mundo por más que resulten interesantes las consultas), con uno de los tipos más característicos del carlismo local. No he puesto inconveniente y hemos marchado hacia una población cercana, Echauri, dicen que famosa por sus cerezas, como yo mismo he tenido oportunidad de comprobar, para conversar con un patricio local, don Esteban Ezcurra.

Este hombre asegura que el Requeté saltará con el Ejército porque es la ley de Dios. No me atrevo yo a proclamar tanto, aunque parezca lo propio. Ezcurra ha manifestado, solemne, que empeña su vida para aunar voluntades y llegar a un concierto ya que, de lo contrario, los esfuerzos de todos, los suyos, los nuestros, serán baldíos porque el enemigo es fuerte y cada día está más crecido. Por mediación suya he recibido en las oficinas de la compañía eléctrica al teniente coronel retirado don Alejandro Utrilla con quien he conferenciado largo rato escuchando los procesos de formación de las unidades carlistas y unas pinceladas sobre los depósitos de armas que poseen. Dice Utrilla que, aunque en formación, las unidades carlistas no desmerecen de las mejores que haya en España con excepción de las tropas de Marruecos. Esto ya me parece más sensato.

Félix Maíz ha estado en Madrid por orden mía y ha parlamentado con don José Calvo Sotelo, gracias a la mediación

de don Raimundo García. Por la información que he recibido este líder político apoya totalmente lo que el Ejército decida hacer porque considera que la situación, para un patriota que se precie, es inaceptable. Ha comentado también que, a través de personas interpuestas, sabe de la disposición de José Antonio Primo de Rivera para que sus gentes colaboren desde el primer momento en la asonada. Eso ya lo conocíamos, aunque lo más interesante lo soltó Fal Conde el otro día en Irache cuando me dijo que el carlismo reservaba una plaza prominente en el futuro directorio que ha de gobernar España a Primo de Rivera, actualmente en prisión. Nosotros sabemos que apoya los pasos que va dando el Ejército, pero la incógnita reside en qué será capaz de hacer el Gobierno contra este hombre, al que tienen preso ciscándose en la última sentencia del Tribunal Supremo donde se proclama muy clarito que la doctrina de Falange Española es legítima dentro del marco constitucional español, como ya había reconocido antes la Audiencia de Madrid. Pero, claro, este gobierno quiere tener preso a Primo y por eso han inventado una supuesta tenencia ilícita de armas que habríanse encontrado en su domicilio. Con su traslado a la cárcel de Alicante creo que este gobierno felón pretende algo más que mantener preso a Primo: quiere su eliminación. Desearía equivocarme.

Por nuestro despacho de la eléctrica ha pasado el general Saliquet Zumeta que, saliendo de Madrid para Burgos, hizo un bucle y se desvió a Pamplona para conversar conmigo. Tiene todo bajo control por Valladolid (eso es lo que dice, aunque resida en Madrid) y espera la fecha para levantar sus tropas contra la injusticia. Su visita no estuvo exenta de intrínquilis porque el capitán Barrera

preparó un dispositivo tan extraordinario que casi todos los viandantes que marchaban por la avenida de Carlos III o eran militares o parientes de estos en labor de escolta. Desde el Gobierno Civil el señor Menor me ha llamado por teléfono para pedir información de esta reunión, que yo he negado en rotundo.

— Señor gobernador, puedo asegurarle bajo mi palabra de honor de militar, que como usted sabe para nosotros es lo más sagrado, que el general don Andrés Saliquet no ha pisado esta comandancia ni ayer, como usted sugiere, ni en el periodo de tiempo que llevo viviendo en Pamplona. Desmienta usted ese infundio.

— Voy a informar al ministerio de lo que usted comenta, general. Hay veces que algunos dirigentes políticos no son prudentes con sus palabras. Parece que éste es el caso.

— Así lo espero, gobernador.

¿Quién ha podido decir que Saliquet ha pisado el palacio de Capitanía? Algún bolonio porque, precisamente en Capitanía, ni estuvo ni lo va a estar hasta que esto acabe. A veces pienso que el gobernador se informa leyendo libros de aventuras para niños después de pimplar un cuarto de vino.

Estos días he viajado a Logroño y San Sebastián. No tengo una idea precisa de la situación guipuzcoana y espero clarificar la riojana en lo que dura un dulce en la escuela. Los oficiales, como siempre, bien; los jefes, regular. Ya me lo había dicho por telegrama don Curro desde Andalucía: las colegialas, regular; las profesoras, pésimamente. Es la tónica que vamos descubriendo en algunas guarniciones y con estos mulos hay que arar. Para apoyar un poco más ese coraje que empieza a vibrar por las salas de oficiales de los

cuarteles, acabo de redactar nueva doctrina para alimentar el espíritu de nuestras gentes. Dice así:

Instrucción Reservada Número Cinco:

Por información reservada recibida, se sabe que el Gobierno, concedor del movimiento, pretende oponerse a él utilizando dos fuerzas que juzga muy afectas, los cuales son: la Aviación (de Getafe y Alcázares) y las fuerzas de Asalto. Su acción piensa realizarla casi exclusivamente sobre la línea del Ebro, porque cree que es en Navarra donde existe el foco más importante de la rebeldía. Sobre la acción de la Aviación poco hay que decir: primero, proclamas con falsedad para engañar y, luego, el bombardeo de mucho ruido y poco efecto. En cuanto a los Guardias de Asalto parece intentan emplearlos como Infantería transportada, llevando en extrema vanguardia los Camiones Blindados que tienen en la actualidad en número de veintiséis. Para neutralizar estos medios ofensivos se tendrá presente:

a) Que no contando nuestra Aviación con otras bombas que las de ONCE KILOS, y siendo este proyectil de escasa potencia destructora, aunque de gran efecto moral, convendrá advertir a la tropa y personal paisano militarizado no se dejen impresionar por las detonaciones.

b) Los transportes de fuerzas deberán hacerse, siempre que sea posible, desde la caída de la tarde al amanecer. Nuestros aviones, por carecer en casi su totalidad de equipos completos de iluminación, son inofensivos durante la noche.

c) No debe olvidarse que en toda columna que disponga de artillería debe llevarse un cañón emplazado en plataforma y dispuesto en condiciones tales que pueda hacer fuego inmediatamente sobre los carros blindados de los Guardias de Asalto (se están haciendo gestiones para conseguir sean inutilizados dichos camiones).

d) Durante los estacionamientos, y a prudencial distancia de las tropas, se interceptarán las carreteras con carros, vallas o postes y a las inmediaciones de estos obstáculos, y a prudencial distancia, se montarán puestos armados, los cuales tienen obligación inexcusable de romper el fuego contra las fuerzas del adversario que no se entreguen a la primera intimación.

e) Las fuerzas enviadas por el Gobierno que se pasen a nuestras filas se les obligará a ir en vanguardia de las propias, incluso por delante de la plataforma con el cañón, pues así se podrá comprobar cuál es su conducta. Una vez experimentada convenientemente su lealtad, podrán alternar con las demás fuerzas el orden de marcha.

f) En ningún caso debe darse crédito a las noticias valiéndose de la radio, y otros medios de divulgación, del Gobierno con el fin de hacer decaer la moral de las fuerzas y organizaciones patriotas.

Ha de advertirse a los tímidos y vacilantes que aquel que no esté con nosotros está contra nosotros y que como enemigo será tratado. Para los compañeros que no son compañeros, el movimiento triunfante será inexorable.

Tan pronto se reciba copia del manifiesto que se dará a la opinión, con motivo del movimiento, se procederá a tirar un número crecido de ejemplares en cada localidad (de momento es preferible en multicopista y no en imprenta) a falta de fecha y firma, ejemplares que serán repartidos profusamente y publicados en los periódicos, el día del movimiento, una vez llenado el requisito de poner la firma.

Madrid, 20 de junio de 1936.

EL DIRECTOR

Dése copia de esta circular a los representantes de todos los cuerpos comprometidos.

Cuando estaba el capitán Barreda en la máquina haciendo las copias de esta instructa, mi ayudante me ha avisado de que viene hacia Pamplona el general Cabanellas y que, antes de salir, espera confirmación sobre el lugar donde nos podemos reunir. Hemos acordado que sea en la eléctrica y el capitán Vicario ha quedado encargado de supervisar el operativo. Sobre las cinco de la tarde, la hora prevista, ha entrado Cabanellas en las oficinas de El Irati, S.A. seguido por su ayudante: venía con un informe verbal acerca sobre la situación de las comandancias de la Guardia Civil en las capitales de su División. Parece, por lo que ha contado, que los oficiales, mayoritariamente, están con el poder establecido, aunque hay contactos con algunos que apoyan el movimiento. Nada nuevo bajo el sol.

Cabanellas ha sido director general de la Guardia Civil y parece que conoce bien el paño, por lo que no pongo en duda sus observaciones. En Pamplona mismo, sin ir

más lejos, tenemos la confirmación de lo que Cabanellas asegura: que mayoritariamente los jefes están con los gestores de la cosa pública, aunque haya oficiales que apoyen lo que resuelva el Ejército. Dejando al margen lo tratado, la visita de Cabanellas me ha llenado de sorpresa, por no estar prevista, y de incomodo: un hombre como el general, con su barba blanca, su aspecto de prior de los monjes, su rostro tan característico... es una temeridad que aparezca en estos días por el centro de Pamplona. No he comentado con él nada sobre esta cuestión pero creo que, si hay citas posteriores, deberán ser en lugares más apartados.

Por Pamplona ha aparecido, previa cita acordada con el capitán Vicario, el abogado Carlos Miralles. Ha comentado que en Madrid existe organizado un grupo de falangistas que esperará una orden nuestra para tomar alguno de los accesos a la capital. Este hombre rebosa optimismo y entusiasmo, y así se lo he expresado.

—Mi general —ha respondido— ha llegado la hora de nacer o morir por España. Una orden suya bastará para que salgamos a la calle en defensa de la patria.

—Gentes como usted son las que necesitamos ahora, Miralles. En la tarea de organizar un levantamiento todos los apoyos son pocos. Aprecio su gesto en lo que vale y quedamos a la espera.

—Mi general: nosotros en Madrid vamos a luchar sin otra ilusión que ver a España libre del comunismo. ¡Viva el Ejército! ¡Viva España!

—¡Viva! —he gritado desde lo más profundo.

LA HORMIGA, A PASO DE PERCHERÓN

La hormiga comprueba que hay problemas, demasiadas contrariedades, pero no por ello baja la guardia en su impulso organizador convencido de que está escribiendo una de las páginas más concluyentes de la historia de España. A diario tiene una avalancha de informaciones, un sinfín de comentarios, un sinvivir de chismes que va sorteando como puede, a su paso de quelonio, porque a la tarea inicial de promover un levantamiento une últimamente otra cual es la de confesor de pecados insatisfechos. Aquel que quiere dar el paso pero no encuentra los apoyos suficientes, el que sigue pero no la consigue, la pléyade de pusilánimes, los que quieren echarse a la calle hoy, ahora, mejor que después o mañana, todo Cristo quiere estar con el general para recibir una palabra de apoyo o una bronca por la falta de espíritu, cuando no la absolución de sus pecados de omisión. Y, claro, todo eso agota. Agota hasta la extenuación física pero también, y sobre todo, mental. Agota por la impotencia. Agota por el desánimo. Agota porque el tiempo se agota.

Las informaciones llegan mezcladas y desbrozar el torrente de chismes y datos requiere un tiempo que parece no existir porque la tarea de dirigir el movimiento es tarea sorda, individual, casi siempre ingrata. «Todos los días me como cien sapos vivos y diez pasteles; adivina en el estómago cuál es cuál», comentó Emilio Mola durante el fin de semana a su esposa, Consuelo, en el único rato que tuvieron para saciar el apetito sexual de las carnes. «Estoy todo el día en un ay», asegura el general.

Mientras la hormiga rumia sus afectos el gobernador civil ha movido los peones impulsado por las gentes del Frente Popular con las que se rodea, el único apoyo de cierto fuste con el que cuenta en esta ciudad meapilas y frailuna. Sumando informaciones de aquí y de allá que no siempre responden a las expectativas de sus promotores Mariano Menor ha ordenado una comunicación reservada que acaba de dirigir a sus superiores en la que expresa, aún sin certezas que lo evidencien, su creencia de que el carlismo ha convertido Navarra en un enorme polvorín desde el que prepara un levantamiento que quiere extender por España.

En Madrid –donde todo se ve con distancia fría– no lo toman como una emergencia pero sí lo tildan de amenaza y el ministro de la Gobernación, Juan Moles Armella, ha dado un golpe en la mesa porque los informes de este tipo se le amontonan en las gavetas del despacho y acaba finalmente por ordenar al director general de la Seguridad del Estado, José Alfonso Mallol, que levante la tierra donde haga falta hasta encontrar las armas y emplee los efectivos que sean necesarios para el buen fin.

–Vaya a Navarra con una tropa –ha ordenado el ministro a Mallol.

Pero la hormiga, que siempre va a su paso de percherón, cuenta con una antena en Madrid, en la Policía, nada menos que el jefe superior de Madrid, el comisario Santiago Martín Báguenas, que canta sus infidelidades como una cigarra en celo. La Policía, en mil novecientos treinta y seis, está perforada por el enemigo hasta el tuétano y muchos de los movimientos que amaga se quedan precisamente en conatos que satisfacen a los políticos pero

que son, por esencia, de muy escasa eficacia cuando no estériles por su alharaca. El comisario Báguenas lo sabe y también conoce, acaba de tener conocimiento, que Mallol va a salir para Pamplona a la mayor brevedad, en cuanto se forme el grupo expedicionario, dispuesto a enfundarse la piel del topo y barrenar todos los lugares donde se apunta que hay armas, municiones, explosivos.

Báguenas, intranquilo como nunca hasta la fecha, no puede hablar con Mola pero logra mandar un aviso in extremis al capitán Vicario y éste lo ha puesto en conocimiento del general.

— Parece que hay movimiento sobre Pamplona, — acaba de comentar en Capitanía. — El comisario Báguenas ha enviado un mensaje en el que pide un contacto mediante enlace para proporcionar una confidencia que considera vital. No ha podido ser más preciso y eso significa que la cuestión debe ser de suma gravedad. Pide que mañana a las tres y media uno de nosotros esté en el hito kilométrico 70 de la carretera Madrid-Zaragoza, junto al castillo templario de Torija para transmitir la información.

— ¿Uno de nosotros? — pregunta Mola.

— Eso ha dicho — aclara Vicario.

— Tendrá que ir Maíz. Nosotros, me refiero a los de uniforme, no nos movemos de aquí, por si acaso.

— ¿Aviso, entonces, a Maíz?

— Ahora mismo, capitán. Y que venga mi ayudante.

Mola ha activado los resortes precautorios que instaló en su cerebro cuando fue director general de la Seguridad del Estado y cree que el aviso de Báguenas no es baladí. Piensa que si ha pedido un enlace para entrevistarse cerca de Madrid, con la vigilancia que él mismo padece,

es que la cuestión no es sólo importante sino decisiva. O catastrófica. Este mal fario no logra quitárselo Mola de la cabeza ni cuando García Escámez comenta:

—Fuegos de artificio, *igenerá*. Si nos fueran a detener, no nos hubiésemos enterado, seguro.

—No hace falta que nos detengan, Escámez. Basta con que registren a fondo algunas de nuestras casas, este despacho, el planchatorio... Por no hablar de lo que los carlistas dicen que tienen escondido por los pueblos de los alrededores.

—Mi general —advierte su ayudante— como poco tenemos veinticuatro horas para rechazar el golpe. Estamos preparados y lo que tenga que ser será. Incluso puede venir bien para orientar a los indecisos.

—Señores, cuando el pasado día 3 Mallol estuvo en Pamplona, avisó a la prensa para que se supiera de su presencia. Vino para dejarse ver. Me temo que lo de ahora es de diferente calado.

—*Igenerá*: lo que tenga que ser será, como ha dicho el comandante. ¿Nos van a abrir el cerebro para mirar las ideas?

—Cosas peores pueden hacer, remata Mola.

El general no se fía de nada y, por si acaso, la nueva directiva que pensaba redactar esa noche, con un texto en clave, queda aplazada. Para no dar importancia a lo que todavía está por llegar ha pensado ir al cine con Consuelo después de tomar un café en la terraza del Iruña, en el cogollo de la plaza del Castillo, corazón de la ciudad. Hace días que no se deja ver por el centro y ya es hora de que las gentes que se reconocen de bien, y que lo reconocen de paisano, le soben el hombro, aspecto que no le entusiasma pero le sube los ánimos.

Por la mañana del día siguiente determina visitar los cuarteles y manda preparar un caballo porque ha decidido que del trote al galope queda poco margen y ahora, hoy, el cuerpo le está pidiendo sudorina, marcha que evapore la saturación de adrenalina que padece. En el cuartel saben que cuando el general pide un caballo es que alguna tuerca anda suelta, ya que es por todos conocido que Mola desfoga muchas frustraciones soltando las bridas y arreando candela hasta el agotamiento de la fusta. Hoy, además, se ha puesto la máscara de mirada torcida, con los ojos tintados de rojo y saltones, circunstancia que advierte de las malas pulgas que le rondan, y ha ordenado a dos tenientes que marchen con él en las intermediaciones de Ezcabarte, por caminos que ya conozcan, hasta agotar los caballos.

A la tarde, fatigoso, decide estar con los niños -sostiene la teoría de que los hijos molestan pero a la vez descansan- y leer un rato antes de tomar unas notas que complementen los apuntes que lleva días preparando y que son el fundamento de las proclamas que dirige a sus compañeros bajo el eufemismo que esconde El Director. Mola escribe de noche, quitándose los lentes y asistido de café porque dice que es la única compañía que soporta; además, estimula.

A eso de las ocho del atardecer de este veintiocho de junio de mil novecientos treinta y seis, san Ireneo, obispo de Lyon, el coronel García Escámez entró en el despacho de Mola sin llamar, mudada la color, y la mano derecha en la funda de la pistola.

—*Igenerá*, acaba de regresar Maíz de su viaje para entrevistarse con Báguenas y la información que facilita es de catástrofe. El director general de la Seguridad del Esta-

do, señor Mallol, está ya de camino a Pamplona para una redada. Viene acompañado de gran número de guardias y dispuesto a requisar armas y documentos allá donde se encuentren. Dice Báguenas que esta vez va en serio, que estemos muy al tanto.

—¿Alguna previsión? —pregunta Mola disfrazando calma.

—Los capitanes Lastra, Vicario, Barreda y Moscoso están avisados y han dado la voz de alarma entre nuestra gente. Los carlistas ya tienen conocimiento del viaje.

—Entonces, ¿no estamos tan mal? ¿O no?

—*Igenerá*, lo peor, al menos para mí, viene ahora. Me ha llegado una confidencia del Ministerio de la Guerra. El ministro tiene en la antefirma mi destitución como jefe de la IV Media Brigada de Montaña y voy a ser trasladado. Primero destituido y más tarde trasladado.

Mola se ha ajustado las gafas para ver bien la cara de su coronel. Entre las noticias malas que podían haber llegado, había sólo dos que hubiesen sido más infames todavía: Escámez ha sido detenido o Escámez ha muerto. No contemplaba otras peores.

—Don Curro, ¿me estás diciendo que te destituyen sin haberte dado audiencia, así, de la noche a la mañana, sin que yo haya tenido conocimiento?

—Exactamente, *igenerá*.

—¿Te malicias para cuándo?

—Antes de quince días. Para el quince de julio estaré, si Dios no lo remedia, fuera de Pamplona.

—Dios no sé si lo puede remediar; yo sí.

—¿Cómo?

—Mañana sales de viaje oficial para Zaragoza y Lo-

groño por orden de tu general. Para cuando llegue la resolución habremos ganado días y tiempo para pensar. Entretanto, comunica a Cabanellas tu nueva situación porque, a una mala, te quedas enfermo en Zaragoza hasta que nos convenga. Ahora mismo te firmo un vale para que te den dinero en Caja.

— *Zordeneigenerá*. ¿Alguna cosa más?

— Imagino que toda nuestra gente ha hecho una limpia ejemplar y no hay documento que nos comprometa que no esté bajo tierra.

— Supongo que así es.

— Ordena al telefonista que venga. Esto es todo y... buen viaje.

— *Zordeneigenerá*.

Mola y don Curro se abrazan; es la primera vez que lo hacen desde que el destino los ha juntado en Pamplona. Al separarse, el general se queda mirando los ojillos aviesos de su coronel y tiene ganas de decirle que su estancia en la capital navarra, breve, ha sido decisiva para el buen funcionamiento de lo que está por venir. Pero, incluso en este momento emotivo, el general pone freno a los sentimientos y deja caer por la hombrera del coronel un simple:

— Hasta pronto.

Luego vuelve para la mesa y saca sus libretas con tapas de hule. Al poco, el soldado que hace guardia anuncia la presencia del telefonista.

— Mi general, afuera aguarda el soldado Mariezcurrena.

— Que pase — ordena.

Chomin Mariezcurrena entra con cara de susto.

— A sus órdenes, mi general. ¿Qué es lo que desea?

— ¿Sabe usted si el fuego de la cocina está encendido?

— Supongo que sí, mi general.

— Entonces, ayúdeme.

Mola ordena al telefonista que espere en el despacho mientras él sale fuera camino de su residencia. Un rato después regresa con copias de documentos, sujetos de cualquier manera, bajo los brazos.

— Busque un par de cajas de madera.

— A sus órdenes.

Mariezcurrena vuelve llevando sobre la cabeza dos barcas de verdura con restos de lechuga.

— ¿Sirve esto, mi general?

— Sirven, claro que sirven, pero limpias, Mariezcurrena, limpias.

El soldado busca un trapo y frota las maderas hasta que no queda rastro.

— Coloque ahí todos los documentos que vaya entregándole y cuando las cajas estén llenas vamos a la cocina para darles fuego. Pero, antes, dése una vuelta por allá para comprobar que no hay nadie. Si está el cocinero, que salga al patio para estirar las piernas. Quiero la zona completamente impoluta de personal.

El telefonista no comprende con exactitud la orden que acaba de recibir; le suena la música pero no la letra. Decide aplicar la intuición del sentido común y responde:

— A sus órdenes.

Una vez que está ante el fogón, libre de ojos que un día lo puedan acusar, Mola revisa cómo gran parte de su sustento intelectual, el que utiliza para repasar conceptos antes de ponerse a la máquina y largar doctrina en forma

de instrucción reservada, se consume al fuego en un santiamén y queda reducido a ceniza volátil que se va esparciendo por los techos de la cocina pajareando hasta quedar colgada del yeso de la techumbre. El trabajo de años acaba de evaporizarse aunque el general prefiere pensar que los textos han pasado a un nuevo estado, gaseoso y extracorpóreo, ya que en su cerebro custodia una copia sólida que nadie puede destruir como no sea descerrajándole un tiro en la nuca.

—¿Conoce usted algún lugar seguro en este case-
rón? —pregunta Mola al telefonista.

—¿Seguro en qué sentido, mi general?

—En el único posible.

—Disculpe mi general, pero no le entiendo. Ya sabe usted que yo soy de pueblo y allí hablamos el vasco...

—Esa anécdota ya me la ha contado, Mariezcurrena. Ahora le estoy preguntando por un lugar en este palacio que sea seguro para ocultar aquello que el enemigo no pueda descubrir. Eso es un lugar seguro.

—Si a eso se refiere, para mí que hay dos sitios que son difíciles de registrar. Uno es el desván. El otro, un zulo que llaman cripta, el de los champiñones.

—¿Cómo dice?

—Que hay un gran zulo... perdone, zulo decimos en vasco pero es...

—¿Un agujero, un sótano?

—Eso, un agujero en el sótano donde el sargento cultiva champiñones porque hay tierra buena, humedad y poca luz.

—¿Conoce usted el camino?

—Claro, claro.

—Vamos para allá.

—A sus órdenes.

En la cripta de capitanía hay champiñones pero también porquería, basuras, ratas, arañas y mucha telaraña que extiende sus hilos bien entrelazados como red de pescar. Mola examina a la luz de un candil lo que permite la claridad que ofrece el carburo y regresa a su despacho, seguido por el telefonista dos pasos más atrás.

—Mariezcurrrena, traiga usted varios manteles para envolver estos documentos y estas libretas.

El telefonista sale y regresa con unos hules y varios metros de cuerda.

—Exacto —dice Mola—. Exacto. Esto es lo que quería. Ahora vamos a enrollar sobre sí mismos todos los papeles y en dos o tres cilindros tendremos guardados estos escritos. Que queden bien atados. A ver...

El general comienza a enrollar y el telefonista a envolver.

—Así está bien —comenta cuando ha formado tres paquetes que parecen fundas de obús revestidas de cordel. —Ahora vaya para el sótano y los va a colocar usted al fondo, todo lo profundo que pueda, procurando que no se note la tierra movida. Allí han de quedar hasta que reciba nueva orden. De esto que estamos haciendo, por supuesto, ni una palabra a nadie. Y cuando digo nadie es nadie: ni mi ayudante, ni el coronel ni Dios que lo fundó. Nadie. Responde con su vida si me entero de que ha sido usted imprudente en sus palabras. Con su vida, recuérdelo, Mariezcurrrena.

—Mi general, no es necesario. Antes me fusila el enemigo que sacar de mi boca una palabra. Puede estar seguro.

— Así lo espero, Mariezcurrena. Es en estos momentos cuando se ve la valía de un soldado.

— Mi general. yo sólo soy el telefonista...

— Usted es un soldado y ya está dicho todo. Puede retirarse.

— A sus órdenes, mi general.

Mola regresa a su despacho porque quiere revisar hasta el último rincón, no vaya a ser que queden a la vista copias de documentos que hayan salido de la Underwood. Cuando cree que tiene el despacho a cubierto sale hacia el planchatorio para retirar la máquina de escribir portátil y llevar junto a los champiñones las copias de todas las proclamas y el original del libro sobre Dar Akkoba. Enciende la luz del cuarto y va derecho hacia la estantería en la que, desde siempre, ha colocado las hojas en dos bloques: por debajo, el original del libro, encima, en sobres de estraza, las copias de la doctrina que remite a sus conmlitones. En una primera inspección sobre los anaqueles no hay sino ropa, la misma ropa de siempre y nada más.

El general marcha hasta la cocina de su vivienda y vuelve con una banqueta que utiliza de escalera para llegar hasta el fondo de las baldas; allí hay sábanas, cubrecolchas, fundas de almohada, manteles, servilletas, todo el ajuar doméstico, membrillos, ramitas de menta y romero, polvo y alguna telaraña, pero no hay rastro de papel. A Mola se le comienza a marcar en la frente una vena puntiaguda que enrojece sus ojos y no sabe dónde volver a mirar porque está sonámbulo de sus propios pensamientos. De primeras sale para el despacho y manda llamar al telefonista, al que había ordenado que pasase la noche en guardia porque esperaba llamadas.

— A sus órdenes, mi general.

– Mariezcurrena, quiero que revise esta habitación y que despliegue todas las sábanas en busca de copias de documentos escritos a máquina.

– Ahora mismo. ¿Manda algo más, mi general?

– Que lo haga rápido.

De nuevo Mola retorna al despacho aunque no sabe para qué; las copias siempre han estado en el mismo lugar y si no están allá es porque alguien las ha sustraído. Con ese pensamiento se larga hacia el planchatorio y encuentra al telefonista de rodillas plegando, con cachaza, sábanas que han estado extendidas por el suelo.

– ¿Me quiere contar Mariezcurrena qué cojones está haciendo usted?

– Lo que mi general ordenó, revisar todo.

– ¿Es que no han aparecido las hojas, mecagoenla-putamadre que parió al mundo?

– Aquí, mi general, no hay más que sábanas, manteles, fundas...

– ¡La virgen santa y todo el coro de cabrones celestiales! Lo que nos faltaba, Mariezcurrena, lo que nos faltaba. En este cuarto no entra nadie y acaban de desaparecer de la noche a la mañana, de ayer a hoy, todo el material que tenía ordenado en dos anaqueles.

– ¿Dónde dice, mi general?

– En los anaqueles, copón santo, en las estanterías, entre las sábanas, que parece usted tonto.

– Es que, ya sabe mi general, que yo soy de pueblo y allí hablamos más el vasco...

– No me venga usted con esa cantinela, Mariezcurrena, que hay ocasiones en las que parece usted tonto, pero tonto de remate, tonto del culo, pero del culo para arriba y

del culo para abajo, cojones. ¡Qué hostias tendrá que ver el vasco con los papeles que estamos buscando! ¿Qué?

—No me refería a eso, mi general, pero es que usted, a veces, utiliza palabras que no entiendo...

—No me toque los cojones, Mariezcurrena, no me los toque, que lo mando fusilar en el patio cagando melodías, rediósbendito, ruge el general. Estamos buscando unos documentos y para eso le he llamado, no para otra cuestión. Lo demás, si usted habla en casa el vasco o el chino, me suda los huevos. Allá usted.

—En este cuarto, mi general, no hay documentos, sólo ropa.

—Cagüendiós y mi puta vida...

Nadie hasta la fecha había visto al general con la mirada tan fuera de sí, con el rostro tan congestionado, con un vocabulario tan grueso y patibulario porque el Mola fuera de sus cabales, el africano, no se había estrenado en Pamplona hasta entonces.

Venía precedido de una fama infame en el momento de perder los nervios, de intolerancia las más de las veces, pero nadie entre su camarilla imaginaba que las blasfemias de un general que los domingos va a misa de diez con la familia hicieran temblar los paños de un edificio con tanta solera.

—¿Dónde está la mujer que se encarga de la limpieza?

—Supongo que acostada en casa, mi general. Ahora son las dos de la madrugada.

—Pues que vayan a buscarla y venga ahora mismo como esté, redió. ¿No ves que nos estamos volviendo tarumba buscando algo que en esta maldita hora es importantísimo, vital? Ordene de mi parte al cabo de guardia que mande personal de uniforme a su domicilio y que comparezcan con ella. O eso o los mando fusilar a todos, cagüendiós.

— Ahora mismo.

Sobre las cuatro de la mañana, cada uno por su lado, aparecieron por el palacio los soldados con la limpiadora y el capitán Barreda, éste transido de sudor. En el silencio de la noche todavía retumbaban las jaculatorias obscenas que Mola había ido desgranando en horas anteriores a medida que se esfumaban las posibilidades de encontrar los documentos que él mismo, la noche pasada, había estado ordenando con el mimo que empleaba para acomodar proclamas.

— Mi general, dijo Barreda, disculpe por venir a molestar a estar horas de la madrugada pero acabo de tener confirmación de la entrada en Navarra de un convoy formado por ocho camiones, siete automóviles, cinco furgones pequeños y unos setenta u ochenta miembros de la Guardia de Asalto, Guardia Civil y Policía. El señor Mallol ha pasado ya por Tafalla en un coche con escolta y está de camino a Pamplona. No más de media hora de tiempo y estarán entrando por la ciudad. Supongo que van ir directos al Gobierno Civil porque están las oficinas iluminadas y hay guardias en la esquina del portal.

En el despacho entra sin pedir permiso el soldado Mariezcurrena.

— Mi general, la limpiadora ha venido y dice que ayer estuvo ordenando la habitación de la plancha y que sacó papeles de entre las sábanas que ha puesto bajo el fregadero de la cocina, porque no sabía si son o no para tirar.

— ¿Ordenando? ¿Para tirar? Yo sí que voy a tirar por el balcón esta noche a más de un cabrón de seguir por el camino que vamos... Tráigame ipso facto los papeles que esa desdichada ha llevado al fregadero, cojones, que estoy rodeado por una tropa de inútiles, de gentes sin cerebro.

— ¿Puedo ayudar, mi general? — pregunta Barreda atemorizado por el tono que escucha en su jefe.

— Sí, por supuesto. Siéntese y esté callado. La boca cerrada ayuda bastante en estos casos.

El telefonista volvió con tres carpetones repletos de hojas en papel cebolla, amarillentas, y Mola recuperó, en parte, la salud de su rostro después de la diatriba.

— Mariezcurrena, traiga hule y meta todo en un paquete. Luego baje al champiñonario que tiene el cabo y dése un esmero por colocar estas hojas en el lugar más discreto. No me falle, Mariezcurrena, no me toquen más los huevos entre todos, que están a estas horas bastante sobados.

— A sus órdenes, mi general.

— Barreda: pida café, cojones; haga algo.

— Como usted ordene, mi general.

El palacio de Capitanía recuperó su fisonomía habitual con las primeras luces de la mañana, tras una noche inmisericorde de improperios y letanías. Mola, cansado, se retiró al fin a sus dependencias y apareció un par de horas después limpio, lustroso, bien afeitado y con un rostro más lozano. Pidió café de nuevo al soldado de guardia —sin dar una voz más alta que otra— y ordenó a Barreda que tomara asiento.

— Ha visto usted esta madrugada cómo es el enfado de un general cuando se tuerce todo — comentó encendiendo un pitillo con aire relajado. — Ya tiene materia chismosa para poder contar en el cuartel a la hora del vermú. La verdad es que únicamente me ha faltado soltar aquella plegaria que vomitaba un compañero en Melilla, asturiano él, cuando se enfadaba de verdad: «Cágame en mi puta madre...», decía el hijoeputa. En fin, lo mejor del caso es que ni mi mujer ni los niños se han enterado de nada; da gusto

ver cómo duermen algunos. A mí, de no ser por el café que tomo cuando se ponen las cosas negras, la verdad es que pocos asuntos me quitan el sueño. Joder, si yo he dormido sobre un saco cayendo obuses hasta debajo de la tierra... Y no un día o dos, semanas, semanas enteras en los barrancos de Xauen. La verdad es que cuando te acostumbras al estruendo de las explosiones, difícil es que te quite el sueño una bronca. Por cierto, ¿hay información sobre Mallol y su tropa?

— El comandante Fernández Cordón acaba de pasar por aquí y ha dicho que marchaba al cuartel para movilizar a los espías. Supongo que tendremos información esta mañana.

— Si tenían intención de visitarme en Capitanía, ya no pueden utilizar el factor sorpresa; eso parece evidente.

— ¿Cree usted que Mallol vendría aquí para ordenar un registro?

— Me creo eso, y cosas peores que eso, capitán. Por cuestiones menores tienen a José Antonio Primo de Rivera preso en la Modelo desde hace más de tres meses. Ya ve usted.

Al mediodía Mola reunió a su equipo en el salón de la residencia. El general estaba ojeroso, con el rostro cansado después de pasar una noche en blanco, a caballo entre la blasfemia y los tazones de café negro que le iba sirviendo el cabo de guardia, pero había olvidado los nervios que lo atenazaban de madrugada. Además, pensaba, la movilización general había servido para destapar fallos que de otra manera nunca hubieran quedado al descubierto, por ejemplo, la criada entraba en el planchatorio como Pedro por su casa sin que el general, ni su mujer, ni el ayudante,

ni nadie lo hubieran advertido. Hay ocasiones, pensó, en las que la caja fuerte es el lugar más inseguro de una casa porque los ladrones únicamente tienen ojos para descifrar la clave; algo parecido ha venido pasando con la documentación que he juntado en el planchatorio, que ha resultado ser el punto más frágil de todo el palacio. En adelante tomaré más y mejores precauciones, no queda otro remedio.

— Señores, dijo el Director cuando ofrecía una copa de vino a sus colaboradores al filo del almuerzo, hemos superado el primer escalón de lo que nos espera. Si el Gobierno se ha atrevido a enviar este operativo a la ciudad es que tiene información de que algo se está cocinando, aunque no sepa al día de hoy qué.

— Mi general, buscaban armas — dijo entonces el comandante Fernández Cordón. — Según mis informes han registrado casas en todo el perímetro de Pamplona y en pueblos más alejados.

— Y tienen detenido al teniente coronel Utrilla, *igenerá*, apuntó el coronel Escámez. Parece ser, así nos lo han indicado, que está en el calabozo del Gobierno Civil.

— Bueno, que algo podían sacar estaba escrito en el libreto... Si tienen tantas armas como dicen, lo probable es que las gentes de Mallol no hayan dado palos de ciego. Es de suponer que buscaban los escondrijos de los carlistas y que contaban con alguna información. De lo contrario no se comprende este ruido.

— El ruido, como dice usted, mi general, es un aviso para los navegantes: el Gobierno está encima.

— En fin, lo que tenga que ser será. Comandante, ordenó Mola, llame usted al gobernador e indíquele que después del almuerzo, sobre las cuatro de la tarde, pasaré por su despacho para saludar a mi sucesor en el cargo. Va-

mos a dar una sorpresa. Por cierto, Escámez, para esa hora quiero que esté usted camino de Zaragoza. O de Logroño, pero fuera de esta ciudad. Forma parte del guión que usted se encuentre fuera.

— *Zordeneigenerá.*

Antes de almorzar con su mujer, Mola se tragó un nuevo sapo. Fernández Cordon le hizo llegar un recado en el que informaba que el general Lacerda había sido relevado en el mando de la VI División, con sede en Burgos, y que el ministro de Guerra había nombrado al general Batet, antiguo responsable del Cuarto Militar del presidente de la República, nuevo jefe. Otra nueva chincheta que Mola notaba cómo le perforaba la espalda.

El general llegó al Gobierno Civil repartiendo sonrisas, como un vendedor de paño al uso. Saludó con esmero a Menor Poblador y estrechó la mano de su sucesor en la Seguridad del Estado, José Alfonso Mallol, como si se tratara de un viejo amigo; pura táctica ya que la procesión, larga, lenta, pesada de digerir, iba por dentro. Mola habló con Mallol de su propósito al viajar a Pamplona y ambos, tahúres con muchas horas de vuelo, mintieron como bellacos.

— Creen en el ministerio, general, que hay contrabando en Navarra. Por eso hemos venido hasta aquí.

— ¿Contrabando? ¿Qué contrabando, señor Mallol? A mí también me interesa conocer si hay asuntos fuera de la ley.

— Contrabando en general. En Madrid, desde lo del estraperlo, ya no miran de reojo estas cosas del contrabando. Fíjese, al señor Lerroux ese escándalo le costó su carrera política.

—Pero, ¿han encontrado ustedes algo durante los registros? Hace unos días, en las inmediaciones de Pamplona, marchaba en el coche de un amigo dando una vuelta por el campo y nos paró una pareja de carabineros. Registraron el automóvil con ese pretexto.

—Ya sabe, general, que estamos en zona fronteriza y que no es sencillo evitar los trasiegos entre ambos lados de la linde.

—Sí, sí, desde luego. Y ¿han encontrado algo?

—Algo, sí. No mucha cosa. Algo, sí. Nos hemos dejado ver, que también es importante.

Mola dio un giro a la conversación para no poner en aprietos a su sucesor.

—Bueno, y por Madrid ¿cómo marchan las cosas, señor Mallol?

—La vida sigue su curso, general. Ya sabe usted que la dirección de la Seguridad del Estado es trabajo que, además de quemar, consume.

—A mí me lo van a decir...

—Y usted, general ¿cómo se ha acoplado a Pamplona?

—Divinamente, señor Mallol, divinamente. La verdad es que me hubiese gustado un destino con más tropa o, para ser más precisos, viendo la mar. No ha sido así y trabajo para mejorar en lo posible estas guarniciones de Navarra. Pero me encuentro un poquito solo. Fíjese que hasta un optimista enfermizo como el coronel García Escámez, que por cierto está de viaje, también quiere volver para su tierra...

—¿Se movería usted de Pamplona, general?

—Ya se lo he dicho, señor Mallol, quiero un destino en punto de mar. A estas edades que vamos teniendo

las personas adquirimos una tendencia a buscar un mejor acomodo. Pero, bueno, me ordenaron venir a Pamplona y aquí estoy con mis mejores intenciones. En fin, que si usted quiere echarme una mano para que me trasladen a Cartagena... no lo rechazaría nunca.

— Está bien saber eso, general.

Mola utilizó como excusa unos ejercicios que la tropa iba a realizar esa misma tarde en los fosos amurallados de la Vuelta del Castillo, en el sureste de la ciudad, para finalizar el encuentro. Ni siquiera esperó que trajeran café, aunque hizo aprecio a un refresco de gaseosa. La tarde estaba vomitando calor y el general sudaba no sólo por la calina del bochorno sino por la mucha intranquilidad que arrastraba desde la noche anterior.

— Señor Mallol, ha sido un placer haber conversado con usted y lamento tener que despedirme pero la obligación es la obligación.

— Lo mismo digo, general.

— Señor Menor, estoy a su disposición. Hasta otra ocasión, señores.

El general regresó a Capitanía y se cambió de ropa. Salió del palacio por la parte posterior y bajó hasta el portal de Francia donde Félix Maíz, puntual hasta el agobio, esperaba con el motor del Buick en marcha.

— Vamos a Lecumberry, al mismo paraje que el otro día.

— Como usted mande, general.

— ¿Tiene usted información de los registros de hoy?

— La que me ha facilitado el capitán Vicario. Las gentes de Mallol no han encontrado lo que buscaban; tan sólo dos o tres pistolas y poca cosa más.

— ¿Guardó usted sus libretas de notas en lugar seguro?

— ¿Acaso lo duda? En Lecumberri, precisamente, le dije que este coche tiene un compartimento secreto que ni el propio fabricante sería capaz de localizar.

— Señor Maíz, simplemente estaba poniendo a prueba su memoria.

— Ah, si sólo era eso...

En las afueras de Lecumberri Mola se reunió con el dirigente tradicionalista José Luis Oriol, que había viajado desde el sur de Francia para conversar con el general porque sus informaciones denotaban un notable desencuentro con la cúpula carlista, sobre todo tras haber estado conversando dos horas con Manuel Fal Conde.

— Mi general, — dijo Oriol con ceremonia — tengo entendido que sus contactos con dirigentes de la Comunión no han fructificado. ¿Es así?

— Me temo que sí, señor Oriol. He mantenido sendas conversaciones con los señores Zamanillo y Fal Conde y, sí, la verdad, no se puede decir que estuviéramos de acuerdo en todo.

— ¿Cree usted que yo puedo ayudar en algo?

— Imagino que hablando con sus correligionarios. Hay cuestiones de principio que al Ejército no se le pueden imponer como trágalas. Eso lo debe entender cualquiera.

— Mi general, tenga en cuenta que para la Comunión Tradicionalista hay materias que no le están permitidas poner en cuestión, nunca lo hará, porque son su esencia misma: Dios, Patria, Rey. Todo lo demás es susceptible de revisión.

— Creo, señor Oriol, que será imprescindible conversar más veces si buscamos el acuerdo. De cualquier forma convendrá conmigo en que es el Ejército de España

quien debe tomar la rienda de este movimiento y a su mando deben supeditarse todos los demás elementos; más si son civiles.

—Apoyo firmemente lo que usted acaba de decir. Pero ¿dónde radica el problema?

—Posiblemente en que, para algunas personas, se piensa más en el día después que en el trabajo que hay que realizar los días antes. Si sumamos voluntades el movimiento será un éxito; de lo contrario, divididos, vamos todos al fracaso. Y eso es también lo que esperan los enemigos de España.

—Mi general, creo que sería conveniente que conociera usted a Rodezno, como ya le indiqué la vez anterior. Voy a trabajar para que ustedes, si le parece bien, tengan un encuentro.

—Me parece de perlas.

—Si es así, seguiremos en contacto. En cualquier caso sabe usted, mi general, que puede contar conmigo, con mi familia, con mis hijos y con mi hacienda. Todo al servicio de España, general.

—No sabe usted, señor Oriol, cómo le agradezco estas palabras.

—Volveremos a vernos. Adiós.

José Luis Oriol estrecha la mano del general con una fuerza inusitada y sonrío enseñando los dientes cuando dice con un susurro:

—Mi hijo José María ha conversado varias veces con José Antonio Primo de Rivera en la cárcel Modelo, en Madrid, y éste conoce nuestros planes y los apoya; confíe en nosotros, general.

Mola resopla por el calor y hace gestos con la cabeza

dando a entender que las circunstancias pueden mejorar aunque la complicación de los humanos impregne todos los movimientos. En un día tan cargado como ha sido este veintinueve de junio, festividad de san Pedro y san Pablo, el general cree haber dado muestras de temple, de cinismo y sobre todo de arrestos, aunque por los adentros un tembleque sórdido le haga trepidar hasta el forro del ombligo. Estima, además, que no va a poder aguantar muchos días más con tanta presión porque las fuerzas se debilitan al paso del tiempo, del maldito tiempo que tanto escasea. ¿Y si Mallol consigue que el ministro me destine a Cartagena? «Uf», piensa Mola, «hay días que uno desearía que fuesen borrados del calendario para siempre».

19

HIJOS SÍ, MARIDO NO

Ahora mismo, finales de junio, ignoro en qué va a quedar nuestro movimiento. Me encuentro sólo tirando de este carro que no tiene yunta ni bueyes y aunque la gente que me rodea en Pamplona es animosa y está dispuesta a todo, así no hay manera de cimentar un levantamiento que aniquile la anarquía que sufre España. Creo que si el ministro me llamara en este momento para ofrecerme un destino con playa no dudaría un momento en reunir a la familia y coger el portante para marchar donde fuera. De todo esto he hablado esta mañana con Consuelo, que está un poco al margen de los pasos que he ido dando hasta ahora. Ella no sabe casi nada pero me ve tan alicaído, con tan poca fuerza, que me ha dicho:

— Emilio, si vas a seguir con tamaños agobios, mejor pide nuevo destino. Nosotros te vamos a seguir allá donde ordenen, sea donde sea, porque somos tu familia y te queremos, pero lo importante es tu felicidad, que es la nuestra. Y yo no te veo contento estas últimas semanas. Tienes la mirada triste, se te nota con mucho cansancio interior. Creo que estás hecho una pavesa...

— Estamos en la organización de un gran movimiento salvador de la Patria y es tarea que consume muchas energías, contesté sin gran convencimiento.

— Todo eso está muy bien pero ¿qué hacen los demás? ¿Qué hace, por ejemplo, Franco?

— Está en Tenerife aprendiendo a jugar a golf y estudiando inglés.

— Yo quiero lo mismo para ti, si es lo que te gusta.

— Sabes, Consuelo, que soy hombre de acción. Mariconadas, las menos posibles.

— ¿Hasta cuándo piensas aguantar? Llega el verano y, la verdad Emilio, no estoy dispuesta a ver cómo te consumes.

— Voy a aguantar hasta que vea finalizada mi tarea. O hasta que compruebe que me he quedado solo, o con pocos apoyos. Estos días, precisamente, hemos tenido complicaciones que estoy tratando de resolver. Si no fuera así, si no pudiese arreglar los entuertos, me corto la coleta y pido el cambio. Ten por seguro que tu marido no va a perpetuarse como conspirador si ve que el entorno no progresa. Además, yo también creo que nuestra felicidad es lo importante. Tú quieres verme feliz y contento y a mí me pasa lo mismo contigo y los niños. Tengo las fuerzas al límite, pero el sentido del deber y la responsabilidad que

otros compañeros han depositado en mi persona me obligan a seguir un tiempo más. No se cuánto, aunque no será más de tres semanas, un mes quizá.

—O sea, que a esperar tocan.

—Me temo que sí, Consuelo.

—Que sepas que te queremos y que voy a apoyarte hasta donde sigas. Pero, por favor, piensa en nosotros, en tu familia.

La conversación con mi mujer me ha servido para apreciar, todavía más, el valor supremo de la familia. Nacemos, crecemos, morimos, pasamos por la vida con más pena que gloria y de no ser por el entorno familiar este valle de lágrimas sería insufrible, insuperable. Al hilo de lo anterior, que resulta bastante evidente, me pregunto: ¿cómo puede una persona renegar de la familia, qué es lo que está pasando ahora entre las gentes de izquierdas en España que quieren destruir, también, esta institución? ¿Cómo es posible que la comunista Dolores Ibarruri haya grabado un disco con frases lapidarias que suenan como rayos, «Hijos sí, marido no», que sus camaradas hacen sonar con altavoces por la Gran Vía de Madrid desde hace semanas? Pero, vamos a ver, ¿cómo ha nacido, dónde se ha criado ella? Uf, hay cuestiones que superan mi inteligencia y me hacen dudar del raciocinio del ser humano.

De Franco, por fin, tenemos noticias. Un tanto críplicas, pero menos es nada. Según nos ha informado el coronel Galarza, Franquito ha enviado una carta al presidente del Consejo de Ministros y ministro de Guerra, Santiago Casares Quiroga, cuya copia tengo entre mis manos, en la que advierte de lo insostenible de la situación y del malestar enorme que reina en el Ejército. Se refiere Franco a que

las condiciones de mil novecientos diecisiete, cuando se crearon las Juntas Militares de Defensa, que tanto sienten todos los cuerpos del Ejército porque contemplan que el Gobierno permanece pasivo ante las múltiples provocaciones que padecemos: «Es tan grave el estado de inquietud que en el ánimo de la oficialidad parecen producir las últimas medidas militares, que contraería una grave responsabilidad y faltaría a la lealtad debida si no hiciese presente mis impresiones sobre el momento castrense y sobre los peligros que para la disciplina del Ejército tienen la falta de interior satisfacción y el estado de inquietud moral y material que se percibe, sin palmaria exteriorización, en los Cuerpos de oficiales y suboficiales».

Y añade: «Faltan a la verdad quienes presentan al Ejército como un desafecto a la República; le engañan quienes simulan complots a la medida de sus turbias pasiones; prestan un desdichado servicio a la patria quienes disfracen la inquietud, dignidad y patriotismo de la oficialidad haciéndoles aparecer como símbolos de conspiración y desafecto... No le oculto a Vuestra Excelencia el peligro que encierra este estado de conciencia colectiva en los momentos presentes, en que se unen las inquietudes profesionales con aquellas otras de todo español ante los graves problemas de la Patria. Apartado muchas millas de la Península, no dejan de llegar hasta aquí noticias, por distintos conductos, que acusan que este estado que aquí se aprecia existe igualmente, tal vez en mayor grado, en las guarniciones peninsulares e incluso entre todas las fuerzas militares de orden público».

La carta acaba así: «Considero un deber hacer llegar a su conocimiento lo que creo de una gravedad tan grande

para la disciplina militar, que V. E. puede fácilmente comprobar si personalmente se informa de aquellos generales y jefes de cuerpo que exentos de pasiones políticas viven en contacto y se preocupen de los problemas íntimos y del sentir de sus subordinados».

Para mí que esta carta es una buena señal: primero porque dice la verdad, segundo porque quien avisa no es traidor y tercero porque Franco conoce bien al ministro y sabe que lo que digan los militares le entra por un oído y le sale por otro, de manera que advertido queda y suya será la responsabilidad si hay una asonada. Cuando he recibido copia de esta carta he conversado con el director de *Diario de Navarra*, don Raimundo García, -esta vez en una terraza de Pamplona- y conviene conmigo en que a este Gobierno no le es dado arreglar los problemas generales porque padece de falta de iniciativa, de pasividad total, tiene inestabilidad parlamentaria y carece de figuras de talla.

Por activa y por pasiva, por aquí y por allá, a través de éste o aquél, en nuestro país muchas personas han alzado su voz ante las instancias ministeriales, ante los gestores de la cosa pública, para hacer ver que vivimos en un estado de cosas calamitoso que conduce al barranco más profundo. Y ¿qué respuesta hemos encontrado? La indolencia de Azaña y los exabruptos de muchos diputados de izquierdas. ¿Se puede admitir que frente a los desmanes de orden público, frente la quema de iglesias, a la profanación de tumbas, a los asesinatos, el ministro de la Gobernación, Juan Moles Armella, responda groseramente: «Sin novedad en el frente», como si fuera el título de un cuplé? ¿Quosque tandem Catilina abutere patientia nostram? Al día de hoy no hay respuesta y esto, por un deber cívico,

nos impulsa para hacer lo que otros, con más altas responsabilidades que los hombres de la milicia, no han querido llevar a cabo a causa de su molicie.

Sostiene el señor García que el Gobierno ha llevado la esencia misma de España, su catolicismo, sus viejas costumbres ancestrales hasta una sima de donde no es posible que aquellos que han propiciado el desastre sean los que se apresten a resolverlo. Nadie apaga un incendio volcando gasolina, por más que ésta también sea un líquido como el agua, ha dicho el periodista y político, y yo estoy en completo acuerdo con estas apreciaciones. Quienes no hemos participado del desastre y no somos sino unos sufridores más tenemos la obligación, el deber moral y la responsabilidad patriótica de rebelarnos contra la terrible situación de anarquía que vive España. Lo pensaba hace tres meses y lo creo con más fuerza ahora.

Acabo de mantener una entrevista con el teniente coronel Seguí y de la misma me ha remontado el ánimo. Nuestra gente en África no es que esté preparada: es que están en posición de combate, las armas cargadas, amartilladas, la mira enfilada y únicamente esperan la orden de disparar. Tienen prisa, por decirlo de alguna manera, para entrar en acción. Incluso, en una carta que me ha entregado Seguí, el teniente coronel Yagüe, después de proclamar los peligros que acechan a la patria y de ensalzar el valor de nuestras tropas se pregunta: «¿A qué espera, mi general?». «A que encajen todas las piezas», he respondido al emisario. Ya sé que demandar paciencia a Yagüe (el oficial con más días de arresto, por faltas de disciplina, entre todos los europeos) es pedirle al ciruelo que cante boleros, pero es lo que corresponde en estos momentos.

En esta larga batalla de ir templando ánimos hay compañeros que quisieran salir a la calle ahora mismo sin tener en cuenta que el movimiento del Ejército ha de ser coordinado, porque de lo contrario fracasará rotundamente. Ésa es mi tarea, a ella dedico casi todo mi tiempo pero, como bien dice el refrán, no por mucho madrugar amanece más temprano. Comprendo que para aquellos que están preparados y conocen bien su misión pedirles que estén en posición de descansen un mes equivale a hastiarlos antes de entrar en combate. Pero no hay más alternativa que la que venimos siguiendo: ahora mismo sacar el Ejército de los cuarteles para que tome las calles es un imposible. Ni tenemos asignadas las tareas en todas las Divisiones ni está todavía a punto la unión con el elemento civil. ¿Quién se va a encargar de Madrid, quién de La Coruña, quién de Valencia, quién de Barcelona, quién...? Todavía quedan algunos quiénes por resolver y trabajo que va a costar. Además, en esta tarea que estamos llevando a cabo hay gentes que quieren correr, unos que dicen que hay que echar el freno y otros, los menos, que han metido la marcha atrás. Todos se consideran patriotas y a todos debo una explicación, cuando no una palabra de ánimo. Joder, qué duro es tirar de este carro tan pesado.

Una cuestión que ha quedado clara es que el movimiento se va a iniciar en África porque es allí donde están las tropas más preparadas del Ejército y hay más ambiente. Si Franco llega a tiempo (ésa es harina de otro costal), las tropas de Marruecos han de ponerse en Málaga antes de dos o tres días y comenzar la marcha sobre Madrid. Esto lo han de saber los carlistas, porque siguen pensando que saltando primero Pamplona el movimiento es más suyo que

de los demás. Pero yo tengo claro que primero es Marruecos, que tiene un trecho de mar con la península, y al día siguiente los demás. Que sea la auténtica tropa la que dé el primer paso no es sólo una cuestión de procedimiento, lo es también de patriotismo.

Por la mañana he acabado de dar forma a las instrucciones para Marruecos y para cuando he conferenciado con Seguí en las oficinas de la eléctrica el mecanógrafo Martínez Erro ya las había pasado a limpio y con dos copias. Dicen así:

Ha de procurarse por todos los medios organizar dos columnas mixtas sobre la base de la Legión: una en la Circunscripción Oriental y otra en la Occidental que desembarcarán, respectivamente en Málaga y Algeciras aunque conviene, hasta el momento preciso, hacer creer que los puntos de desembarco son Valencia y Cádiz. Esto es muy interesante para el feliz éxito de la operación.

Jefe de todas las fuerzas de Marruecos lo será hasta la incorporación de un prestigioso general la persona a quien van dirigidas estas instrucciones. Como la dirección del movimiento tiene confianza en dicho jefe, deja en absoluto a su albedrío los detalles de ejecución así como el de reforzar la guarnición de Málaga con las que crea necesarias para garantizar el orden público, pero sí ha tener presente:

1º Que el movimiento ha de ser simultáneo en todas las guarniciones comprometidas y desde luego de una gran violencia. Las vacilaciones no conducen más que al fracaso.

2º Que inmediatamente ha de procederse al embar-

que y traslado de fuerzas a los puntos indicados, en la inteligencia que se tiene casi la seguridad absoluta de que este solo hecho será suficiente para que el Gobierno se dé por vencido.

3º Solicitará la colaboración de la escuadra y tendrá tomadas las disposiciones convenientes para inutilizar la aviación que no sea afecta. La artillería antiaérea de los barcos actuará al primer intento de agresión.

4º La marcha de las columnas, una vez desembarcada, ha de ser rápida y sobre Madrid, procurando durante el avance arrastrar todas la fuerzas cívicas simpatizantes con el movimiento salvador de la Patria.

5º No debe olvidar el Jefe la conveniencia de llevar las fuerzas convenientemente abastecidas, con suficientes municiones y numerario para satisfacer, en el acto, los gastos que convenga no dejar pendientes.

6º Oportunamente se enviará el aviso para estar preparados y después, día y hora del movimiento. El telegrama de estar preparado dirá: MIL FELICIDADES EN NOMBRE DE TODA LA FAMILIA.- EDUARDO. A lo que contestará el Director con un telegrama, fechado en Ceuta y firmado por Juan, por el que se comprenda está dispuesto, poniendo en el telegrama un texto cualquiera. El movimiento se avisará con un telegrama que dirá: DÍA TAL LLEGARÁ A ÉSA FULANITO, RUEGO SALGAS A RECIBIRLE.- EDUARDO. El nombre de Fulanito indicará por el número de letras la hora, que será de la mañana si no lleva apellido; si se pone apellido se refiere a la

tarde. Ejemplo: DÍA OCHO LLEGARÁ A ÉSA NICASIO, RUEGO SALGAS A RECIBIRLE.- EDUARDO, quiere decir: que el movimiento habrá de realizarse el día ocho a las siete de la mañana.

7º Ha de tenerse presente que, desde luego, el movimiento se producirá donde esté el Director y que, por lo tanto, no deben hacerse caso de las noticias que para quebrantar la moral haga circular el Gobierno por radio u otros medios.

8º Inmediatamente de producido el movimiento en Marruecos, habrá de comunicarse al Director por el medio más rápido, incluso si es posible por avión, que puede tomar tierra en el aeródromo inmediato o en el eventual que existe cercano a la capital en que esto se fecha.

Le ruego acuse inmediatamente recibo de estas instrucciones, diciendo si está conforme con ellas.

Nota.- De estas instrucciones sólo tiene conocimiento el Destinatario, el Director y una tercera persona que ejerce de coordinador. SON, POR LO TANTO, ABSOLUTAMENTE RESERVADAS.

Peloponeso, 24 de junio de 1936.

EL DIRECTOR

Esta directiva la he datado en junio, y en Peloponeso, para añadir un punto de despiste al texto para el supuesto, altamente improbable, de que acabara en manos del enemigo. A día de hoy, por fortuna, no tenemos conocimiento de que ninguna de las instrucciones reservadas haya salido de sus destinatarios aunque no pongo la mano en el fuego. Por este lado, parece que la cosa marcha (pudiera darse el

caso de que hayan circulado instrucciones por manos indebidas, aunque hasta ahora no tenemos conocimiento de tales hechos). Y donde no marcha, Dios proveerá. También he ultimado un plan que establece las responsabilidades de los cabecillas de esta rebelión patriótica, distribuyendo por fin nombres y ciudades. No ha sido sencillo ni rápido porque hay zonas donde por desgracia veremos caer a nuestros compañeros si no hay golpe de baraka, como dicen en Marruecos: desde África Franco tiene que hacer llegar las tropas a Andalucía, Goded (es su empeño) volará de Palma a Barcelona, que es la plaza más complicada, Fanjul y sus gentes en Madrid, Saliquet en Valladolid, Cabanellas en Zaragoza, nosotros en Pamplona, Logroño y Burgos. Para Sevilla he pensado que Queipo de Llano puede ser la persona porque es capaz de liarla con dos y el del tambor.

Precisamente Queipo ha vuelto a pasar por Navarra (nos hemos visto a escondidas cerca de un pueblo que está próximo a la frontera; creo que se llama Leiza) y he mantenido con él una conversación de este tenor:

—La información que he recopilado indica que la situación en Andalucía no es la mejor: poco que sumar y mucho que restar, ha confirmado Queipo.

—Había pensado que te ocuparas de Sevilla —he respondido sin mover una pestaña.

—Yo había pensado en Valladolid.

—Para allí está Saliquet. En concreto para la Capitanía General. Para la gestión civil he pensado en el general Ponte y en el coronel Serrador para las operaciones militares. Supongo que el coronel Galarza ya te ha puesto en antecedentes.

– Sí, pero yo en Valladolid me veo más.

– Te toca Sevilla. El único capaz de levantar Andalucía eres tú.

– ¿Con qué armas?

– Con las que Dios te dé a entender, como repite Galarza. Tienes, Queipo, muchas escamas para que te resbale el agua. Nadie como tú para una plaza como Sevilla.

– Gracias por el caramelo.

Creo que al final lo ha entendido y, de todas maneras, así lo espero por su bien y el de todos. Queipo es listo y sabrá apañárselas como pueda. Peor está la cosa en Madrid. Lo vengo poniendo en conocimiento de todo el mundo para que nadie se llame a engaño y buena parte de la estrategia final consiste en marchar sobre Madrid en columnas, para el supuesto de que la capital no consiga liberarse de las amarras en las primeras veinticuatro horas. Es la vieja táctica carlista que nunca ha dado resultado pero que en esta ocasión va a funcionar. Lo he comentado con Saliquet:

– De modo que piensa que Madrid tendrá que ser liberado por los de provincias.

– Exacto, mi general. No albergo dudas.

Con los carlistas me he vuelto a reunir aunque a estas alturas no sé si lo que de verdad estamos haciendo es, o no, marear la perdiz; veo una gran divergencia entre los dirigentes que están fuera de la realidad porque residen en Francia y las gentes locales que apoyan sin dudar lo que el Ejército determine. La última cita ha sido en el pueblo de las cerezas, Echauri, en el caserón de Esteban Ezcurra,

y no se puede decir que hayamos progresado respecto a conciliábulos anteriores. Estaba previsto que a esta reunión acudieran el jefe de los requetés, José Luis Zamanillo, y el máximo dirigente del carlismo, Manuel Fal Conde. Parece que dificultades para cruzar la frontera por Behovia y cierto grado de prudencia han aconsejado a los tradicionalistas que Fal permanezca en su escondite porque, según dicen, un movimiento en falso puede arruinar nuestros contactos. Cuentan que a Fal y Zamanillo la policía les sigue, persigue y estrecha el cerco. Claro, señores, y a mí si me descuido un milímetro.

La cuestión es que Zamanillo insiste en la ya conocida postura de condicionar la participación de sus gentes a que nosotros aceptemos, de forma previa, que el movimiento tenga un carácter monárquico (de su rey, claro), que las cuestiones religiosas no se olviden y vuelvan a estados pretéritos (nada de la separación Estado-Iglesia, nada de divorcio, nada de laicismo; nada de nada en esta materia, por lo que parece), que ellos tengan mando en los futuros órganos de representación, etcétera. Es decir: Dios, Patria, Rey, nada nuevo bajo el sol.

He intentado en esta última cita hacer ver a Zamanillo que no me es dado asumir planteamientos de este tipo porque en el Ejército no hay una directriz en ese sentido: creemos que el actual régimen republicano no es el enemigo a batir, no es el adversario. Nuestro enemigo son los actuales gestores de la cosa pública, su camarilla, sus alcañones, la anarquía, el caos y el comunismo. Lo acaba de decir el diputado señor Gil Robles en el Congreso: en los cuatro meses que lleva el Gobierno del Frente Popular en España se han producido incendios que han destruido ciento

sesenta iglesias, a los que hay que sumar otros doscientos cincuenta y un intentos fallidos, doscientos sesenta y nueve muertos por asesinato y mil doscientos ochenta y siete heridos en choques callejeros, ciento treinta y tres huelgas generales y doscientas dieciocho parciales, sesenta y nueve centros políticos destrozados y trescientos doce asaltados, diez sedes de periódicos totalmente destruidas y treinta y tres allanadas... (para qué seguir con este rosario de catástrofes, que espero no sean inútiles).

Todo esto, toda esta barbarie que tan machaconamente persigue la aniquilación de la Patria y de sus mejores gentes, es lo que debemos frenar y a lo que hay que dedicar nuestro mejor empeño. Hablar ahora de monarquía o república, en mi opinión, es un debate estéril porque ningún régimen es en sí mismo tirano si sus dirigentes se comportan como leales servidores de la masa. La República, per se, no es dañina: lo son sus dirigentes, sus jerifaltes, los que están apoltronados y no hacen nada ante tanto desmán revolucionario. En fin, cuestión baldía discutir acerca de estas cuestiones con los dirigentes del tradicionalismo.

De la reunión con Zamanillo no he sacado nada en claro, que no fuera lo que ya conocía. Pero sí ha sido interesante una pequeña charla que he tenido con Ezcurra, a quien en Pamplona señalan como una persona clave en sus milicias armadas. Decía este carlista cuando ya había salido de su casa Zamanillo:

—Mi general, con boina o sin boina nosotros nos echamos a la calle.

—Es una postura que le honra, contesté con el corazón.

—Usted pida hombres, general.

— ¿Cuántos?

— Los que se necesiten: cinco mil, diez mil. Todos los que sean necesarios para el buen fin.

— ¿Disponen ustedes de tantos efectivos?

— Y de más si se necesitan. Quince mil, veinte mil... Los que sean necesarios, general. Ahora o nunca.

Me sorprendieron las palabras de aquel hombre, puesto que hablaba desde su sentimiento más profundo, sin rodeos ni diplomacias. Ahora o nunca, ésa era la cuestión y todo lo demás zarandajas.

— Cuánta razón tiene usted, señor Ezcurra, le dije. Ahora o nunca. Pero bajo las órdenes del Ejército, que es quien encabeza este movimiento salvador de la Patria. Juntos, Ejército y Requeté, no tengo duda, marcharemos unidos hasta la victoria. Hágaselo ver a sus jefes porque el tiempo apremia.

Al finalizar la cita, ya en la calle, el señor Zamanillo me hizo entrega, después de despedirnos, de una hoja en la que resumía las posiciones del tradicionalismo y que voy a reproducir a continuación:

Nota 3^a, de 2 de julio de 1936

En la primera nota se subrayaron, como esenciales, aquellos que responden a principios inmutables, servidos durante un siglo, sin los que no podemos colaborar, que pueden reducirse a dos: uno de imprescindible previsión política y otro de obligada lealtad a nuestras masas. Dicha previsión exige que se garantice que la futura política responda a los dictados de la religión y acometa la reconstrucción política del Estado sobre las bases sociales y orgánicas para acabar con el parlamentarismo y el sufragio liberal. Acepta-

mos la Presidencia del General que nos ha sido propuesta, pero pedimos que con él lleven la dirección política (no la del Gobierno en el sentido estricto de orden público, ni la Administración General) dos consejeros que designemos, a los que se encomiende la obra de la reconstrucción orgánica o corporativa y de educación nacional, sin que nos interesen en absoluto (pues nada queremos para nosotros ni para el Partido llamado, como todos, a disolverse) los ministerios actuales, que se encomendarán a personas técnicas los de la Administración General del Estado, o a militares lo relacionado con el orden público. En segundo lugar, el punto relativo a la bandera es de obligada lealtad a nuestras masas. Aunque hubiera derecho a pedir a los dirigentes que se sobrepongan a los símbolos, nunca se podrá hacer entender a las masas otro lenguaje que el simbólico y mal podrán comprender nuestras masas en la bandera republicana obra de gobierno que sobre los intereses puramente materiales ponga los altos ideales de la espiritualidad y el honor de España, únicos merecedores del sacrificio de la vida. De otra manera no podemos colaborar, no sin dolor, firmemente persuadidos de que el movimiento requiere una fuerte ponderación de ideales, que (a costa de reducir colaboraciones de dudosa eficacia práctica, pero de segura pérdida de altura moral) pueda crear una fuerte solidaridad entre la parte sana del Ejército, que es la que representa el honor y su gloria, con las fuerzas sociales ardientes de un sacrificio heroico y empeñadas en el propósito de redimirlo.

Poco antes de que Zamanillo fuera camino de la frontera oculto tras una boina, Lizarza, que hacía de chofer de su jefe, me dijo:

—Mi general, ¿quiere ojear usted un depósito de pistolas, uno de los que tenemos repartidos por Navarra?

—¿Dónde?

—Aquí mismo, en el sótano de esta casa.

Bajamos a verlo y al subir de nuevo al zaguán les dije:

—No hagan bromas programando reuniones sobre depósitos de esta naturaleza.

La entrevista con estos prohombres del carlismo no me ha desconcertado como en ocasiones anteriores, quizá porque antes había consignado muchas esperanzas en los encuentros y ahora tengo la dosis suficiente de escepticismo, incluso cierta experiencia en el trato. Aunque la dirección de los tradicionalistas condiciona su apoyo a que seamos nosotros, los militares, quienes marchemos tras sus lemas, sus banderas y sus creencias tengo para mí que su público, los que viven a pie de calle la situación, no son tan exigentes en los planteamientos y aceptan de buen grado lo que el Ejército ordene. Ahora mismo me inclino a pensar que nuestro movimiento podrá contar con sus gentes si somos capaces de establecer un programa de mínimos que a todos acoja y a nadie comprometa en estos temas que, lo estoy viendo, son tan sagrados para algunos.

Salvar España del caos no es tarea de monárquicos o republicanos, de militares o civiles, es mucho más que todo eso: un asunto de patriotas. Este pensamiento me ha animado a ponerme a los mandos de la Remington y he

redactado un escrito, un Informe Reservado, que acabo de ordenar su envío a todas las personas que trabajan ya con nuestra organización, vistan o no de uniforme. De paso he aprovechado para recordar que todas las instrucciones siempre tienen carácter reservado, secreto, que bajo ningún concepto deben circular fuera de los circuitos donde se mueve nuestra gente y que hay que cultivar el entusiasmo por nuestra obra día a día porque si no continúa el impulso corremos el peligro de caer por la fuerza de la inercia.

El informe dice:

La Dirección del movimiento patriótico estima necesario dirigirse a los compañeros comprometidos en él para ponerles al corriente con toda lealtad de ciertos hechos demostrativos de que el entusiasmo por la causa no ha llegado todavía al grado de exaltación necesario para obtener una victoria decisiva y de que la propaganda no ha alcanzado un resultado completamente halagüeño. Está por ultimar el acuerdo con los directivos de una muy importante fuerza nacional, indispensable para la acción en ciertas provincias, pues la colaboración es ofrecida a cambio de concesiones inadmisibles que nos harían prisioneros de cierto sector político en el momento de la victoria. El llamado Pacto de San Sebastián está aún demasiado reciente para que los españoles hayan olvidado las dolorosas consecuencias que ha traído a España. Nosotros no podemos en forma alguna hipotecar el provenir del nuevo Estado.

Hago, también, referencia a las diferencias que se obser-

van en algunas provincias en personas que deberían dar su apoyo, codo con codo, a nuestras gentes y al hecho de que, según acabamos de saber, algunas Instrucciones han pasado a manos de personas que no apoyan este movimiento salvador. Por todo ello acabo de esta manera:

Hace falta por tanto que los exaltados se revistan de paciencia y de que todos se apliquen con el mayor entusiasmo a captar voluntades y a descubrir a los indiscretos o traidores, para que tanto unos como otros reciban su merecido. También se ha de tener presente que todo está en marcha y que no ha cundir el desaliento aunque sean inutilizadas las personas que llevan la Dirección, por importante que sea el papel que tengan o se les atribuya. Los que queden deben proseguir la obra iniciada.

Viva España.

Madrid, 1 de julio de 1936.

EL DIRECTOR

Creo que no es necesario añadir una tilde más a este informe.

20

5,000 BILLETES DE CIEN PESETAS

Francisco Herrera Oria, consejero de Editorial Católica, S.A., la empresa editora de *El Debate*, el periódico que fustiga al Gobierno días pares y nones, ha hecho caso al general Kindelán cuando éste pidió que organizara una colecta para

ayudar en los gastos que conlleva un movimiento como el que patrocina Mola. Ha hecho caso a su aire, porque no quiere soltar un duro de su bolsillo y de esta tesis participa también su correligionario y chófer de golpistas por España, el industrial del automóvil Carlos de Salamanca. A los dos se había dirigido Kindelán cuando, tras entrevistarse con Mola en Lecumberri, dijo bien claro que era menester rascarse los bolsillos y conseguir dinero para contribuir al buen fin de la obra patriótica iniciada en Pamplona. «Mover los hilos de la colecta», proclamó Kindelán al salir de Lecumberri camino de San Sebastián el día del Corpus.

Han pasado veinte días y Herrera ha dado con la fórmula para obtener dinero, mucho dinero, sin recurrir a vaciar su cuenta corriente. De común acuerdo con Salamanca se han entrevistado con el máximo dirigente de la Confederación Española de Derechas Autónomas, CEDA, José María Gil Robles, para recordarle que del remanente del fondo electoral de la coalición, que ellos en gran medida consiguieron para las últimas elecciones, se hace imprescindible enviar una buena cantidad a Mola para que vaya cubriendo los primeros gastos del movimiento y una eventual fuga al extranjero del general, si la asonada que ya está en la recta final no acaba por triunfar.

—No debemos de impedir que fracase la inminente rebelión de los patriotas por falta de nuestra ayuda económica, dijo Herrera a Gil Robles en su despacho. Estos fondos han de destinarse al movimiento que preconiza Mola y, en el supuesto improbable de que no triunfe, para facilitar su huida al extranjero. En el Banco de España, a nombre de Acción Popular, es donde no pintan nada.

—Dejarme un tiempo más para evacuar consultas
—responde Gil Robles.

—No hay tiempo, José María. El dinero hay que llevarlo a Pamplona a más tardar en veinticuatro horas porque estamos en los días clave.

—En ese caso, hablaré con Antonio Escudero, encargado de las finanzas, para que libre 500,000 pesetas.

—Carlos de Salamanca vendrá mañana porque, tan pronto como tengamos el dinero, salimos para Pamplona. Tenemos en marcha otras iniciativas de apoyo financiero y debo de viajar también a Biarritz — dice Herrera.

El día dos de julio de mil novecientos treinta y seis, festividad de San Proceso y San Martiniano, mártires que fueron decapitados y comidos sus restos por los perros en Roma, Francisco Herrera Oria y Carlos de Salamanca —que unas horas antes había recibido de Escudero cinco mil billetes nuevos de 100 pesetas, en fajos de cien— salieron de Madrid en el Jaguar de éste para viajar a Pamplona y de ahí a Biarritz. En la primera ciudad debían entregar el medio millón; en la segunda, conseguir el compromiso financiero del industrial Juan March para que sufragase los gastos derivados del alquiler de un avión que trasladase al general Franco desde Tenerife a Tetuán, en la fecha, ya próxima, que Emilio Mola designara.

El Jaguar de Salamanca llegó a Pamplona antes del mediodía y aparcó frente a los cuarteles. Allí preguntaron por el domicilio del capitán Gerardo Díez de la Lastra, a quien conocían de conversaciones telefónicas, de haberse visto en San Sebastián y Logroño y de las visitas de Kindelán a Navarra. El dinero lo llevaba Salamanca en un maletín de viaje.

—Capitán — dijo Herrera — queremos entregar al general Mola una cantidad de dinero que ayude en los gastos de este gran movimiento nacional que están ultimando ustedes.

—Nosotros, que yo sepa al menos, no hemos pedido dinero a nadie.

—No se preocupe que todo esto lo vamos a hablar con el general. ¿Podríamos estar esta misma mañana con él? Tenemos cierta prisa por llegar a Biarritz y cumplir con otra misión patriótica.

—Tendrán que esperar aquí porque el general reside en Capitanía, al otro lado de la ciudad. Tomo mi coche y vuelvo en cuanto obtenga una respuesta.

Mola no sabía nada, como Lastra había supuesto. Incluso le parecía contaminante aceptar dinero de dos señores con aspecto de señoritos de los que no ponía en duda su honorabilidad e intenciones —por haberlos visto en compañía del general Kindelán— pero a quienes no había encargado misión alguna. El general dijo que no recibía a embajador alguno con o sin capital y encomendó a Lastra que procurase desembarazarse de los dos madrileños con las mejores palabras que pudiese.

—Capitán, Creo que el dinero compromete. Hága-les saber que no hemos pedido nada a nadie. Que agradecemos sus buenas intenciones. Que otra vez será.

—Voy a hablar con ellos, mi general.

Lastra regresó a su domicilio y por el camino, retorciendo los resortes de sus neuronas, fue pergeñando una evasiva que no fue capaz de encontrar. A fin de cuentas, pensaba, el dinero no empeora ninguna situación, por embrollada que pueda ser. Y puede sacar de muchos apuros.

—Señores, el general Mola me ordena comunicarles que no puede recibirles por motivos de trabajo y que no debe de aceptar este dinero, por mucho que su destino sea ayudar al movimiento patriótico, ya que él no lo ha pedido.

—Nosotros tenemos la indicación de entregárselo a ustedes, a los militares, y no vemos inconveniente en que sea usted mismo, capitán, quien se haga cargo de este maletín, respondió Herrera. Es dinero que únicamente persigue el bien de España, capitán. No se debe rechazar.

—Son las órdenes que he recibido, señores.

—Hemos viajado desde Madrid con este único motivo. Piénselo, capitán.

Lastra dudó —por su cara corrió una seña de titubeo, desde la frente al mentón— y casi con remordimiento aceptó ser el receptor del medio millón de pesetas, a sabiendas de que se estaba metiendo en un lío enorme con su jefe, del que no imaginaba cómo podría salir. Por eso, en cuanto los madrileños marcharon para Biarritz, llamó a su contacto, Félix Maíz, y le contó en forma de película cómo se habían desarrollado los hechos.

—Te pido que me ayudes en este entuerto. El general me dio una orden que yo no cumplí, pero pienso que la decisión acertada ha sido la mía. Este dinero, que es de procedencia honrada y patriótica, no hace mal a nadie.

—Voy a hablar con el general.

Mola, entre tanto, volvió a llamar al capitán Lastra. Le preguntó por el final de la historia y cuando supo que no se habían cumplido sus órdenes tampoco perdió la sonrisa:

—Usted se ha metido en este lío, usted verá cómo sale, capitán. No ha cumplido las órdenes.

A media tarde el general recibió a Maíz. Quince minutos de conversación pausada sirvieron para buscar un apañó.

—Dígale al capitán de mi parte que vamos a solucionar este embrollo. Hablen con Barreda. Entre todos

espero que encuentren un compromiso. Estos no son días para andar perdidos en semejantes vericuetos.

— Así lo haremos, general.

La solución final fue la que propuso Barreda: abrir una cuenta corriente en un banco local, el Crédito Navarro, a su nombre, después de negociar con uno de los consejeros de la entidad, el abogado, ex ministro y actual diputado por el bloque de derechas, Rafael Aizpún, el máximo secreto sobre la existencia misma del depósito. «Si se entera el gobernador me manda detener hasta que se aclare el origen de estos fondos», dijo el capitán.

A media tarde, con la cuestión numeraria solucionada, Mola ordenó a Maíz que le llevara hasta las inmediaciones de Tudela para reunirse con el general Cabanellas. «Asunto de diez minutos que no puede resolverse de otra manera», dijo encogiendo los hombros. De regreso, y por vez primera, Mola soltó la lengua ante su chófer:

— Puede usted apuntar en su dietario, amigo Maíz, que Cabanellas asegura armas para quienes se subleven en Navarra y carburante para todos. Las armas llegarán desde Jaca y Zaragoza. El carburante está, además de Zaragoza, en Miranda. Anote que es una excelente noticia, de las mejores que podían ocurrir. El día J Cabanellas enviará hasta Tudela diez camiones con fusiles y munición suficiente, así se ha comprometido. Con este equipamiento armamos un ejército de los de verdad.

A Mola de nuevo se le veía contento; ha comenzado a leer una biografía del general carlista Tomás de Zumalacárregui escrita por Benjamín Jarnés. «A ver si se me pega algo de la constancia de estas gentes», ha comentado a su ayudante mientras ojea un artículo que publica *El Pensa-*

miento Navarro en su primera página, a dos columnas, bajo el título: «¿Pero cuándo se arregla esto?». El comandante Fernández Cordón aprovecha la ocasión para indicar a su jefe:

— Acaba de llegar a Pamplona don Modesto Font. Según dice la prensa viene «en uso de licencia». Era el anterior secretario del Gobierno Civil, pero fue purgado por el Gobierno del Frente Popular que lo trasladó a Huelva. Comenta Maíz que Font es una persona que puede ser de gran utilidad a la causa el día que haya un cambio porque domina los entresijos del papeleo y la burocracia. Parece que está al tanto de lo que se cocina en Pamplona y es la razón de su estancia en la ciudad. Por cierto, mi general, comunicarle también que ha finalizado la huelga de la construcción, aunque continúa la de mueblistas.

— Bueno, menos es nada. ¿Cuándo comienzan las famosas fiestas de esta ciudad?

— El día seis a las doce del mediodía, mi general.

— Búscame un lugar con perspectiva para ver los encierros. Quiero tomar fotografías con la Leica: está un poco oxidada desde que llegué a Pamplona.

— Voy a hablar con don Eladio Esparza, el subdirector de *Diario de Navarra*, para que me indique cuál es el lugar idóneo. Él tiene fotógrafos en su periódico y lo sabrá.

— Buena idea.

21

EL DIRECTOR DE ABC BUSCA UN AVIÓN EN LONDRES

He solicitado nuevamente a don Raimundo García que me ayude en esta tarea de concertar con el carlismo un único

movimiento patriótico: acabo de pedir al periodista que hable con Fal Conde para hacerle ver que, de forma previa, a un Ejército que es republicano en su inmensa mayoría no habrá nadie capaz de convencerle para que se subleve contra el desorden, el caos, la anarquía, los antipatria, y de paso apoye una restauración monárquica. Nadie. Por supuesto, yo mismo tampoco. Las cosas tienen un orden lógico, primero, contra el enemigo. Después, administrando la victoria, se revisa todo lo revisable y más si puede mejorar la situación. Pero no antes; ahí está el error. Si seguimos dando vueltas a esta noria, he dicho a Garcilaso, lo probable es que el enemigo nos sorprenda a la vuelta de la esquina, cariacontecidos, y vayamos todos al traste. Es tan claro, tan meridianamente claro, que hay gentes que no lo pueden ver. García apoya este planteamiento porque es persona que no tiene prejuicios intelectuales cuando se habla de España.

Siguiendo con los contactos incesantes que vengo manteniendo desde hace un mes, he conversado con el general Kindelán en San Sebastián por espacio de dos horas. Me ha puesto al día de la situación de Franco: mientras da su visto bueno (porque todavía no lo ha hecho) hay una gestión que está encomendada al señor Luca de Tena, director de *ABC*, para que busque en Londres un avión que pueda volar de Canarias a Tetuán y transportar a Franquito el día que finalmente se produzca el alzamiento. Parece que en la capital inglesa trabaja el corresponsal del periódico, Luis Bolín, junto al aviador De la Cierva, en la localización del aparato, pero no es tarea sencilla ni teniendo todo el dinero del mundo porque hay que hacerlo con una discreción extrema, sin que nadie conozca el verdadero fin

de la misión y de una manera muy cronometrada. Junto a estas premisas está la propia dificultad para encontrar un avión pequeño que tenga autonomía suficiente para hacer estos trayectos tan largos.

Dice Kindelán que con Franco en Marruecos y nosotros levantados en armas, nuestro movimiento liberador no hay quien lo pare, aún con la escasez de aviones que vamos a tener. Me ha preguntado por la Armada y he confesado que es el arma que más me preocupa, aunque tenemos buen número de jefes y oficiales que trabajan ya en nuestra misma dirección. Le he confirmado que están ya en camino una serie de directivas para las bases de El Ferrol, Cádiz, Cartagena y África, y que alguno de nuestros capitanes está recorriendo estos días guarniciones del Cantábrico aunando esfuerzos. Comenta Kindelán que Yagüe prepara las maniobras de este año en Llano Amarillo como si fuera la maquinaria de una guerra y que no cree que el Gobierno sospeche más allá de los propios temores que el carácter del coronel, siempre tan impulsivo y rebelde, le inspiran. Creo que Kindelán, que lleva un tiempo alejado de la vida militar activa, no sabe bien los pasos que da este Gobierno siguiendo la sombra de los talones de nuestra gente. Pero no seré yo quien le quite los anhelos porque en estos momentos la fe y la ilusión son los dos elementos que más necesitamos y que mejor se complementan con nuestros esfuerzos.

Por la mañana, muy temprano, he recibido en mi despacho a Carlos Miralles, que llegó de noche desde Madrid. El grupo que encabeza este abogado, junto con dos de sus hermanos, está formado por monárquicos de Renovación Española y algunos falangistas y, aunque no muy

numeroso, parece inasequible al desaliento. Pide Miralles instrucciones para el día J y lo único que puedo adelantar es que tenga preparadas sus gentes porque la previsión que he dispuesto es marchar hasta la sierra madrileña (todavía está por determinar el lugar exacto; he de hablarlo con Escámez pero es posible que sea el túnel de Somosierra) y desde allí torpedee como pueda los acercamientos de las tropas del Gobierno, si es que no se produce el levantamiento de Madrid, como nos tememos todos. Hemos quedado en que recibirá las indicaciones pertinentes a través del coronel Galarza, que tiene montado en la capital de España un sistema de comunicaciones boca a oreja, puerta a puerta, que hasta ahora ha funcionado a las mil maravillas. Dice Miralles que su grupo es capaz de sostener la posición hasta que lleguen las tropas de Navarra, lo cual es mucho suponer; desde Burgos se llega antes a Madrid.

Quien ha venido a Pamplona en su condición de general de la VI División Orgánica ha sido Batet, mi jefe. Era visita anunciada, esperada por tanto, y como tal lo he tomado. Desde que destituyeron al coronel García Escámez aguardaba que el jefe de la División llegara a Pamplona, visitara los acuartelamientos y hablara conmigo de la situación de nuestras gentes. Así ha sido. Batet, después de revisar la tropa y visitar las dependencias, me ha preguntado:

— ¿Sabe usted que hay cierta intranquilidad con sus oficiales?

— Usted dirá por qué, mi general.

— Parece que están más nerviosos que otros. Usted sabrá, que envié una carta a mi antecesor hablando de estas cuestiones.

— La carta que envié, y que suscribo ahora de nuevo, reflejaba un sentir general: el Ejército no debe permane-

cer mudo y sentado viendo cómo se le denigra en algunas partes de España. Eso es de sentido común, mi general.

—No fue entendida así, general Mola. La vehemencia de algunos oficiales, además, no debe de contagiar a sus jefes. Fue usted quien sirvió de portavoz a sus reivindicaciones.

—Porque eran de justicia.

—Pues al coronel García Escámez le ha costado el puesto.

—La carta que yo envié es muy parecida a otras que se redactaron en Barcelona, Zaragoza, Palma etc. De seguir por esa vía, habrá que destituir a muchos coroneles, mi general.

—O a algunos generales.

—¿Qué postura debe adoptar un militar, general Batet, cuando se le insulta con el calificativo de asesino y a continuación gritan en su cara «Muera España»? ¿Hasta dónde debe llegar el aguante, mi general?

—Hasta donde lleve la responsabilidad, general Mola.

La conversación ha seguido por esos derroteros pero no he notado en Batet nada que me haga sospechar. Creo que ha venido a Pamplona para sentar sus reales de general de División y no por otros motivos más torticeros. Cuando nos hemos despedido me ha dicho:

—Seguiremos hablando, general.

Por la tarde noche nos hemos vuelto a ver en la terraza del café Iruña y Batet me ha informado de que pensaba viajar en media hora a Burgos. Pero no ha sido así. Ha reservado habitación en el hotel La Perla y allí ha estado conferenciando por espacio de cuarenta minutos con el

teniente coronel Rodríguez Medel, que se presentó acompañado de un paisano. A la mañana siguiente, temprano, ha salido con sus ayudantes en coche hacia Burgos. Eso creemos, porque pudiera ser Madrid su punto de destino. Parece que en el ministerio tienen gran interés por lo que pienso sobre la situación de España; podrían preguntármelo directamente, creo yo.

Hemos sabido asimismo que el jefe de la primera Legión del Tercio, el teniente coronel Heli Rolando de Tella Cantos, recientemente destituido por el ministro, ha marchado clandestinamente hacia la parte francesa de Marruecos porque temía por su vida si continuaba en el África español. Antes de abandonar Melilla dirigió una vibrante arenga a sus legionarios diciéndoles: «De vosotros, legionarios, depende en gran parte la salvación de cuanto nos es más querido: sólo el país donde domina el patriotismo y en el que existe un Ejército unido y dispuesto al sacrificio, tiene derecho a una existencia dichosa. El país donde se sacrifica el amor a la Patria por pasiones degradantes es precipitado a la ruina; y cae, indefectiblemente, bajo la dominación del más fuerte». También ha dicho Tello: «Las manos encargadas de defender España no están muertas todavía, sino solamente crispadas ante la traición y dispuestas a arrostrar los sacrificios que sean necesarios para impedir llegue a perpetrarse el crimen de lesa patria que no puede quedar ni quedará impune». No puedo estar más de acuerdo con estas palabras: los militares patriotas somos misioneros de España.

También he recibido una carta cifrada con la clave G que envía Yagüe desde África en la que hace referencia a las maniobras que todas las fuerzas españolas han lleva-

do a cabo en el Llano Amarillo e informa de que la tropa ha comenzado la dislocación aunque para el día 16 estarán todos en sus bases. «Aquí todo está listo; sólo necesitamos mando y barcos», manifiesta Yagüe y también apunta una cuestión que me deja desorientado. Dice el teniente coronel: «He recibido por una carta una orden de ponerme en movimiento el día 14 y otra, al mismo tiempo, aplazando la cosa. Si esta segunda se pierde, se arma lío. Esto no puede ser; insisto en que el día y la hora debe de mandarse a priori y traerlo en mano por dos personas de confianza mejor que una».

La verdad es que no se a qué se refiere, aunque me temo que desde Pamplona a Melilla alguno haya metido la cuchara y de su cosecha adelante fechas que no están asignadas. En cualquier caso lo cierto es que Yagüe, según sus palabras, tiene el territorio controlado y la tropa bajo sus órdenes, que es lo que ahora cuenta. Incluso acaba su carta con este exordio: «Tengo todo preparado; los bandos de guerra, hechos. No dudo un momento en el triunfo. El espíritu de todos, magnífico. Mando, barcos y ¡Adelante!... ¡Viva España!». Si todos tuvieran el entusiasmo que siempre muestra Yagüe, este movimiento acababa con el caos y la anarquía en cuestión de una semana.

22

COMIENZA LA FIESTA

Hay viento del sur, caliente, bochorno. La ciudad espera que los cohetes anuncien a las doce del mediodía desde la plaza del Castillo que las fiestas, los Sanfermines, vuelven

como cada seis de julio desde tiempo inmemorial. Al general Mola le han dicho que estos festejos son únicos, que la gente está en las calles bailando y bebiendo hasta reventar, que por las mañanas, a eso de las siete, los toros que se lidian en la plaza marchan por las calles, desde el Hospital Militar hasta el coso, y que por delante corren los jóvenes de Pamplona desdeñando al destino ya que los morlacos son de lidia, bravos, con astas como agujas y tiran derrotes con la cabeza porque ellos también corren, pero más atemorizados si cabe.

Pasan de la dehesa al adoquín de Pamplona, del silencio al bullicio, del pasto al albero de una plaza monumental, de la vida en el campo a la muerte ante diez mil espectadores que esperan su derrota (ayer, en Sevilla, los más desheredados de la fortuna atraparon y dieron muerte en un cortijo a un toro de lidia, al que descuartizaron para repartir sus carnes entre cien familias de las islas del Guadalquivir, que pasan hambre y calamidades desde las últimas inundaciones de mayo).

A las doce –como cada seis de este mes de julio– el empleado de una pirotecnia que está junto al café Iruña apoyado en un atril de madera prende fuego al cohete con la brasa de un cigarro. ¡Ssssshhhhhhh puuuuuuuuummmmm! La fiesta ha comenzado (los locales llaman al lanzamiento de este cohete la inauguración) y las campanas de las iglesias –este año sólo las de San Lorenzo– retumban repicando con sus badajos un coro metálico que se esparce al aire y que suena –así lo creen algunos– a funeral. De seguido vigorosos voluntarios locales continúan lanzando cohetes al cielo de la ciudad que explotan dejando un reguero torcido de humo blanco. Entre ellos, el primero, un estanque-ro, Juanito Echepare Aramendía, soltero, cincuenta y cinco

años bien trabajados y que hoy viste un chupín oscuro, ajeno a las dos semanas de vida que le restan por ser militante de Izquierda Republicana; para los matones de Falange Española es un delito que se paga con un tiro detrás de la oreja derecha en una acequia de la Fuente del Hierro, extramuros, a las horas de proclamarse la rebelión de Mola.

La fiesta comienza y la plaza del Castillo se llena de curiosos que van por los bares tomando chiquitos de vino fresco de la tierra, que llaman clarete, y también chacolí, el vinillo blanco que tanto envenena los ánimos cuando se bebe en demasía. Los conspiradores, con Mola a la cabeza, están repartidos por las sillas de las terrazas de la plaza del Castillo observando cómo una ciudad se echa a la calle a pesar de que el cielo está esculpido con nubarrones oscuros y un viento de bochorno está barriendo las esquinas.

A eso de la una del mediodía un grupo de bailarines, que en Pamplona llaman dantzaris, desfila por la plaza acompañado por una banda de chistularis y gaiteros que, a su vez, arrastra una marea humana con chiquillería que sigue la comparsa danzando al son de la música. Hay música, voces, gritos, cantos y bailes que se van improvisando a medida que por la calle van desfilando los gigantes, unos personajes con cabeza de cartón que llaman kilikis y otros con cuerpo de caballo a los que denominan zaldikos. Mola pregunta por el colorido de la fiesta y un comandante local, apellidado Esparza, explica al general el significado de cada una de las piezas que forman el espectáculo y la traducción de sus nombres del vasco al castellano.

Mientras la fiesta principia quienes conspiran no detienen sus esfuerzos. Manuel Fal Conde, inquieto por los desencuentros que observa entre el Ejército y la tropa car-

lista, ha ordenado a Antonio Lizarza que viaje a Portugal y converse con el general Sanjurjo sobre la marcha de la revolución patriótica que hay en circulación. Pero, ante todo, Fal quiere un apoyo por escrito, de su puño y letra, que manifieste a las claras que el general del exilio es el arbotante del movimiento y que respalda a los hombres que gobiernan la Comunión Tradicionalista en su estrategia. Lizarza ha hablado con el oficial de enlace de Sanjurjo, el capitán de Ingenieros Capitolino Enrile, y sabe que el golpista exiliado cuenta los minutos para volver a España encabezando la tropa, pero poco más puede hacer desde Estoril sólo y aislado. Don Capitolino ha comentado a Lizarza:

—Vaya usted a conversar con el general porque estos días está contento pero apesadumbrado; le sale su ciclotimia crónica. No ve la hora de calzarse el uniforme y regresar.

—Por lo que parece, capitán, todos estamos de los nervios.

Raimundo García ha contactado con el diputado y jefe de los carlistas en España hasta mayo de mil novecientos treinta y cuatro, Tomás Domínguez Arévalo, conde de Rodezno, campeón de la lucha por la unificación en suelo patrio de todos los monárquicos que hubiese, un político apartado del liderazgo carlista por aquellos que quieren acción para imponer la dinastía y dejarse de tanta zarandaja política que a ninguna parte conduce. Domínguez está en horas bajas frente a la nueva dirección de su partido pero es hombre que cuenta con cierto apoyo entre la masa carlista a pesar de que su mirada lánguida, el trato recatado y la pátina de señorito aristócrata y terrateniente lo mantienen distante. García ha comentado al conde que es

necesaria su mediación para lograr un entendimiento entre las partes y Domínguez se ha vuelto loco de contento porque alguien se haya acordado de él ahora que ya no es siquiera portavoz de los tradicionalistas en el Congreso de los Diputados.

Los capitanes Moscoso, Barreda, Vicario y Díez de la Lastra, antes de incorporarse a la fiesta, están en la peregrinación que iniciaron a principios de año por las guarniciones cercanas sumando nuevos apoyos a la asonada. García Escámez se trabaja la oficialidad de Zaragoza y ha dicho a su general que vuelve a Pamplona como espectador de los Sanfermines y de la última corrida de toros porque la terna es de campeonato: Jaime Pericás, Curro Caro y Rafael Ponce, *Rafaelillo*, con toros de Antonio Pérez de San Fernando, de Robliza de Cojos, en Salamanca. En Madrid, el coronel Galarza vive sin vivir en él porque se le amonтона el trabajo de convencer compañeros y vigilar con el rabillo del ojo la gestión que tiene encomendada el director de ABC, Juan Ignacio Luca de Tena, para alquilar el avión que conduzca a Franco hasta Tetuán. Yagüe... el teniente coronel Yagüe prepara sus legionarios para las maniobras del Llano Amarillo pensando que la semana que viene se promulga el estado de guerra y se acaba de una vez por todas la incertidumbre. De no ser así, aseguran sus íntimos, Yagüe es muy capaz de declarar la guerra al mundo y hacerla por su cuenta.

La fiesta ha comenzado para la ciudad pero la climatología también está en campaña. A media tarde del día seis el cielo se parte a gajos y descarga una tromba de agua y granizo de tal proporción que inunda las calles, convierte el

albero de la plaza de toros en un pantano, corta carreteras de acceso a la ciudad y complica los movimientos a todo el mundo. Los partidos de pelota vasca en el frontón Euskal Jai se suspenden porque el granizo, que tiene el tamaño de huevos de paloma, ha roto una esquina del tejado; la circulación del Plazaola se interrumpe porque la tormenta ha tumbado siete postes de la línea Pamplona-San Sebastián, el Lawn Tennis Club cierra sus instalaciones porque el viento arrancó una pérgola y volteó todos los toldos de la sociedad, en Huarte y Berriozar los accesos a Pamplona están cortados porque la tromba de agua y ventarrón ha arrancado de raíz más de cincuenta olmos y chopos.

No se recuerda en la ciudad un comienzo de los Sanfermines con tanto infortunio ya que los fuegos de artificio que decoran el cielo las noches de fiestas no se habían suspendido nunca, hasta este seis de junio de mil novecientos treinta y seis, santa María Goretti, virgen y mártir. Son fiestas pero una buena parte de la ciudad está sin luz, a oscuras, escuchando truenos y viendo relampaguear la terrible fuerza de la naturaleza. Hasta la primera corrida y la charlotada infantil del día siete han de aplazarse porque las trombas de agua no dan un minuto de respiro a la ciudad. Además hay algo que flota en el ambiente de Pamplona, un regusto de que la catástrofe del mal tiempo es sólo el preludio de la gran hecatombe final, y eso lo percibe una parte de la juventud porque han decidido que las peñas de mozos, que tanto colorido dan a las fiestas, este año no desfilan por las calles; todas excepto una, formada por requetés que entre canciones de juerga van gritando por las noches: ¡Viva el rey! (de bastos, contestan los republicanos).

Mola, que recorre Pamplona de paisano con su Leica retratando personajes, está sorprendido por el derroche

de agua que está tirando el cielo y comenta con su ayudante, el comandante Fernández Cerdón, que una festividad popular que no pueda desarrollarse en la calle a causa de las inclemencias no es sólo un fastidio: es mucho más, una jodienda para todo el mundo. El general estaba invitado a las corridas, pero la primera tuvo que suspenderla el presidente porque el ruedo era una balsa con cuatro dedos de agua rebosando los burladeros.

— Tendremos que ir al cine, Emiliano, comenta el general. En la calle uno no para de mojarse.

— Me han dicho, comenta su ayudante, que hay una película en el Coliseo que se titula *El espía número 13* que es muy interesante.

— ¡Ah, qué título tan fascinante! Sí, sí, tendremos que ir.

— ¿Tiene usted previsto, mi general, ir mañana a ver el encierro?

— Si está lloviendo no. Con lluvia las fotos son un asco.

— Y ¿a los toros?

— Lo mismo. A los toros hay que ir con sol y moscas.

Entre los visitantes de la ciudad está el general Joaquín Fanjul Goñi, subsecretario del Ministerio de Guerra con Gil Robles, encargado por Mola para encabezar la revuelta en Madrid, que se encuentra en Pamplona saludando a su familia y disfrutando de las fiestas, aunque el único objetivo real del viaje es hablar de lo mal que están las cosas por la capital de España para los conspiradores. Fanjul es hombre con más formación intelectual que la media de sus conmitones y ha tenido una visión del Ejército que poco o nada tiene que ver con lo que piensan de él

los gestores de la cosa pública, como dice Mola (Fanjul ha dejado escrito cuando era capitán: «El Ejército de hoy no puede representar al capital y, en cambio, tiene sus raíces en el proletariado; no representa al patrono pero tiene relación con el obrero; su intervención en la huelgas, como en cualquier manifestación del problema social, tiene que inclinarse del lado del débil, del oprimido, del necesitado, de sí mismo, del obrero»). Ahora, en julio de mil novecientos treinta y seis, el general y ex diputado conservador cree que el Ejército tiene que echarse a la calle y defender España, sin más adjetivos. Por esa circunstancia conspira para lograr un cambio en el Gobierno que sepulte la anarquía que, a su juicio, padece la Patria.

Al poco de llegar a la fiesta Fanjul se ha dirigido al palacio de Capitanía y allí, repantigado en un sofá, abanicando los sudores con un ejemplar de la revistilla *Organización, mando y distribución del Ejército* que edita anualmente el Ministerio de Guerra, expone al Director su pesimismo sobre la situación.

—No hay posibilidades de que el movimiento triunfe en Madrid, acaba de decir. La única eventualidad que contemplo es que el Ejército no se subleve y se mantenga a la expectativa de lo que vaya sucediendo en el resto de España. Si las tropas que marchen sobre Madrid consiguen su objetivo en menos de una semana, entonces quienes estemos en la capital saldremos a su encuentro y todos juntos la conquistaremos. Para este objetivo estamos trabajando.

—Nosotros, responde Mola, vamos a marchar sobre Madrid en el plazo más breve posible. Si mantenéis la capital entretenida...

—¿Cómo?

— Consiguiendo que algunas guarniciones se acuartelen y no respondan las órdenes del Gobierno.

— Vaya papeleta, Emilio, vaya papeleta.

— Prosigo: si mantenéis la capital entretenida, caeremos sobre Madrid desde el norte y el sur y el movimiento habrá triunfado.

Es en Madrid donde este ocho de julio se está mascando la tragedia para los conspiradores. El general Kindelán ha conseguido hablar con Franco desde el teléfono privado del director de la Compañía Telefónica Nacional de España, John Bengz, un americano que ha sido coronel del ejército de su país y que ve con ojos excelentes un cambio político en España. El aviador entiende, por las palabras que Franco va soltando con cuentagotas y que le llegan con mucha reverberación metálica, que el gobernador militar de Tenerife no está dispuesto a sublevarse todavía. Este contratiempo, que Kindelán considera gravísimo, va a ser puesto en conocimiento de Mola mediante un escrito que decide enviar de urgencia a Pamplona con dos de sus hijas en el coche de Carlos de Salamanca, cosido al pliegue de las faldas de la mayor, Lola. Sin embargo, para cuando llega a las manos del conspirador cubano éste ya tiene información más amplia que acaba de remitirle Galarza en un mensaje cifrado: Franco no se suma a la rebelión y pide más tiempo.

— ¿Tiempo? — pregunta Mola mirando a su ayudante — ¿Tiempo? ¿Ahora pide tiempo? Cojones, aquí no hay tiempo para nadie. El avión que lo va a trasladar está alquilado y sale en dos días para África. ¿Y ahora Franquito pidiendo tiempo...? Aquí el tiempo es el mismo para todo el mundo y no se va a parar el movimiento porque

una persona entre en dudas en el último instante. Emiliano, contesta a Galarza que el movimiento sigue en marcha con Franco o sin él, y que así se lo haga saber al general. No hay más cojones.

En esta diatriba suena el teléfono:

—Mi general —dice el soldado Mariezcurrena— le llama don Raimundo García.

—Póngame al aparato.

—En este momento, mi general.

—¿Don Raimundo? Encantado de saludarle. Usted me dirá.

—Don Emilio, aprovechando la temperatura le propongo tomar un granizado de café en casa Marceliano. ¿Qué le parece? —pregunta el periodista y diputado.

—¿Ahora?

—Ahora mismo, en cinco minutos. Si salimos al terminar esta conferencia, llegamos los dos a la vez.

—Conforme.

El general cuelga el teléfono y pone cara de asombro. Si el director de *Diario de Navarra* le ha llamado por teléfono para una cita, con las precauciones que ambos llevan adoptando para comunicarse, es que la cuestión no tiene demora.

—Emiliano —dice a su ayudante— acompáñame a casa Marceliano.

—A sus órdenes, mi general.

Mola toma su chaqueta de lino y ambos se tiran a la calle, cuesta abajo, para acercarse hasta la tasca, que está rebovente de gentes que refrescan el gaznate del calor que, al fin, reina en la ciudad. Los militares deciden esperar afuera

y antes de un suspiro aparece Raimundo García en compañía de su subdirector, Eladio Esparza. Los cuatro deciden conversar en la calle.

—Mi general —comenta García— el conde de Rodezno ha llegado a Pamplona, yo mismo he ido a buscarle a la estación de Alsasua y juntos hemos viajado hasta aquí, y propone una entrevista para mañana después del almuerzo. Por este importante motivo he decidido llamarle por teléfono y emboscar nuestra conversación en la toma de un refrigerio. Si no hubiese sido tan urgente no le hubiera llamado.

—Ha hecho usted bien. ¿Dónde quiere el señor conde que nos veamos?

—Hemos acordado que sea en la capilla barbazana, en el claustro de la catedral, a las cuatro y media de la tarde. A esa hora no habrá nadie.

—Comunique usted al conde de Rodezno que a esa hora estaré en el punto acordado.

—Extraordinario. ¿Tomamos el refrigerio? —pregunta el periodista.

—Sea —responde el general airoso. —Corre de mi cuenta.

—¡Ah! Eso sí que no, mi general —exclama Esparza. En Pamplona, por Sanfermines, siempre invitamos los locales.

—Bueno, no vamos a discutir por estas cuestiones. Para usted la perra gorda.

El conde llegó después. A las cuatro y media el general Mola llevaba diez minutos sentado en el banco de madera que jalona la parte izquierda de la entrada observando

la talla gótica de la virgen del Consuelo y el cenotafio del obispo Barbazán, en un lateral del claustro gótico de la catedral capitalina. A las cuatro y media miró de nuevo al reloj y se acordó de la frase que su padre pronunciaba los domingos cuando había que levantarse temprano para ir a misa: «En mi casa todo anda al reloj porque soy esclavo de la exactitud».

El general Mola estaba cortado por el mismo patrón ya que prefería que le diesen dos tiros por la espalda antes que llegar un minuto tarde, y soportaba con cara de vinagre los desplantes en las citas. Pero este diez de julio, san Cristóbal, mártir y patrono de los chóferes, con un calor insufrible por la ciudad, el claustro de la catedral le pareció que era el mejor sitio no sólo para esperar un encuentro sino para respirar aire fresco y tranquilidad interior, algo impensable desde tiempo atrás.

Por fin, a menos cuarto, el general escuchó pasos firmes y una sombra alargada entró en la capilla llevando tras de sí un remolino de viento templado; detrás, un hombre alto, ojoso, con porte real, vestido por el mismo alfayate que lo hiciese a Petronio antes de abrirse las venas, se disculpó lanzando su mano al encuentro del brazo de Mola.

—No sabe usted cuánto siento este retraso debido, como podrá entender, a que he tomado todas las precauciones posibles para evitar que me siguieran —comentó el conde con una voz extremadamente baja.

—No se disculpe, señor Domínguez, porque esta capilla posiblemente sea el mejor sitio de la ciudad para esperar. No le voy a decir que agradezco el retraso porque sería ir en contra del criterio que tengo sobre la puntualidad pero en esta ocasión he disfrutado de la espera. Propongo

que hablemos en este banco.

— Me parece bien.

— En fin, vayamos al grano. Le supongo enterado de las gestiones que hay en marcha para organizar un gran movimiento nacional que acabe con el caos y la anarquía que sufre nuestro país.

— Estoy enterado en la medida que uno puede enterarse de estos asuntos tan reservados. La información que poseo me ha llegado por conducto de mi correligionario el señor Oriol. Sé que ustedes se han entrevistado un par de veces estas últimas semanas.

— Voy a ampliar los datos: está previsto, señor Domínguez, que el Ejército se levante en toda España y ponga fin al cáncer con el que convivimos desde años atrás, y que lo haga en cuestión de días. Llevamos tiempo trabajando en silencio porque organizar un movimiento como el que se pretende no es sencillo ni está al alcance de cualquiera. Creemos que ha de ser el Ejército en su conjunto, en su gran mayoría, quien acabe con el desorden y que a él deben de subordinarse todos los demás, especialmente el elemento civil.

— Parece lo correcto, general.

— Pues bien, en esta ciudad, señor Domínguez, hemos mantenido contactos con los miembros de la Comuñón Tradicionalista para que se sumen a la iniciativa que nosotros propiciamos y, hasta el día de hoy, no hay posibilidad de acuerdo alguno porque nos plantean cuestiones que ahora mismo no está en nuestras manos resolver.

— ¿Por ejemplo?

— Pretenden que la sublevación militar tenga como objetivo no acabar con el caos sino con la República, por

ejemplo. Que el movimiento tenga carácter monárquico en la figura del rey de los carlistas, que la cuestión religiosa sea el motor de la asonada... En fin, cuestiones todas ellas que están en el ánimo de casi todos los españoles de bien pero que no deben de ser objeto ni de transacción ni de impedimento. Primero hay que hacer triunfar el movimiento; luego, acordar entre todos los términos del día después. Lo contrario nos lleva al barranco. Creo que poco más se puede decir.

— ¿Con quiénes ha hablado usted que representen a la Comunión Tradicionalista?

— Si no recuerdo mal con el señor Fal Conde, dos veces con el señor Zamanillo y también con dirigentes locales.

— ¿Me puede especificar con cuáles?

— Con los señores Ezcurra, Lizarza, Baleztena y Martínez Berasáin. El señor Zamanillo me hizo entrega unos días atrás de un documento en el que se asegura que la Comunión Tradicionalista no puede sumar sus fuerzas a ningún ejército que no encabece su marcha con la bandera bicolor. Y, claro, esta simple cuestión no es asumible por nosotros ya que en el Ejército de España la cuestión monarquía o república no está a debate. La bandera es la que es. Otra cosa es que la cambiemos más adelante. Pero hoy es la que es. También me han entregado una nota con propuestas sobre la dirección política que debe imperar en España.

Rodezno mira al suelo, respira profundo y mide con precisión lo que va a decir.

— General: le puedo certificar que yo, que he sido el máximo representante en España del carlismo hasta 1934, no he sido consultado y dudo de que la masa de nuestro partido sepa realmente qué traman sus dirigentes. Puedo

asegurarle que en Navarra y Álava, que son las dos provincias que mejor conozco, si el Ejército de España sale a la calle nuestras gentes irán detrás para luchar contra los males de la Patria.

—Disculpe, señor Domínguez: ¿están las milicias carlistas tan preparadas como dicen sus dirigentes?

—Puedo confirmar, general Mola, que el carlismo navarro tiene un ejército de casi ocho mil hombres perfectamente entrenado y listo para movilizarse ahora mismo, si menester fuera. De eso no tenga duda alguna. Diré más: creo que esas gentes no han de vacilar un solo segundo qué han de hacer si el Ejército toca el clarín y llama a rebato. La masa carlista no dudará si el Ejército pide su concurso, general.

—Sus dirigentes quieren que, de manera previa, suscribamos una proclama que no nos es dado aceptar porque ni yo puedo hacerlo, ya que no está en mis atribuciones, ni debo, porque significa hablar del día después sin haber pasado por el día antes.

—Si usted me lo permite, general, voy a hacer las gestiones que crea conveniente entre mis correligionarios y veo provechoso que se reúna de nuevo con los dirigentes locales, porque son ellos los que controlan la tropa, el Requeté. Convengo con usted que primero es acabar con la anarquía, que tiempo habrá de hablar de otras cuestiones, sin duda importantes para todos nosotros, en especial los que profesamos la fe del carlismo. Si a usted le parece bien yo mismo me encargo que concertar una entrevista estos días de fiesta.

—Me parece correcto y dígales que convengan con mi ayudante, el comandante Fernández Córdón, el lugar y la hora.

— Perfecto.

— Bueno, y por Madrid, ¿cómo se ven las cosas por Madrid, señor Domínguez?

— Revueltas, general, para qué vamos a decir lo contrario. España está sumida en el caos y este gobierno es incapaz de dar una sola solución porque está prisionero de los extremistas. Con los actuales gobernadores, no hay solución posible.

— Me temo que la única solución posible sea la fuerza.

— Yo también lo creo así, general.

— ¿Estará usted por Pamplona en estas fiestas?

— Tenía previsto quedarme hasta mañana, pero a la vista de lo que hemos hablado no creo que me mueva hasta no ver resuelta la situación. No sé, quizá haga un viaje en el día y regrese para esperar aquí los acontecimientos... En Madrid no hay nada que hacer que no sea aguardar, y menos con lo que me acaba de contar usted. ¿Tiene fecha asignada este movimiento?

— Tiene fecha prevista.

— ¿Puede saberse cuál?

— Hasta hace unos días, el domingo día doce. Hoy, la verdad sea dicha, no se puede hablar de un día concreto porque son muchos los flancos que tenemos ahora mismo sin cubrir. Será cuando sea posible, la semana que viene, la próxima...

— Cuente usted conmigo para lo que necesite, general.

Mola, como era su costumbre, dio por concluida la conversación, se levantó primero del banco y estiró la mano.

— Celebro haberle conocido, señor Domínguez, y espero que nos veamos con más tranquilidad. De todos mo-

dos, gracias por su colaboración. La conversación ha sido muy interesante. Ahora, confío en que pueda ser práctica.

— En lo que a mí respecta, téngalo por seguro. Buenas tardes, general.

— Buenas tardes.

Mola cedió el paso al conde, que abandonó la catedral cruzando el arcedianato y por aquellas edificaciones salió a la calle Dormitalería, donde le esperaban dos guardaespaldas que vestían blusa oscura y alpargatas con suela de esparto. Mola, como había ensayado Martínez Erro, recorrió el claustro a zancadas, entró en el interior de la catedral santiguándose, cruzó la nave central a la altura de las estatuas yacentes —talladas en un alabastro que a esa hora brillaba de manera mortecina— de Carlos III el Noble y Leonor de Trastámara, su esposa, reyes de Navarra en el siglo quince, se arrodilló frente al baldaquino neogótico que enmarca la talla románica de santa María la Real y salió por la puerta de San José bajo los treinta tubos cilíndricos del órgano catedralicio.

En la calle, junto a las escaleras, dos oficiales de paisano escoltaron sus pasos hasta el palacio de la Capitanía donde le esperaba un coche para llevarle, muy tarde, a los toros. Allí, de palco a palco, saludó al gobernador civil, don Mariano Menor, y conversó distendido con el general Fanjul aunque llevase la procesión de nervios por dentro. Entre faena y faena, ambos generales acordaron esperar a que el movimiento triunfara primero en Marruecos y, veinticuatro o treinta y seis horas después, levantar todas las divisiones que fueran posibles.

— ¿Qué hacemos con Madrid? — preguntó Fanjul ya en el sexto toro.

—Creo que esperar. Si Marruecos sale adelante, si triunfamos en la periferia, lo correcto es esperar acontecimientos si la plaza no se ha sublevado. Eso, o abandonar la ciudad.

—Eso nunca —respondió Fanjul picado por un aguijón.

—No me refiero a nosotros; estoy hablando de los civiles. Lo prudente es que la gente que nos apoya salga de Madrid para regresar con las tropas liberadoras.

—Sabes bien, Emilio, que nosotros vamos a intentar tomar las guarniciones, si es factible, en cuanto tengamos noticia de que el movimiento ha triunfado en Marruecos. ¿Hay alguna fecha prevista?

—Habíamos hablado del domingo, pero a la vista del cariz que van tomando los acontecimientos lo más seguro es que todo se posponga unos días. Franco todavía no ha dicho que sí.

—Hombre, Emilio, pareces nuevo... Franco dará su aprobación el último día, en la última hora, al filo del último segundo. Con eso, algunos ya contábamos.

—Tendrás novedades por el conducto habitual.

—Las espero.

Sin acabar la faena de Bienvenida (la corrida era un mano a mano con Noáin y uno y otro salieron a hombros de capitalistas), ambos generales abandonaron discretamente el palco. Afuera, se dieron un abrazo y Fanjul susurró al oído del Director:

—Ahora más que nunca, Emilio, ¡Viva España!

—Viva —respondió éste en voz baja y los ojos cargados de emoción.

En Capitanía esperaban el regreso de Mola con impaciencia porque el teléfono no paraba de sonar. El general

Batet, su jefe, intentaba comunicar que era su deseo mantener una conversación vis a vis a la mayor brevedad y en Logroño, por ejemplo. Pero Mola desconfiaba porque creía que pudiera ser una encerrona para detenerle.

—Mi general, estamos en fiestas, en los Sanfermines, tengo muchos compromisos a los que atender y no desearía ausentarme de la ciudad por gran espacio de tiempos —comentó Mola a su jefe cuando logró comunicar por teléfono. —Si a usted le parece bien podríamos reunirnos en un lugar más cercano, a medio camino.

—Dígame cuál —cortó Batet.

—No sé... quizá junto a Estella, en el monasterio de Irache.

—No conozco el lugar pero si a usted le parece bien, allá estaré mañana a las nueve.

—Conforme, mi general. A las nueve de la mañana en el monasterio de Irache. Yo me encargo de todo.

Mola colgó el teléfono y llamó a su ayudante.

—Prepara un dispositivo para mañana en torno al monasterio de Irache. Me voy a reunir allí con el general Batet y quiero que esté todo bajo nuestro control.

—Ahora mismo voy a llamar al capitán Moscoso para que tome las medidas necesarias.

Con cinco minutos de anticipación llegó el séquito de Mola a la explanada del monasterio. El general bajó del coche oficial, saludó al escolapio que esperaba en la puerta y siguió al capitán Moscoso hasta la misma habitación donde se había entrevistado días atrás con el carlista Fal Conde. En un par de minutos apareció el general Batet seguido por su jefe de Estado Mayor y un ayudante; no podría decirse

que tuviese la mejor de las expresiones en el rostro porque miró a Mola con cierto desdén y entró directamente en materia después de un parco saludo.

—¿Viene usted por aquí a rezar? —preguntó Batet con retranca.

—Más bien a coger cerezas, mi general. Toda esta zona es pródiga en frutales, no digamos en vino, como usted mismo puede comprobar en los alrededores del monasterio.

—Lo he visto por la carretera. De Logroño aquí no hay más que viñedos.

—Así es, pero supongo que no me ha llamado con tanta urgencia para hablar ni de viñedos ni de vinos.

—Supone usted bien. El motivo de esta entrevista es comunicarle que el Gobierno sabe que usted conspira contra el orden establecido y mi deber es decirle que o cambia de postura o cambia de ciudad y de destino, o tendré que detenerle. En nuestras últimas reuniones he hecho referencias a esta cuestión pero hoy vengo aquí para decírselo de manera oficial.

Mola ha encajado muy mal el puñetazo al mentón que acaba de soltar el general Batet. Tanto, que se pone en pie y comienza a disparar una diatriba que ha preparado la noche anterior en el planchatorio porque el gobernador militar de Pamplona sabía a la perfección que una visita tan precipitada de su jefe no podía ser para cuestión distinta que leerle la cartilla antes de utilizar la gaceta oficial y propiciar un nuevo destino.

Mola también ajusta los pliegues de su cara y se coloca las gafas pegadas a las cejas antes de comenzar a hablar, mientras recorre en diagonal la habitación del cenobio (el mejor síntoma de que está nervioso).

—Mi general, desde que apareció por segunda vez en Pamplona el director para la Seguridad del Estado, señor Mallol, intuí que el Gobierno veía en esta ciudad un peligro, no sé de qué proporciones, pero peligro al fin y al cabo. Y que me situaba a mí en el centro de la amenaza. Frente a esto debo de decir que no estoy comprometido en ninguna aventura, que estoy harto de estar en boca de todos, harto de tanta vigilancia, harto e inquieto por las múltiples amenazas que recibo.

—Usted no puede decir, general, que ni mis colaboradores más cercanos ni yo mismo hayamos proferido amenaza alguna contra usted porque, en ese caso, estaría faltando a la verdad.

—No he mencionado a mi general en ningún momento.

—¿A quién se refiere entonces?

—Usted sabe que hay muchas y muy variadas fórmulas de amenazar. Algunas muy sutiles. Yo he recibido muchas amenazas anónimas, de valientes que no dan la cara jamás.

—Eso, general, va en la nómina. Todos los que vestimos uniforme estamos expuestos al anónimo y a la injuria. Pero son cuestiones que no hacen al caso en estos momentos porque nos desvían la atención.

—Prosigo, entonces. Afirmando que no estoy en venta para ésta o aquella veleidad y que no bato palmas frente a una situación en extremo confusa como la que nos está tocando vivir. Pero si el Gobierno cree que todo esto se resuelve con un cambio de destino, bienvenido sea.

—En ese caso, sería conveniente que fuera usted quien solicitara el traslado.

—¿A dónde?

— A Cartagena, por ejemplo.

A Mola se le iluminaron los ojos. Nunca había sugerido Cartagena, excepto en la entrevista que mantuvo con Alfonso Mallol, menos de dos semanas atrás. ¿Existen vasos comunicantes en las altas esferas del poder? Mola se respondió: existen y ahora mismo hay que dar muestras de que un general está a las órdenes del mando pero sin bajar un grado la cúspide de la cabeza.

— Si ha de ser Cartagena, que sea Cartagena. No me disgusta un destino con mar. Pero antes, mi general, quiero que sepa que cuando acepté la plaza de Pamplona tuve que escuchar comentarios a mis espaldas en los que algunas víboras decían: «Que se pudra Mola en Navarra». Y a eso estoy totalmente dispuesto, a pudrirme en esta tierra, aunque me cueste la carrera. Es necesario que mi general lo sepa.

— A la vista de lo que estamos hablando, me parece conveniente que reflexione usted sobre lo que anteriormente le comentaba. Usted, Mola, nunca ha sido amigo de aventuras.

— Siempre cumplí con mi deber y acato cualquier régimen excepto uno, que disuelve todas las conquistas de la civilización. Me refiero al comunismo. Usted quizá sepa que cuando fui nombrado director general de la Seguridad del Estado una de las medidas que adopté fue la creación de una unidad de estudio para el control del comunismo, la Junta Central Contra el Comunismo, conocida por sus siglas JCCC, en la primavera de mil novecientos treinta, porque considero que es el sistema político que lleva directamente a la destrucción de la sociedad y de la Patria. Y eso ninguna persona en sus cabales, menos un militar de honor, puede consentirlo. Si viera que esa posibilidad está

a punto de triunfar en España saltaría a la calle, pero no como militar, sino como Emilio Mola, el ciudadano que no quiere ver su país sojuzgado.

— ¿Está diciendo, Mola, que no está usted comprometido con ninguna asonada?

— Mi general: no estoy comprometido con ninguna aventura, si es lo que quiere saber.

— Es su última palabra.

— Es la palabra de honor de un militar español.

Ahí se acabó la conversación. Y comenzó la asonada militar porque Mola ordenó al chofer que regresara a Pamplona con la mayor rapidez que el motor permitiese porque no estaba dispuesto a perder un segundo más. En su despacho de Capitanía reunió a su estado mayor y afirmó con vehemencia:

— Señores, el movimiento ya ha empezado. Con carlistas o sin ellos, con más o menos apoyos, con esta o aquella división, con lo que podamos, pero nuestro trabajo es ya imparable y va surgir en cuestión de muy pocos días, casi podría decirse que de horas.

Mirando al capitán Barreda prosigue:

— Tenga preparados los telegramas cifrados porque quizá mañana salgan las órdenes. Quiero que envíe un coche a Zaragoza para que recoja al coronel García Escámez. Hasta que llegue el día “J” el coronel se instalará en una de las habitaciones vacías de mi residencia. Su estancia aquí debe de permanecer en secreto.

— Mi general ¿tiene previsto salir esta noche?

— Hoy no voy a ninguna parte porque la cosa no está para juergas. Tengo previsto redactar instrucciones y dirigir un último escrito a los carlistas para saber si sí o si no. Mañana necesitamos una respuesta.

Mola se quita las gafas.

—Capitán Vicario, quiero que entregue un mensaje verbal a don Raimundo García: dígame que mañana le espero en el balcón de costumbre, el que me facilitó el subdirector del periódico, para ver juntos el encierro. Es muy importante que asista. Señores, esto es todo.

El general Mola se retira al planchatorio con la idea fija de no darse un respiro hasta no redactar las órdenes a las divisiones con la declaración del estado de guerra y una última misiva al carlismo. Pero las horas pasan y el general, nervioso hasta el aburrimiento, no consigue centrar las ideas que le llegan al cerebro desbordadas, a borbotones. Tan sólo puede escribir una carta que dirige a la Comunción Tradicionalista, de cuyo contenido no está satisfecho porque entiende que no plasma en su totalidad, negro sobre blanco, la postura del Ejército que él dirige. Aburrido, a las doce se retira a la cama y vuelve a la carga media hora antes de las siete, todavía sin que el amanecer haya clareado la ciudad. Luego, con un nudo por las tripas, sale del palacio para ver el encierro de los toros junto al director de *Diario de Navarra*, su consuelo en la ciudad.

—Don Raimundo, tengo que pedirle el último favor. Quiero que viaje a San Juan de Luz y se entreviste con los dirigentes carlistas. Aquí tiene esta carta que debe hacer llegar a sus manos. Le prevengo que la suerte está echada. Con carlismo o sin él, antes de cuarenta y dos horas está el Ejército sublevado.

—General, ¿puedo hacer una observación?

—No sólo puede, amigo García, es que debe. Adelante.

—Me pongo en marcha en este mismo momento para viajar a San Juan de Luz. Pero antes de leer su últimá-

tum, déjeme intentarlo a mi modo. Creo que puedo hacer algunas gestiones de gran interés. Ésta es la observación que quería hacer.

— ¿Puedo preguntar cuáles?

— Puede. Voy a hablar con Baleztena. Es la persona más sensata de todas. También quiero llamar a Rodezno. Trato de exprimir las últimas posibilidades de acuerdo.

— Queda en sus manos, murmuró Mola con voz resignada.

Entre tanto sinvivir hay una persona que recorre Pamplona –ahíto y escrutando– en busca del general. Es Antonio Lizarza Iribarren, el jefe militar de los carlistas navarros, que acaba de regresar de Lisboa con una carta mecanografiada del general Sanjurjo, destinada al director de la conspiración; hace pocas horas ha entregado una copia personalizada de este escrito en San Juan de Luz a Fal Conde, que la ha leído con tanta satisfacción como empacho.

Lizarza está sin dormir, atacado de los nervios, porque cree que en el bolsillo de su pantalón viaja la clave de la revuelta que preconiza Mola y la solución a los últimos desencuentros entre sus jefes y el responsable militar de la plaza. Pero la suerte le es adversa porque el Director se ha esfumado, con su Leica al hombro, sin advertir a nadie cuál es su destino. Recorriendo la ciudad de nuevo Lizarza tropieza en un golpe de fortuna con el comandante Fernández Cerdón y le suelta un sobre amarillento advirtiéndole que contiene un escrito de valor extraordinario que debe de entregar al general, de quien espera una respuesta antes de que anochezca.

— Estaré esperando en casa — concreta Lizarza.

— Se lo comunicaré al general tan pronto esté con él.

Quede usted tranquilo que la carta llegará a destino.

— Así lo espero, mi comandante — dice con cara de circunstancias.

— No desespere, Lizarza. Considere que entregándome la carta puede decirse que está en manos del destinatario.

El día fue de campeonato para las gentes de la conspiración. Raimundo García partió para San Juan de Luz después de conferenciar a uña de caballo con Rodezno y Baleztena. En la villa vascofrancesa habló con Fal Conde y, lejos de leer la misiva de Mola —consideró que el texto podía avivar un incendio en lugar de aplacar los rescoldos de fuegos anteriores—, pidió al dirigente carlista, con su habitual facundia, generosidad entusiástica, anchura de miras, medida en sus decisiones y tiempo para tratar de llegar a un acuerdo, siquiera de mínimos entre patriotas. Luego regresó a Pamplona y se vio en la calle con el general, cuyo rostro lo decía todo: estaba encolerizado y decidido a acabar con tanta conspiración de capilla, tanto juego de guerras que lo habían puesto fuera de sus cabales.

— Fíjese lo que le voy a decir, amigo García. Si yo sé que Fal Conde está en Pamplona ahora mismo lo mando detener y lo fusilo en el patio de Capitanía sin perder un minuto; luego me tomo un coñac y me fumo un puro habano. No le digo más. Me acaban de entregar una supuesta carta de Sanjurjo, que llevaba copia para Fal, y es volver a echar agua al mar. Además, hace unos días gentes de Madrid que yo mismo envié a San Juan de Luz para que parlamentaran con Fal me hicieron llegar un recado en el que informan de que este carlista dice que sus gentes se suman si la tropa desfila a los sonos de la Marcha Real. Joder, nada menos que la Marcha Real. ¡Esta gente está jugando a la

guerra y me están tocando los...! Disculpe, señor García, pero esta cuestión me supera.

— ¿Tan grave es lo que dice la carta de Sanjurjo?

— No es cuestión de gravedad, es que considero que nos están tomando el pelo. Y si ahora usted me dice que los carlistas piden más tiempo... ahorro cualquier otra explicación.

— ¿Puedo leer la carta?

— Aquí la tiene.

Raimundo García desdobló dos cuartillas y ojeó un texto manuscrito que estaba ansioso por conocer; le vencía su curiosidad de periodista aunque jamás pudiese hacer mención del contenido. La carta decía:

9 de julio de 1936

Querido Emilio:

Enterado de su noble y patriótico trabajo de organización y de unión de pareceres, tanto para la preparación del Movimiento como para la estructuración del país, una vez que hayamos triunfado. Ratos desagradables son estos, pues siendo varios los que intervinimos, y más siendo españoles, es difícil el empeño de aunar, pero no imposible, dado el patriotismo de todos. Mi parecer sobre la Bandera debía por lo tanto solucionarse dejando a los tradicionalistas usen la antigua, o sea la española, y que aquellos Cuerpos a los que hayan de incorporarse fuerzas de esta Comunidad no lleven ninguna. Esto de la Bandera, como Ud. Comprende, es cosa sentimental y simbólica, debido a que con ella dimos muchos nuestra sangre y en-

vuelto en ella fue enterrado lo más florido de nuestro Ejército, y se dio el caso de que en nuestra guerra civil entre carlistas y liberales unos y otros llevaron la misma enseña. En cambio, la tricolor preside el desastre que está atravesando España. Por eso me parece bien lo que me dicen que Vd. ha prometido que el primer acto de Gobierno será la sustitución de la misma.

Ya veo que hay algunos de nuestros compañeros a quienes no agrada esta solución, pero no dudo que han de convencerse y en todo caso habrán de someterse, teniendo en cuenta esta razón y que la inmensa mayoría de los Oficiales desean este cambio. Comprendo desde luego que en el Ejército debe buscarse el mayor número de adhesiones, pero no quiere esto decir que todos los adheridos tengan el derecho de hacer cambiar la opinión de la mayoría de nosotros, pues Ud. bien sabe que a alguno de ellos se les han hecho indicaciones, no porque el Movimiento dejase de triunfar sin ellos, sino por presentar al Ejército más unido y hasta más disciplinado dentro de sus jerarquías.

El Gobierno tiene que constituirse en sentido puramente apolítico por militares y ha de procurarse que el que lo presida esté asesorado por un Consejo de hombres eminentes, no pudiendo formar parte de él aquellos que no hubiesen cooperado de manera decisiva en la acción del Movimiento. Desde luego e inmediatamente habrá que proceder a la revisión de todo cuanto se ha legislado, especialmente en materia de religión y social hasta el día, procurando volver a lo que siempre fue España. Como ya indico antes,

es necesario que cesen las actividades de los partidos políticos para que el país se encalme, tomando para desempeñar los cargos a aquellos señores que sean idóneos y patriotas.

Ir a la estructuración del país, desechando el actual sistema liberal y parlamentario, que es en definitiva el que ha llevado a la Patria, como a otros países, a los trastornos que hoy lamentamos y tratamos de remediar, adoptando las normas que muchos de aquellos están siguiendo, para ellos modernas, pero seculares en nuestra Patria. La duración del gabinete Militar ha de ser la necesaria hasta encauzar el país por las normas indicadas. Le reitero mi felicitación por lo bien que lleva su cometido, lo que no me extraña nada conociendo su patriotismo e inteligencia.

Ya sabe Ud. que iré en cuanto me llame. Un poquito de paciencia, pues tenga la seguridad de que el triunfo será nuestro. Comprendo que no desarrollo toda una política a seguir, pero sí creo que son puntales muy fundamentales para la dirección de ella el día de mañana. Parecido a esto escribo al amigo Fal, esperando lleguen a un acuerdo tan necesario y que no debe demorarse.

Un fuerte abrazo,
José Sanjurjo

—No veo aspecto alguno que sea censurable en esta carta, general.

—La carta no es censurable, señor García. Lo que le han dicho a Sanjurjo, sí. Por ejemplo, que el primer acto después de consolidado el movimiento será la restauración

de la bandera bicolor. Eso no lo he dicho jamás, porque no está en mis atribuciones. Yo no represento al Ejército sino que dirijo un movimiento patriótico que lucha por salvar España del caos. He repetido hasta la saciedad que la cuestión, ahora, no es república o monarquía. Pero, a lo que se ve, hay personas que no lo pueden, no lo quieren ver.

— ¿Dónde estamos, entonces?

— En el mismo lugar que hace un mes, pero con treinta días más a nuestras espaldas. Y con el Gobierno pisándonos los calcañares. Hace un par de jornadas que el capitán Imaz, que ha venido de Melilla, espera un aviso para viajar hasta África y entregar al teniente coronel Yagüe la orden de sublevación y la proclamación del estado de guerra. Los carlistas, algunos dirigentes carlistas, para ser más exacto, no han comprendido que es el Ejército quien decide el cómo, el cuándo y el dónde. No sé cómo hacer ver la realidad a estas gentes.

— ¿Le importaría que los señores Baleztena y Martínez Berasáin se reúnan de nuevo con usted?

— ¿Servirá para algo, don Raimundo?

— Seguro.

— Dígales que vengan cuando quieran. Estaré en Capitanía.

El general Mola se sentía nervioso y con una irritación que no le entraba en la guerrera porque en cuestión de marcar el tiempo de los acontecimientos veía que estaba perdiendo la batalla sin haber disparado un solo tiro. El enfado iba incrementándose a medida que por su mesa pasaban informes donde se reflejaba que aquella guarnición no daba el paso al frente, que ése coronel vacilaba, que la Armada no daba las señales que los conspiradores espera-

ban o que los más firmes querían echarse, ahora, ya, a la calle. «¡Joder, a día once y todavía estamos con hilvanes!», se repetía a sí mismo en el despacho cuando circulaba en diagonal, a zancadas de percherón, tratando de descargar la bilis que había estado acumulando durante semanas.

— Emiliano — ordenó a su ayudante cuando logró bajar la cólera. — Vaya usted a casa del señor Lizarza y le dice que su general reconoce la carta de Sanjurjo, también su firma, pero no el contenido. Añada igualmente que falta el procedimiento de autenticación establecido por el propio general Sanjurjo, y que no es otro que éste que usted ve.

Mola exhibe medio recordatorio de borde enlutado que recuerda la muerte, dos años atrás, del canciller de Austria, Engelbert Dollfuss.

— El general Sanjurjo le dijo al señor García que entregaría la otra mitad al portador de su conformidad para encabezar este movimiento. Y en la carta que he recibido no estaba la otra parte de esta tarjeta. Dígale esto también.

— Ahora mismo salgo para el domicilio del señor Lizarza.

El jefe militar de los carlistas estaba esperando en el salón de su vivienda una respuesta que, sin ningún género de duda, debía de ser afirmativa. Lo esperaba tanto que acababa de dar la orden de repartir todas las camisas caqui que faltaban en el uniforme de los requetés (más de dos mil) y había estado hablando con un sastre de apellido Sarobe, muy conocido en la plaza, que se había encargado de comprar, a su peculio, las mil boinas rojas que todavía se necesitaban para cubrir en su totalidad la cresta de las tropas carlistas.

Lizarza miraba inquieto por la ventana de su casa, en la plaza del Ayuntamiento, cuando vio que se acercaba

el comandante Fernández Cerdón con paso ligero y literalmente se echó a la puerta para esperar en el descansillo al militar, que comenzó a subir las escaleras hasta el segundo piso dando brincos por la prisa que tenía.

—Pase, pase, mi comandante, le estaba esperando.
¿Habemus papam?

—Me temo que no, señor Lizarza —respondió el comandante con un rostro extremadamente serio. —El general Mola me encarga decirle que reconoce la carta del general Sanjurjo, su firma, pero no el contenido. Y que falta el procedimiento de autenticación. No son palabras mías, son las que me manda el general Mola que le diga. Y no puedo añadir más.

Lizarza se echó las manos a la cabeza, entornó los ojos, bajó el tono de su voz.

—Me deja usted de piedra, mi comandante. Creo que ahora mismo voy a marchar a San Juan de Luz para conversar con los dirigentes de la Comunión y expresar lo que acaba de comunicarme. Dios quiera que lleguemos a tiempo. Buenas tardes, mi comandante.

—Buenas y santas tardes, señor Lizarza.

La suerte estaba echada aunque sus protagonistas, ofuscados con banderas que no acababan de desplegar las velas, creían que la adversidad era un mal que enviaba el Gobierno hasta el palacio de Capitanía, en Pamplona, para castigar a los conjurados. El tiempo iba pasando y ese mismo tiempo estaba a punto de dar con la solución del problema que entre conspiradores se había enquistado.

De noche llegó Lizarza a San Juan de Luz y de noche se acercaron los carlistas Baleztena y Martínez Berasáin para conversar con Mola. En el sur de Francia Manuel Fal Conde reaccionó con ira cuando Lizarza explicó de viva

voz que el gobernador militar de Pamplona no daba por bueno el sentido que Sanjurjo había dado a su misiva:

—Con la conversación que ha mantenido Lizarza con el ayudante de Mola se acaba toda relación con el general— dijo Fal en presencia del príncipe regente, don Javier de Borbón. —El carlismo no va a secundar otro movimiento que no sea el que encabecen sus requetés. Es más, Lizarza, mañana cruzará la frontera por los pasos habituales un piquete del Requeté con emisoras y equipos de transmisión que han sido adquiridos en Bélgica. Toda la tropa en alerta y a la espera de la orden para movilizarse; ésta es la consigna que hay que transmitir, amigo Lizarza.

En Pamplona, los dirigentes políticos del carlismo Baleztena y Martínez Berasáin se entregaban con armas y bagajes al verbo de Mola cuando el general decía entre sorbos de un café negro y espeso:

—En este momento histórico, cada uno debe de estar a la altura de las circunstancias. El carlismo a la suya, el Ejército a la que le corresponde por historia propia.

—Nosotros, general Mola —dijo Baleztena con toda la severidad que la noche imponía —venimos a decirle que los carlistas de Navarra, que es nuestra competencia, si el Ejército se alza en armas, le seguiremos como un solo hombre.

—Creo, señor Baleztena, que esto que acaba usted de decir aquí debe de repetirlo ante la cúpula de su organización, en San Juan de Luz, y acabar de una vez por todas este baile de declaraciones y contradecaraciones que a todos confunde.

—¿Piensa usted, general, que es menester una nueva reunión?

—A lo que se ve, parece que sí.

—¿Nos autoriza usted a decir que, respecto de la bandera, se adoptarán las medidas una vez que haya triunfado el movimiento?

—Le autorizo a que, en mi nombre, afirme que el Ejército responderá a esta sensibilidad una vez concluya el alzamiento.

—¿Habrá nuevos ayuntamientos en Navarra de acuerdo a lo que el carlismo preconiza?

—Eso ya dependerá de ustedes, señor Baleztena. No es misión del Ejército quitar o poner alcaldes.

—José —dijo Baleztena mirando a Martínez Berasáin— creo que hay que coger el coche y marchar a San Juan de Luz. Esto se arregla mañana, o no se arregla. Pero no vamos a estar ni un minuto más en la indefinición.

—Así lo espero, señores. Buenas noches.

—Buenas noches, general.

De noche y por la puerta de atrás salieron del palacio de Capitanía los señores Baleztena y Martínez Berasáin y por el mismo portillo entró una hora después el coronel García Escámez, que acababa de llegar en el coche de Félix Maíz desde Zaragoza, escondido tras un chal de señora. Escámez subió al despacho de su general y allí estaba Mola, meditabundo, ojeroso, con todo el organismo revuelto de inquietud y desasosiego, a punto de arrojar la toalla y rendir la espada. Hasta que vio llegar a su coronel y, sacando fuerzas de quién sabe dónde, cambió las letanías por la arenga patibularia.

—*Zordeneigenerá.*

—Pasa, don Curro, siéntate. ¿Tomas café?

—Y lo que se tercie.

La noche no estaba para llantos estériles sino para centrifugar los ánimos que segregan las victorias; así lo

creyó Mola cuando comenzó a explicar, con un tono de triunfo que para sí lo hubieran querido los mercachifles del Gobierno, qué pasos se habían dado en la ausencia del coronel y cómo, vencidas todas las dificultades excepto una, el movimiento avanzaba como una ola por encima de la tormenta. El general se iba creciendo con el relato porque ya no le quedaba otro remedio que fiarlo todo a la mejor imaginación, al encantamiento de los salmos. García Escámez, a su vez, escuchaba la narración como si de un cuento se tratase porque entendió desde el inicio que su general, además de ponerle al día con más o menos malicia, estaba en un proceso pleno de catarsis del que nada malo podía derivarse. Así pasó casi una hora hasta que don Curro se atrevió a preguntar:

— Bueno, ¿y qué es lo que falta para transmitir la orden a nuestra tropa?

— Que los carlistas dejen de marear la perdiz con los símbolos y se sumen de una vez al movimiento militar.

— ¿*Entoavía andamo azín, igenerá?*

— Todavía, don Curro. Son gente dura de mollera.

La conversación siguió por esos derroteros mientras las gentes, en Pamplona, apuraban la última noche de fiestas. Casi a las cinco de la madrugada Mola dejó al coronel García Escámez frente a su nueva habitación y descargó en el aire un deseo:

— A la cama, don Curro, que mañana puede ser otro día. Tú ya me entiendes.

— Perdona, *igenerá*, pero no.

— Coño, don Curro, que pareces carlista... Mañana, bueno, hoy, dentro de unas horas, es el día. Seguro.

El día trece fue el día y las palabras de Mola resultaron, sin haberlo querido, premonitorias. La noche anterior, en Madrid, cuatro pistoleros reclutados por Falange Española asesinaron en la puerta de su domicilio al teniente José del Castillo Sáenz de Tejada, de la Guardia de Asalto, cumpliendo la amenaza que llegara a su esposa, meses atrás, cuando todavía eran novios, en una carta: «¿Para qué quieres casarte con un hombre que dentro de poco sólo será un cadáver?».

Del Castillo era el jefe de la fuerza que en abril, el día que se festejaba la proclamación de la República, había reprimido las manifestaciones que grupos de exaltados habían organizado en la capital de España para protestar por el asesinato del alférez de la Guardia Civil Anastasio de los Reyes a manos de un descerebrado. Su nombre figuraba en una lista que los facciosos habían hecho circular sin pudor ya que quien la encabezaba, el capitán Carlos Faraudo, ingeniero y socialista, llevaba meses bajo tierra, desde el ocho de mayo, tras ser asesinado a quemarropa de un tiro en el corazón, en plena calle Lista esquina a Alcántara.

El asesinato de Castillo reavivó la llamada de la sangre, siempre doliente y estéril. En la madrugada del día siguiente, trece de julio de mil novecientos treinta y seis, San Enrique, fiesta en Teruel, salió del cuartel de Pontejos el autocar número 17, de servicio en el Cuerpo de Asalto, conducido por Orencio Bayo Cambronero, en el que viajaban trece personas más al mando del capitán de la Guardia Civil, Fernando Condés Romero, que viste de paisano (y tiene el propósito de vengar la muerte de su amigo el guardia Del Castillo en las carnes del fundador de Renovación Española, partido integrado en las derechas del Bloque Nacional).

Tras ellos, un Fiat con dos capitanes y tres tenientes de Asalto sigue la ruta mortal de la camioneta que dirige a la comitiva hasta el portal número 89 de la calle de Velázquez, residencia del diputado y jefe del Bloque Nacional, el ex ministro de Hacienda José Calvo Sotelo. Con engaños se llevan al político de su casa, a la fuerza aunque sin violencia, y el capitán Condés ordena que lo sienten en la tercera fila de asientos, por delante de un civil llamado Victoriano Cuenca que, a los cien metros de ponerse en marcha el furgón, saca un revólver y dispara dos tiros paralelos en la nuca del diputado, de cuarenta y tres años, que se desploma muerto en el acto y cae al suelo del furgón como un fardel de virutas de plomo.

Los asesinos de Calvo Sotelo acababan de echar gasolina sobre las brasas del incendio que los conspiradores alimentaban desde meses atrás creyendo que han vengado la muerte de su compañero el teniente Castillo y que han puesto firmeza allí donde sólo queda odio y un deseo infinito de revancha (pensaron que la frase lapidaria pronunciada por Félix Edmúndovich Dzerzhinski, el director de las checas que Lenin mandara organizar después de la revolución de octubre del año diecisiete, «Matar a uno es aterrorizar a mil», habría de dar resultado).

A partir de hoy, trece de julio, van a llegar en los próximos meses decenas de miles de muertos más, asesinados en todos los rincones de España, y luego una ola de sordina que es la que precede al silencio crudo de los cementerios: van a morir miles, decenas de miles, y han de quedar atemorizados, muertos en vida, millones de españoles más.

El general Mola ha llegado a su despacho al filo de las nueve de la mañana, con cuatro horas de sueño sobre el

espaldar, y se encuentra encima de la mesa una nota de su ayudante: «Llámeme cuando pueda».

—Emiliano —dice el general cuando recibe a Fernández Cordon —dame el parte.

—Mi general, el avión que ha de trasladar al general Franco a Marruecos ya ha salido de Londres.

—¿Y Franco? ¿Sabemos algo nuevo?

—Nada nuevo, mi general. El avión está en vuelo pero del general no sabemos nada; al menos, el coronel Galarza no informa de más.

A eso de las once de la mañana, el telefonista le pasa un recado.

—Mi general, llama el director de *Diario de Navarra*.

—Adelante.

—Mi general, voy para su despacho —dice Raimundo García con la voz quebrada. —Ha ocurrido una desgracia.

Mola se queda pensativo. Si García dice que va para Capitanía es que la desgracia debe de tener carácter de catástrofe; de lo contrario no se entiende. Y así es. Cuando el periodista diputado llega al despacho del general lo hace con la cara desquiciada, transpirado y con cierto temblor al hablar.

—Aquí no hay quien viva —suelta de carrerilla dejándose caer en un sofá. —Aquí, general Mola, ya no hay quien viva. Esta madrugada han asesinado en Madrid a mi compañero y amigo el diputado don José Calvo Sotelo.

El general Mola se queda boquiabierto y patidifuso. Casi no acierta con las palabras.

—¿Cómo dice? ¿Calvo Sotelo asesinado? Esto es el acabóse. ¿Han asesinado a Calvo Sotelo?

—Lo malo no es eso, general. Lo malo, lo peor es que, según me informan, han sido gentes del Gobierno, guardias de asalto.

—Hasta aquí hemos llegado, señor García. Hasta aquí mismo. Antes de que el Gobierno nos mate, nosotros nos echamos a la calle. O ellos o nosotros.

Raimundo García ya no escucha las explicaciones. Por su cabeza da vueltas la última conversación telefónica con Calvo Sotelo, dos días atrás, cuando le propuso que viajara hasta Pamplona para pasar unos días en un pueblo del valle de Baztán, alejado de lo que veía caer sobre Madrid. Y la respuesta de éste: «Iré encantado porque mis compañeros me acaban de regalar un coche blindado y hay que estrenarlo». Habían quedado para el día 14 en un restaurante madrileño, donde pensaban almorzar con Gil Robles y Domínguez de Arévalo, antes de salir hacia Azpilcueta, en Baztán, a un poco más de medio centenar de kilómetros de Pamplona.

—General, este asesinato marca un antes y un después. A partir de hoy, ya no hay tregua. Se han acabado las contemplaciones. Como usted bien dice o ellos o nosotros.

—Si me lo permite, voy a llamar a Madrid. Quiero saber qué reacción hay en el Ministerio de Guerra.

Mola lo intentó, pero sin éxito alguno. El soldado Mariezcurrena se hinchó las yemas de los dedos metiendo y sacando las clavijas de la centralita telefónica, pero lo único que consiguió fue buenas intenciones de las operadoras de la Compañía Telefónica que, desbordadas, sudaban tinta ante una avalancha de conferencias; Madrid estaba incomunicado para las llamadas de provincias. Con todo, el soldado Mariezcurrena siguió en el empeño hasta

que, por el mediodía, su general le ordenó que comunicara con el gobernador civil.

—Señor Menor, le llamo porque me han llegado noticias de que la situación en Madrid es extremadamente grave como consecuencia del asesinato del señor Calvo Sotelo. ¿Dispone usted de alguna información que me pueda facilitar?

—General, conferenciar con Madrid resulta un imposible. Es cierto que el cadáver del señor Calvo Sotelo ha aparecido en el Cementerio del Este pero nada más puedo añadir. De mi cosecha he de decir que esta muerte me parece un hecho de suma gravedad, sean los que sean sus autores.

—Hombre, señor Menor —corta Mola resoplando— los autores sabemos todos quiénes han sido: enemigos de la patria, traidores a España. No voy a señalar a nadie porque llevan una marca roja bien visible en las espaldas; hasta un ciego que pasara corriendo y de espaldas los podría distinguir.

—Ya le digo que ignoro datos sobre esta muerte. Si usted quiere, tan pronto como conferencie con el ministerio le llamo.

—Hágame el favor.

Don Raimundo García dijo que marchaba para la redacción y se ofreció al general para que lo visitara en su despacho, ya que en el periódico estaban llegado cables de las agencias con información del asesinato del líder de Renovación Española. Mola contestó diciendo que a media tarde, si disponía de tiempo, pasaría por *Diario de Navarra* y ordenó reunir a su plana mayor. Por Capitanía se acercaron los señores Baleztena y Martínez Berasáin con la indig-

nación marcada en el entrecejo pero sin nuevas sobre los planes de sus jefes, que seguían reunidos en cónclave en la villa La Ferme de la vizcondesa Jacqueline de la Gironde, en San Juan de Luz.

En Madrid, a la sede de Renovación Española, en la calle Marqués de Riscal 1, no cesaban de llegar muestras de condolencia de todas partes, como la que recibieron vía telegráfica desde Melilla (donde los ánimos de revancha no pueden aguantar un día más):

«Conturbado nuestro ánimo por enorme desgracia nacional, por inicuo asesinato insigne Calvo Sotelo, enviamos nombre Renovación Española Melilla pésame, que rogamos trasmita familia. Hacemos constar enérgica protesta por atentado, que demuestra situación anárquica vivimos. Telégrafo giramos cien pesetas para corona, tributo póstumo dedicamos al gran patriota y mártir. ¡Viva España! José Sabio González. Rafael Pérez Cervera».

En Pamplona, por los ambientes carlistas, se hablaba ya de un levantamiento militar que estaba maduro, al que se iban a sumar las fuerzas locales del Requeté como si de un solo hombre se tratase. Antonio Lizarza, agobiado por las consultas que recibía constantemente de sus correligionarios acerca de los planes que el carlismo tenía respecto de la posición salvadora del Ejército, tuvo que salir de nuevo para La Ferme en donde recibió otra dosis de paciencia y una orden con las últimas instrucciones: los requetés no secundarán levantamiento alguno sin el mandato del príncipe don Javier de Borbón y del rey don Alfonso Carlos.

Mascullando este recado volvió a casa para reunir en el Círculo Carlista de la capital navarra a todos los jefes locales del requeté que pudieron localizar ya de medianoche. En el salón del cuarto piso, donde los reclutas del tradicionalismo hacían la instrucción con fusiles de palo los fines de semana desde años atrás, les dijo con angustia:

—El Requeté no puede sumarse a ningún movimiento que no esté autorizado por la suprema autoridad de nuestro augusto jefe su majestad don Alfonso Carlos, el Rey. ¿Juráis no acatar orden alguna que no llegue desde la suprema autoridad?

—Sí, juramos —respondieron los más de veinte jefes locales.

Pero la revolución ya estaba en marcha para todos los conspiradores y hasta el general Mola, acosado por sus oficiales, tuvo que dar un golpe en la mesa y decir a voz en grito:

—No hay más que una orden: todo el mundo quieto. No es éste momento de cometer locuras.

El día trece acabó tan bronco como había empezado ya que un sobresalto conturbó la marcha de los oficiales conspiradores de los cuarteles de Pamplona cuando, ya de medianoche, un grupo de exaltados que previamente se habían reunido en la Casa del Pueblo, marcharon en manifestación hasta el cuartel del regimiento América y gritaron contra todos y contra todo como ellos quisieran. Eran unos trescientos y estaban frente a la fuerza armada vociferando, porque entre las gentes de la izquierda local había quienes tenían información de que en los cuarteles de Pamplona estaba lista una asonada frente a la cual ninguna autoridad del Gobierno acababa de meter mano.

La sensación de que nadie, ni en Madrid ni en Pamplona, era capaz de denunciar la impunidad con la que actuaban algunos jefes y oficiales fue la escapatoria para marchar hasta las puertas de los cuarteles y descargar la adrenalina que las gentes de la izquierda local tenían acumulada por los adentros desde meses atrás, cuando veían a los soldados del carlismo desfilar de uniforme, algunos armados, para exhibir su fuerza en nuevos desafíos y un escalofrío les recorría por la columna, desde la nuca hasta el ano. Durante más de treinta minutos los manifestantes rodearon un edificio acercándose a dos palmos de las ventanas hasta que un capitán apellidado Vázquez mandó a los soldados formar guardia, cargar los fusiles y abrir las puertas del acuartelamiento. A la cabeza de un pelotón fusilero, en la acera, Vázquez, levantando su pistola hacia lo alto, dio un grito que sonó como un trueno en la noche:

—Alto y atrás.

Los manifestantes retrocedieron y los gritos enmudecieron temporalmente; la concentración no se daba por disuelta.

El general Mola fue informado por el capitán Vicario del acoso que estaban padeciendo y, ladino, decidió llamar al gobernador civil.

—Señor Menor, grupos de exaltados están provocando a mis soldados y, por lo que me cuentan, amenazan con invadir los cuarteles. Son varios centenares y parece que hay hombres armados. En consecuencia le pido que despeje los cuarteles de revoltosos ya que, de lo contrario, las tropas actuarán bajo mi responsabilidad y no van a permanecer impávidas ante la agresión.

—General, estaba enterado de los incidentes y he dado orden a la Guardia de Asalto para que una patrulla

se desplace inmediatamente hasta esa zona de la ciudad y disperse a los manifestantes.

— Así lo espero, señor gobernador.

— Así se hará, general.

Avanzada la madrugada el general tuvo conocimiento de que la calma, que no la paz, había vuelto al exterior de los cuarteles y se fue a la cama. No pudo dormir más de dos horas seguidas y sin que aparecieran las primeras luces fue al despacho para ordenar sus apuntes y esperar nuevas. Su ayudante, al filo de las ocho, le anunció que un enviado de Serrano Súñer estaba en la garita de guardia con la intención de entrevistarse con él.

— Que venga — resolvió Mola.

El mensajero era José Finat, conde de Mayalde, llamado a ser alcalde de Madrid tras la victoria, que había marchado hasta Pamplona con el encargo de transmitir a Mola que las gentes de Falange Española seguirían los pasos del general sin vacilaciones ni contrapartidas, a la primera orden de movilización. También llevaba otro recado:

— Mi general, la situación en Madrid es muy difícil. Unos se esconden y otros se escapan. Lo poco que habíamos avanzado ha sido desarticulado por las fuerzas del Gobierno en lo que vamos a hacer y tenacidad para vencer al enemigo. Transmita esto a sus gentes. El general Mola, el Ejército español, no va a defraudar a nadie en este trance. ¿Alguna otra novedad?

— Reseñar, mi general, que el señor Calvo Sotelo, otro mártir de esta desgraciada política del Gobierno, ha sido enterrado acompañado de miles de patriotas. Frente al féretro cubierto con la bandera de la España inmortal, su correligionario el diputado Goicoechea ha pronunciado

unas palabras que están ya en la historia de la Patria. «Ante esta bandera», ha dicho, «colocada como una bandera sobre tu pecho, ante Dios que nos oye y nos ve, empeñamos solemne pensamiento de consagrar nuestras vidas a esta triple labor: imitar tu ejemplo, vengar tu muerte y salvar a España». Se podrá decir más alto pero no más claro. ¿No opina usted igual?

— Por supuesto. Es ahora cuando los patriotas debemos seguir su ejemplo sin partidismo ni politiquería: todo por España. Creo que con eso se dice bastante.

A las diez de la mañana se produjeron en la agitada Pamplona dos hechos simultáneos; uno de ellos iba a cambiar el rumbo de la historia. En la plaza del Castillo el capitán Barrera y sus conmlitones Vázquez y Lorduy se encontraron en un café con Antonio Lizarza. La conversación, en un comienzo, giró sobre equívocos ya que los militares estaban en la opinión de que el carlismo en su conjunto respaldaba el movimiento y únicamente aguardaba la orden de Mola para salir en formación a las calles siguiendo la senda que marcase el Ejército.

— Ahora mismo, queridos amigos, no hay arreglo posible con Mola porque éste no acepta un sencillo escrito que le ha enviado el general Sanjurjo, que al día de hoy es el primer comandante de éste y de cualquier movimiento patriótico.

— Eso no puede ser, Antonio —respondió Barreda. Habrá otras cosas... El general Mola siente enorme respeto por Sanjurjo, como casi todos en la milicia. Será que el carlismo pone condiciones inadmisibles para nosotros, cuestiones que el Ejército, o el general Mola, no puede asumir. Creo yo que, quizá, el carlismo tenga que hacer un examen de conciencia...

— Eso, mi querido amigo, no lo acepto ni como chascarrillo. Es tan importante lo que llevamos entre manos, está tan en peligro el porvenir mismo de España, que nadie puede dudar del patriotismo de los carlistas. Ni ahora ni nunca.

— Una cosa no quita la otra.

— Nadie nos puede tratar de manera diferente a lo que somos y defendemos. Nuestro lema viene de hace cien años: Dios, Patria, Rey.

La conversación comenzó a enredarse por vericuetos que a ninguna parte conducían, con reproches que iban sumiendo de tono, y el capitán Barreda cortó la discusión de raíz.

— Voy a hablar con el general, para ver si entre todos convenimos una forma de arreglo. Lo voy a intentar esta misma mañana. Situaciones como ésta no se debían de haber dado nunca.

— Si hubiera novedades y se necesitara mi concurso, estaré en casa esperando. Buenos días, señores.

En Capitanía, también a las diez, se presentó la señorita Elena Medina Lafuente y Garvey, sevillana, que viajó con Herrera Oria en el coche de Carlos de Salamanca con un mensaje escondido en el cinturón. Medina, de familia aristocrática de Sevilla, es un correo habitual del general Kindelán y trabaja en la administración de *El Debate*, aunque su fajina en lo que va de año es hacer de *correveidille* transitando pueblos y ciudades en un Jaguar de color verde. Mola ordenó que pasara no a su despacho sino al planchatorio y allí la recibió, de pie, junto al coronel García Escámez, sin poder disimular la procesión de mala sangre que llevaba por dentro.

La joven estaba muy nerviosa, inquieta en extremo, porque conocía el sentido del mensaje que llevaba y recordaba la cara de Kindelán cuando le pidió un último esfuerzo para viajar a Pamplona.

— ¿Pasa algo en Madrid? — preguntó Mola con displicencia.

Medina se mesó el pelo y respondió:

— No es en Madrid. Es en Canarias. Espere un momentito.

La joven se quita el cinturón, saca del bolso unas tijeras de mano, descose el forro y extrae un papelito doblado en cuatro que entrega al general.

— Geografía poco extensa, lee.

A Mola le sale su peor instinto y, en un arranque de ira que no quiere controlar, tira al suelo, con alharaca, el cinturón y el papel, suelta un par de taconazos que retumban por las paredes y gira la cabeza de derecha a izquierda mordiendo los labios. Luego levanta la cara, respira profundo, bufa, se atreve a pedir perdón y traduce:

— Franco no va. Este mensaje se lo ha transmitido al general Kindelán el diplomático José Antonio de Sangróniz, que es quien coordina el viaje del avión que se ha contratado en Londres para trasladar a Franco hasta África. Sangróniz debe de estar en Tenerife con Franquito.

— ¿Qué hacemos, *igenerá*?

— No cambiar los planes. Ahora mismo redacto unas nuevas instrucciones para Yagüe que la señorita Medina debe de hacer llegar a nuestro enlace en Algeciras. Llevará, también, una copia para el general Kindelán. ¿Puede usted hacer este servicio?

— Si el coche del señor Salamanca no se para — responde la sevillana con malicia — mañana estarán en destino.

—Suerte.

—Lo mismo para usted, general.

El Capitán Barreda ha dejado a sus compañeros en el café Iruña y está esperando que su general despida, de aquella manera, la visita. Si casi todos en Capitanía están nerviosos Manuel Barreda puede que más porque cree que ha dado con la fórmula para conciliar posiciones con el carlismo, aunque advierte de que el tiempo se escapa.

—Mi general, he tenido conocimiento del desencuentro con las autoridades de la Comunión Tradicionalista, y creo que tengo una vía de solución.

Mola está con García Escámez en su despacho, tratando de encajar un papel, su calco y la copia, para redactar un nuevo escrito que Medina debe entregar a Kindelán y éste a Galarza. Tiene en la cabeza el texto que ha de escribir y solicita a su capitán que tome asiento y quede en silencio.

—Señores, cinco minutos y estoy con ustedes, comenta Mola dirigiendo la vista a García Escámez.

Al fin, un cuarto de hora después, Mola se pone en pie. Llama a su ayudante, organiza los documentos, distribuye las funciones, pide café al soldado de la antesala, enciende un pitillo, da dos zancadas por la estancia, tira humos por los huecos de la nariz y se deja caer en un sofá.

—Usted dirá, capitán.

—Mi general: de forma casual he coincidido hace una hora con el señor Lizarza en un café de la ciudad y tengo conocimiento del escollo que supone lo que el carlismo demanda de forma previa. Pero creo que tengo una fórmula para salir de este atolladero.

¿Podía usted, mi general, redactar una nota breve en la que, sin comprometer su palabra, se acepte lo que

Sanjurjo propone y quede todo condicionado al día después, como usted siempre ha dicho?

—Y ¿cómo se come eso, capitán?

—Con un escrito que venga a decir, más o menos, lo siguiente: se aceptan las orientaciones de la carta del día 9, que el propio general Sanjurjo completará cuando asuma las funciones de jefe de Gobierno. O algo así. De esta manera queda todo para el día después en la forma que determine el propio Sanjurjo y no usted, mi general, que no puede ni debe de aceptar condicionamientos ahora.

—¿Qué te parece, Escámez?, pregunta Mola.

El general ha tuteado, por primera vez en público, al coronel.

—Que la fórmula no le compromete ante terceros, i generará, y que si ellos la aceptan hemos acabado con esta matraca.

—Voy a tantear a la máquina una respuesta. ¿Cómo dice usted, Barreda, que podría ser la redacción?

El general Mola tardó menos de un minuto en dar con las palabras que buscaba. Apoyado por García Escámez encontró un procedimiento que le pareció correcto y acabó por escribir en la Underwood tres líneas:

Conforme con las orientaciones que en su carta del día 9 indica el general Sanjurjo y con las que el día de mañana determine él mismo, como jefe de Gobierno.

Firmado: Emilio Mola

—¿Servirá con mi firma en un papel sin membrete?

—Ya lo creo, mi general. El membrete, ahora, es lo de menos. Lo importante es su autógrafo.

— Venga, vamos allá.

Entonces duda.

— Hagamos las cosas bien — dice rectificando — que bastante torcidas han llegado hasta aquí. Barreda, alcánceme una cuartilla oficial.

Mola, a la máquina, escribe de nuevo el mensaje, saca una pluma y garabatea su firma en una esquina del papel.

— Ahora mismo salgo para casa de Lizarza y regreso de inmediato.

— Vuelva usted con noticias, pero de las buenas. De las otras hay suficientes, capitán — bromeó García Escámez.

— A sus órdenes.

Antes del almuerzo el capitán Barreda regresó a Capitanía con una sonrisa de emplaste que no le encajaba en todo el cuerpo. Subió al primer piso, preguntó al soldado del antedespacho en qué parte de la casa se encontraba el general y marchó hacia las habitaciones de la familia Mola en tensión de desfile, apretando los puños de satisfacción y marcando el paso; llamó a la puerta con dos golpes de nudillos y esperó firmes. El general respondió en el salón con un ¡adelante! y Barreda entró como si fuera un correo del zar Nicolás I que anunciase la rendición de Sebastopol.

— Mi general, dijo triturando las palabras, asunto resuelto. El señor Lizarza se ha mostrado emocionado con la nota que he entregado y acaba de salir hacia San Juan de Luz para comunicárselo a sus superiores, que están reunidos debatiendo qué hacer para movilizar en solitario a sus gentes. Dice Lizarza que va a cruzar la frontera y regresar en cuanto tenga una respuesta de su organización, que es-

pera para esta noche; sucede que, casualmente, hoy es fiesta nacional en Francia y las fronteras están relajadas, según ha comentado, gracias a lo cual espera no tener problemas en los puestos de control. Asegura que vendrá directamente a notificarlo. Entiende que si hay fumata blanca –han sido sus palabras– estamos en las diez de últimas.

– Bueno, en ese caso, no queda otra que esperar. ¿Acepta usted almorzar con el coronel García Escámez y mi familia?

– Bueno, no tenía previsto estar fuera del cuartel pero si ustedes lo creen conveniente...

– Es una invitación, no una orden, capitán.

– No se hable más.

La comida se prolongó en la sobremesa y Mola no podía ocultar su contento, aunque todavía le quedaban algunos intersticios de desconfianza por taponar. García Escámez, como de habitual en él, contó chistes y bromeó con lo divino y lo humano porque era consciente de que el papel de bufón que estaba aceptando era la espita por la que los tres militares estaban vaciando la inquina que llevaban acumulando desde tiempo atrás.

Después de las risotadas el general Mola pidió quedarse sólo y fue para la cocina a merendar con los niños. Avanzada la tarde, casi con el primer crepúsculo de la noche, el cabo de guardia anunció que un militar de paisano que decía apellidarse Rada esperaba permiso para visitar al general y entregar un mensaje muy urgente.

– Que suba ahora mismo –ordenó Mola.

En su despacho, el general escuchó la receta mágica.

– La Comunión Tradicionalista se suma al movimiento militar.

Mola y el teniente coronel Rada dieron un paso al frente, saludaron militarmente y se hundieron en un abrazo que pareció eterno. Antes de despedirse el militar carlista hizo una observación:

— Hemos pensado que sería conveniente para su familia que abandonaran Pamplona y cruzaran la frontera. Nuestra gente ha preparado acomodo en un lugar de la costa vascofrancesa que ahora no puedo determinar.

— Lo voy a tener en cuenta — respondió Mola. — Me parece una buena solución. Si pasa algo a mí me pueden fusilar y con eso habríamos acabado. Pero a mi mujer, a los niños... A ellos les harían la vida imposible. Me parece una idea excelente. Voy a ver cómo lo organizo.

El general despidió a Rada y de inmediato mandó llamar a García Escámez, a su ayudante y al capitán Barreda.

— Señores — les dijo muy solemne — se acaba de escribir una página brillante en el futuro de España. El carlismo se suma al movimiento liberador del Ejército en todo el país. Con la emoción que preside este momento les pido que griten conmigo: ¡Viva España!

— ¡Viva! — atronó el despacho.

— Barreda, comuníqueme a Maíz que mañana, al punto, deberá ir a San Juan de Luz para recoger el documento oficial y estar de regreso tan pronto como pueda. Transmita las órdenes a Marruecos, el 17 es la fecha; que el capitán Imaz salga pitando para África. Vamos a indagar en qué parte del mundo se encuentra Franco. Usted — dijo mirando al coronel García Escámez — queda encargado de resolver el misterio. Comandante, que esté mi coche preparado y avise a Eúsa para hacer un servicio. Buenas noches y descanse, que vienen horas de nervios.

SIN AVANCES EN LA GUARDIA CIVIL

Escribo estas líneas desde el planchatorio la noche del catorce de julio de mil novecientos treinta y seis, festividad de San Francisco Solano, taumaturgo del Nuevo Mundo y fiesta nacional en Francia. Hace calor y creo que no voy a poder dormir más allá de un par de horas, por lo que he decidido anotar las impresiones de estos días tan frenéticos. Ando regular de fuerzas pero pletórico de moral (creo que nunca he dado tantos abrazos como estos días) porque hoy hemos recibido la contestación que esperábamos y el carlismo se suma en toda España a la movilización que preconizamos; hubiéramos seguido adelante con o sin ellos, pero para la propia moral de nuestras gentes siempre es mejor sumar fuerzas y marchar unidos.

Sabemos (eso es lo que nos dicen, al menos) que en Navarra y Álava son numerosos y están organizados militarmente, pero desconocemos su fuerza real en el resto del país. Llegar a un acuerdo con los carlistas no ha sido sencillo y, en el fondo, los dos, ellos y yo, distinguimos que no hay tal, que todo queda supeditado al día después. He repetido hasta la saciedad que no podía hipotecar mi palabra en acuerdos para los que no estaba comisionado y la fórmula que se ha encontrado deja satisfechas a las partes y a mí me libera de compromisos. Quiera Dios que nunca más tengamos que discutir en nuestro país por estas cuestiones para ellos tan obvias: los símbolos, las esencias, las creencias. Ahora sólo queda aunar los esfuerzos aunque a mí me asalta una duda de la que no consigo zafarme: ¿serán tan-

tos como dicen?, ¿tendrán las armas que pavonean?, ¿son un ejército en miniatura? Hasta que no llegue el día "J" no encontraré respuesta y Dios quiera que no nos llevemos un chasco.

Dentro de unas horas voy a comunicar a mi esposa, Consuelo, que lo mejor para la familia es que ella y los niños marchen para la zona vascofrancesa y esperen el acontecer, porque acabamos de saber que Franco va a hacer lo mismo con su esposa y niña. Franco por fin ha dado señales de vida y dicen sus gentes que siempre estuvo donde tenía que estar. No seré yo quien discuta, hoy, estos términos pero ya me gustaría llegar al almuerzo con la mesa puesta y la sopa esperando en el plato en lugar de encontrarme los ladrillos para construir la casa, la madera para hacer los muebles del comedor y las verduras para cocer la sopa. No es esto un reproche sino la constatación de que, en esta vida, unos llevan la fama y otros cardan la lana.

Desde este rincón del mundo nos hemos dejado la piel (y todavía puede que la vida) tratando de organizar este mecano en el que ha devenido nuestro movimiento. Gracias a la colaboración desinteresada de algunos (Maíz, sin ir más lejos, no ha dejado que llenáramos una sola vez el depósito de gasolina de su coche, y eso que lleva dos meses dando vueltas como una peonza; qué gran hombre es) y al esfuerzo sin medida de todos hoy es una realidad lo que hasta hace pocas fechas parecía una quimera. Ignoro, porque no soy adivino, cuántos seremos el día *J* a la hora *H* –confío en que muchos– pero nadie pondrá en duda jamás que los que somos nos hemos dejado jirones de nuestra propia existencia, años completos de nuestra vida.

En la historia reciente de nuestro país creo que, con la excepción hecha de la guerra por la independencia y

contra el invasor francés, nunca como ahora ha habido una confluencia entre la mayoría de la población y su Ejército para echarse a la calle y acabar con esta forma anárquica de desgobierno a la que el Frente Popular ha pretendido acostumbrarnos. Nadie, tampoco, podrá decir que los gestores de la cosa pública no han tenido su oportunidad de arreglar los entuertos que ellos mismos alimentaron y de hacerlo por las vías parlamentarias. Nadie.

Nosotros vamos a levantarnos en armas porque es la única opción que nos dejan y, también, por qué no decirlo, porque el patriotismo nos lo demanda. La historia que se escriba a partir de ahora podrá tener los renglones torcidos y ser vista del revés, si así lo quieren algunos; pero reflejará negro sobre blanco que hubo unos españoles que aún a riesgo de sus vidas dieron un paso al frente por interés patriótico y nada más. Tengo escrito años atrás lo siguiente, a este respecto: «Un régimen podrá apoyarse –nunca largo tiempo– sobre bayonetas mercenarias; pero jamás sobre un Ejército nacional, que es parte integrante del pueblo y, por serlo, participa de sus anhelos y repudia lo que rechaza». Nada más puedo añadir ahora.

Reflejaba antes que Franco ha dado su apoyo a este movimiento liberador. Me han informado desde Madrid, hace menos de un cuarto de hora, que un avión De Havilland DH89A Dragon Rapide, similar al que utiliza para sus viajes el príncipe de Gales, alquilado a la empresa de aerotaxis de Croydon, Olley Air Service Ltd., que enlaza Inglaterra, Irlanda, las islas del Canal y el norte de Francia, ha salido de su base para buscar al general. Su ruta debe ser Croydon-Londres, Burdeos, Lisboa (donde han de localizar al general Sanjurjo para indicarle que ya está todo

en marcha), Casablanca, Las Palmas, donde recogerán a Franco, y Tetuán. Lo que sucede es que hoy, según me ha informado Galarza, que también ha conectado con Yagüe, nadie sabe dónde está este bimotor. Supongo, aunque quizá sea mucho suponer, que quienes se han encargado de este asunto tendrán los cabos bien atados para que nadie tenga que improvisar. Lo único que conozco es que en el avión, además del piloto y el mecánico, viaja el corresponsal del ABC en Londres, que es quien tiene en la cabeza los planes, según me dicen.

Respecto de la Guardia Civil, nada hemos avanzado. Parece que Rodríguez Medel es un hombre de total afecto al Gobierno del Frente Popular y que por esa vía hay poco que rascar. Sin embargo, según cuenta don Curro, hay al menos un capitán que está con nosotros y éste asegura que en la fecha designada el cuartel de Pamplona apoyará nuestro movimiento aunque para ello haya que utilizar las armas contra aquellos que se resistan. La mayor preocupación reside, sin embargo, en el conocimiento que tenemos de una entrega que ha llegado desde Burgos (parece que ordenada por Batet) a la comandancia de Pamplona con ametralladoras pesadas y granadas de mano. No es armamento al uso para un cuerpo como la Guardia Civil y detrás de este movimiento táctico veo claramente la mano de Batet tomando prevenciones. No se fía de nosotros (desconfía de mí hasta el infinito, a pesar de que nunca he dado muestras de desafecto hacia su persona o a las órdenes que han llegado desde Burgos) y, claro, los recelos Radio... Valencia. En estos momentos Falange ocupa militarmente el estudio de Unión Radio. ¡Arriba el corazón! Dentro de unos días

la revolución sindicalista estará en la calle. Aprovechamos esta ocasión para saludar a todos los españoles y particularmente a nuestros correligionarios. Luego, a la carrera, ganaron la calle y se esfumaron.

Creo que hay ocasiones en que el ímpetu es hermano gemelo de la imprudencia y parece que éste es el caso. Si lo hicieron únicamente para darse una satisfacción, bienvenida sea (se ve que la audacia es enemiga de la cordura)

24

RODRÍGUEZ MEDEL, EL PRIMER ASESINADO.

Bernardo Félix Maíz cruzó la frontera con una boina sentada en el asiento de al lado y una bola morrocotuda que se le había formado entre la garganta y el estómago; esta presión le entorpecía respirar como de costumbre porque notaba cierta aceleración en el ritmo cardíaco y sufría por el encogimiento que padecía en los frunces del estómago. No llevaba un solo documento que pudiese comprometerle más allá de dos estampas de la virgen de Lourdes que transportaba, desde tiempo atrás, al fondo de su cartera de bolsillo tras una tarjeta de visita de la empresa familiar; incluso esta seña devota le incomodaba porque pensaba que tanto España como Francia eran países donde corrían malos tiempos para la iconografía católica.

En la aduana española el policía que selló el pasaporte reconoció su cara (era la cuarta vez que atravesaba la muga en los últimos seis días) y ambos bromearon con las vacaciones –a causa del calor que ya arrastraba la mañana– puesto que el motivo oficial del viaje era alquilar un apar-

tamento en lugar cercano a San Juan de Luz para pasar el mes de agosto con la familia a los pies del mar. Maíz cruzó Dancharinea y cargó el depósito del Buick en una gasolinera de Espelette antes de enfilear el tramo hasta San Juan de Luz y ver el mar un día de cielo radiante. En la Ville La Ferme esperaban su visita con la humedad de la impaciencia Manuel Fal Conde, el diputado y portavoz en el Congreso José María Lamamié de Clairac, el patricio Rafael Olazábal y un carlista de devoción con las horas contadas: el general Mario Muslera, antiguo integrante del Directorio en la dictadura de Primo de Rivera, ahora en el retiro pero con unas ganas enormes de orear la pistola en San Sebastián. Tras saludar a la camarilla Maíz pidió agua para calmar el buche y anunció convencido:

– Es cuestión de horas.

El general Muslera puso su grano de información:

– El general Ponte me ha informado de que únicamente falta la orden de Mola.

Fal Conde se acercó hasta un *secrétaire* de estilo Biedermaier, levantó la tapa de un vade de piel Burdeos repujada, extrajo una cuartilla de color crema doblada por su mitad y la entregó a Maíz:

– *Voilà*. Éste es el documento solicitado. Puede usted leerlo.

La carta decía:

La Comunion Tradicionalista se suma con todas sus fuerzas en toda España al Movimiento Militar para la salvación de la Patria, supuesto que el Excmo. Sr. General Director acepta como programa de Gobierno el que en líneas generales se contiene en la carta diri-

gida al mismo por el Excmo. Sr. General Sanjurjo de fecha de 9 de último.

Lo que firmamos con la representación que nos compete.

Javier de Borbón Parma
Manuel Fal Conde

Maíz, abrumado por la responsabilidad, no acertó con las palabras y, alterado como nunca, dijo algo ininteligible camino de la puerta. Los carlistas entendieron que tenía prisa y se quedaron con las ganas de conocer qué planes tenía Mola para las capitales más pobladas de España.

—Nos vemos en Pamplona —comentó nervioso.
—Ahora debo de regresar de inmediato porque el general Mola espera este documento para reunir a la tropa y tocar generala. Ustedes sabrán disculparme.

—No faltaba más, señor Maíz —contestó Fal Conde. Cada uno debe cumplir con el papel asignado y hacerlo con diligencia; mucho más en estas horas críticas... Que tenga usted un feliz viaje. ¡Nos veremos en Pamplona!

En el coche Maíz dobló la cuartilla de nuevo, deshizo el forro de la boina —que llevaba sujeto con dos imperdibles— y colocó la carta entre la tela de raso y el paño; tras comprobar que el escondite era perfecto puso la gorra boca abajo en el asiento y arrancó el Buick. Luego rezó un padre nuestro, se santiguó tres veces y marchó hacia la frontera repasando jaculatorias; tenía miedo de que la velocidad del coche pudiese estropear el resultado del viaje. Cruzado el puesto de Dancharinea bajó la ventanilla, sacó el codo y conduciendo con una mano no paró la marcha hasta Pamplona sin perder de vista el paisaje.

En la villa de la vizcondesa de La Gironde Manuel Fal, pletórico de ilusiones, desabrochó la tensión contando sucedidos e hizo que Lizarza recibiese un mensaje para reunirse con él al día siguiente y continuar los planes pronosticados desde tiempo atrás. Quienes le rodeaban, tanto en San Juan de Luz como en Madrid o Sevilla, comentaban que haciendo previsiones y distribuyendo encargos Manuel Fal Conde era único.

—Tienes que ir en avioneta hasta Lisboa para traer al general Sanjurjo —le dijo a Antonio Lizarza cuando se vieron muy de mañana. —Es preciso alquilar otro aparato porque el que estamos utilizando estos meses ahora está en revisión y no podremos disponer de él hasta mediados de la semana que viene.

—Acabo de dejar en San Sebastián al general Muslera y al teniente coronel Baselga, a resguardo en un domicilio seguro. Antes de salir me ha informado un contacto de que Mola prepara la sublevación primero en África, para mañana, y un día después en Pamplona y toda España.

—El plan es el previsto: recoger al general en Estoril y regresar a San Juan de Luz con el objetivo de cruzar la frontera el día diecinueve, domingo, y entrar en Pamplona a media mañana para colocarse al frente de las tropas.

—Voy a llamar al aeródromo de Burdeos y contratar el aerotaxi.

La misión no resultó sencilla porque ni en Burdeos ni en París había aparatos desocupados, pero sí en Toulouse. Allí Lizarza localizó tres aviones que estaban disponibles y acordó con un representante del héroe francés de la aeronáutica Pierre-Georges Latécoère el alquiler de un Breguet comandado por piloto belga que partiría a las diez de la mañana desde el aeropuerto de Biarritz. El propio

príncipe don Javier de Borbón lo condujo en su coche hasta el aeródromo y una hora después de lo previsto el avión, con Lizarza como único pasajero, despegó para Lisboa con un plan de vuelo que contemplaba regresar a última hora de la tarde al punto de partida.

Pero el albur o el azar (esta conspiración apoya una de sus patas en la suerte o la fatalidad) resolvió acortar el viaje y, sobrevolando Burgos, el piloto del avión francés comunicó a Lizarza que necesitaba tomar tierra para repostar porque el viento que soportaba de cara hacía que el aparato consumiera más combustible del inicialmente previsto para el vuelo; una vez en la pista del aeródromo de Gamonal, con el motor parado, dos policías se acercaron hasta el aparato, pidieron la documentación de la avioneta y sus ocupantes y ordenaron:

– Que no se baje nadie hasta que hagamos las preceptivas comprobaciones.

Unos minutos después llegó una furgoneta con una docena de guardias de asalto y rodearon el aeroplano. Un oficial le dijo a Lizarza:

– Se están realizando unas gestiones con el Gobierno Civil y hasta que no llegue la autorización no pueden pisar tierra ni llenar el depósito ni despegar.

– ¿Podemos hacer algo?

– Estar quietos y no armar bronca.

Quien apareció en Gamonal, una hora más tarde, fue el propio gobernador civil, Antonio Fagoaga Reus, con una escolta que se encargó de detener a Lizarza y a su piloto. Los dos fueron trasladados a los calabozos del cuartel de la Guardia de Asalto en Burgos donde, casi de noche, el director general de la Seguridad del Estado, Alfonso Mallol,

que se había trasladado ex profeso desde Madrid en cuanto conoció la detención, interrogó personalmente a Lizarza ya que la policía había recibido una confidencia asegurando que el carlista llevaba documentos que podían probar la existencia de una conspiración entre Mola y la Comunión Tradicionalista. Antonio Lizarza se hizo el sueco hasta que le tocaron la fibra sensible y confesó con orgullo que era delegado regional de requetés (la policía lo sabía antes de que saliera de Biarritz) y que el viaje era de placer, una mentira que repitió varias veces con auténtico aplomo pero que no acabó de colar.

— ¿Conoce al señor Fal Conde?

— Por supuesto. Es nuestro jefe.

— ¿Y al teniente coronel Rada?

— También.

— ¿Qué hacía usted en Portugal los días 7 al 11 de este mes?

— Viajé por motivos familiares.

— ¿Cuáles?

— Bueno...

— No mienta más, dijo Mallol. Lo vamos a trasladar a la Dirección General de Seguridad en Madrid, ahora mismo. Su aterrizaje en Burgos no ha sido casual porque teníamos controlado su vuelo; sabemos que usted, y el partido de usted, conspiran contra el Gobierno legítimo en compañía de militares sin escrúpulos.

Lizarza primero fue detenido e interrogado, luego encarcelado, más tarde condenado sin juicio, meses después canjeado y al final liberado. Volvió a Pamplona un veintiocho de enero de mil novecientos treinta y ocho, cuando la sublevación llevaba ya dieciocho meses de batalla sangrienta en los cuatro puntos cardinales y un centenar

de miles de muertos, muchos de ellos enterrados de cualquier manera, aprisa y corriendo, en fosas comunes.

La detención de Lizarza no alteró plan alguno pero tampoco disipó las incertidumbres de Mallo. El carlismo no pregonó el incidente y en Pamplona Joaquín Baleztena hizo rápidamente circular entre los oficiales del Requeté una cuartilla con un texto que quería expandir a todas las capitales de provincia donde tenían presencia. La notificación dirigida a los jefes provinciales tradicionalistas decía:

Obtenidas las prudentes garantías posibles, se ha acordado nuestra colaboración por lo que, en el plazo brevísimo de contadas horas, dispondrá todo lo necesario para que prestemos esa colaboración del modo más eficaz ajustándose a las siguientes normas y supliendo cuanto sea necesario en cada sitio para el mayor éxito:

1º Estamos a la obediencia del Ejército y aceptaremos cuantos objetivos nos encarguen, allí donde sus unidades inicien o secunden el movimiento.

2º Cuando actuemos encuadrados en unidades militares, no se consentirá que vaya otra bandera que la bicolor o ninguna.

3º Cuando actuemos en unidades nuestras, llevaremos nuestra bandera, símbolos, «vivas», organización y jerarquía.

4º En este caso, cuando ya se esté actuando, se consagrarán al Sagrado Corazón de Jesús y según sea posible se harán actos de piedad o de práctica de sacramentos que se puedan.

5º La orden de actuar la darán los elementos militares, con quienes ya están en relación, y ellos iniciarán el

movimiento, y en caso de que tarden se procurará estimularlos a decidirse.

6º Si en algún sitio fracase la empresa, nosotros hemos de quedar actuando, concentrándonos.

7º Apenas se triunfe, procurarán permanecer en armas en actitud expectante para, en lo posible, esperar orden especial para rendirlas todos a la vez solemnemente frente al nuevo Gobierno.

Manuel Fal Conde

El general Mola, después de despedir a su familia, que marchaba para la costa vasca buscando refugio ante un mañana contingente, se puso a trabajar. A las teclas de la Remington redactó una nota, por enésima vez, con instrucciones para Yagüe, de quien admiraba su valentía y empeño pero temía por su ímpetu a veces irracional (el jefe de la Legión tenía ya en su poder las cuartillas con las claves secretas que debería utilizar a partir de la sublevación para comunicarse directamente con Pamplona, según el plan trabajado por el capitán Barreda). Mediante el correo de una enviada de Kindelán, que en esas fechas era conocido por su alias, Eduardo, el teniente coronel recibió un telegrama en su domicilio de Ceuta la tarde del dieciséis de julio, Nuestra Señora del Carmen, patrona marinera, cuando acababa de regresar de una celebración en el puerto.

El texto decía: «El viaje es largo. Voy con el niño. Di a Juan que conteste. Firmado: Eduardo». Yagüe no tardó en responder con otro telegrama que salió a la mañana siguiente para Kindelán, vía Algeciras y Cádiz: «Me encarga Jacinto Leal te felicite por tu santo. Firmado: Fernando Gutiérrez». El nombre y el apellido sumaban diecisiete letras: el golpe estaba previsto para las cinco de la tarde del día

diecisiete, aunque para esa hora las prisas del incondicional de Yagüe, el teniente coronel retirado e industrial de la zona, Juan Seguí, habrían resuelto la situación después de algunos sobresaltos.

La mañana del diecisiete de julio, San Alejo, el mendigo de Dios, Bernardo Félix Maíz rindió su último servicio a la causa del general cuando, después de cruzar la frontera sobre las siete, apareció de nuevo en Ville La Ferme con un mensaje verbal para Fal Conde («El general Mola le comunica que está todo listo, hoy mismo las tropas de Marruecos se habrán sublevado y el diecinueve será el alzamiento de Pamplona») y el texto de tres radiogramas que trasportó de nuevo en el forro de la boina. Maíz estaba sereno pero inquieto porque la misión consistía en enviar desde la oficina de Telégrafos, en Bayona, tres mensajes: uno para Franco, en Tenerife, otro para Sanjurjo, en Lisboa, y el tercero para el teniente coronel Juan Seguí, en Melilla.

El general Mola le había comentado dos días atrás, tomando una confianza que jamás había exhibido antes –apoyó la mano derecha sobre el hombro de su colaborador–, que el día que le dijese: «Maíz, mañana tiene que ir a Bayona», entendiéndose que ése era el último viaje a Francia y, posiblemente, su último servicio. Realmente era el último viaje para cruzar la frontera y Maíz sentía la presión de la historia porque los radiogramas, cifrados, comunicaban que la sublevación se iniciaba en Melilla esa misma jornada, seguía en la península un día después y proporcionaba los nombres que encabezaban la rebelión en cada una de las ocho divisiones orgánicas del Ejército: en Madrid Fanjul, en Sevilla Queipo de Llano, en Valencia González Carrasco, en Barcelona Goded, en Zaragoza Cabanellas, en Burgos el propio Mola, en Valladolid Saliquet y en La Coruña un ofi-

cial del que no se facilita el nombre porque el Director de la conspiración lo desconoce.

Maíz dijo en La Ferme que necesitaba ir a Bayona de manera inmediata y el príncipe don Javier de Borbón, solícito, colaboró con sus recursos a la conspiración –por vez primera– llevando en su Alfa Romeo al enviado de Mola hasta la oficina de telégrafos; incluso se encargó de hablar con el empleado y pagó de su bolsillo los treinta y cinco francos que costaron los envíos. Parece que Maíz, con los nervios, había olvidado en su coche los billetes de cincuenta francos que siempre acompañaban sus andares por la zona vascofrancesa; había descuidado la cartera en un recoveco de los asientos traseros del Buick, bastante a la vista de los curiosos.

Hechos los recados, el prócer carlista llevó al chófer de Mola hasta San Juan de Luz y decidió regresar otra vez a Bayona donde, en casa de un correligionario y amigo desde la infancia, frente a la *Chambre d’amour*, viendo pasar las olas del mar, esperó mordiéndose las uñas las primeras noticias fidedignas que llegaban de España.

En la villa de Jacqueline de la Gironde a los conspiradores las horas se les transformaban en siglos y mataban el tiempo hablando de hazañas personales para despegar el rictus de miedo que llevaban pegado al cuerpo. A media tarde, después de almorzar en un restaurante de Biarritz y conversar por teléfono, Javier de Borbón apareció en La Ferme y dijo en su español afrancesado:

—Señores, tengo que comunicarles que, según mis informaciones, el Ejército ya se ha sublevado en África. Su majestad el Rey don Alfonso Carlos ha sido informado y comienza hoy una nueva página en la historia de la patria.

—Alteza, señores —respondió Fal con toda la solemnidad que su voz le permitía, acompañenme en este grito que sale de lo más profundo del alma: ¡Viva España!

—¡Viva! —respondieron a coro.

Dirigiéndose a Maíz, Javier de Borbón hizo un ruego.

—Creo que por bien de todos es mejor que regrese usted ahora mismo a Pamplona porque lo más probable es que las autoridades francesas cierren la frontera. Comuníqueme al general que la Comución Tradicionalista ha dado orden a sus tropas dando cumplimiento al mensaje que nuestro augusto monarca, mi tío el Rey Alfonso Carlos I, ha enviado para que todas nuestras unidades se pongan al lado del Ejército salvador de la patria. Será usted más útil a la causa en Pamplona que bloqueado en la frontera de este país.

—Yo también lo creo así. Señores, gracias y suerte. ¡Viva España!

—Viva —atronaron.

En Capitanía el general, que se encontraba aislado del mundo en el planchatorio, recibía visitas de su estado mayor mientras anotaba en cuartillas frases sueltas, ideas, esquemas, aquello que por su imaginación iba pasando y quería recordar, especialmente la arquitectura del bando por el que pensaba proclamar el estado de guerra en la provincia. En esas laboraba cuando recibió la visita inopinada, sin previo aviso, como esperaba, de su hermano Ramón, capitán jurídico en Barcelona, que bajó a tierra los sueños del director:

—No veo posible que el movimiento triunfe en Barcelona.

— Pero hombre de Dios... Goded, que va a salir de Palma en un hidroavión, dice que un golpe de mano enderezará el rumbo, que Barcelona cae seguro de nuestro lado.

— Eso es fiarlo todo a la suerte.

— Fiando muchas cosas a la suerte hasta aquí hemos llegado, Ramón.

— Un movimiento como el que has preparado, si no triunfa en Madrid y Barcelona puede tener sus horas contadas.

— ¿Quién dice eso?

— Lo digo yo.

— Es mejor que mueran una docena que van a hacer una descubierta que luego mil. El arte de vencer se aprende en las derrotas, que reseñó Simón Bolívar.

— También dijo Séneca que vencer sin peligro es ganar sin gloria, ya lo sé. Lo que sucede es que fiarlo todo a la suerte, como pretende Goded, es llegar al precipicio y tirarse al vacío a ver qué pasa.

— No sigas por este camino, Ramón, que el pesimismo es cosa de débiles. Quiero que salgas para Barcelona y venzas los temores. Está escrito que vamos a triunfar.

— Que Dios te escuche, Emilio.

Los dos se abrazaron y al general se le nubló la vista por la emoción de despedir a su hermano pequeño, que partía poco después en un tren nocturno camino del martirio que supone descerrajarse un tiro en la sien a las primeras de cambio parapetado en la silla de su despacho; porque eso fue lo que hizo. Aun y todo Emilio Mola seguía a lo suyo, y lo suyo aquella noche era dar las últimas puntadas al tapiz que llevaba tejiendo, con altibajos ajenos a su cordura, desde meses atrás. Repasando un texto ya escrito

a máquina entró en el planchatorio el coronel García Escámez, que traía noticias de Francia.

— *Igenerá*: nos informan de que al enlace carlista que viajaba hacia Estoril para transportar al general Sanjurjo, el señor Lizarza, lo han detenido en el aeródromo de Burgos. Debemos de tomar las riendas de ese asunto porque si este hombre, Lizarza, es débil y habla tendremos problemas graves.

— ¿Cómo has previsto arreglar el contratiempo?

— Dice el capitán Moscoso que los carlistas pueden localizar al aviador Ansaldo y que habrá que alquilar un nuevo aparato en cuestión de horas.

— ¿Ansaldo? ¿No es Ansaldo ese tipo singular, hijo del vizconde de san Enrique y amigo de Ruiz de Alda, que fue expulsado de Falange Española por violento?

— El mismo, *igenerá*. Ahora se dedica a la fotogrametría aérea. Es monárquico hasta decir basta.

— Pues nada, don Curro, adjudicada la misión si no hay más candidatos. Tenemos cuarenta y ocho horas de margen. Si esta operación se retrasa más Sanjurjo deberá ir desde Estoril a Burgos, que es donde tengo previsto instalar el cuartel general. ¿Alguna novedad sobre África?

— Todo bajo control, *igenerá*. Nuestra gente ha roto aguas. Nos acaban de remitir un telegrama sin cifra que dice: «Este Ejército de Melilla, levantado en armas, se ha apoderado de todos los resortes de mando en este territorio. La tranquilidad es absoluta. ¡Viva España!». Parece que lo está enviando a todas las guarniciones de África la Estación Radiotelegráfica Militar de Melilla. ¡Esto pita, *igenerá*!

— Esto, como tú dices, no ha hecho más que comenzar. Venga, a otra cosa.

La fe de los conspiradores consiguió que, en una misma tacada, fuera posible controlar en Marruecos la comandancia general, la delegación del Gobierno, la tropa acuartelada en Melilla y todo el protectorado español. A Manuel Romerales Quintero, general jefe de la Circunscripción Oriental, el más ingenuo entre los jefes del Ejército español, lo detuvo pistola en mano el teniente coronel Seguí vestido con un uniforme que le prestó el teniente coronel de Estado Mayor Darío Gazapo, jefe de la Comisión Geográfica en Melilla, porque los suyos, para no despertar sospechas, seguían en la embajada de España en París, donde había sido agregado militar.

Seguí, con una cara de vinagre que apestaba (y que presagiaba su muerte treinta días después en un pueblo pacense víctima de un atentado), entró en el despacho de Romerales seguido por el teniente de Ingenieros Carlos Samaniego Ripoll y una pareja armada del grupo de Regulares de Alhucemas apuntando a la cabeza cuando aquél hablaba por teléfono con el delegado del Gobierno, Jaime Fernández Gil, sobre el movimiento de armas y tropas que había por la ciudad.

Sus únicas palabras fueron:

— Preso inmediatamente, mi general.

— Pero ¿quién va contra mí? — preguntó desde su infinita candidez el general en jefe.

— Toda la oficialidad de este Ejército — respondió Seguí.

A continuación los golpistas ordenaron al teniente de la Legión Aureliano Bragado que detuviera al delegado del Gobierno en su despacho de la calle Cervantes:

—Dese preso —dijo Bragado con la pistola encañonando al civil.

—¿Qué está pasando, teniente?

—El Ejército se ha sublevado.

Fernández tornó a lívido, se le atraganta la saliva y espata.

—¿Podremos salvar la vida?

—Por supuesto. Éste es un movimiento patriota y no una revolución bolchevique.

El Gobierno primero tiene el runrún y más tarde la certeza de que en Melilla las armas han salido a la calle porque han llegado a Madrid informaciones asegurando que un grupo de jefes y oficiales acaba de rebelarse contra el poder establecido y hay tiros por los viales cercanos al puerto. Para atajar esta gangrena en tiempo y forma el ministro de la Guerra, Santiago Casares Quiroga, presidente a la vez del Gobierno, ha conferenciado con el Alto Comisario, Arturo Álvarez Buylla, que está sesteando en la calurosa tarde africana, y al comprobar que sigue en Babia le suelta una bronca que lo deja lívido.

El ministro ordena:

—Búsqueme ahora mismo, donde sea, al general Gómez Morato, que Melilla está ardiendo.

Media hora después el ministro puede hablar telefónicamente con el mando militar en Marruecos, el general Agustín Gómez Morato, que se encuentra de visita en Larache tomando un refresco en el casino; la tarde africana está haciendo estragos en sus carnes después de un almuerzo copioso. Sin preliminares, Casares pregunta al jefe de los ejércitos en África qué está pasando en Melilla.

—En Melilla... nada —asegura el general sin salir de su asombro.

El ministro, de natural tranquilo y algo flemático, subió el tono.

— ¿No se ha enterado usted? En Melilla se ha sublevado la guarnición.

Gómez Morato se quedó de piedra.

— Ahora mismo, señor ministro, salgo en avión para allí. Le informo en cuanto llegue a la ciudad.

El avión del general aterrizó en el aeródromo de Tahuima cuando la sublevación militar ya no tenía vuelta atrás porque los conjurados copaban todos los puntos estratégicos. Gómez Morato lo comprobó tras ser recibido a pie de pista por un capitán de Regulares apellidado Emperador con la pistola desenfundada.

— ¿Pasa algo, capitán? — preguntó pasmado.

— Pasa que queda usted detenido, mi general, según las órdenes del coronel Luis Solans Lavedán, nuevo jefe de la plaza.

— ¿Se han vuelto todos locos?

— No, mi general. Estamos iniciando un movimiento liberador de la Patria.

— ¿Con qué autorización, capitán?

— Con la que da la razón y el patriotismo.

En Melilla, para esa hora, el teniente coronel Maximino Bertomeu tenía en su poder copias del bando de guerra que los tenientes Rojo y De la Torre, de la Primera Legión, habían impreso bajo sus órdenes en los talleres de la Representación del Tercio, en el Foso de los Carneros. Era tal la prisa que Yagüe, desde Ceuta, había impuesto a sus compañeros sublevados que en el bando por el que se declaraba el estado de guerra se hacía referencia a la obligación de restablecer el imperio del orden dentro de la República no sólo en sus signos exteriores sino también en su

esencia, se nombraba a Franco general jefe de los ejércitos españoles en Marruecos y, también, se advertía: «El restablecimiento de ese principio de autoridad, olvidado en los últimos años, exige inexcusablemente que los castigos sean ejemplares, por la seriedad con que se impondrán y la rapidez con que se llevarán a cabo, sin titubeos ni vacilaciones». A los detenidos Romerales y Gil Fernández no será necesario que nadie se lo recuerde: unos meses después serán fusilados por los rebeldes bajo la fútil acusación de actuar contra la Patria.

Mintiendo -porque en Melilla había resistencia y tiros en algunas calles- el coronel Solans tomó carrerilla y envió a Las Palmas en cuanto pudo un telegrama dirigido a Franco: «Jefe Circunscripción Melilla a comandante general Canarias. Este Ejército, levantado en armas, se ha apoderado en la tarde de hoy de todos los resortes del mando en este territorio. La tranquilidad es absoluta. ¡Viva España! Firmado: Coronel Solans». Francisco Franco se encontraba en un hotel de aquella ciudad con su primo el comandante Francisco Franco Salgado-Araujo, al que todos llamaban Pacón, después de asistir al funeral por la muerte del general Amado Balmes, comandante militar de Gran Canaria (había muerto de un disparo fortuito en el estómago; él, de quien todo su entorno decía que era un excelente tirador, el mejor manejando armas cortas), fallecido cuando probaba una pistola en un campo de tiro, y desde allí respondió con un telegrama que ordenó enviar a los cuarteles generales de las ocho divisiones: «Gloria al Ejército de África. España por encima de todo. Recibe el entusiasta saludo de estas guarniciones que se unen a ti y a otros camaradas de la península en estos momentos históricos. Fe ciega en tu triunfo. Viva España con honor. General Franco».

De forma casi simultánea apareció en Tetuán un manifiesto de Franco –que es difundido machaconamente por la radio local– a través del cual el general llama a la sublevación con estas palabras: «Francisco Franco Bahamonde, general en jefe superior de las fuerzas de Marruecos. Una vez más el Ejército, unido a las demás fuerzas de la Nación, se ha visto obligado a recoger el anhelo de la gran mayoría de los españoles, que veían con amargura infinita destruir lo que a todos puede unirnos en un ideal común: España. Se trata de restablecer el imperio del orden en la República, no solamente en sus apariencias exteriores sino también en su misma esencia [...] El restablecimiento de este principio de autoridad, olvidado en los últimos años, exige inexcusablemente que los castigos sean ejemplares, por la severidad con que se impondrán y la rapidez con que se llevarán a cabo, sin titubeos ni vacilaciones».

La ubicuidad del general que llegaría a generalísimo no quedó ahí ya que en Tenerife surgieron pasquines con un texto que firmaba como comandante general de Canarias a las cinco y cuarto del dieciocho de julio de mil novecientos treinta y seis, en el que después de dar vivas a España y al honrado pueblo español finalizaba con este acápite: «Como la pureza de nuestras intenciones nos impide yugular aquellas conquistas que representan un avance en el mejoramiento político-social, y el espíritu de odio y venganza no tiene albergue en nuestros pechos, del forzoso naufragio que sufrirán algunos ensayos legislativos sabremos salvar cuanto sea compatible con la paz interior de España y su anhelada grandeza, haciendo reales en nuestra Patria, por primera vez, y por este orden, la trilogía FRATERNIDAD, LIBERTAD E IGUALDAD».

Émulo de los ideales de la Revolución Francesa Franco marchó en el Dragon Rapide que sufragaba el empresario y contrabandista Juan March hacia el aeródromo de Sania Ramel, a dos kilómetros y medio de Tetuán y a cinco del mar, ajeno a los cañonazos que los barcos leales a la República, incluso un avión comercial transformado sobre la marcha en bombardero, habían estado disparando contra ciudades de la costa.

Asegurar el aeropuerto no fue materia intrascendente porque el jefe de Sania Ramel, Ricardo de la Puente Bahamonde, primo hermano de Franco, jefe de la fuerza aérea española en África, y que conocía la sublevación en Melilla, dispuso que el aeródromo no capitulase ante los sublevados y bloqueó la carretera que conducía a Tetuán con varios camiones que volcó sobre un puente: había hablado con el Alto Comisario en Marruecos, el capitán de Artillería y piloto Arturo Álvarez Buylla, y éste le aseguró ayuda aérea porque así se lo había prometido el propio ministro de Guerra.

Con este ánimo -y con veinticinco soldados leales (había mandado detener a seis golpistas y los tenía encerrados junto a un hangar)- organizó la defensa de la zona encendiendo teas con gasolina para señalar el aeródromo, mandó colocar cuatro ametralladores sobre una torreta y plantó los vehículos disponibles a los dos lados de la carretera de acceso con los motores en marcha y las luces encendidas. A pesar de todo, la ayuda prometida no llegaba y pasaban las horas en una angustia interminable capaz de procurar el desmayo al soldado más audaz. Poco antes de las tres de la madrugada el comandante De la Puente recibió una llamada del jefe de la sublevación en Tetuán,

teniente coronel Eduardo Sáenz de Buruaga Polanco, que le dijo escuetamente:

—Si no depone su actitud en una hora rodearé el aeródromo con una columna de artillería y una sección de Regulares, y abriremos fuego hasta conquistar la posición.

—¿En nombre de quien me manda usted esa orden, por qué precepto tengo que entregar el aeródromo?

—Se lo repito, si no acata usted esta orden pasaremos a todos por las armas.

Sáenz de Buruaga jugaba de farol porque lo principal en aquellas horas para los amotinados era tomar la pista —sin inutilizar las instalaciones— con el objetivo irrenunciable de que el avión en el que viajaba Franco pudiera aterrizar en Sania Ramel una hora más tarde y pisara el primer bastión de tierra rebelde.

El comandante De la Puente no se echó atrás: organizó la defensa, mandó sabotear los depósitos y el tren de aterrizaje de la media docena de Breguet XIX que estaban estacionados en el aeródromo y resistió las dos primeras oleadas de disparos y morteros, hasta que cayeron heridos tres soldados. Poco después de las cinco de la madrugada, movido por el convencimiento de que el auxilio ofrecido por el ministro no llegaría jamás, sin poder conectar con el alto comisario Arturo Álvarez Buylla —detenido a esas horas de forma humillante por el teniente coronel Eduardo Sáenz de Buruaga, su sucesor en el cargo, y ocho meses más tarde fusilado—, empuñó una bandera blanca y salió del aeródromo para entregar su pistola al capitán de regulares Jacinto Serrano Montaner. Fue detenido y ejecutado dieciocho días después en los arrabales del monte Hacho, en Ceuta, junto a un pino piñonero y de cara al mar, al poco

de haber almorzado una sopa y un vaso de vino, sin que su primo hermano moviese un solo dedo para evitarlo. Francisco Franco Bahamonde se limitó a decir:

— Cuando una guerra es justa, como ésta lo es, todos nuestros soldados son héroes que luchan contra villanos. Aquí no hay compasión, sólo personas que bregan por un ideal superior como es liberar la Patria.

La sublevación en África había triunfado antes de que las sombras de la noche anunciaran el dieciocho de julio. Franco aterrizó en Tetuán la mañana del domingo diecinueve, cuando quedaban rescoldos de resistencia que no iban a durar un par de días y fue recibido al pie del Dragon Rapide por el teniente coronel Sáez de Buruaga, desmedido en efusividad y sonrisas. Juntos viajaron hasta el campamento de Dar Riffien, sede de la segunda Legión del Tercio, jaleados por vítores a España que soltaban las gentes a lo largo del recorrido, y allí el conspirador Yagüe expulsó por su boca el almíbar que llevaba macerando tiempo atrás para la ocasión:

— ¡Legionarios, firmes, aaaarrrrrrrrrrr!, — gritó el militar falangista a la tropa formada.

Dirigiéndose a Franco, que estaba todavía medio dormido, lanzó este alegato:

— Mi general, aquí los tienes como tú los dejaste, fuertes, fuertes hasta lo imposible. Tú, Franco, que tantas veces los llevaste a la victoria, tómalos de nuevo y condúcelos a ella por el bien de España. Legionarios, gritad conmigo ¡Viva España!

— ¡Viva! — se escuchó retumbar por el patio de armas cuando un sol africano comenzaba a calentar el alma de los traidores.

Ese mismo día, el diecinueve de julio de mil novecientos treinta y seis, Franco comenzó a estimular los resortes del único ejército de fuste que había en España; quedaba la misión más difícil, la cual era transportar la tropa hasta la península sin sufrir más bajas que las mínimas de una operación breve, como los conspiradores pretendían. El general tenía los hombres, el espíritu y la voluntad de victoria; faltaba la intendencia de aviones y barcos, materia que había quedado, como otras muchas, a la improvisación del azar.

Discutiendo sobre esta cuestión Franco escuchó al general Kindelán una idea que no le dejó indiferente por su novedad: «Las tropas hay que llevarlas a la península por aire, que es el procedimiento más rápido y el único que permite colocar las unidades cerca de donde se necesiten. Un trasvase de esta naturaleza», dijo Kindelán, «no se ha hecho nunca en Europa, ni posiblemente en el mundo». «Vamos a trabajar en ello», respondió Franco encandilado, «vamos a ponernos ahora mismo el traje de faena, Kindelán».

Por Pamplona, ajeno a los embrollos africanos, el general Mola encargó al director de *Diario de Navarra* la noche del diecisiete al dieciocho de julio que confeccionara en sus talleres quinientos ejemplares del bando por el que proclamaba en la provincia el estado de guerra. El general tenía guardado entre toallas el texto que había redactado a las teclas de la Remington y mandó llamar al periodista para que lo revisara de ortografía y estilo antes de que un linotipista de confianza compusiera, en cien líneas que cuadró a dos columnas de cuerpo siete, título centrado del noventa y seis y subtítulo en bandera, el bando por el que declaró el estado de guerra y que finalizaba así:

Por último, espero de la colaboración activa de todas las personas patrióticas amantes del orden y de la paz que suspiraban por este movimiento sin necesidad de que sean requeridas especialmente para ello, ya que siendo sin duda estas personas la mayoría, por apatía, falta de valor cívico o por carencia de un aglutinante que aunara los esfuerzos de todos, hemos sido dominados hasta ahora por una minoría de audaces sujetos a órdenes internacionales de índole varia, pero todas igualmente antiespañolas. Por todo ello termino con un solo grito que deseo sea sentido por todos los corazones y repetido por todas las voluntades: ¡VIVA ESPAÑA!

Pamplona, 19 de julio de 1936

El General,

EMILIO MOLA

Raimundo García hizo dos correcciones de estilo y suprimió una coma; el general se lo agradeció cuando marchaba, escaleras abajo del caserón de Capitanía, camino del periódico.

—Lo más importante ahora —dijo— es que este bando se confeccione por persona de confianza y se imprima sin que ningún trabajador de sus talleres lo descubra. Tengo preparado otro pasquín que ha de salir de Pamplona hoy mismo para las provincias limítrofes y que todavía he de corregir; en cuanto esté preparado se lo haré llegar. ¿Podrán ustedes con los dos trabajos, será posible la discreción?

—No se preocupe, general. Hay personas de confianza en nuestra empresa que saben componer en la lino-

tipia y poner en marcha una Minerva. Yo le aviso en cuanto estén los ejemplares impresos.

– Tinta negra, claro.

– Tinta negra sobre papel caqui.

– Vamos a ver si localizamos un par de resmas de ese color, aunque sea la hora que es y estemos a viernes.

– Agradecido, don Raimundo. No sé qué hubiera hecho yo en esta ciudad sin usted.

– Y los españoles sin su generoso patriotismo, general. Ambos trabajamos para un mismo objetivo: devolver la dignidad a España.

Hasta las seis de la mañana del diecinueve de julio, festividad de las santas Justa y Rufina, vírgenes, mártires y béticas, Emilio Mola vive a sorbos de café cargado y del humo que él, y todos los que le rodean, insuflan en los pulmones. Su despacho, como el del gobernador civil, Mariano Menor, es un hervidero: las noticias que llegan a Capitanía, especialmente las de Marruecos, que son ya de dominio público, devienen obuses que van cayendo sobre los ánimos de las gentes locales del Frente Popular (Bengaray, Osácar, Félix Goñi, García Larrache, Salinas...) que están reunidos sin saber qué hacer, con tanto miedo en el cuerpo como vergüenza, en un salón del Gobierno Civil, pegados al teléfono y a la radio. Tan sólo, ya entrada la mañana del dieciocho, santa Marina, gallega y mártir, el comandante de la Guardia Civil, José Rodríguez Medel, aporta un rayo de esperanza entre tanto pesimismo de congoja.

– El general Pozas, nuestro director general, acaba de llamarme y ordena que acuartele a mis hombres y que permanezcan vigilantes. Dice que una parte del Ejército se

ha sublevado en África pero que el Gobierno ya ha enviado barcos de la Armada para controlar la situación y van a salir tropas y bombarderos desde el aeropuerto de Tablada para sofocar la rebelión. Sus últimas palabras han sido: Resistan por todos los medios porque la vuelta a la normalidad es cuestión de horas.

— ¿Qué piensas hacer? — pregunta el gobernador.

— Cumplir las órdenes y estar vigilantes hasta el extremo que sea necesario. Desde hace semanas en la comandancia están anulados los permisos, los viajes y las vacaciones. La guarnición sabe que llegan horas difíciles porque el enfrentamiento va a ser inevitable. Es más, a la vista de que en Pamplona está todo copado he propuesto al general Pozas que toda la fuerza de la comandancia se desplace al puesto de Tafalla. Y es lo que voy a hacer.

— ¿Cuándo?

— Hoy mismo, por la tarde a más tardar.

Ramón Bengaray, que puede escuchar sin esfuerzo el silbido de la balas que lo van a dejar seco unos días después, fusilado en los fosos de la Vuelta del Castillo junto a su hermano Francisco, al igual que Goñi, el secretario de Izquierda Republicana, pide la palabra.

— Nosotros resistiremos pero ¿qué hace el Gobierno? ¿Quién nos va a ayudar?

— Si paramos el primer golpe, como así lo espero, el general Pozas me ha asegurado que el Gobierno tiene medios para controlar la rebelión — responde Rodríguez Medel.

— El Gobierno está en Madrid. Nosotros en Pamplona, casi cercados.

— Mientras yo sea el comandante de la Guardia Civil en esta plaza nadie, ni el Ejército ni los carlistas, por

muchos que digan ser, podrá suplantar al poder legalmente establecido. Empeño la palabra y mi propia vida en ello. Tendrán que matarme a mí y a mis guardias si quieren sacar adelante sus planes golphistas; debemos resistir y es lo que vamos a hacer. Voy para el cuartel y si alguno tiene miedo que venga conmigo; la comandancia es lugar seguro.

Mola tiene el viento soplando a su favor desde primeras horas de la mañana del dieciocho, algo que es interpretado por su entorno como la confirmación de que la sublevación marcha y lo hace conforme a las previsiones. Saben los conspiradores que en África son dueños de aeropuertos, puertos, la Legión y los Regulares, que Franco está a punto de llegar a Tetuán; que la primera fase, la extrapeninsular, ha cumplido sus objetivos. Tan crecido está el Director que hace unas horas, de madrugada, ha llamado al general jefe de la IV División, en Barcelona, Francisco Llano de la Encomienda, y le ha dicho que se va a sublevar con un plan que consiste en marchar sobre Madrid con las tropas de la divisiones V, VI y VII mientras Franco hace lo propio desde el sur.

—¿Cuándo — pregunta Llano.

—En el momento oportuno.

—Reflexiona, Emilio. Quiero recordarte que he defendido y defenderé el poder legítimamente constituido, y no voy a cambiar ahora de opinión. Reflexiona porque esto que acabas de mencionar es muy grave.

—Está todo decidido — contesta el Director.

Mola sabe qué está haciendo y no es otra cosa que mandar al jefe de la IV División un mensaje para que se lo transmita al Gobierno, en la capital de España: o capitula, y se ahorrará la sangre de muchos, o que se atenga a las con-

secuencias porque mañana comienza una marcha, desde el norte y el sur, con columnas motorizadas, que rodeará Madrid si antes los propios insurgentes no se han hecho con el control de los principales cuarteles de la provincia, como muchos de los golpistas esperan. Pero el Gobierno, en Madrid, está a verlas venir y minusvalora la fuerza real de la asonada hasta encabritar todavía más a sus promotores. El propio Emilio Mola lo acaba de decir a su equipo de colaboradores:

—Se van a enterar estos ablandahigos de Madrid de lo que es una batida en condiciones de nuestro Ejército.

Entre cafés y humo el general cosecha otro buen anuncio. Los ruidos con los que Pamplona ha despertado esa mañana provenían de los motores que tres aparatos Breguet XIX, que habían despegado de la base de Getafe y, desobedeciendo las órdenes que tenían de dirigirse a los Alcázares para cargar munición y bombardear Melilla y Tetuán, han girado al este hasta aterrizar en el aeródromo de Noáin, a seis kilómetros de la ciudad. Los pilotos Salas, Taso y Alonso de Pimentel, una vez en tierra, han pedido a un grupo de falangistas que estaba de guardia en Noáin que les conduzcan hasta el cuartel general de Mola porque se suman a la sublevación.

—Mi general —dice el capitán Ángel Salas Larrazábal enseñando las órdenes escritas que ha recibido— hemos desertado de nuestra patrulla aérea para sumarnos al movimiento salvador que usted encabeza. Tiene usted los primeros aviones del Ejército sublevado.

—¿Cómo está la situación en Madrid?, pregunta Mola sin atender los documentos que exhibe el aviador.

—Muy confusa, mi general.

En esta conversación el general recibe noticia de que el gobernador civil quiere conferenciar con él.

—Venga, Mariezcurrena, pase usted la llamada.

—General —dice Mariano Menor— le llamo para informarle de que tres aparatos de nuestra aviación militar han aterrizado en Pamplona desoyendo las órdenes recibidas de sus superiores. Los pilotos están en paradero desconocido pero he puesto el hecho en conocimiento del ministro y he recibido la orden de destruir los aviones.

Mola reacciona con la rapidez de reflejos que proporciona vivir esperando que lleguen noticias.

—Pero hombre, don Mariano, destruir tres aviones es una barbaridad porque en cualquier momento pueden ser útiles a los intereses de la nación. Admito que sus hombres los inutilicen temporalmente, pero de ahí a destruirlos hay un gran paso. ¿No opina usted igual?

—No lo había pensado hasta ahora, pero lo voy a considerar. Por cierto, ¿sabe usted algo de lo que está pasando en África? ¿Le ha llegado a usted alguna noticia que quiera comentar?

—Estará usted mejor informado que yo, señor gobernador. Este es un edificio sin mucho contacto con el exterior.

—Me han dicho en el Ministerio que en algunas guarniciones de África se ha producido un chispazo.

—Ah, bueno —responde Mola distraído. —Si es un chispazo, como usted dice, eso se controla rápido.

El gobernador, a continuación, llama al jefe de la Guardia Civil y le ordena que mande efectivos al aeródromo con conocimientos de mecánica para que procedan a desmontar las hélices de los tres aparatos. Rodríguez Medel encarga esta misión al capitán Domingo Auria Lasierra,

sin percatarse de que es el felón de la comandancia, el tapado, porque viene siendo el contacto de los guardias con el coronel García Escámez, además de su dedo acusador. Auria, que ya sabe por qué están los aviones en Noáin, manda desmontar las hélices, que quedan apiladas en el hangar del aeródromo bajo la vigilancia discreta de un grupo de falangistas que lleva varias horas apostado en la zona, con dos coches, sin que a los guardias esta presencia les infunda sospecha alguna.

Es ya media mañana y el general Mola tiene una única preocupación: los cuatrocientos cuarenta y nueve pasos que dista la comandancia de la Guardia Civil del palacio de Capitanía y la forma de controlar el cuartel sin hacer carne. Tal es la desazón que hace llamar a don Curro y entre ambos convienen que la fórmula más efectiva es contar a Rodríguez Medel que el Ejército se va a sublevar mañana en Pamplona, como lo está haciendo en otras partes de España, y pedirle que se sume al levantamiento. García Escámez insiste ante su general que si el jefe de la Guardia Civil ignora la advertencia, alguno de sus oficiales le impedirá por la fuerza que movilice a los guardias.

—¿Estás seguro de que la comandancia no será un grano que se nos enquisté?

—Totalmente seguro, *igenerá*. Tanto como que ahora es de día y estamos a dieciocho de los corrientes. Voy a ser claro: el capitán Auria ha sido mi contacto en la comandancia desde que llegué a Pamplona, y me asegura que tiene controlada la tropa y que con él están varios oficiales más. Antes de movilizar a los guardias contra el movimiento que preconizamos Auria dice que el teniente coronel será anulado. Son sus propias palabras.

—¿Cómo? Mira que a mí, que soy hijo del cuerpo, no me gustaría que en un cuartel de los guardias hubiese un tiroteo...

—Eso no lo he preguntado, pero lo supongo igual que tú, *igenerá*: o por las buenas o por las peores. A mi entender no han de pasar muchas horas antes de que averigüemos qué procedimiento han escogido.

—Voy a pedir la conferencia con Rodríguez Medel.

Capitanía era un hormiguero por el que iban desfilando personajes que estaban en la trama y querían dejarse ver en horas que consideraban tan solemnes. Hasta dos militares en el retiro, a los que la policía llevaba siguiendo las pisadas los meses que llevaba el año, los tenientes coroneles Rada y Utrilla (éste último había sido detenido en la última visita del director general de la Seguridad del Estado y puesto en libertad dos días después), fueron al despacho de Mola para rendir pleitesía y recibir la primera orden para el carlismo en guerra.

—Mañana, diecinueve, a las siete, en la plaza del Castillo. Está previsto que a esa hora del cuartel del Batallón de Montaña salga una compañía con bandas y cornetas para proclamar el estado de guerra. Desde ese momento la plaza se convierte en el patio del gran cuartel que será Pamplona y confiamos ver a las fuerzas carlistas llegar en formación —dijo el coronel García Escámez.

—Allí estará el Requeté como un solo hombre, —respondió Rada.

—Estamos preparando la composición de las columnas y en dos días sabremos a qué lugares han de marchar. Sólo esperamos ver qué guarniciones del país dan el paso al frente y se colocan del lado de los patriotas. A partir de ahí comenzará la movilización de la tropa.

—Mañana a las siete el Requeté estará a lado de su Ejército, mi coronel.

Cuando el general Mola estaba dando el último repaso a un nuevo bando por el que decidía asumir el mando militar, no sólo en Navarra sino en Guipúzcoa, Álava, Vizcaya, Santander, Burgos, Logroño y Palencia, sonó el teléfono.

—El general Mola al aparato.

—Mi general, llaman desde la comandancia de la Guardia Civil. Dicen que el teniente coronel Rodríguez Medel quiere parlamentar con usted.

—Páseme la comunicación.

El general Mola pidió silencio a sus colaboradores.

—Dígame.

—General, soy el teniente coronel...

—Sí, sí, Rodríguez Medel, dígame.

—Me informan de que quiere tener una conversación conmigo esta mañana.

—Así es. Me gustaría que nos viéramos en mi despacho de Capitanía, donde ahora me encuentro.

—No sé si va a ser posible, mi general.

—¿Por qué?

—Creo que usted y los carlistas preparan un golpe contra el Gobierno.

—No se crea nada que yo mismo no le cuente. Para eso le he llamado.

—Déjeme que lo piense y llamo más tarde.

—Como usted guste.

—Buenos días, mi general.

Al acabar la conversación el comandante Fernández Cordón informó a los presentes de que en Burgos un gru-

po de militares encabezados por el general retirado Fidel Dávila acababa de apoderarse del Gobierno Civil y de que en Zaragoza el general Cabanellas ha conversado con el general Núñez de Prado, enviado desde Madrid como nuevo inspector general del Ejército para sondear el ambiente, y después ha ordenado a oficiales leales a la sublevación que lo detengan (de allí saldrá con los pies por delante en una caja de madera de pino). Para el grupo que estaba recluido en el despacho de Mola coordinando el movimiento conspiratorio no podía haber mejores noticias.

En ésas estaban cuando el capitán José María Atauri, jefe de la Guardia de Asalto en Pamplona, llamó por teléfono.

—He conversado con el teniente coronel Rodríguez Medel —comentó al coronel García Escámez— y me ha dado su palabra de honor asegurando que antes del almuerzo pasará por Capitanía. Llamo para que el general lo sepa y estén preparados.

—Por lo que me dice parece que tema usted que venga con una sección de guardias...

—No, no, no se trata de eso, coronel. Lo que sucede es que, con él fuera de la Comandancia, mis gentes y algunos oficiales de la Guardia Civil que nos apoyan podríamos dar un golpe de mano.

—Espere un momento, Atauri.

El coronel consulta con Mola el mensaje que acaba de escuchar, pero el general hace gestos con la cabeza que indican un no rotundo.

—Capitán, petición denegada. Siga usted en contacto. Buenos días.

—A sus órdenes, mi coronel.

Los conspiradores se preparaban para almorzar cuando recibieron el aviso de que el teniente coronel Rodríguez Medel estaba en la garita de guardia con su coche oficial y pedía permiso para entrar hasta el patio. Mola ordenó a García Escámez que bajara a recibirlo y pidió a sus colaboradores que abandonaran el despacho. Al poco don Curro se presentó ante Mola seguido por el jefe de la Guardia Civil.

– Mi general, buenas tardes, por decir algo. Hoy no es un buen día para nadie.

– Buenas tardes, teniente coronel. ¿Piensa usted que no es bueno por alguna circunstancia en concreto?

– Usted lo debe de saber mejor que yo, mi general. El rumor ha dejado de ser rumor y ya está la noticia: las guarniciones de Melilla se han sublevado y supongo que no van a ser las únicas.

– Exacto, así va a ser y por eso le he llamado. ¿Cree usted que el Ejército debe permanecer de brazos cruzados ante las agresiones, poner la otra mejilla per saecula saeculorum? De lo contrario, ¿cómo se arregla esta situación prerrevolucionaria que vive España?

– No es misión de este teniente coronel, mi general, dar soluciones de carácter universal. Mi trabajo es que los guardias a mis órdenes en Navarra cumplan con su misión, que no es otra que preservar el orden público, proteger bienes y personas dentro del ordenamiento constitucional. Lo demás, la cosa política, corresponde al Gobierno. Le recuerdo que los actuales gobernantes llevan tan sólo cinco meses ejerciendo sus funciones y en ese periodo de tiempo no es posible atajar los males de España.

– Voy a ser muy claro, teniente coronel Rodríguez Medel, porque el tiempo no nos sobra a ninguno de los

dos: el Ejército a mis órdenes se va a sublevar mañana porque no es posible aguantar tantos ataques a la Patria. Por el bien de la nación hay que decir basta. Quería hablar con usted para que se sume a este movimiento patriótico que vamos a iniciar por toda España.

—¿Quiere usted que me subleve contra el orden establecido, contra las leyes de la República, contra la Constitución?

—Le estoy proponiendo que se una a la lista infinita de patriotas que han decidido cambiar España.

—Mi general, he prometido fidelidad al poder establecido y a la Constitución. No puedo admitir que un grupo de militares se subleve e intente por la fuerza cambiar el orden constitucional.

El general Mola encoge la faz y se le hincha la vena que recorre su frente.

—Pero qué orden ni qué orden. ¿Orden es los muertos y asesinatos, las iglesias quemadas, las huelgas, el desorden, el comunismo, la revolución anarquista? ¿De qué orden habla usted, teniente coronel?

—Me temo, mi general, que hablamos idiomas distintos. Yo he prometido fidelidad y respeto a la Constitución, y de ahí no me pienso mover. Ni yo ni mis guardias de las compañías de Navarra; eso también quiero que lo sepa.

—¿Va usted a usar la fuerza?

—Voy a defender la legalidad. Si es necesaria la fuerza, con la fuerza.

—Está usted sólo en esta provincia.

—Sólo o en compañía, las leyes son leyes para todos; para quienes somos servidores públicos con más motivo.

—Creo que no hay más que hablar. He querido que usted, como compañero que hemos sido de armas, tuviera la oportunidad de estar del lado de quienes anteponemos la Patria a cualquier objetivo personal y no queremos ver a España cayendo en las garras de un comunismo aniquilador. Esto era cuanto tenía que comentar. Nada más que añadir. Buenas tardes.

—¿Me va usted a detener, mi general?

—No era ése el objetivo de esta charla. Puede usted salir cuando le convenga.

—Ahora mismo.

—Sea.

Rodríguez Medel marcha de Capitanía con la certeza absoluta de que sus guardias han de abandonar Pamplona antes de que las tropas de Mola, y los carlistas, tomen la ciudad, y ordena al chofer que lo lleve hasta el Gobierno Civil para dar traslado a Mariano Menor del contenido cabal de la conversación que acaba de mantener con el jefe militar de la plaza. El gobernador continúa en su despacho acompañado de correligionarios del Frente Popular que discuten, en cónclave, y se acaloran sin encontrar la forma de parar el cataclismo que ven cernir sobre sus cabezas para dentro de una horas si no llega antes el milagro que el Gobierno, desde Madrid, anuncia pero no concreta.

El jefe de la comandancia de la Guardia Civil ha comunicado al sanedrín del gobernador que sus guardias van a abandonar la ciudad a media tarde para tratar de afianzarse en Tafalla, a menos de treinta kilómetros al sur de la capital, donde pueden resistir mejor un ataque del Ejército mientras ganan el tiempo que desde Madrid reclaman. Menor está de acuerdo y con resignación pide a

sus correligionarios que abandonen el despacho y procedan como mejor convenga a cada uno porque, a la vista de las informaciones que ya disponen, la suerte parece que está echada y resulta inútil hacerse el héroe en la ciudad, so pena de tener madera de mártir y estar dispuesto al sacrificio. Voluntariamente, no es el caso.

—Señores —dice con los ojos encharcados —salgan de este edificio para ser útiles al Gobierno y a la República; aquí no queda nada por hacer. Yo permaneceré en el despacho porque es mi obligación, hasta que no reciba otras órdenes.

Después de insuflar aire grita con vehemencia:

—¡Viva la libertad, la democracia y la República!

—¡Viva!, —responden todos.

Sin que dieran las cuatro de la tarde, recién acabado un almuerzo de ensalada y pechugas de pollo que llegó desde la fonda Marceliano en tres cazuelas, el general Mola recibió un aviso del director de *Diario de Navarra* en el que, por persona interpuesta, le comunicaba que el bando de proclamación del estado de guerra en Navarra estaba impreso y listo para ser entregado donde procediese, y requería información sobre nuevos trabajos de ese tipo, si los hubiera. Mola ordenó al coronel García Escámez que fuera en persona hasta el edificio del periódico para recoger los pasquines y, de paso, entregara un segundo texto, que debía componerse de igual forma, tamaño, papel y tinta, por el que el general ampliaba su radio de acción y proclamaba el estado de guerra en Burgos, Santander, Guipúzcoa, Álava, Vizcaya, Navarra, Logroño y Palencia, un cuarto del territorio español.

La redacción de este nuevo bando era custodiada por el propio Mola en un bolsillo del uniforme y había sido objeto de numerosas correcciones y enmiendas porque el general, en nueve artículos, pretendía dar a conocer todo el argumentario de la sublevación y marcar las líneas de la asonada sin dejar resquicio a la duda (el punto sexto, puestos a reprimir, prohíbe la formación en la vía pública de grupos de más de tres personas; el bando dejará sin salir a la calle a los matrimonios con dos o más hijos). «Ordeno y mando la proclamación del estado de guerra», dice la amonestación después de hacer saber que el fundamento de la sublevación radica en el apocalipsis: «Que por exigirlo imperiosa, ineludible e inaplazablemente por encima de otra consideración la salvación de España, en trance inminente de sumirse en la más desenfundada situación de desorden, he resuelto asumir por mi autoridad el mando de las provincias... en las que queda a partir de este momento declarado el estado de guerra».

Don Curro llegó a la sede de *Diario de Navarra*, revisó el primer bando, exhibió el texto del segundo y pidió a Eladio Esparza que se compusiera e imprimiese a continuación, ya que los pasquines debían ser distribuidos en las provincias afectadas dentro de un par de horas a lo sumo.

—¿Número de ejemplares? —preguntó el subdirector del diario.

—Buena pregunta —respondió García Escámez. —No tengo indicación alguna del general. Pero pongamos... quinientos.

—Mejor, pongamos mil —indica Esparza. —La tirada es lo que menos cuesta. Lo importante es la redacción del original, que vaya sin una sola falta ni de ortografía ni de composición.

— ¿De cuánto tiempo hablamos, Esparza?

— Si todo va bien, de un par de horas. Una para fundir los tipos y hacer la caja y otra para ajustar la Minerva e imprimir. Si usted se espera puede volver a Capitanía con los ejemplares en tres o cuatro paquetes.

— Mejor regreso ahora con el bando para Navarra y mando al capitán Barreda dentro de dos horas. En Capitanía hay mucho tajo.

— Como quiera.

En tanto llegan los ejemplares que dan aspecto formal a una sublevación en regla un ayudante del general Queipo de Llano, el comandante César López Guerrero, ha logrado llamar telefónicamente desde Sevilla para informar de que el inspector general del cuerpo de Carabineros, con el atrevimiento que acostumbraba en su actuar, sin disparar un solo tiro dentro de edificios militares, controlaba ya los acuartelamientos de la ciudad, había detenido a la cúpula de la División y tenía previsto dirigirse por radio a la población con un mensaje muy simple: queda declarado el estado de guerra y quien se oponga, se declare en huelga, tenga armamento o circule a partir de las nueve de la noche será pasado por las armas.

El paternalismo de Queipo, sin embargo, se escapa en el último párrafo del bando que el capitán Rodríguez Tresellas ha leído esa tarde en la puerta del edificio de la Compañía Telefónica para dar cuenta del nuevo estado de la ciudad: «Espero del patriotismo de todos los españoles que no tendré que tomar ninguna de las medidas indicadas en bien de la Patria y de la República. El general de la División, Gonzalo Queipo de Llano». La llamada de López Guerrero, que se corta sin terminar de explicar la situación

a orillas del Guadalquivir, es recibida en Capitanía con aplausos y vítores como si Queipo de Llano fuese un torero en tarde de gloria y Mola, que rebosa satisfacción aunque no se refleje en los pliegues de su rostro, no puede por menos que soltar un comentario en voz baja a don Curro:

—Es el más osado y el único capaz de tomar una ciudad andando al paso. Será un inconsistente o un chisgarabís, como dicen algunos, pero a ingenio para salir a flote no le gana nadie. No sé cómo se llevará con los carlistas, él que siempre ha sido tan republicano...

Cuando Barreda llegó con el bando para provincias el general Mola, que ya tenía prevista su distribución, ordenó que salieran los coches de Maíz y Eúsa para las rutas conocidas de antemano: uno distribuiría ejemplares a los correos en Logroño y Soria, el otro en Vitoria y Bilbao (y desde allí al resto de capitales), porque a San Sebastián se mandaron en autobús de línea por las gentes de Martínez Erro, habitadas a utilizar ese medio de transporte para otros menesteres relacionados con su propia organización. Al general le preocupan, sobre todo, Bilbao y Logroño, pero habida cuenta de la marcha meteórica en África y de la sorpresa sevillana considera que la suerte está tan escorada hacia su lado que, pase lo que pase en Madrid o Barcelona, el triunfo de la asonada es cuestión de días, quizá de unas pocas semanas. No más. Así lo comenta de viva voz cuando, inesperadamente, por los pasillos del caserón se oyen pasos, voces, gritos, barullo, bochinche. Mola, instintivamente, se echa mano a la funda de la pistola y se produce un silencio que queda roto por dos golpes de nudillos en la puerta del despacho, sede de la plana mayor de la conspiración.

—Pase quien sea — responde Mola.

Al abrirse la puerta aparecen tres guardias civiles que preceden al capitán del cuerpo Domingo Auria, la antena del coronel García Escámez.

—¡Viva España! — grita el brigada de la Benemérita Serapio Nuin levantando los brazos al cielo.

—¡Viva! — responden todos.

El capitán se cuadra, saluda dejando ver hileras de sudor por los costados y pide la palabra:

—Mi general: la comandancia de la Guardia Civil está ya al servicio de España. El teniente coronel Rodríguez Medel ha muerto y el cuartel espera instrucciones para ponerse junto a los salvadores de la patria, a la vanguardia de sus tropas.

—¿Muerto el teniente coronel Rodríguez Medel? — pregunta Mola con cara de susto.

—Muerto de dos disparos, mi general.

—¿De quién?

—Fuenteovejuna, mi general. Todos a una — responde el capitán Auria.

—Tome asiento y cuéntenos, capitán. ¿Quiere agua o café?

—Las dos cosas mi general, que vengo seco como la mojama.

El relato del capitán Auria interesa a los conspiradores pero no tanto como el resultado final de la operación: en el camino de lo que los conspiradores consideran liberar España hay una piedra menos en el zapato, como acaba de señalar el comandante Fernández Córdón.

—Ya no hay cuatrocientos cuarenta y nueve pasos hasta el peligro, mi general — comenta su ayudante. — Des-

de ahora contamos con una línea recta que une la dirección de este movimiento regenerador de la Patria con un cuartel en donde lo único que esperan sus oficiales son las órdenes para luchar allá donde designe el mando.

— En media hora vamos para la comandancia — con-signa Mola.

El teniente coronel Rodríguez Medel, al poco de comer en solitario —su esposa e hijos seguían viviendo en Madrid— ordenó a la plana mayor de la comandancia reunirse en su despacho para dar cuenta de los planes que tenía si la rebelión de Mola, como todo parecía indicar, estallaba en cuestión de horas. Rodríguez acababa de conferenciar con su director general, Sebastián Pozas, y había recibido la orden expresa de no ser cazados como ratones en el cuartel por quienes se sublevaran contra el orden constitucional, para lo cual debían de abandonar Pamplona camino de una comandancia donde pudiera mover los efectivos.

Ese punto era Tafalla, ciudad de tres mil habitantes sin guarnición militar y con tradición de lucha obrera, y allí debería de trasladarse todo el armamento de Pamplona, los medios de transporte, la documentación administrativa y contable, la caja con los fondos monetarios y toda la fuerza disponible. Ése era el plan que Rodríguez Medel comunicó al comandante José Martínez Frieria, su segundo jefe, que había llegado a la ciudad en comisión de servicio ocho días atrás, y a los capitanes Ricardo Fresno y Domingo Auria. Éste escuchó todos los pormenores del guión: recoger el armamento, cargarlo en camiones, reunir a los guardias y salir de la ciudad sin meter ruido, pero cuando recibió el aviso de formar la tropa para las siete de la tarde mandó llamar a los hermanos Francisco y Manuel Nuin Mutilva, alféreces y

de paso en el cuartel, ya que el primero estaba destinado en Asturias y el segundo en expectativa de destino por haber ascendido dos semanas atrás, y les puso en antecedentes de las órdenes que había recibido para esa tarde.

—No podemos consentir que ni las armas ni los guardias salgan de Pamplona —dijo Auria. —Los guardias nos seguirán si ven que Navarra entera está al lado del general Mola y de su Ejército.

—Dice nuestro hermano Serapio —comentó Manuel Nuin— que hay algunos guardias dubitativos pero que mayormente están todos a favor de apoyar al Ejército. Y aunque así no fuera, aunque toda la comandancia estuviera apoyando al teniente coronel, si se descabeza al grupo aquí no habrá quien rechiste. La cuestión es: ¿cómo lo hacemos?

—No dejando que el teniente coronel se salga con la suya. Si hay que usar las armas, con las armas.

—¿Hay otra manera?

—Retenerle en su despacho y desobedecer las órdenes —indica Francisco Nuin. —Si mis guardias me hubiesen quitado la pistola en Asturias porque deciden sublevarse, un suponer, a mí me dejan desnudo frente a todos. Aquí podemos hacer lo mismo.

—El teniente coronel no se separa un paso ni del comandante Martínez ni del capitán Fresno. Tampoco de su chófer. Hacerlo como dices supondría arriesgar demasiado, porque un movimiento en falso supone llevarse un tiro entre las cejas.

—Entonces no queda otro remedio que anular al teniente coronel con plomo. ¿O no? —pregunta Francisco Nuin.

— Con plomo y sin riesgo por nuestra parte, matiza el capitán Auria. Yo me encargo de Martínez y de Fresno. Vosotros, mezclados con los guardias, del teniente coronel.

— Vamos a proponérselo a Serapio, que es quien más contacto tiene con ellos.

Como había previsto el teniente coronel Rodríguez Medel, al declinar la tarde mandó formar los efectivos de la comandancia después de cargar en media docena de camiones —que estaban estacionados en la plaza de San Francisco orientados al sur— el armamento de la casa cuartel. En el zaguán del patio del acuartelamiento, una vez formada la tropa, dio la orden de salir en formación y dirigirse a los furgones casi al mismo tiempo que una voz ronca preguntó desde el fondo del patio:

— ¿A dónde nos manda, mi teniente coronel?

— A donde sea. Silencio y en formación —respondió Rodríguez Medel sin mirar para atrás, ya camino de la calle

— De aquí no se mueve nadie, respondió la voz.

El teniente coronel no se inmuta por la amenaza y gira un cuarto a su derecha para sacar la pistola, una Astra 300 del año veintiuno, mirando de reojo al comandante Martínez. Con la mano en la empuñadura le sorprende la parca porque dos guardias que esperan con el dedo suelto, al unísono y por la espalda, disparan sus máuseres y el jefe de la comandancia cae al suelo desplomado y muerto, sangrando por el tronco como si le hubiesen abierto en canal el grifo de la incontinencia, y queda tirado en el zaguán sin que nadie se atreva a dar un paso de socorro. El capitán Auria, en la confusión que produce el desplome de su jefe, detiene pistola en mano a Martínez Frieria y a Fresno, y desde el fondo aparecen los hermanos Nuin dando el grito de ¡Viva Espa-

ña!, que nadie responde por el temor del momento. Auria, aprovechando el silencio del miedo, ordena a los guardias:

—Deshagan la formación. Cada uno a su puesto hasta que llegue la nueva autoridad.

El cuartel de la Guardia Civil deja de ser un problema para los sublevados cuando el capitán Auria conduce a los dos oficiales leales al asesinado Rodríguez Medel y a su chófer hasta el despacho del jefe del puesto y allí, desarmados y las muñecas sujetas con cordel de esparto, quedan bajo la vigilancia de Francisco Nuin y dos guardias de facial renegrido que bien pudieran ser los autores de los disparos. De nuevo en el patio Auria localiza al brigada Serapio Nuin y en compañía de dos números que siempre le han sido leales marchan los cuatro para el palacio de Capitanía porque quiere ser él quien ofrezca al general Mola la cabeza de su jefe en bandeja de plata, el primer interfecto que el movimiento se va a cobrar en Pamplona antes de que se haya proclamado siquiera el estado de guerra.

A Mola la muerte de Rodríguez Medel le produce un alivio proporcional a la satisfacción que lleva por las noticias que va recibiendo desde África y con esas alforjas de entusiasmo prepara una expedición para tomar posesión de un cuartel ajeno a su jurisdicción pero clave en sus planes. Por Capitanía se encuentra el coronel Alfonso Beorlegui –avisoado como tantos y tantos para que se desplace a lugar seguro porque el movimiento es cuestión de horas– para quien Mola tiene una primera misión efímera que se la comunica cuando ambos, en compañía de García Escámez, Fernández Córdón, Moscoso y Vicario llegan hasta la comandancia de la Guardia Civil, en cuya puerta, boca abajo y empapado en sangre espesa, junto a la acera, está el cuerpo de su último jefe, el teniente coronel Rodríguez Medel.

Mola ordena que cubran el cuerpo del difunto con mantas y allí mismo nombra a Beorlegui jefe de la fuerza pública de Navarra, con mando sobre la policía, los guardias civiles y los de asalto. Después encarga a su ayudante que el comandante Martínez Frieria y el capitán Fresno sean conducidos hasta la prisión militar y luego al fuerte de San Cristóbal –de allí, cinco semanas después, saldrán para ser fusilados– y antes de marchar para Capitanía ordena a Beorlegui dos cuestiones: que el cadáver de Rodríguez Medel sea trasladado hasta la morgue y que se dirija al Gobierno Civil para dar conocimiento al señor Menor de que la magnanimidad de los insurgentes ha tocado su puerta por primera y última vez, puede abandonar la ciudad ahora mismo merced a la indulgencia de los alzados en armas. Si, por el contrario, hace caso omiso de la bagatela y decide resistir, lo probable es que sea fusilado esa misma noche.

–Que él mismo elija –dice Mola ajustándose las gafas.

Acto seguido el general manda formar los guardias en el patio y les salpica una arenga patriótica en la que repite una síntesis de las proclamas que tiene previsto dirigir a la opinión pública en los próximos días, que acaba con vivas a España que los guardias, como si hubiesen ensayado la escena, repiten con más vivas al general y al Ejército que representa. Con la satisfacción rebosando por todos los poros de la piel Mola y su séquito vuelven cuatrocientos cuarenta y nueve pasos para atrás y regresan a Capitanía, donde hay un murmullo de comunicaciones que el soldado Mariezcurrena no es capaz de controlar así fuera un pulpo y tuviera doscientas manos. Él mismo se encarga de hacérselo saber a Mola en su despacho.

—Mi general, todo Cristo quiere hablar con usted, pero yo no puedo atender tanta llamada. Usted entra, sale y me estoy volviendo tarumba.

—Resista, Mariezcurrena, que es cuestión de horas.

—Si no es por resistir, que para eso estamos, mi general. Es que usted no va a poder conferenciar con todo el que llame. Ésa es la martingala.

—Me vale con que usted conecte con quien yo le diga. Con eso vale.

—Hay un general, que se llama Batet, que ha llamado tres o cuatro veces pero no he podido localizarle a usted para que conferenciase con él.

—No se preocupe. Volverá a insistir.

—A sus órdenes, mi general.

Va pasando la tarde y continúan llegando informaciones que reconfortan a la pléyade de conspiradores que se agolpan por todas las estancias del palacio de los Reyes. Primero Queipo, que no sólo se ha hecho con el control militar de Sevilla sino que domina las comunicaciones y hasta la radio (acaba de lanzar por las ondas su primera filípica, metiendo miedo en el cuerpo a casi todo el mundo), luego Burgos, más tarde Valladolid, después Zaragoza, al punto Vitoria, donde el teniente coronel que manda el batallón de Flandes, Camilo Alonso Vega, ya tiene ejemplares del bando de Mola y, de común acuerdo con el general García Benítez, ha hecho público que se suman a la rebelión. De Madrid y Barcelona nada se sabe pero qué importa eso ahora.

Hasta los carlistas se están dando cuenta de la baraka del general conspirador y uno de sus mandos militares ha enviado a las puertas del palacio de Capitanía una compañía con cornetas y tambores que da guardia al edificio y a los in-

quilinos, que siguen entre papeles, telegramas, despachos con la clave SDD, heliogramas, llamadas, platos de comida, pucheros con café de calcetín y un humo espeso como el hollín que va invadiendo todo el caserón. Hace mucho calor pero Mola ha ordenado que, por seguridad, estén todas las ventanas que orientan a las fachadas principales cerradas y con las cortinas extendidas, de modo que dentro del palacio hay militares que no saben si ya es de noche o ha vuelto el día.

Tanto es el ajeteo que Mola, que lleva la iniciativa en todo, como un maestro de escuela, ha puesto treinta duros de su bolsillo para que desde la fonda Marceliano vaya viniendo sin parar café de puchero y más pollo con ensalada porque el día esta siendo tan extenso como intenso, y falta todavía lo mejor por llegar.

— Tabaco, café, munición de boca y vengan guerras — dice con sorna el coronel García Escámez, que lleva preparando una estructura cabal de las fuerzas que se presuponen para caer sobre Madrid, con la ayuda del capitán Barreda.

En esas regresa a Capitanía el coronel Beorlegui, que ha pasado por la comandancia de la Guardia Civil, el cuartel de la Guardia de Asalto y el Gobierno Civil donde un pobre hombre, el gobernador Mariano Menor, no lo ha pensado dos veces cuando le han ofrecido una rendija para que escape: acaba de huir de la ciudad en un Fiat matrícula NA-4207 conducido por un motorista de la Diputación Foral de Navarra, Salvatierra (al que muchos carlistas hubiesen deseado ver muerto, simplemente porque era socialista), y acompañado de su secretario, Alfaro. Van camino de San Sebastián, donde el general Muslera trata de provocar un levantamiento aunque lo único que va a conseguir es ser detenido y, sin juicio, ejecutado unos días después. Sin autoridad civil en

Pamplona Mola manda llamar a Modesto Font y le nombra sobre la marcha, en su despacho de capitanía la noche del dieciocho de julio, nuevo gobernador encargado de restablecer aquello que los sublevados llaman orden y llevar un control de todos los presos que, por ser tantos en días venideros, habrán de ser encerrados en el patio del colegio de los escolapios antes de que, a muchos de ellos, las partidas carlistonas y falangistas les den un paseo mortal extramuros de la ciudad y acaben tumbados boca abajo adormecidos de sangre viscosa.

También le ordena:

— Todos los reclusos del fuerte de San Cristóbal y los de la cárcel de Pamplona que lo estén por su vinculación a nuestra causa deben de quedar inmediatamente en libertad. Coordine con Beorlegui las medidas a tomar.

— Como usted mande, general.

El coronel Beorlegui, que también tiene sus días contados, vuelve a Capitanía para informar a Mola de que la ciudad está en calma y los cuarteles a su mando bajo control, pero que no es éste cometido para un hombre como él.

— Si hay que conquistar alguna posición, si hay que marchar sobre algún objetivo, mi general, yo quiero estar en primera línea. Nada de papeleos ni burocracia. Mándeme al frente; a hacer carne, si es preciso.

— Lo tendré en cuenta — responde Mola. — De momento, que haya orden en las calles; no quiero algaradas anarquistas.

— A sus órdenes, mi general. Así se hará.

Es de noche Y el general Mola ha ordenado que todo el edificio de Capitanía permanezca con las ventanas cerradas, las

cortinas extendidas, las persianas bajadas porque se malicia que el Gobierno puede lanzar un ataque contra este caserón tan fácilmente identificable no sólo por sus hechuras sino por estar en un punto alto de la ciudad señalando con el mástil de su bandera la posición contumaz de la cabeza de la rebelión. Desde que fue director general de la Seguridad del Estado Emilio Mola toma precauciones que ningún otro de sus compañeros de armas con mando en plaza hubiese ordenado jamás; él mismo dice que desde hace seis años es mitad policía mitad soldado y que su paso por los servicios de inteligencia le han abierto ventanas a otra visión de lo militar.

Eso le hace desconfiar de casi todo el mundo y ha apurado una manía suya que no tiene parangón entre los generales del Ejército, porque es el único que no se deja fotografiar aduciendo que su físico es el que es, que no mejora con las cámaras y que no interesa a nadie. Esta fobia a los retratos (sólo Ángel Hilario García de Jalón, conocido por el sobrenombre de Jalón Ángel, en Zaragoza, ha conseguido un retrato suyo, que es el único oficial) desentona con su afición desmedida a la fotografía, por la que siente una devoción extrema que no tiene ilación con ninguno de sus conmlitones. Al paso del tiempo Mola es la caricatura que detractores y partidarios han ido creando de él porque son pocas las personas que en su larga vida de militar han tenido referencia gráfica de sus actos.

Los conspiradores sublevados contra el Gobierno legítimo, atiborrados de café y nicotina, no parecen nerviosos y menos todavía cuando reciben los partes que los soldados van acercando hasta el despacho del general. Hace calor y el telefonista Mariezcurrena alterna las clavijas de su central

telefónica con labores de aguador, ya que sube y baja botijos desde la cripta del caserón, unas veces cargados de agua y otras de vino rosado que un cabo guarda en dos toneles bajo su responsabilidad y para consumo de los amigos: su familia es de Mendigorriá y vinatera. Mola bebe agua, sorbe café solo y fuma lo que le van pasando hasta que, avanzada la noche, suena el teléfono por enésima vez y avisa Mariezcurrena:

— Mi general, Burgos, el general Batet al habla.

— Pase la conexión.

— ¿General?

— Al aparato — contesta Mola.

— Aquí Batet desde Burgos.

— ¿Qué se le ofrece, mi general?

— Una sola cuestión: ¿sabe usted que se ha declarado hace unas horas el estado de guerra en Vitoria?

— Por supuesto, mi general. Yo mismo lo he mandado.

— Y ¿quién es usted para dar semejante orden, Mola?

— ¿No está claro todavía, Batet?

— Usted me dijo en Irache, supongo que lo recordará como yo, que no estaba comprometido en ninguna aventura. ¿Lo recuerda?

— Así es, general. Defender la Patria, España, no es ninguna aventura.

— Esta usted jugando con las palabras, Mola. Quedó meridianamente claro que, de acuerdo al sentido de su honor, no estaba conspirando contra el Gobierno legítimo.

— Eso que usted dice son interpretaciones que a nada conducen. Dejemos la palabrería a un lado.

— ¿Entonces?

— Mañana, a las siete de la mañana, proclamaré el es-

tado de guerra en Navarra como otros generales harán en distintos puntos de España. Todavía tiene usted tiempo...

La comunicación se cortó dejando a Mola con la palabra en la boca y con una idea fija: enviar soldados hasta el edificio de la Compañía Telefónica a fin de asegurar la posición y mantener bajo control las comunicaciones. Así se lo hizo saber al coronel García Escámez, quien ordenó que un fusil ametrallador Hotchkiss del calibre 7 mm. con un cabo y seis soldados quedara apostado frente a la puerta del inmueble, mirando en dirección a la calle Estafeta, y no se permitiera el paso a persona ajena a la empresa. También dijo Escámez:

– Que el cabo lleve una libreta y apunte los nombres de los que entren y salgan, que eso impresiona mucho.

– Mande efectivos a la estación del tren, Escámez, que los ferroviarios son gente revoltosa.

– *Zordeneigenerá.*

A lo largo del día dieciocho Mola se convirtió en estrategia policial ocultando su faceta militar. El general movió a uña de caballo los resortes y contactos en la unidades comprometidas para que saltaran antes que su propia comandancia militar, desde la que se había organizado todo el levantamiento y que era el granero intelectual de la asonada, en la convicción de que este movimiento dejaba sus manos libres frente al Gobierno y de esa manera podría seguir siendo el Director del autodenominado movimiento regenerador, con el que propiciaba un cambio en España a punta de pistola.

Zaragoza estaba en pie de guerra, Valladolid igual, lo mismo todo el protectorado español en África, qué decir de Sevilla, Valladolid, Soria, Palencia, Vitoria, Burgos... pero

¿qué está haciendo Mola?, se preguntaban desde Madrid los cerebros más agudos del ministerio de la Guerra. ¿Dónde está Mola? Ésa era la pregunta.

25

LOS CIMIENTOS ESTÁN, EN ÁFRICA

Acabo de retirarme al planchatorio y he pedido a mis colaboradores que permanezcan en Capitanía, pero ahora sin meter tanto ruido. Llevo en pie, a base a de humo y café, ya no sé cuántas horas (y las que me quedan todavía) consciente de que hay ocasiones en las que la misión del jefe consiste, simplemente, en dejarse ver porque todas las órdenes están dadas y los peones han de colocar las tejas –por poner una expresión– con cuidado sumo pero sin tutela; éste es el caso y mi labor, en estas horas finales, consiste en vigilar sin intervenir y servir de referencia visual (nada de lo que haya quedado sin concretar –si hubiese quedado algo– se puede modificar ahora; el río ha de seguir su cauce y tiempo habrá para corregir los grados del disparo, si fuera menester).

El movimiento liberador de la patria ha dado en las últimas horas los primeros pasos y, aunque con cierta descoordinación, puede decirse que es imparable a la vista de los hechos. Los cimientos se han establecido en África, que es donde residen las únicas fuerzas que pueden exhibir el carácter genuino de un ejército como tal. Tras África, siguiendo el plan establecido, seguíamos todos los demás, como había quedado marcado en las instrucciones que desde Pamplona hemos ido enviando a los mandos compro-

metidos con nuestra lucha. Ha sucedido, sin embargo, que en algunas capitales los hechos han ido por delante de la voluntad (es el caso de Queipo de Llano en Sevilla, por lo que parece) y una vez que la bola de nieve ha comenzado a deslizarse desde la cumbre han sido tantos los apoyos y tan grande el entusiasmo que nuestro movimiento ha ido generando –inclusive entre los más indecisos o escépticos– que aquello que era una simple pelota de tenis ha acabado convertida en una fantástica mole que nadie ha querido (ni podido) parar.

A veces sucede así: el entusiasmo derriba cualquier estrategia –por muy perfeccionada que estuviera– y supera con los hechos las previsiones más risueñas, de manera que uno se ve desbordado por una realidad tozuda a la que nadie con un mínimo de seso puede poner barreras. La sublevación en África ha sido tan rápida y contundente que algunos compañeros, al tener conocimiento de lo que estaba pasando allí, han creído oportuno no esperar un segundo más y sumarse con sus fuerzas al impulso centrífugo que nuestro movimiento va adquiriendo, en la confianza de que el cáncer que ha diezmado la salud de la patria tiene ya sus horas contadas.

En Burgos, ciudad en la que se encuentran expectantes muchos madrileños de renombre que han huido de la capital –a donde piensan volver cuando esté clarificado el panorama–, las ganas han sido tantas y tan fuertes los apoyos que el general Dávila ha adelantado los planes para hacerse con el control de la División y ha detenido a Batet Mestres y sus secuaces (me lo acaban de comunicar hace unos minutos), con lo cual la cabeza de la VI División Orgánica está en nuestro poder con horas de anticipación.

¿Que yo podía haber hecho lo mismo en Pamplona? Podía, sin dudarlo, pero la cronología prevista no estaba diseñada a boleo: en un movimiento de estas características lo peor hubiese sido que la euforia y la improvisación acabaran contagiado todos nuestros actos. Pamplona se movilizará el diecinueve de julio, como estaba previsto, y hasta que eso suceda (faltan unas pocas horas) nuestra labor es impulsar, coordinar y mantener un hilo de comunicación entre todos los alzados en armas, por más que sea difícil cuando no imposible en algunos casos. El movimiento no se va a parar -nadie que no sea el noble pueblo español lo puede parar- y los gestores de la cosa pública, siempre tan duros de mollera, deben de comenzar a asumir esta nueva realidad. Hago estas reflexiones al hilo de lo que me acaba de suceder. Mariezcurrena (que lleva en el tajo más horas que yo mismo) me ha pasado una comunicación con el aire que le caracteriza:

— Mi general, ha dicho, una llamada desde Madrid. Dicen que es no se qué presidente del Gobierno. ¿Le paso comunicación?

— Adelante, sin duda.

Era el -hasta hace unas horas- presidente de las Cortes, Diego Martínez Barrio. En previsión de lo que pudiera suceder me alejé el auricular un par de dedos de la oreja porque, como temía, la llamada era para barnizar los oídos con proposiciones fuera de tiempo y lugar. Dijo Martínez Barrio que Azaña acababa de nombrarle presidente del Gobierno en sustitución de Casares Quiroga, un diletante (y masón) de tomo y lomo, y que su primera medida era presentar mi nombre como ministro de la Guerra. Ahí tuve que plantarme porque la simple propuesta me parecía una proposición -indecente- de soborno en toda regla. Le dije:

— Señor Martínez Barrio, se lo agradezco, pero quiero darle mi opinión. Lo que está proponiéndome no es sino un intento fútil más que únicamente sirve para empeorar la situación; o quizá la necesidad, por su parte, de ganar tiempo. Pero, sépalo claramente, ya no hay vuelta atrás posible.

— ¿Desconfía usted de la capacidad del Gobierno para enderezar el rumbo?

— A estas alturas no hay posibilidad alguna para que un Gobierno que ha tenido el apoyo del Frente Popular sea capaz de arreglar aquello que, con sus actos, contribuyó a empeorar de manera previa. Ha pasado el tiempo de componendas políticas y es hora de la acción.

Martínez Barrio insistía en que su gobierno no iba a ser rehén de nadie, que lo iban a formar personas decentes y de centro, y reclamaba mi colaboración para frenar lo que él consideraba una catástrofe si los mandos militares que apoyan la sublevación no deponían su actitud. Tuve que afirmar lo siguiente:

— Ustedes tienen sus masas y yo tengo las mías. Sólo el Ejército puede, en estos momentos, devolver a España la paz que tanto ansían los ciudadanos de bien. ¿De verdad piensa usted que va a poder contener a esos revolucionarios que piden a voz en grito la disolución de las esencias más respetables mientras continúan quemando iglesias? Esos van a poder con ustedes y con todos, si antes el Ejército no cumple con su sacrosanta misión.

— ¿Cuál es esa misión, general Mola?

— ¿Acaso lo duda? Liberar España de las garras del comunismo internacional, acabar con la anarquía y el caos, restablecer el orden.

— ¿Sabe la locura que está cometiendo al sublevarse contra el orden establecido?

— Escúcheme, señor Martínez Barrio: en España no hay orden, ni establecido ni por establecer, si continúan ustedes. Nosotros nos levantamos en armas para crear una España nueva.

Sabemos que la batalla será dura, penosa y larga, pero es nuestro deber.

— Su deber es defender la República y sus leyes, general.

— Mi deber es defender España.

La conversación acabó ahí pero tres cuartos de hora después recibí una nueva comunicación de Diego Martínez Barrio, que volvía a la carga con monsergas como las anteriores: reconsidere usted la postura, se ha quedado solo en el Ejército, todo se puede reconducir desde las reglas constitucionales y cuestiones similares. Ante semejante avalancha de argumentos sin fuste respondí de la única manera que mi honor permitía.

— Señor Martínez Barrio, los gestores de la cosa pública tienen sus masas y yo, nosotros, las nuestras. Si, volviéndome loco, yo acordara con usted, ahora, una transacción los dos habríamos traicionado a nuestros ideales y a nuestras gentes, y ambos mereceríamos que nos arrastrasen públicamente por felones. No, no hay posibilidad de arreglo porque la suerte está echada.

— ¿Es su última palabra?

— Es la última y la única, porque no tengo otra.

Parece que Martínez Barrio no se quedó conforme con nuestra conversación porque una hora después llamó a Capitanía el general Miaja, viejo conocido mío al que siempre profesé amistad y aprecio.

— Le llamo — dijo de entrada — para que sea usted el

primero en conocer que me acaban de nombrar ministro de Guerra y quiero enviarle un saludo muy afectuoso.

—Que sea enhorabuena, mi general.

—Quiero proponerle que se venga usted a Madrid y sea mi segundo en el Ministerio.

—Mi general, mi puesto ahora no está en Madrid, está en Pamplona. En Madrid entraré con las divisiones que se han levantado en armas para restituir el orden en España.

—¿De modo que se subleva usted contra la República?

—Contra la República, no, mi general. Contra un Gobierno que lleva España a la ruina.

Creo que Miaja cortó la comunicación porque ya no escuché nada.

Ahora estoy a los mandos de la Remington (tengo una radio de fondo y escucho las noticias que van dando sobre nuestro movimiento, algunas falsas de toda falsedad. Aseguran en Unión Radio que un pistolero fascista ha asesinado en Pamplona al jefe de la comandancia de la Guardia Civil. Qué fantasía, qué descarado, qué desinformación) redactando en limpio lo que hasta hace unas horas eran simples ideas.

Dicen desde el Gobierno que nos estamos rebelando, que no respetamos el orden constitucional. Todo eso es discutible porque el orden hace tiempo que dejó de existir en este país y lo nuestro no es una rebelión al uso sino un movimiento patriótico; que quede claro por si todavía existe alguien en el mundo que no ha sabido comprenderlo. ¿Por qué lo hacemos, a dónde vamos? A crear una España grande, una España fuerte, una España unida, cristiana...

A crear un Ejército y una Armada modelos en cuanto a sus efectivos pero bien organizados para su defensa. A crear escuelas donde los maestros enseñen a amar a Dios y a la Patria. A obligar al que tenga mucho que lo reparta entre el que tenga poco. Queremos una España libre... libre de ataduras, libre de comunismo, libre de masonería, libre de anarquía, libre del caos.

Llevamos años padeciendo la inoperancia de nuestros dirigentes, tan ajenos al sentir real del pueblo, y nadie debe de extrañarse que hayamos llegado hasta el límite: España está exhausta pero no acabada, y nuestra misión es volver a edificar lo que otros han destruido para consolidar un proyecto nuevo. El Ejército se subleva porque es la única salida que le queda y porque así nos lo demandan muchísimos compatriotas que, al igual que nosotros, no desean permanecer más tiempo como espectadores de esta ceremonia macabra que vivimos desde tiempo atrás. ¿Acaso quieren los gestores de la cosa pública que yo aguante en mi despacho esperando que una banda de asesinos me secuestre para acabar con dos tiros en la nuca, como ha sucedido con el insigne Calvo Sotelo? Mi vida vale poco, no así mi esfuerzo por acabar con el caos y la anarquía. Somos legión los que estamos dispuestos a morir –a la vanguardia de las mejores unidades de nuestro ejército– si con ello conseguimos el ideal de una España nueva. La Patria ha sido y será por siempre el objetivo de nuestros ideales.

Hace unos minutos que he solicitado a Mariezcurrena comunicación con Bilbao y San Sebastián, para saber cómo van las cosas en esas dos capitales. Don Curro está trabajando en el diseño de unidades (han de ser mixtas Ejército-

civiles, llámense requetés, falangistas u otros) que deberán marchar sobre los objetivos que designemos, porque en cuestión de horas hay que dar cauce a estas desbordantes ganas de trabajar por España que veo en derredor. De San Sebastián tengo noticias indirectas porque no ha sido posible la comunicación. Parece ser que el coronel León Carrasco Amilibia ni se subleva ni deja de sublevarse: queda en posición expectante, como no podía ser de otra manera en un diletante como él, y ha dado orden de acuartelar la tropa. Si en cuarenta y ocho horas no se ha resuelto su postura, el primer objetivo de las unidades que se formen en Pamplona será tomar San Sebastián y todos los puntos importantes de la provincia; sobre todo, y en primer lugar, la zona fronteriza de Irún.

Con Bilbao he logrado hablar de una manera altamente extraña porque, a lo que se ve, las comunicaciones de los cuarteles se han redirigido hacia el Gobierno Civil en un intento de aislar a las fuerzas armadas de esta sublevación. El caso es que cuando he pedido Bilbao he podido comprobar que estaba hablando con su gobernador civil, José Echeverría Novoa, a quien no conocía más que de referencias.

— Aquí el general Mola, desde Pamplona.

— Aquí José Echeverría, gobernador civil de la plaza
— me ha contestado.

— He pedido el cuartel de Garellano.

— Las comunicaciones pasan ahora por el gobierno civil.

— ¿Quién ha dado esa orden?

— Yo mismo, general.

— Sepa entonces que el Ejército, en todos los puntos de España, se está sublevando contra el caos y la anarquía.

— En Bilbao, general, hay orden absoluto.

— Debe usted comunicar con el coronel Rosendo Piñeiro y proclamar el estado de guerra, de acuerdo al bando que yo, como general en jefe de toda la región, haré público mañana.

— ¿Estado de guerra? — me contestó. — ¿Contra quién hay que sublevarse?

— Contra quienes están aniquilando España.

A continuación vociferó:

— ¡Viva la República!

La comunicación se cortó y desde entonces no he vuelto a poder establecer contacto con esa capital. Así se lo he comunicado al teniente coronel Camilo Alonso Vega, en Vitoria:

— Bilbao, al menos de momento, se cae del cartel y misión suya será conquistar la plaza en el plazo más breve posible — ordené.

— Ahora mismo nos ponemos a trabajar con ese objetivo. Siempre a sus órdenes, mi general. ¡Viva España!

Mientras preparo un discurso que tengo previsto dirigir desde los micrófonos de Radio Navarra acabo de tener una conversación con don Curro acerca de la trascendencia que tiene para todos el hecho de que la comandancia de la Guardia Civil en Pamplona esté de nuestra parte después de la muerte de Rodríguez Medel. Desde que llegué a esta capital hemos trabajado en la coordinación del movimiento que ahora ve la luz y de esta misma máquina de escribir han salido las instrucciones que eran necesarias para aunar los esfuerzos de tantos y tantos patriotas repartidos por toda la geografía nacional.

A partir de esta esquinita de la patria, ayudado por la generosidad de todos los que me rodean, he prepara-

do las bases del movimiento en la seguridad de que los esfuerzos de muchos –por pequeños que sean– acabarán por derribar al monstruo y España verá, mañana, un nuevo amanecer. Nuestra importancia ha sido esa, la coordinación, porque Pamplona, con la tropa que tiene, resulta insignificante en la gran marcha sobre Madrid que vamos a iniciar si, como todos nos tememos, Fanjul y sus gentes no consiguen plenamente sus objetivos.

¿Ha pensado alguien lo que hubiera sucedido si en el último momento las fuerzas de la Guardia Civil de Pamplona –en un golpe de suerte– neutralizan este palacio de Capitanía y me detienen con todo mi estado mayor? Sé que lo que acabo de plantear es algo altamente improbable, muy difícil, pero no imposible. Los efectivos de Rodríguez Medel en Navarra son algo menores a los del Ejército –en torno a 300 hombres– pero más profesionales, con más celo y, por mucho que los carlistas se hubieran echado a la calle, a la postre lo único que se habría conseguido es sembrar la ciudad de muertos. Y con ello poner en riesgo el éxito final de tantas jornadas de trabajo.

Por el contrario, con la comandancia en nuestro poder y los guardias de nuestro lado, sin disparar más tiros que los necesarios para neutralizar a Rodríguez Medel (estaba avisado y suya ha sido la responsabilidad de lo que ha pasado), puede decirse sin temor a equivocaciones que desde esta capital saldrán las columnas que van a liberar la patria y que la conjunción de civiles en los batallones y compañías de nuestro Ejército son la garantía de un nuevo orden, la vanguardia de lo que todos esperamos en esa nueva España que vamos a edificar.

De ahí la importancia que había dado a la comandancia de Pamplona, los famosos cuatrocientos cuarenta

y nueve pasos de riesgo, aunque algunos de mi entorno hayan tachado de exageradas estas apreciaciones. Con alharaca o sin ella resulta indudable que la situación en la que nos encontramos es la óptima para afrontar mañana, dentro de unas horas, el futuro que nos espera. Por cierto: si Franco hubiese tenido que tratar con los carlistas y haber acordado algo creo que todavía estaríamos esperando nuevas. De buena se ha librado Franquito (siempre hay tontos como yo que han de bailar con la más fea).

Me ha preguntado don Curro qué vamos a hacer con los tres aviones que han aterrizado en Pamplona.

— Incorporarlos a nuestras fuerzas. En Pamplona ya tenemos aviación — he contestado con una media sonrisa.

— ¿Cómo distinguimos nuestros aparatos de lo que tiene el Gobierno?

— Buena pregunta, don Curro. Seguro que has pensado algo.

— Dice el teniente coronel Utrilla que lo suyo es pintar un aspa negra en el timón de cola, sobre fondo blanco.

— ¿Aspa como la de San Andrés?

— Algo así. Ya digo, negra sobre fondo blanco. Si pintamos los colores rojo y gualda se pueden confundir con los republicanos.

— Que así sea. Puedes dar la orden.

— ¿Hay noticias sobre Madrid?

— Ninguna, *igenerá*.

— Eso depende.

— ¿De qué depende?

— De quién las facilite.

— Nuestra gente no facilita nada. El Gobierno dice que tiene todo bajo control.

– Entonces hay que creer la mitad de la mitad. No tengo duda de que el general Fanjul está trabajando para mañana. El diecinueve es la fecha. Entre tanto no creas nada de lo que escuches en las radios. Habrá que empezar a decir aquello de: «Sé sincero, no digas nunca la verdad». ¿No te parece?

– Estoy de acuerdo. A esperar tocan.

– Dentro de unas horas salimos de dudas, don Curro.

– Que así sea, *igenerá*. En un par de horas tengo preparada la movilización de la tropa y los destinos. ¿Hay noticias de Bilbao, de San Sebastián?

– Me temo que con Bilbao no vamos a poder contar. Respecto a San Sebastián, soy optimista. De todos modos, y como quiera que hay que consolidar la frontera, en el plan de movilización hay que incluir esa plaza.

– *Zordeneigenerá*.

Ahora hace una semana que tuvimos constancia del conocimiento que el Gobierno escondía –no sabemos en qué grado– sobre alguno de nuestros planes. En el ministerio se maliciaban algo, sin especificar qué ni cuándo, y nosotros temíamos que algún compañero estuviera cerdeando con las instrucciones que iban saliendo desde Pamplona. Por eso ordené al capitán Barreda un nuevo esfuerzo en la cifra y mandé una directiva a los puntos principales para que fueran conscientes de la discreción que era necesario mantener en los días finales. Estuvimos jugando con el ministerio al gato y al ratón porque era la fórmula de ganar tiempo y consolidar posiciones mientras llegaba el día. Ahora, cuando el movimiento es imparable, no deja de hacerme gracia la ocurrencia (por más que yo sea su autor)

que enviamos a un grupo de jefes y oficiales con los que no estábamos del todo seguros. El texto decía así:

Directivas para CARCAGENTE

Las indiscreciones cometidas han dado como resultado que el Gobierno esté enterado de todo y en su consecuencia es preciso cambiar radicalmente el plan inicial que va a desarrollarse iniciándose en CARCAGENTE.

A partir de EPIGASTRIO estarán ustedes dispuestos siempre y cuando las fuerzas estén en disposición de secundar en cantidad. A partir de la fecha indicada se cerciorará por NICOMEDES o enviado suyo que los PÁJAROS están en el puerto y en ese momento pondrá un telegrama NICANOR diciéndole ALELUYA, lo cual indicará que debe emprender viaje y presentarse en CARCAGENTE. Si a las cuarenta y ocho horas no lo ha hecho en ÉCIJA o UTRERA, lo iniciará desde luego procurando rápidamente DORMIR, para OPORTO, OSLO u otro sitio apropiado. Esto es indispensable para causar impresión en los enemigos. ANASTASIO cree que OPORTO es lo indicado porque allí está todo dispuesto incluso CONDUCTORES. La presencia de amigos en EVORA será de una gran impresión. Yo creo sería conveniente hacerlo en uno de los puntos antes indicados y además en PEÑÍSCOLA. Pero es preciso el acuerdo entre GUTIÉRREZ y ANASTASIO.

Al iniciar el negocio debe ponerse un telegrama al director que diga: ROMUIALDO. Este telegrama debe ponerlo RODRÍGUEZ.

Se dejarán pasar dos o tres días para ver cómo reaccionan los de la acera de enfrente y entonces será el momento de iniciar el asunto en COIN y LLAGOSTERA, que seguirá a ORDAZ y demás puntos. Es decir: hay que cambiar completamente el plan.

La orden a COIN la dará el Director.

Dígale GUTIÉRREZ al portador cuál es el punto ACOTADO para tener allí enlaces que vengan a dar la noticia por si fallaran otros medios. Estos enlaces se encargará de ponerlos el mismo NICOMEDES, con personas de absoluta garantía y discreción. Estos enlaces tendrán por misión llegar por caminos extraviados a ORDUÑA con objeto de que el Director esté enterado de que ya se ha puesto pie en Bilbao. Desde luego hay que contar con que el Gobierno ha de emplear la radio para despistar y es necesario no hacer caso de cuanto diga. Indispensable decirle a NICANOR que es precisa su presencia en CARCAGENTE y base primordial del éxito.

Enlace de todos los MANGANTES debe ser BEATRIZ quien dirá y pondrá en marcha a todos en el momento preciso. El director pondrá en marcha lo convenido o sea COIN, ORGAZ, ORDUÑA y demás inmediatas, pero BEATRIZ he de poner a LLAGOSTERA, ITURBE, VILLAMEDIANA y ALORA.

Nada de decir a los MANGANTES el plan sino que Vd. va a tal sitio y se hace cargo de aquello tal día a tal hora. Tengan presente que una indiscreción puede hacer fracasar todo otra vez. Que GUTIÉRREZ y BEATRIZ digan si quedan enterados y el primero está conforme. Tan pronto se inicie el asunto debe hacerse una demostración en el mayor número posible de puntos con fuerzas adictas.

Urge que el asunto se haga lo más inmediato a EPIGASTRIO excluido esa facha. ¡Viva España!

Si llegó a manos extrañas ¿alguien cree que pudo entender algo? ¿Pensaron que estábamos locos? Que piensen lo que quieran, porque mientras ellos ladran nosotros cabalgamos.

MUERE EL GENERAL SANJURJO

Sin que hubieran aparecido las primeras luces el capitán Manuel Barreda, de acuerdo a las órdenes recibidas por el coronel García Escámez, mandó formar en el patio del cuartel del batallón de Montaña a la compañía de cazadores Sicilia, con su capitán Martín Rubio Sanjuán al frente. Clareaba la noche y en Capitanía Mola, achicharrado de humo y sudor, marchaba camino del baño para refrescar las carnes antes de salir a la calle y tomar posesión de la ciudad. A la vez que dos soldados iban abriendo las ventanas del caserón para orear las estancias, los conspiradores fueron desapareciendo del palacio dejando solo al director con sus últimas consignas: los militares a los cuarteles, los civiles a la plaza del Castillo en cuanto amanezca.

Eran las seis de la mañana del diecinueve de julio de mil novecientos treinta y seis y de los ventanales sombríos del palacio real migraba un humillo hacia las alturas que iba desamparando en el ambiente vahos con aroma de café rancio y tabaco de cuarterón; estaba remontando la luz del día cuando el general Mola dejó escapar una última perla a la plana mayor de la conspiración.

—Señores —les dijo— recordemos lo que Napoleón mencionó la víspera de Waterloo: *Que les destins s'accomplissent, cúmplase* aquello que decretó el destino. Que sea lo que Dios quiera porque el futuro está en sus manos. Nosotros ya cumplimos con nuestro deber. Caballeros, gritad conmigo: ¡Viva España!

—¡Viva!, —retumbaron las paredes del palacio.

Un cuarto para las siete la compañía de cazadores

Sicilia, con el capitán Martín Rubio en cabeza de la formación, llegó a la plaza del Castillo, todavía revuelta y con mobiliario por los suelos a consecuencia de la trifulca que horas antes se había producido cuando un grupo de carlistas uniformados suspendieron por la tremenda la verbena que los feriantes habían organizado para resarcirse de las pérdidas que el mal tiempo les había ocasionado, unos días atrás, en las fiestas de San Fermín.

No hubo ni música, ni baile, ni vino, ni licores, ni jarana, ni fiesta y sí una ensalada de tiros en una esquina de la plaza, junto al pasadizo de la Jacoba, que acabó con seis paisanos heridos por las balas carlistas, uno de los cuales, apellidado Lozano, murió al llegar al hospital. Encaramándose a lo más alto del kiosco el capitán Rubio comenzó a recitar el bando sin levantar la voz, quizá para no romper el silencio de la alborada:

Don Emilio Mola Vidal, general de brigada y jefe de las fuerzas armadas de la provincia de Navarra, hago saber: Una vez más el Ejército, unido a las demás fuerzas de la nación, se ve obligado a recoger el anhelo de la gran mayoría de los españoles. Se trata de restablecer el imperio del orden, no solamente en sus apariencias externas sino también en su misma esencia; para ello precisa obrar con justicia, que no repara en clases ni categorías sociales, a las que ni se halaga ni se persigue, cesando de estar dividido el país en dos bandos, el de los que disfrutaban el poder y el de los que son atropellados en sus derechos. La conducta de cada uno guiará la de la autoridad, otro elemento desaparecido de nuestra nación, y que es

indispensable en toda colectividad humana. El restablecimiento del principio de autoridad exige inexcusablemente que los castigos sean ejemplares, por la seriedad con que se impondrán y la rapidez con que se llevarán a cabo, sin titubeos ni vacilaciones... Para llevar a cabo rápidamente la labor anunciada, ordeno y mando:

Artículo Primero: Queda declarado el Estado de Guerra en todo el territorio de la provincia de Navarra y como primera providencia militarizadas todas sus fuerzas, sea cualquiera la autoridad de quien dependían anteriormente, con los deberes y atribuciones que competen a las del Ejército y sujetas igualmente al Código de Justicia Militar...

El capitán Rubio fue enunciando el farragoso texto de la proclama mientras dos soldados con botes de engrudo que estaban a la órdenes del brigada Eulogio Gutiérrez lo iban pegando en las columnas de los soportales de la plaza acompañados, de lejos y con la vista, por un pequeño grupo de tradicionalistas que aguardaban en formación frente a su sede, el Círculo Carlista. El bando no despertó gran interés porque la plaza, en tan temprana hora de domingo, estaba casi vacía y la cúpula conspiratoria no había salido todavía de sus casas ya que el primer acto del movimiento sedicioso no fue exhibir la fuerza de las armas sino quedar a bien con Dios y las conciencias relatando los pecados tras las celosías de los confesionarios para, más tarde, sin el dolor de la culpa, escuchar misa y comulgar. El carlista –maldecirán sus adversarios los próximos meses– es un animal de cresta roja que, confesado y comulgado, mata al hombre.

El general Mola no se dio prisa por echarse a la calle. Sobre las seis pasó al servicio y descansó en la bañera por espacio de una hora –dormitando mientras memorizaba algunas frases que iba a utilizar horas después– antes de tumbarse en la cama y abandonarse a un nuevo golpe de sueño. Poco antes de las nueve desayunó con su ayudante y leyó los periódicos de la plaza: *Diario de Navarra* publicaba en su portada el bando íntegro mientras que el portavoz del carlismo, *El Pensamiento Navarro*, lo daba en la última bajo un titular que llamó la atención por su arcano: «Ha estallado en toda España un movimiento de carácter militar».

Mola, como era su costumbre, hojeó la prensa sin detenerse en una página concreta, aunque se quitó los lentes cuando llegó a un suelto en *Diario de Navarra* que decía: «Ayer, a las ocho y cuarto, a consecuencia de un accidente desgraciado ocurrido en el cuartel, dejó de existir el comandante jefe de la Guardia Civil de Navarra don José Rodríguez Medel. Descanse en paz». Luego se limitó a comentar:

– Esto pita, Emiliano. Esto pita... y no ha hecho más que empezar.

Un cuarto para las diez pidió su coche y ordenó al chófer:

– Vamos a la plaza del Castillo, y de allí andando a *Radio Navarra*.

En las afueras de la emisora había una gran concentración de curiosos y partidarios, a partes iguales. *Diario de Navarra* había adelantado en uno de los titulares de portada que el general tenía previsto dirigirse a la nación a través del micrófono de la emisora local y las gentes estaban junto al portal del edificio unas horas antes, de vigilia, para ver de cerca al director de la conspiración ahora que había

llegado el momento de gloria. Pero Mola llegó y sin mirar hacia atrás, sorprendido por unos tímidos aplausos y algunos vivas a España, subió a zancadas hasta los estudios de Radio Navarra donde fue recibido por la plana mayor del carlismo y el muñidor de toda la teoría conspiratoria, el diputado y director de *Diario de Navarra*, Raimundo García.

La emisora interrumpió la programación y sonó una marcha militar antes de que Mola, al micrófono, anunciara urbi et orbi que el movimiento estaba ya en la calle con un destino inmediato: marchar hasta Madrid para restablecer el orden en España. El general llevaba una cuartilla que desplegó frente al micrófono aunque habló sin un guión previo y sin fijar la vista en parte alguna, ni siquiera en los apuntes.

—Estoy aquí —dijo— para agradecer al noble y heroico pueblo de Navarra el apoyo que tan virilmente ha prestado, presta y prestará al movimiento salvador de la patria que hace unas horas ha estallado en toda España y para expresar la confianza plena en los destinos emancipadores de la nación, usurpados y maltratados por el desgobernio y la anarquía. Ha llegado la hora de hacer frente al caos y devolver a los españoles su fe en los valores eternos que representa la patria. El Ejército no va a cejar en su empeño por restituir el orden...

Mola siguió con la retahíla de lugares comunes que adornaban sus frases en público y acabó la plática, breve, amenazadora y tajante, dando vivas a Navarra, España y el Ejército, cuyas unidades estaban formadas desde primeras horas en los patios de los cuarteles. De nuevo en la calle el general Mola, escoltado a su izquierda por Raimundo García y a su derecha por el teniente coronel Alejandro Utrilla,

guarecido en su retaguardia por el jefe provincial del carlismo, Joaquín Baleztena Ascárate, se dio un baño de masas al frente de una cáfila que cruzó en diagonal la ciudad, cansinamente, entre aplausos y vítores, para llegar de nuevo al palacio de Capitanía donde, en uno de los balcones de la fachada principal, el director de la conspiración, al modo de los actores, saludó a la caterva que había seguido sus pasos levantando los brazos al cielo y dando vivas a España hasta quedarse afónico (de manera simultánea, una partida carlista ajustaba cuentas con seguidores del Frente Popular que trataban de hacerse fuertes en el barrio de Rochapea, desafiando al destino con revólveres arcaicos, y a resultas de la refriega cinco personas fueron heridas de bala y dos de ellas murieron días más tarde).

La movilización que se denominaba patriótica comenzó en Pamplona el día diecinueve con el asalto de una escuadra de falangistas a las oficinas de Izquierda Republicana, en la plaza del Castillo, desde cuyos balcones tiraron a la calle un busto del presidente Manuel Azaña, un cuadro que simbolizaba la República, cartelones y todos los libros que encontraron en los anaqueles de la estancia. La masa falangista había probado sus fuerzas a primera hora del día con el latrocinio del periódico *La Voz de Navarra*, órgano de expresión del nacionalismo vasco, y de su edificio, en la calle Zapatería, a escasos cincuenta metros de *Diario de Navarra*, de donde arrancaron muebles, máquinas, troqueles, tipos, plomo, papel, tinta, documentos y la biblioteca entera, que ardió en la calle protegida por la mirada retorcida de sus atacantes, vestidos de azul y negro, salvaguardados con el correaje de pistolas automáticas.

A medida que fue avanzando la jornada las sedes de los partidos leales al régimen constitucional fueron asalta-

dos, expoliados, destrozados y requisados en beneficio de los impulsores del nuevo orden patriótico que reclamaban para España, al mismo tiempo que la plaza del Castillo se convertía en el patio de armas que el movimiento de Mola necesitaba. El carlismo, sintiéndose dueño de una situación que anhelaba años ha, tomó la plaza y mandó formar sus huestes para demostrar que organizando la masa enfebrecida nadie, ni siquiera el Ejército, podía disputarle una posición señera.

Eran muchos (aunque menos de los que pregonaban) pero, con la excepción de los cuadros dirigentes, nadie en su sano juicio hubiera podido considerar que aquellos jóvenes vestidos en su mayoría de domingo, con camisa blanca, alpargatas y boina roja, sin otras armas que las ganas de salir del pueblo, fuesen el ejército disciplinado al que Fal Conde aludía cuando refería el poderío militar de la Comunión Tradicionalista. El general Mola los vio en formación mientras encabezaba el río humano que acompañaba sus pasos la mañana del diecinueve y, aunque no llegó a detenerse para no perder el paso, le impresionaron dos cosas: el gentío en ringlera y la escasez de armamento, características ambas que García Escámez había comprobado ya cuando conversaron sobre el particular.

— *Igenerá*: tengo organizadas las columnas que han de salir para Madrid. Las encabezan nuestras fuerzas y los carlistas van a rebullón. Son muchos pero ni tienen armas para luchar ni costumbre de manejarlas.

— Tienen una cosa mejor, don Curro, que nos viene de perlas, ganas de ganar, fe en la victoria. Ya lo dijo Napoleón: en la tropa, la moral lo es todo.

— En eso no hay duda, *igenerá*. Pero necesitamos armas.

— Están acordadas con Zaragoza. Insista con el ayudante del general Cabanellas.

En ésa estaban cuando el comandante Fernández Cordón anunció la llegada del sumo pontífice del carlismo, el abogado andaluz Manuel Fal Conde, que acababa de aterrizar en Noáin, a donde viajó desde el sur de Francia en el avión que el piloto Juan Antonio Ansaldo Vejarano tenía previsto transportar al general Sanjurjo de Estoril a Pamplona. Mientras Ansaldo se cuadraba ante Mola Fal, histriónico como nunca antes, se abalanzó sobre el general y le propinó un par de empujones antes de dar a voz en grito vivas a España, al Ejército y al propio director de la conspiración. El general no estaba acostumbrado a semejante fuerza efusiva y se dejó estrujar por Fal para comentar a continuación:

— Las cosas marchan según lo previsto. ¿Tienen ustedes novedades? ¿Alguna información que desconozcamos?

— Todas nuestras gentes están movilizadas esperando sus órdenes, mi general. El aviador Ansaldo parte ahora mismo hacia Estoril en busca de nuestro jefe natural, el general don José Sanjurjo, a quien esperamos esta noche en Pamplona.

— ¿En Pamplona?

— Esos eran los planes, general.

— Creo que deberemos ajustar el itinerario.

Mola fue para la mesa del despacho y extrajo un plano de la Península Ibérica que extendió en el suelo.

— Veamos — dijo. — Usted, Ansaldo, recoge al general Sanjurjo en el punto que hayan acordado...

— En Estoril, mi general — se adelantó el aviador.

—Correcto, en Estoril. Desde allí tiene que regresar a Burgos, no a Pamplona, porque es en aquella capital donde va quedar instalado el cuartel general de las tropas patriotas. Si cuando llegue usted a las inmediaciones del aeropuerto de Gamonal (con la vara de mando señaló el punto en el mapa) observa en el suelo un aspa blanca, será la señal de que puede aterrizar. De no ver usted esa cruz, continúe el viaje hasta Pamplona. Si tampoco en esta ciudad observa el señuelo, transporte al general hasta el sur de Francia y que sea lo que Dios quiera porque significará que nuestro movimiento no ha triunfado, algo realmente improbable pero no imposible. Ansaldo, el veintiuno de julio le esperamos en Burgos para recibir al general Sanjurjo. ¿Ha quedado claro?

—Absolutamente, mi general. El veintiuno en Burgos.

—Señores, cada uno a sus puestos. Nada más y buenos días.

—General —grita Fal Conde camino de las escaleras, ¿novedades sobre Madrid?

—Sin novedad, señor Fal. Bueno o malo —no lo sé es lo que hay.

En Madrid los más valientes han ido cogiendo el portante los últimos días y se han ido mayormente a Burgos para ver el espectáculo desde platea, porque ninguno tiene madera de héroe aunque pavonean —aventando las palabras— su desmedido amor por la patria. Carlos Miralles, sus hermanos y su grupo —en total cerca de cincuenta personas— desafiaron al destino y siguiendo órdenes del general Kindelán marcharon hasta Robregordo, en la base del puerto de Somosierra, al norte de Madrid y allí, en el

túnel que se estaba perforando para la nueva vía del ferrocarril, establecieron la posición con el propósito de impedir la comunicación de la capital con Burgos en tanto no llegaran las tropas de Mola.

Su primera acción fue subir hasta la ermita de la fundadora de las adoratrices, Santa María Micaela del Santísimo Sacramento, en el pueblo de Somosierra, rezar un rosario y encender velas frente al altar; luego regresaron a Robregordo y tomaron posiciones en el túnel. Contaban con fusiles, pistolas y un ardor guerrero que les duró un par de días porque las fuerzas republicanas los barrieron del mapa, falleciendo la mayor parte a consecuencia de un bombardeo aéreo. Desde Burgos otros voluntarios de Renovación Española lograron rescatar varios cadáveres –entre ellos el del propio Carlos Miralles– y los transportaron hasta la capital castellana, donde fueron tratados como los primeros mártires de la cruzada y expuestos en la sede de Renovación Española cubiertos con las banderas monárquicas que tanto amaron en vida.

Mola desconocía qué estaba pasando en Madrid –si es que ocurría algo– y el general Fanjul, movido por el mismo ímpetu que sus correligionarios en el norte de África, asumió la responsabilidad comprometida ante sus compañeros y se lanzó a una aventura imposible en el Cuartel de la Montaña, frente a los jardines del Campo del Moro y al otro lado del Palacio Real.

El diecinueve por la mañana, después de haber permanecido escondido los dos días anteriores en el piso de un amigo, Fanjul recibió un correo del general Villegas y asumió el encargo de ponerse al frente del Cuartel de la Montaña, donde estaba la tropa acuartelada y el depósi-

to de armas más importante de la ciudad. Tras almorzar llamó a su hijo José Ignacio, teniente médico, y le puso en antecedentes del plan que había ideado: tomar el acuartelamiento y resistir hasta que las tropas de Mola entraran en Madrid.

– A estas horas –le dijo– sobre poco más o menos calculo yo, deben de estar llegando a Guadalajara.

– Hemos de aguantar como podamos.

– Mola lo viene diciendo: resistir es la victoria. Ésta es la oportunidad.

A continuación se puso una camisa blanca de manga larga, pantalones grises y se echó a la calle en compañía de su hijo para llegar hasta el cuartel poco antes de las cinco.

Por Madrid ya hay movilizaciones de obreros y estudiantes y las gentes que apoyan al Gobierno piden armas para defender las instituciones republicanas, las únicas legítimas, y la ciudad, porque la amenaza –creen– viene de la periferia por Burgos, Valladolid, Guadalajara y Segovia. En el barullo sideral que rodea al Gobierno tanto Casares Quiroga como Martínez Barrio creen que la asonada se corta de cuajo aplicando las resoluciones que publica la Gaceta de Madrid (ya han sido destituidos de sus cargos, por decreto que firma el presidente de la República, Manuel Azaña, los generales Franco, Queipo de Llano y Cabanellas) y sosteniendo entre algodones el artículo sexto de las disposiciones generales del Título Preliminar de la Constitución, que dice: «España renuncia a la guerra como instrumento de política nacional».

A Mola, todavía en la tarde del día diecinueve, el Gobierno le concede el beneficio de la duda y no le aplica la gaceta oficial porque no es consciente del papel real que

tiene en el movimiento ni asume que las unidades sublevadas en la periferia tengan capacidad de marchar sobre Madrid. Eso es lo que piensa el Gobierno (Casares Quiroga se está quedando afónico de repetir: «No hay que agrandar los ecos ni multiplicar los errores») pero no las gentes que están en las calles reclamando armas y control sobre todo quisque. Ni tampoco los comunistas, uno de cuyos dirigentes, la diputada Dolores Ibarruri, Pasionaria, ha lanzado al aire desde los micrófonos de una radio local la consigna que va a presidir los próximos meses de la capital de España: «No pasarán».

En ese hormigueo de rumores el general Fanjul llega hasta el corazón del Cuartel de la Montaña con su hijo José Ignacio, toma el mando sin oposición y, aclamado por un numeroso grupo de jefes y oficiales cree, optimista, que con el apoyo de los falangistas, monárquicos de todo tipo, gentes que se autodenominan de orden y nuevos oficiales advertidos desde Burgos para que formen un caparazón y resistan como sea un par de días, el tiempo ya está de su lado. Al cuartel se acercan los avisados y una pléyade de curiosos que pasean por Madrid los calores del verano, como hacen otros domingos de sol plomizo. En la capital los veranos son de bigote y las gentes pasean por las tardes recorriendo el centro de la ciudad siempre a la sombra; es la costumbre.

Fanjul lleva preparado el bando por el que asume la jefatura de la I División Orgánica del Ejército y declara el estado de guerra: «El Ejército español, dispuesto a salvar España de la ignominia y dispuesto a que no lo sigan gobernando bandas de asesinos y organizaciones internacionales, toma, por plazo breve, la dirección política de Es-

pañía con el exclusivo objeto de mantener el orden público y el respeto a la propiedad y a las personas... Para evitar un día de luto al pueblo de Madrid espero que todos colaborarán a la obra de patriotismo que inicia el Ejército, que no sale de sus cuarteles combatiendo a ningún régimen sino a los hombres causantes de la situación actual que lo han deshonrado. ¡Viva España! ¡Viva la República! ¡Viva el Ejército!».

El tercer ministro de Guerra que tiene el Gobierno republicano en menos de dos días, el general de brigada Luis Castelló Pantoja, de quien sus adversarios consideran que debía de estar ingresado en un frenopático por mor de sus perturbaciones mentales (acabará huyendo de Madrid en menos de dos meses), conoce que Fanjul ha tomado el Cuartel de la Montaña y ordena un asedio por tierra y aire que le haga desistir de su bizarra tentativa. El acuartelamiento comienza a ser rodeado por cañones y, tras las octavillas que han caído del cielo conminando a la rendición, llegan los primeros obuses; es la señal que el Gobierno envía a Fanjul para que comprenda que la aviación del Ejército español, aunque modesta, está con el poder constituido legalmente y no tiene posibilidad alguna de salir con vida si persiste en su empeño. Pero el general golpista lleva metido entre ceja y ceja el mensaje que su correligionario Miguel García de la Herrán, general de brigada que simultáneamente trata de hacerse fuerte en el acuartelamiento de Carabanchel, le ha mandado por teléfono:

—Aguanta la posición medio día que las tropas de Mola están a menos de cien kilómetros. Resistir tiene como recompensa la victoria.

Con las primeras luces del día veinte el Cuartel de

la Montaña, donde hay más de mil cuatrocientos efectivos, está rodeado por fuerzas de la Guardia Civil. Asalto, milicianos sin preparación militar armados con fusiles y una leva de curiosos que contempla los movimientos como si estuvieran en el balconcillo de un cinema. Hay un griterío enorme que avanza conforme la mañana adelanta y los sitiadores disparan contra los obuses, las granadas y las bombas que una escuadrilla ha dejado caer sobre el conjunto de edificaciones.

En la primera oleada de fuego, sobre las siete de la mañana, una explosión de granada deja herido a Fanjul en un brazo; no es de extrema gravedad aunque el corte le produce una pequeña hemorragia que impresiona a sus ayudantes. Una hora después, y por orden del ministro de Guerra, los atacantes cesan en los disparos y envían un oficial con bandera blanca para que comunique a Fanjul que debe rendirse o las consecuencias serán terribles. El coronel Bartolomé Sierra, portavoz del general, dice que las cartas están sobre la mesa y la partida echada.

—Si disparan, nos defenderemos. Si no disparan ustedes, nosotros tampoco lo haremos. Rendirnos, jamás.

A la vista de que no hay acuerdo ni rendición los sitiadores incrementan el fuego de los ataques y el cuartel es bombardeado sin piedad desde tierra y aire. Casi al mediodía en un balcón de la fachada principal aparece colgada una sábana blanca —que los leales a la República interpretan como señal de rendición— y un grupo numeroso de atacantes marcha hacia la entrada, a la descubierta, en la creencia de que el asedio ha terminado. Pero son recibidos por una descarga enorme de fusilería y ametralladoras que deja junto al portón de entrada regueros de sangre y

muertos por decenas; todo ello encoleriza de tal modo a los atacantes que en la hora siguiente el cuartel es asediado con granadas, obuses, metralla y bombas desde el aire que van destrozando la fachada al mismo tiempo que desde altavoces situados en el extrarradio de las edificaciones militares los sitiadores piden a los sediciosos que se rindan para evitar males mayores.

Por los balcones de los frentes comienzan a aparecer sábanas blancas (algunas oscurecidas por el rojo de la sangre de los heridos) y en la confusión un oficial leal a la República logra escapar del cuartel llevando consigo un pequeño grupo de soldados y algo más valioso como es la información de lo que está sucediendo dentro. El comandante que manda las compañías de la Guardia Civil ordena entonces un ataque combinado de sus efectivos y la Guardia de Asalto, que logran entrar en las instalaciones y detener a Fanjul –herido en el brazo izquierdo y la cabeza– y al coronel Sierra.

La masa que va detrás de los guardias, enfebrecida y colérica, borracha de sangre que clama venganza, penetra en los edificios y provoca una carnicería tirando los cuerpos de los heridos desde los balcones y disparando sin control sobre todo aquel que lleve uniforme. Antes del mediodía acaban los disparos, pero el patio del acuartelamiento es terreno yermo alfombrado de cadáveres y sangre que el calor de la jornada convierte en un vapor irrespirable, amargo y denso. Fanjul ha salvado la vida por los pelos –no así su ayudante el coronel Sierra, asesinado en un pasillo y su cuerpo lanzado al patio desde el segundo piso– y los milicianos que han tomado el cuartel creen haber hecho justicia, a su manera, eliminando a tiros un centenar de je-

fes y oficiales de la guarnición. De paso han conseguido arramplar los cerrojos de los fusiles (dicen que en el cuartel se almacenan más de cincuenta mil) y armar un pequeño ejército de voluntarios sin más formación que el ímpetu que demuestran cuando, en columna de a dos, desfilan por la Puerta del Sol dando gritos contra los militares golpistas y de apoyo a la República.

La toma del Cuartel de la Montaña acaba convirtiendo el movimiento de Mola en una guerra sin tregua que durará casi tres años y es el paradigma de que en julio de mil novecientos treinta y seis no hay en España posibilidad alguna de zanjar las diferencias entre las partes como no sea eliminando físicamente al adversario.

El general Mola ha tenido conocimiento de la masacre de Madrid y volcará todo su empeño en vengar el arrojado de Fanjul y sus gentes, aunque para ello tenga que movilizar miles de requetés sin armas, formación ni municiones que el carlismo reclutará, por las buenas y por las peores, en los pueblos navarros hasta dejar los campos sin brazos que los trabajen (los exegetas del movimiento dirán entonces, verano del treinta y seis, que en Navarra están segando las monjas; los curas, muchos curas, están en primera línea de batalla repartiendo bendiciones, obleas y estopa de plomo).

Fanjul queda en el imaginario de los sublevados como un héroe y la legalidad republicana lo fusila medio en cuclillas (no es capaz de mantenerse en pie a causa de un temblor que le recorre el cuerpo) en el patio de la cárcel Modelo, junto con García de la Herrán, un mes después del asalto, de paisano, tras haber contraído matrimonio con una señora viuda que le había servido de enlace las

semanas anteriores al levantamiento militar, porque la sala VI del Tribunal Supremo condena a la pena de muerte la sublevación que protagoniza contra el orden establecido.

Es tanta la inquina que su nombre levanta entre los milicianos madrileños que el diecisiete de agosto de mil novecientos treinta y seis, san Roque, enfermero de los más pobres, cuando estaban enterrando su cadáver en el cementerio de la Almudena, un grupo de descerebrados asesinaron a su albacea, Luis Vales Álvarez, y al hijo de su viuda disparándoles a la cabeza. «Tres por el precio de uno», dijeron cuando abandonaban el camposanto dejando sobre la tierra un féretro y otros dos cadáveres más.

Franco está en África y Mola en Pamplona rumiando las malas noticias que le llegan por todos lados: el movimiento que llaman patriótico se mueve a sus anchas en una diagonal que va desde Pamplona a Cáceres, pero las grandes ciudades, las que inclinan la balanza (Madrid, Barcelona, Valencia, Bilbao), continúan bajo el control del Gobierno y eso representa un fracaso que los sublevados tratan de minimizar diciendo que el auténtico Ejército, el único cuerpo de Ejército completo que hay en España, con sus mandos, clases, tropas y armamento, formado por la Legión Extranjera y los Regulares, está bajo su control y en cuestión de días, ayudados por las columnas que Mola envía desde el norte, tomará Madrid. No hay vuelta atrás entre el martirio y la gloria, ha vuelto a señalar el general a su camarilla de íntimos exhibiendo una mueca sonriente que le sale del alma.

De Barcelona, para más *inri*, han llegado muy malos vientos que nadie quiere explicar al general porque la desafección de las unidades que esperaban ha traído consecuen-

cias dramáticas: no sólo está detenido el general Goded sino que Ramón Mola, el hermano del Director, ha muerto en el primer embiste, además de un tiro en la cabeza que él mismo se disparó en las Atarazanas cuando un grupo de paisanos armados que capitanea, entre otros, un anarquista que se hará famoso, Buenaventura Durruti, rodeó el edificio y abrió fuego de intimidación.

El propio Goded, que viajó en la mañana del día diecinueve desde Palma de Mallorca en un hidroavión Savoia y había conseguido llegar hasta el viejo edificio de Capitanía en Barcelona, desde donde esperaba controlar la situación con la ayuda del general Álvaro Fernández Burriel y hacerse con el mando efectivo de la División Orgánica, se dio cuenta en cuestión de minutos de que su propósito era un imposible y que estaba solo frente a la adversidad, sin posibilidad de ayuda exterior.

Barcelona, en huelga revolucionaria convocada por los anarquistas de la CNT, tampoco se suma al movimiento salvador y aunque Goded está en el despacho de mando no hay tropas que le sigan ni oficiales que lo secunden. Al contrario: a media tarde, con el edificio de Capitanía rodeado y tras haber recibido el impacto de un obús lanzado desde un cañón del 75 que maneja el panadero anarcosindicalista Manuel Lecha, Goded intentó suicidarse para no sufrir la afrenta de rendirse, pero se lo impidieron los oficiales que se encontraban en su despacho y ya, sobre las siete, se entregó a las fuerzas que encabeza el comandante Enrique Pérez Farrás (condenado a muerte dos años atrás por sulevación y después indultado), humillado y exhausto.

Pero el vía crucis de Goded –un hombre seco de carácter, que ha participado en casi todas las conspiraciones

militares de la monarquía- no acabará con la entrega ya que, detenido y esposado, es conducido al palacio de la Generalitat de Cataluña donde su presidente, Lluís Companys i Jover, le conmina para que anuncie su rendición por radio y ponga fin a cualquier hostilidad. El general, sumiso, cabizbajo, presagiando el futuro, habla por Radio Barcelona desde el despacho del presidente y asegura humillado hasta el tuétano que para evitar que la sangre corra debe cesar la lucha porque el movimiento ha fracasado. «Os ruego que depongáis las armas», dice casi sin voz ni fuerzas.

Veintidós días después, el once de agosto de mil novecientos treinta y seis, santa Clara bendita, se celebró un consejo de guerra sumarísimo en el buque Uruguay, fondeado en el puerto de Barcelona, y el general Goded, de cincuenta y tres años, fue condenado a muerte junto a Álvaro Fernández Burriel, su compinche en la asonada. Veinte horas más tarde de conocer la sentencia, en los glacis de Santa Elena, al pie del castillo de Montjuïc, el boricua Manuel Goded, que viste de militar pero sin gorra ni insignias, está de espaldas al muro de piedra donde le van a fusilar y, después de dar una calada al último cigarro que fumará en vida, pide al jefe del piquete que, por favor, no le dispare a la cara. «Es usted hombre muerto, qué más le da», le responden. Se hace un silencio, se escucha una voz que grita: «Así mueren los generales traidores a la República» y suena una descarga que ensordece como ruido de trueno. Los ajusticiados caen al suelo tal si fueran fardos de alfalfa y el general Fernández Burriel, que viste de paisano y lleva chancletas, queda boca arriba mirando al cielo con una mohín de horror que le abraza la cara.

Mola conoce los fracasos de Madrid y Barcelona pero se consuela con las comunicaciones que le llegan de

África y, sobre todo, con la conversación que mantiene con Queipo de Llano desde Sevilla. Queipo, un optimista enfermizo, alienta al Director para que los efectivos previstos salgan hacia Madrid en cuanto sea posible porque las tropas del norte de África y sus voluntarios sevillanos no van a tardar muchos días en dirigirse hacia la capital de España para liberarla.

—Yo me quedo en Sevilla unos días porque le he cogido gusto a hablar por radio —dice jocosamente.

—En cuanto llegue a Burgos tengo previsto hacer lo propio —responde Mola. —Creo que hay que dirigir un mensaje a los españoles dando cuenta de la situación, mandando ánimo a todas nuestras gentes y explicando al mundo que el movimiento liberador del Ejército está en pie contra el desorden, la anarquía y el comunismo internacional.

—Mucho ánimo, mi general, que es cuestión de días. A fin de mes nos vemos en Madrid.

—Que Dios te oiga, Queipo.

La consigna es glorificar la gesta de los sublevados —«Controlamos Marruecos, Sevilla, Valladolid, Zaragoza, Burgos, Pamplona, Vitoria...»— y minimizar los fracasos en el resto de España porque en estas horas primerizas de la asonada lo más importante es subir la moral de nuestras gentes y prepararse para un combate extenso en el tiempo, piensa Mola. Nadie de los que le rodean en el palacio de Capitanía conoce lo que está pasando por su cabeza y el propio general hace esfuerzos imposibles por mantener un gesto sonriente que confirme la buena marcha del negocio. En esa tarea le ayuda un animoso incorregible, el coronel García Escámez, que acaba de presentar los planes para marchar hacia Madrid.

El hombre de la Leica

— Pamplona, Logroño, Soria, Guadalajara y Madrid, *igenerá*; ésa es la ruta. Entre nuestras fuerzas, los apoyos del carlismo y algunos falangistas tengo 1,400 hombres armados, aunque con munición escasa, que en cuatro días se plantan en las puertas de Madrid. Para Guipúzcoa...

— Para Guipúzcoa, se adelanta Mola, hay que formar columnas que marchen en tres o cuatro frentes distintos. El primer objetivo es controlar la frontera.

— A eso iba, *igenerá*. Desde Vitoria, Alonso Vega marchará hacia Vergara y Eibar; de Alsasua partirá una columna hacia Beasáin, al mando del coronel Cayuela. La torre irá a Tolosa, Ortiz de Zárate a Urnieta y el coronel Beorlegui hacia Vera e Irún. Pero no hay armamento ni munición para todo el mundo.

— ¿Qué dicen desde Zaragoza?

— Que mandan cinco mil fusiles y cartuchos. Y que desde Jaca también nos van a apoyar.

— No se hable más, don Curro. Ya tienes la orden de marchar.

— *Zordeneigenerá*.

El mesianismo del carlismo respecto del papel que Navarra debe de tener en el movimiento que preconiza el general Mola se refleja en la plaza del Castillo –sitial del banderín de enganche tradicionalista– donde se han ido reuniendo los miembros del Requeté con toda su parafernalia, los curiosos que ignoran la magnitud de la escabechina que está por llegar, los desocupados y muchos adversarios políticos caridolientes que sienten pavor ante lo que estas gentes armadas (unos con pistolas y otros, además, con un odio pavoroso que se refleja en hilos de sangre que marcan sus

ojos) serán capaces de hacer.

Entre la masa vestida de caqui destacan decenas de voluntarios que llevan boina morada y están agrupando sus fieles por los lugares de procedencia: son los párrocos de muchos pueblos navarros que van a poner en práctica la prédica que llevan exhibiendo en los púlpitos desde años atrás, porque estos curas guerreros no responden de sus actos -ni pasados, ni presentes ni futuros- ante su obispo o ante su superior. Lo hacen ante su conciencia y frente a su Dios y por ello reparten bendiciones y escapularios de fieltro con el dibujo de un corazón coronado de espinas que lleva enmarcada una leyenda que hará fortuna -«Detente bala. El corazón de Jesús está conmigo. Reinaré en España»- acto seguido de confesar sus pecados a la multitud de iracundos que van a salir para el frente.

El carlismo, después de tres guerras fracasadas, es experto en liturgias y conoce como nadie el valor de la tau-maturgia celestial hasta el extremo de proveer a sus reque-tés de munición para el espíritu antes que entregarles un gramo de pólvora. Cada miliciano tradicionalista es provisto de una ordenanza tipo carné con su fotografía, nombre, apellidos, domicilio, grado, fecha de incorporación y visto bueno del delegado regional; un devocionario de trece páginas que lleva implícito cien días de indulgencia a quien lo pusiere en práctica y un ejemplar de los reglamentos del Requeté.

Este opúsculo, de ciento seis carillas en octavo menor, principia con un exordio: «Tú, requeté, soldado de la Fe y de la santa causa tradicional. Tu ordenanza fija tus deberes, exalta tus principios y te encuadra para ser útil. Tu trilema permanente: Dios, Patria, Rey. La Fe fundamenta

todas las virtudes del soldado requeté. Refuerza el espíritu, necesario a tu azarosa vida, con el culto a Dios. Sirvele siempre. Muere por Él, que morir así es vivir eternamente. Ante Dios nunca serás un héroe anónimo».

El requeté Ignacio Mariezcurrena, hermano del telefonista de Capitania, carlista de conveniencia porque era la única manera de marchar los fines de semana a Pamplona so pretexto de hacer la instrucción en la falda del monte Ezcaba, supo del levantamiento cuando estaba en Leiza preparando un hatillo para marchar a San Sebastián y bañarse en la playa de la Concha. Un amigo de la infancia se presentó en taxi, guarnecido por una boina roja que llevaba bordadas tres flores de lis, y le instó a montar en el coche y marchar a Pamplona: «Ha comenzado el levantamiento», dijo con cara de circunstancias.

Llegaron a la capital a media tarde y en la misma hora que los requetés de Tafalla, en formación, arribaban a Pamplona portando en cabeza el estandarte de la virgen de Jerusalén, patrona de Artajona, con una liturgia propia de pasadas cruzadas. Ellos no sabían quiénes eran los del pendón, pero en ese pueblo amurallado, tras entregar el párroco la enseña patronal a los voluntarios enfebrecidos que salían para Pamplona, los carlistas que no irán al frente arremetieron contra los bienes y propiedades de un modesto comerciante, Luis Armendáriz, a quien se la tenían jurada por una anécdota que en las fechas fervorosas de julio de mil novecientos treinta y seis a cualquiera que no sea del agrado de la causa le puede costar la vida: era el propietario del cine y allí se exhibían películas que no gustaban al párroco (la asociación de padres católicos promulgaba un bando con cada estreno de película, advirtiendo de sus pecados).

Armendáriz salvó la vida por los pelos y huyó del pueblo, pero la turbamulta no quedó satisfecha con apoderarse de sus propiedades y embistió contra su amigo Javier Domezáin, también huido en los albores de la gran cruzada que el carlismo había desatado, a quien despojaron por la tremenda de todo el patrimonio: 14 vacas, 611 gallinas y 3,150 pesetas que los sublevados hicieron entrega a sus superiores alegando que era un donativo, nunca una incautación por las bravas (Domezáin y su familia huyeron del pueblo para evitar peores consecuencias).

La comunión tradicionalista ha arrancado la movilización de sus efectivos montado el cuartel general en las aulas del colegio de los padres escolapios, junto a la plaza de toros, y desde allí va ordenando la marea humana que está llegando a Pamplona para sumarse a la causa: no hay armas para todos y establece un principio en virtud del cual los más antiguos en el escalafón, siempre que sean mayores de veinte años y traigan de casa el uniforme militar tradicionalista, tienen derecho a pistola y son remitidos al cuartel de Ingenieros para que los encuadren en las unidades en formación.

Ignacio Mariezcurrena, conocido como Iñaki, ni tiene el uniforme ni lleva consigo su carné de carlista porque no lo necesita ya que es hermano del telefonista de Mola, quien le arregla su enganche a la columna de García Escámez con una llamada de teléfono y para las siete de la tarde ha cambiado el ropaje por uniforme militar, un fusil Máuser, cartuchera, correa, macuto, una manta y ciento cincuenta cartuchos que le tiemblan en la espalda: no ha disparado un tiro en su vida (tiene veintiocho años) porque fue declarado inútil para la milicia a causa de una malformación en el an-

tebrazo derecho, aunque en este diecinueve de julio nadie ha advertido el detalle ya que lleva una boina roja con borla dorada de dimensiones tan rumbosas que las miradas de los reclutadores van directamente a su generosa cabeza (en el pueblo le llaman, a sus espaldas, buru aundi, 'cabeza grande' en vasco, porque de frente, con sus casi dos metros de largo por uno de ancho, no hay dios que se atreva a decírselo aunque tenga medio brazo derecho tonto).

La primera fase de la movilización acabó en el atardecer del día diecinueve junto a la explanada de la estación de autobuses cuando el coronel García Escámez dio la orden de marchar hacia el frente («¡En una semana, en Madrid!», gritaban los carlistas desahogados) a la excursión de camiones militares, autobuses de la Ulzamarra, la Villavesa, la Burundesa, la Izagaondoarra, la Pamplonesa, coches particulares y seguidores que van en bicicleta doquiera que los soldados marchen. Los militares van por sus medios y agrupados mientras los voluntarios -carlistas en su inmensa mayoría- marchan a la guerra en autobuses de línea dando a la partida un aire de excursión colegial que a don Curro le espanta y produce dolores de cabeza.

Es tal el barullo y la descoordinación que García Escámez, a los tres kilómetros de marcha, ordena parar en Zizur para organizar a los casi mil quinientos efectivos que lleva a tras de sí y establece un orden en virtud del cual los militares van en cabeza y el resto, separados una cincuenta de metros y en autobuses comerciales, a sus espaldas (en Pamplona se queda Mola organizando las tropas que han de salir para Guipúzcoa, porque es evidente que la sublevación no ha triunfado en San Sebastián ni en las grandes poblaciones de la provincia).

Los autobuses dejan asomar por las ventanillas los fusiles de los voluntarios, algunos de los cuales han recibido incluso granadas de mano que llevan en los macutos. El desconocimiento de lo militar es tan grande que los voluntarios llevan la mira de los fusiles en las ventanas y nadie se atreve a fumar por miedo a provocar una explosión; hablan poco y únicamente se alegran cuando echan al colete un trago de vino empinando la bota que casi todos llevan al frente, ya que es la única munición de boca que esta tropa bullanguera, inexperta y multicolor transporta.

En tanto los sublevados despliegan sus fuerzas para tomar Madrid el aviador Ansaldo ha atravesado la península en un De Havilland DH 80A, Puss Moth, matrícula EC-VVA, con los cinco sentidos alerta porque no se le escapa que está atravesando un territorio en pie de guerra donde los aviones militares al servicio del Gobierno son mayoría y no han de hacer señales antes de disparar. Esta tensión le impide centrarse en el objetivo del vuelo –aterrizar en Lisboa– y acaba tomando tierra en el aeródromo de Santa Cruz, al oeste de Portugal y a sesenta kilómetros de la capital, fuera de uso desde tiempo atrás.

Al darse cuenta del extravío, ya en suelo firme, Juan Antonio Ansaldo Bejarano, nervioso de impaciencia, consigue convencer a un paisano que se ha acercado hasta la pista –sorprendido tras ver aterrizar el avión– y marcha en el coche de éste a Lisboa y desde allí en taxi hasta Estoril temblando por la posibilidad de haber hecho el viaje en balde: se malicia que el carlismo pueda haber sacado al general José Sanjurjo en otro avión sin dar más explicaciones, habida cuenta de la hora que es. Pero no es así.

El orondo militar está en su residencia de Estoril (cuyo alquiler paga religiosamente la suegra de su herma-

no mayor, Paco, porque Sanjurjo está tieso de dinero) con un grupo de cuarenta personas esperando la forma de regresar a España. Entre ellos se encuentra el dirigente carlista huido de España Aurelio González de Gregorio, que ha recibido una llamada desde San Juan de Luz en la que le indican que tenga preparado un plan alternativo para evacuar al general ya que Ansaldo, a las seis de la tarde, todavía no ha llegado a Portugal y se desconoce su paradero; quizá el aparato haya sido derribado por la aviación republicana. González de Gregorio ha hecho bien el recado y tiene apalabrado el Percival Gull Six, matrícula G-ADZO, del acreditado piloto británico James Allan Mollison, en el que su ex mujer, Amy Johnson, la aviadora más famosa de Gran Bretaña y Europa entera, hace dos meses acaba de batir un récord mundial al viajar desde Ciudad del Cabo, en Sudáfrica, a Croydon, en Londres, sola, en poco más de tres días.

—Tenemos un nuevo avión —ha comentado al oído de Sanjurjo en la sobremesa del almuerzo del diecinueve de julio, entre sopor y sopor. —En realidad, mi general, tenemos el mejor avión posible y un piloto excepcional: Lacombe.

—Iré donde ustedes me digan, pero considero oportuno esperar a conocer qué ha sido de Ansaldo. Su familia siempre ha tenido conmigo un trato excelente.

—Si hoy no llega, al alba deberá marchar usted para Lisboa y volar en el avión de Mollison. España le aguarda, mi general.

—Ya, ya... Pero vamos a esperar.

De noche —son más de las diez— Ansaldo llega a la villa donde reside Sanjurjo y le recibe el grupo de incondi-

cionales que está con el general desde el día anterior, todos pegados a la radio y al teléfono. El aviador se abre paso entre los seguidores del marqués del Rif y cuando llega a su presencia estira la cazadora de cuero negro que acompaña siempre sus vuelos, da un taconazo soberbio, se cuadra y dice mirando al techo con los músculos del cuello y la cara en tensión extrema:

— Mi general, a la orden de vucencia. Se presenta el comandante Ansaldo al jefe del Estado español.

Del fondo de la sala un entusiasta lanza la consigna:

— ¡Viva España!

— ¡Viva! — responden todos.

— ¡Viva el general Sanjurjo! — grita Ansaldo.

— ¡Viva! — clama la sala.

Sanjurjo le toma del brazo, hace un aparte con el aviador para conocer noticias de los sublevados y pregunta en qué aparato volarán a España, habida cuenta de que el Puss Moth está varado en un aeródromo fuera de uso y en Lisboa González de Gregorio ha apalabrado, con piloto, el avión de Mollison, que es hombre de moda cuando se habla de viajes intrépidos. Ansaldo muestra un gesto de sorpresa.

— He venido para llevarle a Burgos por mandato del general Mola y so pena de que muera en las próximas horas, Dios no lo quiera, cumpliré la orden regresando en el Puss Moth que he pilotado, si vucencia me lo permite.

— Como usted bien sabe, Ansaldo, yo no conozco de aviones y la única información que he retenido es que González de Gregorio ha apalabrado uno mayor y más seguro que el De Havilland, del que tengo un pésimo recuerdo. Le cuento todo esto porque volar me produce pavor, máxime

cuando algunos me dieron por muerto en mil novecientos veintitrés. ¿Conoce usted la historia?

— Realmente no, mi general.

— Venga a la biblioteca para que charlemos sin agobios. Hay demasiada gente esta noche en casa.

El general se lleva a Juan Antonio Ansaldo hasta una habitación contigua y le ofrece un licor, que éste rechaza amablemente porque no ha probado bocado desde el desayuno. A Sanjurjo eso le tiene sin cuidado porque está de charleta.

— Resulta — dice aplicándose un coñá — que en mil novecientos veintitrés, el veintitrés de octubre precisamente, mi ayudante tuvo un accidente en un De Havilland, del modelo DH PC, que estaba bautizado si mal no recuerdo con el nombre de Sevilla y a mí me dieron por muerto. Realmente por aquellas fechas yo era el general jefe de la IX División con sede en Zaragoza, pero había pedido a Primo de Rivera regresar a África y por eso mi ayudante estaba en viaje exploratorio, de Sevilla a Tánger, ya que el presidente del Directorio me había comunicado verbalmente que tenía previsto nombrarme jefe de las fuerzas españolas en el norte de África. Como digo, mi ayudante iba en un De Havilland con matrícula M-AAAG pilotado por Juan José Estegui, cuando una tormenta de arena fortísima, según me contaron, hizo que el avión capotara junto a unas colinas situadas al sur de Tánger, falleciendo los dos ocupantes. La prensa pensó que si viajaba el ayudante, por cierto, llevaba dos maletas mías con ropa, también lo hacía su general y me dieron por muerto, ya ve usted, con cincuenta y un años y muerto en accidente de avión. Qué cosas ¿verdad?

— Pues sí, mi general, qué cosas tiene la prensa. Volviendo a lo que nos ocupa, nada ha de temer usted porque

el avión, que está alquilado en Francia, es seguro y si no lo fuera yo no hubiese despegado de Pamplona para cumplir esta misión tan determinante en la historia de España. He venido a las órdenes del general Mola y si usted no tiene reparo, como espero, mañana aterrizaremos en Burgos, como está previsto.

— Bueno, Ansaldo...será como usted dice.

— Si usted me lo permite, mi general, me retiro a descansar porque mañana nos espera un día de abrigo. Primero he de traer el avión hasta Estoril y cuando esté listo yo mismo vendré a buscarle.

— ¿A qué hora puede ser eso?

— Media mañana, mi general. Me comentaron en Pamplona que condujera a vucencia el veintiuno a Burgos (el aviador omite que recibió una orden expresa de Mola) pero, a la vista de las peripecias del viaje, entiendo que debemos de salir mañana y llegar, por tanto, con un día de antelación. Es mejor para todos.

— Si usted así lo cree no seré yo quien ponga pegas al adelanto. Hasta mañana, Ansaldo.

— Siempre a las órdenes de vucencia, mi general.

El aviador fue a dormir a un hotel pero no pegó ojo pensando en la forma de llegar desde Santa Cruz sin sobresaltos. Cuando despuntó la mañana ya estaba camino del aeródromo acompañado de su hermano Paco, ajeno al trasiego de llamadas y advertencias que desde Madrid el Gobierno había hecho llegar a las autoridades de Portugal para que impidieran la salida de Sanjurjo por tierra, mar o aire. La mañana era espléndida pero sobre Santa Cruz una manta de niebla espesa como el algodón ocultaba las formas hasta tal extremo que Ansaldo tardó casi un cuarto de

hora en orientarse para llegar al aparato. La niebla impedía el despegue y tocaba esperar sin posibilidad de conectar con Sanjurjo que, harto de esperar en casa, sobre las doce dio orden de marchar hasta el hipódromo de *La Marinha* -donde estaba prevista la salida- y aguardar la llegada del avión desde una diminuta tribuna, junto a un pequeño grupo de seguidores que lo acompañaba días atrás.

Para añadir más intriga al viaje un coche de la policía portuguesa se presentó en Santa Cruz para interrogar a Ansaldo sobre los propósitos del vuelo (las autoridades lusas, en las primeras horas del levantamiento militar en España contra el Gobierno legítimo, ya eran partidarias fervientes de los militares sublevados) y hacer el paripé de controlar sus movimientos y la hoja de ruta para no estimular un incidente diplomático.

En ese ir y venir esperando que la niebla se disipara Ansaldo conoció la intención de un capitán de la policía portuguesa de acompañarle en el avión mientras volase por Portugal, lo cual contribuyó a establecer una estrategia, pactada, en virtud de la cual el Puss Moth volaría hasta La Alberca para cumplir las formalidades aduaneras que había incumplido y desde allí debía regresar a su punto de origen en España o Francia. Sobre el papel, Portugal cumplía con las autoridades españolas aunque en la realidad cuando Ansaldo, libre de niebla, despegó de Santa Cruz tras haber conferenciado telefónicamente con un ayudante de Sanjurjo, voló a La Alberca, firmó los documentos que los aduaneros portugueses requirieron, dejó en tierra al capitán de policía y orientó el avión no a España sino en dirección al hipódromo de *La Marinha*, en la zona que los locales llamaban Boca do Inferno, a donde llegó mediada la

tarde y fue recibido como un héroe entre gritos, aplausos, alegría y lloros.

—Ansaldo —le dijo Sanjurjo cuando estrechó su mano en la mitad de la pista de caballos— me ha tenido usted con el estómago en un puño. De tanto esperar se me han puesto los congojos a la altura de la laringe, mi querido amigo

—Formalidades de los portugueses y una niebla que se podía amasar con las manos, mi general. Pero ya está todo listo y el avión dispuesto para volar a Burgos. ¿Equipaje?

—Ese baúl.

Sanjurjo iba vestido con un traje que debía de haber sido confeccionado en su época de coronel, que en el verano del treinta y seis le quedaba chuscamente estrecho, corto y ridículamente desproporcionado a su oronda figura.

—Tiene aspecto de pesar un quintal, mi general.

—Bueno: lleva ropa de verano e invierno y uniformes que voy a tener que utilizar nada más llegar.

—Vamos a ver cómo colocamos la impedimenta en el avión...

El general se despidió de su esposa, besó a los niños Pepito y Carlota, estrechó las manos de tres docenas de incondicionales, quiso decir unas palabras de despedida pero Paco Ansaldo abrevió la ceremonia dando un viva a España, seguido de otros al Ejército y a su futuro general en jefe que Sanjurjo no pudo contestar por una emoción que enrojeció sus ojos. A punto de entrar en la cabina el general saludó con las manos levantadas, sudoroso y resignado, y dio dos gritos:

—¡Viva España! ¡Viva Portugal!

Luego dijo:

– Vamos, Ansaldo, lléveme a Burgos.

Y sonrió.

El Puss Moth de color rojo despegó en menos de doscientos metros aplaudido y vitoreado por los compatriotas que quedaban en tierra pero cuando trataba de tomar altura Ansaldo escuchó, primero, un golpe seco y luego sintió una vibración que le cambió la cara porque el avión ni se elevaba ni respondía a la palanca de aceleración. En segundos el aviador decidió volver a tomar tierra ya que presagiaba que la hélice se había roto en alguna de sus partes, pero una pequeña cerca de piedra alzada que no llegaba a los dos metros apareció en la maniobra y el aparato acabó chocando de frente con su panza.

Entre el lugar de despegue y el de aterrizaje forzoso había apenas un kilómetro y en tan escasa distancia acabaron los sueños del general para dirigir los destinos de España porque el avión se incendió al chocar con las piedras del murete y quedó reducido a un amasijo de hierros ennegrecidos donde la policía portuguesa descubrió un esqueleto carbonizado que fue identificado como los restos de José Sanjurjo Sacanell, marqués del Rif, que enterraron dos días después en un nicho del cementerio de Estoril. Ansaldo salvó la vida por los pelos ya que logró salir del avión antes de que comenzaran las detonaciones y quedó tendido en el suelo con la cabeza ensangrentada, inconsciente y semiasfixiado. Un pastor lo arrastró unos metros del avión evitando que le alcanzaran las explosiones de los depósitos de combustible y en *La Marinha* feneció su aventura histórica chamuscado y ennegrecido por fuera y por dentro.

Mola recibió noticia del fallecimiento de Sanjurjo cuando estaba en el despacho de Capitanía desplegando

la cartografía del río Bidasoa para puntear instrucciones al coronel Beorlegui sobre la manera de llegar hasta Irún y controlar la frontera, su obsesión en las primeras jornadas de guerra sin cuartel que se había levantado en España. El comandante militar de Cáceres le hizo ese favor enviando un telegrama en el que informaba del mortal accidente y el Director sacudió la impaciencia que estaba comenzando a consumir su estómago con un tazón de café; a continuación se despidió telefónicamente de Maíz, saludó a su nuevo colaborador, el abogado de Tudela José María Iribarren –que será el encargado de tomar notas de todo cuanto suceda los próximos meses– y entregó el mando de la plaza al coronel Solchaga.

El día veintiuno, San Lorenzo de Brindis, capuchino y predicador, el general Mola salió en coche hacia Logroño con una maleta mediana, la Remington portátil en la mano y la máquina de fotos, su Leica, colgada al cuello (tenía el aspecto de un expedicionario), y llegó en avión casi de noche a Burgos para instalar su cuartel aclamado por los devotos y prosélitos madrileños que habían llegado a la ciudad antes de que la capital de España quedase convertida en una jaula con casi un millón de rehenes en sus entrañas.

27

LA TROPA MULTICOLOR LLEGA A LEGROÑO

Tiene bemoles la cosa pero los carlistas consideran que han iniciado la cuarta guerra por la causa y estiman que yo, Emilio Mola Vidal, nacido en Cuba de padre guardia civil, soy su Tomás de Zumalacárregui. Tiene bemoles, digo,

porque soy un biznieto, nieto e hijo de guiris que a estas alturas de la vida, a punto de llegar a la cincuentena, marcha en fraternal compañía con los descendientes de aquellos contra los que lucharon mis ancestros; ironía del destino, bromas que amasa la vida.

Mi bisabuelo formó en la escolta que en abril de 1808 acompañó a Carlos IV y a su esposa María Luisa en su viaje hacia el exilio de Bayona. Cuando los franceses invadieron España mi bisabuelo volvió a su país, se batió en Zaragoza junto a las compañías de voluntarios catalanes del capitán general de Aragón, don José de Palafox y Melci, nombrado más tarde por Fernando VII duque de Zaragoza, y fue hecho prisionero por el enemigo extranjero en Mequinenza, primero, y luego en una cárcel francesa. Volvió a España cuando acabaron las contiendas y se retiró con el grado de teniente coronel.

Mi abuelo Joaquín fue jefe de los somatenes de Cataluña, periodista de Diario de Barcelona, del que llegó a ser corresponsal en la guerra de África de 1859 y en la de Italia. Junto a Mañé y Flaquer escribió *Historia del bandolerismo y la camorra en Italia*, peleó contra los carlistas en la guerra de 1846 a 1849 por tierras catalanas, fue condecorado y se retiró como general de brigada, el empleo que yo mismo ostento ahora. Mi padre luchó contra los carlistas en el sitio de Bilbao, pasó luego a la Guardia Civil y marchó a Cuba, donde nació. Ahora está retirado, también es general y vive en Barcelona.

Con estos antecedentes cualquiera puede preguntar qué estoy haciendo en este pesado verano del treinta y seis junto a la masa carlista, movilizada en España a mis órdenes. La respuesta es sencilla: compartimos los mismos

ideales, idénticas ilusiones y, por si esto no fuera suficiente, son gente inasequible al desaliento, capaces de dar ánimos en estos momentos difíciles al más timorato. Cierto que en esta aventura fantástica que estamos inmersos hay gentes que quieren desfilar bajo los colores de una bandera, de una religión y de un rey, mientras otros únicamente queremos reintegrar a la patria el orden y la dignidad perdidas. Todo eso es cierto, pero no lo es menos que si de patriotismo hay que hablar el carlismo, sus gentes, están en primera línea batiéndose con los mejores.

Tienen, además, algo que es difícil encontrar en la sociedad actual: una fe ciega en su trabajo y un entusiasmo desmedido para alcanzar las metas. La amalgama de estos factores hace que, al día de hoy, el carlismo sea una fuerza insustituible y de gran valor para los objetivos que los militares patriotas nos hemos fijado. Son menos de los que dicen y aparentan, están peor formados de lo que creen, disponen de menos armamento del necesario pero, con todo, están dispuestos a morir por la causa sin mostrar un mal gesto y, hasta donde han podido, se han mostrado generosos y confiados. Hoy es así; mañana, con la victoria, veremos qué sucede porque hay que concitar muchas voluntades para no reeditar errores funestos en la pasada historia de España. Quién me lo iba a decir, mandando tropas carlistas, yo, que soy guiri por los cuatro costados...

La tropa multicolor que manda don Curro ha llegado a Logroño y la primera medida ha sido detener a un diletante y traidor, el gobernador militar, Víctor Carrasco Amilibia, que no se ha sumado a la causa como debiera a pesar de haber decretado el estado de guerra (los sindicatos, que tenían la ciudad en huelga, se había apoderado de

todos los puntos estratégicos ante la pasividad de la autoridad militar) y que es un tipo que siempre me pareció peligroso por su forma de actuar. Este general, y su hermano, el coronel León Carrasco, que está al frente de las unidades de San Sebastián, nos han hecho perder tiempo y gastar más fuerzas de las estrictamente necesarias en estos primeros días, y han de pagar por ello.

Con el general Carrasco han venido detenidos el alcalde (y dentista mío en la época que viví en la ciudad) Basilio Gurrea y el gobernador civil Carlos Fernández Shaw; los tres han sido trasladados a dependencias militares y veremos qué responsabilidades determina el tiempo. Cuando Carrasco fue conducido a mi presencia me negué a estrechar su mano y él, con cara de sorprendido por el ludibrio, se atrevió a preguntar por qué había ordenado su detención.

—No sé por qué me retienen —balbuceó con la cara insípida que acompañaba sus actuaciones.

—Usted no, pero yo sí y con eso basta. Coronel —respondí dirigiéndome a Ortiz de Zárate —lleve a estos hombres hasta la ciudadela y que permanezcan presos hasta nueva orden.

Parece que a estas alturas todavía hay personas que no se han percatado de la gravedad de la situación porque están jugando al gato y al ratón con nuestros ideales. Llegada esta hora quienes no están con el movimiento salvador están contra él y contra nosotros, de lo que se deduce que serán tratados como desafectos y enemigos de la patria (sobre ellos y sus conciencias caerán las responsabilidades que se determinen cuando esto haya acabado). Apenas han pasado cuarenta y ocho horas desde que dimos el primer

paso en la marcha por liberar España del yugo que la oprime y algunos de nuestros mejores jefes han sido hechos prisioneros por el enemigo después de resistir la posición hasta el límite de las fuerzas.

Me cuentan que, especialmente, la actuación del general Fanjul al frente de jefes y oficiales en el Cuartel de la Montaña ha sido heroica porque la chusma revolucionaria ha hecho una escabechina asesinando heridos y disparando por la espalda contra militares que habían decidido rendirse para evitar que más sangre inocente se derramara. Francamente no esperaba otro comportamiento: nuestras gentes se han batido el cobre y los izquierdistas, donde han podido, los han asesinado a mansalva. Como también han seguido quemando iglesias y matando religiosos, simplemente porque visten hábitos. Me quema la sangre cuando recuerdo estas salvajadas pero tengo una esperanza desmedida en la fe de nuestros soldados para que la batalla que acabamos de comenzar acabe de un plumazo con este estado calamitoso y veamos renacer una nueva patria.

El carlismo, ya lo he dicho anteriormente, ha movilizado sus efectivos y me dicen sus jefes que seguirán con la recluta hasta donde necesario fuera (por cierto: acabo de ver un pasquín suyo donde, junto a otras consideraciones, dicen una cosa bien curiosa:

«Español, tú eres sin saberlo un requeté no movilizado». No sé si será para tanto). El problema que se nos plantea es que no hay ni municiones ni armas para todos. Ni son unidades con formación militar. Me acaba de contar el coronel Ortiz de Zárate que los requetés que van en la columna de Escámez, al llegar a Logroño, han bajado de autobuses y camiones frente a los cuarteles y allí, de manera

improvisada, han recibido de un capitán nuestro una teórica sobre el funcionamiento de los ejércitos e, incluso, han realizado algunos ejercicios de tiro. Esto sucedía mientras don Curro y un batallón del Regimiento Sicilia se desplazaban hasta Alfaró, que había sido tomada por los izquierdistas aprovechando la indefinición de González Carrasco, para poner orden y liquidar el foco de rebelión.

Las armas y su munición son el problema más acuciante que tenemos a la vista. Desde Zaragoza el general Cabanellas ha dado la orden de enviar hasta Tudela un convoy con cinco mil fusiles y su munición, pero es insuficiente porque no hay cartuchos para un ataque que dure varios días. No es que éste sea un problema que se derive de la improvisación en nuestro actuar, no (sabido es que, en tiempos de guerra, todo agujero es trinchera). Es que el Ejército español está extraordinariamente mal dotado de armamento hasta el punto de que hoy mismo, ahora mismo, cualquier potencia extranjera que, con motivo de nuestro levantamiento, decidiera invadir el país se iba a dar un paseo militar porque apenas podríamos oponer resistencia. Ésta es la realidad de nuestra defensa nacional.

Tan sólo en África hay unidades y armamento (y más que eso, fe en las propias posibilidades) pero tenemos sin establecer el modo de transportar la tropa hasta la península. Creo que será cuestión de pocos días: más de los que nos gustaría pero menos de los necesarios en situación normal. Tan pronto como llegue a Burgos tengo previsto tratar de urgencia esta cuestión.

Respecto al fallecimiento del glorioso general don José Sanjurjo Sacanell pocas palabras puedo decir en es-

tas horas tan tremendas. El penosísimo accidente que le ha costado la vida no ha de ser sino el acicate que nos impulse a finalizar la obra que empezamos tiempo atrás y que él, desde el exilio portugués, seguía con tanto interés y entusiasmo. No han de sacar provecho alguno de su muerte los traidores a España porque tras Sanjurjo somos millones los que mantendremos los mismos ideales, la misma tradición, iguales deseos de reconquistar la patria.

Su muerte es el golpe más doloroso que podía llegar en estas horas iniciales pero no hay nada ni nadie que nos haga separarnos un milímetro, o un segundo, de los objetivos acordados. Nos hemos quedado sin referente de mando –eso es verdad– pero habremos de encontrar el modo de cubrir su inestimable baja con un directorio colegiado del que emanen las órdenes que todos los patriotas han de cumplir, sin importarles nombres ni graduación, por el supremo bien que se llama España. Quiero, además, que sus restos sean transportados a Pamplona tan pronto como posible fuera y tengan cristiana sepultura en la ciudad que le vio nacer, donde es tan querido. Descanse en paz el general más laureado del ejército español.

Ahora que estoy a punto de dejar temporalmente Pamplona (la idea es volver cuando haya finalizado nuestra campaña) no voy a pasar por alto el apoyo y el trabajo que ha prestado mi querido amigo don Bautista Félix Maíz Sarasa en la preparación, hombre discreto y eficiente. Su entrega ha sido tanta y su colaboración tan desinteresada que la historia ha de recompensar este trabajo anónimo de importancia extrema en el devenir de la patria. Acabo de estar con él para despedirme y a ambos nos brillaban los ojos por tener que separarnos (jamás le hubiese pedido que

viniera conmigo a Burgos porque, a partir de ahora, necesito a mi lado casi un profesional). He quedado que en el primer viaje que haga a Pamplona iremos a almorzar y me ha pedido que le mantenga informado de aquello que considere oportuno porque quiere seguir apuntando en el diario que empezó en abril sus impresiones hasta que todo esto finalice. Qué gran persona, no puedo decir otra cosa de él.

De manera casi simultánea he conocido a un joven abogado local, José María Iribarren, al que me habían propuesto como secretario y ayudante civil algunas gentes locales, entre ellos Raimundo García. Es un muchacho joven, que le gusta el oficio de escritor y que ha tenido algunos escarceos con la política local. Mi intención es que recoja la información diaria de lo que acontece en nuestro entorno para que haya constancia de los pasos que vamos dando, siempre con la máxima discreción. También tendrá que ocuparse de responder las peticiones que puedan formular los periodistas porque esa materia, témome, va a ser de capital importancia. Cuando llegue a Burgos lo haré llamar para que se incorpore al cuartel general de las operaciones.

Los carlistas no han esperado un minuto más de lo que podían y han comenzado a sustituir las banderas de la España republicana por las propias de la monarquía (habrá que decir, también, que la bicolor fue enseña en la primera república, durante el escaso periodo de tiempo que duró). En Pamplona lo han hecho en los edificios oficiales y sus unidades desfilan tras la bandera monárquica, circunstancia que ha causado alguna confusión entre los militares porque no hay decisión alguna tomada al respecto.

Ya se sabe que en asunto de símbolos los tradicionalistas no hacen excepciones porque es parte de su esencia

misma, como lo son también sus creencias religiosas. De todos modos –por abundar un poco más en la cuestión– no seré yo quien les amoneste por su postura (que no la comunicaron con anterioridad; simplemente lo han hecho y punto pelota) aunque me hubiera gustado que las circunstancias hubiesen discurrido de diferente manera para no desviar la atención hacia el objetivo final: devolver la dignidad a España, con monarquía o con república. En mi opinión, tanto da.

El tradicionalismo ha recreado una demostración palmaria de que, en la movilización, posiblemente no tenga rival. Sus unidades (ya lo he comentado in extenso en otra parte de estas reflexiones) no ostentan la consideración de militares, más allá del uniforme y de la parafernalia, aunque es preciso admitir que sobre el papel han debido trabajar de lo lindo para conformar una organización que dispone de medios más modernos que los del propio Ejército. Me refiero, por ejemplo, a lo que ellos denominan unidades de transmisión y las voluntarias de Frentes y Hospitales.

Respecto de los primeros he de confesar que disponen de radio transmisores comprados en el extranjero, muy recientemente, que van a ser de extraordinaria utilidad en algunos frentes donde las comunicaciones sean especialmente dificultosas. De las segundas añadiré que las señoritas que se ocupan de esos menesteres (que las llaman margaritas, en memoria de alguna de sus princesas o quizá de alguna reina) llevan boina marfil y uniforme blanco de enfermeras; algunas pasean en la mano el libro del doctor don Manuel Bastos Ansart, *Las heridas en el campo de fuego*, que es como *La Biblia* para las curas que han de hacerse en combate. A lo que se ve estas unidades son herederas de pretéritas partidas que trabajaron en las pasadas guerras carlistas; aquéllas

en las que, como he dicho, mis ancestros lucharon a muerte en el bando contrario. Qué cosas. Qué bemoles.

28

**LA GUERRA ES UNA CRUZADA POR LA RELIGIÓN
CATÓLICA**

Los primeros días de la sublevación fueron de bochínche, las semanas siguientes de combates por demostrar el valor de las milicias, los meses posteriores trajeron el prelude de la gran batalla que se libró en torno a Bilbao y cuando el mundo pensaba que en España había estallado una guerra entre facciosos y republicanos de todo pelo el cardenal arzobispo de Toledo, monseñor Isidro Gomá Tomás, desde su refugio en el balneario de Belascoáin, a poco más de una docena de kilómetros de Pamplona y acreditado por su reputada agua de mesa vagamente salina, puso las cosas en su sitio al enhebrar la analogía a la concordancia y dejó dicho por escrito: «La guerra es civil porque es en suelo español y por los mismos españoles donde se sostiene la lucha, pero en el fondo debe reconocerse en ella un espíritu de verdadera cruzada en pro de la religión católica, cuya savia ha vivificado durante siglos la historia de España y ha constituido la médula de su organización y su vida».

Cuando Mola abandonó Pamplona a media mañana del día veinte, san Elías, profeta, para instalar su cuartel general en la sede de la VI División marchó en coche hasta Logroño, revisó la tropa, conoció el parte del aeródromo de Recajo, fue en avión a Zaragoza para acordar con Cabanellas sobre armas, municiones y carburante, y ya de tarde voló

en un Dragon bimotor que pilotaba el capitán Luis Navarro Garnica hasta Burgos para tomar tierra en Gamonal; allí le esperaba un regimiento con bandera y banda de música para rendir los honores de ordenanza al jefe de la conspiración que llegaba con una máquina de escribir en la mano y una Leica al hombro, como si fuese un reportero de prensa enviado para seguir sus pasos.

Burgos –para entonces– estaba pintado de rojo y gualda ya que los monárquicos habían tomado la precaución de adornar los balcones con banderas bicolors para que no quedaran dudas sobre los fines últimos de la asonada. A medida que fueron pasando los días de las primeras semanas España anduvo cambiando de color y por el camino de la historia fue quedándose el morado de la enseña republicana hasta desaparecer de la faz tres años después, con Franco instalado ad aeternum en un devastado Madrid.

El problema más acuciante los primeros días de despliegue de las tropas que Mola mandaba fue la escasez de armas y municiones. El carlismo proseguía reclutando efectivos aunque cada vez con menos formación y sin experiencia alguna en el manejo de las armas; movilizar una tropa de estas características resultaba, a la postre, una rémora porque el entusiasmo no suplía las carencias que este ejército de voluntarios aventaba en cada una de sus acciones.

Era verano, hacía calor y los coroneles García Escámez (de excursión por la sierra madrileña) y Beorlegui (en la linde de Navarra con Guipúzcoa) habían sacado –sin hablar entre ellos– otra conclusión más palmaria: esta tropa, además, necesita vino, morapio, porque está acostumbrada a beber y es el mejor combustible para afrontar situaciones extremas. Y a ello se aplicaron enviando mensajes a Pamplona

na para que, junto a los refuerzos, llegaran fudres rebosantes de mol porque la soldadesca se movilizaba con mayor contento si templaba los nervios trasegando morapio un par de veces al día.

— Los carlistas han fallado en San Sebastián — comentó Mola nada más pisar la Capitanía de Burgos. — Tenemos el flanco norte en pelota y hay que cerrar esa vía de agua antes que los izquierdistas franceses se den cuenta del pasillo que ha quedado libre y comiencen a colar armas al enemigo.

— ¿Es tan grave? — preguntó un coronel.

— Más.

En San Sebastián los movimientos tácticos y la falta de huevos del coronel Carrasco hicieron posible que, después de escaramuzas, tiroteos, muertos y muchas amenazas, el control de la ciudad quedara de manos de las partidas leales a la República, tras diez días de lucha callejera. El carlismo tenía gentes y armas pero no pudo sacar a la calle ni una cosa ni otra a pesar del ambiente que habían ido creando los monárquicos de la ciudad, todos avisados de la inminencia de una sublevación que encabezaba Mola. Era tanta la confianza en sus posibilidades que hasta *El Diario Vasco*, portavoz por entonces de la derecha local, se atrevió a titular el día dieciocho en su primera página con la señal que los conjurados estaban esperando: «Mañana hará buen tiempo» (así fue, pero la climatología no obró otros milagros).

El carlismo tenía repartido por la provincia en pisos, caseríos e iglesias un arsenal a la espera de que llegara la orden con la fecha para rebelarse, pero no tuvo oportunidad de orear el armamento porque erró de bulto camuflando la impedimenta. Sus conjurados conocían de la sublevación por avisos telefónicos (recogieron ejemplares del bando de

guerra que les llegaron de la capital navarra en autobús, pero ni llegaron a distribuirlos ni se decidieron a pegarlos en las paredes) y porque, incluso, el gobernador civil de Pamplona, a quien los conspiradores habían dejado escapar sin una magulladura –algo milagroso en aquellas horas–, se había dirigido a esa ciudad huyendo de la quema que se preveía en toda Navarra y largó de plano la que se les venía encima si alguno plantaba cara a Mola. Incluso, el general Muslera estaba al cabo de la calle en cuanto a los movimientos del carlismo y se encargó de hacer sonar el cornetín cuando llegó la fecha de dar el paso al frente, aunque con escasa fortuna.

La mayor parte de las armas carlistas estaban en escondites de la iglesia del Buen Pastor y allí Muslera logró reunir más de doscientos voluntarios que no tuvieron tiempo para gran cosa porque el sacristán, que conocía de la martingala, avisó a un grupo de nacionalistas vascos que con la ayuda de militantes de organizaciones sindicales, comunistas y anarquistas desbarataron el intento hasta apoderarse del arsenal, que acabó en Azpeitia distribuido entre los no sublevados. La escaramuza por mantener San Sebastián junto a los sediciosos costó la vida a Carrasco (asesinado por milicianos bajo el puente del Urumea, de un tiro en la nuca) y a Muslera, pero también murieron otras doscientas personas en los combates callejeros, entre ellas la mujer del cónsul de Finlandia, Hauxine Harmens, que falleció cuando era conducida herida en una ambulancia municipal (había recibido un balazo en el vientre tras asomarse al balcón de su domicilio) y se cruzó con las ametralladoras de los soldados que el coronel había mandado para tomar la ciudad desde el cuartel de Loyola; murió de varios disparos que atravesaron el coche y se incrustaron en su cabeza.

A pesar de los malos augurios los tradicionalistas no cejaron en el empeño y un grupo dirigido por Elías Querejeta y Pablo Echeverría consiguió salir de San Sebastián y marchó hasta Leiza, donde formaron el tercio de San Miguel y mataron el tiempo cantando con sus homónimos navarros el *Oriamendi* y el *Gernika'ko* arbola hasta que recibieron el encargo de hacer el camino inverso para colaborar con las tropas que estaban llegando desde Pamplona para asaltar las principales poblaciones guipuzcoanas y conquistar la capital.

El canciller alemán Bismark había dejado escrito algo que Emilio Mola recordada a sus colaboradores muy a menudo: «Nunca se miente más que antes de unas elecciones, en la guerra y después de una cacería». Previamente a salir camino de Burgos el general hizo llegar un recado a los directores de los diarios locales, Raimundo García y Francisco López Sanz, para que tanto *Diario de Navarra* como *El Pensamiento Navarro* no cayeran jamás en el juego de las palabras y se atuvieran a los partes que la autoridad militar hiciera públicos desde su cuartel central.

Como quiera que ambos periódicos no eran ya sino parte de la maquinaria golpista que los sublevados habían puesto en marcha, *El Pensamiento Navarro* no esperó un minuto más y advirtió a sus lectores el veinte de julio, con una nota en su primera página, de los peligros que conlleva no mamar de la fuente oficial para conocer la exactitud del avance de las tropas hacia la victoria final: «Tengan presentes todos los navarros que hay un interés grandísimo por parte de algunas emisoras de radio de desorientar a la opinión y esto es debido a la reiterada forma de dar noticias absolutamente falsas». Diez líneas más abajo el periódico rescataba su pro-

pia versión de la realidad patriótica: «Comunica de Logroño el comandante militar de aquella plaza que por noticias radiotelegráficas el general Franco se encuentra en Córdoba con dos tabores de Regulares, tres banderas del Tercio, dos batallones, fuerzas y servicios. Se asegura que el Gobierno español ha pasado la frontera francesa». Ése era el grado de rigor informativo.

Abundando en la misma línea de adoctrinamiento el periódico volvía a la carga el día siguiente -una constante mientras duró la guerra- publicando otra entrega de morralla: «Para que pueda apreciar el pueblo español las falsedades a que en estos momentos se recurre por las fuerzas del Frente Popular y por los enemigos de España, la Radio España ha tenido la osadía de transmitir esta tarde la noticia de que el general Mola había sido detenido y enviado a Barcelona y la del mismo modo falsa que el general Sanjurjo, que había salido de Portugal y se dirigía a España, tuvo un accidente a consecuencia del cual falleció».

En la carrera por deformar la realidad, de retorcerla hasta hasta acomodarla a la conveniencia propia, *La Gaceta* de Tenerife dio un paso más y aseguró que el presidente Azaña había sido detenido en Santander («cuando se disponía a pasar al extranjero»), Mola había tomado el Ministerio de la Gobernación en Madrid y el teniente coronel Agustín Muñoz Grandes iba a hacer lo propio, en cuestión de horas, con el palacio de Comunicaciones, y todo ello antes de que llegara la tarde del lunes veinte de julio. Mientras *Mundo Obrero* titulaba sobre el fracaso total de la revuelta militar y la victoria absoluta de las fuerzas leales a la República *ABC de Sevilla*, en un suplemento extraordinario publicado a los tres días de la sublevación, acotó los términos de la con-

tienda que estaba por llegar con once palabras patibularias: «Guerra a muerte entre la Rusia roja y la España sagrada».

La primera batalla por la desinformación se libró en los medios de comunicación y a ellos tuvieron que recurrir quienes vieron peligrar su vida porque estaban en zona hostil; así ocurrió con el Partido Nacionalista Vasco (PNV), cuyos órganos de Álava y Navarra (no así los de Guipúzcoa y Vizcaya, que se pusieron al lado de la legalidad republicana ab initio) prefirieron en las primeras horas de la marea carlista sumarse a la corriente patriótica aún a costa de quedar en ridículo para la historia.

El veinte de julio el Napar Buru Batzar, la ejecutiva regional del PNV en Navarra, cuya sede había sido destrozada, las instalaciones de su periódico destruidas, el director detenido y sus dirigentes (algunos ya en la cárcel) señalados con la mirilla de los fusiles de los facciosos, entregó a la luz pública una nota que reconfortó los ánimos tradicionalistas, hermanos de leche en creencias religiosas. «El PNV de Navarra», decía el aviso que publicaron los diarios de Pamplona, «hace pública declaración de que, dada su ideología católica y fuerista, no se ha unido ni se une al Gobierno en la lucha actual, declinando en sus autores toda responsabilidad que se derive de la declaración de adhesión al Gobierno aparecida en la prensa, sobre la que podemos asegurar no ha sido tomada por la autoridad suprema del partido».

El sindicato Solidaridad de Trabajadores Vascos (ELA-STV) hizo lo propio y en otro comunicado que apareció en los diarios pidió a sus afiliados que fueran a trabajar con normalidad, «ya que si no esta Junta Directiva incurrirá en la sanción prevista en el bando del general Mola».

Las confesiones públicas de quienes –como el PNV– finalmente apoyaron la República no fueron impedimento

para que grupos de facinerosos locales, que provenían del carlismo y de los camisas azules de Falange Española, remarcaran el odio sobre todo aquello que no fueran sus propias creencias y de noche, alevosamente, formaran partidas de matones revestidos de armamento justiciero y asesinaran en Navarra -donde no hubo frente de guerra- con una mezcla de odio, rencor y gusto en el regodeo a casi tres mil inocentes a lo largo de los treinta y tres meses siguientes, sin distinguir entre personas sin filiación política, socialistas, comunistas, nacionalistas vascos o simplemente republicanos: unos de un tiro en la nuca, otros de un disparo en la espalda, aquellos arrojados vivos a simas profundas y los menos frente a fusileros que habían recibido órdenes de la superioridad.

Fue tan burdo el escarnio de los sañudos verdugos que, a sólo cuatro días de la sublevación de Mola, el jefe regional del carlismo en Navarra, Joaquín Baleztena, que tenía ojos para ver, oídos para escuchar y corazón para sentir, mandó a los periódicos el día 23, santa Brígida, viuda y pobre, un texto oficial que los familiares de la víctimas asumieron como la más completa prueba inculpatoria de los pistoleros: «Los carlistas, hijos, nietos y biznietos de soldados, no ven enemigos más que en el campo de batalla. Por consiguiente ningún movilizado voluntario ni afiliado a nuestra inmortal Comunión debe ejercer actos de violencia, así como evitar que se produzcan en su presencia. Para nosotros no existen más actos de represalia lícita que los que la autoridad militar, siempre justa y ponderada, se crea en el deber de ordenar».

El General Mola llegó a Burgos con una ayuda de la Diputación Foral de Navarra de dos millones de pesetas, el rema-

nente de la aportación del partido de Gil Robles (prácticamente los cien mil duros) y la promesa carlista de iniciar una colecta de dinero y joyas por doquier cuyo destino fuese la compra de armamento. Habían bastado tres días de combates esporádicos para que el general estuviera agobiado por lo que veía; pero más por lo que presagiaba para el futuro. Instalado en Burgos reunió a un grupo de notables exilados madrileños, monárquicos en su mayoría, y habló en un tono a veces tartamudeante, a veces cortado y autoritario, todo lo claro que su carácter le permitió.

— Los militares a sus puestos en la batalla y ustedes a buscar armas y apoyos — le dijo a José Ignacio Escobar Kirkpatrick, marqués de Valdeiglesias, director de *La Época*, diario suspendido por el Gobierno diez días atrás.

— Mi general — preguntó Escobar — ¿conoce usted los planes de Franco? ¿Cómo piensa llegar a la península?

— El general Franco ya se está moviendo con emisarios en Italia y Alemania. Ustedes deben de conseguir los apoyos en Italia, sobre todo, porque la situación de gravedad ha pasado el Rubicón: únicamente tenemos 26,000 cartuchos para todo el Norte. Si ahora mismo nos atacaran por la retaguardia, señores, todos muertos.

— ¿Y Franco?, insistió Escobar.

— Olvídense de Franco, que se orienta muy bien él solo, y no es el motivo por el que les he convocado. Están ustedes aquí, dijo con cara de vinagre, porque si Francia ayuda a la República, la victoria caerá del lado republicano. Pero si a nosotros nos socorren Italia y Alemania, la cosa cambia radicalmente de orientación. Franco ya ha hecho gestiones en Alemania, pero no sé si rematarán en algo positivo. El Ejército español, en los dos bandos, tiene tantas carencias materiales que una pequeña ayuda externa desequilibra la

balanza. Como quiera que de política internacional no entiendo mucho les he llamado a ustedes, aseguró mirando en dirección a Pedro Sáinz Rodríguez y Antonio Goicoechea. Averigüen qué va a hacer el gobierno francés, si va a suministrar armas a Madrid y de qué tipo. Y si Alemania va a atender la petición de Franco. De momento, para nuestras operaciones más inmediatas, me conformo con diez millones de cartuchos del siete.

El diputado de Renovación Española, Antonio Goicoechea, experto en limosnear ayuda italiana, exclamó en voz baja:

—Casi nada al aparato.

Franco estaba en Ceuta meneando perinolas de aquí para allá con la esperanza de conseguir aviones en los que transportar las tropas africanas hasta la península. Las Instrucciones Reservadas que había redactado Mola como si de un manual para la sublevación se tratase no servían para nada desde el día diecisiete y la tarea en la que el futuro caudillo estaba volcado era procurarse el medio de transporte que Kindelán había recomendado, aunque lo hacía sin dinero y fiando la anhelada ayuda a la proximidad ideológica que trataba de exudar con Mussolini y Hitler. En Europa se estaba viviendo una partida de ajedrez en la que Alemania trataba de extender peones mirando de reojo los movimientos de Gran Bretaña, hasta que estalló la guerra en España y los dos dictadores vieron la necesidad de ayudar a Franco para ampliar su catálogo de adictos a la causa totalitaria antes que otras potencias —Gran Bretaña, Francia o Rusia— decidiesen hacer lo propio con el Gobierno republicano, que día tras día mendigaba una ayuda que los franceses denegaron en su mayor parte y los rusos entregaron —a cambio de ingentes cantidades de oro— tarde.

En ese ir y venir el gobierno italiano dio un paso al frente, optó por comprometerse en la contienda y los tres últimos días de julio Franco tuvo a sus órdenes doce bombarderos Savoia-Marchetti S.81, aunque lo que de verdad alegró su cara fue la noticia de que Hitler enviaba treinta Junkers JU-52, el avión de transporte que el general golpista necesitaba para desplazar las tropas; llegaba la guerra de verdad. El propio Franco fue de los primeros en utilizar el puente aéreo que Kindelán había discurrido y el dos de agosto, san Eusebio de Vercelli, obispo, salió de Tetuán para cruzar el estrecho y aterrizar en el aeródromo de La Tablada, en Sevilla, donde Queipo –ambos se tenían una antipatía mutua de proporciones considerables– escenificó su servilismo dando abrazos a su nuevo jefe hasta dejarlo doblado.

Como quiera que no había tiempo que desperdiciar y los planes estaban muy claros Franco dio la orden de movilización (que tan sólo su estado mayor conocía):

– Hay que pasar el convoy y lo haremos mañana, día cinco. Que la tropa embarque de noche.

La tropa (unos dos mil quinientos hombres que proceden de la Legión y los Regulares, soldados indígenas que causan miedo con sólo pronunciar su nombre) consigue llegar a Algeciras en barcos mercantes y de pescadores –sorteando la deficiente Armada republicana– propinando un soberbio bofetón a los planes del Gobierno de Madrid, que contaba con mantener aislado el ejército peninsular de las unidades africanas hasta sofocar la rebelión planificada por Mola.

Atiborrado de frenesí Franco está a lo que está y ordena de nuevo el transporte de más efectivos utilizando exclusivamente los Junker alemanes que tan excelso resultado

han recogido: en diez días más de quince mil soldados llegarán al sur de la península (junto con medio centenar de cañones y casi trescientas toneladas de munición) y comenzará la marcha sobre Madrid de la que tanto hablan las gentes que apoyan el golpe de Estado.

Con esta tropa a sus órdenes Franco resolvió instalarse un tiempo en Sevilla, en el palacio del marqués de Yanduri, don Pedro Zubiría e Ybarra, una vez requisado para el servicio de las tropas que se autodenominaban nacionales (aunque sus principales efectivos fueran moros, su aviación italoalemana, sus tanquistas italianos, los bombarderos alemanes, los espías portugueses...). Allí emerge un remedo humano, el general Millán Astray, fundador de la Legión Española –al que le falta un antebrazo, un ojo, media mandíbula, parte de un pómulo, de la dentadura, los huesillos del oído izquierdo...– que ha llegado en barco desde Buenos Aires, donde le sorprendió el levantamiento cuando estaba de gira pronunciado conferencias para ganarse un sobresueldo (siguiendo los pasos del ayudante de Alfonso XIII, el coronel Juan Vigón Suerodíaz, retirado por la Ley Azaña). Mola, que lo considera un tipo histriónico y bastante indiscreto, no contó con él en los preparativos de la sublevación y se enteró de la revuelta por la radio bonaerense, según pavoneó nada más llegar:

–Le comenté a mi mujer: Elvirita, dice la radio que la Legión se ha sublevado en España y que Franco está en Tetuán al mando de las tropas. Aquello fue como escuchar: ¡A mí la Legión! Ahora mismo nos volvemos para España, Elvirita, consigue un par de billetes en el primer barco que vaya a Lisboa –contó el mutilado al general Franco para revelar su retraso de incorporación a las unidades africanas

Mientras el puente aéreo dure Franco prepara con su estado mayor la estrategia para alcanzar Madrid y el modo de auxiliar a las tropas de Mola, que tiene varios frentes abiertos pero no progresa como hubiera podido deducirse de su antigua y acreditada eficacia, piensan. La ayuda militar italoalemana prospera de tal manera que a la entrega inicial de aviones seguirán otras con armas, municiones, tanques y, finalmente, unidades militares que se incrustan en la guerra hasta las corvas, mientras la tropa republicana recibe mucha solidaridad internacional pero poco apoyo material; en esta carrera sin límite por sumar pertrechos de guerra que ayuden a ganar las batallas los militares sublevados llevan ventaja y más pronto que tarde se habrá de notar. Las entregas de sus aliados –que pasarán a ser quincenales– hacen que Franco controle de hecho todo el ejército sublevado aunque todavía no sea su jefe efectivo, y se convierta en el foco internacional de una guerra que, a la postre, acabará siendo un ensayo experimental de lo que está por llegar más al norte de Europa.

Hace unos días el general habló por la radio dirigiéndose a su parroquia –pero sobre todo al mundo exterior– para fijar dónde radica el meollo de la cuestión: «Ya no hay duda para nadie porque, o se está con el comunismo y Moscú, sacrificando a España y su civilización cristiana, o con los cruzados de una patria grande, poderosa y respetada», dijo masticando las palabras, a lo que el dirigente socialista y futuro ministro de la Armada cuatro semanas después, Indalecio Prieto, responderá con un nuevo ninguneo: «¡Están locos! ¿A dónde van? ¿No ven que los medios para conseguir la victoria están en nuestras manos: dinero, utillaje,

industria, la flota, la aviación, el material, los hombres? El levantamiento, al no haber conseguido su triunfo por la sorpresa, está fatalmente condenado al fracaso. Nosotros tenemos todo y ellos nada. El triunfo de la causa republicana es seguro».

Para aunar criterios entre los sublevados, aún a costa de levantar ronchas en aquellos que no lo consideran decisivo, Franco preparó una ceremonia de símbolos en el balcón principal del ayuntamiento de Sevilla y el quince de agosto, festividad de la Asunción de la Virgen, entronizó la bandera monárquica junto a Queipo de Llano, que disfrutaba de una mirada aviesa que no podía ocultar por más esfuerzos que hiciese. A su lado estaba el desecho humano que fundara la Legión –al que Franco acababa de encomendar la misión de dirigir la nueva Oficina de Prensa y Propaganda– que no dejó pasar la oportunidad de hablar a la multitud y se estrenó con una pantomima gritando:

–No les tenemos miedo. Que vengan, que vengan y verán de lo que somos capaces a la sombra de esta bandera.

De la muchedumbre se escuchó una voz que daba vivas a su apellido. El general legionario respondió colérico:

–¿Qué es eso? Nada de gritar viva Millán Astray. Gritad todos conmigo, con toda la fuerza que seáis capaces: ¡Viva la muerte! ¡Viva la muerte! ¡Vivaaaaaa laaaaaaaaaaa mueeeeeerteeeeeee!

La audiencia respondió con más vivas. Y Millán, mirando a Franco, contestó:

–Ahora, que vengan los rojos. ¡Todos a morir! ¡Viva la Legión! ¡Viva la Legión! ¡Viva la Legioooooooooooooooooón!

El último grito lo acompañó lanzando su gorra de general legionario a la multitud, con un gesto de desprecio histórico por la muerte.

Franco está por Sevilla pavoneando su hazaña al cruzar el estrecho, Emilio Mola se encuentra en Burgos tratando de poner un parche a lo que algunos de su entorno han denominado el 'problema Sanjurjo'. Desaparecido el marqués del Rif por un accidente de aviación ridículo, el movimiento levantisco se ha quedado inicialmente sin referencia jerárquica y Mola solicita del general Cabanellas que asuma la Presidencia de un órgano colegiado que deberá marcar la pauta de lo que será el nuevo orden, que ellos ya denominan «patriótico».

Cabanellas, que es masón, republicano, incluso bien-intencionado, acepta el envite y a Mola le falta tiempo para correr hasta Radio Burgos con el propósito de abastecer el primer parte de guerra, en el que proclama:

Españoles, el ímpetu arrollador de vuestro entusiasmo y de vuestro heroísmo comienza rápidamente a cristalizar en bienes espléndidos que os agradece la patria. Más de las ocho décimas partes del territorio nacional lo habéis reconquistado para la historia. Tan pujante triunfo, tan definitiva conquista, requiere ya, con premura, que la nueva España se reincorpore al concierto de los países civilizados y dialogue con ellos. El Gobierno de la República, disuelto al corrosivo de la barbarie que tutelaba, ha entregado el poder de la capital de la nación a las turbas abandonadas a sus odios. Por imperativo patriótico, por deber inexcusable, hemos de apresurarnos, seguros ya de la victoria, a asomar los ojos por encima de la frontera y decir al mundo que España está en pie. A estos fines, en el día

de hoy, en la gloriosa ciudad de Burgos, y hasta la formación del Gobierno provisional queda constituida la Junta de Defensa Nacional de España, en la cual se resumirán el pensamiento y el sentido que os embravece para poder, mediante una acción vigorosa y rectilínea, serena, fuerte y responsable, desarrollar las medidas primeras de reconstrucción, de orden y de disciplina que reclaman millones de pechos españoles. El presidente de la Junta de Defensa Nacional de España es el ilustre general de División del Ejército don Miguel Cabanellas, el más antiguo de los generales de División afectos al movimiento, figura venerable y patriótica, que ya prestó a la nación muy altos servicios.

En estos días de radiante resurgimiento nacional no debéis ninguno de vosotros ahorrar un hecho, por nimio que sea, que os demande vuestro bien probado patriotismo. ¡Viva España!

El siguiente avance de los sublevados fue constituir la junta que presidió Cabanellas y que, de acuerdo a las preferencias de su gestor, la formaron los generales de División Andrés Saliquet, de Brigada Miguel Ponte, Fidel Dávila y Emilio Mola, y los coroneles de Estado Mayor Federico Montaner y Fernando Moreno Calderón (ninguna referencia a Franco, Queipo de Llano o Yagüe). Al día siguiente, veintitrés de julio, la Junta tomó posesión de las tierras conquistadas por las armas haciendo público un nuevo pregón dirigido a los españoles (redactado por Mola) en el que anuncia que asume transitoriamente el poder hasta que se constituya en Madrid el Directorio Militar que pretende gobernar el país -algo que nunca verá la luz- y

dice que, «con el espíritu sereno y disipados de los entendimientos las nieblas del rencor y de la fatiga», su misión inicial será «elevar el corazón por encima del torbellino fragoroso de la lucha dolorosa para mostrar y garantizar a los pueblos hermanos del mundo que nos contemplan, España no ha roto el hilo de su continuidad gloriosa y reivindica su derecho a un puesto en la comunidad de naciones más ilustres. Cada uno cumpla con su deber en este momento con firmeza y con la fe con que nosotros nos disponemos a cumplirlo. ¡Viva España!».

Por si hubiera alguna duda, y con el objetivo de unificar criterios, el primer paso de la Junta fue firmar un decreto en el recién creado Boletín Oficial del Estado por el que se vuelve a declarar el estado de guerra, aunque esta vez en todo el territorio nacional, estuviera o no bajo su control. El segundo movimiento será nombrar a Franco jefe del Ejército de Marruecos y Sur de España, y ratificar a Mola como general jefe del Ejército del Norte; el tercero fue un brindis al sol porque Cabanellas destituyó al general Sebastián Pozas en su cargo de inspector general de la Guardia Civil (estaba en Madrid trabajando al servicio del gobierno legítimo) y, para redondear la faena, un cuarto decreto nombró al general de Brigada Federico de la Cruz Boullosa nuevo inspector general del benemérito cuerpo, con residencia y mando en Valladolid, ciudad bajo el control sedicioso. *ABC de Sevilla*, el legítimo diario monárquico (la edición de Madrid estaba bajo control del gobierno, incautada), siguiendo el hábito de ningunear a Caba359

nellas por republicano y masón, publicó la información sobre la constitución de la Junta de Defensa Nacional de España en un suelto oculto de pocas líneas.

Ajeno al ajetreo burocrático que enfervorece Burgos el coronel García Escámez, con sus voluntarios navarros, a los que se han sumado otros, castellanos, que llegan de provincias cercanas al frente, ha soslayado Somosierra y a fin de mes está ya en Lozoya con ganas de guerrear para tomar Navafría y ver, al fondo de sus prismáticos, la ciudad del deseo que llaman Madrid. No deviene asunto fácil: el avance de sus tropas es extremadamente pesado porque la aviación republicana no sólo causa bajas sino que infunde un pánico terrorífico entre los voluntarios, la mayoría de los cuales no ha visto –ni de lejos– un avión en su vida. La marcha es lenta, la moral decae entre quienes se han apuntado a la excusión pensando que viajan de gratis a Madrid y, además, no hay munición (Mola lo acaba de reconocer: «Tengo 25,000 cartuchos para todo mi ejército»). El coronel García Escámez y sus columnas están varados en la sierra de Madrid, y a Mola principia a hincharse la vena de la frente, lo cual presagia tormenta futura.

En Pamplona las nuevas autoridades han comenzado a impartir doctrina con una mano y con la otra perseguir a quienes consideran no afectos. El gobernador ha prohibido las fiestas de los pueblos porque no es patriótico que unos se diviertan mientras otros mueren por España, la Diputación ha hecho pública una orden en la que no se autoriza a las mujeres ejercer de camareras ya que no es trabajo femenino, y el ayuntamiento de la capital está purgando a sus funcionarios sin otra distinción que no sea la afección o no que profesan a eso que denominan nuevo orden patriótico: ha destituido, en un mismo acto, al médico municipal, al sepulturero, un barrendero, varios maestros,

un matarife, el conserje...; otros correligionarios del alcalde van más allá y a medida que de los frentes de batalla vuelven a casa los cadáveres de los primeros voluntarios –que son tratados como héroes– suman más muertes con las personas que asesinan por no pensar como ellos creen que piensan. La retaguardia navarra es mucho más peligrosa que el frente para quien no aplaude con alharaca el nuevo orden que los facciosos proclaman a tiros.

El objetivo de los voluntarios que los carlistas están reclutando los primeros días para marchar sobre San Sebastián es la población navarra de Vera de Bidasoa, junto a Irún, ya que los carabineros del puesto se han declarado leales a la República y no quieren rendir el cuartel sin presentar batalla. A tal efecto el día veinte salió de Pamplona una columna de requetés en camiones y autobuses (los voluntarios pasaron la mañana en los bares de la capital haciendo acopio de vino para los próximos días) que consiguió llegar hasta Sumbilla, donde pernoctó al raso, y a la mañana siguiente entró en Vera de Bidasoa sin disparar un cartucho ya que los carabineros abandonaron la posición tras conocer que los carlistas habían jurado tomar la villa a sangre y fuego. Los fugados lo han hecho cruzando el puente de Enderlaza pero en su huida han colocado cargas de dinamita que explotan antes de que lleguen las tropas que manda el teniente coronel José Cabello, carabinero y leal a Mola, cortando de cuajo las posibilidades de llegar a Guipúzcoa por la vía más rápida.

Conquistar Vera de Bidasoa es una victoria pírrica porque los requetés no pueden seguir adelante al estar volada la única carretera de acceso a Irún (ninguno quiere echarse al agua y cruzar el río a nado, porque la mayor

parte de los voluntarios ni flota ni sabe nadar) y optan por quedarse en el pueblo, en la salida, recostados en las acequias; aunque no han sudado el uniforme hace mucho calor y se toman la guerra como un juego de escaramuzas.

A Mola, que tiene permanentemente un ojo mirando a la frontera con Francia, la noticia que recibe desde Vera de Bidasoa le encabrona de tal forma que envía un motorista con una orden firmada de destitución del teniente coronel Cabello y encarga al coronel Beorlegui que se haga cargo anticipadamente de la columna (no había acabado todavía de establecer el plan de vigilancia policial de la capital navarra) y tome Irún sin dilación alguna.

— Te libero ahora mismo de la obligación de mantener el orden público en Pamplona y sal pitando para Vera porque tenemos ya los primeros problemas. Has de llegar hasta Irún y cortar las comunicaciones con Francia echando hostias. Nos va la vida en ello, Beorlegui, no me jodas.

— A sus órdenes, mi general. Si hay tropa, estaremos en Irún en dos días.

— ¿Cómo que si hay tropa?

— Mi general, no todos los que estos días llevan uniforme pueden ser considerados soldados. Usted ya me entiende.

— Arrégleselas como pueda, pero avance sin parar. Ésa es mi decisión.

— A sus órdenes, mi general.

El coronel Beorlegui llegó a Vera y su primera medida fue abroncar a los mandos y a todos los integrantes de la columna, a los que hizo formar en el centro del pueblo antes de marchar de nuevo hacia Enderlaza para tratar de cruzar el río Bidasoa de la manera que fuera. La tarde del

día veintiuno comenzaron a escucharse en suelo navarro los primeros disparos de la larga guerra que estaba por llegar, que provenían del otro lado del puente destruido, donde los carabineros fugados, ayudados por milicianos guipuzcoanos, hicieron frente a las unidades enviadas desde Pamplona usando ametralladoras ligeras y fusilería.

Beorlegui, a la vista del panorama que tenía delante, tomó dos decisiones: ordenó a los únicos militares profesionales que formaban parte de la columna, mandados por el capitán Macarro, que dieran instrucción a los voluntarios, al borde de la carretera, y reorientó el ataque girando a la izquierda para iniciar una marcha hacia Oyarzun, en Guipúzcoa, con doscientos cincuenta hombres que seleccionó a rebullón. Mola, que estaba al tanto del cariz de las operaciones, desde Logroño ordenó el envío de armamento ligero hasta Vera de Bidasoa y dio instrucciones para que se formase en Pamplona una nueva columna de voluntarios (cuyos mandos, como otros a las órdenes de García Escámez, son los párrocos de algunos pueblos de Navarra: Miguel Larrañeta, Nicasio Ochoa, Juan Munárriz, Cosme Andueza, que se distinguen a veces por la sotana y siempre por la boina morada. La mayor parte de los clérigos está cambiando el crucifijo por la pistola y las balas) que vaya en apoyo de la tropa de Beorlegui.

La improvisación y las prisas de esta novata formación militar son tan considerables que el convoy tiene un accidente, vuelcan dos coches y muere el primer voluntario, Máximo Albizu, un joven de diecinueve años y natural de Azcona, sin que hayan disparado una bala, aunque su cuerpo fue recibido en Pamplona como los restos del héroe que acababa de fallecer en la gran batalla.

— Hay que tomar Irún como sea — repite Mola para sus adentros cuando marcha en avión hacia Burgos. — Como sea.

La nueva columna, al mando del coronel Ortiz de Zárate, salió para Vera el día veintidós equipada con armamento de Logroño y con la misma falta de formación que todas las anteriores. La orden era asistir a Beorlegui y llegar hasta Hernani, en Guipúzcoa, desde Goizueta, en Navarra, como primer paso para alcanzar el cuartel de Loyola, a las afueras de San Sebastián. Pero todos los intentos que hicieron fueron al traste porque los puentes y accesos estratégicos estaban reventados con dinamita y avanzar por el monte resultaba un martirio, cuando no una temeridad, para aquellos voluntarios sin formación; por ese motivo Ortiz de Zárate decidió regresar a Vera de Bidasoa y al llegar recibió el aviso urgente de un enlace de Beorlegui —que estaba sitiado en Oyarzun— pidiendo ayuda. El coronel consultó con su jefe de Estado Mayor, Carlos Martínez de Campos y Serrano (llegará a ser conde de San Antonio, duque de la Torre y marqués de Lloverra y es sobrino nieto de uno de los más ilustres guiris, el general Serrano, el general bonito, amante de Isabel II, el hombre con más poder en España durante años), qué estrategia seguir para avanzar, esta vez sí, por el monte.

— Creo, mi coronel, que hay que requisar todos los animales de carga que haya en esta zona y avanzar con el armamento a peso, sobre sus lomos. Para mí que no hay otra.

— Organice ahora mismo una partida y confisque los bueyes que sean menester. Hay que llegar a Oyarzun.

La marcha dura una jornada y la columna semeja una romería, con sus voluntarios que llevan la bota al hombro, el fusil a la espalda y carretas de bueyes que trans-

portan por veriles una batería de montaña entre un mar de helechos. Para su fortuna llegan hasta la posición de Beorlegui en tiempo y lo liberan del asedio, tras un día de combate cruel que deja muertos en los dos bandos. Y también un botín de guerra que habrá de minar la moral de los republicanos guipuzcoanos; en su huida hacia San Sebastián han dejado en camilla el cuerpo del jefe que mandaba las tropas, el comandante de Estado Mayor Augusto Pérez Garmendia, herido de extrema gravedad en el vientre.

Beorlegui ha sufrido varias bajas entre heridos y muertos –aunque llevan el escapulario que propaga «Detente bala, el corazón de Jesús está conmigo», advierten que el fieltro no es coraza suficiente frente a los disparos y el mortero– porque las tropas enemigas han resistido con un valor que le sorprende; por este motivo, tras conocer que tienen preso a Pérez Garmendia, marcha a las afueras de Oyarzun para recoger al cautivo y se encuentra en una camilla desvencijada un cuerpo rebozado en sangre, lívido, que está esperando la muerte sujetando los intestinos con la poca fuerza que tienen sus brazos.

–Quiero que entregue esto a mi mujer en Tafalla, ruega el moribundo bisbiseando antes de expirar.

Alfonso Beorlegui, de quien todo el mundo dice que es un tipo duro y bregado en muchas batallas mientras sirvió en el Marruecos español, acepta desconcertado un sobre prendido a una maraña de cordeles con la última voluntad de Pérez Garmendia que, de seguido, cierra los ojos, vomita un hilillo de sangre y da los últimos estertores, broncos, secos, antes de morir: contiene 1,125 pesetas que el coronel hará llegar a su mujer junto con el cadáver, cinco días después.

La primera batalla ha sido una experiencia para una tropa sin apenas formación y también una descarga de adrenalina que las próximas cuarenta y ocho horas se va a incrementar porque los requetés, bajo las órdenes de Beorlegui, reciben el mandato de fusilar a quienes, en los caseríos próximos a Oyarzun, hubiesen ayudado a los milicianos que defendían la posición. Olean tanto las armas contra caseros que nada entienden y que desconocen qué es una guerra que son asesinados cerca de una docena de civiles por la simple sospecha de no abrazar la sagrada causa de los sublevados, aunque fueran tan católicos, fueristas y meapilas como ellos.

El eco de estas muertes es de tal calibre y profundidad que llega pronto a las autoridades de San Sebastián, y la columna de Beorlegui adquiere el calificativo de carnicera por los muertos que van quedando en las cunetas al paso de sus gentes. El propio coronel, que capta en la radio de campaña emisoras de la capital guipuzcoana que vocean sus hazañas sangrientas, se encoleriza y da gritos a su estado mayor en medio del campo:

—Pero, sandiós, que esto es una guerra. Que aquí o matamos o morimos, la hostia. ¡Que si yo no mato me matan, cojones!

Con todo, aconsejado por el capitán Vázquez Miñarro redacta un escrito de su puño y letra que envía a los periódicos de Pamplona con un emisario para que sea publicado de inmediato y lo aventen de la manera que estimen conveniente, porque las acusaciones de matarife le sublevan hasta el paroxismo. La nota dice:

«Guipuzcoanos: no hagáis caso de falsas noticias ni de informaciones tendenciosas facilitadas por los que os quieren mal; yo por mi parte sólo os digo que, con todas

las fuerzas de mi corazón, estoy esperando el momento de que, terminada la lucha, podamos apretarnos en un abrazo fraternal y recordar nuestra antigua e imperecedera amistad al grito de ¡Viva España! Ni somos facciosos ni medievales. Somos nobles e hidalgos patriotas. ¡Viva España! ¡Viva Vasconia!».

Cuando Beorlegui, días después, leyó su comunicado en los periódicos respiró profundo, pidió la bota de vino, se santiguó, se echó a la boca un trago de clarete fresco y luego comentó a sus oficiales:

—Y ahora a la trinchera, que lo nuestro es dar explicaciones a tiros.

La movilización de voluntarios navarros es una constante los primeros días del levantamiento porque allí donde Mola considera que no están cubiertos todos los flancos —es el caso de Zaragoza— tira de la leva pidiendo nuevos combatientes, que van brotando cada vez más a regañadientes y para evitar males mayores, ya que negarse a la recluta obligatoria conlleva dos inconvenientes: tener que huir del domicilio y arriesgarse a ser fusilado, no por falta de colaboración con los sublevados sino por auxilio a la República. Con estas premisas quien tiene sólo dos dedos de sesos en la frente se va al frente, aunque acongojado y de muy mala gana, para sumar efectivos con los que Mola quiere taponar los costados de aquellos puntos que, a los siete días de haberse levantado en armas, resulta evidente que no están cubiertos.

El caso de Zaragoza es palmario, según explicó en Pamplona al coronel Solchaga el jefe carlista de Aragón, Jesús Comín, comisionado por el Estado Mayor de la Ca-

pitanía General de aquella región, cuando reclamó ayuda para defender el flanco este de la ciudad, desnudo en sus defensas y dejado temporalmente al desamparo. Ante una petición de semejante urgencia para una capital de tamaña importancia el carlismo navarro estiró el banderín de enganche y en horas veinticuatro formó una nueva columna de casi mil doscientos efectivos que marchó hasta la capital aragonesa el día veintidós, santa María Magdalena, en un tren especial donde viajaron oficiales profesionales, un puñado de sacerdotes de boina morada, el diputado foral Jesús Elizalde y el jefe carlista local Ignacio Baleztena; el tren era una fiesta porque la tropa marchaba, bullanguera, cantando (repiten: '¡Viva el follón, viva el follón, viva el follón bien organizado!') y saludando al paso de las poblaciones que sorteaba en su camino hacía Aragón.

El convoy, como casi siempre en las marchas carlistas, resultó un aglomerado de sensaciones, inquietud, miedo, curiosidad y ganas de sacar las armas a pasear, aunque el viaje fuese un tormento. Con todo, tras más de cinco horas de un traqueteo capaz de desencajar las costillas a cualquiera, Baleztena anunció a voz en grito que el viaje estaba llegando a su fin porque se adivinaban, a los lejos, las torres de la basílica del Pilar, el ícono que cualquiera podía reconocer como propio de esa ciudad. Los voluntarios se inquietaron y los oficiales que mandaban la columna pidieron sosiego y disciplina para cumplir las órdenes.

— De aquí no se mueve nadie hasta nuevo aviso, comunicó un capitán.

Sin embargo, al llegar a las inmediaciones de Zaragoza el tren aminoró su marcha hasta avanzar al paso y se frenó frente a las agujas de la estación, so pretexto —dijo el maquinista— de que parecían estar fuera de lugar.

—Es cuestión de unos minutos solventar el problema. Una cuadrilla de compañeros que hace el mantenimiento de los accesos va a salir de las cocheras para revisar las vías, cuenta el maquinista bajándose del convoy. Estarán aquí en un santiamén.

Los carlistas que dirigen la columna no acaban de creerse la excusa porque sospechan de todos los ferroviarios y el teniente coronel que comanda la tropa, Alejandro Utrilla, instructor de requetés en la clandestinidad los últimos años —estaba retirado de la milicia, acogido a la Ley Azaña— se malicia algo peor y pistola en mano, seguido por su ayudante Benito Fernández Lerga, descendió del vagón de cola y se plantó en la cabeza tractora sin dar tiempo a que los ferroviarios salieran de naja. Con el arma apuntando a la sien de un maquinista cárdeno que está soltando vapor por la chimenea y haciendo sonar la sirena, ordenó que el tren siguiera la marcha hasta la estación.

—No se puede, general —contesta el ferroviario. —Las agujas están cambiadas y si continuamos el tren puede descarrilar.

—Déjese usted de monsergas y de mandar señales con el vapor. Siga ahora mismo.

—Le digo que hasta que no vengan los compañeros no es posible avanzar.

Al teniente coronel Utrilla se le revuelve la sangre y suelta un bramido:

—O mueve usted el convoy o ahora mismo ordeno que lo fusilen con todos sus compañeros. Benito —dice dirigiéndose a su ayudante —forme un piquete y vuelva con los fusiles amartillados.

—A sus órdenes, mi teniente coronel —responde Fernández Lerga.

El maquinista comprende que tiene su vida pendiente de un hilo, por lo que manda a los compañeros del fogón hacer un paripé revisando las vías, volcar más carbón en la caldera y él mismo, incrédulo, acaba por liberar el freno cuando ve asomar por un lateral la expedición patibularia que consigna el carlismo.

—Vamos a ver si marchando al paso, sin soltar totalmente el freno, pasamos las agujas... —dice limpiándose la cara con un trapo. —Vamos a ver, general...

—Así me gusta —responde Utrilla —siempre obedeciendo las órdenes de la superioridad.

—Yo no soy militar, general, machaca el maquinista.

—Eso es lo que usted se piensa. Cuando lleguemos a la estación usted, y todos los que están con usted, se van para el frente a defender España de tanto cabrón que anda suelto.

Mirando a su ayudante ordena:

—Benito: escolte a pie con el piquete la cabeza del tren hasta que paremos por completo. Luego, organice la movilización de estos ferroviarios. Por cierto, joven —comenta dejando que su mirada se clave en los ojos del maquinista —yo no soy general, al menos por el momento. Me conformo con ser teniente coronel.

Dicho esto Utrilla regresa al vagón de cola y revela a Baleztena:

—Nos estaban preparando una trampa. Las señales de humo eran para la aviación. Si no estamos rápidos nos hubiesen bombardeado.

—¿Está usted seguro? —pregunta con el rostro demudado el diputado Elizalde.

—Si tiene dudas, quédese aquí.

—No, no, por Dios, vamos a la estación ahora mismo. ¡Ay señor!, estos ferroviarios...

—Estos ferroviarios, señor Elizalde, van a bajar del tren y de seguido, con la ropa que les entreguemos esta noche, marcharán a primera línea de fuego. O quizá los mande fusilar. Lo tengo que pensar.

Los voluntarios están desplegados por toda la zona que los sediciosos controlan pero no avanzan como el general Mola quisiera ya que la forma de oponerse al ejército republicano responde a la vieja práctica de origen colonial de las columnas y los enfrentamientos, las jornadas iniciales, son en zonas montañosas que dificultan, todavía más, el progreso de las unidades. Al Director de la sublevación le preocupa la inactividad y le corroe la falta de progresos en algunas columnas, sobre todo las del Frente Norte en su camino hacia Irún, primero, y San Sebastián, después. Desde Burgos, donde trata de establecer una estructura administrativa capaz de organizar nada menos que un nuevo estado, el Estado Español –punto equidistante de monarquía y república, ya que el terreno que pisan sus soldados no puede ser el Reino de España ni la República de España-, Mola reclama los partes del frente y se consume cuando, sobre un mapa cartográfico, advierte que el coronel Beorlegui avanza, al paso de la tortuga, en zigzag.

La realidad de las primeras jornadas de combates por los valles y montes de los límites invisibles que separan Navarra de Guipúzcoa es que aquellos que estaban radicalmente en contra de la sublevación militar que capitaneaba Mola, aunque muy inferiores en número, se encontraban estratégicamente situados, mientras que las columnas sediciosas deambulaban perdidas en la orografía

y sin comunicación entre ellas. Esta circunstancia adversa fue descubierta por Beorlegui tras un despliegue rápido, a veces caótico en sus resultados, y fue motivo para que el coronel pusiera freno en la ofensiva para dedicar tiempo a la instrucción, hasta lograr una tropa algo más disciplinada de lo que había salido de Pamplona. Al general Mola, siempre tan impaciente, siempre nervioso, siempre celoso de transmitir órdenes para ser cumplidas de inmediato, estos retrasos le sacaban de sus casillas.

A finales de julio la frontera franco española quedó cerrada por decisión del gobierno de París y para los visitantes de la costa vasca, en especial los de San Juan de Luz, el hecho de que unos kilómetros más al sur hubiese estallado un conflicto bélico no era sino un motivo más de visita turística: todos los días grupos de curiosos y veraneantes peregrinaban hasta el alto de Ibardin –al otro lado de Vera de Bidasoa– y desde allí, con catalejos y aparatos ópticos, disfrutaban de un espectáculo en el que los contendientes se mataban a tiros por conquistar lomas de escaso valor estratégico si con ello lograban incrementar su moral y ser reseñados en los periódicos.

Al igual que iba a pasar en la sierra madrileña con los enfrentamientos entre la tropa del coronel García Escámez y los combatientes republicanos, los inicios de la guerra estaban siendo considerados por muchos ciudadanos como la oportunidad para hacer una excursión al campo (en Madrid, los fines de semana casi había más curiosos por las inmediaciones de la sierra que contendientes), habida cuenta que era verano, estaba apretando el calor y los entretenimientos en la España de mil novecientos treinta y seis eran escasos.

bronca diaria por parte de quien era la autoridad suprema, pero se encontraba a trescientos kilómetros sentado en la butaca de un despacho –eso decía Beorlegui– mirando las musarañas. Hasta que una mañana, de sorpresa, cuando estaba paseando bajo el robledal donde había instalado su Estado Mayor –que recorría machacando la cachaba que utilizara en Drius, en las fechas que mandaba una compañía de la Legión– a punto de ordenar un ataque en toda regla, su ayudante interrumpió la arenga y dijo con bastante acojono amarrando el auricular de baquelita:

– Mi coronel, Burgos al aparato, el general Mola.

Beorlegui se apartó del teléfono de campaña e hizo un gesto indicando que no le molestaran.

Por el auricular se pudo escuchar con claridad la voz del general:

– ¿Por qué no avanza esa columna, Beorlegui? Cojones, que ya está bien de tanto retraso. ¡Hay que tomar San Sebastián echando hostias, Beorlegui, echando hostias, que está usted hormigonado en esa posición!

El coronel no se puso al aparato pero gritó con su enorme vozarrón:

– ¡Que tome él Madrid, la hostia, que ya está bien de pedir a los demás lo que él no consigue, copón! ¡Que yo no tengo legionarios, sandiós, que estoy con una tropa que acaba de dejar la azada y no sabe qué hacer con el fusil, mecagüen la puta de oros! ¡Tengo un ejército de labriegos, no de soldados, cagüenlaputa!

Mola respondía con más gritos por el teléfono:

– Me cago en sus voluntarios y en la madre que los parió, no sirven para nada. Para nada, Borlegui. Si usted no tiene cojones, dígalos para que mande otro...

—Que no tengo cojones, sandiós... Que no tengo cojones... —repetía dando mandobles al aire con la cachaba.

—Hasta que no tome Madrid que no me llame. Dígaselo, comandante, que no me llame hasta que no esté en la mitad de la Plaza Mayor pasando revista a la tropa, que me tiene aburrido con tanta homilía.

La comunicación se cortó. Beorlegui dijo entonces al comandante Martínez de Campos:

—Se piensa el general que yo tengo cinco compañías de la Legión, tres tabores de Regulares, dos batallones de infantería y toda la caballería imaginable. Pero si estamos aquí tres y el del tambor con una ametralladora que se encasquilla cada cien disparos... A mí ni Mola ni san Mola me dice cómo debo atacar. Que quede claro. Joder, que yo soy de Pamplona, he pasado siempre los veranos en Donostía y sé lo jodido que es avanzar un metro por estos putos andurriales... Dígale de mi parte que se lea el libro *La geografía militar de España*, del comandante Díaz de Villegas, porque allí lo pone muy clarito: «La región vasconavarra constituye un caos montañoso levantado sobre el camino tradicional de las invasiones que buscan la ruta directa al corazón de España». Me lo sé de memoria, dígaselo, a ver si nos deja tranquilos. De memoria sé qué hay que hacer para llegar a Irún.

Al final, tras cuarenta y cinco días de combates, Beorlegui, con un ejército de casi mil seiscientos hombres —entre ellos, una bandera de la Legión— que Mola fue reclutando mayormente de la mano del carlismo y equipando con armamento que llegó a enviar de todas partes donde pudo (los voluntarios llegaban al frente en mangas de camisa y alpargatas, con una hora de instrucción y los fusiles

sin calibrar), tomó Irún, población protegida por un fuerte, muros de hormigón, alambre de espino y búnkeres.

Conquistar esta ciudad fue el principal dolor de cabeza de Mola, que llegó a abandonar Burgos para instalarse provisionalmente en Pamplona y coordinar los ataques para rendir las principales poblaciones guipuzcoanas. En ellos utilizó armamento y aviación italianos y la pléyade de obuses que desde la mar lanzaron el crucero Almirante Cervera, el destructor Velasco y el acorazado España, la única flota que los sublevados tenían por aquellas fechas en la mar del norte peninsular. A resultas de los combates por ganar la posición Beorlegui resultó herido en la pierna derecha el día anterior a conquistar Irún y falleció un mes después devorado por la gangrena; el coronel Ricardo Ortiz de Zárate, también legionario, fue alcanzado por un disparo mortal cuando se acercaba con su columna a las puertas de San Sebastián, tomada diez días más tarde. Las tropas enviadas por Mola entraron en San Sebastián al cabo de dos meses del levantamiento militar; fue una operación sencilla porque el coronel Beorlegui, que ya había demostrado sus condiciones de carnicero en los pueblos anteriores, difundió un mensaje que las autoridades de la ciudad tomaron en serio: o se rinden o no habrá sino metralla, muerte y fuego. En la disyuntiva de hacer frente a casi dos mil soldados sedientos de sangre o conseguir que la ciudad no fuera saqueada, los leales a la República se retiraron por la costa camino de Eibar.

Entre los requetés que llevaba Beorlegui en lo que se denominaba el Tercio de Lácar (en realidad, varias compañías que sumaban unos dos mil soldados), había una columna que mandaba el capitán Ureta Zabala que la in-

tegran inexpertos carlistas y un antiguo seminarista que tiene un asunto personal que resolver. Resulta que cuatro años antes, en febrero de mil novecientos treinta y dos, el industrial de Pamplona Álvaro Galbete Etuláin había asesinado de un disparo en la cabeza, en el propio Palacio Arzobispal, al canónigo Ezequiel Seminario, por considerarlo autor del informe negativo que dio al traste con su aspiración de conseguir la nulidad eclesiástica de su matrimonio con Olegaria Guerendiáin. Galbete, un hombre adinerado, librepensador y liberal sin condicionantes políticos, buscó todas las vías para anular su matrimonio y vivir en paz con su amante, a la que paseaba por la ciudad nada menos que en un De Dion Buton LB, un automóvil al alcance de una fortuna económica, pero no lo conseguía.

Harto por el rechazo de la sentencia del Tribunal de la Rota, se presentó en el Palacio Arzobispal, pidió conferenciar con el canónigo –al que consideraba autor del informe negativo por el que el tribunal desestimó la nulidad matrimonial– y, cuando estaban sentados los dos en un tresillo, sacó una pistola y le disparó un tiro mortal de necesidad sin que mediara discusión alguna. Después, salió por su pie del edificio y se entregó a la policía. El revuelo que se organizó fue tal que hasta el diario madrileño *ABC* le dedicó varias crónicas en días sucesivos y una página mostrando únicamente fotografías del lugar del crimen.

Pero Galbete, gran jugador de remonte, una especialidad de pelota vasca, logró que el tribunal que lo juzgó considerase que estaba enajenado mentalmente y la condena se tradujo, finalmente, en su internamiento en el manicomio de Pamplona. Meses más tarde logró que lo trasladaran a San Sebastián, y allí se las ingenió para salir del frenopático y

residir en un hotel. No en uno cualquiera, sino en el mejor: el María Cristina. Ocurría, sin embargo, que en la guerra que el general Mola preconizaba, sus partidarios querían, además, venganza. Buscaban venganzas personales.

Y así fue que un familiar del canónigo Seminario, el trece de septiembre de mil novecientos treinta y seis, cuando los requetés al mando de Beorlegui (cojo y con muletas, herido ya de muerte) entraban en la ciudad por la Avenida, pidió permiso al capitán Ureta y, con otros dos matarifes, fueron al hotel, preguntaron por Galbete, lo localizaron en su habitación, lo sacaron a golpes del edificio y le obligaron a colocarse en la barandilla del río Urumea apuntándole con dos fusiles. Al pronto sonaron dos disparos y Galbete cayó muerto, casi en posición fetal, y su cuerpo se inundó de sangre: uno de los disparos le reventó el corazón. Tres días después su hijo Vicente, alférez en las tropas que se autodenominaban nacionales, recogió el cadáver y lo trasladó a Pamplona. A su padre lo habían asesinado sus propios correligionarios por una rencilla de tipo personal, ya juzgada en los tribunales de justicia.

Finalmente el coronel de la cachaba que tantos juramentos vertió los casi dos meses que estuvo al frente de una columna, se fue de este mundo al otro barrio sin haberle dicho a Mola lo que pensaba de él ni de los voluntarios que mandó reclutar para incrementar los efectivos, que habían llegado a la frontera de Irún con más bajas de las que nunca hubiera imaginado (el general estuvo agobiando a Beorlegui hasta sacarlo de sus casillas ya que, nada más pisar la población fronteriza, le mandó una comunicación que decía: «Ahora que están desmoralizados por la paliza que han recibido, no hay que parar. Venga, a conquistar

San Sebastián»). Las prisas de Mola le costaron la vida y los republicanos guipuzcoanos tomaron aire por la desaparición de un militar sedicioso al que consideraban un jifero sin escrúpulos.

Aunque el objetivo de los carlistas era alcanzar Madrid en una semana el plazo se fue alargando a un mes, primero, y luego se pospuso la meta para antes de que finalizara el año: «En navidades, todos a casa», repetían para animarse cuando los sueños bajaron del cielo. España estaba en guerra de norte a sur con frentes en los cuatro puntos cardinales pero el foco lo estaba acaparado Francisco Franco que, desde Sevilla, había enviado hacia la capital una columna integrada por legionarios, regulares (soldados nativos del norte de África, auténticos mercenarios que mataban por dinero, muchas veces a cuchillo con una sangre fría que infundía pavor), voluntarios de cualquier condición y guardias civiles, todos al mando del más falangista de los militares españoles, el coronel Juan Yagüe Blanco.

Esta columna pudo haberse presentado a las puertas de Madrid en un pispás porque recorría, en su mayor parte, tierra calcinada para las aspiraciones republicanas, pero no era ésa la intención de su comandante en jefe, ni la del propio Franco, que había dado una indicación siniestra:

—Allí donde pasemos lo que procede es arrasar para que el enemigo no levante cabeza nunca; no hay victoria completa sin persecución.

Yagüe no necesitaba carga ideológica de semejante porte ya que él mismo destilaba suficiente odio como para reventar las entrañas de quien se pusiera enfrente y fue así que, teniendo conquistada gran parte de Extremadura y

sin que Badajoz fuera un objetivo estratégico, tomó la ciudad después de un bombardeo por tierra y aire terrorífico, aplicándose más tarde en una escabechina contra todo y contra todos que se llevó por delante la vida de casi dos mil personas y dejó el suelo de la ciudad laqueada de sangre. Yagüe justificó el pogromo mencionando que, por avanzar contra reloj, ni podía cargar con miles de prisioneros ni dejar la retaguardia con algún rescoldo que pudiera avivar un posterior incendio.

A sus soldados les dijo sobre el campo de batalla, una vez conquistada la ciudad, «Legionarios: merecéis el triunfo porque frente a los que sólo saben odiar, vosotros sabéis amar, cantar y reír. Allá lejos está Madrid, legionarios, y allí llegaremos todos porque para guiar nuestros pasos en la lucha resucitarán los que aquí cayeron luchando por España. Legionarios de la 16^a Compañía, ¡qué pocos habéis quedado y qué orgulloso me siento de vosotros! Gritad conmigo ¡Viva España, Viva la República, Viva el Ejército!». Luego, reconfortado por la arenga y con la respiración entrecortada, celebró la escabechina ordenando que fuera repartida una ración de vino dulce de Málaga y tabaco de cuarterón a tutiplén.

Desde su exilio en Burgos el general Mola observa con desazón los pasos que está dando Franco y el escaso éxito que sus propios enviados a Italia y Alemania (Escobar, Goicoechea, Sainz y Zunzunegui) están consiguiendo, y eso que cuentan con dinero que les ha entregado un naviero cántabro, Ángel Pérez, y el apoyo –incluso logístico, ya que utilizan su avión– del financiero Juan March. Adquirir armas resulta una tarea trabajosa y casi peor es comprar munición, puesto que los sediciosos buscan, fun-

damentalmente, cartuchos del calibre siete, que no son los que utiliza el ejército alemán.

Además, en la tarea de mercadear armamento, munición y aviones los enviados de Franco tropiezan sin saberlo con los de Mola (actúan como espías, pero se nota que son principiantes), y los proveedores, sobre todo el intermediario alemán Josef Weltgens (un tipo de siniestro recorrido que había sido Oberführer –entre coronel y general–, expulsado del Partido Nacionalsocialista por el propio Hitler, y a quien sus compañeros continuaban utilizando para negocios de cloaca), comienzan a no fiarse de nadie aunque Escobar haya entregado, tras la primera visita, medio millón de francos como señuelo. Así van pasando los días y Mola asume que la tarea de avanzar sobre Madrid es un imposible para su ejército, enfrascado en combates tácticos de los que no se derivan avances sustanciosos.

Por eso el once de agosto, santa Clara de Asís, mística, cuando se produce la primera conversación telefónica entre los dos generales (Burgos y Sevilla han restablecido las líneas telefónicas a través de Mérida), Mola le dice a Franco que se ocupe de las relaciones con las potencias amigas –porque no es labor para su carácter– y que le consiga munición.

– Me bastan diez millones de cartuchos para llegar a Madrid.

– Uf – responde Franco con retranca – eso no puede ser. Habría que esperar un milagro.

– Pues allá te las compongas tú para tomar Madrid. Yo me centro en el norte, que hay tajo suficiente. Escámez está en la posición y conoce las órdenes, pero no hay munición. Algunos días los nuestros disparan con balas de fuego; no te digo más.

—Mira, Mola, en unos días instalaré nuestro cuartel general en Cáceres —contesta Franco— y veremos qué se puede hacer. Cuando haya novedades te las haré saber.

Sin obtener respuesta, cuatro días después el director de la asonada envía a Franco mediante enlace una carta en la que vuelve sobre lo hablado y le comunica que ha conseguido media docena de aviones: «Los hemos adquirido a precio de oro, y eso a pesar de su escaso valor militar, pero me he visto impelido a hacerlo de esta manera ya que era necesario para mantener la moral de la tropa, que si no vuelan por encima de ellos se me arrugan. Ya que tú estás en buenas relaciones con Italia y Alemania es necesario concertes un crédito ilimitado, porque el empréstito de Portugal se está agotando rápidamente».

No exageraba Mola, las avionetas compradas en un incipiente mercado negro —junto con los Breguet XIX de su embrionaria aviación, incautados en aeródromos leales a la causa de los sublevados— había jornadas que bombardeaban a mano, volando a baja altura para soltar sobre los objetivos obuses de artillería, proyectiles de la armada, granadas y bombas caseras que habían fabricado los carlistas; causaban bajas, pero sobre todo aterrorizaban.

En la mitad del estancamiento que tanto alteraba sus nervios Mola recibió una excelente noticia cuando el comandante Fernández Cordón le dijo un mediodía:

—Mi general, su esposa y los niños están ya en Pamplona. Quieren llegar esta tarde a Burgos para encontrarse con usted.

Mola arqueó las cejas y soltó un mohín:

—La buena nueva del mes, Emiliano. Ocupate de encontrarles acomodado hoy y mañana. El lunes regresas

con ellos a Pamplona; prefiero que estén allí y sea yo quien vaya a verles.

— A sus órdenes, mi general.

Aquella tarde fue la mejor de todo el año y a Mola se le vio como nunca, con su Leica al cuello disparando fotos a porrillo, además sin aquilatar el fotómetro. El contento era tan grande que el general mandó a su Estado Mayor que desfilara por el salón de Capitanía y se entretuvo haciendo retratos sobre un fondo de cortinas púrpura que esa misma noche mandó revelar y al día siguiente entregó en mano como recuerdo de la jornada, algunas estaban sin foco y casi todas mal cortadas, sobre todo la de su sombra aquellos días de calor sofocante, el abogado José María Iribarren. Pero el general jefe del Ejército del Norte no le dio importancia.

Mola estalló en odio cuando supo por la prensa que los generales Goded y Fernández Burriel había sido pasados por las armas, al cabo de un juicio sumarísimo en un trasatlántico que los republicanos habían fondeado en el puerto de Barcelona tiempo atrás para que sirviera de cárcel —después de transformar las cabinas de primera, segunda y tercera—, tras confiscarlo y cambiar su nombre (hasta 1934 era el Infanta Isabel de Borbón; a partir de entonces se denominó Uruguay). Acababan de marchar Consuelo y los niños de nuevo para Pamplona cuando Mola se aisló, abrió la Remington y se puso a escribir hasta bien entrada la noche. De mañana ordenó que pasaran a limpio el escrito y salió hacia Radio Castilla para responder al Gobierno de Madrid, al que llamaba gobierno de los rojos, el terror y la barbarie, en la sarta de mentiras que llevaba pregonando desde que estallara la asonada, según propia expresión.

Frente al micrófono de la radio el general comentó con despecho:

Hay quien ha dicho que el movimiento militar ha sido preparado por unos generales ambiciosos y alentados por ciertos partidos políticos doloridos de una derrota electoral. Esto no es cierto. Nosotros hemos ido al movimiento seguidos ardorosamente del pueblo trabajador y honrado para librar a nuestra patria de la anarquía, caos que desde que escaló el poder el llamado Frente Popular iba preparándose con todo detalle –al amparo cínico de éste– con la complacencia morbosa de ciertos gobernantes. De no haber salido nosotros al paso con el tiempo y en fecha oportuna, la historia de la humanidad hubiera conocido en pleno siglo XX la más sangrienta de las revoluciones que nos hubiese llevado forzosamente a desaparecer del mapa de Europa como nación libre y como pueblo civilizado. Lo ocurrido en todos los lugares del territorio nacional en que los rojos han dominado es pequeño botón de muestra de lo que habría sido lo otro, lo que se proyectaba para el 29 de julio, bajo los puños cerrados de las hordas marxistas y a los acordes tristes de *La Internacional*. ¡Sólo un monstruo de la compleja constitución psicológica de Azaña pudo alentar tal catástrofe! Monstruo que parece más bien la absurda experiencia de un nuevo y fantástico Franksteinn, que fruto de los amores de una mujer. Al final de nuestro triunfo pedir su desaparición me parece injusto. Azaña debe ser recluido para que escogidos frenópatas estudien su caso, quizá el más interesante de degeneración mental ocurri-

do desde Cronstand, el hombre primitivo de nuestros días (...). Ni rendimiento, ni abrazos de Vergara, ni pactos ni nada que no sea la victoria aplastante y definitiva. Después, si el pueblo lo pide, habrá piedad para los equivocados pero para los que alentaron a sabiendas una guerra de infamia, crueldad y traición, para ésos jamás. Antes que la justicia de la historia, la nuestra, la de los patriotas, que ha de ser inmediata y rápida. De todo eso respondemos nosotros con nuestro honor y, si es preciso, con nuestras vidas. ¡Viva España! ¡Viva siempre España!

A finales de agosto el general tragó parte de su propio veneno cuando fue notificado del asesinato de su amigo y confidente, «el más leal» había dicho, el comisario Santiago Martín Báguenas, su antena en Madrid. La información que Mola recibió fue que la Cárcel Modelo –donde estaba recluido el policía tras ser detenido, acusado de colaborar con los militares sublevados– había sido incendiada, primero, y asaltada, después, por una banda de milicianos que no buscaban otra cosa que tomarse la justicia por su mano.

En la tarde del veintitrés de agosto, santa Rosa de Lima, patrona de las Américas, Indias y Filipinas, los asaltantes de la cárcel obligaron a los funcionarios para que dejaran el trabajo y salieran de la prisión; luego, de madrugada, llevaron a una cincuentena de reclusos hasta la primera galería y allí, sin más testigos de cargo que sus fusiles, los fueron ajusticiando a tiros en filas de a diez, que fueron desplomándose como castillo de naipes. Murió Santiago Martín Báguenas pero también Melquíades Álvarez, deca-

no de los abogados de Madrid, político y ex diputado; José Martínez de Velasco, ex ministro de Industria, Comercio y Agricultura en el gobierno de José Chapaprieta; Julio Ruiz de Alda, cofundador de Falange Española y héroe de la aviación española; Fernando Primo de Rivera, hermano de José Antonio; Manuel Rico, ex ministro de Hacienda, con Portela Valladares, y Gobernación, con Lerroux y Martínez Barrio; Ramón Álvarez Valdés y Castañón, ex ministro de Justicia con Lerroux; Rafael Esparza, ex diputado a Cortes; el conde de Santa Engracia, Francisco Javier Jiménez de la Fuente; los generales Oswaldo Fernando Capaz y Rafael Villegas Montesinos; el doctor José María Albiñana Sanz, jefe supremo del Partido Nacionalista Español, médico y ex diputado... (el dirigente carlista Antonio Lizarza, que se encontraba recluido en esta cárcel, escapó a la masacre, así como a otra posterior que los comunistas más enrocados organizaron en Paracuellos del Jarama, en las afueras de la capital, donde fueron asesinados miles de presos que tenían la condición de políticos y que habían sido evacuados ante la inminencia de un ataque faccioso sobre Madrid; Ramón Serrano Súñer, cuñado de Franco, también salvó la vida y nueve meses más tarde logró fugarse).

La prensa madrileña dijo que se trató de un intento fascista por incendiar la cárcel para que los presos más significados intentaran la huida, y remarcó que el director general de Prisiones había felicitado en nombre del Gobierno republicano a los milicianos que acudieron a la Modelo para sofocar la rebelión. Para Mola fue un asesinato alevo-so que jamás podría quedar sin vengar y que, a la postre, dio origen a una leyenda que acompañó su vida y muerte ya que, en un nuevo mensaje radiado tras conocer la ma-

sacre, el general advirtió a los gobernantes de la República que sus actos no iban a quedar sin respuesta y aclaró: «Me pregunta cuál de las cuatro columnas que los militares patriotas hemos puesto en marcha asaltarán definitivamente Madrid y rescatarán la ciudad de la anarquía que han impuesto los rojos. Pues bien, yo os anuncio que no ha de ser ninguna de éstas sino la quinta columna, la formada por los patriotas que están dentro de la ciudad la que finalmente, con su esfuerzo, logrará liberarla de las garras del comunismo internacional. ¡Madrileños, la quinta columna volverá a hacer de vosotros lo que siempre fuisteis! ¡Madrileño: colabora con los patriotas!».

Esta proclama se vio acompañada por pasquines que la aviación de los sublevados hizo caer sobre Madrid en los que, ora Mola («¡Madrileños, la fecha de la liberación está cercana!»), ora Franco («Sabed, madrileños, que cuanto mayor sea el obstáculo más duro será por nuestra parte el castigo») trataban de sublevar la población contra el control férreo que las milicias republicanas, formadas por voluntarios sin otra consigna que limpiar la capital de facciosos, ejercían sobre una población de por sí atemorizada, las más de las veces hambrienta y a diario exhausta.

La «Quinta Columna» preocupó tanto al gobierno que presidía el socialista Francisco Largo Caballero que el ministro de la Gobernación, Ángel Galarza Gago, dispuso la creación de las Milicias de Vigilancia de la Retaguardia (MVR) como cuerpo encargado por el Ministerio para colaborar en el mantenimiento del orden público y, sobre todo, «evitar la filtración de los enemigos del régimen, que tiene como único propósito perturbar la labor de las milicias en la lucha que se mantiene para vencer a los facciosos y des-

prestigiar a las organizaciones que venían realizándola». Hasta que Madrid no fue conquistado por las tropas de Franco el quintacolumnismo fue la tortura que persiguió cada noche a los defensores de la capital y el mayor éxito de agitación y propaganda que Emilio Mola Vidal pudo imaginar en vida.

A finales de agosto los combates en los montes cedieron paso a una fútil escaramuza de tinta y papel que sediciosos y republicanos llevaron a cabo en sus diarios oficiales. Primero el Gobierno de Madrid destituyó como rector vitalicio de la Universidad de Salamanca, por manifiesta deslealtad, dijeron, al escritor Miguel de Unamuno y Jugo (la Junta de Burgos lo confirmó un mes después en el cargo, lo destituyó en octubre sin mayores explicaciones y el escritor, finalmente, acabó muriendo de asco en Salamanca el último día de ese año, semanas después de haber puesto a escuadra al jenízaro de Millán Astray en el parainfo de la universidad, tras vociferar el general legionario vivas a la muerte y muertes a la inteligencia), luego creó un tribunal especial para juzgar los delitos de rebelión y sedición, más tarde el ministro de Gobernación, el general Sebastián Pozas Perea (su hermano Gabriel era el ayudante de Mola en Burgos), firmó un decreto por el que la Guardia Civil desaparecía como tal y adoptaba el nombre de Guardia Nacional Republicana y Azaña acabó nombrando un nuevo Gobierno presidido por Francisco Largo Caballero –también ministro de Guerra– en el que un nacionalista vasco, Manuel de Irujo, nacido en Estella, fue designado ministro sin cartera.

Desde Burgos, la Junta que presidía Cabanellas, a su vez, decretó nula la salida de oro del Banco de España

que el Gobierno republicano iba a emplear para comprar armamento, restituyó, en artículo único, la bandera bicolor roja y gualda como la enseña oficial de España y anuló la ley de Reforma Agraria votada por las Cortes; pura guerra de papel, a la que tan aficionado era el general Mola.

Unos días antes de que sus tropas asaltaran finalmente Irún y tomaran la ciudad para la autodenominada Santa Cruzada el Director de la conspiración tuvo un ataque de angustia tras comprobar que las gestiones que sus enviados estaban haciendo por Europa ni daban resultado en los plazos que el general necesitaba ni se podían prolongar en el tiempo, so pena de retrasar los propios contactos de Franco frente a los gobernantes alemanes. La noche del dos de septiembre de mil novecientos treinta y seis, San Antolín, patrono de los cazadores y de la conquistada Palencia, el general Mola echó mano de la épica, escribió una carta que firmó manuscrita y resolvió enviarla al cuartel de Franco, que hacía dos semanas se había trasladado a Cáceres para instalarse en el palacio de los Golfines de Arriba, mandado edificar por el matrimonio Isabel de la Cerda y García de Golfín en 1513; el futuro generalísimo cuidaba ya, hasta el extremo, todas las cuestiones relacionadas con el protocolo, la liturgia y la estética.

La carta de Mola, redactada en términos a veces angustiosos, a veces insoportables por lo que dejaba traslucir, finalizaba de esta manera. «Urge me envíes un millón de cartuchos porque en el barco alemán no llegaron los cinco millones y ando muy mal de municiones. También ando mal de ametralladoras porque se van poco a poco inutilizando y no tengo forma de reponerlas. Te ruego que con la mayor urgencia me envíes la mitad de lo que has reci-

bido de Alemania. La gente está un poco «mosca» contra mí porque cree que no hago nada para que se les dote de lo necesario. Dicen que todo va para ahí y que acaparáis la aviación. Algo de razón tienen. Manda el material que te pedí y me ofreciste el otro día. Estoy pasando verdaderos apuros. Creo que no me dejaréis, por la cuenta que os tiene, sin municiones y demás elementos necesarios. Contéstame hoy mismo con Chamorro».

Franco no contestó de inmediato porque estaba a lo suyo, que no era otra cuestión que encaminar tropas hasta las puertas de Toledo, puesto que en su Alcázar estaban resistiendo el asedio de los milicianos republicanos más de un millar de personas al frente de las cuales se encontraba el coronel José Moscardó, director de la Escuela de Educación Física del Ejército; era la fotografía que la opinión pública internacional estaba oteando a diario para ver de qué lado podía decantarse la guerra. Con el coronel Yagüe relevado del mando de la columna que debía tomar Madrid (sus problemas con la aorta le habían dejado inútil para el servicio, tras conquistar Badajoz a sangre y fuego), Franco ordenó al general Valera que pospusiera avanzar hacia la capital de España en tanto no quedara liberado el Alcázar de Toledo, bastión de todas las creencias que los corifeos de la nueva España estaban propagando a los cuatro puntos cardinales.

Tomar Toledo para la santa cruzada fue el objetivo irrenunciable de las tropas enviadas por Franco, que acabaron liberando el Alcázar, soberbia construcción militar que se elevaba sobre la propia ciudad, en una ribera del río Tajo, tras sesenta y ocho días de asedio y marcaron la dirección de la guerra en perjuicio de los republicanos y

del propio Mola, que vio encoger su figura hasta quedar subordinada al papel de jefe de un ejército que nunca conseguía conquistar el Norte, en especial Bilbao, la ciudad anatema para los carlistas los últimos cien años.

Para exhibir frente al mundo una imagen de fuerza de la que aún carecían, Franco fue nombrado en Salamanca por los integrantes de la Junta de Defensa Nacional –con la abstención de Cabanellas– jefe del Gobierno del Estado Español, generalísimo de las fuerzas nacionales de Tierra, Mar y Aire, con el añadido de asumir la jefatura de todos los ejércitos de operaciones que los sediciosos tenían en campaña. Fue la manera de unificar los criterios y disponer de una sola voz (algunos junteros, como Mola, pensaron que era la solución oportuna, aunque siempre de carácter transitorio).

Con este plantel de cargos, revestido por la autoridad que sus triunfos sobre el enemigo le habían proporcionado, el general Francisco Franco Bahamonde apareció en Toledo el veintinueve de septiembre de mil novecientos treinta y seis –en su primer día como jefe supremo de la sublevación– para escalar sobre pedruscos hasta la puerta pulverizada del Alcázar y recibir allí, por boca del coronel Moscardó (que con dos meses de asedio estaba famélico, embarbado, ojeroso, sucio y avejentado), como el día anterior aconteciera con el liberador, el general José Enrique Varela Iglesias, el sermón de las siete palabras que sus propagandistas se encargarán de repicar, en lo sucesivo, por el mundo entero:

–Sin novedad en el Alcázar, mi general.

Franco sonrió con cara de levita y, aunque no dijo nada llevado de la emoción que manejaba para ocultar sus

sentimientos, cuando abandonaba Toledo comentó con su primo Pacón:

— Todavía nos queda sufrir pero creo que ahora sí podemos decir que vamos a ganar esta guerra.

Hasta el cardenal Gomá, desde el micrófono de *Radio Navarra*, tuvo idéntico pensamiento el mismo día cuando dijo con su voz de flauta:

— Españoles, a mí se me antoja el Alcázar de Toledo como el punto culminante de la guerra actual. Ya no queda más que la rama descendiente de la parábola. El mundo lo ha comprendido así. *Etsi fractus illabatur orbis, impavidum ferient ruinae*. Aunque el orbe estalle, quedará el héroe impávido entre sus ruinas.

La estampa del coronel sitiado junto a sus libertadores Franco y Varela dará la vuelta al planeta, aunque un fotógrafo de Pamplona que se había desplazado a la capital castellana para tirar unas placas estuvo detenido más de un mes en Burgos por vender copias —a una peseta— de una instantánea en la que, henchido de satisfacción, sacando tripa y pecho, ocultando bajo el labio tonto una hilera de dientes afilados, se veía a Franco en una pose inusual y prohibida para los usos del momento: sonreía y tenía media lengua fuera (con la que lamía sus labios; algo habitual en el generalísimo), en un gesto cómicamente ridículo que nunca antes se había hecho público.

29

CROQUIS BILBAO

He hablado con mi padre, que es hombre que está de vuelta de muchas cosas; diría que de casi todo. Ahora se en-

cuentra en Pamplona acompañando a Consuelo y los niños pero es un muerto viviente porque el trance de Ramón lo ha dejado inerte, como un vegetal, y repite que ha visto tantas desgracias en su existencia que únicamente desea marchar de esta vida para reunirse en el otro mundo con nuestra madre. Creo que habita en ese punto al que las personas llegan con desapego por lo terrenal y se revisten de una áurea mística que los mantiene vivos pero etéreos, de carne y hueso aunque ausentes. No es ni sombra de lo que fue. Me ha preguntado por la gestación del nombramiento de Franco como jefe de Gobierno del Estado Español, que es la fórmula que adoptamos para que el movimiento liberador tuviera cara y ojos frente al mundo que nos observa, al tiempo que escudriña y registra los tiempos de nuestros tránsitos.

— Espero que no se haga realidad el pensamiento de Macaulay cuando dijo aquello de nuestra patria: «España es un país que reserva sus energías íntegras para el día de la desesperación». Lo espero porque el paso que habéis dado es de una importancia extrema para el futuro.

— Mira, papá, yo mismo era partidario de que hubiese un mando militar único porque la experiencia indica que en situaciones extraordinarias se requieren decisiones fuera de lo común. En estos momentos Franco es la persona capaz de aglutinar la ayuda externa que el movimiento necesita y es el que mejor prensa tiene, incluso el más conocido. Ya sabes que a mí no me gusta la cosa pública.

— Pero es que le habéis nombrado jefe del Estado español, que equivale a hacerlo rey o presidente de la República.

— Mira, lo que acordamos tras muchas discusiones fue que ostentará el mando único del Ejército, que es quien

gobierna la parte de España que está bajo nuestro control. Pero la camarilla que le rodea, porque Franco es un especialista en buscarse un colchón de aduladores, está yendo más allá y se refieren a él no sólo como generalísimo sino como jefe del Estado, o faraón de España, que da lo mismo. Nosotros únicamente le nombramos jefe del gobierno.

— A eso iba, a eso iba...

— Son interpretaciones temporales...

— No seas lila, Emilio, que esto tiene más calado de lo que presupones. Si comienza por atribuirse funciones que nadie le ha otorgado el siguiente paso será revestirse de emperador y convertiros, a ti y a los pardillos como tú, en eunucos.

— Papá, ahora estamos en guerra y mientras dure no hay que desviar la atención hacia cuestiones superfluas. Yo mismo propuse a Franco para que fuese el mando militar único porque considero que es lo que procede. Mi misión es estar en el frente y limpiar el Norte de tanta escoria acumulada. Tiempo habrá mañana de establecer la fórmula de gobierno que requiera España.

— Pero, Emilio, que los monárquicos te tienen enfilado desde la decisión que tomaste sobre el hijo de Alfonso XIII...

— Bah, habladurías... Los carlistas, que son los más sanos, todavía están por hacerme un comentario.

— Es que ellos tienen su propio rey. Por si no lo acabas de ver todavía, a tu sombra, a tus espaldas, hay gente que mueve peones para el día de mañana.

— El día de mañana, Dios dirá. De lo que se trata ahora es avanzar sobre Madrid y conquistar Bilbao.

— Puedes decir lo que quieras pero en esta batalla

has descubierto un flanco que no podrás tapar. Ojala no te conviertas en un general incómodo.

— ¿Para quién?

— Coño, Emilio, a veces tengo el pálpito de que andas por las nubes. Para los que quieren mandar. ¿Para quién va a ser si no?

— Yo mando sobre mi tropa y que otros se preocupen de suministrarnos armamento. Que esta guerra no se gana publicando decretos en el *Boletín del Estado*. Papel, papel. ¿De qué sirve el papel cuando falta artillería, aviones, munición, barcos...? A eso se tiene que dedicar Franco, y los que le rodean, que son una caterva de melifluos. A mí que me consigan los medios. Mañana, cuando haya acabado esta catástrofe, ya veremos. Sin renunciar a nada estimo que las cosas tienen un orden: hoy ganar la guerra, barrer al enemigo de España, porque esto se va a arreglar pero después de muchos tiros. Mañana, administrar la victoria. Se lo dije a los dirigentes del carlismo y no he cambiado un milímetro de posición.

— Ya hablaremos más adelante —acabó mi padre moviendo la cabeza como el péndulo de un reloj de pared.

— Hablaremos —añadí por mi parte.

De esta conversación he sacado una moraleja: quienes se preocupan por mis actos tienen más interés en la proyección exterior que nuestro movimiento ha despertado que yo mismo. Quizá esté obcecado por lo que advierto a pie de obra y no tenga una visión tan cosmopolita como otros; puede ser. Soy un militar a quien únicamente preocupa —y le ocupa— la gangrena que ha corroído la patria. Tiempo habrá para otras cuestiones.

Refería mi padre los avatares que rodearon la aparición en Burgos del heredero de Alfonso XIII, Juan de Bor-

bón, que afloró en España con aspaviento propio de una estrella de cine. Según las referencias que tengo, un grupo de monárquicos (diré mejor: alfonsinos, que los carlistas también son monárquicos pero de otra rama) fue a visitarle hasta Cannes, donde reside con su esposa, que por esas fechas estaba embarazadísima de su primer hijo, para sugerirle que se incorporase como un combatiente más en las columnas del coronel García Escámez.

Parece que quienes se desplazaron hasta Francia luego lo hicieron a Italia para conversar con su padre (entre ellos, Goicoechea, al que suponía haciendo gestiones de mayor calado para solventar el problema de armamento y munición. ¡Qué le vamos a hacer! y entre todos convinieron que el muchacho –tiene veintitrés años– viajara a España para entrar con nuestras tropas en Madrid. Cruzó la frontera navarra de Dancharinea con identidad falsa a nombre de Juan López, ingeniero industrial, el uno de agosto acompañado, entre otros, por el coronel Vigón (Jorge), y partieron hacia Pamplona. Allí visitaron al ilustre aviador Ansaldo, que se repone de las heridas tras el fallido intento de transportar al general Sanjurjo a Burgos, luctuoso sucedido del que no somos conscientes todavía de las tremendas consecuencias que tuvo y seguirá teniendo (él sí era el mando único, el general que estaba llamado a organizar este caos que se llama España).

Por lo que sabemos la esposa de Ansaldo vio al heredero de Alfonso XIII tan poco preparado para dirigirse al frente que le procuró un buzo azul y una boina roja (a los que él añadió un brazalete de la enseña bicolor), que desentonaban un poquito con el negro brillante del Bentley Sport Saloon que conducía su chofer. La comitiva marchó

después hacía Somosierra y se detuvo en el palacete de los señores de Besga para tomar unas fotos. Casi de noche llegaron al parador de Aranda, donde estaba organizada una cena de bienvenida a la que habían sido convocados monárquicos incondicionales, militares en retiro y aduladores varios.

Tuve información de su llegada desde el momento mismo que cruzó Dancharinea y la postura que adopté era la que corresponde a una situación de este tipo: por la misma frontera que entró deberá salir, por las buenas o por las peores, para evitar consecuencias más drásticas. La tarde noche del uno de agosto di las pertinentes instrucciones al general Dávila para que pusiera punto y final a esta tournée, aunque de ello pudiesen derivarse tensiones que ni yo mismo quería; pero mejor era cortar a tiempo veleidades y espectáculos que sólo a sus patrocinadores interesan.

Creo que un capitán de la Guardia Civil se presentó en el parador con la orden de Dávila y agitó la fiesta que habían preparado los seguidores del hijo de Alfonso XIII porque, sin cenar y escoltado por dos coches, hubo de regresar a la frontera. Juan de Borbón pidió parar en Pamplona para cambiarse de ropa y tomar un baño, a lo que el capitán accedió. Sobre las siete de la mañana del dos de agosto llegó a Dancharinea, bajó del automóvil, conversó con algunos correligionarios que le seguían (otros estaban esperando su llegada), se fotografió de nuevo –esta vez de traje cruzado– y regresó a Cannes. Antes de pasar a Francia saludó militarmente a sus seguidores y, con el brazo a cuarenta y cinco grados, como gustan en Alemania a Italia, dio vivas a España.

Aunque directamente nadie me ha hecho comentario alguno, conozco que la decisión que adopté no ha gus-

tado a ciertos compañeros de armas, sobre todo Kindelán y Orgaz. Me cuentan que han ido con la cantinela a Franco y tampoco han encontrado mayor receptividad. Mi padre dice que podía haber actuado de otra manera más diplomática pero he de señalar que ante espectáculos como éste que acabo de referir lo que procede es actuar con firmeza. No estamos ahora para frivolidades de ninguna especie ni soy persona que le guste el pasatiempo gratuito. Si Juan de Borbón ha de regresar a España que sea cuando proceda y por la vía que se determine; nunca de esta forma –casi de vodevil– a espaldas de quienes tenemos la responsabilidad de poner orden en el caos. No soy el culpable de que la monarquía tuviese que abandonar la patria años atrás y tampoco ha de achacárseme animadversión alguna. Ahora estamos a lo que estamos.

A finales del mismo mes apareció en Valladolid don José María Gil Robles, con quien trabajé cuando era ministro de Guerra. Tengo la impresión de que no acaba de encontrar su sitio porque en las gentes de su entorno hay algunos que le reprochan falta de bemoles a la hora de apoyar el movimiento que hemos preconizado para salvar la patria. Así ha sucedido en Pamplona, donde residen temporalmente su mujer e hijos en casa del ex ministro de Justicia Rafael Aizpún. Gil Robles no ha dado mayor importancia a los insultos que recibió en la capital navarra y según me contó estuvo en las líneas del frente (en concreto, cerca de Irún) para mostrar su apoyo a la causa.

– Llevé suerte a la tropa porque esa misma tarde las columnas del coronel Beorlegui tomaron el fuerte de San Marcial – comentó en mi despacho.

—Nuestras fuerzas necesitan suerte, que es el resultado del esfuerzo, don José María, pero sobre todo armamento y munición. A esa tarea deberían dedicarse ustedes, los que no tienen responsabilidad militar.

—Antes de que estallara el movimiento nuestro partido puso a su disposición gran parte de los fondos electorales, del remanente de Tesorería. Yo mismo firmé el libramiento y le supongo enterado de ello.

—Perfectamente. Y agradecido, don José María. Pero en estas fechas cualquier apoyo es poco. El enemigo tiene resortes económicos que ahora mismo nosotros no podemos conseguir, así lo intentemos cien veces. Necesitamos ayuda para acabar la tarea cuanto antes porque si la guerra se prolonga el coste para España puede ser tremendo.

—Ayudaré en la medida de mis posibilidades. En cualquier caso, créame general Mola, éstas son exiguas. En Pamplona, el cardenal Gomá me ha pedido una intervención ante los militares fieles al gobierno de Madrid para que eviten más casos de barbarie contra miembros de la iglesia católica y he tenido que responder lo mismo.

—El Cardenal está haciendo una gran labor...

—Él tiene su propio ejército de fieles, entre los que obviamente me incluyo. Pero en estas fechas estoy algo solo y con nuestras gentes muy desperdigadas. Tengo previsto marchar a Portugal y desde allí veré cómo contribuir a la causa.

—En Portugal ha estado el general Ponte y las autoridades de ese gran país están al lado de nuestra empresa. Pero necesitamos algo más que solidaridad, como ya he comentado.

—Su petición no caerá en saco roto, general. Estoy seguro.

— ¡Ay, don José María...! Uno es impaciente de por sí y más en estas fechas. Ahora cualquier apoyo es poco. Pero ahora, no mañana o pasado.

— Tomo nota, tomo nota — finalizó Gil Robles.

Apenas dos semanas después de esta entrevista el coronel García Escámez, de acuerdo a lo previsto, lanzó un ataque en toda regla para conquistar Navafría, enclave que tiene enorme valor estratégico. Su valentía y pundonor hizo que los rojos abandonaran la posición tras bombardeos tremendos que nos han producido bajas de gran importancia. He propuesto a don Curro para la medalla militar individual y así se lo he hecho saber. Él, que es de una generosidad sin tacha, me ha comentado:

— *Igenerá*, ha pasado tan sólo un mes y ya han caído algunos de nuestros mejores. Entre ellos uno de muy difícil olvido: el capitán Gerardo Díez de La Lastra.

He sentido esta pérdida como si tratara de un familiar propio; no quiero pensar lo que estará padeciendo Félix Maíz. Eran como hermanos.

30

AGUIRRE, A TI NO TE SALVÁ NI SAN MIGUEL

Finalizó el verano sin otras nuevas que la internacionalización absoluta de la guerra (con Franco, alemanes e italianos; con la República, los rusos y mucho voluntarismo internacional de jóvenes infatigables) y el día veintinueve de septiembre, San Miguel, el Sanmiguel patrón de todos los vascos, de la Euskal Herria inmemorial según proclamara años atrás el nacionalismo (Mikel gurea, zaindu Eus-

kallerria, Nuestro Miguel, protege Euskal Herria, el pueblo de los vascos), ocurrió una de las muchas desgracias que el carlismo proporcionó a quienes no comulgaban con sus ansias redentoras, fueran quienes fueran y hubiesen actuado como hubiesen actuado: había que asesinar, tenían que asesinar, no sólo por matar a los que en el pasado hubiesen disentido sino, sobre todo, para aterrorizar y generar un estado universal de pavor y miedo entre la población.

El dieciocho de julio de mil novecientos treinta y seis los facinerosos habían detenido en la casa que sus padres tenían en Arellano al alcalde de Estella, Fortunato Aguirre, destacado militante del PNV y presidente de la Asamblea de Municipios Vascos que en mil novecientos treinta y uno había aprobado, en aquella localidad y de forma solemne, un proyecto estatutario de autonomía -el Estatuto de Estella- para las cuatro provincias vasconavarra, con el apoyo expreso de los dirigentes carlistas. Este estatuto jamás entró en vigor porque, a la postre, no fue ratificado por los alcaldes navarros (algunos, presionados por los tradicionalistas que finalmente vieron en el texto la ruptura de España y la desintegración de las esencias del viejo reino, cambiaron el voto haciendo caso omiso al mandato que llevaban de sus ayuntamientos), pero Fortunato Aguirre quedó para la historia de los futuros golpistas como un enemigo de la España imperial que estaba surgiendo y un individuo a eliminar físicamente tan pronto las circunstancias lo permitiesen.

Aguirre, de cuarenta y tres años, había sido maestro y los últimos diez años de su vida los había pasado en Estella, donde era propietario de un taller de reparación de coches y una gasolinera. A decir de casi todos era una buena

persona, religioso hasta la candidez, católico de una pieza (en mayo había sido padrino de la confirmación de los niños de su pueblo, en la ceremonia que ofició en Estella el obispo de Pamplona) y nacionalista vasco, pecado que en julio del año treinta y seis se purgaba con la propia vida. Lo habían detenido en Arellano y estaba preso en la cárcel de Pamplona, sin acusación ni cargos contra él, hasta que el día de San Miguel, el veintinueve de septiembre, una partida carlistona decidió acabar por la tremenda con la vida de aquel enemigo de España y lo llevaron de madrugada en una furgoneta, atado de manos, hasta la tapia de una pequeña población, Tajonar, cercana a Pamplona.

Allí el jefe de los matones le dijo con retintín:

— A ti, esta vez, no te salva ni San Miguel. Ponte de espaldas a la tapia y mira de frente, que te vamos a matar.

Aguirre, incrédulo, cumplió la orden y antes de que pudiera ver las caras del resto de la partida asesina sonaron tres disparos y cayó al suelo muerto; como estaba en las afueras del cementerio los matasietes no se ocuparon de enterrarlo. A media mañana un agricultor que estaba roturando el campo descubrió un cadáver terroso y macilento, reconoció en él los restos del alcalde de Estella y avisó a la familia (su mujer estaba embarazada de siete meses y medio de unas gemelas que ya no podrían conocer al padre) para que retirasen el cuerpo.

Pero los matones que en aquellos años decidían qué era lícito y qué no, impidieron que fuera trasladado a su pueblo por lo que tuvo que ser enterrado en el lateral de un campo de cebada, sin féretro ni mayores aditamentos, a pocos metros del propio cementerio (de paso, para incrementar su venganza, los representantes del nuevo orden se

incautaron de todas las propiedades que el antiguo alcalde tenía hasta la fecha de la sublevación).

Durante veintitrés años el cuerpo de Aguirre estuvo enterrado en campo abierto, protegido únicamente por dos hileras de piedras que avisaban a su propietario para que no metiera allá el brabán del tractor cuando trabaja la tierra. Al cabo de ese tiempo de escarnio autorizaron que sus restos, si es que quedaba algo bajo la tierra, pudiesen ser trasladados a Estella y fueran, otra vez, enterrados tras un funeral religioso.

Las autoridades del Partido Nacionalista Vasco recibieron un mazazo con la noticia del asesinato de Aguirre, que se sumaba a los cientos de muertos, tal vez miles, que la guerra estaba dejando en la zona vasconavarra a los dos meses de empezar. El alcalde de Estella, para el nacionalismo vasco, era un ciudadano ejemplar cuya muerte sintieron como la mayor amenaza que todavía estaba por llegar, ya que el propio Mola lo estaba advirtiendo en pasquines que lanzaba desde sus aviones sobre Vizcaya: «Si no os rendís, conquistaré la provincia sin ningún miramiento».

Para José Luis Zamanillo, supremo dirigente carlista, el día anterior a la festividad de San Miguel fue un viernes de pasión. Estaba en Burgos, como casi todos los conspiradores, cuando recibió en su oficina un telegrama de Viena con el siguiente anuncio: «El Rey ha muerto». El rey era Alfonso Carlos Fernando José Juan Pío de Borbón y Austria de Este, duque de San Jaime y de Anjou, teniente de los Zuavos Pontificios, general en jefe de los ejércitos carlistas en mil ochocientos setenta y tres, conocido por sus partidarios como Alfonso Carlos I, rey de España, la última esperanza carlista en cuyo nombre se habían echado

al monte dos meses atrás miles y miles de voluntarios sin formación, abrazando de nuevo el lema centenario de la santa tradición: Dios, Patria, Rey.

Zamanillo aseguró aquel veintiocho de septiembre, San Wenceslao de Bohemia, mártir, que don Alfonso Carlos acababa de remitirle, con fecha del veintidós, una carta que recibió al mismo tiempo que la noticia de su fallecimiento, tragedia que para él y sus gentes suponía la explosión de un mortero que les hubiese reventado el alma. La misiva dirigida por el patriarca de los tradicionalistas a José Luis Zamanillo, y que éste leyó a sus más cercanos colaboradores con lágrimas en los ojos y un trabazón en el gollete, decía: «Muy de corazón vengo a felicitarte por tu admirable comportamiento, pidiendo a Dios te libre de toda desgracia. El valor de nuestro Requeté me entusiasma; es la admiración de España y del extranjero porque si, como espero, Dios mediante, triunfamos en esta campaña, se debe el triunfo, en gran parte, al arrojo de nuestros carlistas. El número de estos debe ser ahora de unos 70,000 y si pudiéramos tener a los de Valencia, Murcia y Cataluña aumentaría el número en gran escala. Haz saber a mis queridos requetés cuánto les admiro y les agradezco el haber acudido tan en masa a mi llamamiento de pelear tan sólo por España. Para recompensa hará Dios que después triunfe la Santa Causa. La gloria de nuestros requetés será haber salvado a España y a Europa».

El último varón descendiente directo de la dinastía iniciada por Carlos María Isidro, el Carlos V de sus seguidores, falleció en la capital austriaca de otro accidente insulso ya que fue atropellado al cruzar la calle por una ambulancia militar, dejando huérfanos a miles de voluntarios

que habían marchado a los frentes para rescatar su nombre del baúl de la historia, que era donde había quedado olvidado medio siglo atrás. Tras su muerte los tradicionalistas reconocieron al regente que el casi nonagenario había designado, Javier de Borbón Parma, ciudadano italiano criado en Francia, heredero de refilón de una dinastía que ni el propio carlismo, a los dos meses de comenzar la guerra y con miles de seguidores en todos los frentes, estaba en condiciones de perpetuar.

A Franco, el fallecimiento del líder de quienes con tantos sacrificios humanos estaban apoyando su cruzada no le produjo ni frío ni calor. En un huero telegrama que dirigió al jefe de los carlistas, Manuel Fal Conde, el generalísimo se limitó a decir del anciano pretendiente muerto en el exilio: «Fue un buen español y espejo de caballeros».

La estocada traperera que Franco llevaba pergeñando a sus mejores la guardó para medio año después cuando, mediante decreto, decidió unir la boina roja (aportación de un industrial vasco al arte militar del universo mundo) a los uniformes fascistas del partido que había fundado el abogado madrileño José Antonio Primo de Rivera, para instituir los atavíos de lo que se denominó a partir de entonces Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista, FET y de las JONS, la unión eterna del carlismo irredento y los camisas viejas falangistas, que los más exaltados de ambas formaciones aceptaron, pero a tiros, por las calles de Valladolid, la ciudad elegida por los jerifaltes del régimen para oficializar las siglas y el nuevo atuendo.

Hubo muchos más tiros entre carlistas que no querían ver disuelto un movimiento dinástico centenario por

el que habían dado la vida familiares próximos, y falan-
gistas que no aceptaban la monarquía y, mucho menos,
un rey sin abolengo; pero ninguno consiguió que Franco
diera marcha atrás y anulara el monstruo rojinegro que ha-
bía creado, puesto que había asumido el mensaje que su
cuñado Ramón Serrano Súñer, llevaba tiempo difundiendo
sotto voce:

– Mando único, partido único.

En tan sólo nueve meses los carlistas vieron esfu-
marse la monarquía, su rey y la posibilidad de ganar una
guerra, aún cuando peleaban en el bando que conquistaba
terreno y se proclamaba, frente al mundo, vencedor de la
cruzada.

Tras liberar Toledo y habiendo conquistado Oviedo
al cabo de noventa días de asedio por parte de los dinami-
teros asturianos, los ejércitos de Franco conocieron cómo el
gobierno de la República salía tarifando de Madrid camino
de Valencia el seis de noviembre, san Alejandro de Sauri, el
apóstol de la paz, porque presagiaba que antes de que fina-
lizara mil novecientos treinta y seis la capital de España iba
a ser objeto de un ataque total; no fueron perspicaces para
advertir que las tropas de Franco se mostraban imbatibles
a campo abierto pero incapaces de tomar la posición cuan-
do tenían que pelear entre calles.

«No pasarán», gritaban a diario los milicianos repu-
blicanos apostados en la Ciudad Universitaria –todavía sin
acabar de construir cuando comenzó la guerra– y el eco de
estas voces se escuchaba en la sierra, donde los voluntarios
del ejército del coronel García Escámez estaban sufriendo
ya los rigores de un otoño severo que diezmaba una tro-
pa que había llegado al frente con pantalón de verano, en

mangas de camisa y con la bota al hombro, creyendo que iniciaban un viaje a Madrid de siete días.

Iñaki Mariezcurrena lleva en el frente cuatro meses, no ha disparado un tiro (ni con un brazo ni con el otro) pero sabe distinguir la aviación propia de la enemiga, es capaz de organizar el rancho para una compañía y se ha hecho amigo de casi todo el mundo porque se encarga de la munición de boca que la tropa de la sierra madrileña tanto necesita (sobre todo, si es vino y coñá). Su facha inconfundible con la cabeza siempre recubierta de una boina roja descomunal sigue levantando comentarios porque nadie comprende qué hace en el frente una persona inválida; él, para compensar semejante desgracia, se ha esforzado en estar siempre a la vanguardia de la columna y tiene conquistado al coronel García Escámez por el estómago y su cara bonita, ya que cuenta chistes, imita a hombres y animales, canta y es poeta.

Desde mediados de agosto, además, tiene un ayudante que se llama Javier Imízcoz, con quien edita una revista que a la tropa le descojona incluso los días que la aviación republicana bombardea las posiciones y el enemigo hace carne.

— De morir, que sea de risa. Reventado por la metralleta o las balas, pero de risa — dijo Mariezcurrena el primer día que la columna padeció un bombardeo.

Javier Imízcoz era un caso aparte. Vivía en Huarte cuando Mola ordenó la sublevación y estudiaba para perito mercantil en Pamplona, con notas excelentes. Tenía diecinueve años, era el primogénito de tres hermanos, hijos de un matrimonio de catolicismo ejemplar, según decía el

párroco del pueblo, cuya única pena era no poder mandar al padre, Doroteo, con los voluntarios (en aquellos días la mayor parte de las gentes de buena fe pensaban que ir al frente era una excursión de verano que duraba cuatro semanas, con la que se obtenían indulgencias plenarias) porque padecía de los bronquios y se asfixiaba a poco que anduviese más de doscientos metros.

Era primeros de agosto y los corifeos de Mola machacaban a diario que la sublevación era un éxito de tales proporciones que antes de un mes Madrid iba a ser conquistada y con ello quedaba restablecido en España el orden, la religión católica y la paz. Esta música de fondo fue calentando la cabeza de doña Matilde Cemboráin, su madre (que no leía los periódicos y, por tanto, estaba ajena a los muertos diarios que la sublevación de Mola estaba causando en el frente, y en la retaguardia), y una mañana de lunes sacó a Javier de la cama, temprano, para espetarle:

—Pero, ¿qué? ¿Vas a ser tú el único del pueblo que no se va al frente para conquistar Madrid? ¿Vas a estar en casa esperando que te movilicen?

—Es que a mí no me gustan las guerras —contestó el chaval.

—Las guerras no gustan a nadie, Javier. Pero esto es otra cosa; cuatro días de paseo y vuelta a casa como un héroe...

—Bueno, si es otra cosa entonces todo cambia.

—¿No te gustaría ir?

—Es que no sé ni cómo se hace.

—Pues mira. Vas a la plaza de San Francisco, en Pamplona, y en las escuelas está la oficina de reclutamiento. O si no, pasas por la plaza del Castillo y subes al Círculo Carlista y te haces voluntario.

— ¿Así, sin más?

— Eso dicen.

— ¿Y a dónde te mandan?

— A conquistar Madrid.

— ¿Y cómo se hace eso?

— Ay, Javier, esas cosas no me preguntes. Eso te lo dirán en la oficina de reclutamiento. En el pueblo aseguran que antes de quince días las tropas de Mola entran en Madrid y luego se vuelven todos para sus casas.

— Yo no entiendo nada pero me parece que no debe de ser tan sencillo. Digo yo que los de Madrid no se van a dejar conquistar así como así.

— Es que Mola infunde mucho respeto.

— Y en Madrid ¿quién manda? ¿El Rey?

— Pues no sé, el Rey me parece que no, Javier. Creo que ahora está esa cosa de la República, de los ateos, de los masones, de los revolucionarios, del comunismo. Contra todos esos está luchando Mola.

— Y nosotros, ¿de qué somos?

— Nosotros somos católicos y españoles, que no es poco.

— Bueno, esta tarde me voy a Pamplona.

— ¿Te preparo algo? ¿Una muda, alguna camisa de tu padre, otros pantalones, unas sandalias?

— Lo que quieras. Supongo que no me mandarán al frente nada más llegar...

— Bueno, eso depende de los que estéis esperando, según me ha dicho el párroco. Casi todos los días salen autobuses. Si tienes suerte, esta misma tarde te vas para Madrid.

— Bueno... — acabó Javier Imízcoz.

El hijo primogénito de la familia Imízcoz Cemboráin llegó sobre la hora del ángelus al Círculo Carlista, se apuntó sin fe en el banderín de enganche, le entregaron una camisa caqui, pantalón, correa y boina, y con un vale que presentó en los cuarteles del Regimiento América le entregaron un fusil, cincuenta cartuchos y dos granadas; sin tiempo para más marchó hacia Burgos en un autobús que se estaba completando a esa hora y de allí a la sierra de Madrid. No tuvo lapso siquiera de avisar a su madre, que recibió un mensaje de la oficina de reclutamiento tradicionalista al día siguiente donde le comunicaban que el voluntario Javier Imízcoz Cemboráin se había incorporado al Tercio de Pamplona y ya debía de estar en la vanguardia carlista para tomar Madrid.

Doña Matilde pavoneó la carta entre los vecinos de la calle y quedó a bien con su conciencia y con su dios; don Doroteo se fue al bar del pueblo y convidó a chiquitos de chacolí a todo el que se acercó. Parecía que el matrimonio no había mandado un hijo a la guerra, parecía que el chico se había metido cura y marchaba al seminario para redimir el mundo.

El caso es que Javier Imízcoz llegó a la sierra madrileña y lo primero que vio fue la cresta roja de Mariezcurrena, de quien se hizo inseparable aunque parecían el punto y la i por sus diferencias en altura y anchura. El chaval no sabía nada de nada, ni siquiera qué se dirimía a tiros, pero por no aguantar la cantinela de su madre era capaz de ir a la guerra y de cuestiones peores; Mariezcurrena estaba en el monte porque le gustaba viajar mucho más que cuidar las vacas del caserío familiar, siempre solo y salpicado de mierda.

Podría decirse que eran almas gemelas, como muchos de los voluntarios que el carlismo había estado reclutando desde tiempo atrás. Pero la guerra era la guerra y en el frente había mucho movimiento –sobre todo las primeras semanas– y quien no estaba listo corría el riesgo de perder la vida en cualquier escaramuza. Como quiera que Mariezcurrena no podía disparar pero sabía utilizar sus brazos en la cocina, para cuando llegó Imízcoz a Navacerrada era ya el amo de los pucheros y nada más verlo se fijó en aquel chaval que acababa de arribar con alpargatas de esparto y cara de no haber roto un plato en su vida.

–Qué, ¿al frente? –preguntó el gigante carlistón.

–Bueno, eso parece. Me manda la madre porque en casa no ha podido venir nadie. Yo soy el mayor de los hermanos.

–¿Y tu padre?

–Bueno, es que mi padre tiene asma y se asfixia. Si anda cuatro pasos mal contados se tiene que sentar y esperar.

–¡Ah, bueno!

–¿Tienes instrucción?

–Eso ¿qué es?

–Si te han enseñado a manejar armas.

–No, no –contestó Imízcoz apurado. –Yo no sé manejar nada. Me han dado este fusil que me da un miedo enorme.

–Nada, chaval, ni te preocupes. Voy a hablar con el capitán y te vienes a la cocina de ayudante. Guerra, lo que se dice guerra, vas a ver poca, aunque los obuses te pueden caer en la cabeza igual; pero no vas a tener que disparar un tiro. En la cocina manejamos sólo munición de boca y no hacemos carne.

– ¿Que no hacéis qué?

– Carne, coño. Que nosotros no matamos a nadie. Alguna vaca, algún ternero, quizá un caballo... poco más.

– ¡Ah, bueno!

– Entonces ¿te interesa el trabajo?

– Creo que sí. Yo no quiero utilizar este fusil, a mí no me interesan las guerras.

– ¿Qué hacías antes? Me refiero a qué hacías antes de venir al frente.

– Estudio para perito mercantil, que es lo que quiere mi padre. Pero lo que de verdad me gusta es escribir. He leído muchas novelas de Pío Baroja y de Valle Inclán. Es lo que más me atrae.

– Uy, a mí también –contestó Mariezcurrena hinchándose. – Me he tragado, enteros, los *Episodios Nacionales* de Pérez Galdós, no te digo más.

– A mí me gustaría escribir algo de esta guerra.

– A mí también.

– Pues podríamos hacer algo.

– ¿Como qué?

– No sé, quizá una revista..., quizá un periódico...

– Coño, ¿con qué? Aquí no hay nada de nada que no sean armas, munición, cañones, uniformes...

– Digo yo que habrá papel y lápiz, ¿o no?

– Eso, sí.

– Yo dispongo de lápiz y algunos papeles. Pero le puedo pedir a un cabo de confianza que nos facilite hojas más grandes. Las que tengo son pequeñas, tamaño cuartilla.

– Con eso no hacemos nada.

– Déjalo de mi cuenta, que yo conseguiré papel y buenos lápices.

– Y ¿de qué escribimos?

– Nos podemos inventar la vida en el frente y contarla, pero de broma. A mí me gustan mucho las bromas. Y los chistes. Aquí, ni te cuento, tengo una fama de juerguista...

– Muy bien. ¿Qué nombre le ponemos?

– Buena pregunta. ¿Propones alguno?

– Ahora mismo no se me ocurre ninguno.

– Aquí nos reímos mucho con los que no saben beber de la bota; se les cae el vino por la pechera y son una risión.

– Pues ya está. Le ponemos *La Bota*. Y ya está.

– Pues ya está. No se hable más.

Imízcoz no hizo instrucción porque su amigo el salsero apañó el encargo y se incorporó directamente a la cocina, donde llegó a despuntar debido al pulso que exhibía cuando había que lograr en las salsas el punto de sal. El chaval era callado, discreto y no llamaba la atención; pasaba tan inadvertido que de no ser por el uniforme que llevaba nadie hubiese dicho que aquel joven estaba en una trinchera militar. Ni siquiera llevaba pistola. Y cuando acababa de fregar el último cuenco de metal se reunía a la luz de un candil de carburo con Iñaki Mariezcurrena y discutían sobre los asuntos que el primer número de *La Bota* iba a publicar; aunque no lograban arrancar nunca.

Un domingo, tras la misa mañanera, Imízcoz le dijo a su amigo:

– Creo que lo tengo. Se llamará *La Bota* y llevará como lema: «Guerra y vino. Viva el santo porrón». He pensado que tenga noticias, anuncios, la cartelera del cine, deportes, versos y acertijos.

– Coño, Javier, no dices nada. Si queremos hacer eso que dices nos vamos a tirar un año.

–Tú déjame a mí, que yo me apaño con las cosas que me van contando. ¿Hacemos una prueba de caligrafía para ver quién escribe mejor?

–Ocúpate tú directamente. Tengo una letra endiablada.

–Conforme. Mañana comenzaré a escribir. Tú me das ideas, las discutimos y yo, por las mañana, antes de ir a la cocina, me pongo a escribir.

Fue pasando el tiempo y como quiera que la posición del coronel García Escámez no cesaba de recibir refuerzos, los encargados de la cocina tenían pocos ratos libres para el descanso porque en el frente se trabajaba de sol a luna, de lunes a lunes. Aún así, los dos escritores casi siempre encontraban unos minutos para discutir sobre la revista y, cuando estaba llegando el frescor de finales de otoño, por fin salió el primer número –cuatro páginas de una caligrafía primorosa– con una portada que contenía: «Presentación», «Artículo de fondo» y «Gesto de campaña»; esos eran los titulares de las informaciones. Y un rótulo al bies: «Nuestro deber de español: ¡Hoy, el fusil y el parapeto!». Como Imízcoz no andaba sobrado de conocimientos políticos la portada tenía un faldón –sin texto– con este título: ‘España-Franco-Falange’.

A Mariezcurrena no le hizo gracia.

–Debías haber puesto «Dios, Patria, Rey», que es el lema carlista.

–Sí, ya, pero me parecía poco original. Creo que queda mejor éste.

–Pero Franco no es falangista.

–Bueno, eso da igual. Los falangistas, según me dice un cabo que lleva camisa azul, apoyan a Franco.

La revista tuvo gran éxito y fue pasando de mano en mano hasta que llegó, rota y sobada, a las del coronel García Escámez. Al jefe de la tropa le llamó la atención una nota que *La Bota* llevaba en su última página y que, bajo el título de Radio Pasionaria al servicio del pueblo. Ondas corta, larga y extra de las dos, con una barbaridad de voltios, voltímetros y quilociclos, decía: «Éste es el programa para hoy noche de la mejor radio al servicio del pueblo. En primer lugar, conferencia sobre el amor libre, por M. Nelken. A continuación se ofrecerá la siguiente programación: «Formas y maneras de hacerse rico», por I. Prieto. «La pasa del hambre», por Un hijo del Pueblo. «Los adelantos en la España roja», por J. Negrín. «Conferencia en ruso», por Vorochiloff. Funerales por el resultado de San Sebastián. Himnos patrióticos ruso-franceses. Ayes desgarradores por el pueblo. Cierre de emisión».

También carcajeó al leer, junto a un sumario que proclamaba: «Nuestro grito ahora: Vino y guerra; después, ¡Vivan las viudas y las feas!», un anuncio que denominaban barato: «Se venden varias novias que tenemos en la «Gloriosa» por llevar varios meses de relaciones con el fusil».

Escámez mandó llamar a los redactores y aparecieron Imízcoz y Mariezcurrena, ambos con delantal azul raído, cuchillo en las manos y mondas de patata por la pechera.

— De modo que son ustedes los graciosos que han escrito esto, ¿no?

— Así es, mi coronel. ¿No le ha gustado?

— Mucho. Les he llamado para felicitarles. Aquí se necesita mucho humor para seguir vivos.

— Estamos a sus órdenes, mi coronel.

Imízcoz no hablaba.

— ¿No tiene usted nada que decir, soldado?

— Nada, mi coronel. Únicamente que hemos escrito esto porque nos gusta la literatura y teníamos ganas de sacar una sonrisa de los compañeros.

— Sigán, continúen por ese camino. Felicidades. Que les den una ración extra de tabaco.

— No fumamos, mi coronel.

— Entonces, mañana tienen el día libre.

— Como nos deje el día libre — dijo Mariezcurrena — mañana aquí no come nadie.

— Hagan lo que quieran. Felicidades.

Los fríos llegaron cuando Imízcoz estaba pergeñando el segundo número. No contaban con ropa de invierno ni calzado al uso, estaban recubiertos por un churre de mugre, tenían piojos en la cabeza, chinches en el cuerpo, ladi-llas en las pelotas, caries y muchas ganas de huir de aquella posición en la que llevaban varados casi desde que el frente era frente y la guerra una escabechina diaria.

Por eso una mañana, de común acuerdo, Imízcoz y Mariezcurrena montaron en un camión de suministro, convencieron al chófer para que les llevara lo más cerca de Burgos, llegaron a la capital castellana, tomaron un autobús a Logroño y desde allí se plantaron en Pamplona en el coche de línea, sucios, desastrados y hasta descoloridos, para celebrar la llegada de la navidad con las familias. Nada dijeron a sus superiores porque jamás pensaron que alguien les reclamase nada. Marcharon a la guerra por su voluntad y de la misma regresaron a casa. No fueron los únicos que desertaron en el primer invierno que las tropas de Mola pasaron al raso, luchando por llegar a Bilbao y avistar Madrid.

El telefonista Mariezcurrena recibió la visita de su hermano cuando llegó a Pamplona camino del pueblo y comentó sin aspereza:

— Anda con ojo que te has ido del frente sin permiso y eso es muy grave.

— Yo no pedí permiso a nadie para ir y creo que nadie me lo debe dar para volver. Les he dado de comer durante cuatro meses y creo que ya he cumplido. Esto de la guerra, el frente, los militares, las bombas, los cañones, los fusiles, las pistolas, los caballos, las mulas, los aviones, los heridos, los muertos... creo que no es lo mío.

— ¿Y qué es lo tuyo, Iñaki?

— Vivir tranquilo. Y en paz.

— Pues no sé si lo vas a conseguir. Al que deserta, en cuanto lo cogen, marcha de nuevo a un grupo que llaman el Tercio de Sanjurjo, donde están los represaliados políticos, la gente de la que no se fían, los desertores, algunos chiflados y unos mandos que deben dar miedo, por lo que dicen. Ese tercio es una punta de lanza en esta lucha y el que más bajas tiene.

— ¿Una qué?

— Una punta de lanza, la vanguardia de las tropas, los que marchan a la descubierta.

— Menudo lío... Pero si yo no puedo disparar con este brazo...

— Eres un desertor y para ellos un cobarde.

Iñaki Mariezcurrena volvió a casa de los padres, pero al cabo de cinco días un piquete carlista se presentó en el caserío y a la fuerza lo llevaron hasta Pamplona en un coche particular. En la capital fue conducido hasta el colegio de los Escolapios para que un alférez requeté lo interro-

gase con malos modos, ya que sobre él pesaba la sospecha de que no sólo era un cobarde desertor sino que había pasado información al enemigo, algo que Mariezcurrena no hubiese podido hacer por mucho que lo intentara, que no era el caso.

A la vista de que no soltaba prenda porque nada podía decir y estaba obnubilado con la historia que le estaba tocando vivir, un teniente falangista que había dirigido el interrogatorio lo sacó al patio esa misma tarde, llamó a cuatro voluntarios y se lo llevaron esposado hasta las inmediaciones de la puerta del Socorro de la ciudadela, cerca del cuartel del Regimiento Sicilia. Con la muralla a sus anchas espaldas el teniente insistió para que contase quiénes eran sus enlaces.

—No sé nada de lo que me está preguntando, mi teniente. Yo era carlista y como tal me fui a la guerra, aunque no pudiese disparar a causa del defecto en mi brazo. He sido cocinero en el frente, a las órdenes del coronel García Escámez.

—Eso lo sabemos. Y también que eres un espía de los rojos.

—¿De quién?

—De los rojos, pedazo de cabrón.

—No digas majaderías, mi teniente, que siempre he sido carlista.

—No me toques más los huevos que acabamos echando hostias.

—¿Qué acabamos?

—Contigo

—¿Conmigo? ¿Por qué, qué he hecho yo de malo?

—Eres un espía de los rojos y por tu culpa han asesinado a varios de los nuestros.

— Eso es mentira. Yo soy carlista desde siempre. Pregunten en el Círculo.

— Ya lo hemos hecho.

— Entonces sabrán que estoy diciendo la verdad.

— Eres un espía y no me sigas tocando los cojones que acabamos aquí mismo.

— Yo no soy un espía. Lo que dices es falso.

— Es verdad y como es verdad vas a tener lo que te mereces.

El teniente dio dos pasos para atrás y los voluntarios, con los fusiles amartillados, apuntaron a Mariezcurrena. Sonó un disparo y el cocinero cayó desplomado, con un orificio en la frente por el que chorreaba sangre como un cerdo al degollar.

— Así acaban los chivatos — dijo el teniente enfundando su pistola.

— ¿Avisamos al cementerio? — preguntó uno de los voluntarios.

El joven estaba aterrorizado, temblando, por el miedo de la escena turbia que acababa de contemplar.

El teniente le miró con rabia.

— Aquí no se avisa a nadie. Que se pudra.

— A sus órdenes, mi teniente.

— Venga, todos al cuartel que hoy es día de trabajo.

— A sus órdenes — respondieron los voluntarios.

Camino del cuartel el teniente comentó con el grupo fusilero:

— Este individuo se dedicaba a mandar mensajes cifrados a nuestros enemigos en esa hojita que publicaban. Uno de los últimos que descubrimos era un anuncio de chirigota, que no era tal porque decía en clave: «Regalamos

toda clase de interiores. Gran saldo en camisetas y calzoncillos amarillos debido al “tiempo”». Está claro ¿no?

—Sí mi teniente —respondieron los voluntarios cargados por el miedo.

31

¡VIVA MADRID, SIN GOBIERNO!

He de reconocer que el desarrollo de los acontecimientos no ha ido al ritmo que pretendíamos y, aunque la situación es de control por nuestra parte, han pasado las semanas, ha finalizado el año y no hemos conseguido el objetivo de llegar a Madrid o avanzar hasta conquistar Bilbao. Ahora estamos en invierno, la climatología es aliada de los rojos —otra más— y debido a esta circunstancia los frentes tienen una cierta estabilización que no ha de eternizarse porque, si las condiciones naturales lo permiten, en cuestión de semanas vamos a dar los golpes mortales que esta contienda precisa para ganar. Desde julio del año treinta y seis las fuerzas nacionales hemos ido construyendo un Ejército con toda la disciplina que ello conlleva mientras que los rojos, que detentaban la mayor parte de nuestras tropas al comienzo de la contienda, lo han ido desintegrando hasta convertirlo en pandillas guerrilleras sin un mando único. Por esa circunstancia —y por que nos asiste la razón, la justicia y el peso de la historia— vamos a ganar la guerra. Que nadie lo dude.

Los rojos criminales han asesinado en Alicante a José Antonio Primo de Rivera, en Madrid han diezmado a las gentes que tenían presas en las cárceles y poco antes de que el Gobierno títere republicano se fuera huyendo con el

rabo entre las piernas a Valencia (tienen miedo de la Quinta Columna, de lo cual me alegro hasta el infinito. Un informador nuestro que vive en la capital nos ha comunicado que ese día grupos de anarquistas recorrieron la Gran Vía gritando: «¡Viva Madrid sin gobierno!». Qué ilusos, gobierno no han tenido nunca) llevaron a cabo un asesinato en masa en Paracuellos del Jarama que jamás, nunca jamás, quedará sin castigo.

Comprometo mi vida en ello y pido a Dios que no quede escondido en el olvido de ninguno de los patriotas. Desde el dieciocho de julio los rojos han torturado, vilipendiado, asesinado y linchado a miles de sacerdotes, religiosas, seminaristas, hombres y mujeres de bien cuyo único delito era ayudar en la santa misa o participar en las procesiones. Han asaltado conventos, seminarios, iglesias, parroquias, albergues diocesanos, todo aquello que tuviera relación con la religión católica y lo han hecho con una saña, con una inquina, con un regodeo por el escarnio que los coloca fuera de la condición humana. Tengo el testimonio de una de estas barbaridades: un comerciante de Madrid, católico ejemplar y honrado padre de familia, fue secuestrado de su domicilio y conducido por sus matones hasta la carretera de El Pardo, donde le pusieron de rodillas, le robaron la cartera, lo desnudaron y en calzoncillos le pegaron seis tiros. Su cuerpo quedó tendido en un arcén con un cartelón en el que, escrito a mano con su sangre, se decía: «Muerto por ser cura». No lo era, simplemente se trataba del monaguillo del párroco los fines de semana que ayudaba en la celebración al sacerdote.

Allí donde los rojos dominan la causa católica sufre el exterminio. Asesinan a quienes llevan hábito o sotana

porque no pueden matar a toda la población católica, que es lo que de verdad quisieran, no tienen armas y munición suficiente para ello. Han asesinado a miles de curas y monjas, han profanado iglesias, han arrasado el mobiliario y las obras de arte, se han choteado vistiendo casullas y estolas, han aventado las sagradas formas desde un campanario, a las que disparaban como si fuera la caza de la perdiz, en Barcelona han sacado un confesionario a la calle para que sus acólitos se carcajeen... ¿Se puede pedir más ignominia?

Por los datos que disponemos hasta ahora en este exterminio sucio y de estercolero los rojos han asesinado al obispo de Jaén, don Manuel Basulto Jiménez; al vicario general de aquella Diócesis, don Félix Pérez Portela; a la hermana del señor obispo, doña Teresa Basulto; al obispo de Lérida, don Silvio Hiux Miralpeix; al obispo de Segorbe don Miguel Serra Sucarrats junto con su hermano y canónigo, don Carlos; a su vicario general, don Marcelino Blasco Palomar; al obispo de Teruel, fray Anselmo Polanco y Fontecha; al obispo de Barbastro, don Florencio Asensio Barroso; al obispo auxiliar de Tarragona, don Manuel Borrás Ferrer; al obispo de Cuenca, don Cruz Laplana Laguna; al obispo de Sigüenza, don Eustaquio Nieto Martín; al obispo de Almería, don Diego Ventaja Milán; al obispo de Guadix, don Manuel Medina Ostos; al obispo de Ciudad Real, don Narciso de Estenaga y Echeverría y su capellán, don Julio Melgar Salcedo; al obispo de Barcelona, don Manuel Irurita Almándoiz, un navarro de Larráinzar (a quien tuve oportunidad de conocer a finales de mayo en Pamplona), y a su primo el sacerdote don Marcos Goñi, que estaba con él... Para qué seguir.

En esa ciudad, Barcelona, la jauría de hienas ha llegado a la profanación del cementerio que el convento de

las madres Salesas del paseo de san Juan tenía en su parte posterior, y las momias de las religiosas las han sacado a la calle para que el populacho las escupa. ¿Qué persona en los límites de su sano juicio puede consentir este latrocinio, quién puede justificar uno sólo de estos actos? Sobre sus conciencias caerá el castigo divino, pero sobre sus cuerpos nosotros sabremos vaciar los cargadores como sólo estos miserables merecen. Nada más voy a añadir porque hora es de que las armas hagan justicia; contra las ratas que han cometido estas tropelías no hay perdón, ni aquí ni el en otro mundo.

Volviendo al estado de las operaciones militares he de decir que si nuestras tropas no han avanzado como esperábamos no ha sido por falta ni de ímpetu, ni de coraje, ni de ilusión ni de ganas, ni siquiera por vacilación en sus mandos, como dicen los rojos en sus periódicos (ignoran, los mentecatos, que para un oficial que se precie es preferible un ejército de gallinas mandado por un león que otro de leones mandado por una gallina. Nosotros tenemos una tropa de leones que se basta por sí sola; ellos son gallinas, simplemente gallinas comandadas por gallinas. Todos son gallináceas). La razón verdadera es que hemos sufrido una escasez de munición tan severa que, los primeros meses, ha sido necesario destinar patrullas para que recogiesen en la sierra madrileña las vainas de lo que íbamos disparando para rellenarlas de nuevo de pólvora y plomo porque no había más cartuchos, ¡si hasta hemos disparado con fogueo para que la tropa no se desmoralizase!

Los días previos a la sublevación un grupo de patriotas con posibles creó un fondo en Lisboa al que dotó

con varios millones para hacer frente a los futuros gastos que nuestro movimiento conllevará. Portugal ha sido país amigo y, aunque no ha habido ayuda directa, al menos nos ha dejado circular sin entorpecer la misión de nuestros agentes y nos ha buscado proveedores. Pero aquel dinero se gastó en un suspiro al mes de levantarnos en armas y llegaron los agobios para nuestra gente en el frente Norte, no así para las tropas de Franco, que contaban con el equipamiento y la munición del Ejército español de Marruecos. En agosto envié una carta a Franquito en la que, entre otras cuestiones, le comentaba:

La expedición de cartuchos que me enviaste ha sido un desastre pues ha llegado mucho menos de la mitad y las bombas de aviación (unas trescientas) sin espoletas. No tengo ni una bomba de once kilos. Te agradecería que te informases por la policía de Aya-monte qué ha sido del resto de la expedición. Dicen que la piensan mandar por barco a Caminha, pero en concreto no sé nada. Por todo eso es imprescindible abrir la comunicación que te propuse ayer por Cáceres. Mi obligada parada en la vertiente sur del Guadarrama «desinfla» a la gente al propio tiempo que hace desconfiar a la población civil. El constante duelo de artillería, muy débil por mi parte porque apenas cuento con municiones, me produce un gran desgaste. Consideraciones de orden político y económico me obligan a reiterarte la necesidad de avanzar cuanto antes sobre Madrid. El enemigo está desmoralizado (tengo documentos que lo acreditan) y es preciso no darle tregua. Mi general, a Madrid; a Madrid cuanto

antes. Insisto también en que para dar un mentís a nuestros enemigos y para concretar muchos detalles nos reunamos. Aquí te harían un recibimiento apoteósico. Eso hay que explotarlo, mi general (...) No sé si te he dicho que el subdirector del Banco de España, Pan, nos dijo que si no entrábamos en Madrid antes de fin de mes nuestra situación en el orden económico podría llegar a ser gravísima. El papel se agota rápidamente y más ahora que tenemos que depositar 30,000.000 en billetes para que Portugal nos abra un crédito de 400,000 libras esterlinas para ciertos pagos apremiantes. Me hace falta otra tonelada de pólvora para recargar cartuchos aprovechando las vainas que recogemos en el campo de batalla. La recarga se hace a mano por señoras, pues no podemos pagar jornales...

Algunas de estas cuestiones fueron atendidas (por ejemplo, en cuanto la fábrica de Granada entró en plena producción y establecimos el procedimiento de entregas, nos llegó la pólvora que más o menos –más menos que más, ésa es la verdad– necesitábamos) y otras quedaron sin resolver. Hasta mi mesa llegaban las peticiones angustiosas de García Escámez, de Beorlegui, de Cayuela..., de todo el mundo pidiendo artillería, aviación, municiones, obuses, ametralladoras pesadas y yo respondía siempre con buenas palabras diciendo que todo estaba en camino, que aguantaran porque era cuestión de días acabar con el estado calamitoso en el que nos encontrábamos.

Durante semanas me convertí en el paño de lágrimas de toda mi gente, a quien no podía ni defraudar ni contar la

verdad, porque hubiese sido tremendo para la moral de las tropas. De manera simultánea por el despacho de Burgos aparecieron decenas y decenas de bien intencionados que venían a contarme cuentos, inventos, remedios y qué se yo cuántas cosas más con las que la guerra acababa en cuarenta y ocho horas. A todos escuché (yo mismo me maravillé por la paciencia que tuve aquellas semanas) y con todos tuve una palabra amable aunque no desaproveché nunca la oportunidad de recordar que la mejor manera de ayudar era haciendo aportaciones económicas que nos permitiesen comprar armamento. De la guerra ya nos ocuparíamos los militares, que es lo nuestro.

Franco me atendió a su manera y sé que en algunos círculos dijo que yo era un quejica inagotable; quizá lo hubiese sido, por qué no. Pero siempre actúe con lealtad y movido por un interés superior que se llama España. No digo que él, Franco, no lo hiciese también aunque tengo para mí que sus movimientos eran más de corto plazo, más de cara a conseguir una posición en la que se hiciera imprescindible por sus contactos con Alemania e Italia, por la proyección de su imagen exterior y por la forma de concebir la propia contienda. Quienes llevamos el peso de las operaciones hemos elevado su figura hasta la cúspide de este Estado prematuro que estamos consolidando, porque lo consideramos necesario para unificar el rumbo de nuestras actuaciones. Es el generalísimo de los ejércitos patriotas y cuando esta guerra acabe creo que sabrá administrar la victoria para ejercer su posición de líder desde una dirección colegiada.

Sobre la marcha hemos tenido que ir cambiando algunas directrices que habíamos preparado con anterior-

ridad, porque el curso de los hechos así nos lo ha demandado. Ahora mismo no es voluntad mía pensar en el día después hasta que no vea consumir el último minuto de esta campaña. Soy un militar que no se arruga (dicen algunos que el valor es el disimulo del miedo) y que conoce sus límites. Hoy por hoy me encuentro en el campo de batalla; mañana, con el fin de la guerra, estaré donde corresponda sin escabullir responsabilidad alguna. ¡Qué más quisieran los rojos que abrir una brecha entre nosotros! Ellos no son sino partidas de matones que luchan contra un enemigo exterior -nuestro ejército- pero también por su propia supervivencia, ya que están más divididos y enfrentados entre sí que nunca; de ahí que se inventen desavenencias en el banco nacional.

De no ser por el apoyo de Rusia a su causa (que les llega cada día y en cantidades industriales: armas, municiones, aviones, tanques, efectivos...) hubiésemos acabado con esta guerra hace semanas. El diecinueve de julio ellos tenían la mayor parte de un ejército; nosotros contábamos con fe ciega en la victoria, una moral indestructible y, además, nos asistía la verdad y la razón. Ésas eran nuestras armas intangibles (las ideas nos hacen fuertes, los ideales invencibles) porque la realidad es que teníamos voluntarios, muchos voluntarios, que no soldados con preparación.

Los frentes en el Norte están donde los dejamos antes de que la nieve, el granizo, las lluvias y el frío apareciesen en esas tierras. Desde que el gobierno de la República concediera a los vascos un estatuto de autonomía, los separatistas del PNV se han involucrado en la guerra como perros de presa. Nuestros ejércitos rodean ya los montes que envuelven Bilbao y está preparada una ofensiva para

romper sus defensas en el río Deva y avanzar en paralelo a la costa. La frontera con Francia es ahora impermeable desde que las tropas nacionales tomaron Irún y luego San Sebastián. Han muerto Ortiz de Zárate y el bueno de Beorlegui (éste más por cabezonería, ya que no quiso que su herida fuese curada como Dios manda, y le vino la gangrena), con el que tantas discusiones tuve.

Recuerdo que me pidió autorización para que a la hora del ángelus sus tropas parasen quince minutos, ya que es tradición en el país vasconavarro rezar a las doce del mediodía, como hacían combatientes de ambos bandos en algunas zonas, no en todas, porque había en las filas guipuzcoanas mucho comunista ateo que no respetaba ni a Dios. También paraban los domingos de ocho a nueve de la mañana, para escuchar la santa misa y comulgar. Ahora toda esa zona está bajo nuestro control y no hay problema alguno de índole religioso, los nacionales ni matamos curas ni perseguimos a las monjas. Me viene a la memoria ahora que escribo estas reflexiones sobre la cuestión religiosa, que el año primero de este siglo hubo un *meeting* en la plaza de toros de Barcelona donde unos energúmenos desplegaron una enorme pancarta que decía: «¡A matar 25,000 curas que sobran!». Si les dejamos, me temo que se saldrían con la suya.

Después de la toma de San Sebastián he volado sobre el frente Norte varias veces, lo he visitado, incluso, con Franco (cada vez que caía un obús de los nuestros en una trinchera enemiga, decía: «Toma pan y moja, que es caldo de liebre») y he tomado multitud de fotografías con la Leica. Nuestro ejército tiene moral de victoria y una fuerza física a prueba de bombas. A este respecto me han descrito

una anécdota donde se refleja qué tipo de soldados combaten por las ideas de salvar España del comunismo y la anarquía.

Según me contó un sacerdote que dijo apellidarse Urdín Muruzábal y ser navarro, un cabo del batallón San Marcial, de nombre Antiloginio González, cayó herido de consideración cuando avanzaba al frente de su formación cerca de Ochandiano. La metralla le arrancó el brazo izquierdo de cuajo y, lejos de pedir ayuda o reclamar auxilio médico, fue entonces cuando salió a relucir el genio de nuestros soldados ya que Antiloginio cogió con la otra mano el brazo que estaba en el suelo y, como si fuera un estandarte sagrado, alentó a sus hombres para seguir atacando la posición enemiga:

— A por ellos, a por ellos, marchar sin pausa, no hay que parar, que ya son nuestros... — gritaba el herido sujetando su brazo al modo de un lábaro.

El cabo avanzó entre el fuego enemigo hasta que una bala le llegó al corazón y cayó al suelo, pero quedó inexplicablemente de rodillas y en esa postura murió murmurando:

— A por ellos, a por ellos...

Quien me contó esta historia, como he dicho, era un párroco navarro y no hay por qué poner en duda su palabra. Aunque se non e vero, è ben trovato.

Otro sucedido del frente Norte fue la detención del escritor Pío Baroja, a quien le pudo más la curiosidad que la prudencia y poco faltó para que la excursión que hizo hasta Oronoz no le costase la vida. Por lo que me han referido quienes estuvieron en la escena (aquí todo el mundo sabe que soy un seguidor de las novelas de este escritor, al que algunos carlistas se refieren como el impío don Pío. Creo,

ahora que toca hablar de libros y de autores, que de nada me ha servido andar toda la vida a cuestras con los clásicos y devorar las producciones de nuestro más eximios escritores contemporáneos; nunca llegaré a ser un buen escritor) parece que Baroja, tras enterarse por un periodista de que el alzamiento se había producido y que las tropas, sobre todo las columnas carlistas, estaban llegando desde Pamplona hacia la regata del Bidasoa, salió de Vera en coche acompañado del médico del pueblo para ver la procesión.

Llegaron a Santesteban y nada observaron, por lo que decidieron seguir bajando hacia Pamplona, aunque acabaron en Oronoz. Allí, en una casa de comidas, contemplaron el espectáculo que estaban esperando: llegaban camiones con voluntarios, coches, autobuses... Para no perderse el final de la escena el médico propuso marchar tras el convoy pero don Pío, siempre tan inquieto, le dijo que adelantara con el automóvil a todo el mundo para llegar antes que ellos; pero fueron detenidos por un comandante a la salida de una curva porque iban muy deprisa y no llevaban identificación alguna. Escoltados, llegaron al puente de Santesteban, ya avanzada la tarde, y allí el escritor fue reconocido por el comandante José Moreno, el yerno del fundador del hotel La Perla, falangista, y por algunos oficiales de la columna que también eran de Pamplona. Moreno, que por lo que cuentan es un hombre que no se anda con chiquitas y, además, acababa de salir de la cárcel, le dijo a Baroja en un tono que debía de dar espanto:

— Ya tenía ganas de conocerle. Y ganas me dan también de ajustarle un par de tiros por mentiroso, anticatólico y anticarlista. Lleva usted toda su vida atacando los valores del tradicionalismo que, aunque no son los míos, son algo

muy sagrado para multitud de personas de esta tierra. Se merece usted un escarmiento.

Baroja estaba rodeado por muchas gentes con armas, la mayoría de las cuales no sabía quiénes eran, pero tenían ya la sangre caliente y les faltó poco para fusilarlo. No queriendo que aquello acabara de malos modos, parece que Moreno ordenó que fueran escoltados hasta Vera y esperasen a la entrada dentro del coche hasta nueva orden. Pero la pareja de voluntarios que marcharon con ellos en el vehículo se cansó de esperar, ordenaron regresar a Santesteban y Baroja y su acompañante acabaron en la prisión improvisada que nuestra gente había establecido en los bajos del antiguo caserón que antaño fue Ayuntamiento de la villa. Al cabo de un día, y después de dimes y diretes, consultas a Ortiz de Zárate y demás, volvió Baroja a su caserío de Vera, supongo que con el calzoncillo sucio y pocas ganas de meterse nuevamente en líos.

A propósito de escritores, periodistas, fotógrafos, informadores en general, hay que decir que de estas personas se ha ocupado la Oficina de Prensa y Propaganda que creó Franco, en la que colocó inicialmente a Millán Astray hasta que lo sustituyó por el dúo Juan Pujol-Joaquín Arrarás (luego vinieron otros), más presentables para cualquier público. Me han contado que en Pamplona, delante del cadáver del coronel Ricardo Ortiz de Zárate, en la morgue del Hospital Militar, Millán organizó una de las suyas cuando comenzó a gritar sin más ni más:

—Hermano, ¡Ya la tienes, ya es tuya! ¡Cuántas veces has corrido tras ella en los campos de África! Fundidos en un abrazo estáis yaciendo los dos...

Y aquí, no sé si a cuento o no, se puso a cantar el *Himno de la Legión* («Nadie en el Tercio sabía quién era

aquel legionario, tan audaz y temerario que a la Legión se alistó...Por ir a tu lado a verte, mi más leal compañera, me hice novio de la muerte, la estreché con lazo fuerte y su amor fue mi bandera»), dejando a todo el mundo obnubilado. Considero que Millán tiene alterado el sentido del ridículo y no es persona para pasear por parte alguna, ya que origina más problemas de los que soluciona. Creo que no está en uso de todas las facultades mentales que tienen los humanos.

Desde la Oficina de Prensa y Propaganda me han pedido que centralice en sus dependencias todas las informaciones que sea preciso hacer públicas en torno a los avances de las tropas nacionales. Por ese motivo he prescindido de mi ayudante, el abogado José María Iribarren, que según ha contado quiere escribir un libro con nuestras primera andanzas en la cruzada. Estuvo a mi lado varios meses y es testigo de muchas de las conversaciones que he tenido. Imagino que hará buen uso de ellas. Sus reseñas diarias están con los documentos más importantes que todavía conservo junto a los que traje de Pamplona, y que tuvimos que esconder entre Mariezcurrena y yo en la cripta de Capitanía el día que el director de la Seguridad del Estado, Alfonso Mallol, se presentó en Pamplona buscando armas, munición y documentos (sus gentes no fueron capaces de localizar sino un par de revólveres y alguna que otra escopeta vieja, aunque nos dieron un susto de muerte). ¡Qué tiempos, señor, qué tiempos aquellos!

Procuro escuchar siempre que puedo las prédicas que manda a las ondas el general Queipo de Llano. Tiene un verbo encendido, habla con convicción y creo que ha metido en cintura a todos los rojos de Sevilla y alrededores.

En Salamanca, desde el diecinueve de enero, emite ya la nueva Radio Nacional, que antes se llamaba simplemente Radio Castilla, y estimo que nuestro mensaje llega con mayor nitidez ahora que podemos competir en el espacio de las ondas. Los carlistas tienen sus propias unidades, que llaman Radio Requeté, y en Madrid contamos con una emisora clandestina que se encarga de hacer vibrar a los patriotas que resisten las vejaciones de los esbirros del Frente Popular. Estos saben que existe, no han podido todavía detectar desde dónde emite y la llaman despectivamente «Radio Hostia». Bueno, que sigan por ese camino.

Queipo no es persona a la que le guste andar con rodeos, y en lo que él llama «Las charlas» arremete contra nuestros enemigos como sólo él, generalísimo de las ondas, sabe y puede; al día siguiente sus intervenciones las suele reproducir el *ABC* sevillano, el auténtico. La última que he escuchado tiene gracia porque decía Queipo: «Nuestros valientes legionarios y regulares han enseñado a los rojos lo que es ser hombre. De paso, también a las mujeres que, ahora, por fin, han conocido hombres de verdad y no castrados milicianos. Dar patadas y berrear no las salvará». Qué cosas tiene este hombre.

Nosotros, en la frontera navarra, hemos instalado un barracón a las afueras de una población que se llama Larrañeta, cerca de Burguete, para controlar las comunicaciones y ampliar el radio de acción de los emisores, cuestión que tiene una importancia extrema. En Burguete se han requisado un par de caseríos para el mismo fin y habrá presencia permanente de nuestras unidades en prevención de algún ataque. Después de impermeabilizar la frontera en esa zona, el siguiente paso era perfeccionar el sistema radiotransmisor. Así lo hemos hecho.

VEINTIDÓS TONELADAS DE BOMBAS SOBRE GUERNICA

Mola aprendió pronto las ventajas que representaba dirigirse a la opinión pública, a las gentes que creían sus palabras a pies juntillas, dijera lo que dijera, contara las mentiras que contara, para ir generando un estado de ánimo sobre la ofensiva que había preparado para conquistar Vizcaya y doblegar Bilbao, y no tuvo problema alguno en afirmar una gran majadería:

—No hay soldados alemanes luchando con nosotros; si alguien es capaz de demostrarlo, juro por mi honor que me entrego a mi antiguo capitán y experto cazador furtivo de energía eléctrica, el camarada rojo (general) Miaja.

Sus corifeos amplificaban las palabras de Mola para que tuvieran eco y los periódicos que se publicaban en la zona controlada por quienes se autodenominaban nacionales las imprimían con titulares destacados, primero; después las comentaban en circunspectos artículos laudatorios y, finalmente, se servían de ellas para desmontar las acusaciones del bando contrario, de aquellos que llamaban rojos. Ése era el mecanismo reverberante que la Oficina de Prensa y Propaganda había adjudicado a los periódicos nacionales, que cumplían honrosamente su papel de mamporreros y, algunos, como sucedía en la católica Pamplona, no contentos con asumir una actuación subordinada daban pasos hacia el infinito cuando abastecían consignas a sus lectores para que colaborasen en pulcras tareas de delación: «Es un gran servicio patriótico descubrir a los masones, causantes principales de las desdichas de nuestra patria».

Un diario recién creado –dirigido por el sacerdote Fermín Yzurdiaga– que respondía a un grito que iba a ponerse de moda, *Arriba España*, editado desde agosto del treinta y seis en las antiguas instalaciones del diario nacionalista vasco *La Voz de Navarra*, que habían sido incautadas a punta de pistola a sus propietarios, salió a la calle proclamando en su primer número: «¡Camarada! Tienes la obligación de perseguir al judaísmo, a la masonería, al marxismo y al separatismo. Destruye y quema sus periódicos, sus libros, sus revistas, sus propagandas. ¡Camaradas! ¡Por Dios y por la Patria!». Los periódicos, todos los periódicos cuando los combates avanzaban por el veril de la desolación, eran el escaparate épico de las batallas y el púlpito desde el que las partes lanzaban su arenga a las masas cuando la guerra civil ya se había convertido, de hecho, en un experimento internacional de primera magnitud.

La ayuda alemana al bando sublevado fue rápida y a medida que fueron pasando los meses, decisiva. Al principio llegaron a España aviones de transporte y pilotos voluntarios, luego bombarderos, más tarde tanques y para la primavera del treinta y siete las fuerzas que mandaba el generalísimo Franco mantenían una subordinación total al armamento germano del mismo modo que las unidades leales a la República lo tenían con los ejércitos rusos. Los frentes de batalla, donde morían mensualmente los combatientes por miles, tuvieron un componente experimental como nunca antes había ocurrido en el mundo desde que las potencias europeas, cada una a su modo, optaron por apoyar a ambos bandos en guerra.

Alemania lo hizo formalmente en octubre de mil novecientos treinta y seis creando una sección de voluntarios

en su ministerio del aire bajo el manto de una operación especial, «Fuego Mágico», de la mano del general Helmut Wilberg. A Mola, que tan pedigüeño era cuando se trataba de conseguir armamento y munición, Franco le comunicó que para finales de marzo de mil novecientos treinta y siete la Legión Cóndor –denominación ideada por el coronel Walter Warlimont, que agrupaba al conjunto de los voluntarios germanos– se ponía a su servicio en la tarea de avanzar desde Deva, en Guipúzcoa, y por Álava en paralelo al río Nervión, para llegar a Bilbao y someter la ciudad que antes el carlismo nunca pudo.

Las tropas de Mola, que comandaban los coroneles Solchaga y Vigón, estaban varadas en una línea curva de la que no despejaban porque la resistencia de las unidades que el Consejo de Defensa de Euzkadi, creado por el Gobierno vasco, había movilizado eran cuantiosas en número y tenían una motivación añadida para empuñar el fusil: defender sus instituciones y el autogobierno, reducido ya prácticamente a Vizcaya. El Estado Mayor del Ejército de Euzkadi, con casi cuarenta mil efectivos a sus órdenes, fue el instrumento que el nacionalismo vasco creó para dar forma a un voluntariado variopinto que plantó cara al avance de los voluntarios carlistas en su deseo de conquistar Bilbao, hasta donde sus fuerzas aguantaron.

La Legión Cóndor tuvo instructores y combatientes en el arma acorazada encuadrados en el *Ableitung 88* con la misión de probar armamento de nueva fabricación que jamás se había utilizado con anterioridad en los escenarios y estudiar tácticas de combate con carros, el punto débil de los alemanes. El teniente coronel Wilhelm Ritter von Thoma había acordado personalmente con Franco aportar Panzer –el tanque alemán– a las unidades sublevadas,

ocultando que el auténtico objetivo de semejante ayuda era estudiar su comportamiento con fuego en situaciones reales, compararlo con los T-26 B rusos y mejorar sus prestaciones mortíferas antes de comenzar la producción en serie para la gran guerra que le esperaba a Europa (los alemanes ofrecieron quinientas pesetas a quien llegase a capturar un carro ruso que no hubiese sido alcanzado por el fuego de los contendientes, con el objetivo de desmontarlo para analizar su arquitectura).

En la guerra española los militares alemanes llegaron a la conclusión de que el Panzer tenía armamento endeble, insuficiente blindaje y un motor poco potente para lo que las guerras del segundo tercio del siglo veinte requerían. Y que sus bombarderos no tenían rival cuando el objetivo era destruir ciudades sin importar vidas humanas. Franco los probó para Madrid en el otoño de mil novecientos treinta y seis, cuando los aviones de la Legión Cóndor llegaron a descargar sobre la capital dos mil bombas a la hora sin conseguir más objetivo que destruir enormes cantidades de edificaciones y masacrar una población angustiada por la tragedia; pero no consiguió vencer la resistencia y conquistar la ciudad.

Este panorama fue el que llevó al generalísimo de los ejércitos sublevados contra la República a planificar una ofensiva total en el frente Norte, a la vista de que las tropas de Mola no progresaban como los planes habían presumido mientras las unidades del recién creado Ejército de Euzkadi estaban pasando a la iniciativa, como habían demostrado en el intento de conquistar Villareal, en Álava, donde exhibieron una superioridad numérica de ocho a uno que, a la postre, les sirvió de poco ya que no lograron tomar la posición. Con todo, consiguieron un objetivo que

no perseguían: Mola convenció a Franco para que la ofensiva del Norte, con la aviación alemana, fuese absoluta y de exterminio hasta la victoria final.

El general director lo anunció sin vergüenza alguna en octavillas que sus aviones dejaron caer por los campos cercanos a Bilbao: «He decidido terminar rápidamente la guerra en el Norte. Se respetarán las vidas y haciendas de los que rindan sus armas y no sean culpables de asesinatos. Pero si la rendición no es inmediata arrasaré Vizcaya sobre sus cimientos, comenzando por sus industrias de guerra. Dispongo de medios para hacerlo». No era una boutade; al contrario, reflejaba el carácter cuartelero y sanguinario que Mola quería mostrar para conseguir el triunfo al precio que fuera. Los tempos de la guerra lo estaban sacando de sus casillas.

Los combates del frente Norte cambiaron con la llegada de la primavera que trajo el coronel Wolfram von Richthofen, jefe del Estado Mayor de la Legión Cóndor alemana, cuando se instaló en Vitoria. En la capital alavesa, cuartel general de la ofensiva de los sublevados contra las posiciones del Gobierno Vasco, von Richthofen se reunió con el coronel Vigón, jefe del Estado Mayor de Mola, y acordaron las fechas, la forma y los objetivos de los bombardeos aéreos iniciales. A su servicio estaban todos los aviones de la Legión Cóndor, los aparatos de la aviación italiana y buena parte de la aviación franquista; una superioridad absoluta para conquistar un pequeño territorio de montes y valles tras el cual, a espaldas del Cantábrico, aparecía Bilbao, la ciudad metalúrgica.

Cuatro días después de que Mola avanzara en sus octavillas la voluntad de reducir a escombros la zona re-

belde si antes no se rendían se produjo el mayor bombardeo que hasta entonces se había contemplado en la historia de España. Simultaneando los ataques desde tierra y aire, el ejército de Mola lanzó una ofensiva desde Ochandiano hasta el mar interviniendo toda la artillería y la infantería disponibles para ablandar las posiciones antes de que los aviones alemanes vomitaran toneladas de bombas contra las posiciones más enquistadas. Pero el objetivo de un ataque de esta envergadura no radicaba únicamente en conseguir que las tropas pudiesen avanzar y romper las líneas del frente sino que existía otro superior: probar en Durango, un nudo de comunicaciones de enorme importancia, las consecuencias de un bombardeo de intensidad con bombas de gran peso y capacidad de destrucción.

Eran las ocho de la mañana de un miércoles treinta y uno de marzo y las campanas de la iglesia parroquial de Santa María –donde celebraba misa a esa hora el sacerdote Carlos Morilla– comenzaron a repicar coléricas avisando de la inminencia de un bombardeo. La población no tuvo tiempo ni para rezar un padrenuestro ya que, tras una pasada de los Junker alemanes, una escuadrilla Savoia SM-81 de la Aviazione Legionaria italiana –en treinta minutos que semejaron siglos– arrojó sobre la ciudad doce toneladas de bombas que dejaron Durango destruido, muerto y enterrado.

Ese día y los inmediatamente posteriores murieron más de doscientas cincuenta personas, entre ellas las catorce religiosas que se encontraban en la capilla de Santa Susana, el párroco Morilla y el sacerdote Rafael Villabeitia (cuando estaba impartiendo el sacramento de la comunión a sus fieles en la iglesia de los jesuitas). Durango quedó durante horas oculto tras un muro de humo y polvo, y des-

pués del mediodía ofreció al mundo su cara más patética: la ciudad era escombros, muertos y desolación. La estrategia que Mola había marcado personalmente al coronel von Richthofen –destruir, destruir, destruir; atemorizar, atemorizar, atemorizar-comenzaba a dar las primeras secuelas.

El bombardeo de la población vizcaína llenó de satisfacción a sus autores y de indignación al mundo, tras evidenciar que el bombardeo se había cebado contra una población indefensa y en edificaciones religiosas, donde a esas horas se celebraba misa con mucha afluencia de católicos.

Al comprobar la reacción en la prensa europea los días posteriores a la masacre, la Oficina de Prensa y Propaganda de Franco respondió negando las evidencias y dijo que los muertos lo habían sido por negarse los militares vascos a permitir que los fieles abandonaran las iglesias. El generalísimo de las ondas, Queipo de Llano, dio otro paso más en el oprobio y apuntó en una de sus charlas radiofónicas: «Nuestros aviones bombardearon objetivos militares en Durango y más tarde los comunistas y socialistas cerraron a las curas y monjas en las iglesias, asesinándolos a balazos sin piedad, quemando después las iglesias». Pero quien fue más al grano en la mermelada de repetir mil veces una mentira hasta que parezca verdad fue el enviado de la Oficina de Prensa y Propaganda, el médico Víctor Ruiz Albéniz (conocido como el Tebib Arrumi o Arrumi, simplemente, tras su paso en los años veinte por el Marruecos español aplicando sus conocimientos de medicina), cronista oficial del régimen instaurado por Franco en Salamanca (los relatos impúdicos de Ruiz se publicaban sin añadir una tilde en todos los periódicos de la España nacional, generalmente en su primera página).

Dijo Arrumi por escrito: «En esta jornada triunfal de la rotura del frente Elgueta-Durango, nuestros soldados se han cubierto de gloria. Hay que hacer la justicia de reconocer que el noventa por ciento del éxito corresponde al mando que concibió la operación y a los jefes y oficiales que la ejecutaron con justeza de maravilla. Ayer ganamos en la guerra lo que es más preciso: prestigio desmesurado ante los ojos y conciencias asombradas de nuestros enemigos. Y eso vale más que la conquista de uno o cien pueblos, y más que un botín cuantioso porque es el máspreciado botín que se puede ambicionar: el de haber quitado al adversario su tesoro de confianza, de seguridad, de posibilidad de hacernos frente».

Mola contribuyó a la fama periodística de Ruiz Albéniz (sobrino nieto del compositor Isaac Albéniz) haciendo unas declaraciones que publicaron su coro de altavoces periodísticos en portada. Decía el general: «Nunca vi nada más extraordinario ni más magnífico». Se refería el Director de la sublevación a la jornada de bombardeos del miércoles treinta y uno de marzo, San Benjamín, diácono y mártir, que murió decapitado.

Cuando von Richthofen llegó a Vitoria para coordinar el mando aéreo de la que Franco esperaba fuese la fase final del frente Norte, la primera medida que ordenó fue el despliegue de los soldados de la unidad Ln/88, de transmisiones, que se encargaron de hacer un tendido de líneas de cobre reforzado para establecer un sistema propio de comunicaciones en el aeródromo vitoriano que llegaba hasta las unidades del frente. El coronel alemán detalló entonces que quería línea directa con las tropas que estaban en la primera línea de fuego para que los aviones obtu-

vieran una información exacta de los objetivos que iban a bombardear.

Pero los frentes eran líneas invisibles que menguaban y cambiaban tanto en la primavera de mil novecientos treinta y siete que en varias ocasiones las tropas de Mola fueron bombardeadas por la aviación amiga, ignorante de las permutas que se iban produciendo al paso de las horas.

El general Director estaba harto de las iniciativas de von Richthofen, al que trataba de meter en cintura cuando decía:

— Las órdenes son bombardear hasta dejar reducida la posición a cenizas.

A lo que el coronel contestaba:

— En la guerra moderna es la artillería la que debe permitir el avance de la infantería; la aviación no está para destruir aquello que luego vamos a conquistar, está para ablandar. ¿Para qué queremos ciudades reducidas a escombros?

— Eso no es cuestión suya, coronel. El frente Norte tiene sus propias reglas y unas órdenes que yo he dado y que hay que cumplir: donde no se rindan, hay que destruir. Destruir totalmente.

— No estoy de acuerdo, general. La destrucción conlleva mayores esfuerzos cuando acaba la guerra.

— Vamos a dejarnos de discusiones filosóficas y a cumplir las órdenes, que es nuestra obligación de militares. No quiero seguir hablando de estas cuestiones.

— Como disponga, general.

Von Richthofen tenía, además, una pelea continua cuando conversaba con Mola ya que no entendía la estrategia de avance lento que las unidades del general español

practicaban. El coronel alemán pedía que las tropas progresaran por tierra hasta consolidar posiciones, dejando a la aviación un papel diferente al que Mola asignaba y que no era otro que la destrucción total. Lo decía el Director:

— Primero destruir, luego, avanzar.

La paradoja de la posición de Wolfram von Richthofen residía en que el ejército alemán, en virtud del tratado firmado en junio de mil novecientos diecinueve en Versalles, al término de la Primera Guerra Mundial, tenía vetado disponer de estado mayor, tanques, artillería pesada y aviación; aunque dieciséis años más tarde ya había creado la Luftwaffe y preparaba, de forma discreta, todo aquello que sus adversarios habían prohibido, ya que el Führer dio por nulo el acuerdo.

El Gobierno nacionalsocialista alemán contaba con un ministerio de transporte aéreo dirigido por el general Erhard Milch que tenía la misión, encomendada por Adolf Hitler, de preparar una aviación militar para el momento oportuno (como reconocería años después, frente a los fiscales de Nuremberg, el propio general). El momento, a los ojos de los visionarios alemanes, había llegado y el campo de ensayos español representaba una oportunidad única para probar aquello que hasta entonces había tenido un desarrollo secreto y un alcance práctico escaso. La guerra civil española representaba para Hitler trasponer la teoría y distinguir la práctica.

El Tebib Arrumi, en sus monsergas informativas que tanto amplificaban los periódicos servidores de las esencias de la que denominaban España nacional, dio a sus lectores una pista de la dirección de la guerra cuando tituló una de sus gacetillas de esta manera: «Guernica está al alcance de

nuestras manos». Después de que ocurriera el holocausto, el vocero que firmaba los partes del *Boletín Oficial del Cuartel General* por orden de su excelencia el generalísimo Franco, el general segundo jefe de Estado Mayor, Francisco Martín Moreno, puso en antecedentes al mundo al dejar por escrito: «Los fugitivos vascos que se acogieron a nuestras columnas cuentan espantados las tragedias de las villas que, como Guernica, quedan destruidas por el fuego intencionado de los rojos casi en su totalidad, cuando nuestras tropas se encontraban a más de quince kilómetros de distancia».

El veintiséis de abril de mil novecientos treinta y siete, san Isidoro, arzobispo de Sevilla, el coronel jefe de Estado Mayor de la Legión Cóndor, Wolfram von Richthofen, que llevaba prácticamente todo el mes discutiendo con Mola en torno a estrategias -ya de malos modos- para avanzar en la guerra, dio orden de iniciar la probatina más sangrienta que había ocurrido hasta entonces contra poblaciones fuera de las trincheras de combate:

— Bombardeen la posición acordada utilizando los nuevos proyectiles que nos envía Berlín — dijo esa mañana cuando planificaron los vuelos.

Debían de ser quince minutos después de las cuatro de la tarde cuando el primer bombardeo, un Dornier 17 que venía de la mar, sobrevoló el municipio y dejó caer, a baja altura, una primera ración de bombas que causó destrozos, alguna muerte y un pánico total en la localidad un día de mercado por las calles del centro; los habitantes de la villa corrieron a los refugios y esperaron que callara el estruendo. Minutos después una patrulla de tres Savoia Sm-79 italianos voló sobre la población y soltó, en menos

de un minuto, treinta y seis artefactos de cincuenta kilos. A las cuatro y media los cazas Heinkel 111, escoltados por Messerschmitt Bf-109, dieron una nueva pasada ametrallando aquello que encontraron a sus pies; luego se fueron por el sur y los habitantes de Guernica creyeron que lo peor había pasado. Cuando las calles comenzaban a recuperar la actividad y muchos ciudadanos marchaban en dirección norte para comprobar los destrozos que la aviación había provocado, de pronto se escuchó el zumbido de los motores del arma más mortífera de la aviación alemana: eran los Junker 52 (aviones que podían transportar una tonelada de bombas cada uno) y el reloj de la iglesia marcaba las cinco y cuarto.

En la primera pasada lanzaron dos mil kilos de bombas, luego realizaron otra y otra y otra; así hasta las seis y media de la tarde, que fue cuando se alejaron de la villa camino del monte Oiz. En los intervalos que los Junker no bombardeaban, los Heinkel 51 ametrallaban el centro y la periferia persiguiendo a quienes trataban de salir del horror que las bombas provocaban. La aviación alemana no sólo arrojó artefactos convencionales –de gran peso– sino que puso en práctica una nueva forma de eliminar al contrario expeliendo desde sus aviones racimos de bombas incendiarias fabricadas por RhS (producían fuego de soplete) que provocaron una situación como nunca antes hubiera visto persona alguna, ni tampoco imaginando. Cuando abandonaron el campo de operaciones, tras una lluvia mortífera en la que vertieron veintidós toneladas de bombas de todo tipo, quedó una ciudad en esqueleto que ardía por todos sus vértices, reliquias de carcasas de bomba con la inscripción «Berlín Rheinsdorf 1936. ¡Heil Hitler!»

y muchos centenares de muertos; quizá fallecieron ese día y los posteriores cerca de mil quinientos ciudadanos (Herman Goering, mariscal del Reich alemán, lo dijo frente al tribunal de Nuremberg que juzgaba la actuación criminal alemana en la Segunda Guerra Mundial, a preguntas de los británicos Maier y Sender: «Guernica fue una especie de banco de pruebas para la Luftwaffe. Ensayamos una alfombra de bombas»).

El Cuartel General de Franco, a través del general Francisco Martín Moreno, habló al día siguiente y lo primero que hizo en un parte oficial fue negar; negar y lanzar humo al aire para señalar a los propios habitantes de la villa como los autores no sólo de su bombardeo aéreo, sino de su incendio: «La indignación de las tropas nacionales no puede ser mayor que las calumniosas maniobras de los dirigentes vasco-soviéticos que, después de destruir por el fuego sus mejores ciudades, intentan culpar a la Aviación nacional de tales actos de barbarie. Guernica no constituía en ningún momento objetivo militar para la Aviación militar, que sólo persigue objetivos militares en combate y las industriales militares en la retaguardia enemiga. Coincide esto con el hecho de que la Aviación nacional no haya podido volar en estos días por la neblina y la lluvia reinante».

Ruiz Iriarte, que debía de haber pasado unos días después por la población destruida a fuego, concretó en los periódicos: «Se han decidido los separatistas vascos a combatir para no pasar la vergüenza de perder sin hacerlo la sede del separatismo vasco, gesto varonil que ha durado en Guernica un par de horas. Principió con bastante denuedo, pero han pagado su contribución con sangre (...) Guernica está más destrozada que Éibar. Es horrible el cuadro que ofrece. Han quedado en pie la célebre Casa de Juntas y el

tradicional árbol. Con esto queda plenamente comprobado y palmariamente desmentido que nosotros hayamos causado la destrucción de Guernica, pues si así hubiera sido naturalmente que hubiéramos empezado por destruir lo más histórico del separatismo vasco. Por el contrario, se ha puesto a la Casa de Juntas y rodeando al árbol histórico una escolta armada, precisamente escogida de soldados del sector de Vizcaya. Así procedemos nosotros. Con toda corrección y respeto para nuestros enemigos. Con la caída de Guernica ha pasado a nuestro poder la última de las poblaciones importantes de Vizcaya. Al separatismo rojo le queda aún Bilbao. Ya veremos cuánto tiempo».

El general Mola lo había anunciado por la radio días antes de destruir la villa foral vizcaína: «Es preciso que sea castigado un pueblo perverso que se atreve a desafiar la irresistible causa de la idea nacional».

Por eso, cuando supo que la posición había sido reducida a escombros reunió a su Estado Mayor y sobre el plano topográfico que tenía en su despacho de Vitoria clavó un alfiler entre Durango y Guernica con la banderita de España, antes de brindar con un vino blanco de las bodegas Louis Guntrum, Riesling, que von Richthofen le había regalado para celebrar la toma de Málaga.

—¡Viva siempre España!, gritó para sus invitados alzando la copa.

—¡Viva el Ejército!, —respondió apresuradamente el coronel Vigón, de quien sus compañeros decían que le cabían todos los frentes de guerra en la cabeza.

—¡Viva! —respondieron al unísono quienes brindaban.

Los meses anteriores, aburrido por la inactividad del frente, el general Director de la conspiración se había aplicado a las teclas de la Remington y del cacumen de su cerebro habían emanado una serie de folios que mandó publicar en Pamplona, en formato díptico de treinta y dos por veintidós bajo el título *Habla Mola*, en los que fue dando doctrina para quien todavía no se hubiese enterado de las causas, motivos y orientación de la batalla que se libraba en España. Comentaba el general en sus doctrinas que eran cartas abiertas «dirigidas a los del lado de acá de las fronteras y a los del lado de allá y a los que luchan en ellas. También llevan estas cartas franqueo para el extranjero, donde también conviene que se vayan enterando los de fuera de casa que aún no lo están, de quiénes somos nosotros y a dónde vamos, pues es hora ya que la conciencia universal forme juicio exacto. He de ser parco en la expresión y comedido en la palabra, que es de buen gusto ser educado y correcto, ya que lo cortés no quita lo valiente. Nosotros somos nacionalistas; ellos, antipatriotas y criminales».

El general jefe del ejército nacional en el Frente Norte estaba asqueado de escribir a máquina, fotografiar trincheras con su Leica y volar cada mañana que el tiempo lo permitía en un bimotor británico AS6 Envoy –idéntico al que poseía el rey de la Gran Bretaña– que pilotaba el capitán Chamorro. Ya no tenía ojos sino para mirar, ensoñado, la ría del Nervión desde las escalinatas del ayuntamiento de Bilbao, tras ser conquistado por sus tropas.

Estaba tan intratable aquellos días que en sus paseos por los campos de batalla incumplía deliberadamente el decreto que Franco había firmado dos días antes de bombardear Guernica, en el que disponía: «Se establece como

saludo nacional el constituido con el brazo en alto, con la mano abierta y extendida y formando con la vertical del cuerpo un ángulo de cuarenta y cinco grados». Era militar y no estaba obligado, pero el generalísimo lo utilizaba siempre en público; el Director ya no se hablaba con casi nadie.

Su hastío era tal que el dos de mayo Mola viajó a Pamplona y, rompiendo la habitual manía de aparecer escasamente en público, participó en la arenga que los militares habían organizado para conmemorar el aniversario de la revuelta de Madrid contra las tropas napoleónicas el siglo anterior. Desde el balcón del Casino Principal, rodeado por el alcalde, los gobernadores civil y militar, el jefe provincial de Falange Española Tradicionalista, el obispo Marcelino Olaechea, el director de la cárcel, jueces, fiscales y representantes de las fuerzas policiales y Guardia Civil, el general se sacudió la pereza para arengar a la masa:

— ¡Pueblo heroico de Navarra: el más heroico de todos! Hoy hace cabalmente ciento veintinueve años que el pueblo español, en un rasgo de bravura ejemplar, se sublevó contra aquellos invasores extranjeros que, porque lograron dominar en media Europa, habían soñado en imponer su yugo a España... Hoy el pueblo español, en este dos de mayo de mil novecientos treinta y siete, el pueblo español, como entonces lo mejor de España, se ha levantado por su dignidad. ¡Antes que la humillación extranjera, que venga otro dos de mayo!

La muchedumbre de la plaza le vitoreaba y se escuchaban voces que decían:

— ¡Abajo Rusia! ¡Muera la masonería!

Mola continuó su breve alocución improvisada, finalizando de esta manera:

— ¡Confianza en el sumo hacedor, que preside y gobierna todas las cosas! ¡Unión de todos! Todos los españoles juntos lograremos el triunfo para vencer al enemigo secular de nuestra patria. Unión en la misma fe y con idénticas aspiraciones de paz y hermandad entre todos los españoles y amor a España. Para terminar vamos a dar dos vivas que simbolizan el pensamiento de todos los patriotas. Gritad conmigo: ¡Arriba España! ¡Viva España!

— ¡Viva!, ¡Viva! —respondió la masa delirante, en expresión de los voceros locales.

Aquella noche, en la soledad de la alcoba de Pamplona, Emilio Mola confesó a Consuelo, su mujer, que tenía los nervios desatados por dos cuestiones: Franco le ignoraba y los alemanes le ninguneaban.

— Si no tomamos pronto Bilbao, me temo que Franquito va a acabar escuchando lo que no quiere.

— ¿Todavía andas así con Franco? —pregunto Consuelo con ingenuidad.

— Y lo que te rondaré morena. Está crecido, rodeado por una coraza de melifluos y no hace caso más que a su cuñado, Serrano Suñer. Y a mí, que fui quien lo propuso para que fuera el jefe de todo el Ejército, que me zurzan. Fíjate que no es cuestión de mandar más o menos, no. Es que se reúne con los alemanes y a mí me dejan de lado, como si fuera un mueble, cuando he sido precisamente yo quien ha planificado todo el movimiento. ¡Yo planteé a Franco que ordenase a von Richthofen los últimos bombardeos, y ahora lo niegan desde Salamanca, dejándome en ridículo, como un paria! ¿Qué es lo que pretenden? Quiero llegar a Bilbao y quiero hacerlo a mi modo, no como decida von Richthofen con el aplauso de Franco. Antes muerto, fíjate bien lo que te digo. Antes muerto.

—Por favor, Emilio, no digas esas cosas, que traen mala suerte.

Los días que siguieron al bombardeo de Guernica fueron de angustia para el ejército del Gobierno vasco y euforia para las tropas de Mola. Los amanuenses del régimen que gobernaba desde Salamanca tomaron impulso y, para contrarrestar la salva de críticas que estaban recibiendo en los medios de comunicación libres por la destrucción de una ciudad que no estaba en el mapa de la guerra, movilizaron sus mejores plumíferos para ensordecir un clamor que parecía no tener fin. Los carlistas navarros, que entraron en la devastada Guernica los primeros, encargaron a Ignacio Baleztena Ascárate, uno de sus jefes, que hiciera relatos del vacío que había en torno a la población destruida y éste publicó en los diarios crónicas del desgarró con un lenguaje cercano para que fuese percibido hasta por los más ignorantes.

Decía Baleztena: «... Tanta pena da esa gente buena, digna de mejor suerte, que paramos el coche para saludarles en vascuence. Nos miran atemorizados. Diríase que se avergüenzan de contestarnos en la venerable lengua de nuestros abuelos. Y hay que levantar su moral a toda costa. ¡No confundamos, por Dios, lo vasco, que es nuestro y muy querido, con el nacionalismo separatista, que es de Rusia porque a Rusia se ha vendido! Los chicos mordisquean con avidez el pan blanco y las golosinas que les damos. Los hombres nos piden la boina roja. ¡Ah, si nunca se la hubiesen quitado, otra sería la suerte de la Euskalherría!».

Baleztena hablaba de los desplazados de Eibar, Durango, Guernica, Marquina... que sin casa, ni bienes, ni familia, ni ojos para llorar o corazón para sentir más puñala-

das, vagaban por las carreteras que las unidades carlistas estaban tomando en su implacable marcha sobre Bilbao.

José María Iribarren no estaba junto a Mola cuando la aviación alemana puso en práctica su arsenal prohibido. Despreciado por la Oficina de Prensa y Propaganda de Franco, ignorado (u odiado) por el Estado Mayor de Mola, cuyos coroneles no soportaban a una persona que tomaba notas en paquetes de tabaco durante las comidas poniendo las manos bajo la mesa sin percatarse de que todos los ojos, aún sin mirarle, le veían, dejó de trabajar al lado del Director y se retiró a su pueblo, Tudela, para escribir un libro que reflejase la vida junto al militar. Lo tituló *Con el general Mola*, se imprimió y editó en Zaragoza a cargo de la Librería General, tenía trescientas ochenta y tres páginas, lo supervisaron los censores Miguel Sancho y Leonardo Prieto, Mola tuvo un original para revisarlo pero, a lo que se vio, era un ejemplar subversivo repleto de datos para el enemigo, según dijeron sus detractores. Por muchísimo menos, otros ciudadanos habían pagado con su vida.

El libro tuvo aureola (cantaba la figura y hazañas del Director hasta desfigurarlas en un almíbar pastoso) y el autor cometió la imprudencia de enviárselo a Franco, a Ponte, a Varela, a Moreno Calderón, a Gil Robles y al propio Mola, que le contestó con una carta de agradecimiento. Todo iba bien hasta que el veinticuatro de mayo de mil novecientos treinta y siete, festividad de María Auxiliadora, Iribarren recibió una llamada en su domicilio del comisario de policía Germán Izquierdo ordenándole que se presentara ipso facto en su despacho. El escritor así lo hizo y se encontró con un telegrama que la Oficina de Prensa y Propaganda había cursado a todas las comisarías bajo su égida, que de-

cía: «Ruego a las autoridades detengan donde quiera que se encuentre a José María Iribarren, autor del libro *Con el general Mola* y procedan inmediatamente a la retirada y destrucción del libro».

Iribarren estuvo detenido toda la mañana reconcomiéndose la cabeza por los errores que el libro pudiera tener y al mediodía recibió la visita de su cuñado, al que discretamente ordenó que fuera a su casa y destruyese las notas que había tomado de su estancia junto a Mola, que estaban escritas en dos cuadernos con tapa de hule negro. El secretario del general se tomó muy en serio el telegrama que el comisario le había enseñado y, tan pronto como quedó en libertad provisional, ese mismo día, se encerró en casa y comenzó a maquinar qué podía haber hecho mal. Su mujer pronosticó:

—Si has contado alguna cosa que no deba saberse todavía, estamos aviados. Acuérdate de hace unos días, cuando detuvieron a esa vecina que estaba en el balcón sacudiendo la alfombra y comenzó a escucharse el estruendo de unas bombas que cayeron sobre Pamplona. ¡Le acusaron de hacer señales con la alfombra a los pilotos enemigos! Pero si lo único que hacía era quitar el polvo...

—No me pongas del hígado —contestó Iribarren.
—Conozco qué son capaces de hacer los de la oficina de ropaganda.

El escritor sintió canguelo y, aconsejado por amigos, mandó una carta al general Mola donde explicaba su detención y las consecuencias que de ello podían derivarse si el propio general no salía en su defensa. Iribarren no tuvo respuesta pero el comisario que lo había detenido le avisó dos días después para comunicar que tenía sobre la mesa

un nuevo telegrama dirigido al gobernador civil, Modesto Font, que leyó: «Ruego V. I. ponga inmediatamente libertad José María Iribarren autor libro *Con el general Mola*, ordenándole se presente urgentemente esta delegación. Oficina de Prensa y Propaganda. Salamanca».

Iribarren quedó en libertad definitiva y marchó a Salamanca para rendir cuentas al delegado nacional de la Propaganda del régimen franquista, Manuel Arias Paz, comandante de Ingenieros y experto en mecánica de automóviles, que acababa de sustituir en el cargo al falangista e instructor de matones, Vicente Gay.

En su despacho de la Oficina de Prensa y Propaganda, Arias Paz le dijo con gesto solemne:

—Mire usted, Iribarren, ¿se da cuenta de lo que ha escrito? ¿Sabe usted las barbaridades que hay en su libro? Usted merecía estar fusilado a estas horas. ¿Y dice usted que este libro lo ha visto Mola?

El autor, cabizbajo, asintió.

—Eso no es posible —respondió de mal humor Arias.

Iribarren precisó que en febrero le había entregado un original y que el general lo había revisado.

—¿Qué va a revisarlo? Eso se lo diría a usted. El general lo vio por encima y dejó de revisar muchas cosas. Él mismo me lo ha contado.

—Si usted lo dice, será como usted asegura, señor Arias —arguyó, manso, Iribarren. —También pasó la censura. Lo revisaron dos profesores de universidad.

—A esos se les va a caer el tupé. Ya lo verá.

—Si usted lo dice...

—Es que no hay por dónde cogerlo, cojones, a ver si se entera. Por ejemplo, habla en su libro, varias veces, de

sublevación. Joder, Iribarren, ni que el movimiento hubiese sido una cuartelada... Dice también, a mayor abundamiento, que García Escámez mandó en un telegrama este texto: «Las niñas regular. Las encargadas pésimamente». Aunque fuera verdad, que no lo sé y lo dudo, es una frase de prostíbulo que no debe de decirse en la vida. Y menos cuando se está hablando del general Mola y la Cruzada.

Arias Paz repasó un ejemplar del libro que tenía tachaduras, de la primera a la última página, con lápiz rojo y fue destacando los errores y datos que en su opinión jamás debían haberse puesto por escrito. Al cabo de veinte minutos de monólogo, subió el tono.

—Pero ¿se da cuenta de lo que ha escrito? ¿No piensa usted en la campaña que podrían desencadenar los rojos si leyeran que en el cuartel general de Mola se habla de fusilar en Madrid, de hacer una limpia entre tranviarios, policías, telegrafistas y porteros? Usted merecía estar fusilado a estas horas. Usted, con este libro, ha proporcionado a los rojos armas de ataque.

Iribarren negaba con la cabeza, sin levantar los ojos del suelo.

—¿Que no lo cree usted?

Iribarren ya ni oía.

—Pues mire lo que le digo, ahora mismo paso el libro al fiscal y veremos qué decide. Yo, por mi parte, ya le habría mandado fusilar por imprudente.

En esas estaban cuando sonó la alarma antiaérea y Arias Paz dio por concluida la conversación advirtiéndole a Iribarren que se olvidase de ser escritor.

—Es usted un incauto. Y se lo voy a decir por su bien, no escriba más. Ni de Mola ni de nadie. No escriba

más y váyase de aquí antes de que me arrepienta y lo mande fusilar.

El abogado y aspirante a escritor dejó el despacho como alma que lleva el diablo y fue a reunirse con su mujer en el hostel donde se había instalado. Pero al cabo de una hora se presentó la policía, registraron su habitación y pertenencias, y se lo llevaron de nuevo detenido. Iribarren se dio cuenta entonces de que la orden que había dado Arias para que quedase libre no había llegado a todos los destinos.

Al inspector que estaba esperando su llegada en la comisaría de Salamanca le suplicó:

—Hable, por favor, con el señor Arias Paz. Acabo de entrevistarme con él; ha sido hoy mismo, esta mañana. Le aseguro que mi orden de detención está anulada. Todo ha sido un error. Yo era el secretario del general Mola en Burgos...

Pero el policía no atendía a razones y lo tuvo en una habitación hasta entrada la tarde. A las siete lo condujeron a la oficina de Arias y de nuevo escuchó la misma cantinela que el día anterior:

—Usted se merecía que lo hubieran fusilado por revelar datos al enemigo... Con todo, lo dejó en libertad.

Iribarren regresó a Pamplona y, siguiendo el consejo de Joaquín Arrarás, biógrafo de Franco, y de Juan Aparicio, periodista del régimen, reescribió su libro de andanzas junto al Director de la conspiración (al que intituló escuetamente *El general Mola*, sin la preposición) que, ya irreconocible por el pavón de prudencia y subido todavía más el tono empalagoso que tanto había aventado en el original, se editó a finales del año siguiente, mil novecientos treinta y ocho. Fue un libro de éxito en la época y se tiraron cin-

co ediciones que su inspirador no llegó a alcanzar. Iribarren acabó escribiendo más de veinte libros, y fue elegido miembro de la Real Academia Española y de la Real Academia de la Lengua Vasca, Euskaltzaindia.

33

FRANCO VIAJA CON EL BRAZO DE SANTA TERESA

Escribo estas líneas en Vitoria. Ayer hablé con Franco. Desde que en febrero cayó Málaga de nuestro lado y el general rojo Villalba no pudo llevar consigo todo el equipaje que tenía en el hotel donde estaba instalado, el generalísimo lleva consigo una maleta que aquél abandonó en su huida y que contiene, nada menos, que el brazo incorrupto de Santa Teresa. Franco tiene esa manía como otra reciente que denota su carácter: ya no viaja en avión a los frentes porque ha decidido utilizar exclusivamente un coche blindado para los desplazamientos.

Hablé con Franco porque quería poner negro sobre blanco el papel que me asigna como jefe del Ejército del Norte y cuál es su visión respecto de la misión que están llevando a cabo los alemanes de von Richthofen. Como de habitual en él no supe si subía o bajaba la escalera, y la tuvimos parda. Llevo meses aguantando impertinencias, sutiles desprecios cuando no desplantes. Para mí que Franco se considera el supremo hacedor y no hay nada ni nadie que le haga modificar una postura, aunque la decisión se haya tomado sin estudio y a boleo.

La experiencia en Vizcaya está demostrando que mi tesis, bombardear sin miedo, es la única que puede dar el

resultado que esperamos porque combatimos sobre un terreno en el que avanzar es trabajo de filigrana. Como digo, la tuvimos parda y salió a relucir lo que ambos llevamos guardado desde que comenzó esta guerra, incluso antes, y que otro día contaré. Ahora resulta que, tras los últimos ataques contra posiciones de los rojos separatistas, el Gobierno vasco parece que quiere negociar no se qué y está moviendo peones nada menos que en El Vaticano. Desde luego podían haberse ahorrado muertos, sufrimiento y desgracias si hubiesen hecho caso a los primeros avisos que yo mismo, desde octavillas que dejamos caer sobre Vizcaya, fui dejando. Pero no.

Ahora, cuando la balanza está claramente inclinada de nuestro lado, parece que les entra el juicio y tienen prisa por llegar a un armisticio. Para mí que llegan tarde y así se lo he dicho a Franco. Pero éste ni me escuchaba; no prestaba atención y le daba igual de qué estuviese hablando. Últimamente, cada vez que he conversado con él, sea en persona o telefónicamente, he tenido la sensación de que hablaba para sí mismo, que le gusta escucharse, vamos. Y también tengo otro pálpito: le sobro, le molesto, le gustaría que desapareciese.

Al día siguiente he marchado a Pamplona en coche para estar una tarde con Consuelo y los niños, que son mi único amparo. Ellos están bien y felices de vivir en esa ciudad, lo cual a mí me deja tranquilo. Creo que cuando todo esto acabe deberé de pensar si no será conveniente retirarme de todo y vivir a las afueras de Pamplona cultivando una huerta y frutales, dedicado al difícil arte de escribir. Con el material que estoy recopilando sobre los últimos avatares de nuestro país y todo lo que está sucediendo en

esta guerra que mantenemos contra el comunismo ateo tengo para un par de libros, como poco.

He comentado con Consuelo la frialdad que Franco despide cada vez que tiene que encontrarse conmigo y me ha dado una respuesta que ha acabado por ponerme de los nervios:

— Mira, Emilio, para Franco eres un estorbo.

— Creo que no es para tanto. Él está muy engreído, engolado, endiosado, si quieres, porque tiene un orfeón que le baila el aire cada vez que dice algo. Y, claro, yo me encuentro al pie del cañón, conquistando el terreno a palmos, discutiendo cada maniobra, enfrentándome a los alemanes, de quienes Franco es un admirador absoluto, casi reverencial.

— Llámalo como quieras, pero a Franco le gustaría que tú te esfumaras. Le pones sombra.

— Va, exageraciones.

La cuestión hubiese quedado ahí si no fuera porque esta noche, cuando regresaba a Vitoria en coche, pasado Alsasua, un coche se nos ha echado encima y nos ha sacado de la carretera, por fortuna sin mayores desgracias. Es la primera vez que me sucede algo así y nada hemos conseguido hacer porque el automóvil ha seguido en dirección a Pamplona sin que pudiésemos seguir su pista. Por un momento, cuando veía que las luces del coche se nos echaban encima, he pensado lo peor porque estábamos en una recta y no había posibilidad de que nosotros hubiésemos hecho una maniobra que le hubiese despistado. Al contrario, venía a nuestro encuentro y de no ser por un volantazo que ha pegado el chófer, a estas horas no sé dónde estaría. En fin, no le voy a dar más vueltas a este sucedido.

Mañana, si continúan las lluvias –o la niebla– de esta maldita primavera que tanto están retrasando nuestras operaciones, tengo previsto recorrer los alrededores del frente en avión para observar desde el aire lo que la climatología nos deje. De acuerdo a las informaciones que obran en nuestro poder, los rojos separatistas no tienen ya ni uno sólo de los aviones que disponían al comienzo de la campaña. En fin, que mañana será otro día.

34

UN REGALO ENVENENADO

La noche pasó corta y el día largo. La mañana fue tensa porque la niebla desfiguraba Vitoria pero a Mola las cuestiones de tipo meteorológico le traían al paio, excepto cuando se trataba de bombardear, que no era el caso. Sobre las diez, con el cielo descargado de algodones, el avión Airspeed AS6 Envoy, con capacidad para ocho pasajeros, que pilotaba el capitán de caballería Ángel Chamorro García despegó rumbo a Valladolid transportando a Mola, su ayudante el teniente coronel Gabriel Pozas Perea, el jefe de su Estado Mayor, comandante Francisco Senac Sánchez, el sargento Ángel Chamorro García y el mecánico Luis Fernández Barredo.

El avión estaba al servicio del general desde que Fernando Rein Loring, uno de los héroes de la aviación española, conocido por haber volado en avioneta de Madrid a Manila en mil novecientos treinta y dos, se fugara el veintiséis de septiembre del año anterior de un aeródromo cercano a Barcelona y, tripulando el aparato que el gobier-

no de la República acababa de adquirir, consiguiera llegar a Burgos. Nadie hubiese podido decir que era un regalo envenenado porque el avión tenía poco más de un año en vuelo, lo utilizaban los británicos como aparato de enlace, disponía de casi setecientos caballos de potencia en sus dos motores, podía navegar por encima de los dos mil metros de altura y Mola viajaba más ancho que largo (tenía casi dieciséis metros de envergadura por diez y medio de longitud de fuselaje).

Al general le gustaba volar y más en ese avión, donde llevaba un palitroque que servía de trípode para amarrar la Leica y tirar unas placas sin que la máquina temblara.

—Chamorro: ahora vamos a Valladolid y a la tarde me lleva usted a Salamanca —dijo Mola tras el despegue.

—A sus órdenes, mi general. Aunque no sé si con esta niebla llegaremos a parte alguna.

—Bueno... En peores garitas hemos hecho guardia.

El capitán Chamorro no puso más peros: conocía de sobra el carácter de su jefe y si había dicho «Ahora Valladolid y a la tarde Salamanca», tenía que llegar a Valladolid y después de comer marchar a Salamanca. Así de claro. Sucedió, sin embargo, que el avión tuvo un inexplicable fallo de motor —que jamás nadie quiso investigar— tras sobrevolar Briviesca, y en ese punto comenzó el principio del fin porque el AS6 estaba en la gran llanura burgalesa que precede el puerto de la Brújula y que algunos conocen como en Valle de los Ajos y, no habiendo más que un pequeño montículo en decenas de kilómetros a la redonda, fue a chocar contra su ladera norte, entre Castil de Peones y Alcovero, cuando eran las diez y media de un tres de junio, san Cono de Lucania. De no ser por un agricultor que estaba traba-

jando sus tierras y que vio aparecer el avión como si estuviera atraído por un imán que tuviese el altozano, ninguna otra persona advirtió nada.

El impacto contra la ladera sacudió la tierra y el estruendo despertó al párroco de Alcovero, que se lanzó en dirección la loma. En su ladera sur estaba la carlinga humeante y los restos de varios prójimos desperdigados por el predio. El cura se santiguó, oró un padrenuestro, bajó hasta la carretera principal, paró un coche y le pidió que comunicara a la Guardia Civil de Briviesca el accidente aéreo.

—Dícales que es un avión mediano y que están todos muertos —comentó el sacerdote.

El jefe de la comandancia se tomó en serio el aviso recibido e hizo comprobaciones en aeródromos cercanos buscando de quién era el aparato: de los nuestros o del adversario. Para el mediodía no había lugar a la duda: el avión en el que viajaba el general Mola con su séquito se había estrellado, y con él se había ido al otro mundo su equipo de más directos colaboradores. La noticia llegó a Burgos y el general José López Pinto Berizo, jefe de la VI División Orgánica, salió en coche hacia Alcovero temblando.

Desde allí, caminando cerca de dos kilómetros por entre trigales, el general y su séquito consiguieron llegar hasta el mogote y enfundándose el traje de entomólogos buscaron por los matorrales un rastro que permitiese descifrar quiénes eran los interfectos, si es que para entonces hubiese alguna duda.

El propio López Pinto descubrió ensartado en la tierra un cadáver mutilado, la cabeza reventada desde las orejas, boca abajo. Su jefe de Estado Mayor, coronel Aizpuru,

le dio la vuelta y dejó al descubierto una faja de general y la correa de la funda de una máquina de fotografiar.

Dijo entonces López Pinto:

— Ahora no hay duda: es el cadáver del general Mola porque aquí está su Leica; nunca viajaba sin ella.

Se hizo un silencio y el párroco de Alcovero rezó un responso.

Los restos de Mola fueron trasladados a Burgos en una ambulancia militar y desde el palacio de Capitanía el general López Pinto telefoneó al comandante militar de Pamplona, coronel Carmelo García Conde, para dar cuenta oficial del accidente.

— Tiene usted que comunicárselo a su esposa, coronel. Yo voy a llamar a Salamanca para decírselo al generalísimo.

A Franco la noticia del óbito se la participó el general Kindelán y el jefe de los sublevados apenas si frunció el ceño. Por su cabeza pasaron varias reacciones pero al final llamó a su primo Pacón y, leyendo unos apuntes escritos en los restos de un impreso, ordenó con cierta pereza:

— Toma nota del siguiente decreto, que debe llevar este preámbulo: Los notables servicios militares del excelentísimo señor don Emilio Mola Vidal, general en jefe del Ejército del Norte en el alzamiento nacional y después en su actuación en la campaña, son tan destacados y meritorios para los intereses de la Patria que superan a toda ponderación. Importantes zonas de nuestro territorio fueron salvadas por su rápida y heroica marcha en los primeros momentos y en las victoriosas jornadas desarrolladas después al frente del Ejército nacional. Esta brillante y heroica actuación está de lleno comprendida en nuestro Reglamen-

to Militar de la Orden de San Fernando cuando se trata de premiar los grandes méritos de los generales. Por todo ello, como jefe del Estado y generalísimo del Ejército, dispongo

:

«Artículo único. En mérito a los grandes servicios prestados a la causa nacional por el excelentísimo señor don Emilio Mola Vidal, general en jefe del Ejército del Norte, se le confiere la Gran Cruz laureada de san Fernando, como comprendido en el artículo tal, del reglamento cual, aprobado por el decreto...».

Esto lo completas tú, Pacón, y que vaya al boletín oficial hoy mismo. Avisa a Millán Astray para que se desplace a Pamplona y presente respetos a su viuda de forma oficial; ostentará mi representación. Por razones de seguridad no voy a desplazarme a Pamplona. Sería un blanco muy fácil para los rojos.

— A sus órdenes, mi general.

— Quiero que te encargues personalmente de hablar con los responsables del papel moneda. Me gustaría ver un billete de cinco duros con la efigie de Mola. ¿Qué menos, no? Y también un sello de una peseta. ¿Qué menos, no?

— A sus órdenes, mi general.

— Y que a la viuda no le falte de nada: ni casa, ni dinero, ni los mejores colegios, ni coche, ni chófer, ni escolta. Que no le falte nada. Y si necesita algo, que me lo diga. He previsto sustituir a Mola con el general Dávila.

— A sus órdenes, mi general.

El coronel Carmelo García Conde se vistió de gala para marchar al domicilio de doña Consuelo. No sabía de qué manera transmitir una nueva tan dramática por lo que or-

denó al chófer que diera una vuelta por la ciudad antes de afrontar la situación. A eso de las cinco llamó al timbre, una criada abrió la puerta y se encontró de sopetón frente a la señora, que le miró con un punto de sorpresa, languidez y desánimo. El coronel no sabía cómo empezar.

—Señora —expuso con un chorrillo de voz, titubeando.

—Dígame, coronel.

—Señora: vengo con una orden del general López Pinto. Su marido el general Mola ha muerto.

—¿Cómo?

—Traigo una orden del general López Pinto en la que dice que ha tenido un accidente con su avión. Ha muerto el general Mola y todos los ocupantes.

Su viuda bajó la vista y se pasó las manos por la cara. Sacó un pañuelo y exclamó sin flaquear:

—Ha sido Franco.

—¿Cómo dice doña Consuelo? —preguntó el gobernador militar, atónito.

—Que ha sido Franco.

Y se desmayó.

A las once de la noche llegó Millán Astray a Pamplona para revolucionar la ciudad porque dispuso que el féretro de Mola fuese recibido solemnemente en la linde de Navarra con Álava y que en las poblaciones por donde pasara le fueran rendidos honores de héroe. Al día siguiente, cuatro de junio, san Francisco Caracciolo, el predicador del amor de Dios, un coche mortuorio salió de Burgos y cuando llegó a Ciordia, en Navarra, a media tarde, tenía esperando un abultado cortejo de coches y coronas de flores con las que fue escoltado hasta Pamplona, donde fue recibido

por todas las autoridades antes de que la comitiva enfilase hacia el cementerio local escoltada por los hombres del ya teniente de artillería Luis Martínez Erro. Por avatares del destino los restos de Mola fueron enterrados en un nicho frente al féretro del teniente coronel de la Guardia Civil, José Rodríguez Medel, aunque ninguno de los presentes advirtió la circunstancia.

En el osario Millán Astray escenificó reiteradamente sus dotes histriónicas subido en un taburete de madera que le proporcionó un clérigo y desde allí envió la última arenga a su compañero de milicia agitando el único brazo:

– ¡Emilio Mola Vidal!, caballero Gran Cruz de San Fernando, general invicto del Ejército del Norte, el héroe de Dar Akkoba al frente de los Regulares, el héroe de Somosierra al frente de la flor de la juventud española. ¡Emilio Mola Vidal!, el más leal de todos los leales, el más bravo de todos sus camaradas, descansa en paz. En nombre del jefe del Estado, del Caudillo, del Generalísimo Franco, yo te deseo el reposo eterno por última vez. En nombre de la Patria te demuestro mi gratitud. ¡Emilioooooooooo Molaaaaaaa Vidaaaaaaaaa! La gloria de tu vida y de tu muerte nos servirá a todos de ejemplo. ¡Viva España! ¡Viva el Generalísimo! ¡Viva Mola! ¡Viva Mola! ¡Viva Mola!

Varios vivas sonaron en el silencio del camposanto.

Entonces Millán Astray dijo:

– Ahora que estamos dando tierra a nuestro querido Mola, caballeros, quiero que canten conmigo: «Nadie en el mundo sabía quién era aquél legionario, tan audaz y temerario...».

Cuando acabó el himno, ya sin voz, gritó de nuevo:

– ¡Viva la Legión! ¡Viva la Legión! ¡Viva la Legión!
¡Viva Mola! ¡Viva España!

El cementerio retumbó con los vivos.

A la mañana siguiente Millán Astray fue al domicilio de la viuda del general y se encontró frente a una señora vestida de negro, pálida, ojerosa, demacrada, con quince años más sobre sus espaldas, que no tenía ojos para ver ni cuencas para llorar y que lucía al cuello un camafeo dorado con la fotografía de su marido. Al fundador de la Legión todo eso le daba igual porque llevaba dos mensajes singulares que soltó sin respirar.

—Doña Consuelo, estoy aquí en nombre de nuestro caudillo invicto, el generalísimo Francisco Franco, para hacerle partícipe del inmenso dolor que siente no sólo nuestro jefe del Estado sino todos los españoles de bien. Hasta el propio jefe supremo alemán, Adolf Hitler, ha enviado a nuestro caudillo un telegrama en el que dice...

Millán sacó un papelito del bolsillo del pantalón.

—... en el que dice lo siguiente: «En la historia de la lucha por la liberación de España, el nombre del general Mola tendrá siempre un lugar de honor». ¿Qué le parece, doña Consuelo?

Ella no contestó.

—La pérdida del general es tan enorme que, según me acaba de comentar el presidente de la Diputación, señor Arraiza, el cadáver de su esposo, que enterramos ayer solemnemente en el camposanto, será trasladado en cuanto sea posible al claustro de la catedral, donde se va a erigir un mausoleo en su nombre. ¿Qué le parece, doña Consuelo? —preguntó de nuevo el general Millán Astray.

La viuda levantó la cabeza y fijó la vista en el único ojo hábil del legionario. Secó las lágrimas con un pañuelo que llevaba recogido en la manga de una chaqueta negra y respondió con fuerza:

— Ha sido Franco.

Se dio media vuelta, salió del salón y dejó a Millán sólo en su desconcierto.

(Once años más tarde Francisco Franco tiró de sus prerrogativas supremas y revestido de oropel monárquico realizó cuatro nombramientos nobiliarios: a Mola, duque de Mola, a Calvo Sotelo, duque de Calvo Sotelo, a Primo de Rivera, duque de Primo de Rivera, al general Moscardó, conde de Alcázar. En los cuatro años siguientes aumentó la lista de nobles militares: general Dávila, marqués de Dávila, general Queipo de Llano, marqués de Queipo de Llano, general Saliquet, marqués de Saliquet, teniente coronel García Morato, conde del Jarama, general Varela, marqués de Varela, teniente general García Escámez, marqués de Somosierra, teniente general Vigón, marqués de Vigón, teniente general Yagüe, marqués de San Leonardo de Yagüe...)

Doña Consolación Bascón y Franco, duquesa viuda de Mola, se quedó ronca de repetir en vida:

— Ha sido Franco.

FERMÍN GOÑI

Escritor y periodista español. Ha trabajado para diversos medios, tanto locales como internacionales. Ex-director del periódico de Bilbao *Tribuna Vasca*, también fue director de la televisión pública en la comunidad foral de Navarra. En lo literario ha publicado más de diez obras, entre las que podemos encontrar género histórico, de viajes, periodístico, en su mayoría, novela negra.

Algunas de sus obras son: *Todo llevará su nombre*, *Los sueños de un libertador*, *Te arrancarán las tripas*, *El hombre de la Leica*, *Putá vida*, *Las mujeres siempre dijeron que me querían*, *Navarra*, *Guía secreta de Navarra y Aezkoa: 200 años de lucha*, entre otros.

Este libro se imprimió en la Ciudad de México en
el mes de enero del año 2016.

Distribución gratuita.

Queda prohibida su venta.
Todos los derechos reservados.